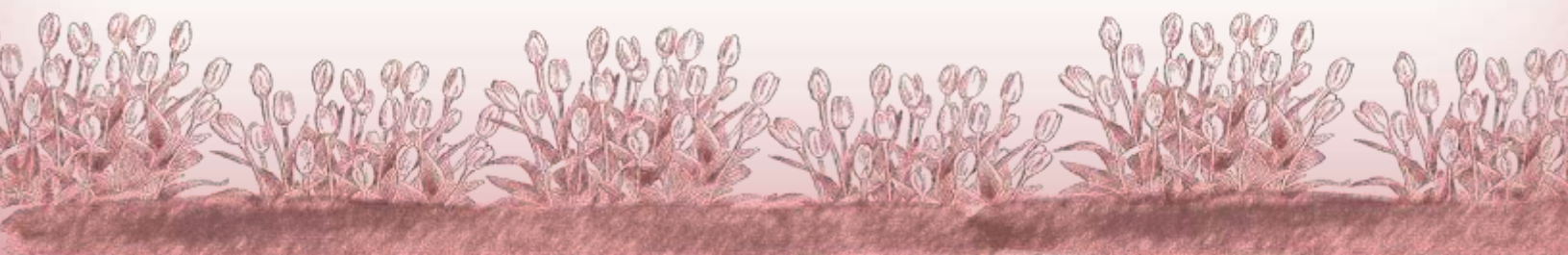


M E G
C a B O T
Insaciable



AGRADECIMIENTOS

Staff De Traductoras

- **Liseth_Johanna18**
- AndreaN
- Berenaissss
- cYeLy DiviNNa
- Evelin
- Masi
- Sera
- Veroniica
- andre27xl
- Anelisse
- Chelsea Sharkovich
- dani.shawn.
- Genesis_480
- paovalera
- Sheilita Belikov
- Virtxu

Staff de Correcoras

- Andy Parth
- Pia2006
- V!an*
- Nella07
- Selune
- Zarah Fandy

2

Recopilación

- Andy Parth

Diseño

- Evelin

Modradora

- Evelin



Purple Rose

SINOPSIS

Traducido por: Evelin
Corregido por: Andy Parth

¿Cansada de oír de vampiros? Meena Harper también lo está.

Pero sus jefes la obligan a escribir de todos modos, aunque ella no cree en ellos.

No es que no esté familiarizada con lo sobrenatural. Verás. Meena Harper sabe cómo vas a morir. (*No vas a creerle. Nadie lo hace*).

Pero ni siquiera la precognición de Meena puede prepararla para lo que sucede cuando conoce —y entonces comete el error de enamorarse—, de Lucien Antonescu, un moderno príncipe con una pizca de lado oscuro. Y es ése lado oscuro por el que muchas personas, como una antigua sociedad de cazadores de vampiros, preferirían verlo muerto.

El problema es que Lucien ya está muerto. Tal vez esa es la razón por la que es el primer hombre que Meena ha conocido y con quien puede verse teniendo un futuro.

Verás, mientras Meena siempre ha sido capaz de ver el futuro de todos los demás, pero nunca ha sido capaz de ver el suyo.

Aunque Lucien parece ser todo lo que ella alguna vez ha soñado como un novio, él podría llegar a convertirse más en una pesadilla.

Ahora sería un buen momento para que Meena comenzara a aprender a predecir su propio futuro... Si es que aún tiene uno.



CAPÍTULO 1

Traducido por: Evelin
Corregido por: Andy Parth

*9:15 A.M. EST¹, jueves, Abril 13
Centro, Plataforma 6
Calle setenta y siete Este, Lexington Avenue
New York, New York*

Era un milagro.

Meena se apresuró al vagón del metro y agarró con fuerza uno de los destellantes postes de color plata, difícilmente creyendo en su buena suerte.

Era la hora pico de la mañana y se le estaba haciendo tarde.

4

Había esperado tener que meterse en un vagón cargado con cientos de otros pasajeros a los cuales también se les estaba haciendo tarde. Pero allí estaba, todavía jadeando un poco por haber corrido para llegar a la estación, sólo para entrar en un vagón que estaba prácticamente vacío.

Tal vez, pensó, las cosas van a ir a mi manera.

Meena no miró a su alrededor. Ella mantuvo su mirada fija en el anuncio publicitario sobre su cabeza, el cual declaraba que podría tener una clara y hermosa piel si llamaba de inmediato a un tal Dr. Zizmor.

No mires Meena, se dijo a sí misma. Hagas lo que hagas, no mires, no mires, no mires...

Con suerte, pensó, podría realizar todo su camino a la Calle Cincuenta y uno sin hacer contacto visual o tener alguna interacción en absoluto con otro ser humano...

¹ Siglas en inglés de Eastern Standard Time, hora oficial del este de Norteamérica en invierno.



Fueron las mariposas —de tamaño natural— que llamaron la atención de Meena al comienzo. Ninguna chica de ciudad usaría zapatos blancos de charol con enormes insectos de plástico en la puntas. La novela romántica (Meena asumía que eso era romance, basada en la debilitada apariencia, y los ojos saltones de la joven de la portada) que la chica estaba leyendo tenía letras del alfabeto Cirílico. La gigante maleta de ruedas que estaba parqueada en frente de ella era una pista adicional de que la chica no era de la ciudad.

Aunque nada de eso, incluyendo el hecho de que se había atado sus largas trenzas rubias en la parte superior de la cabeza, al estilo de la novicia rebelde y había vinculado a su barato vestido de poliéster amarillo unos leggings de color morado, revelaba su estatus de nueva-en-la-ciudad como lo que la chica hizo a continuación.

—Oh, lo siento —dijo, mirando a Meena con una sonrisa que le cambiaba todo el rostro y le hacía pasar de meramente bonita a casi hermosa—. Por favor, ¿quieres sentarte?

La chica movió su bolso, el cual había dejado en el asiento al lado de ella, entonces Meena pudo sentarse a su lado. Ningún neoyorquino hubiera hecho algo así. No cuando había una docena de asientos vacíos en el tren.

El corazón de Meena se hundió. Porque ahora sabía dos cosas con absoluta certeza: Una era que, a pesar del milagro de subir al vagón casi vacío, las cosas no iban a ir a su manera ese día. La otra era que la chica con las mariposas de plástico en los zapatos iba a estar muerta antes de finalizar la semana.



CAPÍTULO 2

Traducido por: Evelin
Corregido por: Andy Parth

9:30 A.M. EST, jueves, Abril 13

Tren 6

New York, New York

Meena esperaba que estuviera equivocada sobre Miss Mariposa.

Sólo que ella nunca se equivocaba. No cuando se trataba de la muerte. Cediendo ante lo inevitable, soltó el destellante poste de metal y se deslizó en el asiento que la chica le había ofrecido.

—¿Así que, esta es tu primera vez visitando la ciudad? —le preguntó a Miss Mariposa, aunque ya conocía la respuesta.

La chica todavía sonriendo, ladeó la cabeza. —Sí. ¡New York! —gritó con entusiasmo.

Genial. Su manejo del idioma era básicamente inexistente.

Miss Mariposa había sacado un teléfono celular y estaba desplazando algunas fotos en el. Luego paró en una y lo sostuvo en alto para que Meena la viera.

—¿Ves? —dijo orgullosamente—. Mi novio. Mi novio Americano, Gerald. —Meena miró la imagen granulosa. *Oh, Dios, pensó. ¿Por qué? se preguntó. ¿Por qué hoy, de todos los días?* Ella no tenía tiempo para esto. Tenía una reunión y una historia por lanzar. Había una posición de escritor principal vacante ahora que Ned había tenido ese ataque de nervios que fue demasiado público en la sala de redes durante la primavera.

Ser un escritor principal era en realidad una oportunidad en donde el dinero tomaba lugar en un show como Insaciable.



Meena necesitaba dinero. Y estaba segura de que la presión no le causaría una crisis nerviosa. Ella no había tenido una hasta ahora y tenía un montón de cosas por las cuales preocuparse en vez del rating de Insaciable.

La voz de una mujer salió por los altavoces del vagón para advertir que las puertas se estaban cerrando. La próxima parada, anunció, será la Calle cuarenta y dos, Estación Grand Central.

Meena, habiendo perdido su parada, se quedó en donde estaba.

Dios, pensó. ¿Cuándo mi vida dejará de apestar? —Él se ve bien —le mintió a Miss Mariposa sobre Gerald—. ¿Estás aquí para visitarlo?

La chica asintió enérgicamente.

—Él me ayudó a conseguir la visa —dijo—. Y —Usó el celular para imitar tomarse fotos a sí misma.

—Fotografías —dijo Meena. Trabajaba en el campo de los negocios. Ella entendió exactamente lo que Miss Mariposa estaba diciendo. Y su corazón se hundió aún más—. Así que, ¿Quieres ser modelo o actriz?

Miss Mariposa resplandeció y asintió. —Sí, sí. Actriz.

Por supuesto. Era claro que esta linda chica quería ser una actriz.

Fantástico, pensó Meena cínicamente. Así que Gerald también era su manager. Eso explicaba la gorra de beisbol —tan baja que Meena no podía verle los ojos— y el número de cadenas de oro alrededor de su cuello en la foto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Meena.

Miss Mariposa se señaló, como si le sorprendiera que Meena se molestara en hablar de ella y no de su ultra-fantástico Gerald.

—¿Yo? Soy Yalena.

—Genial —dijo Meena. Ella abrió su bolso, excavando en el desorden en su interior y sacó una tarjeta de negocios. Siempre tenía una a la mano exactamente para este tipo



de situación, la cual desafortunadamente se repetía con mucha frecuencia... especialmente cuando se montaba al metro—. Yalena, si necesitas algo, cualquier cosa, quiero que me llames. Mi número de teléfono celular está ahí. ¿Lo ves? —señaló el número—. Puedes llamarme en cualquier momento. Mi nombre es Meena. Si las cosas no funcionan con tu novio si resulta ser malo contigo o te lastima de cualquier modo quiero que sepas que puedes llamarme. Iré a buscarte, no importa donde estés. Sea de día o de noche. Y escucha... —añadió—. No le muestres esta tarjeta a tu novio. Es una tarjeta secreta. Sólo para emergencias entre chicas. ¿Entiendes?

Yalena sólo la miró, sonriendo alegremente.

No lo entendía. No entendía en absoluto que el número de Meena podría literalmente significar la diferencia entre la vida y la muerte para ella.

Nunca entendían.

El tren se detuvo en la estación de la calle cuarenta y dos. Yalena se levantó de un salto.

—¿Grand Central? —preguntó, luciendo aterrorizada.

—Sí —dijo Meena—. Esta es Grand Central.

—Me encontraré con mi novio aquí —dijo Yalena, agarrando su enorme maleta de ruedas y dándole un tirón. Tomó la tarjeta de Meena en la otra mano, sonriendo.

—¡Gracias! Llamaré.

Se refería a que la llamaría para reunirse a tomar un café en algún momento. Pero Meena sabía que Yalena la llamaría por algo totalmente diferente. Si no perdía la tarjeta... o si Gerald no la encontraba y se la quitaba después de que la golpeará.

—Recuerda —repitió Meena, siguiéndola fuera del tren—. No le digas a tu novio que tienes esto. Ocúltala en algún lugar.

—Lo haré —dijo Yalena y se apresuró hacia la escalera más cercana, arrastrando su maleta detrás de ella. Era tan enorme y Yalena era tan pequeña que podía apenas arrastrarla. Meena, cediendo a lo inevitable, recogió la parte trasera de la



increíblemente pesada maleta de la chica y la ayudó a llevarla por la escalera llena de gente. Luego señaló hacia la dirección a la que Yalena necesitaba ir, el novio estaba esperándola “bajo el reloj” en la “gran estación”.

Entonces, con un suspiro, Meena dio la vuelta y se dirigió a la parte superior para abordar un tren, así podía llegar a la calle cincuenta y tres en Madison, que era en donde el edificio de oficinas estaba localizado.

Meena sabía que Yalena no había entendido una palabra de lo que le dijo. Bueno, tal vez una de cinco. Y aún si lo hubiera hecho, no tenía sentido decirle la verdad a la chica. Ella no le hubiera creído, de todos modos. Al igual como no tenía sentido seguirla ahora, ver al novio y luego decirle algo como: “Sé lo que en realidad eres y lo que haces para vivir. Y voy a llamar a la policía”.

No podías llamar a los policías por algo que alguien va a hacer. Así como no podías decirles que van a morir.

Meena había aprendido esto de la manera más difícil.

Ella suspiró de nuevo. Iba a tener que correr si quería alcanzar el próximo tren...

Sólo rezó para que no hubiera mucha gente en el.



CAPÍTULO 3

Traducido por: Evelin
Corregido por: Andy Parth

6:00 P.M. EET, martes, Abril 13

Departamento de Historia

Universidad de Bucarest

Bucarest, Rumania.

—¿Profesor?

Lucien Antonescu sonrió desde el enorme y antiguo escritorio detrás del cual estaba sentado, clasificando documentos. —¿Sí?

—Así que es verdad —dijo Natalia, aferrándose de la primera pregunta en la que pudo pensar, desde que se había olvidado completamente de lo que había querido preguntarle en el momento en que la oscura mirada de él cayó sobre ella—. ¿Es verdad que los restos de los humanos más antiguos que se han encontrado fueron descubiertos en Rumania?

Oh, ¡No! ¿Restos humanos? ¡Qué desagradable! ¿Cómo pudo preguntar algo tan estúpido?

—Los restos humanos más antiguos no fueron encontrados en Europa —dijo el profesor Antonescu, corrigiéndola gentilmente—. Fueron descubiertos en Etiopía. Y apenas son ciento cincuenta años más viejos que los restos encontrados en la Cueva con Huesos en lo que consideramos como la actual Rumania.

La chica sólo escuchó a medias. Él era el más sexy de todos sus instructores y eso incluía a los asistentes de enseñanza. En el equivalente a *Calificatuprofesor.com* de la Universidad de Bucarest el Profesor Lucien Antonescu había sacado 10 en la categoría de apariencia.

Y con mucha razón, ya que él estaba por encima de los 1.90 metros de altura, lleno de fibra y anchos hombros, con el cabello grueso y oscuro que llevaba peinado desde sus sienes y su hermosa frente.



Como si no fuera suficiente, tenía ojos marrones que, en ciertas luces, cuando él estaba dando un discurso y emocionándose con su tema —lo cual pasaba con frecuencia, porque era apasionado por la historia de Europa del Este— destellaban en un color rojizo.

Seguramente los mensajes en los tabloncillos de anuncios eran exagerados... especialmente esos que insinuaban que él estaba relacionado con la Familia Real Rumana y era un duque, príncipe o algo parecido.

Pero desde que tomaba la clase del Profesor Antonescu, Natalia podía ver porque él —y su asignatura— eran tan populares. Y porque las filas de chicas y algunos chicos en su oficina eran demasiado largas. Aunque cuando mostraba las pinturas del arte Rumano antiguo, él hablaba tan elogiosamente de las líneas exuberantes de la mujer en una forma que no había manera posible que fuera gay. La razón es que él era un dotado orador, con una real y muy atractiva presencia...

Y estaba muy, muy ardiente.

—Entonces —dijo Natalia vacilante, detallando descaradamente la chaqueta de cachemira negra de corte perfecto que le moldeaba los hombros. Ella se preguntó porque no podía verle los ojos mejor —esos oscuros y brillantes ojos— y se dio cuenta que era porque él tenía las persianas de las ventanas de la oficina cerradas. Esperó que aun así notara que ella vestía una nueva blusa, una que mostraba sus pechos como su mayor ventaja. La había comprado en un gran descuento de H&M, pero la hacía tener un aspecto irresistible—. Sería correcto decir que Rumania es la cuna de la civilización en Europa.

Esto, pensó Natalia, sonó muy inteligente.

—Sería una idea encantadora, por supuesto —dijo el Profesor Antonescu, luciendo pensativo—. Ciertamente han habido seres humanos viviendo aquí hace más de dos milenios y esta tierra ha sido el sitio de muchas invasiones sangrientas, desde los Romanos a los Hunos, hasta que finalmente tuvimos lo que hoy es la actual Rumania... Moldavia, Wallachia y por supuesto Transylvania. Pero la cuna de la civilización... no creo que podamos decir eso. —Él se veía incluso mejor cuando sonreía, como si tal cosa fuera posible.



—Profesor.

La sonrisa hizo que ella perdiera sus esperanzas. Sabía que no era la primera. Su condición de soltero era legendaria, la intriga se intensificaba cada vez que él era visto con una mujer —nunca la misma dos veces— en los elegantes restaurantes del centro. ¿A cuántas les había pedido ir a su castillo? ¡Él era el dueño de un castillo! ¿A las afueras de Sighișoara o a su enorme loft en el distritito de moda de Bucarest?

Nadie lo sabía. Tal vez fueron varias. Tal vez ninguna. Él no parecía estar interesado en casarse y comenzar una familia. Bueno, todo eso cambiaría cuando él probara su comida. Iliana, detrás de ella en la fila para verlo, la había molestado diciéndole que ella lo invitaría a algo más. ¡Demasiado anticuada! Le dijo a Natalia que debería ofrecerse a dormir con él justo ahí, en su oficina, como Iliana lo iba a hacer y acabaría con todo el asunto.

Pero la madre de Natalia siempre le había dicho que ella hacía el mejor *sermale* de toda su familia. Una probada, su madre dijo, y cualquier hombre sería suyo.

—¿Si? —preguntó el Profesor Antonescu alzando una de esas gruesas y oscuras cejas.

Natalia deseó que él no hubiera hecho esto. Sólo le daba un aspecto más atractivo y la hacía sentirse más estúpida de lo que estaba a punto de hacer.

—¿Le gustaría venir a mi casa para comer alguna vez? —preguntó, apresuradamente. Su corazón estaba latiendo fuertemente. Estaba segura de que él podría verlo zumbando debajo de su pecho, considerando lo escotada que era su blusa nueva.

Algo en la poca iluminada oficina hizo un chirrido.

—Discúlpame —el Profesor Antonescu dijo. Metió la mano en el bolsillo de su costoso abrigo y sacó un delgado celular... de primerísima calidad, por supuesto—. Pensé que había apagado esto.

Natalia se quedó allí, preguntándose si debía decir algo sobre el *sermale* o tal vez desabrochar otro botón de su blusa, como Iliana lo hubiera hecho... pero lo dudó cuando vio que la expresión del Profesor Antonescu cambió cuando su mirada cayó sobre el nombre del identificador de llamadas.



—Lo siento mucho —dijo—. Esta es una llamada importante. Tengo que contestar. ¿Podríamos discutir esto en otro momento?

Natalia sintió que sus mejillas se sonrojaban. Era simplemente porque él la estaba mirando... y sin embargo ni una sola vez bajó la mirada por debajo de su cuello.

—Por supuesto —dijo avergonzada.

—Y por favor, díles a los otros... —dijo el Profesor Antonescu mientras aceptaba la llamada— ...que desafortunadamente esta tarde tendré que terminar temprano el horario de oficina. Tengo una emergencia familiar.

Emergencia familiar. ¿Tenía familia?

—Se los diré —la chica dijo, complacida. ¡Él confiaba en ella! ¡Eso pondría a Iliana en su lugar!

—Gracias —el Profesor dijo amablemente mientras ella se escabullía de la oscura habitación lujosamente decorada con muebles tapizados en piel y llena de manuscritos que eran mucho más viejos que ella. Incluso su oficina era diferente de las oficinas de los otros instructores, las cuales eran áridas y sombrías como las de un Buró Político. Natalia abrió la puerta, pasando a través de ella y dándose la vuelta para cerrarla...

Pero no antes de que lo escuchara decir, con una voz que nunca lo había oído usar y en otro idioma, —¿Qué? ¿Cuándo? —y luego—. No otra vez.

Natalia dio la vuelta para ver una expresión en su rostro que hacía que su corazón se revolviere en su pecho. Pero no en una manera alegre como había sido cuando ella venía por el pasillo hacía la sala de conferencias.

Ahora tenía miedo.

Un miedo mortal. Porque los hermosos ojos de él se habían convertido en un color bermellón... el mismo color como el agua de su ducha había corrido cuando ella accidentalmente se cortó la pierna mientras se depilaba.

Sólo que esto no era un hilo de agua. Era los ojos de un hombre. Sus ojos. Y estaban del color de la sangre.



Su mirada la perforaba como si él pudiera ver directamente a través de su blusa, más allá de su sostén y en los más íntimos lugares de su corazón.

—Vete —dijo con una voz que juraría luego, cuando le contará lo sucedido a su madre que ni siquiera sonaba humana.

Natalia se dio la vuelta, abrió la puerta y se arrojó a través de ella, volando más allá de los otros estudiantes que estaban esperando para ver al profesor con su cara tan blanca como la muerte.

—Bueno, obviamente le fue bien —dijo Iliana con una sonrisa burlona.

Pero cuando Iliana trató de abrir la puerta de la oficina del Profesor Antonescu, la encontró cerrada. Ella tocó y tocó, finalmente ahueco las dos manos alrededor de sus ojos y las presionó en el vidrio escarchado.

—Las luces están apagadas. No lo veo allí. Creo... creo que se ha ido.

Pero, ¿Cómo el profesor había abandonado una habitación cerrada de la cual no había otra salida?



CAPÍTULO 4

*Traducido por: Evelin
Corregido por: Andy Parth*

9:45 A.M. EST, jueves, Abril 13

Fuera del edificio ABN

Calle Cincuenta y tres Este, Madison Avenue

New York, New York

—Buenos días, Señorita Meena. ¿Lo de siempre? —Abdullah, el chico del acristalado puesto de café fuera del su edificio de oficinas, le preguntó cuando finalmente era su turno para ordenar.

—Buenos días, Adbullah —dijo Meena—. Mejor que sea uno grande. Tengo una reunión importante. Ligerito, por favor. Y no te molestes en tostar la rosquilla hoy, se me está haciendo muy, muy tarde.

Abdullah asintió y fue a trabajar mientras Meena entrecerraba la mirada en él. Se dio cuenta de que todavía no había visto al doctor por su problema de presión arterial, a pesar de la charla que ella había tenido con él sobre eso la semana pasada.

En serio, era la única que iba a tener un ataque fulminante un día de estos si la gente no comenzaba a escucharla. Aunque sabía que tomarse el tiempo para ir al doctor era una completa molestia.

¿Pero cuando la única alternativa era morir?

Precognición.

Precognición extrasensorial.

Brujería.



No importaba como lo llamarán: En la opinión de Meena, como una habilidad, era totalmente inútil.

¿Había sido particularmente útil cuando ella finalmente se las arregló para convencer a su novio de mucho tiempo, David, sobre el tumor que pudo sentir que estaba creciendo en su cerebro? Claro, había salvado la vida de David (si se hubiera encontrado el tumor más tarde, hubiera sido inoperable, dijeron los doctores.)

Pero David había dejado a Meena inmediatamente después de su recuperación por una de sus presumidas enfermeras de radiología. Brianna curaba gente que estaba enferma, él había dicho. Ella no era un “monstruo” que les decía cuando iban a morir.

¿Qué le había quedado de salvar a David? Nada más que muchísima aflicción. Había perdido la mitad del pago inicial del apartamento que ellos habían comprado juntos. El cual ella todavía le debía a él. Y por el cual estaba siendo una completa imbécil pagándole la deuda con su salario de miseria.

David y Brianna estaban construyendo su primera casa juntos. Y esperando su primer bebe. Por supuesto Meena había aprendido de esa experiencia, y de todas las anteriores, que nadie estaba interesado en descubrir cómo iba a morir. Excepto su mejor amiga, Leisha, por supuesto, era quien siempre escuchaba a Meena... desde noveno grado cuando Rob Pace le pidió que fueran al concierto de Aerosmith, Meena le dijo que no fuera y Rob a cambio le dijo a Angie Harwood.

Así es como Angie Harwood y no Leisha, terminó siendo decapitada cuando la llanta de un semi-tractor se desprendió y ésta cayó encima del Camaro de Rob cuando iban viajando por la I-95 en el camino a casa desde el concierto.

Meena, al enterarse del accidente la mañana después de que ocurriera (Rob había escapado milagrosamente con sólo una fractura de clavícula), había vomitado rápidamente su desayuno. ¿Por qué no se había dado cuenta de que por salvar a su mejor amiga de una muerte segura, había garantizado la de otra chica? También debería de haber alertado a Angie y haber hecho cualquier cosa —todo— para detener a Rob de ir esa noche.

Juró entonces que nunca permitiría que lo que le había sucedido a Angie Harwood le pasara a otro ser humano. No si ella podía evitarlo.



No era de extrañar que la secundaria, tortuosa para muchos, hubiera sido aún peor para Meena. Y también fue por lo que se interesó en la escritura para televisión como una carrera. Los niños reales no podrían disfrutar mucho la compañía de la chica “Tú vas a morir”. Pero Meena descubría en las telenovelas que le gustaba ver a su mamá que Insaciable había sido una de las favoritas, siempre estaba feliz de verla. Y cuando las líneas de la historia en las telenovelas que a ella le gustaban no iban de la manera que creía que deberían ir, Meena comenzó a escribir su propio guión.

Sorprendentemente, esta afición había dado su recompensa.

Bueno, si llamas ser una escritora de diálogos para la segunda telenovela más vista en Estados Unidos una recompensa. Lo cual ella hacía. En cierto modo. Sabía que había conseguido algo por lo que millones matarían... un trabajo de ensueño. Y teniendo en cuenta su “don”, ella sabía que su vida podía haber sido mil veces peor. Mira lo que le había sucedido a Juana de Arco. Luego estaba Cassandra, la hija del Rey Troyano Príamo. A ella también le había sido dado el don de la profecía. Porque no regreso al amor de Dios, ese don se convirtió por ese Dios en maldición, así que las profecías de Cassandra, aunque ciertas, nunca fueron creídas.

Casi nadie le creía a Meena tampoco. Pero eso no significaba que ella se fuera a dar por vencida y dejara de intentar. No con chicas como la que había conocido en el metro y no con Abdullah. Con el tiempo ella conseguiría que él fuera al doctor.

Era una lástima, en realidad, que la única persona cuyo futuro nunca había sido capaz de ver era el suyo.

Hasta ahora.

De todos modos, si llegaba mucho más tarde al trabajo, iba a perder cualquier oportunidad que tenía para convencer a Sy de tomarla en serio y se olvidaría de ese ascenso para escritora principal.

No necesitaba ser psíquica para darse cuenta de *eso*.



CAPÍTULO 5

*Traducido por: Evelin
Corregido por: Andy Parth*

7:00 P.M. EST, jueves, Abril 13

Las colinas fuera de Sighișoara

Condado de Mures, Rumania

Lucien Antonescu estaba furioso y cuando estaba furioso, algunas veces perdía el control. Él había asustado a esa chica en su oficina casi hasta la muerte, y no había querido hacerlo. Sintió su miedo... había sido cortante y le había causado tanto daño como un garrote. Ella era una buena persona, ansiosa sólo por amor, como la mayoría de chicas de su edad.

Y él la había aterrorizado.

Pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. Ahora tenía una situación muy grave que iba a requerir de toda su atención en un futuro inmediato. Y por la cual estaba haciendo lo que podía en un intento para calmarse. Su pieza clásica favorita —por Tchaikovsky— se reproducía en los altavoces del vestíbulo (los cuales él había comprado y tuvieron que ser enviados desde Estados Unidos por un enorme costo; la calidad del sonido era importante) Había abierto una de las botellas verdaderamente exquisitas de Burdeos en su colección y estaba dejando pasar su aire por el aparador. Él podía oler los taninos, incluso desde el otro lado de la habitación. El aroma era tranquilizador...

Aun así, no podía dejar de pasear por toda la longitud del vestíbulo, con un enorme y rugiente fuego en la chimenea de piedra al final de la habitación y las cabezas de varios animales que sus antepasados habían matado que le daban miradas lascivas por encima de las paredes.



—Tres —Gruñó en la computadora portátil sentado en la larga y elaborada mesa de madera tallada en el centro de la habitación—. ¿Tres chicas muertas? ¿Todas en las últimas semanas? ¿Por qué no me dijeron de esto antes?

—No me di cuenta de que había una conexión entre ellas, mi señor —una voz dijo ligeramente ansiosa desde los altavoces de la computadora.

—¿Tres cadáveres desangrados, todas dejadas desnudas en varios parques de la ciudad? —Lucien no trató de quitar el sarcasmo de su tono—. ¿Cubiertas de mordeduras? ¿Y no te diste cuenta de que era una conexión? Ya veo.

—Obviamente las autoridades no quieren comenzar un pánico en toda la ciudad —le dijo voz inquietamente—. Mis fuentes no sabían nada de las marcas de las mordidas hasta esta mañana...

—¿Y qué han tratado de hacer para descubrir quién está cometiendo estas atrocidades? —preguntó Lucien, ignorando el último comentario.

—Todos con los que he hablado niegan algún tipo de conocimiento...

Lucien lo interrumpió. —Entonces claramente no estás hablando con la gente apropiada. O alguien está mintiendo.

—Yo... yo no puedo imaginar que alguien se atreviera a hacerlo —dijo la vacilante voz—. Ellos saben que estoy hablando en su autoridad, señor. Lo siento... si me permite, señor... esto no es... bueno, uno de nosotros. Alguien que conocemos.

Lucien se detuvo de dar vueltas en la habitación.

—Eso es imposible —dijo él rotundamente—. No hay nadie que no conozcamos.

Se dio la vuelta y se aproximó al decantador de vino, el cual estaba lleno con el rico líquido de color rubí. Él podía ver el reflejo de la luz del fuego contra uno de los perfectos globos del cristal.

—Es uno de nosotros —dijo Lucien, inhalando la fragancia del terrenal Burdeos—. Alguien que se ha olvidado de sí mismo. Y de sus votos.



—Seguramente no —dijo la voz nerviosamente—. Nadie se atrevería. Todo el mundo sabe las repercusiones de cometer un crimen bajo su gobierno. Todos saben que su retribución será rápida... y severa.

—Sin embargo —Lucien tomó el decantador y miró como el líquido en el interior dejó una profunda capa roja contra el lado lejano del cristal—. Alguien está matando mujeres salvajemente y dejando sus cuerpos a la intemperie para que sean descubiertos.

—Él está poniéndonos a todos en riesgo —La voz en la computadora portátil acordó dudosamente.

—Sí —Lucien dijo—. Innesariamente lo está haciendo. Él debe ser descubierto, castigado y detenido. Permanentemente.

—Sí, mi señor —dijo la voz—. Sólo... ¿Cómo? ¿Cómo vamos a descubrirlo? La policía... mis informantes me dicen que la policía no tiene ninguna pista.

Los perfectamente formados labios de Lucien se curvaron en una amarga sonrisa. —La policía —dijo—. Ah, sí. La policía. —Apartó la mirada del decantador que sostenía, hacia la cara de la pantalla de la computadora a unos pocos metros de distancia—. Emil, encuéntrame un lugar en donde quedarme. Voy a ir a la ciudad.

—¿Señor? —Emil parecía sorprendido—. ¿Usted? ¿Está seguro? ¿Está seguro de que eso no será...

—Estoy seguro. Encontraré a nuestro amigo asesino. Y luego...

Lucien abrió los dedos y dejó el decantador caer en las baldosas bajo sus pies. El cristal en forma de campana cayó roto en mil pedazos, el vino que contenía hacía una mancha profunda de color rojo a lo largo del piso, en donde, siglos antes, Lucien había visto a su padre lanzar violentamente los cerebros de muchos de sus sirvientes.

—Le mostraré yo mismo lo que sucede cuando alguien se atreve a romper una promesa que ha hecho ante mí.





Purple Rose

CAPÍTULO 6

*Traducido por Evelyn**Corregido por Selunz****10:30 A.M. EST, jueves, Abril 13******Edificio ABN******520 Madison Avenue******New York, New York***

Meena estaba devorando su rosquilla cuando Paul, uno de los escritores de historias, asomó su cabeza calva a la oficina.

—No tengo tiempo para ayudarte a actualizar tu página de Facebook en este momento, Paul —dijo Meena—. Sólo tengo un minuto antes de tener que reunirme con Sy.

—Entonces, supongo que no oíste —dijo Paul de forma arisca.

—¿Oír qué? —Meena preguntó con la boca llena.

—Sobre Shoshona.

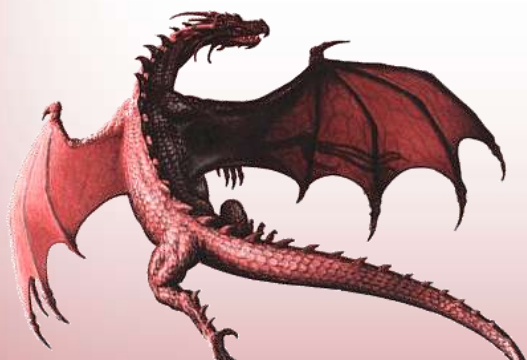
La sangre de Meena se enfrió.

Así que finalmente había ocurrido. Y todo era su culpa por no decir nada.

Pero ¿cómo podías advertirle a alguien que su avanzado estado de gymorexia la estaba matando? Las máquinas trotadoras no eran ampliamente conocidas por ser mortales y Shoshona estaba muy orgullosa de haber conseguido la talla 00.

La verdad era que Shoshona nunca había sido una de las personas preferidas de Meena.

—Ella... ¿murió?



—No —Paul miró a Meena extrañamente—. Obtuvo la posición de escritora principal. Supongo que eso sucedió anoche.

Meena se atragantó.

—¿Qué-qué? —Parpadeó para contener sus lágrimas. Se dijo a si misma que eran lágrimas porque un pedazo de rosquilla se le fue por el conducto equivocado.

Pero no lo eran.

—¿No viste el e-mail? —preguntó Paul—. Lo enviaron alrededor de esta mañana.

—No —Graznó Meena—. Yo estaba en el metro.

—Oh —dijo Paul—. Bueno, estoy actualizando mi currículum. Me imagino que ella me despedirá pronto, de todos modos, así podrá darle empleo a una de sus amigas del club-de-dar-brinquitos. ¿Te importaría darle una ojeada más tarde?

—Claro —dijo aturdida.

Pero sólo había escuchado la mitad de las palabras de Paul. ¿Habían pasado de ella para escoger a Shoshona? ¿Después de todo el duro trabajo que había hecho este año? ¿Sobre todo teniendo en cuenta el trabajo de Shoshona, porque ella siempre estaba dejando la oficina temprano para ir a ejercitarse?

No. Simplemente no.

Meena estaba rebosante de ira, parada en la puerta de la oficina de Sy exactamente dos minutos antes de la reunión de nombramiento.

—Sy —dijo—. Me gustaría hablar contigo sobre...

Fue entonces cuando notó que Shoshona ya estaba sentada en una de las sillas en frente del escritorio de Sy, vistiendo, como siempre, algo de Crewcuts, de la sección infantil de J.Crew; ella era así de flaca.

—Oh, Meena —dijo Shoshona Metzenbaum, ondeando una parte de su largo, oscuro y sedoso cabello—. Aquí estás. Yo le estaba diciendo a Sy lo mucho que me encanta el



poco tratamiento que le diste. El de Tabby enamorándose de ese chico rebelde. Es demasiado dulce.

¿Dulce?

Hasta hoy, la única responsabilidad del trabajo de Shoshona en *Insaciable* había sido, igual al de Meena, escribir los diálogos de una historia, especialmente en esos shows interpretados por la gran estrella de larga duración, Cheryl Trent, quien interpretaba el papel de Victoria Worthington Stone y ahora su hija adolescente en el show, Tabitha. Sólo que Shoshona rara vez había sido capaz de manejar incluso eso, siempre se iba temprano para ir al gimnasio o llamaba para decir que llegaría tarde porque su convertible se había dañado en el camino de regreso a la ciudad desde la casa de fin de semana de la familia Metzenbaum en Hamptons. O que su decorador estaba rehaciendo su loft en el centro de la ciudad ya que no lo había decorado hace tiempo. O que había perdido el último vuelo de St. Croix y que iba a tener que quedarse otra noche.

No importaba que alguien se molestara por estas cosas, considerando que la tía y el tío de Shoshona eran: Fran y Stan Metzenbaum, los productores ejecutivos y co-creadores de *Insaciable*.

Hubiera sido diferente, pensó, si Shoshona en realidad hubiera merecido este ascenso. Si hubiera sido Paul o cualquiera de los otros escritores que realmente se presentan a la oficina de vez en cuando, a Meena no le hubiera importado.

Pero ¿Shoshona?

Meena una vez había oído sin intención su jactancia en el teléfono hacia una amiga, diciéndole que no vio el show hasta que su tío y su tía la habían contratado para que viniera a trabajar con ellos... a diferencia de Meena, que nunca se había perdido ni un solo episodio, no desde que cumplió doce.

Shoshona no conocía los nombres de cada uno de los ex maridos de Victoria en la forma que Meena lo hacía, no sabía porque le habían terminado (Victoria era insaciable, eso era verdad, pero no era terriblemente afortunada en el amor). Tampoco sabía que su amada hija adolescente, Tabitha, estaba siguiendo los pasos de su madre. (Hasta ahora se las habían arreglado para matar cada uno de los interesados en Tabby.



Él último acababa de ser estallado en un accidente de Jet Ski destinado a Tabby por un acosador rechazado).

—Me alegro que te guste —dijo Meena con una forzada paciencia—. Pensé que lanzarle un chico malo a Tabby podía atraer a una joven audiencia.

—Eso es exactamente lo que estamos escuchando de la corporación —dijo Shoshona, lanzándole a Sy una mirada de asombro—. Estamos justamente sentados aquí discutiendo eso. ¿Verdad, Sy?

—Sí —dijo Sy, resplandeciendo ante Meena—. Entra, muchacha y toma asiento. ¿Has oído las grandes noticias sobre Shoshona?

Meena no podía darle una mirada a Shoshona, estaba muy furiosa. Así que mantuvo su mirada en Sy mientras se sentaba en otra silla en frente del escritorio.

—Sí —dijo—. Y en realidad esperaba hablar contigo en privado esta mañana, Sy.

—Nada que no puedas decir en frente de Shoshona —dijo Sy jovialmente, agitando una mano.

—Francamente, creo que esto es simplemente fantástico. ¡Vamos a tener cierto poder estrógeno pasando por aquí!

Meena lo miró fijamente. ¿Realmente Sy había dicho las palabras poder estrógeno? ¿Podía no saber que Meena había estado haciendo todo el trabajo de Shoshona durante los últimos doce meses?

—De acuerdo —dijo Shoshona—. Entonces creo que Meena debería ser una de las primeras en enterarse de que a la nueva dirección del canal le gustaría vernos tomar un nuevo rumbo.

—¿El canal? —Repitió Meena perplejamente.

—Bueno, nuestro patrocinador, realmente —dijo Shoshona, corrigiéndose a sí misma.

Para el conocimiento de Meena, Consumer Dynamics Inc. Era el patrocinador de Insaciable, una multinacional tecnológica con un gran conglomerado de servicios, que



también paso a poseer la compañía Affiliated Broadcast Network, y nunca se había molestado en inmiscuirse en el show.

Hasta ahora, aparentemente.

—En pocas palabras —dijo Shoshona—, ellos quieren que escribamos sobre vampiros. Vampiros, todo el tiempo.

Meena inmediatamente sintió que la rosquilla y el café que había tomado al desayuno se le revolvían.

—No —dijo después de tragar saliva duramente—. No podemos hacer eso.

Sy parpadeó confusamente hacia ella. —¿Por qué diablos no?

Debió haberlo sabido. Su día, el cual ya había empezado tan mal, sólo podía empeorar. Últimamente toda su vida había sido dirigida en una constante trayectoria descendente.

—Bueno, para empezar, porque ya hay una novela en el canal rival con una historia de vampiros que está matándonos en los ratings —dijo—. Un pequeño programa llamado Lust. ¿Recuerdan? Quiero decir, tenemos que tener algo de orgullo. No podemos sólo limitarnos a copiar a Lust.

Shoshona fingió estar ocupada enderezando sus medias de malla mientras Meena hablaba. Sy, miraba fijamente por encima de su escritorio, no podía quitar los ojos de las largas y juguetonas piernas.

Meena deseaba haber tenido un mini-Butterfinger para comérselo. O para aplastárselo en el cabello planchado de Shoshona.

¡Planchado! ¿Quién se molesta más?

Ciertamente no Meena, ya que ha cortado la mayor parte de su oscuro cabello bajo el dominio de Leisha, el don de Leisha era que ella podía mirar a alguien e inmediatamente decirle exactamente la manera más halagadora en la que debería estar llevando el cabello, y tenía demasiados problemas para hacer que se viera bien sin



necesidad de preocuparse por plancharlo, incluso cuando no estaba ocupada tratando de salvar jovencitas en el metro de una muerte segura a manos de una trata de blancas.

—Nos veremos como unos totales tontos —dijo.

—No lo creo —dijo Shoshona con frialdad—. *Lust* está haciendo algo obviamente correcto. Es una de las pocas telenovelas que en este momento no han sido canceladas o están siendo forzadas a mudarse a Los Ángeles para ahorrar dinero haciendo el rodaje allá. Actualmente está subiendo en los ratings. Y como tú dijiste, si vamos a sobrevivir, necesitamos conseguir audiencia más joven. A los chicos nos les importan las telenovelas. Sólo les interesan los reality shows.

—Y lo que es demasiado real —Exigió Meena—, pero, ¿vampiros?

—Oh, te lo aseguro, son reales —dijo Shoshona con una sonrisa gatuna—. Has oído sobre esas chicas que siguen encontrando, vacías de sangre, en los parques por toda la ciudad de New York. ¿No lo has oído?

—¡Por el amor de Dios! —dijo Meena amargamente—. No estaban vacías de sangre. Sólo estaban estranguladas.

—Um, discúlpame —dijo Shoshona—. Pero tengo una fuente interna que dice que tres de esas chicas fueron mordidas por todos lados y estaban vacías de cada gota de sangre. Hay un vampiro en la vida real aquí en Manhattan y él se está alimentando de chicas inocentes.

Meena rodó sus ojos. Está bien. Era verdad que algunas chicas habían aparecido recientemente muertas en unos pocos parques de la ciudad. Pero, ¿vacías de sangre? Shoshona estaba cayendo en la fiebre de los vampiros, la cual, sí, se apoderó del país, no se podía negar; era lo bastante obvio que incluso Consumer Dynamics Inc. se dio cuenta de ello y eran tan ajenos a las tendencias que todavía creían que tener una página en MySpace era de última vanguardia.

—Así que vamos a darle al show un tirón de primera plana —continuó Shoshona— y a disponer de un vampiro que se alimente de las chicas en *Insaciable*. Las amigas de Tabby. Lo dejaremos que le lave el cerebro a Tabby, y la dejaremos ser la novia del vampiro.



Sy señaló a Shoshona, —La novia del vampiro —Él gritó—. Me encanta. ¡Incluso mejor, a CDI le encantará!

Meena contempló la idea de levantarse, caminar hacia la ventana de la oficina de Sy, abrirla y saltar.

—Y no han oído lo mejor de todo —dijo Shoshona—. Puedo conseguir a Gregory Bane.

Sy se quedó sin aliento y se inclinó hacia delante. —¿Sí?

Meena gimió y dejó caer la cabeza entre sus manos. Gregory Bane interpretaba el vampiro en Lust. No había una persona en la tierra que detestara más a Gregory Bane que Meena.

Y ni siquiera lo había conocido.

—Para conseguir que Stefan Dominic haga la parte del vampiro —continuó Shoshona. Sy pareciendo decepcionado se hundió en su silla—. ¿Quién demonios es Stefan Dominic? —preguntó.

Shoshona sonrió.

—Sólo es el mejor amigo de Gregory Bane —dijo—. Quiero decir, ellos van al club juntos prácticamente cada fin de semana. Sé que han visto su imagen con Gregory en Us Weekly, Sy. La publicidad que conseguiremos por contratarlo será enorme. No puedo creer que nadie lo haya agarrado todavía. ¿Y lo mejor? Él tiene la tarjeta SAG y puede venir este viernes para ensayar con Taylor.

Shoshona parecía como si el gato se hubiera tragado al canario. —Ya hablé con él sobre esto. Él va a mi gimnasio.

De repente, Meena supo exactamente la razón por la cual Shoshona estaba pasando mucho tiempo en esa máquina trotadora. Y no tenía nada que ver con encajar en esos Crewcuts.



—No hay manera —dijo Meena, luchando por tener paciencia interna—, de que Taylor Mackenzie esté de acuerdo en interpretar la novia de un vampiro—. Taylor Mackenzie era la actriz que interpretaba a Tabby.

Taylor recientemente había estado hasta hace poco en una dieta macrobiótica y contrató un entrenador personal, reduciendo medidas igual que las de Shoshona. Aunque, ella estaba encantada con esto y la atención de los periódicos sensacionalistas estaba sobre ella, necesitaba ver si también no quería terminar en un ataúd... algo que Meena había estado tratando de advertirle dejándole sándwiches grandes en su camerino. No era algo exactamente sutil, pero era lo mejor que Meena podía hacer.

—A Tabby le gustará si el canal le dice que tiene que hacerlo —dijo Shoshona—. Esto es lo que ABN quiere.

Meena estaba tratando de no apretar sus dientes. Su dentista ya la había regañado por hacer eso mientras dormía, y le prescribió un protector bucal. Temía llevarlo puesto, porque no era exactamente la cosa más romántica aparecer con eso en la cama. Ella se veía como un portero de hockey. Pero era eso, el dentista le dijo, o un nuevo empleo, menos estresante. No encontraría ninguna de las dos opciones. Al menos no en la escritura para la televisión y desde que Meena estuviera durmiendo sola, suponía que de todos modos, no le importaba que aspecto tuviera.

—A Cheryl no le va a gustar —Meena les advirtió. Cheryl era la actriz veterana que interpretaba a Victoria Worthington Stone durante los últimos treinta años—. Ustedes saben que ella está esperando que este año finalmente pueda ganarse el Emmy .

Treinta años, diez matrimonios, cuatro abortos involuntarios, un aborto inducido, dos asesinatos, seis secuestros y una malvada gemela después y Cheryl Trent todavía no había ganado ni un solo Daytime Emmy.

Eso era un crimen, en la opinión de Meena. No sólo porque Meena era una de las fans más grandes de Cheryl y llegar a escribir para ella era la emoción más grande. Si no también porque Cheryl era una de las mujeres más agradables que Meena había conocido. Y parte del plan de Meena, en la historia que le había presentado a Sy, pero la cual fue superada por el plan de vampiros de Shoshona, había sido que Victoria Worthington Stone se enamorara del papá del nuevo novio de Tabby, un amargado jefe de policía que Victoria iba a ayudar a juntarse con su desobediente hijo... dándole



a Cheryl un disparo seguro a esa estatuilla dorada por la cual había esperado mucho tiempo.

¿Pero una historia de vampiros? Nadie iba a ser nominado a los Emmy por eso.

—Sí, bueno —dijo Shoshona, entrecerrando los ojos hacia Meena—. Cheryl puede llorar.

La mandíbula de Meena cayó rápidamente. ¿Este era el agradecimiento por haberle salvado el trasero tantas veces con sus retardados guiones? ¿Por qué se había molestado en hacerlo?

—Me encanta —dijo Sy, chasqueando los dedos—. Hazlo pasar por tus tíos. Me voy, tengo una reunión—. Él se puso de pie.

—Sy —dijo Meena. Con su boca seca.

—¿Qué? —Él pareció molestarse.

—No...

Había muchas cosas que ella quería decir. Sentía como si tuviera que decirlas. Por el bien de su alma. Por el bien del show. Por el bien de todo el país. En cambio, sólo dijo, —No tomes la Quinta. Hay congestión. Lo escuché en la 1010 Wins. Dile al taxista que tome Park Avenue.

El rostro de Sy se relajó. —Gracias, Harper —dijo—. Finalmente, algo útil salió de ti—. Luego él se dio la vuelta y dejó la habitación.

Meena giró la cabeza para clavarle puñales con la mirada a Shoshona. No porque estuviera molesta por haberle salvado la vida a Sy, si él tomaba la Quinta, su taxi, en efecto, se reuniría con la congestión que lo irritaría bastante, él saldría del taxi y caminaría, cruzando la calle descuidadamente en la Cuarenta y siete y sería atropellado por un camión de repartos de Fresh Direct y él no era ni un poquito agradecido, pero sabía lo que “Hazlo pasar por tus tíos” significaba.

Quería decir que Shoshona había ganado.



—Vampiros —dijo Meena—. Realmente original, Metzenbaum.

Shoshona se puso de pie, deslizando su bolso por encima de su hombro.
—Entiéndelo, Harper. Están en todas partes. No puedes escapar de ellos.

Ella se dio la vuelta y se marchó. Por primera vez, Meena notó el dragón de gemas-incrustadas a un lado del bolso de Shoshona.

No. No podía ser.

Pero lo era.

El bolso de Marc Jacobs que había codiciado secretamente durante medio año pero se negó a comprárselo porque costaba \$5,000. Y de ninguna manera podía darse el lujo —o justificar el gasto— de tanto dinero en un bolso. Y, bueno, Shoshona lo había conseguido en color aguamarina, no el rojo rubí que encajaría perfectamente en el guardarropa de Meena.

Pero aun así, la miro fijamente, haciendo rechinar sus dientes.

Ahora no tenía más remedio que hacer una rápida huida a CVS para surtir su cajón secreto de dulces.



CAPÍTULO 7

*Traducido por Evelin**Corregido por Selune****12:00 P.M. EST, jueves, Abril 13******Estacionamiento de Walmart******Chattanooga, Tennessee***

Alaric Wulf no se consideraba un snob. Ni mucho menos.

Si alguien en la oficina alguna vez se molestaba en preguntar- y, con excepción de su socio, Martin, ya que ninguno de esos ingratos lo había hecho- Alaric habría señalado que los primeros quince de sus treinta y cinco años, había vivido sumido en la pobreza, comiendo sólo cuando varios de sus padrastros ganaban el dinero suficiente en el camino y sólo si quedaba suficiente efectivo para la comida, después de que su madre drogadicta hubiera conseguido la droga. Y así Alaric había optado por vivir en las calles (con su ingenio) y en su natal Zurich, hasta que servicios infantiles lo agarró y lo forzaron a ir a un hogar comunitario, en donde se había sorprendido por ser mejor cuidado por parte de extraños de lo que nunca había sido por su propia familia.

Fue en el hogar comunitario que Alaric llamó la atención y finalmente fue reclutado por La Guardia Palatina, gracias a que resultó ser fuerte empuñando la espada, un apuntador infalible, con una capacidad innata para los idiomas y el hecho de que nada, ni sus padrastros, los trabajadores sociales, ni los sacerdotes que decían tener la voz de Dios susurrando en sus oídos, o los vampiros chupasangres- lo intimidaban (o lo impresionaban).

Ahora dormía en sábanas de ochocientos hilos egipcios todas las noches, conducía un Audi R8 y rutinariamente cenaba sus platos favoritos como foie gras y confit de pato. Sus trajes eran todos italianos y nunca había soñado con vestir una camisa que no hubiera sido planchada a mano. Disfrutaba de darle cien vueltas a la piscina, luego sentarse en el sauna cada mañana en el gimnasio; tenía una vida sexual activa con numerosas mujeres atractivas y cultas que no sabían nada de sus antecedentes;



coleccionaba libros de historietas de Betty y Verónica (los cuales tuvieron que ser enviadas especialmente desde Roma a América a un costo para nada impresionante); y mataba vampiros para ganarse la vida como parte de una unidad militar secreta del Vaticano.

La vida era buena...

Era cierto que él tenía un estilo de vida superior con el cual muchos de sus compañeros de trabajo fruncían el ceño, la mayoría de ellos, por ejemplo, preferían quedarse en conventos locales o casas parroquiales cuando viajaban, mientras que Alaric siempre se alojaba en el hotel más fino que pudiera encontrar... el cual él pagaba por sí mismo, por supuesto. ¿Por qué no? No tenía niños ni padres que sostener. ¿Era su culpa que un temprano interés en invertir (particularmente en metales preciosos, oro específicamente, el cual no podía evitar notar que parecía haber una gran cantidad alrededor del Vaticano) lo que lo había hecho el cliente predilecto del banco de Zurich?

Sin embargo, de ninguna manera Alaric Wulf se consideraba un snob. Él podría “tener dificultades” como cualquier otra persona. De hecho, él tenía una ahora. Sentado en su coche rentado fuera de un gran establecimiento de ventas minoristas en Chattanooga-Chattanooga; ¡Vaya nombre para una ciudad! vio como la multitud de gente a la hora del almuerzo fluía hacia la tienda. Un reporte incompleto de un par de desesperados padres había hecho funcionar el camino a sus superiores en La Guardia Palatina: Una joven mujer que trabajaba en este particular Walmart había sido atacada por un vampiro en este estacionamiento cuando se dirigía del trabajo a la casa una noche. Ella todavía llevaba las reveladoras punzadas de la herida en su cuello.

El problema era que insistía a sus padres que las marcas no eran de un “ataque” en absoluto y que por lo contrario eran el resultado de una “mordida de amor”.

En otras palabras, ella *adoraba* a su atacante.

Por supuesto, pensó Alaric con su cinismo habitual. Todas creen eso. La sociedad había romantizado a los vampiros hasta el punto que muchas chicas impresionables se abalanzaban a los actores que interpretaban vampiros en las películas o en la televisión. No es que fuera culpa de ellas. Las mujeres están genéticamente programadas para ser atraídas por un hombre poderoso y bien parecido, un hombre con un alto nivel de testosterona que sería un buen proveedor para sus hijos, lo cual era



como los vampiros —ricos, altos, fuertes y hermosos— eran normalmente retratados en una película.

Alaric se preguntaba si las mujeres se sentirían igual por los vampiros si ellas hubieran visto a su antiguo compañero Martin en la UCI después de que ellos se enredaran con un nido de vampiros que encontraron en esa bodega de almacenamiento a las afueras de Berlín. Los vampiros habían desgarrado la mitad de la cara de Martin. Él todavía chupaba su cena a través de una pajita.

Afortunadamente, le habían dejado el uso de sus ojos, así podría ver todavía la hija que él y su compañero Karl habían adoptado —La ahijada de Alaric, Simone— celebrar su cuarto cumpleaños.

De esta manera Alaric se dedicó a su trabajo.

Por supuesto, se había dedicado antes de ese particular accidente. ¿Cuántas otras profesiones te permitían usar una espada? Él podría pensar sólo en unas pocas. Y le tenía mucho cariño a su espada, el Señor Sticky. La hoja, a diferencia de los seres humanos no mentía. No engañaba y no discriminaba... incluso si los vampiros eran estúpidos. Especialmente los vampiros Americanos. Ellos pasaban el tiempo en lugares a los que jamás hubiera ido, especialmente si él fuera un inmortal. Lugares como escuelas secundarias. Y Walmart.

Si Alaric fuera un vampiro —y eso era algo que jamás iba a ocurrir, porque si por algún accidente atroz del destino él fuera mordido suficientes veces para que eso ocurra, Martin tenía instrucciones de matarlo al instante, sin importar lo mucho que él luchara— él se adelantaría a Target, tal vez.

Alaric suponía que los vampiros evitaban Target por las cámaras de seguridad del estacionamiento. (Era un mito que los vampiros no se ven en los espejos o en un filme. Ciertamente en los viejos tiempos eso había sido verdad, cuando los espejos de plata y los filmes habían sido la norma. Pero ahora que el mundo se había vuelto digital —y los espejos eran baratos— el reflejo de los vampiros podía ser visto como el de cualquier otra persona). A Alaric le gustaba Target. No tenían un Target en Roma. Él había comprado un reloj de Goofy la última vez que había estado en Target. Los otros guardias se habían burlado de él, pero le gustaba su reloj de Goofy. Era pasado de moda y no hacía más que dar la hora.



Pero algunas veces lo único que necesitabas era saber la hora.

El teléfono de Alaric zumbó, él soltó su historieta de Betty y Verónica y sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta, luego leyó el texto que había recibido con interés.

Manhattan. Reportes de cuerpos completamente desangrados. Al menos tres muertas.

Tuvo que leer el mensaje dos veces para asegurarse de que lo que había leído estaba bien.

¿Cuerpos desangrados? No había habido un vampiro lo suficientemente estúpido como para drenar la sangre de un cuerpo completamente en el último siglo. Al menos no que Alaric supiera. Porque eso, a diferencia de lo que el vampiro en Chattanooga estaba haciendo, era un asesinato y no un simple asalto con un par de colmillos. Y este era un asalto que nunca podría ser probado —no en un tribunal ordinario de la ley— porque la víctima había dado su consentimiento... debido al control mental, por supuesto.

Pero sólo la Guardia Palatina y los padres de la chica jamás creerían eso.

Si algún vampiro era en realidad lo suficientemente estúpido para asesinar sus víctimas, eso sólo podría significar una cosa: El Príncipe saldría de cualquier agujero en el cual había estado escondiéndose desde el siglo pasado. Tendría que hacerlo. Él nunca permitiría que algo como esto ponga en peligro la seguridad de sus subalternos.

Alaric sonrió. Su semana estaba luciendo mucho más brillante.

De repente, entre la multitud, vio un empleada uniformada de Walmart tomando camino, hacia el coche que los padres de la chica habían descrito como el de ella y al cual él se había estacionado cuidadosamente al lado.

Sarah no se parecía a la chica de la foto que sus padres le habían proporcionado... al menos, ya no. Ser la donante personal de un vampiro podría hacerle eso a una mujer. Sus redondas mejillas eran delgadas y su uniforme colgaba de su gastado cuerpo. Su rizado cabello rojo había perdido sus ondas y llevaba un pañuelo de algún tipo alrededor de su cuello para ocultar “la mordida de amor” que su nuevo novio le había dejado durante su última visita.



Estaba anémica, ni siquiera se dio cuenta cuando Alaric salió del coche y se paró delante de ella, era una enorme figura en el sol del mediodía, el Señor Sticky estaba cuidadosamente oculto, por ahora, en los pliegues de su abrigo. Ella siguió absorbiendo ruidosamente el gran tazón de refresco que sostenía.

Necesitaba todo ese refresco, supuso él. Tenía que acumular mucho plasma sanguíneo si iba a ser la cena de alguien esta noche.

—Sarah —dijo Alaric tranquilamente.

Ella se detuvo en seco y finalmente alzó la mirada hacia él, con sus ojos de color azul y su mirada lánguida.

Ahora era el momento de mostrarle la espada. Algunas veces esa era la única cosa que lograba sacarlos de sus estupores de devoción-inducida.

Alaric apartó los pliegues de su abrigo.

—Sólo dime donde está él, Sarah —dijo gentilmente—. Y te dejaré vivir.



CAPÍTULO 8

Traducido por Evelin

Corregido por Selune

2:00 P.M. EST, jueves, Abril 13**Edificio ABN****520 Madison Avenue****New York, New York****ESTÁS CORDIALMENTE INVITADA...****¿A QUÉ?:** *Una sofisticada cena en nuestro hogar,
910 Park Avenue, Apt. 11A***¿CUANDO?:** *Jueves, Abril 15, 7:30 P.M***¿POR QUÉ?:** *El primo de Emil, el Príncipe, ¡llega a la ciudad!***VESTUARIO:** *¡Sofisticado! ¡Elegante!**¡Esta es tú oportunidad para conocer a la real y antigua realeza!**¡Saca tus más sexis y costosos zapatos, vestidos y diviértete!**¡No necesitas sentirte triste sólo porque tu esposo no te dejará
tomar la tarjeta de platino para dar una vuelta!**¡Mira en tú closet y nos veremos el jueves!**xoxo***Mary Lou**

37

Meena miró fijamente el monitor de la computadora. Se suponía que tenía que estar trabajando en el dialogo de la explosiva escena de la próxima semana en la cual Tabby confrontaba a su madre por dormir con su profesor de equitación, Romero, de quien Tabby se había enamorado.

Pero todo en lo que podía pensar era en el ascenso de Shoshona y su horrible historia de vampiros, que Fran y Stan, por supuesto, habían aprobado, llegando a un acuerdo con el canal (el cual estaba de acuerdo con CDI) de que eso iba a hacer a *Insaciable* más atractiva para toda la audiencia femenina entre los dieciocho-y-los-cuarenta... que a su vez traería más dinero por la publicidad. Lo cual ayudaría a conseguir todos los aumentos (el equipo de escritores de *Insaciable* había estado bajo un bloqueo salarial por más de un año).



Purple Rose

Entonces el e-mail de Mary Lou había aparecido en su bandeja de entrada. Y Meena perdió toda capacidad para concentrarse en algo más.

Consternada, reenvió el e-mail a su mejor amiga, Leisha.

—¿Quién es esta persona? —Leisha llamó unos minutos después para preguntar.

—Mi vecina de al lado, Mary Lou —dijo, asombrada de que Leisha no la recordara. Ella sólo se quejaba de Mary Lou cuando había dicho o hecho algo día de por medio.

—Oh, verdad —dijo Leisha—. La que le caíste bien y comenzó a acecharte en el ascensor todos los días...

—...tratando de arreglarme con todos los hombres que conoce —Terminó Meena por ella—, después de que David y yo termináramos. Además, continua hablando de como encontró el linaje de su esposo Emil en la realeza Rumana. Se imagina que él es un conde, lo cual la haría una...

—Condesa —dijo Leisha. Meena podía oír el zumbido de los secadores de pelo en el fondo.

Leisha trabajaba como estilista en un salón de última tecnología en SoHo. —¿No fue ella la que en la reunión de la junta de tu edificio no dejaría que tú y David compraran el apartamento en un primer momento porque no estaban casados? ¿Pero luego cuando se dio cuenta de que escribías para *Insaciable*, cambio de opinión porque es una gran fan de Victoria Worthington Stone?

—Sí —dijo Meena. Le dio una mordida a su mini-Butterfinger que había sacado de su cajón de dulces secreto—. Y odia a Jon pero pretende que no lo hace.

—¿Por qué odia a tu hermano? —Ahora Leisha sonaba sorprendida.

—Cree que él es un parásito por mudarse a vivir conmigo —dijo—. La verdadera pregunta es, ¿cómo me voy a librar de ir a su fiesta?

—Uh —dijo Leisha—. Sin ánimo de ofender... pero ¿por qué no irías? Lo último que he oído es que tu calendario social no está para nada apretujado.



—Sí, bueno —dijo Meena—, no tengo tiempo para estar codeándome con supuestos Príncipes Rumanos cuando necesito preocuparme por lo que le va a pasar a Victoria Worthington Stone y a su vulnerable y testaruda hija, Tabitha. —Meena tomó otra mordida de su mini-Butterfinger. Lo importante era hacerlos durar todo lo que pudiera, lo cual era difícil, porque eran demasiado pequeños.

—Que estúpido de mi parte —dijo Leisha—. Por supuesto. ¿Entonces qué va a pasarle a Victoria Worthington Stone y a su vulnerable y testaruda hija, Tabitha?

Meena suspiró. —Adivina. *Insaciable* se vino abajo hoy. Está escrito en una de las tablas de la propia Consumer Dynamics Inc.

—¿Qué ocurrió?

—*Lust* comenzó una continuación de la historia de vampiros, y nos están matando en los ratings. Así qué...

Leisha dejó escapar un pequeño borboteo de risa. —Oh, sí. Gregory Bane. Los chicos me han estado pidiendo que les deje el cabello como el de él por semanas. Como es un estilo actual no algo realizado con una cuchilla de afeitar y algo de crema. La gente está neurótica por ese chico.

—Háblame sobre eso —Meena dio la vuelta en su silla de oficina y pudo apartar la mirada de la pantalla de su computadora y la puso afuera sobre el valle gris de los rascacielos que componen la Quincuagésima-Tercer Avenida entre Madison y la Quinta. Sabía que, en algún lugar ahí afuera, Yalena estaba descubriendo que sus sueños de una nueva vida en América no se estaban cumpliendo de la manera que ella esperaba. Meena se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que llamara. O sí nunca llamaría—. No lo entiendo. Los chicos parecen un palillo de dientes. Con cabello.

Leisha borboteó con más risa. A Meena le encantaba el sonido su risa. La animaba y le recordaba los viejos tiempos, antes de que las dos terminaran con las hipotecas. Aun así, Meena se sentía obligada a decir, —No es gracioso. Sabes cómo me siento con respecto a los vampiros.



—Sí —dijo Leisha, sonando un poco aburrida—. ¿Qué es lo que siempre estás diciendo una y otra vez? En el culto de los monstruos de la misoginia², ¿los vampiros son los reyes?

—Bueno —dijo Meena— siempre parecen elegir como presa victimas femeninas. Y por alguna razón, las mujeres encuentran esto sexy.

—Yo no —dijo Leisha—. Quiero ser asesinada por Frankenstein. Me gustan grandes. Y estúpidos. No se lo digas a mi esposo.

—A pesar de que estos individuos admiten una y otra vez que quieren matarnos —Meena continuó—, la idea de que ellos noblemente se están cohibiendo de hacerlo ¿se supone que es atractiva? Discúlpame, ¿pero cómo se entiende que un tipo quiera matarte resulta ser ardiente?

—El hecho de que él quiere hacerlo pero no lo lleva a cabo hace que algunas chicas se sientan especiales —dijo Leisha simplemente—. Además, los vampiros son todos ricos. Podría lidiar con tipo rico que quiera matarme, pero que noblemente se está cohibiendo, sería genial para mí en este momento. Adam no tiene trabajo, pero ni siquiera me ayuda con la lavandería.

—¡Los vampiros no son reales! —gritó Meena en el teléfono.

—Cálmate. Mira, no veo cual es el gran problema —dijo Leisha—. Si alguien que puede decir como todas las personas que conoce van a morir, existe, ¿por qué no pueden existir los vampiros?

Meena tomó un profundo respiro. —¿Te dije que Shoshona obtuvo el puesto de escritora principal? ¿Por qué no sólo cambias de tema?

—Oh, Dios mío —Leisha sonaba apenada—. Lo siento tanto, Meen. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué puedo hacer? —Preguntó Meena—. Espera. Ella va a echarlo a perder con el tiempo. Esperemos a que cuando lo haga, el show y yo todavía estemos aquí y pueda intervenir y salvar el día.

² Aversión u Odio a las mujeres.



—Entiendo —dijo Leisha—. Complejo de héroe.

Meena frunció el ceño. —¿Qué?

—Los vampiros son monstruos misóginos —dijo—. Y tú tienes un complejo de héroe. Siempre lo tienes. Por supuesto crees que vas a salvar el show. Y probablemente el mundo, mientras estás en el.

Meena bufó. —Bien. Suficiente de hablar de mí. ¿Cómo está Adam?

—No se ha bajado del sofá en tres días —respondió Leisha.

Meena asintió, olvidando que Leisha no podía verla. —Es normal en el primer mes después del despido.

—Simplemente está allí tendido frente a CNN, como un zombi. Se está empezando a desquiciar con lo del asesino en serie.

—¿Qué asesino en serie? —Entonces recordó lo que Shoshona había estado hablando en su reunión con Sy—. Oh, ¿lo de las chicas muertas, en los parques?

—Exactamente. Ya sabes, él me gruñó el otro día cuando le pregunté si podía recoger el correo de la caja que queda bajando las escaleras.

Meena suspiró. —Jon estaba de la misma manera cuando perdió su trabajo y tuvo que mudarse conmigo. Al menos él ahora lava la ropa. Sólo porque tengo la unidad de lavadora-secadora en el apartamento y no puedes dejar de tropezarte con las pilas de ropa en el camino hacia ella.

—Le pregunté a Adam que cuando iba a empezar con la habitación del bebé —dijo Leisha—. O el rincón del bebé, supongo que así debería de llamarlo, ya que esa habitación es tan pequeña, que prácticamente es un armario. Sin embargo, él tiene que poner una puerta, el panel de yeso, pintura y todo eso. ¿Sabes que dijo? Dijo que era demasiado pronto y que había mucho tiempo. ¡Thomas llegará en dos meses! Algunas veces no sé si vamos a hacerlo. En realidad no lo sé.

—Sí, lo harán —dijo Meena tranquilamente—. Vamos a pasar por todo esto. En verdad, lo haremos.



Meena no creía esto, por supuesto. Hacía meses desde que su hermano, Jon, había sido despedido de la compañía de inversiones en donde había trabajado como un analista de sistemas y no estaba cerca de encontrar un trabajo desde el día del despido... igual que el esposo de Leisha, Adam, que había sido el compañero de habitación de Jon en la universidad antes de que él le presentara a Leisha. Los pocos trabajos que había en sus campos tenían cientos, tal vez miles de solicitantes igualmente calificados compitiendo por ellos.

—¿Es eso una predicción? —preguntó Leisha.

—Lo es —dijo Meena firmemente.

—Me estoy aferrando a eso —dijo Leisha—. Bueno, buena suerte con el Príncipe. Yo vestiría de negro. El negro siempre es apropiado. Aún para una reunión de la realeza. —Ella colgó. Meena dejó el auricular del teléfono, mordiéndose el labio inferior. Odiaba mentirle a Leisha. Ya que las cosas no iban a estar bien.

Algo estaba mal. Leisha le decía a Meena que su parto era en dos meses. Y tal vez es lo que el doctor le había dicho. Pero estaba equivocado. Cada vez que Leisha decía “Thomas llegará en dos meses” Meena sentía una incómoda punzada.

El bebé —Meena era positiva— nacerá el próximo mes. Posiblemente incluso antes que eso. Y ¡Thomas!, Leisha y Adam querían nombrar su bebé ¡Thomas Weinberg! iba a ser un muy gracioso Thomas, considerando que era una niña y no un niño.

Pero, ¿cómo le dices a una mujer embarazada que todo lo que su doctor le estaba diciendo estaba mal... cuando todo estaba basado sólo en un sentimiento? ¿Especialmente cuando todas sus anteriores predicciones habían sido sobre muerte y no de una nueva vida?

Fácil. No le decías nada en absoluto y mantenías la boca bien cerrada.

Dándose la vuelta de nuevo hacia el monitor de su computadora, Meena se enfrentó otra vez con el e-mail de Mary Lou. Algunas veces ella encontraba difícil creer que todavía había personas que no tengan que trabajar para vivir... señoras con Príncipes por familiares que no hacían más que planificar fiestas y usar la tarjeta de su esposo para ir de compras todo el día.



Mientras que había chicas como Yalena, siendo presa de maleantes, como su novio, Gerald, con el cual la policía no podría hacer absolutamente nada...

Pero esta gente existía.

Y vivían en su edificio. Justo al lado de ella, de hecho.

Meena con determinación golpeó Eliminar, luego abrió un nuevo documento y comenzó a escribir.



CAPÍTULO 9

*Traducido por Evelin**Corregido por Selune**11:00 PM GMT, jueves, Abril 13**En algún lugar sobre el Atlántico*

A Lucien Antonescu no le gustaba volar comercialmente, pero no era por las mismas razones por las que a la demás gente no le gustaba. Él no tenía problemas de control —aparte de su preocupación por controlar su propia rabia— y por supuesto no le tenía miedo a la muerte. La idea de un final en llamas o por otro lado doloroso no le molestaba en absoluto.

Estaba, sin embargo, preocupado por la manera en la que la aerolínea empacaba a sus clientes dentro de tubos de metal que eran comúnmente llamados “aviones,” y luego esperaban que se sentaran en esos imposiblemente pequeños y estrechos espacios llamados “asientos” para todas esas infinitas horas, sin ejercicio o aire fresco.

Había pasado algún tiempo desde que él hubiera estado en un avión que no le perteneciera (su Learjet era ideal para la mayoría de viajes pero no lo suficientemente poderoso para un vuelo transatlántico sin escalas). Cuando le pedían que hablara en una conferencia en el extranjero o un tour por uno de sus libros, Lucien se limitaba simplemente a rechazarlos. En todo caso, a él no le gustaba la publicidad...

Pero hoy estaba volando en primera clase. Los asientos habían sido diseñados como compartimientos individuales, de modo que los pasajeros sentados en frente, atrás o al lado no eran visibles.

En cierto punto durante el vuelo, la atractiva y demasiado agradable azafata —las cuales ahora eran llamadas auxiliares de vuelo, se recordó él mismo— se presentó con un menú del cual podría elegir desde una sección de comida vertiginosa hasta vinos, incluyendo algunos bastantes decentes como los Barolos Italianos...



Más tarde, después de que el piloto apagó las luces, la auxiliar de vuelo le preguntó si le gustaría que ella hiciera su cama por él. Aceptó. Por pura curiosidad. ¿Cuál cama? Su amplio y espacioso asiento, reclinatorio, automáticamente se desplegó en una cama de un tamaño razonable (aunque no para él que estaba varios centímetros por encima de los uno noventa metros de estatura) todo con sólo tocar un botón.

Luego, la encantadora auxiliar sacó un algodónado colchón de otro de los escondrijos ocultos, entre las sabanas reales se “ocultaban” un edredón y una almohada los cuales ella ahuecaba. Entonces, le entregó una bolsa de tela que contenía un gran par de pijamas de diseñador, un cepillo de dientes, pasta dental y una máscara para los ojos.

Finalmente, ella le deseó las buenas noches con una sonrisa. Él le sonrió de regreso, no porque tuviera intención de ponerse el pijama o de irse a dormir, sino porque la encontró a ella y a todo el procedimiento completamente encantadores.

Su sonrisa la hizo ruborizarse. Estaba divorciada de un hombre sin escrúpulos que la había estado engañando a lo largo de los ocho años de matrimonio y estaba apoyando a su bebé por su cuenta. Sólo deseaba que su ex-esposo pagara la manutención de su hija a tiempo y que la visitara de vez en cuando. Ella no le había dicho a Lucien estas cosas... sin embargo, no tenía por qué hacerlo. Él las sabía porque no podía estar rodeado de gente sin que sus pensamientos más secretos se entrometieran en los suyos. Eso era algo a lo que se había acostumbrado con el pasar de los años, algo que ocasionalmente disfrutaba. Eso lo hacía sentirse humano de nuevo.

Casi.

Ella se excusó para ver a otro pasajero, un hombre de negocios corpulento sentado al otro lado del espacioso pasillo, en el 6J. El pasajero en el asiento 6J no podía dejar de quejarse: su almohada no era lo suficientemente suave, sus pijamas no eran lo suficientemente largas, las cerdas de su cepillo de dientes eran demasiado duras y su copa de champaña no era llenada con la rapidez suficiente.

De acuerdo en las observaciones de Lucien, el hombre en el 6J presionaba el botón de llamada aproximadamente cada cuatro o cinco minutos, molestando tanto a la auxiliar de vuelo como a la señora en el asiento en frente de él, la cual levantó su máscara de dormir y echo un vistazo desde su oscuro compartimiento para ver la razón de toda la conmoción. Ella tenía una importante reunión en la mañana y necesitaba descansar.



Lucien se levantó mientras la auxiliar de vuelo se deslizó a la cocineta para buscarle otra almohada al hombre de negocios. Entonces él cruzó el pasillo para hacer una visita al asiento 6J.

—¿Qué quiere? —El hombre, cuya mente era tan superficial como un dedal, levantó la mirada para mofarse de Lucien.

Cuando la auxiliar de vuelo regresó, se sorprendió de encontrar el pasajero del 6J mostrarse alarmantemente pálido y en un profundo sueño, casi parecía estar en estado de coma. Ella lanzó una rápida e interrogante mirada alrededor de la cabina encontrándose con la mirada de Lucien, ya que él estaba de pie, alcanzando un libro que había dejado en el compartimiento superior.

—Cansado por toda esa champaña, espero —le dijo Lucien—. No está acostumbrado a tanto alcohol a tan gran altura. —Le dio un guiño.

La auxiliar de vuelo dudó, luego, como si la sonrisa de Lucien la traspasara de lado a lado, sonrió tímidamente y le ofreció la almohada extra.

—Gracias —dijo él.

Más tarde, él paseaba a lo largo de los oscurecidos pasillos escuchando la respiración de los pasajeros inconscientes que mostraban sus sueños, mientras que el avión se adentraba por el cielo nocturno hacia New York, Lucien bajo su mirada a las desnudas y vulnerables gargantas cuando los pasajeros dormían y pensó que en realidad, alguien debería de hacer algo para que los vuelos de la aerolínea fueran más agradables para todos, no sólo para los pocos privilegiados en primera clase.



CAPÍTULO 10

*Traducido por Evelin
Corregido por Selune*

6:30 P.M. EST, martes, Abril 13

910 Park Avenue

New York, New York

Meena presionó el botón de Subir, luego miró a su alrededor furtivamente. Estaba cansada después de su largo día y esperaba una cosa, sólo esta pequeña cosa seguir su camino, deslizándose por el elevador del edificio en el cual vivía sin tropezar con su vecina Mary Lou, de esa manera podría tomar su paseo de once pisos y pasar en un apacible silencio.

El edificio de Meena —910 Park Avenue— era elegante, con un portero custodiando las relucientes puertas de bronce, un vestíbulo de mármol, una gran lámpara de cristal y un garaje subterráneo con plazas de aparcamiento por las cuales los residentes podrían pagar un adicional de \$500 por mes (aunque Meena hubiera preferido gastarse ese dinero en cierto bolso con incrustaciones de joya en forma de dragón de Marc Jacobs... si tan sólo pudiera permitirse un extra de \$500 al mes, la cual no podría tener).

Pero su apartamento no estaba a la altura de la elegancia del edificio: necesitaba volver a pintarlo; las molduras a lo largo de los techos se estaban viniendo abajo; el suelo de parquet necesitaba ser lijado; la antigua chimenea no funcionaba; y las puertas Francesas que daban al minúsculo balcón tenía vista hacia la terraza de su vecina Mary Lou (la cual era prácticamente del tamaño de todo el apartamento de Meena). Y se estaba quedando sin espacio para el clóset.

Lo más importante era, que el apartamento era suyo, o al menos lo sería, cuando finalmente le devolviera el dinero a David del pago inicial. Habían sido afortunados por comprar cuando el mercado estaba por el suelo, así como los anteriores



propietarios habían estado divorciándose y estaban desesperados por vender... y junto con una pequeña herencia de su tía abuela Wilhelmina, de la cual habían sacado su nombre (su madre lo había escrito Meena por miedo a que sus profesores y compañeros de clase siempre pronunciaran mal su nombre "Myna") finalmente consiguieron el apartamento.

Aunque David se había ido hace un largo tiempo, Meena nunca imaginó su apartamento como un lugar al que podría traer nuevamente una cita. Pero cuando había visto a Shoshona dejando la oficina con un tipo guapo (el cual ahora se daba cuenta que tenía que haber sido el infame Stefan Dominic; Meena sólo se las había arreglado para echar un vistazo a la parte trasera de su oscura cabeza antes de que los dos desaparecieran en el elevador para tomar una copa después del trabajo), ella había sentido una punzada de envidia.

Ni siquiera podía recordar la última vez que había tenido una cita... a menos que contara la primera, y última vez, que dejó a Mary Lou establecerle una cita con un tipo, alguien de la oficina de su esposo... aquel a quien Meena se había sentido forzada de informarle sobre los calamares, cuando se conocieron en un restaurante de moda en el centro de la ciudad, que él necesitaba chequear su colesterol, o iba a tener un ataque cardíaco antes de los treinta y cinco.

Era inútil mencionar que nunca la había llamado para una segunda cita. Pero esperaba que él hubiera llamado a su doctor y que hubiera tomado Lipitor. Sin embargo, ella continuaba rezando por la única cosa que nunca parecía hacerse realidad. Con la frecuencia de sus encuentros, Meena bien podría haber estado saliendo con su vecina.

Todas las mañanas, ¡Puff! Mary Lou aparecía, justo cuando Meena pulsaba el botón de Bajar. Lo mismo sucedía cada noche.

Era extraño.

Y cada vez, cualquier esperanza de tener una un viaje civilizado de su residencia al trabajo se esfumaba. Porque Meena se veía forzada a escuchar a Mary Lou hablar entusiastamente del nuevo tipo que había conocido el cual estaba convencida que sería perfecto para Meena o hablaba de una línea de historia ideal que había pensado la noche anterior para *Insaciable*.



“¿Oh, en serio?” Meena se forzaba para responder con cortésmente. “Gracias, Mary Lou. En realidad, estoy viendo a alguien. Una persona de mi oficina”. O decía, “No, en serio, definitivamente haré pasar tu idea por Fran y Stan de que Victoria Worthington Stone debería comenzar a ser una embajadora internacional en Brasil. Estoy segura de que les encantará”. Excepto que no había ningún tipo en la oficina de Meena que estuviera viendo (con excepción de Paul, platónicamente; él ha estado felizmente casado con tres hijos por veinticinco años), y la condesa nunca, ni siquiera una sola vez, llegaba con una sola línea de historia que fuera útil para su personaje favorito, Victoria Worthington Stone.

Eso era demasiado malo, porque a Meena genuinamente le gustaba la calidez aunque un tanto exagerada de Mary Lou y su modesto, y ligeramente agobiado esposo, Emil.

Solo que Meena comenzaba a sentirse un poco similar a como Ned se había sentido el día de su ataque de nervios en el comedor de ABN... especialmente desde que David la había dejado y Mary Lou se había comenzado a obsesionar con el amor de la vida de Meena. ¿Cómo iba a traer una cita a casa si su hermano mayor siempre andaba por el apartamento, haciendo *Fettuccine Alfredo*? Alguien necesitaba darle a Meena un pequeño empujoncito en la dirección correcta.

Y Mary Lou obviamente se había autoproclamado esa persona.

Esto comenzó a ser especialmente obvio ese día, justo cuando Meena por una vez más fue incapaz de alcanzar su objetivo de evitar a la condesa en el elevador...

¡Puff!

Allí estaba.

—¡Meena! —Gritó la condesa—. ¡Estoy tan contenta de tropezarme contigo! ¿Recibiste mi e-mail? El primo de Emil, el Príncipe, viene a la ciudad. Lo amarás; él es un escritor, igual que tú. Sólo que escribe libros, no telenovelas. En realidad es un profesor de historia Rumana. ¿Recibiste mi e-mail sobre la cena que tendré en su honor este jueves?, ¿verdad? ¿Crees que podrás asistir?

—Oh —dijo Meena—. No lo sé. Las cosas están locas en el trabajo...



—Oh, ¡Tu trabajo! —Meena se dio cuenta que debería de haber mantenido la boca cerrada, ya que Mary Lou se emocionaba con el tema inmediatamente—. Trabajas demasiado duro. No es que yo no ame cada minuto de ello. La semana pasada cuando Victoria se besuqueó con el Padre Juan Carlos en el vestíbulo después de hacer su confesión sobre la culpa por dormir con el instructor de equitación de su hija, tuve que meterme una servilleta en la boca para evitar gritar y sobresaltar a la empleada doméstica mientras pasaba la aspiradora, yo estaba tan emocionada. ¡Eso fue tan brillante! ¿Esa historia fue tuya?, ¿Verdad?

Meena inclinó la cabeza modestamente. Estaba orgullosa de la historia de Victoria-y-su-ardiente-sacerdote. Era diferente cuando se trataba de un sacerdote que noblemente se contenía de dormir con una mujer. El Padre Juan Carlos no quería matar a Victoria.

—Bueno, en realidad... —Comenzó a decir, pero Mary la interrumpió.

—Aun así, te conducirás a una menopausia temprana trabajando como una esclava para ese show. De todos modos, escucha...

Con un ding las puertas del elevador se abrieron, Meena y la condesa entraron para comenzar lo que sería, para Meena, de todos modos, un trayecto de larga duración. Mary Lou entonces procedió a darle a Meena una larga descripción del castillo en el cual el Príncipe pasaba su verano en Rumania. Estaba íntimamente familiarizada con eso, ya que era cerca al castillo en donde ella y su esposo pasaban el verano por dos meses cada año, dos meses dichosos en los cuales Meena era capaz de tomar el elevador libre de la condesa.

A eso del piso cinco, Meena se preguntó porqué nunca había tenido un sentimiento de Mary Lou o de su esposo Emil teniendo un amenazante fallecimiento. En realidad, era extraño. Por otra parte, era posible que su poder de predecir la muerte, el cual había aparecido cuando llegó a su pre-adolescencia, estuviera comenzando a decaer ahora que se aproximaba a los treinta (una chica podía soñar).

Lo más probable, sin embargo, teniendo en cuenta la suerte de Meena, su poder estaba transformándose en algo más... sólo era mirar las extrañas sensaciones que tuvo sobre Leisha y su bebé.



Para el décimo piso, Meena había oído todo lo que podía soportar sobre las influencias arquitectónicas Sajonas.

—Oh, ¿Te fijaste en todo eso? —dijo Meena cuando finalmente y misericordiosamente se abrieron las puertas del elevador en su piso.

—Oh, Meena —dijo la condesa mientras las dos se encaminaban a sus respectivas puertas—. Olvide preguntarte. ¿Cómo está tu hermano?

Y allí estaba. La Cabeza Ladeada.

La Cabeza Ladeada estaba acompañada, por supuesto, por la mirada Simpática. La condesa no era ajena al Botox, como Meena bien sabía, la condesa tendría que estar por encima de los cuarenta, pero su rostro era tan liso como si tuviera la edad de Meena, a lo mejor era porque Mary Lou tenía una extraordinaria colección de sombreros, así como de guantes, los cuales vestía con una feroz determinación para mantenerse fuera del alcance del sol. El de hoy era gigantesco y de color marrón.

Eso era todo, la Cabeza ladeada, el ‘once’ entre sus cejas (dos líneas arrugadas por la preocupación), el fruncir de sus labios como si dijera, *Me importa. Profundamente. Dime: ¿Cómo está tu hermano?*

—Jon está muy bien —dijo Meena con tanto entusiasmo que pudo reunir, dándose cuenta de cuantas veces a la semana se vio forzada a repetir esta frase—. Realmente genial. Ejercitándose, leyendo mucho, incluso cocinando. Él hizo una receta nueva para la cena de anoche. Hizo una carne a la naranja china para mí que sacó del Times. ¡Era deliciosa!

Era una completa mentira. En realidad había sido terrible y Meena se enfureció con Jon por haberlo intentado. No era un gran chef. Los filetes sobre el hibachi de Meena en la terraza eran su fuerte, no era algo que pudieran ordenar tan fácilmente. Había tenido que tirarlos a la basura. Meena esperaba que la condesa y su esposo Emil no hubieran sentido el olor cuando llegaron de cualquier obra benéfica a la que habían estado asistiendo. Ellos siempre salían, cuando no estaban haciendo de anfitriones, a eventos de caridad, por toda la ciudad, hasta altas horas de la noche y tenían sus nombres mencionados en las páginas de sociedad con regularidad por sus generosos regalos así como por sus múltiples fiestas.



—¡Oh! —Mary Lou aplanó con su mano la parte frontal de su chaqueta de Chanel—. Es genial. Admiro lo que estás haciendo, dejándolo vivir contigo hasta que él vuelva a estabilizarse. Demasiado generosa. El Príncipe ama a las personas generosas, por lo que te amará. Por supuesto...

Mary Lou retiró su mano y el diamante de siete u ocho quilates que había estado usando por debajo del guante cuando se lo quitó, brilló por el resplandor de la luz del techo en el pasillo. —Trae a Jon cuando vengas a la cena para conocer al Príncipe el jueves en la noche. Él siempre será bienvenido, también. Es un joven muy dulce.

Meena mantuvo una sonrisa congelada en su rostro.

—Bueno, gracias —dijo Meena con un ánimo forzado—. Pero no estoy segura si tenemos planes. Te dejaré saber. ¡Ten una buena noche!

—Tú también —dijo Mary Lou—. *¡Au revoir!*

Una cosa, pensó Meena mientras se apresuraba a su apartamento. Una cosa buena aún podría sucederle hoy. Nunca iba a perder la esperanza. Sin esperanza, ¿Qué tienes?

Nada.

Ella todavía podía encontrar el bolso de dragón de rubí. Tal vez online, usado en alguna parte.

Excepto que, incluso usado, seguirá siendo más costoso de lo que ella podía permitirse. Sería algo egoísta y horrible de su parte comprar algo tan frívolo que claramente no necesitaba, especialmente cuando tantas personas estaban sin trabajo y apenas pueden permitirse pagar la comida y tenían personas horribles como el novio de Yalena aprovechándose de ellos.

Claramente, nunca iba a comprar el bolso. Ni siquiera usado. Pero era importante tener esperanza.



CAPÍTULO 11

Traducido por ***Liseth_Johanna18***

Corregido por *Selune*

6:30 P.M. EST, martes, Abril 13

910 Park Avenue

Apartamento 11B

New York, New York

¿TIENE LO QUE SE NECESITA PARA UNIRSE AL DPNY³?

Para ser considerado para una cita en el DPNY, debe pasar una serie de exámenes médicos, físicos y psicológicos para determinar su conveniencia. ¿Quiere saber más acerca de los requerimientos?

Jon, viendo la pantalla de la computadora, se encogió de hombros, tomó otro sorbo de su Gatorade⁴, y dio *click* en Leer más.

Los solicitantes deben tener por lo menos 17 años y medio de edad para el último día de presentar el examen al que estén aplicando.

—Oh, sí —dijo Jon—. De eso es de lo que estoy hablando.

El perro de Meena, Jack Bauer, oyendo el sonido de una voz humana, saltó desde su cama para perros y trotó curiosamente alrededor del sofá para ver qué estaba sucediendo. Jon inclinó su botella de Gatorade en la dirección del perro con un brindis y siguió leyendo felizmente.

³ Departamento de Policía New York.

⁴ Es una bebida no gasificada, usada para re-hidratar y recuperar carbohidratos y electrolitos agotados durante el ejercicio.



Los solicitantes no deben haber alcanzado su cumpleaños número 35 el día o antes del primer día de presentar el examen al que estén aplicando.

—Hecho —Le dijo a Jack Bauer—. ¡Definitivamente nos uniremos al DPNY!

Jack Bauer inclinó su cabeza en un gesto interrogante, se sentó en sus patas y aulló.

—Sí —Jon dejó su Gatorade a un lado, levantó el teléfono y marcó. Tan pronto como la persona al otro lado levantó el receptor, él dijo—, amigo. Nos uniremos al DPNY.

—Al Diablo que lo haremos —dijo Adam—. Estoy a punto de ser padre, puede que necesite un trabajo, pero no uno en el que consiga que me disparen en el trasero. ¿Sabías que hay un asesino en serie suelto allá afuera?

—Estoy seguro que hay muchos —dijo Jon. Puso su pie de talla doce en la mesa de café de su hermana. Jack Bauer, inspirado por este desarrollo, saltó sobre el sofá, en donde le estaba estrictamente prohibido sentarse por parte de Meena. Jon se movió un poco para hacerle espacio—. Y nosotros vamos a atraparlos. Porque, ¿adivina qué? ¿El departamento de Policía de New York? Está contratando. Todo lo que tienes que tener es no ser menor de 17 y medio o mayor de 35 años de edad. Bingo. Somos nosotros.

—También es para locos. ¿Leíste esa parte? ¿Cómo alguien debe estar loco para aplicar al cargo de policía de esta maldita ciudad?

—Sí, además de un examen físico y escrito, hay un examen psicológico —dijo Jon, mirando su computadora—. Y es posible que tengas algunos problemas para pasar esa parte, viendo que eras un operador comercial respaldado por hipotecas de seguridad.

—¿Terminaste? —Preguntó Adam—. Porque tengo que irme ahora.

—Sí —dijo Jon—. De acuerdo, ve al sitio web del DPNY. De verdad creo que deberíamos hacer esto. Podemos hacer algo para hacer la diferencia, Weinberg. Podemos arrestar a los perpetradores. Podemos ayudar a los pequeños niños violados.



—Escúchate —dijo Adam. Pero Jon podía oír el click en el fondo y sabía que Weinberg estaba haciendo lo que él le había pedido—. Perpetradores. Como si supieras algo de los perpetradores. ¿Has estado viendo *The Wire*⁵ otra vez?

—Hablo en serio. Piénsalo. ¿Que hicimos en nuestros últimos trabajos? Claro, hicimos un montón de dinero, para otras personas y para nosotros mismos. Pero, ¿En realidad tocamos las vidas de las personas en una forma significativa? No.

—Siento diferir —dijo Adam—. Manejé el fondo de pensiones de la Unión de Profesores de Alaska.

—Y —dijo Jon—, ¿Qué pasó con eso, Adam?

Adam refunfuñó, —No fue mi culpa.

—Esos maestros estarán bien —dijo Jon—. Bueno, probablemente no. Pero tal vez ser despedido es una bendición disfrazada. Esta podría ser nuestra oportunidad para devolver lo que perdimos. Ayudando a las personas que de verdad lo necesitan.

—Y llevando armas —Señaló Adam—. Admítelo, Harper. La parte que te gusta es en la que tenemos armas.

—La idea de que estaríamos llevando armas de fuego y el permiso para cargarlas legalmente sí cruzó por mi mente —dijo Jon—. Pero en realidad se trata de ayudar a las personas, Weinberg. ¿Honestamente solo quieres dejar que este asesino en serie por el que estás preocupado ronde por ahí, libre?

—No —dijo Adam—. Quiero encontrar un trabajo haciendo lo que fui entrenado para hacer. Me gustaría poner en práctica estrategias de efectivo y derivados y ejecutar operaciones, mientras comunico la información y las tendencias del mercado a los profesionales de otras inversiones en la empresa.

—¿De verdad? —Jon no pudo esconder su decepción—. ¿Esa es la línea del resumen?

⁵ The Wire es una serie de televisión norteamericana cuya historia se desarrolla en Baltimore, Maryland. The Wire trata de ser una visión realista de la vida de Baltimore, especialmente centrado en el tráfico de drogas.



—Eso es lo que le dije al Representante de Recursos Humanos en TransCarta —dijo Adam—. Que es el único lugar que parece estar contratando justo ahora.

—Cuando podrías estar salvando vidas.

—Déjame hacerte una pregunta —dijo Adam—. ¿Esto se te ha ocurrido por tu hermana?

—¿Que quieres decir? —Preguntó Jon a la defensiva.

—Creo que sabes a lo que me refiero —dijo Adam—. Es decir, ¿Le has dicho a esa hermana loca tuya que estas pensando en aplicar para un trabajo con el DPNY?

—No tengo que decirle a mi hermana todo lo que estoy pensando hacer —dijo Jon rígidamente.

—Oh, ¿sí? —Adam rio de manera malévola—. Bueno, no aplicaré para un trabajo con el DPNY a menos que tu hermana diga que nos ve a ambos retirándonos como tenientes o lo que sea.

Jon dijo, con deje de irritación, —Ya deberías saber que no funciona de esa forma con ella.

—Sí —dijo Adam—. Supongo que si así fuera, ninguno de nosotros estaría en esta situación, ¿o sí?

Jon suspiró. El don de su hermana nunca había hecho su vida más fácil, exactamente. ¿Por qué no podía haber sido ella capaz de predecir los números ganadores de la lotería, o cual chica en el bar era la más recomendable para dormir con él, o algo, de hecho, útil? Escuchar las formas en las que él podría morir era interesante, supuso Jon.

Pero él prefería establecerse. O quedarse así.

Jon oyó el chirrido de la llave de Meena en la cerradura. Jack Bauer también lo oyó, y rápidamente se bajó del sofá y regresó a su cama para perros.

Jon le dijo: “Hablaemos de esto después. Tengo que irme ahora Adam”. Luego colgó y bajó los pies de la mesa de café.



Meena entró luciendo nerviosa y con la cara fresca, como siempre hacia cada vez que regresaba de cualquier parte. Ella preguntó, —¿Estaba Jack Bauer sobre el sofá ahora?

—Por supuesto que no —dijo Jon, poniéndose de pie—. ¿Cómo estuvo tu día, querida?

—Apestó. Conocí a una chica en el subterráneo que creo que va a terminar vendida a una trata de blancas y luego asesinada.

—Adorable —dijo Jon sarcásticamente.

—Dímelo a mí —dijo Meena—. Y Shoshona consiguió el empleo de escritor principal. Y la red demanda una estúpida historia de vampiros, por lo que mi bella y totalmente imponente propuesta sobre el chico malo con el padre jefe de la policía estuvo completamente muerta a su llegada.

—¿Shoshona consiguió el trabajo de escritor? —Preguntó Jon—. Eso golpea. Le diste tu tarjeta a esa chica del subterráneo, ¿no es así?

—Sí —dijo Meena, lanzando sus llaves en la pequeña bandeja del aparador de la cocina, que había empezado a mantener ahí para ese propósito después de que Jon finalmente señalara que su poder psíquico era inútil a la hora de encontrar las cosas que ella seguía perdiendo—. Con esperanza, ella llamará.

—¿Y qué tal Taylor? —preguntó Jon. Trató de mantener su voz casual. Había tenido un flechazo con Taylor Mackenzie, a quien su hermana había señalado muchas veces de ser demasiado joven para él, desde que Meena había empezado a escribir para el show.

—Ella es la que obtiene el nuevo novio vampiro —dijo Meena—. Consiguieron que el mejor amigo de Gregory Bane viniera para leer con ella el viernes. Él es guapo, aparentemente. Creo que lo vi dejando la oficina con Shoshona esta noche. Pero era mayormente la parte la parte trasera de su cabeza.

Jon miró a su reflejo en el antiguo espejo que Meena tenía colgando sobre la mesa comedor.

—Yo soy guapo —dijo él, admirando su propio reflejo—. ¿Qué piensas? ¿No luzco como material de vampiro para ti?



Meena bufó. —Correcto. Hacer el papel de un miembro del coro en el musical Mame cuando estabas en secundaria no cuenta como experiencia actoral. Especialmente desde que solo lo hiciste por un crédito extra para evitar ser echado a patadas del equipo de beisbol gracias a tu D⁶ en Español.

Ella se encogió de hombros dentro de su chaqueta y cruzó la habitación para ver a Jack Bauer, que había ido a por ella para darle una lamida de bienvenida.

—¿Y cómo está mi chico? —Preguntó ella—. ¿Salvaste al mundo hoy? Creo que lo hiciste. Creo que salvaste al mundo de una aniquilación nuclear, justo como lo haces cada veinticuatro horas. Mírate. Solo mírate.

Jack Bauer era una mezcla de Pomerania-chow que Meena había insistido en llevar a casa del ASPCA⁷ la primera vez que había puesto un pie en ella, —sólo para mirar—, después de que David había salido de ella y había estado en un estado casi comatoso con depresión. El pequeño había estado sentado en una jaula grande y vacía por sí mismo, sus enormes ojos marrones tan llenos de ansiedad que Meena había remarcado que, con su pelo rubio, se parecía a Kiefer Sutherland en un momento particularmente dramático en la serie de televisión 24⁸.

Cuando el perro había caído en sus brazos tan pronto como la puerta de la jaula fue abierta, llenando su cara de agradecidos besos, la inevitable adopción fue sellada, y nombre Jack Bauer agregado, porque la ansiosa mirada en los ojos de la criatura rara vez desapareció, a menos que estuviera recostado en el piso al lado de Meena.

—Él salvo el mundo, de acuerdo —dijo Jon—. Trató de golpear un gigantón en el pequeño sendero para perros en el Parque Carl Schurz.

—Mi héroe —Chilló Meena, tomando al perro y abrazándolo—. Sigue mostrando tu dominación masculina, aun cuando has sido arreglado —Ella se giró hacia Jon—. Entonces, ¿Qué hiciste hoy?

⁶ En el sistema de calificaciones: A, Sobresaliente; B, Notable; C, Aprobado; D, Deficiente.

⁷ ASPCA: American Society for the Prevention of Cruelty to Animals (Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad contra los Animales).

⁸ 24: Fue una serie de televisión estadounidense del género de acción/drama, emitida por la cadena FOX. La serie trata primariamente del desempeño del agente federal Jack Bauer (interpretado por el actor Kiefer Sutherland), en UAT, —Unidad antiterrorista— de Los Ángeles.



—Definitivamente iba a hacer pollo —dijo Jon—. Pero cuando llegué a la tienda ninguno de los pollos lucía bien en absoluto.

—¿En serio? —dijo Meena, yendo hacia el sofá y alcanzando el control remoto.

—Sí —dijo Jon—. Todos tenían pasada la fecha de vencimiento. Era como si la entrega de Perdue⁹ no hubiese llegado a tiempo o algo así.

—Entonces ordenemos algo —dijo ella. Se había volteado para ver las noticias—. No hemos comido Tailandesa en un tiempo.

Él sintió una oleada de alivio.

—Tailandesa suena bien. O India.

—Comida India también suena bien —dijo ella—. Oh, Dios mío, nos invitaron donde la Condesa el jueves. Si seguimos con las luces apagadas —agregó ella, como si esa fuera una forma perfectamente razonable de lidiar con el problema—. No tenemos que preocuparnos de que ellos vean que estamos en casa bajo la rendija de la puerta.

—Meena —Jon amaba a su hermana.

Pero ella estaba completa y totalmente loca.

Y siempre lo había estado.

Meena sacudió la cabeza. —Jon. Sabes que no puedo dejar de amarla. Pero ella está tratando de arreglarme con un algún Príncipe Rumano con quien está relacionado su esposo. Por favor.

—¿Un Príncipe? —Jon enarcó las cejas—. ¿En serio? ¿Es rico?

—No quiero conocer a un Príncipe —dijo Meena. Sonaba enojada. Ella lucía enojada—. ¡Ya estoy teniendo la peor semana de mi vida, y solo es Martes!

⁹ Perdue: La marca PERDUE® es la marca número uno de pollo de primera calidad en el Este de los EE.UU. y es sinónimo de productos de calidad en todo el mundo.



Jon conocía a Meena lo suficientemente bien para saber que esto no se trataba acerca de Shoshona consiguiendo el trabajo, o de la chica que había conocido en el subterráneo, o incluso del show, el cual adoraba.

—Qué —dijo él, rotundamente—. ¿Qué viste?

—Nada —dijo ella, lanzándole una Mirada confusa—. No sé de qué estás hablando.

—Sabes algo —dijo Jon—. Sabes de qué estoy hablando. ¿De quién se trata? ¿De mí? Se trata de mí, ¿no es cierto? Solo dime. Puedo tomarlo. ¿Cuándo será? ¿Esta semana?

Meena miro a lo lejos. —¿Qué? No. Estás bien. No sé de qué estás hablando.

Jon sacudió la cabeza. Él no pensaba que estaba equivocado. Había vivido con su hermana menor lo suficiente para reconocer las señales.

Ella, obviamente, sabía algo acerca de alguien ahora...solo que, ¿De quién? ¿Y por qué no lo estaba diciendo ella?

—¿Es de Mamá y Papá? —preguntó él—. Pensé que dijiste que ellos estaban bien. Quiero decir, relativamente hablando.

—Ellos están bien —Meena lo fulminó con la mirada—. Para dos personas que siguen dándose la Hora Feliz en Boca como si pensarán que son F. Scott y Zelda Fitzgerald.

—Entonces no lo entiendo —dijo Jon—. Tu vecina millonaria y loca que piensa que es una Condesa te invitó a una cena en su casa para conocer a un verdadero Príncipe Rumano el jueves en la noche. ¿Y me estás diciendo que no piensas que vas conseguir ninguna historia de eso? ¿Es en serio?

Meena lo miró, sus grandes ojos oscuros brillando en la luz del sol que estaba justo fuera de las ventanas, convirtiendo el cielo de un rosa pálido a un delicado lavanda. Finalmente, ella sonrió.

—Tienes razón —dijo—. ¿Cómo podría perder una oportunidad tan fantástica, tan rica con la promesa de pretenciosa bufonería con la que podría burlarme luego en *Insaciable*? Tengo el deber profesional de estar allí.



—Absolutamente —dijo Jon.

—Le diré que sí a la Condesa —dijo Meena.

—Así se habla —Jon se inclinó para sacudir su oscuro cabello cortado al estilo de chico—. Iré a ordenar algunas samosas¹⁰.

Meena sonrió y subió el volumen de las noticias, que eran solamente de cómo ellos no habían sido capaces de identificar a ninguna de las víctimas de lo que ahora llamaban el Estrangulador del Parque. Estaban solicitando a cualquier persona que podría reconocer a las mujeres para fuera.

—Después de todo —dijo Meena pensativamente, claramente sin prestar atención a la información que la presentadora con rostro sombrío estaba repartiendo—: Victoria Worthington Stone ha salido con variedad de doctores, abogados, millonarios, magnates, mafiosos, asesinos, maniáticos, policías, vaqueros, sacerdotes, e incluso una vez con su medio hermano, hasta que descubrió quien era en realidad. Ya era hora de salir con un Príncipe.

—Ese es el espíritu —dijo Jon, y empezó a marcar.

¹⁰ Samosas: es una empanadilla de forma triangular, típica de la cocina del sur de Asia.



CAPÍTULO 12

*Traducido por: Veroniica
Corregido por: Andy Parth*

6:30 P.M. EST, martes, Abril 13

Calle West Fourth

Chattanooga, TN

Alaric Wulf no se sorprendió al ver que Sarah, como la mayoría de las mujeres —y hombres— que se enamoraban de un vampiro, inicialmente se resistían a la idea de renunciar dando la dirección de su amante.

—Sólo dime dónde está, y te dejaré vivir.

Sarah se había evadido por un tiempo. Como la mayoría de las víctimas, no les preocupaba en absoluto su propia vida. Su cerebro estaba demasiado necesitado de nutrientes. Ella sólo se preocupaba por proteger a su señor. Hasta que Alaric finalmente puso su espada en su garganta.

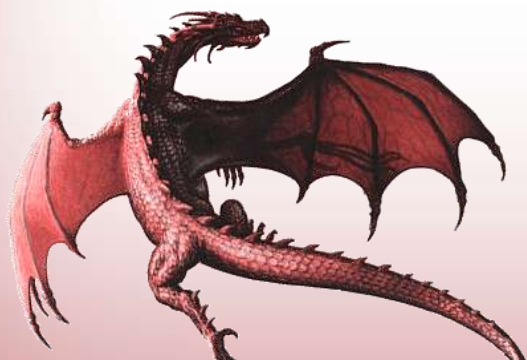
La Guardia Palatina estaba incluida en la mayoría de las enciclopedias y los motores de búsqueda como una desaparecida unidad militar del Vaticano, creada para defender a Roma del ataque de invasores extranjeros.

Esta parte era cierta: la Guardia Palatina era una unidad militar del Vaticano. Pero estaba casi desaparecida. Y los invasores habían sido creados para defenderse de los no extranjeros.

Eran demonios.

Y los guardias no estaban defendiendo a Roma sólo de ellos, sino del mundo entero.

Los miembros de la Guardia tenían diferentes métodos para conseguir las víctimas de esos demonios, quienes a menudo se enamoraban de sus atacantes, al hablar. Abraham Holtzman, —actualmente Guardia de un oficial de alto rango, que había entrenado



tanto a Alaric como a Martin— siempre había preferido el engaño. Él mostraba una tarjeta falsa de una extravagante (ficticia) firma legal, explicando que había sido contratado por la distanciada familia de vampiros para entregar un cheque de gran herencia.

A menudo la víctima estaba tan nerviosa por la encantadora sorpresa que no se daba cuenta de que Holtzman ni siquiera mencionaba el nombre del vampiro.

Eso era porque él no lo sabía.

Pero ese era Holtzman. Alaric siempre había sospechado que Holtzman podía salirse con la suya en eso porque él se parecía a un erudito. Sus padres judíos, se habían horrorizado cuando este se fue a trabajar al Vaticano, pensando que Holtzman no se había convertido. (La conversión no era un requisito para el trabajo. Era bastante difícil encontrar a alguien capaz de mantener la cabeza fría mientras oscilaba la espada hacia un súcubo gritando, y mucho menos a alguien que también fuera un católico devoto. Los miembros de la Guardia Palatina eran de una amplia mezcla de religiones... aunque, al igual que Alaric, eran no creyentes).

Alaric suponía que ayudaba a la artimaña de Holtzman, que se pareciese a un abogado.

Sin embargo, no había nada malo en el aspecto de un musculoso cazador de demonios... especialmente si eso era lo que uno era. Alaric no tenía ningún título, excepto cortar las cabezas de los vampiros y regresarle a sus víctimas la plena humanidad una vez más.

Así que Alaric no perdía el tiempo con trucos como hacía Holtzman. En especial, no cuando se trataba de Sarah. Él iba directo al punto... usando directo a la garganta el Señor¹¹ Sticky.

Cuando ella por fin balbuceó: —Félix... Félix vive en un loft en una tienda de antigüedades en West Fourth... pero por favor... —él la agarró por la parte posterior del cuello y la puso en el asiento del pasajero en su coche de alquiler. Él no necesitaba que ella se mensajeara con su amante muerto-viviente y lo advirtiese y que así Félix pudiese llamar a sus amigos vampiros y estos le tendieran una trampa.

¹¹ Español Original.



No fue el viaje más animado hasta la casa de Félix. Sobre todo porque Sarah sollozó la mayor parte del camino y susurraba: —Por favor, por favor... no le hagas daño. Tú no lo entiendes... él no quiero ser como es. Él odia lo que es. Odia cuando tiene que... herirme.

—¿Sí? —Alaric la miró. Puso la radio del coche en el canal de heavy metal. A él no le gustaba especialmente el heavy metal, pero necesitaba algo lo suficientemente fuerte como para ahogar el sonido de sus sollozos—. ¿Entonces por qué dejas que te lo haga?

—Porque —dijo Sarah gimoteando—. Él morirá si no lo hago.

—Te equivocas en eso —dijo Alaric—. Él no puede morir a menos que alguien le clave una estaca de madera en el corazón o le corte la cabeza. O, alternativamente, si alguien lo empuja a la luz directa del sol o sumerge totalmente su cuerpo en agua bendita. Pero entonces —agregó, lanzándole una mirada—, tú debes saber todo esto.

—Nada de eso es cierto —dijo Sarah—. Me dijo que todas esas cosas eran mitos. También sobre que los vampiros pueden vivir con sangre de animal. Dijo que si hacen eso, morirían. Por eso tuvo que beber mi sangre. Para mantenerse con vida.

Alaric rodó sus ojos. —¿Te das cuenta de cuantas chicas como tú han estado cayendo durante siglos? A los vampiros simplemente no les gusta la sangre de animal. Los debilita. Y no se ven tan bien después de haber estado bebiendo de ellos durante un tiempo. Y si ellos son algo, son vanidosos. La sangre de los humanos es como un filet mignon¹² para ellos. Así que si te dijo que va a morir si no le dejas beber tu sangre, él es un maldito mentiroso, además de ser un pútrido apestoso abusador de mujeres y una abominación desalmada.

Sarah parecía encontrar su lenguaje desagradable, ya que esta declaración sólo la hizo llorar más fuerte. Alaric se sintió un poco mal por esto. Holtzman siempre le decía que tenía que trabajar más sus habilidades de trato con la gente.

Por lo que, Alaric le pasó un pañuelo del pequeño paquete que la agencia de alquiler había puesto en el coche.

¹² Filet Mignon: Filete pequeño sacado de la punta del solomillo de vacuno.



—Eres malvado —dijo Sarah, sonándose la nariz con el pañuelo—. Félix no es una abominación sin alma. Él es sensible. Tiene sentimientos. Me lee poesía. Shakespeare.

Alaric quería detener el auto para poder vomitar, pero no tenía tiempo. Cuanto antes llegara y acabara con esto, antes podría volver al hotel, ordenar algo por el servicio de habitaciones, tomar un buen y relajante baño (en la tina más pequeña del mundo, con esas tiras granuladas adjuntas en la parte inferior, para que los huéspedes no resbalasen en la ducha, esa era la cosa número uno que más molestaba a Alaric de los hoteles de menos de cinco estrellas, era un hombre adulto, sabía estar de pie en la bañera sin caerse), e irse a la cama.

Entonces, mañana por la mañana, volaría a New York, comprobaría la Península, encontraría al príncipe, y lo mataría.

Este pensamiento lo puso bastante más feliz.

—Esto —explicó Alaric a Sarah en lo que él pensaba que era una voz amable—, no es amor lo que tú estás sintiendo. Sólo dopamina¹³. Debido a que Félix no es como cualquier otra persona que conozcas. Siendo una criatura de la noche, es nuevo y excitante y activa el neurotransmisor en tu cerebro que comunica sentimientos de euforia cuando estás con él... sobre todo porque tú sabes que en realidad nunca podrán estar juntos, y él parece complicado, y quizás incluso sensible y vulnerable a veces. Pero puedo asegurarte que es todo lo contrario.

—¿Cómo te atreves? —Sarah exigió acaloradamente—. ¡No es dopa... lo que sea! ¡Es amor! ¡Amor!

Alaric quería discutir. Los vampiros eran incapaces de amar —amor humano— porque no tenían corazón. Bueno, técnicamente, se supone que poseían corazón, ya que eso es lo que ellos tenían que apuñalar para matarlos. Pero su corazón no bombeaba sangre o latían. Así que ¿cómo iban a sentir amor, y mucho menos cambiar?

Parecía que fuese inviable que él ganase esa discusión con una adolescente sobre la semántica del amor vampírico.

¹³ La dopamina es un neurotransmisor relacionado con el desarrollo de adicciones.



—Oh, vamos, entonces —Alaric no pudo evitar decir, por último, al darse cuenta de que su pasajero continuaba sollozando en silencio para sí misma—. No todo es malo.

—¿Cómo? —preguntó Sarah, lanzándole una mirada exasperada—. ¿Cómo es que esto no es del todo malo? ¡Vas a tratar de matar a mi novio!

—Es verdad —dijo Alaric. Estaban casi en la dirección que ella le había dado—. Pero míralo de esta manera. ¿Prometió convertirte en vampiro no?

—Sí —dijo Sarah, sonando un poco sorprendida—. Dijo que me iba convertir, tan pronto como le regresasen sus fuerzas. Entonces voy a ser bella, como él. E inmortal.

—De acuerdo —dijo Alaric de manera sarcástica. Sabía que Félix no tenía ninguna intención de convertirla. Si lo hacía, se privaría de su principal fuente de alimento.

De lo que Alaric estaba seguro era que el vampiro le tomaría el pelo algunos meses más, y luego, cuando le creciese demasiado la anemia y no le fuese de más utilidad, él continuaría con otros huéspedes más saludables. Él probablemente le diría que era él, no ella... que él necesitaba tiempo para “Pensar las cosas”. Entonces él desaparecería.

Entonces, después de que su roto corazón —e incluso su roto cuerpo— hubiese sanado, Félix probablemente encontraría la manera de volver a Sarah —y a Chattanooga— y comenzaría el ciclo de nuevo.

A menos que Sarah encontrase la fuerza para poner sus pies en el suelo y le dijera que no, que ella no sería abusada de esa manera.

Pero eso no sucedería. Los vampiros eran demasiado atractivos. Y sus víctimas parecía que pensaban no merecer un mejor trato del que se les daba. Era casi como si tuviesen miedo de poner sus pies en el suelo, porque pensaban que nunca conseguirían nada mejor...

Pero eso era lo que Alaric sería. Él sería el pie de Sarah, ya que ella no tenía la fuerza, su fuerza de voluntad. Se aseguraría de que tuviese algo mejor y no continuase con el círculo vicioso. Permanentemente.

Alaric encontró un sitio para aparcar... excepto que estaba al lado de una boca de incendios. No importaba. No estaría allí tanto tiempo.



—Suponiendo que te convierta en uno de su especie —dijo, apagando el motor y volviéndose hacia ella—, entonces yo, o uno de mis compañeros, tendríamos que matarte al final, porque eso es lo que hacemos. Somos asesinos de demonios. Y confía en mí, no nos quieras realmente a ninguno de nosotros detrás de ti. Seríamos tu peor pesadilla. Es mucho mejor así. De esta manera, permanecerás como humana, y tal vez puedas ir a la universidad y obtener un título y un trabajo divertido haciendo algo que te guste. O tal vez puedas encontrar alguna buena persona a la vuelta de Walmart salir con él, e incluso casarte. Y, asumiendo que se quieran, pueden tener unos cuantos bebés, y envejecer y ver cómo ellos tienen hijos, y ser abuelos algún día. ¿No te gustaría eso? Tú nunca podrías tener hijos con Félix.

—Los vampiros pueden tener hijos —le informó Sarah—. Lo leí en un libro.

—Sí —dijo Alaric, sintiéndose molesto—. Bueno, en los libros, los vampiros luchan noblemente contra ellos mismos, no te muerden, porque te quieren demasiado. Pero eso no sucederá exactamente, ¿verdad? Así que los libros no son realmente muy certeros, ¿o lo son?

Sarah lo miró. —Te odio —dijo.

Alaric asintió —Ya lo sé —dijo. Él se inclinó sobre ella y abrió la puerta del coche—. Fuera.

Ella lo miró sin comprender. —¿Qué?

—Vamos —dijo—. Sé que te estás muriendo por correr delante y darle el aviso a tu amor. Yo te voy a dejar. Dile que lo dejaré ir, con una condición.

Su comportamiento cambió. De repente, ella era totalmente complaciente y agradable.

—¿Qué condición? —Le preguntó con ansiedad.

—Dile que si me dice donde puedo encontrar al Príncipe, los dejaré marchar a ambos. Y a continuación, pueden escaparse y tener bebés vampiros juntos.

Alaric no pudo decir la última parte sin reír, aunque lo intentó, recordando que se suponía que tendría que estar trabajando sus habilidades de trato con la gente.



Sarah, evidentemente, no se dio cuenta. —¡Oh, gracias! —Sarah sonreía saliendo del coche—. ¡Muchísimas gracias!

—No hay problema —dijo Alaric. Observó como corría por la acera hasta una discreta puerta al lado de una tienda de antigüedades con vitrina dentro de un edificio que parecía una industria. Él recogió sus cosas mientras ella apretaba el intercomunicador. Luego con calma se acercó al callejón, donde, como él sospechaba, había una escalera de incendios. Él saltó a la escalera de metal oxidado mientras oía la voz de Félix preguntando por el intercomunicador—. ¿Quién es?

Luego, el timbre se apagó dejando entrar a Sarah al interior del edificio. A Alaric sólo le tomó un momento o dos subir hasta la azotea del edificio, y menos que eso para asegurar un gancho al lado del edificio, a continuación, fijó el extremo de la cuerda a su cinturón.

Unos segundos más tarde, Alaric saltó desde el tejado, estrellándose a través de la placa de la ventana que Félix tenía en la sala... Al igual que cuando los vampiros se ponen un manto negro para protegerse del sol. Sarah gritó mientras la protección ultravioleta del cristal volaba por todas partes. El vampiro, desesperado por salir de los rayos del sol, lo que podría ser fatal para él, se fue hacia la puerta principal.

—Ahora, Félix —dijo Alaric con calma—. Tampoco puedes ir por aquí.

Un segundo después, Félix estaba gritando. Esto se debió a que Alaric había lanzado un vial de vidrio lleno de agua bendita hacia la puerta. La echó sobre la perilla, chamuscando los dedos del vampiro que a los que le dio alcance. Sacó su mano, silbando de dolor y acunando sus dedos de fumador.

—¡Pensé que habías dicho que lo dejarías ir si él te dijese eso! —Sarah gritó con indignación.

—Y lo haré —dijo Alaric, sonriéndole. Se volvió hacia Félix—. Entonces —dijo—. ¿Dónde puedo encontrar a tu Príncipe?

Felix, quien se veía como un apuesto chico de dieciocho o veinte, y mostraba, por su gusto en pósters de pared, tener un apego por la banda Belle y Sebastian, retrajo sus labios hacia atrás para revelar un extremadamente fuerte set de dientes blancos.



—Nunca te lo diré cazador de demonios —gruñó.

Luego echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un silbido, su larga lengua entrando y saliendo de su boca como la cola de un lagarto. Sarah lo miró sorprendida. Al parecer ella nunca antes había oído emplear a su novio ese tono de voz. O visto en sus ojos ese resplandor rojo.

—Félix —ella lloraba—. ¡Sólo díselo! ¡Dijo que te dejaría escapar si se lo dijese!

Cuando Félix giró sus ojos de color rojo brillante y su lengua retorcida hacia ella, ella se tambaleó dando un paso hacia atrás. —¿Por qué lo has traído aquí, puta estúpida? —le exigió Félix.

Horrorizada, Sarah empezó a llorar de nuevo.

Alaric tomó sus lágrimas como el momento justo de que todo estaría bien con ella si él desempeñaba su responsabilidad. Así que se adelantó, sacando libremente de la vaina al Señor Sticky. Se acabaría en cuestión de segundos. Para su crédito, el vampiro le daba una buena lucha.

Sin embargo, acorralado por la luz del sol en un lado y el agua bendita por el otro, no tenía a dónde ir. No había escapatoria. Alaric no le dio la oportunidad de unas últimas palabras. Según su experiencia, los vampiros no tenían nada interesante o profundo que decir. Todo era Shakespeare y emo.

Cuando todo terminó, miró a la chica. Estaba acurrucada en forma de pelota encima de la quebrada ventana, llorando en voz baja para sí misma.

Pero —y Alaric sabía que no lo estaba imaginando— su pelo ya había comenzado a recuperar su brillo, y había un color en las mejillas que antes no había estado allí. Ella estaría bien en unos pocos días, si sus padres la alimentaban con suficientes proteínas. Él envainó la espada.

—Levántate —dijo en lo que él esperaba que fuera una voz suave. Era tan malo en esta parte. Martin era el que siempre sabía lo que había que decir—. Te llevaré a casa de tu madre.



Ella se enderezó un poco y lo miró con frialdad. —Dijiste que no lo matarías si él te lo decía. —Su voz sonó más fuerte que antes, y sus ojos tenían un brillo que no tenía nada que ver con las lágrimas. Ella era, lo sabía, ella misma una vez más y ya no un peón de un vampiro señor. La muerte de Félix la había soltado.

—Y no lo dijo —señaló Alaric.

—¡No le diste la oportunidad! —Exclamó.

Pero ella se levantaba, evitando cuidadosamente mirar en la dirección donde estaba el cuerpo. Salvo que no había cuerpo. Sólo estaba la ropa que vestía Félix. Él debía de tener más de cien años de edad. Sus huesos eran polvo.

—Nunca me lo habría dicho —dijo Alaric—. Si él lo hubiera dicho, el príncipe, o sus secuaces, lo hubieran matado, y con mucho menos cuidado que yo. Eligió morir por mi espada porque sabía que sería más rápido. —Él la miró—. Ellos te matarían a ti, también, ya sabes, si te hubieran encontrado aquí con él. Se habrían alimentado de ti hasta que no quedase nada.

Sarah parpadeó. —¿Quieres decir que... murió para protegerme? ¡Oh... eso fue tan dulce!

Alaric quería mostrarle las fotografías que siempre llevaba de lo que algunos de sus ahora amigos de su ex-novio le habían hecho a Martín. Cómo lo habían mordido y le habían arrancado la carne, sólo por diversión. Los vampiros no tenían dulzura.

Pero Holtzman, él lo sabía, no aprobaría esto. Además, su trabajo estaba hecho. Ella era libre. Y eso significaba que era el momento de que él volviese al hotel y empaquetase las cosas para ir a New York tras el vampiro quien realmente podría resultar ser un desafío para su brazo armado, a diferencia de su novio tonto.

Así que se limitó a decir: —Vamos a llevarte a casa ahora.

Y fue exactamente lo que hizo.



CAPÍTULO 13

Traducido por: Chelsea Sharkovich.

Corregido por: ZarahFandy

10:00 P.M. EST, martes, Abril 13

910 Park Avenue, Apt. 11A

New York, New York

—¿Qué es esto? —Emil entró en la espaciosa habitación principal que compartía con su vivaz y esbelta esposa, sosteniendo la impresión del e-mail que había encontrado en su escritorio.

—Oh, querido —dijo Mary Lou, mientras leía rápidamente caminando hacia su tocador—. Eso es sólo una pequeña invitación que envié a todas mis amigas para la cena que tendré en honor al Príncipe Lucien el jueves.

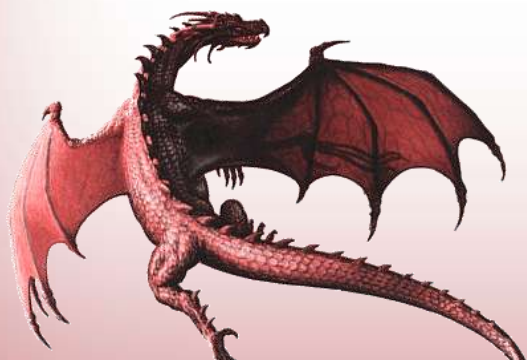
Emil percibió una pequeña pero persistente sensación en el centro de su estómago, que no era diferente a ser pinchado una y otra vez por alguien con uñas muy largas... una sensación con la que, como ocurrió, Emil estaba familiarizado.

—¿Enviaste un e-mail acerca del Príncipe? —dijo—. ¿Te das cuenta que si este mensaje cae en las manos equivocadas, podría poner en peligro todo?

—Oh, no seas tan tonto —dijo Mary Lou—. Sólo se lo envié a mis mejores amigas. ¿En manos de quién va a caer?

Emil luchó por mantener la calma.

—¿El Dracul, para comenzar? —dijo secamente cuando pudo hablar de nuevo—. ¿La Guardia Palatina, en segundo lugar? ¿Sin mencionar a los humanos? ¿Toda esa gente a la que le gustaría vernos, incluido al Príncipe, destruidos?



—Oh, ¡bah! —dijo Mary Lou. Se sentó frente al gran espejo detrás de su tocador y comenzó a quitarse el maquillaje—, estás siendo melodramático. Ya nadie quiere destruirnos. El Príncipe tiene al Dracul bajo control. La Guardia Palatina no sabe donde estamos, ¡y los humanos nos aman! Mira cuan populares somos en libros y en la TV. Porque, si todos se enteraran, estoy segura de que sería invitada especial en Oprah.

—¡Mary Lou! —Impactado, Emil miró a su reflejo—. ¡Alguien está matando mujeres! ¡Por toda la ciudad! Nadie te va a estar invitando a Oprah cuando hay mujeres siendo asesinadas por un miembro de nuestra Hermandad. Y el Príncipe no va a querer una cena en su honor. Él va a preferir mantenerse en bajo perfil mientras está en la ciudad, tratando de encontrar al asesino.

—Tengo muchas amigas hermosas e inteligentes —dijo Mary Lou, mirándose atentamente—, ¿Por qué no debería exhibirlas? El Príncipe ha estado solo por mucho tiempo.

—Lucien no está aquí —dijo Emil, sintiendo como si se ahogara—, para encontrar una esposa. Está aquí por negocios. Los asesinos...

—Y si conociera una chica agradable —dijo Mary Lou, interrumpiéndolo—, mientras que está aquí, ¿sería eso tan terrible? Aparentemente no ha tenido nada de suerte en su propio país. Pero tú sabes que tenemos las más hermosas mujeres del mundo justo aquí en los buenos y viejos Estados Unidos de A...

—Mary Lou —Emil miró, incómodamente, los hombros desnudos de su esposa—. Entiendes que me estás poniendo en una terriblemente incómoda posición. Lucien pidió que no mencionara su llegada a nadie, y aquí estás tú, enviando e-mails a todos en tu lista de contactos, e-mails que podrían ser localizados...

—No a todo el mundo —dijo Mary Lou, indignada—, sólo a mis mejores amigas solteras, y a unas cuantas casadas para que no sea tan obvio que le estoy buscando pareja. Ninguna de ellas es empleada del Vaticano, por el amor de Dios, o miembro del Dracul. Sólo le dije a Linda y a Tom, a Faith y a Frank, a Carol de tu oficina, a Becca, a Ashley, y a Meena, nuestra vecina.



—¿Meena? —Emil estaba confundido. Muchas cosas de su esposa lo confundían. Estaba seguro de que aun si pasaran la eternidad juntos —y ya se sentía como si lo hubieran hecho— él nunca la entendería por completo—. ¿El Príncipe... y Meena Harper? Pero ella es...

—¿Por qué no? —Mary Lou le dio un golpecito a su naturalmente ondulado —y todavía, naturalmente rubio— cabello. —A primera vista ella tal vez no se vea como su tipo, pero me agrada. Ella tiene esa linda figura pequeña, y ese corte de cabello pixie le queda bien. A la mayoría de las mujeres no le queda bien, pero a ella sí. Y si el príncipe gusta de ella, sólo piensa cuán agradecido estará con nosotros. Además —añadió, encogiéndose de hombros—, todo lo que ella hace es trabajar para mantenerse, a ella y a su bueno-para-nada hermano financieramente a flote. Creo que necesita un respiro.

—A ella le gusta su trabajo —dijo Emil, pensando en todas las veces que había visto a su vecina descalza en pijamas en el cuarto de la basura de su piso, lanzando por la rampa hacia el incinerador, páginas de guiones severamente tachados.

Bueno, tal vez no *siempre* le gusta su trabajo.

—Sí, claro —dijo Mary Lou—, la telenovela esa. ¿Pero acaso crees que ella trabajaría si no tuviera que hacerlo?

Emil pensó en eso. —Sí —dijo.

—Bueno, eso muestra lo que sabes de las mujeres, que es nada. Mira esas mujeres de las que ella escribe en *Insaciable*, Victoria Worthington Stone y su hija, Tabby. Victoria jamás ha tenido un trabajo en su vida, excepto por esa en fue una modelo. Oh, y cuando fue diseñadora de modas. Oh, y cuando era una piloto de autos de carrera, pero eso fue sólo por una semana, antes de que chocara, perdiera el bebé, y terminara en coma. Esos ni siquiera son trabajos de verdad. Dicen que escribes sobre lo que desearías que te pasara a ti. Así que, Meena obviamente desea no tener un trabajo.

—O —dijo Emil—, ella desearía ser una piloto de autos de carrera.

—Y el Príncipe Lucien sería capaz de proveérselo —Mary Lou continuo, ignorándolo—. Y como al Príncipe le gusta escribir, ambos ya tienen algo en común.



—Es un tipo de escritura completamente diferente —dijo Emil—. Lucien escribe historia, no ficción. Y como sea, el dejó bien claro cuando hablé con él que quería mantener su visita bajo el radar. Estamos en una situación muy crítica con el Dracul. Estos asesinos...

—Oh, deja de ser un dolor de cabeza —dijo Mary Lou—, ningún hombre se negaría a cenar con un montón de mujeres hermosas. —Ella se rió y se volteó para pinchar a su esposo en el estómago, que salió muy ligeramente sobre la cintura de sus pantalones—. No me digas que no te gustaría ser mi centro de atención y el de todas mis amigas. No es que seas...

—Bueno —Emil sintió la presión en sus tripas disminuyendo un poco—. Tal vez no le importe demasiado. Después de todo, un hombre tiene que comer.

—Exacto —exclamó Mary Lou—. ¿Y por qué no hacerlo en compañía de un montón de encantadoras y talentosas mujeres?

—¿Por qué no? —Emil preguntó. *Tal vez*, pensó, su esposa tenía razón: Después de todo, el hombre tenía que comer.



CAPÍTULO 14

Traducido por: dani.shawn.

Corregido por: ZarahFandy

3:45 A.M. EST, miércoles, Abril 14

910 Park Avenue, Apt. 11B

New York, New York

Meena miró los brillantes números rojos del reloj digital de su habitación. Las tres y cuarenta y cinco. Tenía cinco horas antes de irse a la oficina. Cuatro más para dormir antes de que tuviera que empezar a prepararse.

Excepto que no podía dormir. Yacía allí, mirando los números, rechinando los dientes, y pensando en Yelena, todo lo que podía ver era una imagen del cuerpo de la chica, maltratada más allá del reconocimiento, y Cheryl, CDI, el trabajo que no había conseguido, Jon, sus padres, David, La condesa, Leisha, Adam y el bebé.

Ahora no iba a dormirse nunca.

Había solo una respuesta para el problema de Meena y este yacía en una pequeña botella prescrita naranja en el gabinete de la medicina del baño. Ella no quería recurrir a las pastillas. Pero últimamente dependía cada vez más y más de ellas.

Estaba por alcanzar el pequeño botellín de píldoras en el gabinete del baño cuando lo escuchó:

El clic-clac de las garras de Jack Bauer en el suelo de madera detrás de ella. Mirándola levantada y dando vueltas, Jack Bauer pensó que era de mañana y tiempo para su primera caminata del día.

—Muy Bien, Jack —Meena le susurró—. De acuerdo, vamos.

Ella escupió su protector bucal, dejándolo en el lavabo y se movió tan rápido como pudo dentro de sus pantalones y el par de zapatillas y agarró la correa de Jack Bauer.



Le daría una caminata corta, decidió, luego volvería a la cama. Volvería a la casa en menos de quince minutos. Con media píldora, podría tener al menos cuatro horas de sueño reconstructivo antes de trabajar. Todo estaría bien.

En el vestíbulo del edificio de Meena, Pradip, el portero nocturno se había dormido sobre uno de sus libros de texto. Él estaba estudiando para ser un fisioterapeuta, por lo que Meena pensaba que era una buena opción como carrera para él desde que la gente estaba tendiendo múltiples carreras, entrando en sus ochentas, y su muerte no parecía ser inminente.

Meena pasó delante de él con cuidado para no perturbarlo —toda la gente del edificio trabajaba muy duro— y se deslizó fuera de las puertas automáticas, donde Jack Bauer se apuró para aliviarse contra una palmera justo al lado de la alfombra roja de la entrada del edificio, como era su ritual. Meena esperó a su lado inhalando el fresco aire de la mañana. ¿O era todavía de noche? No estaba segura. El cielo era de un lavado azul oscuro, claro en los bordes, desapareciendo atrás de los altos edificios.

Meena le dio a la correa de Jack Bauer un tirón y él comenzó obedientemente a trotar a su lado. Ellos tenían un recorrido para este tiempo a la noche: bajar por Park Avenue hasta la Setenta y ocho, pasar la Catedral St. George, actualmente cerrada por necesitar urgentemente renovaciones; entonces volvían por la Ochenta al departamento.

Pero por alguna razón esta noche —o mañana— Jack se estaba sintiendo nervioso. Meena podía decirlo porque él ignoró algunos de los lugares que usualmente le gustaba oler y se mantuvo trotando hacia delante, oliendo nerviosamente el aire, casi como si... bueno, como si se estuviera anticipando a algo.

Pero como esta era en la manera en que usualmente se comportaba, su nombre era, después de todo, Jack Bauer: él era un manojito de nervios, siempre esperando lo peor, ladrando a la puerta delantera cuando la condesa y su esposo llegaban de alguna fiesta, Meena no pensó nada sobre el tema.

Ella dejó que Jack Bauer tirara de ella pensando en no hacer nada en el trabajo. ¿Cómo iba a hacer encajar a un príncipe para Cheryl dentro del diálogo de los vampiros de Shoshona?



Y Yalena, ¿Debería Meena haberla seguido al encuentro con su novio? Ella se estaba preguntando si ella podría haberle dicho algo a él, darle una mirada, hacer algo para dejarle saber en lo que se estaba metiendo, cuando se dio cuenta de que la primera otra persona que ella había visto dejar a pie el edificio venía hacia ella en el mismo lado de la vereda, pero en dirección opuesta. Era un hombre.

Pero era un hombre bien alto, vestido en un largo abrigo negro que ondeaba detrás de él casi como una capa.

Meena tiró suavemente de la correa de Jack Bauer y no sólo porque el perro había comenzado a gruñir. Ella estaba sola en la oscura calle con un gran hombre acercándose que no conocía. ¿Qué en la tierra estaba él haciendo a las cuatro de la mañana sin un perro si no estaba borracho? Ella no culpaba a Jack Bauer por sospechar. Ella sospechaba también; rodeada por andamios Meena vio desde las luces de seguridad de la iglesia que el hombre era inusualmente apuesto —quizás a los últimos de sus treinta— y no estaba dando signo de que no pertenecía al lujoso barrio. Sus ropas estaban impecablemente planchadas y su buen gusto; su oscuro cabello; peinado hacia atrás desde las sienes sin ninguna pizca de gris; inmaculadamente peinado. Incluso sus patillas eran de la longitud perfecta.

Ella era la única, admitió de mala gana, que lucía sospechosa, dado el hecho de que su corto cabello apuntaba hacia arriba como espigas (como hacía cada vez que se levantaba), estaba sin maquillaje y su pijama azul de franela —con blancas y esponjosas nubes— resaltaba por debajo de su campera y sobre sus zapatillas de deporte.

Cuando ella alzó la vista para encontrar su mirada cuando pasaba al lado de ella, Jack Bauer estaba prácticamente gruñendo, ella sonrió arrepentida por su apariencia y por la conducta de su perro.

Él le devolvió la sonrisa, sus ojos negros y llenos de misterio como ventanas mirando hacia ella.

Y ella se relajó.

No tenía malos sentimientos hacia este hombre. Ninguna solitaria punzada sobre cómo o cuando él iba a morir. Sorprendentemente no sentía nada...



... nada por completo sobre él.

—Shhh —Meena dijo a Jack Bauer, avergonzada sobre las payasadas del perro.

Fue justo entonces cuando el cielo colapsó.



CAPÍTULO 15

*Traducido por: Genesis_480**Corregido por: Andy Parth**4:00 A.M. EST, miércoles, Abril 14**Catedral St. George**180 Este, Calle Setenta y ocho.**New York, New York*

El cielo no se colapsó realmente, por supuesto.

Sólo parecía de esa manera, porque una gran sección de él descendió sobre Meena de una de las torres de la Catedral.

Ella gritó y se agachó, cubriendo a Jack Bauer con su cuerpo y brazos, tratando de protegerlos a ambos de lo que parecía una franja oscura de materiales que se precipitaba hacia su cabeza.

Excepto que ella podía ver destellos de luz amarilla brumosa desde la calle y las luces de seguridad entre los objetos que se estaban impulsando hacia ella en una velocidad increíblemente rápida.

Que fue cuando Meena se dio cuenta que no era una sola pieza sólida de la Catedral de St. George, al fin.

Era, increíble, murciélagos. Cientos, tal vez miles de negros murciélagos gritones, todos dirigiéndose directamente hacia ella, sus bocas rosas abiertas, garras afiladas extendidas, redondos y brillantes ojos amarillos saltones cuando salían desde las torres de la Catedral, bloqueando la mayoría del cielo nocturno y la disponible luz de lámpara con sus envergaduras de pies anchos, y su único objetivo eran Meena Harper y su perro mezclado de chow y pomerano.



Al principio Meena se congeló. Ella no estaba paralizada con miedo sino con la conmoción. Todo lo que ella podía pensar era, ¿así es como ella iba a morir? ¿Siendo masticada hasta la muerte por ratas muertas con alas?

Meena se había imaginado la muerte de otras personas por tanto tiempo, nunca se le había ocurrido que ella algún día podría estar experimentando la suya

Y ahora, ante la inminente destrucción de la suya, todo lo que era capaz de pensar era que ella nunca, lo habría visto venir.

Entonces, con el corazón pegado a la garganta, demasiado aterrorizada como para dejar salir un grito cuando se paraba en la parte inferior de los escalones de la Catedral, ella halo a Jack Bauer hacia sus brazos —esos murciélagos eran casi tan grandes como el— luego bajo a la acera para proteger a su perro, su cara, y sus ojos. Enterrando su nariz en el pelaje de Jack, ella comenzó francamente a rezar, a pesar de que ella nunca había sido una persona particularmente religiosa antes de ese momento. *Oh, por favor, oh, por favor oh, por favor*, ella rezó a ninguna deidad en particular, como a cada segundo los chillidos de los murciélagos sonaban más y más fuerte en sus oídos.

Y entonces, justo cuando parecía que la primera de esas garras se le iba a hundir en el cuero cabelludo, en la parte de atrás de su cuello, en su columna vertebral sin protección, ella sintió algo —o más bien a alguien— poniéndose encima de ella, envolviéndola, bloqueando la luz y la mayoría del sonido completamente.

Y se dio cuenta, arriesgando una Mirada hacia arriba, que era el hombre que había estado parado junto a ella... el alto, y apuesto hombre con lindo cabello, en el abrigo caro. El hombre de cuyo futuro no sintió exactamente nada.

Excepto que era imposible. Porque él se había tirado sobre ella, para protegerla de los murciélagos.

Y ahora él, no ella, estaba siendo despedazado por las garras de los murciélagos y golpeados por el impacto de sus cuerpos inclinados. Ella podía sentir su fuerza a medida que ellos lo golpeaban, uno detrás de otro, retumbantes a través de su cuerpo hacia el de ella, mientras los dos se agachaban en los escalones de la catedral, bombardeados por afilados misiles alados.



Por qué él no estaba gritando con el dolor que debía sentir cada vez que cada garra lo golpeaba, Meena no sabía. El no estaba ni siquiera intentado escudar su cara y su cuello de los murciélagos mientras ellos continuaban desgarrándolo. Meena no podía ver bien su cara debajo de la protección de su chaqueta, que había formado algún tipo de dosel sobre ella, protegiéndola del ataque amenazante.

Pero ella pensó que alcanzó a ver sus ojos una vez cuando miró afuera, tratando de ver que estaba pasando, y ella podía haber jurado...

Bueno, ella podía haber jurado que ellos brillaban tan rojos como las luces de freno en toda la parte superior e inferior de Park Avenue.

Pero eso, por supuesto, habría sido imposible.

Tan imposible como el hecho que ella no había sentido que él iba a morir en el momento en que lo vio caminando hacia ella.

Y moriría protegiéndola.

Pero eso tenía que ser lo que estaba pasando. Porque ningún ser humano podía pasar por un ataque como este y seguir vivo.

Meena no podía creer que algo de esto estuviera pasando. Eran las cuatro de la mañana, y ella estaba en la calle setenta y ocho en frente de una iglesia por la que había caminado cientos —tal vez miles— de veces antes, y estaba siendo atacada por murciélagos asesinos, mientras un hombre —un total extraño— se había tirado sobre ella, voluntariamente dando su vida por la suya.

Y entonces, justo cuando Meena estaba segura que no podía aguantarlo más, cuando ella estaba convencida de que el ataque nunca se detendría y ellos comerían a través del cuerpo del hombre hacia el de ella, tan pronto como los murciélagos habían aparecido, se habían ido.

Solo se desaparecieron en el cielo de la noche, desapareciendo tan misteriosamente como habían llegado.

Y la calle estaba silenciosa de nuevo, salvo del distante sonido del tráfico en Park Avenue.



No había un sonido para ser escuchado, excepto por los quejidos de Jack Bauer y su propia respiración jadeante. Ella no se había dado cuenta hasta ahora que estaba llorando.

Ella no podía oír la respiración del hombre. ¿Ya estaba muerto? ¿Cómo podía estar el muerto sin ella haber sentido su muerte acercarse? A pesar de que él era un extraño para ella, debería haberlo sabido. Su poder para predecir la muerte, no deseado como siempre había sido, nunca le había fallado una sola vez.

—¡Oh! —ella descubrió que no podía agarrar un aliento. Ella estaba tratando de tomar largas inhalaciones, pero ningún oxígeno parecía estar llegando a sus pulmones. Y no era porque su protector era un peso muerto encima de ella, tampoco—. Oh, mi dios.

Ahí fue cuando el hombre rodó encima de Meena y, en una profunda voz teñida con un acento que le sonaba como una mezcla de británico y un rastro de algo más, preguntó. —¿Está usted bien señorita?



CAPÍTULO 16

*Traducido por: Evelin
Corregido por: ZarahFandy*

4:10 A.M. EST, miércoles, Abril 14

Catedral St. George

180 Este, Calle Setenta y ocho

New York, New York

Por supuesto, No había ni la más mínima posibilidad. De que él estuviera completamente ileso y conversando con ella tan amablemente como si ella sólo hubiera tropezado con la correa de Jack Bauer y hubiera caído sobre la acera, mientras él era un transeúnte que se había detenido para ayudarla a levantarse. No había manera de que ella estuviera mirando los ojos del encantador extraño que se arrodillaba a su lado y vio que no eran rojos en absoluto, sino que eran de un corriente marrón oscuro.

83

—Estoy... estoy bien —balbuceó Meena en respuesta a su pregunta sobre su salud. Ella había dejado a Jack Bauer irse porque no pudo sostenerlo con su cuerpo moviéndose violentamente. Él corrió rápidamente tan lejos como el final de su correa se lo permitió, luego se quedó gruñendo, todo el pelaje de su espalda se levantó. Meena no podía creer el horrible comportamiento que estaba teniendo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella a su salvador con voz temblorosa.

—Estoy muy bien, gracias —El hombre se había puesto de pie y ahora se inclinaba para tomar las manos de Meena en las suyas, para ayudarla a levantarse—. He oído, por supuesto, que la ciudad de New York era peligrosa. Pero no tenía idea que era tan peligrosa como esto.

¿Estaba...? Estaba haciendo una pequeña broma.

Su agarre en las manos de Meena era constante, ella se sentía extrañamente reconfortada por eso. Y por la pequeña broma.



Purple Rose

—No, no lo es —balbuceó Meena.

Meena necesitaba sentarse y decidió hacerlo. Su agarre en las manos de ella fue lo único que la mantenía en sus pies.

—Creo que deberíamos ir a un hospital —se oyó decir ella. *O yo necesito ir, pensó. Para obtener una Tomografía Computarizada de toda la cabeza.*

—En absoluto —dijo el hombre, poniendo un brazo alrededor de sus hombros temblorosos. Su agarre parecía decir, “Tengo el control. No hay necesidad de preocuparse por nada. Ahora, todo va a estar bien”. En una distante parte de su cerebro. Ella esperó que él nunca se fuera—. Estoy bien. Sin embargo, creo que deberíamos llevarte a casa. Pareces estar cansada. ¿Dónde dijiste que vivías?

—No lo hice —dijo Meena. Su mente era un torbellino, lo sabía. Pero ¿Quién no estaría así después de tal evento? ¿Cómo podía él estar tan calmado? Murciélagos, Meena recordó que algunas veces llevaban rabia—. ¿Alguno de ellos te mordió? Deberías ir a la Sala de Emergencias ya mismo. Pueden detener la rabia si la capturan con suficiente tiempo.

—Ninguno me mordió —dijo él en un tono divertido. Él había tomado la correa y ahora los dos estaban caminando con Jack Bauer, aunque a diferencia de Meena, Jack Bauer no estaba ni un poquito inestable en sus pies y estaba luchando por su liderazgo, con una expresión parecida a la que Kiefer Sutherland había tenido cuando los terroristas secuestraron al presidente en su show, como si él fuera a atacar a cualquiera que se pusiera en frente de él—. Pero iré al hospital y me haré un chequeo tan pronto como te haya llevado segura a casa.

—Es importante —dijo Meena mientras cruzaban la calle. Ella estaba balbuceando. Lo sabía, pero no podía evitarlo. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién era este hombre? ¿Cómo podía estar ileso? ¿Por qué Jack Bauer estaba actuando como un maníaco?—. Es importante que vayas. Victoria Worthington Stone se contagió de rabia una vez por un murciélago rabioso cuando sufrió un accidente aéreo en Sudamérica y en la fiebre cerebral resultante, durmió con su medio hermano... aunque ella no sabía que él era su medio hermano en ese momento.

¿De qué estaba hablando? ¿Victoria Worthington Stone? Oh, Dios. ¿En serio?



El hombre vaciló—. ¿Es una amiga tuya? —preguntó.

Encogiéndose por la vergüenza, Meena dijo. —Bueno, quiero decir, Cheryl lo es. Ella interpreta a Victoria Worthington Stone en *Insaciable*. Yo escribo su diálogo. Pero es verdad lo de los murciélagos y la rabia. Nosotros podemos ser sólo una telenovela, pero nos esforzamos por la autenticidad de nuestras tramas...

O al menos solíamos hacerlo, antes de que Shoshona se hiciera escritora principal y cediera a las peticiones del patrocinador, ella sólo se las arreglaba para detenerse a sí misma de añadir demasiado.

—Entiendo —dijo él, lentamente la dirigió más allá de la tienda de comestibles en donde Jon había dicho que la entrega del pollo no había sido hecha. Había un camión de reparto fuera de la tienda, aunque, el motor se ponía en marcha ruidosamente.

Oh, así que habrá pollo hoy, pensó Meena incoherentemente.

Sí. Se estaba perdiendo.

—Así que eres escritora.

—Escritora de diálogos —Meena sintió la necesidad de corregirlo—. Nunca he escrito una escena como esa —estaba refiriéndose a lo que acababa de pasar fuera de St. George.

Ella no podía sacar de su cabeza: el sonido del aleteo de todas esas alas. Y el olor de ellos, tan apestoso, de la manera que había imaginado que la muerte olería, nunca había oído la muerte, por lo cual, estaba agradecida de que no lo hubiera hecho. Conocía a mucha gente que había estado cerca de la muerte, algunos incluso la habían tocado, porque ella no había sido capaz de salvarlos...

Pero la muerte nunca había estado tan cerca de ella. Y el sonido chillante que los murciélagos habían hecho mientras caían desde el cielo y luego sus cuerpos que habían caído pesadamente contra el de él... Y esos ojos. Esos ojos rojos.

Seguramente había imaginado eso.



Ahora Meena personalmente, había estado tan cerca de la muerte —del infierno en la tierra— como siempre quiso. Y no entendía por qué había escapado de ella. No lo entendía en absoluto.

—Lo siento —dijo ella, haciendo una parada en frente de él y levantando la barbilla para mirarlo a la cara. Ya no se preocuparía por las lágrimas, o la manera en la que debía lucir o sonar. Ella tenía que saberlo. Tenía que saber que había ocurrido—. Pero no entiendo. ¿Cómo puedes no estar herido? Los vi. Eran cientos de ellos, viniendo directo a nosotros. Los sentí chocar contra tu cuerpo. Deberías estar desgarrado. Pero no hay ni un solo rasguño en ti.

Él era tan atractivo, tan... agradable. ¿Cómo podía pensar otra cosa sobre él, excepto que él era lo que era? Un alto, y maravilloso extraño que había salvado su vida.

—No... no me malinterpretes —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Estoy eternamente agradecida. Lo que hiciste... fue demasiado increíble. Nunca seré capaz de agradecerte lo suficiente. Pero... ¿Cómo lo hiciste?

—Eran sólo unos cuantos murciélagos —dijo él con una sonrisa.

Sólo unos cuantos murciélagos.

Pero... No. Habían sido más... muchos más. Ella estaba segura de eso. Tan segura como podía estar a tan altas horas de la noche, después de algo tan traumático.

—Ahora, estás en casa —dijo él y cabeceó en dirección hacia las puertas automáticas de bronce a unos metros de distancia—. Siento lo que ocurrió. Me temo que fue mi culpa. Pero deberías estar a salvo por la noche.

Meena enfocó su mirada y se dio cuenta que, en efecto, habían llegado al 910 de Park Avenue. Y estaban en el familiar toldo verde que se extendía sobre sus cabezas. A través del cristal de las puertas, pudo ver a Pradip, todavía dormitando en el mostrador de la recepción con la cara en su libro de texto.

—Pero... —ella devolvió la mirada a su salvador, confundida—. No te dije en donde vivía. Ni siquiera te dije mi nombr...



Jack Bauer gimoteó, tirando de la correa, ansioso por alejarse del hombre que había salvado sus vidas.

—Por supuesto que lo hiciste. Fue maravilloso conocerte, Meena —dijo el hombre, soltando sus hombros—. Pero sería mejor para ti si te olvidas de todo esto y entras ahora.

Jack Bauer la jaló hacia las puertas, las cuales se abrieron automáticamente con un sonido tranquilo. Pradip, detrás del mostrador, se movió y comenzó a levantar la cabeza. Los pies de Meena, como si tuvieran voluntad propia, empezaron a moverse hacia el 910 de Park Avenue.

Pero en el umbral, se dio vuelta para mirarlo.

—Ni siquiera sé tu nombre —le dijo al extraño, que estaba parado esperando con sus manos en los bolsillos de su abrigo, como para asegurarse de que ella estaría segura dentro antes de que siguiera su camino.

—Es Lucien, —dijo.

—Lucien —repitió ella, de ese modo lo recordaría. Aunque no era probable que pudiera olvidar todo lo de esa noche—. Bueno. Muchas gracias, Lucien.

—Buenas noches, Meena, —dijo.

Y luego Jack Bauer la jaló el resto de su camino hacia el interior y las puertas automáticas se cerraron con un suave zumbido detrás de ella.

Cuando Meena se dio vuelta para ver si podía darle una última mirada, él ya se había ido. Ella ni siquiera estaba completamente segura de que alguna vez hubiera estado allí.

Excepto por el hecho de que cuando estuvo segura de nuevo en su apartamento, vio que las rodillas de su pijama estaban sucias de cuando se las había raspado cayendo sobre la acera. Era la prueba de que lo que había ocurrido no había sido un sueño —o una pesadilla— después de todo.



CAPÍTULO 17

*Traducido por: Evelin
Corregido por: ZarahFandy*

4:45 A.M. EST, miércoles, abril 14

Catedral St. George

180 Este Calle Setenta y Ocho

New York, New York

Eso no podía ser concebido. Lo habían atacado y al aire libre, en donde cualquiera podría haber visto. De hecho, alguien había visto. Claro que sólo fue una chica humana y estaba demasiado conmocionada por la extrema violencia de lo que había ocurrido y por su acercamiento a la muerte, por lo que jamás le daría a alguien una explicación racional de lo sucedido...

88

...en el improbable caso de que lo recordara todo, lo cual no lo haría. Pero ese no era el punto.

Alguien tenía que pagar.

La pregunta era, ¿Quién?

Lucien se detuvo en frente de la catedral, mirando fijamente hacia las puntas. Había dado vueltas alrededor después de dejar a la chica a salvo en su casa. No le había extrañado la ironía de donde ella vivía. Pero eso era probablemente lo único que podía esperar. En muchos sentidos, Manhattan era una colección de pequeñas villas, igual que su país de origen. La gente raramente se aventuraba a ir fuera de sus vecindarios, especialmente las mujeres jóvenes caminando con sus pequeños y esponjosos perros a las cuatro de la mañana.

La ironía de St. George tampoco la paso por alto. ¿Acaso no había St. George matado violentamente al dragón? Y ahora la Catedral se mantenía vacía mientras estaba en



Purple Rose

proceso de renovación. ¿Qué mejor momento para los hijos del Dracul, o del “dragón”, en su natal Rumania, para profanar la Catedral?

¿Y qué mejor momento que ahora para que el Dracul transmitiera su mensaje al único hijo pura sangre del Príncipe de la Oscuridad de que ya no podría cumplir su mandato?

Suspirando, Lucien subió los escalones en donde momentos antes, había repelido el ataque de los de su propia especie. Ellos tenían que haber dado a conocer la noticia de su llegada sólo segundos después de que había puesto un pie en suelo Americano con el fin de aliarse a muchos otros para destruirlo. Era un poco decepcionante descubrir que él era tan apático a la violencia entre sus propios hermanos.

Por otra parte, nunca había pedido ser querido. Sólo ser obedecido.

Mirando hacia arriba y luego hacia la calle para asegurarse de que estaba solo —sin más bonitas paseadoras de perros en pijamas— él se alejó hasta una sección de andamio azul que rodeaba la catedral, luego se deslizó detrás de él. La iglesia, necesitaba urgentemente la renovación, y necesitaba urgentemente limpieza, de algunas de sus adornadas ventanas que estaban rotas, incluso en donde estaban cubiertas con alambre de metal.

No es algo que lo mantenga alejado, no a alguien como él.

Por supuesto, ahora se habían ido. ¿Cuánto tiempo deben de haber esperado, sabiendo que él pasaría eventualmente, continuando con Emil? No podía imaginar las riñas. Especialmente, entre las mujeres. Las mujeres del Dracul siempre habían sido de lengua venenosa.

Con un solo ajuste rápido. Estaba adentro de las puertas atadas con cadenas de la iglesia y dio grandes zancadas por el pasillo principal cubierto de basura. Los bancos estaban en desorden, algunos completamente tumbados, otros tendidos como marineros borrachos después de una noche fuera.

Tal como había esperado, el Dracul también había estado dentro de la iglesia. Había un primitivo contorno de un dragón pintado en *spray* en lo que alguna vez había sido un altar de mármol profusamente decorado.



Ahora estaba completamente arruinado. Por mucho que la congregación se hubiera levantado para la renovación, necesitarían mucho más para tener el altar pulido.

Lucien sacudió la cabeza. Tanta destrucción innecesaria. Tanto desprecio por la belleza. Detrás de él, escuchó algo y se giró, con sus reflejos más lentos de lo normal por toda la energía que había ejercido durante el encuentro fuera de la iglesia.

Pero afortunadamente era sólo una paloma, revoloteando entre los alterados bancos, que interrumpió la soledad de Lucien por el momento. El Dracul se había ido, sin duda frustrado por su intento inútil para asesinarlo.

Aliviado de que no tendría que defenderse de nuevo tan pronto, dejó sus hombros combarse un poco. Le había tomado cada onza de poder que había dejado después del ataque para sanarse las heridas que había recibido del Dracul. No hubiera tenido sentido haber permitido que la chica viera que su cara y su cuerpo habían padecido, por lo que había cuidado de sí mismo sanándose las heridas. Estaban los seres humanos que podían acoger la mirada de un hombre con la cara destrozada por un ataque de murciélagos que comen carne...

Y luego estaban aquellos que no podían soportarlo.

La paseadora de perros había caído definitivamente en la categoría de los que no podrían soportarlo. Ella parecía ser un buen tipo de persona, o alguien que se esforzaba por hacer lo correcto. Sin embargo sus pensamientos, por alguna razón habían sido tan difíciles de penetrar como una selva tropical.

Algunos humanos eran así. Algunos tenían mentes tan secas y áridas como desierto, tal como navegaban con la misma facilidad. Otros tenían psiquis como la paseadora de perros, sólo era accesible con un machete.

Era extraño que esa hermosa y vivaz chica tuviera tanto equipaje emocional.

Sin embargo, él confiaba que todos los oscuros secretos que ella estaba albergando, no se interpusieran en el camino de la limpieza de memoria al que la había conducido, el cual garantizaría que ella no recordaría nada del incidente y continuara feliz con sus cosas como si el ataque nunca hubiera ocurrido.

Deseaba que pudiera ser tan afortunado.



Lucien se paró en las ruinas de la Catedral, contemplando su siguiente movimiento. El sol saldría pronto. Él necesitaba ocultarse y luego tener unas palabras con su medio hermano, Dimitri.

Y por supuesto darle un generoso cheque al Fondo de Renovación de la Catedral St. George.



CAPÍTULO 18

Traducido por: Veroniica
Corregido por: Andy Parth

8:45 A.M. EST, Miércoles, Abril 14
El Hotel Tennessean
Chattanooga, TN

Alaric, justo al volver de su baño matinal, se quedó mirando el mensaje en la pantalla de su ordenador. Parecía todo demasiado bueno para ser verdad.

USTED ESTÁ CORDIALMENTE INVITADA...

¿A QUÉ?: *Una sofisticada cena en nuestro hogar,*
910 Park Avenue, Apt. 11,

¿CUÁNDO?: *Jueves, 15 de abril, 7:30 PM*

¿POR QUÉ?: *El primo de Emil, el Príncipe, ¡llega a la ciudad!*

92

—¿Dónde conseguiste esto? —le preguntó a Martín desde su teléfono móvil.

—El departamento de IT¹⁴ lo encontró durante su rutina de escaneo y pensé que podría ser algo.

El Vaticano había recorrido a la alta tecnología hace algún tiempo y ahora empleaba un equipo completo de programadores y analistas de computación a tiempo completo para la guardia palatina, teniendo su batalla contra las fuerzas del mal de la cibernética, así como a nivel de la calle.

¹⁴ IT: Información Tecnológica: es "el estudio, diseño, desarrollo, puesta en marcha, apoyo o manejo de sistemas informáticos".



—¿Y qué les hace pensar...? —preguntó Alaric en italiano—, ¿...que esto tiene algo que ver con nuestro Príncipe?

Martin sonó enojado. Y no preguntó. Era la hora de la siesta en Roma, al menos para la hija de Martin, Simone. Y probablemente para Martin, también. Había estado durmiendo mucho, recuperándose de sus heridas, gracias a todos los analgésicos que le habían prescrito los cirujanos del Vaticano.

—Ellos están comprobando las listas de pasajeros de cada vuelo entrante, tanto privados como comerciales, a New York, y anoche había un Lucien Antonescu, profesor de Historia de la Antigua Rumania, en un vuelo procedente de Bucarest, asiento de primera clase.

—¿Y? —Alaric ya estaba aburrido. Su muerte el día anterior no había sido tan emocionante, a excepción de la parte en la que Alaric se había estrellado contra la ventana, que por supuesto él había disfrutado. Y el buffet del desayuno, que había comprobado en su camino de regreso de la piscina, había sido aburrido, por decir lo menos.

—Ellos han investigado a este profesor Antonescu —dijo Martin—. Se rumorea que ha estado enseñando en esa universidad, sólo clases nocturnas, durante treinta años. Pero ellos consiguieron una copia de su última foto... el tipo luce como uno de treinta y cinco, como muy mayor.

Alaric soltó un bufido. —Oh —dijo con sarcasmo—. Su foto. Bueno, eso fue pan comido. Ningún escritor usa nunca una foto suya obsoleta.

—Él tiene un lugar de verano en Sighișoara —prosiguió Martin—. Un castillo, según dice la gente.

—¿Quién no tiene un castillo en Sighișoara estos días? —preguntó Alaric. Cogió el mando a distancia desde la cama del hotel y comenzó a hojear los canales. El Tennessean, que prometía ser un hotel de lujo, ofrece sólo un canal de cable premium, HBO, y no había nada bueno en él, salvo, como era previsible, un show sobre vampiros. Alaric, miró los vampiros Hollywoodienses por un rato, sonriendo sobre lo atractivo y auto-moderados que eran. Si la gente supiera la verdadera historia.



—Creo que esto puede estar justificado, Alaric —dijo Martin—. La mujer que lo envió, es de apellido Antonescu. Ella es una *socialité* de Manhattan. Su marido es un hombre sin escrúpulos en el campo de los bienes inmuebles. Nunca hemos tenido ninguna razón para sospechar antes, excepto que los *geeks*¹⁵ de la tecnología tuvieron ese resultado con sus nombres, la palabra Príncipe, y el vuelo de hoy. De todos modos, no hace daño echar un vistazo a la fiesta, es lo que dicen los de arriba. Todo el mundo dice que este tipo es de la realeza. Tiene que ser el Príncipe del correo electrónico. Quiero decir, esta mujer afirma que su marido descende de la familia real rumana, y que ella es una condesa. Ellos también tienen propiedades en Sighișoara.

—La familia real rumana. —El dedo de Alaric se congeló cuando estaba cambiando de los vampiros Hollywoodienses.

—Exactamente —dijo Martin—. Es por eso que Johanna me lo envió a mí. Ella pensó que tú querrías verlo.

—¿Por qué no me lo envió directamente a mí? —preguntó Alaric confundido.

—¿Por qué no piensas burro? —Ahora Martin sonaba no sólo molesto sino también divertido—. Este no es tu caso. Se supone que tú debes estar encontrando un asesino en serie. Además...

Alaric se inclinó hacia delante. —Además, ¿qué? —preguntó. No había dormido bien. Las almohadas de su cama del hotel no eran muy cómodas. Él las había amontonado unas contra otras, y todavía no había conseguido igualarlas a las lujosas almohadas llenas de plumas de su casa. Alaric ni siquiera quería pensar en lo que encontraría si pasaba una luz azul sobre el edredón de la cama. Lo había arrugado y escondido en el armario de todos modos, junto con lo que había pasado por “arte” en la pared de la habitación.

—Holtzman ordenó que te mantengas en Manhattan con el asesino en serie. Johanna dice que hay una sensación de que tú quizás estarías personalmente demasiado envuelto en todo esto para permitirte ir detrás del Príncipe. —Martin terminó rápidamente—. Lo siento viejo.

¹⁵ Geeks: fanático de la informática.



Alaric casi se atragantó con el trago que había tomado de la botella de agua mineral que había sacado del mini-bar.

—Lo sé —dijo su ex compañero con dulzura mientras Alaric soltaba un surtido de maldiciones—. Mira, yo sé cómo se siente. ¿Crees que no me mata estar fuera de acción mientras todo esto se cae?

—Esto es una mierda burocrática —manifestó Alaric, y arrojó la botella de agua vacía al lugar en la pared donde había estado colgado una vez esa mala “arte”. Para más, la botella ni siquiera rompió. Era de plástico.

—Lo sé —dijo Martin en su oído—. Pero mira desde la perspectiva de Holtzman. Tú difícilmente puedes ser considerado imparcial ya. Y no sigues exactamente el protocolo cuando se trata de cazar demonios, ¿verdad? Tampoco controlar los impulsos es uno de tus fuertes. ¿Qué acabas de tirar?

—Nada —dijo Alaric, levantándose de la cama y recogiendo la espada—. Y me molesta... en una implicación de un uno-contra-uno con el Príncipe de la Oscuridad, me gustaría ser algo más que estrictamente profesional. —Apuntó con su espada al guapo chico vampiro de la pantalla del televisor—. Soy totalmente capaz de mantener mis emociones bajo control, mientras que corto la cabeza del cuerpo de ese bastardo.

—Ya lo sé —dijo Martin—. ¿Por qué crees que te envié el e-mail en primer lugar?

Alaric sacudió la cabeza. Malditos burócratas. Le encantaba su trabajo, pero una cosa que él nunca podría entender es cómo los de arriba no podían ver que ellos sólo hacían las cosas más difíciles con su maldita cinta roja.

Cogiendo a Martin, por ejemplo. Todavía tenía que guardar en secreto el hecho de que estaba casado con un hombre, de sus superiores. No de Holtzman, por supuesto... Holtzman, al igual que Alaric, no les podía importar menos quienes de sus hombres guardias iban a casa por la noche, siempre y cuando consiguieran el trabajo para el que habían sido entrenados (aunque en el caso de Holtzman, él prefirió hacerlo por debajo del presupuesto).

Pero los tiempos —y las actitudes— están cambiando en todo el mundo. Uno sólo puede esperar que cambien muy pronto en el palacio papal.



—Mira, sólo recuerda —dijo Martin—. Tú no conseguiste el correo electrónico de mí. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Alaric, blandiendo su espada—. Gracias. ¿Cómo te sientes, de todos modos?

—He estado mejor —dijo Martin—. He estado peor. Me tengo que ir. Simone quiere su siesta. ¿Qué vas a hacer hoy?

Alaric sonrió. —Ah, lo de siempre. Verificar los hechos¹⁶. Volar a New York. Salvar el mundo.

¹⁶ N de T.: Check out: puede ser marchar sin pagar o verificar los hechos entre otras.



CAPÍTULO 19

Traducción: ***Liseth_Johanna18***

Corrección: *Pia2006*

2:00 P.M. EST, miércoles, Abril 14

Edificio ABN

520 Madison Avenue

New York, New York

—Ya lo sé. —El labio inferior de Cheryl empezó a temblar. Solo un poco—. Shoshona me lo dijo anoche.

—No llores —dijo Meena, hundiendo su mano en una caja cerca de los pañuelos y luego pasándole unos cuantos a la protagonista de *Insaciable*—. En serio. Sabes cómo se arruina tu maquillaje cuando lloras. Y ahora estamos en Alta Definición.

—Está bien —dijo Cheryl. Pero tomó los pañuelos y secó sus ojos de igual manera.

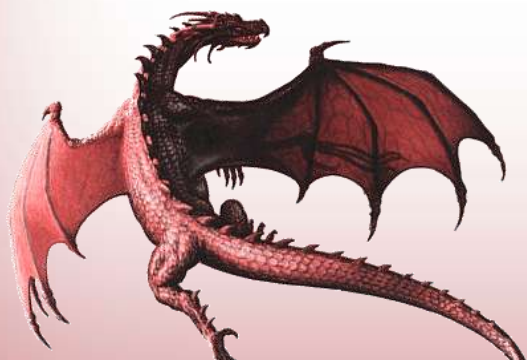
—Pueden rociarlo de nuevo. Es solo que no puedo creer que después de todos estos años, estén vendiéndolo por ir con un vampiro. Por Taylor.

—Vino de la red —dijo Meena. Aunque no sabía por qué estaba defendiendo a Shoshona—. CDI lo quiere. Estoy segura que hay alguna clase de nuevo empate entre productos que quieren comercializar...

—Eso solo lo empeora. Dijo Cheryl con un sollozo.

—Mira, no le digas a nadie —dijo Meena, tratando de sonar alentadora—. Pero creo que he pensando en algo para ti. Algo fantástico.

Ella simplemente no estaba dispuesta a decirlo en voz alta. No todavía. No sabía por qué, exactamente. Bien, de acuerdo, ella sí sabía por qué: La red iba a odiarlo. O, está bien... tal vez la reacción de Leisha en el teléfono cuando Meena la había llamado más



temprano para decirle qué había sucedido fuera de St. George había sacudido un poco su confianza.

—¿Murciélagos? —Había gritado Leisha.

—Sí —Había dicho Meena empáticamente—. Murciélagos.

—En frente de la Catedral de St. George —Había dicho Leisha, como si solicitara la información.

—¿Y este tipo simplemente se lanzó sobre ti para protegerte de ellos?

—Y a Jack Bauer —Había dicho Meena, recordándole.

Leisha la ignoró. —¿Y no consiguió ningún rasguño, incluso cuando todos estos murciélagos atacaron su rostro?

—Sí —Había dicho Meena—. Y luego me acompañó hasta mi edificio... Aunque nunca le dije donde vivía. Era como si él simplemente lo supiera.

—De acuerdo, mira —Había dicho Leisha. El sonido de secadoras de cabello soplando en el fondo era alto, como de costumbre—. Hay una explicación completamente racional para todo esto: Te tomaste la pastilla para dormir, aun cuando crees que no lo hiciste. Y luego sacaste al perro a pasear. Y tuviste una autentica pesadilla.

—Excepto que no me tome la pastilla para dormir —Había insistido Meena—. Leisha, me la tomé cuando llegue a casa. Tenía que hacerlo; estaba temblando tanto por todo lo que había pasado. ¿De qué otra forma piensas que logré dormir después de algo así? Era un desastre.

—Bueno —dijo Leisha—. No hay otra explicación. Porque nada de lo que estás describiendo pudo haber pasado. Grandes bandadas de murciélagos, o como sea que se le llame cuando se trata de murciélagos y no de pájaros, simplemente no bajaron en picado de la nada, atacando a las personas en Manhattan. Y, ¿Cómo podría él haber sabido donde vivías y tu nombre, que también dijiste que sabía, aun cuando no se lo habías dicho? No hay tal cosa como lectores de mente, Meena. Excepto Sookie Stackhouse y ella es inventada. Todo lo puedes hacer es decirle a las personas como van a morir, lo que no es ni cerca tan útil o maravilloso. Tomaste la pastilla antes de



salir y no lo recuerdas y luego soñaste todo esto. Estas trabajando en un libreto acerca de vampiros, ¿Recuerdas? Es natural que hayas soñado con murciélagos. Vampiros, murciélagos. Me sorprende que el hombre con el que soñaste no estuviera usando una enorme capa negra o brillando o algo así.

—Estaba usando Burberry —dijo Meena, frunciendo el ceño—. Pero definitivamente no brillaba. Aunque, era bastante cortés. Y fuerte. Mantuvo su brazo alrededor de mis hombros todo el camino a casa. Es la única razón por la que no me caí. Él definitivamente tenía el control.

Pensar en cuan fuerte y controlado había estado Lucien trajo de regreso sensaciones de calor, incluso cuando Meena lo recordaba en el día. Excepto por una cosa.

—Pero Jack Bauer lo odiaba. ¿Por qué soñaría eso?

—Dios, simplemente estoy encantada de que estés bien. —Había dicho Leisha, sonando preocupada—. Lo que sea que pasó anoche. No deberías estar afuera tan tarde, incluso con Jack Bauer. ¿Qué tal si el tipo no hubiese sido tan cortés o tan caballeroso? ¿Le dijiste a Jone acerca de esto?

Meena había fruncido el ceño mientras tomaba un sorbo de su refresco de la mañana. —No. Es decir... algo así. Le dije que vi algunos murciélagos fuera de la iglesia. Eso es todo.

—No le dijiste porque el tipo era guapo. —Era una declaración.

—¡No! Leisha, vamos. Apenas hablé con él. —Ella no mencionó las sensaciones de calor que tenía cuando pensaba en cuan fuerte y controlado había estado él.

—¿Qué? ¡Estás hablando entre dientes! ¡Acerca de un tipo que conociste en un sueño! No puedo creerlo. Te gusta.

—Si fuese un sueño —había dicho Meena a la defensiva—, partes de ello fueron realmente vividas. ¿Por qué no debería gustarme? Salvo mi vida. Y la de Jack Bauer. —Había añadido a toda prisa.

Leisha había dicho, —Ya sabía que todo esto de escribir telenovelas te volvería loca algún día, y ahora lo ha hecho. Meena, estás enamorada de un tipo que tu



subconsciente ha inventado para ti. Un súperman que te salva de ataques de murciélagos. Dios, es tan obvio. ¡Te salvo de tener que escribir acerca de vampiros, que es lo que odias! Especialmente ahora, con Shoshona como tu nueva jefe.

Meena se había levantado para tirar su refresco lejos. Se había detenido cuando había estado a punto de lanzarla por encima del bote de reciclaje de su oficina.

—Bueno —había dicho ella—. Supongo que nunca pensé en ello de esa forma. Pero... ahora que lo mencionas, los murciélagos podrían representar mi profundo y permanente odio por los vampiros.

—Correcto —Había dicho Leisha—. Por supuesto, ¿Acaso no tiene más sentido eso que si algo de ello hubiese sucedido en realidad?

—Quizá —Había dicho Meena—. Pero entonces, ¿Cómo explicas las rodillas de mi pijama? Estaban sucias cuando me desperté esta mañana. Obviamente estuve en el piso en algún momento...

—De verdad saliste a pasear con Jack Bauer, ¿Y te agachaste para recoger su popó? —había sugerido Leisha—. ¿Y no lo recuerdas?

Meena había hecho una mueca. —En serio sabes cómo matar el romance en una historia, ¿no es así? —Había dicho ella.

—Para eso son las mejores amigas, cariño —había dicho Leisha—. Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

Pero ahora, sentada en el vestuario de Cheryl, Meena se preguntaba... ¿Había sido todo un sueño? ¿Era su subconsciente trabajando en su frustración acerca de tener que escribir algo que odiaba, como había dicho Leisha? Y si así era... bueno, ¿Por qué no dejarlo funcionar para su ventaja?

—Mira —dijo Meena. Miró alrededor del lujoso vestuario de la veterana actriz como si estuviese preocupada de que alguien pudiera escuchar. Pero solo estaba la vasta colección de muñecas de Cheryl (todas las muñecas de la colección de Madame Alexander Victoria Worthington Stone) observando—. No le digas nada a Shoshona, porque no he escrito nada aún, pero estaba pensando en tener una reunión con Victoria... bueno, con un Príncipe, de hecho.



—¿Un Príncipe? —Cheryl estaba tan sorprendida que, de hecho, dejó de llorar—. ¿Qué tipo de Príncipe?

—Uno... Rumano —dijo Meena.

La verdad era que, desde que se había levantado esa mañana (todavía aturdida por su terrible experiencia la noche anterior, aunque Leisha probablemente tenía razón y todo había sido un sueño atraído por su frustración de haber perdido el trabajo de escritora principal y haber tomado su medicación para dormir antes, y no después, del paseo con, Jack Bauer) no había sido capaz de sacar a Lucien, y su muy ligeramente acento Europeo, fuera de su cabeza. Y, está bien, era posible que él fuese un producto de su demasiado activa imaginación, una manifestación de como ella preveía a su yo creativo (extraño que su yo creativo fuera un tipo guapo en un abrigo negro, pero que importa), que iba por ahí salvándola de murciélagos, también conocidos como libretos vampíricos pensados por Shoshona (que llevaba medias de red hoy, y probablemente no era de superior controlable). Pero Meena se había sentido tan segura y protegida en sus brazos. No se había sentido de esa forma en tanto tiempo. Siempre parecía como si últimamente los lobos, (o murciélagos) estuvieran tironeando sobre ella. Si no eran las cuentas al final del mes, era Shoshona, consiguiendo todas las promociones pero sin hacer nada del trabajo en la oficina. Meena sospechaba que Cheryl probablemente se sentía igual, desde que ella suspiro de repente, observo su reflejo en el espejo de su vestuario, y luego tiró de su escote.

—No lo sé, jovencita. —Cheryl parecía escéptica—. Sin ofender. Pero, ¿Tú en contra de la red? No lo creo. Dejaron que Gregory Bane asesinara a Beverly Rivington de Lust el otro día. Veinticinco años había estado ella en ese programa, y dejaron que un chico flacucho con un corte gracioso de cabello le drenara la sangre. Si eso no es una analogía para la forma en que está yendo mi carrera, no sé qué lo es.

—Lo sé —dijo Meena. Había estado esperando que Cheryl no hubiese oído de Beverly. Pero eso era ridículo en un negocio como ese, en donde todos llevaban consigo un iPhone y estaban conectados a E! Online 24/7—. Pero no voy a dejar que eso te pase a ti.

—Oh, ¿en serio? —Cheryl enarcó una ceja—. ¿Cómo?



—Voy a escribir acerca de un Príncipe Rumano asesino de vampiros que será contratado por Victoria para matar al novio vampiro de su hija —dijo Meena dramáticamente.

Meena sabía que estaba pisando terreno resbaladizo. ¿Introducir un nuevo personaje solo para matar el de Shoshona? ¿El vampiro que, se suponía, debía salvar a *Insaciable* del golpe que le estaban dando los ratings de Lust? ¿El vampiro que la red quería? ¿Estaba loca? Excepto que ella nunca se había sentido más cuerda en toda su vida.

Cheryl, evidentemente, no estaba de acuerdo.

—Es tu funeral, cariño —dijo ella dubitativamente.

—Deletrea Daytime Emmy para mí —dijo Meena.

Cheryl pareció modesta. —Oh, cariño. De tus labios a los oídos de los votantes de los Emmy. Bueno.

Ella le dio una palmadita a su muy estilizado cabello. —Creo que mejor me voy por ahí y me enfrento con ese sacerdote.

Meena siguió a Cheryl por el pasillo. Pero en lugar de ir directo al estudio, giró para regresar a su propia oficina. Necesitaba empezar a escribir acerca de Lucien y el Príncipe Rumano que iba a matar al vampiro de Shoshona de una buena vez. ¿Quién sabía que ser casi asesinado por un montón de murciélagos podía ser tan creativamente inspirador?

Pero no lo era, ella sabía que no eran los murciélagos los que había puesto a fluir sus dotes creativos; eran los cálidos ojos marrones de Lucien... Tal vez mientras ella estaba en ello, pensó, debía escribir un anuncio de Conexiones Perdidas de Craigslist. ¿De qué otra forma iba a ver a Lucien de nuevo? Fue mientras estaba intentando describir aquellos cálidos ojos marrones en su anuncio que casi se estrella con Taylor, saliendo del elevador con todo el maquillaje y vestuario para una escena que estaba grabando en los establos de equitación con el actual interés romántico de su personaje, Romero, su instructor de equitación.

—¡Oh Dios mío, Meena! —gritó Taylor, arrojando sus dos brazos alrededor de Meena—. ¡Muchísimas gracias!



Meena, sintiéndose un poco estrangulada, abrazó de vuelta a Taylor. —Por supuesto. Cuando quieras. —¿Gracias por qué?

—Oh, no tienes idea. —dijo Taylor, finalmente liberándola y mirándola con sus grandes ojos azules llenos de lágrimas—. Lo mucho que significa para mí engancharme con este fantástico nuevo libreto. He estado tan celosa de Mallory Piers en *Lust* por conseguir toda esta prensa para aquellas escenas que ha estado haciendo con Gregory Bane. ¡Y ahora consigo un vampiro para mí sola!

—Oh —dijo Meena—. Eso. Sí. —Meena se pasó una mano por el pelo corto distraídamente.

No podía evitar sentir un poco de culpabilidad por el hecho de que acababa de estarse dirigiendo escaleras arriba con la intención de asesinar al nuevo interés romántico de Taylor. —Bueno, eso es más una idea de la red. De CDI, de hecho...

—Lo sé —dijo Taylor—. Shoshona ya pasó a contármelo.

Apuesto que lo hizo, pensó Meena. Shoshona parecía haber estado en todo el edificio, batiendo su boca.

—Creo que es genial que ustedes dos estén trabajando juntas para poner un poco de sangre joven de nuevo en *Insaciable* —dijo Taylor, estirándose para apretar las manos de Meena.

—No hay problema —Le dijo a Taylor. No creía que ahora fuese un buen momento para señalar que ella planeaba escribir un libreto romántico para Cheryl, quien iba a clavar una estaca en el corazón del nuevo novio-en-la-pantalla de Taylor.

—Gracias de nuevo —dijo Taylor—. Y gracias también, por todos los deliciosos sándwiches que siguen llegando a mi camerino. Pero ya sabes, en realidad no son parte de mi nueva dieta. ¡Hagamos algo de sashimi algún día!

Ella salió corriendo, sus muslos tan delgados que parecía que pertenecieran a una gacela. Meena se metió en el ascensor con un toque de un ceño en su cara, sólo para encontrar a Shoshona en la maquina. Genial.

—Hola, Meena —dijo Shoshona con una sonrisa felina.



—Hola, Shoshona —Meena no podía dejar de notar que Shoshona llevaba su bolso de dragón de Marc Jacobs. De cerca, Meena podía ver que tenía la perfecta correa desmontable para el bolso, también, así que sin importar cuanta basura metieras allí, no terminaría por cortarte el hombro—. ¿Subiendo?

—Por supuesto —dijo Shoshona—. ¿Mirando hacia adelante para cumplir la cita con nuestro nuevo Maximilian Cabrera el viernes?

—¿Quién es Maximilian Cabrera? —preguntó Meena, desconcertada.

—El amante vampiro de Taylor —dijo Shoshona, rodando los ojos como si Meena fuera una estúpida por no saberlo. Excepto que Meena no había visto los adelantos para el libreto de la historia del vampiro. ¿Cómo podía, ya que en su forma habitual Shoshona ni siquiera les había dado a Paul a escribir?

—Stefan viene a presentarse para el papel el viernes. Estabas allí cuando le dije a Sy acerca de ello. ¿Recuerdas?

Meena, molesta, mantuvo la mirada en los números por encima de sus cabezas mientras se iluminaban. — Oh —dijo—. Cierto.

—Y Stefan me dijo que Gregory podría venir con él —Agregó Shoshona.

—Oh, estupendo —dijo Meena. Quizá ella traería a Jon al trabajo con ella el viernes. Él no lo podía hacer peor en la audición que algún amigo de Gregory Bane. Y Dios sabía que Jon era más que apuesto. No que Meena lo admitiera alguna vez en frente de Jon.

—Estoy muy contenta de que hayas decidido ser una jugadora en el equipo con esto, —dijo Shoshona—. Me rascas la espalda, y tal vez algún día, yo rascaré la tuya.

Apuesto que lo harás, pensó Meena cínicamente.



CAPÍTULO 20

*Traducción: Chelsea Sharkovich**Corrección: Pia2006**1:00 A.M. EST, Jueves, 15 de Abril**Salón Concubina**125 Este Calle Once**New York, New York*

El club estaba oscuro y la música tecno sonando mucho más fuerte que en la mayoría de las discotecas en Bucarest.

No es que Lucien frecuentara esos lugares... si podía evitarlo. Estaban llenos de mucho humo para su gusto y solían atraer a una copiosa multitud, cautivada por la promesa de abundantes cantidades de licor y mujeres con poca ropa. Ese tipo de clubes eran más para estudiantes. El hecho de ser descubierto en el mismo lugar que estudiantes, hacía que Lucien se sintiera incómodo. No era, pensaba, apropiado. Especialmente cuando sus estudiantes mujeres arrojaban sus piernas a su alrededor y empiezan a frotar su ingle encima de él, un movimiento de baile comúnmente llamado como la “molienda”. Lucien había visto muchos estilos de baile ir y venir, generalmente con más diversión que preocupación. Pero de todos ellos, él esperaba que la “molienda” tuviera la más corta duración. No había nada atractivo o sexualmente seductor en eso. Sin embargo, mientras se ponía de pie e inspeccionaba la pista de baile de la Concubina, vio que la “molienda” era tan popular en los Estados Unidos como en Bucarest. Era un poco difícil de saber debido al humo de las máquinas de hielo seco. Pero definitivamente lo parecía, por la forma en que todos los cuerpos se retorcían unos contra otros. Cuando una de las personas, vestida únicamente con pantalones negros de cuero y la parte superior de un bikini plateado, se separó de los demás y se meneó contra él, Lucien le preguntó, —¿Dónde está Dimitri?

La chica pasó una uña pintada de negro por sus planos abdominales, sacando su camiseta blanca del cinturón de sus pantalones. Ella lo miró a través de su flequillo



rubio puntiagudo, comenzó a “molerse” contra él al ritmo de la música y le dijo coquetamente, —No lo necesitamos. A menos que a ti te guste de esa forma.

Lucien extendió su mano y le sujetó la muñeca en un fuerte agarre antes de que ella pudiera meter sus dedos en la cinturilla de sus pantalones.

—¿Dónde —preguntó de nuevo, sus ojos resplandeciendo en rojo—, está Dimitri?

La chica dejó de molerse y dijo, su voz elevándose a un temeroso gimoteo, —Él está por allá. ¡Dios! Sólo trataba de ser amigable.

Lucien soltó su muñeca y se dirigió hacia el área VIP, donde ella había señalado con un tembloroso dedo. Él no había querido asustarla. Por otra parte, ella había estado drogada y esperando que él tuviera drogas para así drogarse aún más. Más allá de eso, su mente había estado tan vacía como el Sahara. Lucien no podía evitar recordarse de la chica paseando al perro de la noche anterior, cuya mente había sido todo lo contrario, impenetrable como una jungla. Se preguntaba por qué no podía dejar de pensar en ella. Se dijo a sí mismo que era sólo porque ella y la chica bailando eran de una edad similar y atractivas. Sin embargo, las semejanzas terminaban allí. Había dejado de sentir lástima por adictos como la bailarina. Había demasiado de ellos en estos días.

El área VIP donde Dimitri estaba sentado, se encontraba separada de la pista de baile por cuerdas de terciopelo negro que ocultaban una serie de cabinas elegantes, de respaldo alto, que creaban un retiro de la ruidosa música y de los cuerpos danzantes de la pista de baile. Sobre los asientos de suave cuero negro descansaban una media docena de hombres de mediana edad, demasiado de mediana edad, y muy barrigones, para las extremadamente jóvenes y esbeltas mujeres que estaban arrojadas sobre ellos, con sus miradas saltonas tan en blanco como la de la chica que recién había intentado moler a Lucien. En la cabina de al lado estaban sentados hombres mucho más jóvenes. Uno de ellos levantó la mirada y sonrió mientras Lucien se acercaba... justo en el instante en que dos grandes guardaespaldas intentaron bloquear el paso a Lucien.

—Disculpe, Señor —dijo uno de ellos, que pesaba cerca de 130 kilos y estaba usando una cadena de oro, con el nombre de Reginald escrita en ella, alrededor de su grueso cuello—. Esta área es para VIP únicamente.



—Puedo ver eso, Reginald —dijo Lucien—. Estoy aquí para ver al Sr. Dimitri. Y tú me vas a dejar pasar.

—Por supuesto que lo haré —dijo Reginald, y se apartó—. Lo lamento mucho, señor.

El compañero de Reginald, que pesaba casi tanto como Reginald, en puro músculo, estaba horrorizado.

—¡Reggie! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo?

Reginald le explicó, mientras desenganchaba la cuerda de terciopelo para dejar pasar a Lucien. —Escuchaste al hombre. Está aquí para ver al Sr. Dimitri.

Dimitri se había levantado de su cabina y se aproximó a Lucien. Era un hombre alto, de cabello negro, en un traje formal que le quedaba tan perfectamente como uno de los de Lucien, usaba una camisa blanca que estaba abierta en la garganta, mostrando un cordón de cuero del cual colgaba un pequeño símbolo de dragón hecho de hierro.

—Hermano —dijo Dimitri, extendiendo la mano para sujetar la de Lucien entre las suyas—. Esto es una sorpresa. Ha pasado tanto tiempo. ¿Cuándo has entrado?

—Dimitri —Respondió fríamente Lucien. Sacudió la mano de su medio hermano, ignorando mordazmente la pregunta—. Lo estás haciendo bien, por lo que veo.

—Oh, ¿Esto? —Dimitri abarcó con un gesto amplio de su mano izquierda (en la cual estaba sosteniendo un cigarro Cubano; él siempre había tenido, que Lucien recordara, una afición por fumar, la cual se comparaba con la afición propia de Lucien por los vinos de calidad) a Reginald y a su compañero, al área VIP, y a todo el club—. Esto no es nada. Tengo cuatro más en todo el país, y voy a abrir otro más en Rio de Janeiro el mes que viene.

—Rio —dijo Lucien, levantando sus cejas—. Todavía pisando peligrosamente.

—¿Qué peligro? Es un club nocturno —dijo Dimitri, enfatizando la palabra noche—. Sólo que ahora los podemos llamar salones. Amarías Rio. ¡La humedad! Muy buena para la piel. Ven, debes conocer a mis nuevos amigos de TransCarta. Debes haber escuchado de eso, ¿La firma privada de Acciones? Están firmando un acuerdo bastante importante en este momento y necesitan algo para aliviar el estrés. Así que,



obviamente vinieron aquí. Hoy en día, cualquiera que trabaje en las finanzas tiene tan mala reputación. Publicidad negativa. Eso es algo de lo que tú y yo conocemos un poco, ¿No es así, hermano?

Dimitri se rió de su propio chiste mientras sujetaba el brazo de Lucien, intentando llevarlo hacia la cabina del hombre de mediana edad, donde las súper delgadas jovencitas se frotaban contra él.

—Tal vez más tarde para eso, Dimitri —dijo Lucien—. Primero, me gustaría hablarte en privado por un momento. Creo que, tú y yo, tenemos mucho de negocios que discutir.

—Tonterías —dijo Dimitri—. ¡Placer antes que negocios! Sé de lo que me estás hablando... y por qué estás aquí. —Él pasó su brazo por encima del hombro de Lucien y comenzó a encaminarse hacia la cabina que recién había dejado—. Una cosa lamentable, lo de estas jovencitas muertas. Y he preguntado, créeme, no es bueno para el club tener a un maniático como este suelto, y puedo asegurarte, nadie sabe algo sobre esto. Si lo supieran, ¿No crees que ya me hubiese hecho cargo de eso? Me conoces, Lucien. ¡Lo que sea para mejorar el resultado final!

Lucien inclinó su cabeza hacia la chica que se le había acercado cuando entró, la que tenía el top metálico. Ahora ella estaba girando sola en la pista de baile, ida en su pequeño sopor inducido por las drogas. —¿Y ella? No estás haciendo un muy buen trabajo manteniendo las drogas fuertes fuera de este lugar —comentó—. Seguramente esto no debe estar ayudando a mejorar el resultado final.

Dimitri siguió la mirada de su medio hermano.

—Oh, drogas —dijo, y volteó sus ojos—. Bueno. ¿Y qué piensas hacer? Están en todos lados. El gobierno debería legalizarlas de una vez por todas, ponerles impuestos, usar el dinero para pagar el déficit comercial y ayudar a los adictos a obtener la ayuda que necesitan. ¿Pero por qué estamos hablando de temas tan deprimentes? Vamos, no has visto a Stefan en siglos. Y tienes que conocer mi proyecto más reciente.

—¿Tu proyecto más reciente? —Lucien levantó una ceja—. ¿Acaso no es este... salón?



—¡Para nada! —Dimitri lo guió hacia una mesa en la que estaba sentado un joven con aspecto sórdido, y su compañero aún más sórdido, ambos vistiendo pantalones extraordinariamente ajustados y camisas abiertas hasta la mitad del pecho, debajo de chaquetas de cuero de motoristas. Ellos estaban flanqueados por mujeres tan delgadas como un lápiz, que no parecían estar usando mucha ropa en absoluto, pero tenían pechos planos y cabello muy liso.

—Una nueva iniciativa de negocios —Dimitri anunció entusiasmadamente—. Gregory Bane, conoce a mi hermano, Lucien Antonescu, que nos visita desde Rumania.

—Hola, Señor —El más delgado de los jóvenes se levantó y sacudió la mano de Lucien. Lucien sabía por qué él estaba siendo tan servil incluso antes de sentir la piel de Gregory Bane... o ver el delgado tatuaje de dragón que adornaba el interior de su pálida muñeca.

—Un placer —dijo Lucien sin sonreír.

—El placer es todo mío —dijo Gregory Bane, pestañeando nerviosamente.

Lucien se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que el muchacho se había convertido y quién lo había hecho.

No fue Dimitri, claro está. Su hermano era muchas cosas... pero no eso. Lo más probable es que haya visto una oportunidad y mandó a una de sus numerosas amantes a hacerlo. El chico era, supuso Lucien, bien parecido, según el estándar establecido por su actual grupo de estudiantes femeninas, que solía ser: delgado y sin bañar. El otro chico, que usaba su dragón como Dimitri, en forma de un símbolo de hierro en una pulsera de cuero, se levantó y extendió su mano derecha...

—Tío Lucien —dijo Stefan un poco retraído.

Pero de nuevo, el chico nunca había estado aquí por completo, pensó Lucien mientras sacudía la mano de su sobrino. Lucien nunca había estado seguro de si eso pudo haber sido una consecuencia de haber visto a su padre asesinar a su mamá ante sus propios ojos, había sido un lugar y una época diferente, cuando el uxoricidio no había sido tan poco común, pero aún así, Lucien no lo había aprobado, o haber sido convertido demasiado joven. El joven era una completa decepción. Dimitri siempre estaba



formulando un nuevo esquema o cualquier cosa para darle una dirección. Pero nunca le había permitido al chico siquiera usar su apellido. ¿Cómo podría esperar que Stefan ejerciera algún tipo de iniciativa de carrera? ¿Qué juego estaba jugando Dimitri ahora? Se preguntó Lucien. ¿Y que tenían que ver con eso los analistas barrigones de TransCarta? ¿Acaso era realmente sólo parte de la nueva iniciativa de negocios de su medio hermano? ¿O era algo más insidioso?

Oh, Dimitri hizo el papel de la familia acogedora, con los brazos abiertos... Incluso ordenó botellas de Veuve¹⁷ para la mesa, a pesar de que el Champagne nunca fue el favorito de Lucien. Jamás le habían gustado las burbujas, que inmediatamente desaparecían en la lengua. Prefería los vinos pesados y carnosos, que cubrían la boca como... bueno, como una comida. Pero todo se parecía un poco al champagne, o a las jóvenes humanas que se recostaban sobre Gregory Bane y sobre el desdichado Stefan, sin mencionar sobre los gerentes de fondos en la cabina de al lado, quienes desaparecían frecuentemente para ir al baño de mujeres, y luego regresaban limpiándose la nariz, sus mentes tan vacías como la de la chica que trató que él bailara con ella. Demasiado ostentoso. Sin suficiente sustancia. Sólo demasiado aire.

Después de un rato, Lucien sintió que ya había visto suficiente. Si había respuestas en el club de su medio hermano, no las iba a conseguir de esta manera. Se disculpó, diciendo que se tenía que ir. Dimitri le mostró la salida por una puerta de emergencia en la parte de atrás, ya que la parte delantera estaba llena de asistentes a la fiesta confundidos por las drogas, como para que pudiera salir sin tener que empujar a los demás.

—¿Dónde te estás hospedando mientras estás aquí? —preguntó Dimitri, demasiado casual, soplando el humo de su cigarro hacia el cielo estrellado, que sólo era visible desde el callejón oscuro en el que estaban.

—Emil me encontró un lugar —dijo Lucien. Entre menos le dijera sobre la ubicación, pensó Lucien, mejor. Confiaba en su hermano... Pero sólo hasta un punto.

Dimitri soltó una risita. —Emil —dijo—. ¿Todavía está con esa idiota esposa suya?

—Lo está —dijo Lucien.

¹⁷ Champagne.



—Matrimonio —dijo Dimitri—. Ahora, esa es la única cosa que tú y yo sí tenemos en común. No hay necesidad de enredarse en eso. Bueno. Otra vez.

—Nunca pareció prudente —Coincidió Lucien cuidadosamente.

Dimitri lo miró fijamente por un segundo o dos antes de estallar en una carcajada de sorpresa.

—¡Prudente! —gritó—. ¡Escúchate a ti mismo! No has cambiado, ¿Verdad? No en todo este tiempo.

Lucien le lanzó una mirada evaluadora.

—No... —dijo—. NO creo que ninguno de los dos lo haya hecho.

Dimitri dejó de reírse abruptamente y apuntó a Lucien.

—No me gusta cómo suena eso —dijo con una voz profunda—. Espero que no hayas venido aquí a causar problemas, Lucien. Porque hemos estado perfectamente bien de este lado del Atlántico sin siquiera un indicio de problemas con la Palatina... y sin ninguna interferencia de tu parte.

Sus ojos, normalmente tan negros como los de su medio hermano, brillaron tan rojos como su cigarro mientras decía la palabra interferencia. Un segundo después, una capa de basura, tierra, grava y vidrios rotos que cubrían el suelo del callejón justo frente a Lucien, comenzó a elevarse en el aire, y luego a agitarse más y más rápidamente hasta que se convirtió en un imponente tornado con violencia destructiva que se dirigía directamente hacia él. Lucien subió un brazo para proteger su rostro de los escombros. Allí fue cuando Dimitri se encontró a si mismo siendo arrojado contra el lateral de un basurero, como si un viento invisible lo hubiese levantado y soplado hasta allí. Su caída fue detenida por algunas cajas de licor vacías que alguien había aplanado y apiladas ante el contenedor de basura para su reciclaje. De lo contrario, se habría estrellado contra el recipiente de acero con tanta fuerza como si hubiera recibido un disparo de una pistola de clavos. Mientras yacía allí, aturdido, el vórtice que Dimitri había creado desapareció tan abruptamente como él se había desmoronado, todos los pedazos de vidrio y basura cayendo de nuevo al suelo del callejón.



Lucien caminó hacia donde su hermano yacía, deteniéndose para cuidadosamente pisar el cigarro que Dimitri había dejado caer, luego lo levantó y lo depositó en el basurero detrás de él. Lucien estaba furioso... pero incluso cuando lo estaba, todavía era concienzudo con respecto a la basura.

—No tengo idea de qué juego estás jugando aquí, Dimitri —dijo Lucien, apoyando un codo en el lateral del basurero y hablando hasta su hermano, en una voz que era casi escalofriante en su calma, después de la violencia que había estallado unos segundos antes.

—Clubs nocturnos llenos de banqueros inversionistas y jóvenes mujeres adictas a las drogas. Ese es tu negocio, y hace mucho tiempo acepté mantenerme fuera de los asuntos del Dracul, mientras que no hubiese ninguna muerte humana por pérdida de sangre. Pero ahora... no es a la Palatina a quién debes temer... es a mí.

Dimitri, desplomado contra el lateral del basurero como un pedazo de basura esperando para ser recogido, hizo una mueca de dolor hacia su hermano.

—Eso ya lo sé —dijo, frotándose la parte de atrás de su cuello—. Siempre lo he sabido. No tenías que pegarme tan fuerte, lo sabes.

—Estas chicas muertas —dijo Lucien, ignorando a su hermano—. ¿Qué sabes acerca de ellas?

—Ya te lo dije —dijo Dimitri—. No sé nada sobre ellas.

Una encimera de acero inoxidable que estaba abandonada a un lado del contenedor, de repente se levantó varios metros en el aire y colgaba amenazante sobre la cabeza de Dimitri.

—Espera —lloró Dimitri, alzando un brazo sobre su cara para proteger sus atractivas facciones de la destrucción—. Está bien, está bien. Sí, he oído hablar.

Lucien dejó caer a un lado la encimera, inofensivamente. El ruido que hizo era ensordecedor, y los dos hombres podían escuchar a las ratas chillar y escabullirse. Dimitri, todavía sentado en la suciedad del suelo del callejón, hizo una mueca.



—Pero no puedes pensar que sé quién lo está haciendo, Lucien —dijo—. Obviamente, si lo supiera, le pondría fin a esto. Ni siquiera sé por qué pensarías que es uno de nosotros. Claramente es un pervertido enfermo.

—Que bebe sangre humana —dijo Lucien calmadamente.

—Bueno, muchas personas lo hacen —dijo Dimitri—. Está de moda ser un vampiro en estos días. O actuar como uno, de todos modos.

Lucien estudió a su hermano menor. Le hubiera gustado haber creído que Dimitri era tan inocente como decía.

Pero Lucien había cometido el error de creer en la inocencia de su hermano en el pasado. Y casi le había costado su vida. No cometería ese mismo error de nuevo, especialmente cuando tal vez involucrara vidas humanas.

—Si descubro que sabes algo sobre estos asesinatos —dijo Lucien—, y no me lo dijiste o hiciste algo para detener al asesino, o resulta que estás detrás de los asesinatos. Te destruiré, y a todo y a todos los que te importen, Dimitri. ¿Entiendes?

Dimitri, forcejeando por ponerse de pie, lejos de la basura y el lodo, dijo, —¡Hermano! Obviamente hemos comenzado con el pie equivocado de nuevo. Lamento ese pequeño malentendido allá atrás. ¿No podríamos...?

Pero Lucien no había terminado. Colocó una mano en el hombro de su medio hermano y lo empujó hacia abajo en la suciedad de donde había intentado salir.

Luego, Lucien se inclinó sobre él y le susurró en su oído. —No. No podemos. Conoces el acuerdo. Todos pueden beber. Pero nadie puede...

—¡Por el amor de Dios, Lucien! —Lloró Dimitri—. Después de todos estos años, ¿Crees que no lo sé? Nadie puede matar a un humano, sin importar cuán sediento esté. Hacerlo conllevaría una rápida y absoluta venganza por parte del Príncipe. El Dracul ha vivido bajo tus órdenes por más de un siglo. ¿Crees que podría haber alguna manera de olvidarnos de eso?

—Sí —dijo Lucien gravemente—. Porque lo han hecho antes. Y lo harán de nuevo.



Fue justo entonces cuando la puerta trasera del club se abrió, y Reginald y su compañero aparecieron.

—¿Sr. Dimitri? —preguntó Reginald con cierta alarma, viendo a su jefe yacer sobre el suelo del callejón.

Lucien se enderezó.

—Dale una mano, ¿Puedes, Reginald? —Pidió Lucien sobre su hombro, mientras volteaba y caminaba rápidamente a su lado hacia la noche oscura—. El Sr. Dimitri va a necesitar toda la ayuda que pueda obtener.



CAPÍTULO 21

*Traducción: dani.shawn**Corrección: Pia2006**7:00 P.M. EST, Jueves, Abril 15**Catedral St. George.**180 Este, Calle Setenta y Ocho**New York, New York*

Meena miró la Catedral. En la luz del día que desaparecía, lucía hermosa, con sus agujas gemelas luchando por alcanzar el cielo de primavera y los elegantes vidrios de colores, a pesar de que algunos estaban rotos. De todas formas, ¿Quién lanzaría rocas a la ventana de una iglesia? Seguramente, estaba rodeada con el familiar contrachapado azul que siempre acompañaba a los edificios de Manhattan cuando se estaba llevando a cabo una construcción. Pero el contrachapado no estaba lo suficientemente lejos para esconder a la larga y encantadora catedral detrás. ¿O lo hacía?

115

Meena miraba con Jack Bauer con su correa al final de los escalones de la catedral, exactamente donde estuvieron la noche pasada cuando los murciélagos habían aparecido abalanzándose de ningún lado. Al principio ella no se había preocupado de que Jack no quisiera ir a ningún lado cerca de la iglesia por lo que había pasado la última vez que estuvieron allí. Pero el no mostraba ningún signo de reticencia, trotando justo adelante y levantando una pierna al frente de un auto estacionado. El obviamente no tenía ningún recuerdo del accidente. Pero a pesar de que ella misma había estado un poco confusa, ahora recordaba todo claramente como si acabara de suceder, y no unas cuarenta y ocho horas antes. Ahí estaba el lugar en la vereda donde ella se había agachado, con el corazón en la garganta, hasta que los murciélagos volaron sobre sí mismos una y otra vez sobre la cara y el cuerpo de Lucien, ella estaba segura en este momento, para rasgarlo en partes. Excepto que él estaba intacto, sin ninguna marca en su cara. Y verdad, no había gotas recientes de sangre ni nada como eso en el suelo para demostrar que allí había habido un ataque. Pero ella reconoció la grieta en el pavimento; ¿Cómo podía olvidarla? Su cara había estado contra la grieta



Purple Rose

hasta que Lucien estuvo sobre ella manteniéndola a salvo. Era extraño, Meena pensó mientras miraba hacia arriba a los picos de la iglesia, preguntándose si los murciélagos estaban allí cuando debieron ser despertados, y atacados, nuevamente. Ella no obtuvo sentimiento de maldad que proviniera de la Catedral, a pesar que el lugar donde se encontraba había sido el centro del escenario de la salvaje lucha.

Meena no se halagó a sí misma que por ser la escritora de diálogos de un Show de la magnitud de *Insaciable*, ella era particularmente dotada. Ella no gritaba por los aires que era un genio. No, ella pensó de sí misma como alguien más creativo que los artistas que en algunas ocasiones veía fuera del Museo Metropolitano de Arte, aquellos que pintaban aficionadas puestas de sol, o montañas y luego las vendían a los turistas que pasaban caminando.

Meena sintió que sus habilidades para *Insaciable* eran mucho de la misma cosa: un reflejo de lo que le pasaba diariamente al americano promedio, justo como una puesta de sol... solo que un poco más dramático, para mantener a la gente interesada.

Pero ella siempre había estado preocupada en ser un poco más sensible al humor que otra gente, posiblemente por su habilidad de decir cuando algo horrible estaba por sucederle a alguien. Quizás no había nada horrible en St. George para sentir. Porque una tragedia en St. George había sido advertida... gracias a Lucien, quien quiera sea él. Él había salvado su vida. Ella no sabía cómo o por qué, pero él lo había hecho.

¿Alguna vez Lucien —Meena se preguntó—, habrá pensado sobre lo que había pasado fuera de la iglesia y cuan extraño había sido? Quizás él también había llegado para ver a St. George desde fuera y se preguntó a sí mismo las mismas preguntas que ella se estaba haciendo. Quizás había publicado sobre ella en Conexiones Perdidas de Craigslist (ella había sido muy tímida para publicar sobre él). Sería mejor recordar echar un vistazo...

—¿Meena?

Meena saltó casi fuera de su piel. Ella giró alrededor, medio esperando encontrar a Lucien mirando hacia ella. Pero era solamente Jon, mirando extremadamente sorprendido de encontrarla parada frente a La Catedral de St. George un jueves por la noche, mirando a la nada.



—¿Qué estás haciendo aquí? —Jon preguntó—. Pensé que sacabas a Jack Bauer a caminar.

—Estaba —Meena dijo, tirando de la correa de Jack—. Quiero decir, en eso estoy. Estaba solo... pensando en algo.

—Puedo decir —Jon se paró a su lado y miró hacia las agujas de la iglesia. El vestía unos ajustados caquis y una linda remera, y por alguna razón, usando corbata. En su mano derecha sostenía una bolsa marrón de papel—. ¿Sigues volviéndote loca por la bandada de murciélagos?

—Era una colonia —Meena lo corrigió—. Lo busqué en Wikipedia. Los murciélagos viven en colonias. Y encontré que normalmente no atacan algo, o alguien, como el grupo que lo hizo la noche pasada. Eso tiene que haber sido un golpe de suerte. Son generalmente cazadores solitarios. Ya sabes, porque usan un sonar de alta frecuencia.

Jon bajó la mirada hacia ella como si estuviera loca. —Bien —dijo—. Está bien saberlo. ¿Vienes a casa y te preparas? Porque tenemos la fiesta de los Antonescu en media hora.

Ella parpadeó. —¿Qué?

—La cena de la condesa —dijo Jon—. ¿Recuerdas? Por su primo, el Príncipe. Es jueves a la noche. Dijimos que iríamos.

Meena rodó los ojos —¡Oh! —Ella dijo—. Eso. Sí. No podemos ir. Yo no RSVP.

—Meena —dijo, sacudiendo la cabeza—. Hablamos sobre esto. Dijimos que iríamos.

—Bueno —Meena dijo—. Yo nunca le dije que iríamos. Entonces, supongo que no podemos ir. Que mal. Veamos una maratón de *The Office* en su lugar.

—No —Jon dijo—. Comida gratis, ¿Recuerdas? Además, ya vi a Mary Lou en el elevador hoy y ella me preguntó si íbamos y le dije que sí. Entonces, tenemos que ir. Mira, les compre una botella de vino —él alzó la bolsa de papel—. Me costó seis dólares. No los voy a perder.



Los hombros de Meena se hundieron. —¡Oh, mi dios! —Ella dijo—. No creo que pueda aguantar una fiesta en lo de la Condesa esta noche. Ha sido realmente una mala semana.

—Lo sé —dijo Jon, tomando su codo y alejándola de la iglesia—. Pero quieres conocer a este Príncipe, ¿No es así? ¿No es el tipo que quieres usar como modelo para un cazador de vampiros para las especificaciones en tu guión? ¿El de Cheryl?

—En realidad —Meena admitió mientras empezaban a caminar hacia 910 Park—. Es que conocí a alguien que sería un mejor modelo que el Príncipe.

—¿En serio? —dijo Jon—. ¿Quién?

—Oh, sólo un hombre —dijo Meena, sabedora de lo que Jon diría sobre su aventura con Lucien a las afueras de la Catedral la noche anterior a la pasada. Y si ella le contaba, solo le daría una gran y enormemente lectura sobre ella dejando el apartamento tarde por la noche, algo que ella sabía que no debería haber hecho. En su desigual sociedad de géneros, seguía siendo no totalmente seguro para una mujer americana vagar por las calles de la ciudad de New York sin escolta tarde por la noche. (A parte de ser hermoso, no era seguro para nadie que hiciera esto, realmente. Había colonias de murciélagos al acecho en todos lados).

—Bien, el hombre que conoceremos esta noche se supone que es un Príncipe —dijo Jon—. ¿Dónde conoces a uno de estos?

—En ningún lugar —Meena admitió, dándose cuenta de que Jon había estado llevándola hacia la cena. El no tenía la oportunidad de salir muy seguido, desde que... bueno, quebró y se quedó sin trabajo. Y la mayor parte de sus amigos también. El entretenimiento era la última cosa que cualquiera de ellos afrontaría derrochar. Ella tendría que haber sabido que para su hermano, cualquier oportunidad de dejar el departamento era bienvenida... incluso si era para ir a donde los vecinos al frente del pasillo. Ella echó un vistazo sobre su hombro a las agujas de la iglesia que se alzaban hacia el cielo lavanda de la tarde con las nubes rosas por el atardecer mientras Jon la alejaba de esta. Iglesias, ella pensó sin hacer nada, ¿Para qué están? Para la adoración, obviamente. ¿Pero la adoración de exactamente qué? Un dios que da regalos que nunca has pedido, ¿Esa era básicamente una maldición? Por otro lado, ¿Qué otra cosa tenía la gente, exactamente? Nada. Solo la esperanza de que las cosas mejoraran algún



día. El tipo de esperanza que Meena tenía en su Show de Televisión y los curas en St. George trataban de dar a la gente.

—Tienes razón —dijo Meena con un suspiro dándose la vuelta.

—No tenemos que quedarnos toda la noche —dijo Jon mientras giraban en la esquina—. Si está aburrida, nos iremos.

—Seguro —dijo Meena—. ¿Quién sabe? Podría ser divertido. —A pesar de todo, no lo creyó ni por dos segundos.



CAPÍTULO 22

Traducción: Evelin
Corrección: Pia2006

7:30 P.M. EST, jueves, abril 15
910 Park Avenue, Apt. 11A
New York, New York

Lucien estaba seguro de que su primo había perdido la razón.

—¿Una cena? —Hizo eco mientras le entregaba su abrigo a la empleada doméstica, la cual lo tomó para colgarlo en el closet del vestíbulo.

—Es sólo que... —Emil explicaba en voz baja, para que su esposa que estaba ocupada con el catering en el comedor, no pudiera oír—. Ella parece tener la fantasía de que tú necesitas una novia y que New York es el lugar donde vas a encontrar una. No puedo decirte cuanto lo siento. Si quieres golpearme duramente, mi señor, lo entiendo perfectamente.

Lucien, en vez enfurecerse, lo cual sabía que era la reacción que Emil estaba esperando de él, se sintió divertido. A pesar de que había dejado claro que no quería que nadie se diera cuenta de su llegada a New York, eso, por supuesto, era un punto discutible. El daño estaba hecho. Claramente, sus enemigos ya sabían dónde estaba: un atentado había sido hecho contra su vida. La información había viajado con sencillez. En gran manera Lucien esperaba que las noticias de que él había tratado con su propio hermano ya estuvieran alrededor. Él no se arrepentía de ello. Contaba con ello. Si alguien escuchaba que Dimitri había tenido una batalla con él y Lucien le había ganado, entonces estarían menos inclinados para hacer un segundo ataque de la clase que había ocurrido la otra noche, al cual claramente había sobrevivido. El Príncipe de la Oscuridad estaba en la ciudad, indomable como siempre. ¿Pero una cena? ¿Con humanos?

La idea hizo a Lucien sonreír.

—Tu esposa —le dijo a Emil—, es una mujer audaz.



—Esa es una forma de decirlo —dijo Emil con una intranquila sonrisa—. Pero honestamente, mi señor, si usted desea regresar al penthouse.

—Está bien, Emil —dijo Lucien tranquilizantemente. Algunas veces creía que Emil se desmoronaría si él fuera herido con demasiada fuerza—. Asumo que tienes algunos vinos decentes para servir.

Emil se iluminó considerablemente. —Por supuesto, mi señor —dijo—. Algunos encantadores amarones que he comprado sólo para usted. Venga, déjeme abrirlos.

Emil siguió a Lucien a la biblioteca, en donde abrió un fino rojo Italiano. Después de un tiempo, desde la oscuridad de la cómoda habitación, escucharon al primer invitado llegar y la vivaz voz de Mary Lou mientras les daba la bienvenida.

—Supongo —dijo Emil a regañadientes—, deberíamos salir.

—Va a salir todo bien —Lucien le aseguró a su primo—. Disfruto con los humanos. Solía ser uno ¿Recuerdas? Y les enseño.

Los dos hombres salieron a la sala, en donde Mary Lou daba griticos de alegría.

—Bueno, ¡Allí están! —gritó. Ella llevaba un vestido de color turquesa con una buena cantidad de joyas de oro y zapatos a juego dorados. Su sombra de ojos era igual al color del vestido. Su largo cabello rubio estaba perfectamente rizado y peinado—. ¿Dónde se han estado escondiendo ustedes dos? Príncipe Lucien, quiero presentarle a nuestros amigos Linda y Tom Bradford, y estos son Faith, Frank herrera, Carol Priestley, Becca Evans y Asley Menendez son de la oficina de Emil. Atención todos, este es el Príncipe Lucien Antonescu...

Las mujeres eran atractivas, los hombres joviales. Lucien le dio la mano a todos ellos, luego se unió a la pequeña charla sobre New York, los shows y restaurantes que ahora estaba seguro que no iba a dejar de ir mientras estaba allí.

Era una hermosa tarde de primavera, y los Antonescu habían abierto todas las puertas francesas envolventes de su gran terraza. El sol ya se había hundido en el oeste y el cielo era una encantadora sombra de color rosa y lavanda. Lucien caminaba hacia la terraza, acompañado por varias de las mujeres, todas llevaban copas de champaña y hablaban entusiasmadamente sobre la muestra de arte en la que habían estado la



semana anterior. Mary Lou no había elegido mal. Sus invitadas eran hermosas mujeres inteligentes. Cuando Lucien escuchó el timbre del apartamento sonar, no miró para ver quien acababa de llegar, porque no quería parecer grosero. (Y podía decir que no era un miembro del Dracul o de la Guardia Palatina que acababa de llegar para asesinarlo. Ellos nunca se hubieran molestado en usar el timbre).

El sonido de la conversación de las mujeres se desvaneció. No porque hubieran dejado de hablar, sino porque él ya no estaba escuchando.

Era la mujer que había estado paseando a su perro la noche del ataque, el cual casi la había matado. Meena Harper, ese era su nombre. Él vio que Mary Lou le dio un beso y la saludó tomando la botella de vino barato de su alto acompañante masculino. Por supuesto, ella estaba en el apartamento de Emil. Por supuesto era ella. ¿Qué había estado esperando? En el fondo, debía de haberlo sabido. De lo contrario hubiera salido y se hubiera ido hace una hora. Él no estaba en New York para socializar con los amigos humanos de la esposa de Emil. Nunca había buscado una compañía femenina cuando la necesitaba y era perfectamente capaz de encontrarla sin ayuda de Mary Lou. Y ahora la última mujer en el mundo con la que debería de haber estado juntándose, porque él podía sentir por sí mismo el empuje magnético que ella tenía en él, acababa de entrar en la habitación. Y él estaba allí de pie, mirándola fijamente, en su vestido negro de bajo costo y su juvenil cabello corto. Estaba claro desde la primera mirada que ella le dio que la limpieza de memoria no había funcionado. No, ella lo reconoció inmediatamente. Por la forma en que sus grandes ojos castaños se ampliaron y su boca se abrió, era obvio que recordaba su encuentro con perfecta claridad. Es más, sólo el mínimo toque de su mente, la cual él intentó abarcar a través de la habitación sólo para ver si ella estaba contenta de verlo o lo rechazaba, reveló algo sorprendente, algo casi horroroso que Lucien no pudo por su vida, entender:

Vampiro.

Estaba en la punta de su cerebro. Era todo en lo que ella estaba pensando. Vampiros. También algo casi desestabilizante, muerte. Él inmediatamente retrocedió de su mente... pero no antes de escuchar su nombre. Lucien.

Ella lo sabía. Lo sabía. ¿Pero, cómo? ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había salido mal? ¿Por qué la limpieza de memoria no había funcionado? ¿Cómo podía ser posible que ella lo descifrara todo? ¿Quién era ella? ¿Qué era? ¿Qué estaba pasando con esta chica



y su carga eléctrica, o su cerebro hiperactivo? Él tenía que averiguarlo antes de que la noche, y su misión en New York, trascurriera rápida y desastrosamente mal.

—Meena Harper —Mary Lou cacareaba mientras él se acercaba. Se dio cuenta de que había dejado a la mujer con la que él había estado hablando tan amablemente sin decir ni siquiera una palabra. Pero la situación se había vuelto terrible. No tenía nada que decirse a sí mismo, así como no tenía nada que hacer con la oscuridad de los ojos de Meena Harper y su cabello, o con la esbeltez de su cintura en ese barato vestido de algodón. Nada en absoluto. Esta era una cuestión de vida o muerte, para todos los vampiros—. Quiero que conozcas el primo de Emil el Príncipe Lucien Antonescu.

—Oh —dijo Meena, sonriendo. Sus dos dientes frontales estaban ligeramente torcidos. ¿Cómo no había notado eso la noche anterior?—. Lo sé. Nosotros...

—Qué encantador es conocerte —dijo Lucien, interrumpiendo. Él tomó la mano de Meena a pesar de que su expresión de asombro se estaba convirtiendo en una de confusión. *¡El Príncipe!* Su cerebro gritó. *¡Es él!* En el nombre de Dios ¿Qué significaba esto? ¿Quién era ella?

—Bien —Fue todo lo que ella dijo en voz alta, sin embargo, en una voz que era considerablemente menos emocionada que la atmosfera circense en su mente—. Mucho gusto, también.

Su mano era delgada y cálida. La suya, él lo sabía, era todo lo contrario.

—Y este es su hermano, Jonathan Harper —dijo Mary Lou, con un tono de desaprobación ligeramente disimulado.

—Jon —El hombre de cabello negro parado al lado de Meena corrigió a Mary Lou, tendiéndole la mano—. Soy Jon.

—Por supuesto —dijo Lucien. Le dio al hermano un rápido apretón de manos, con cuidado de no apretarlo demasiado fuerte. Sin embargo, vio la mueca de dolor en el joven. Él volvió su atención a la chica, que no había quitado su mirada de él desde que había entrado al apartamento. Él trató de meterse tentativamente en su mente una vez más, *vampiro, muerte, príncipe, sacerdote, dragón*, entonces con rapidez se retiró. No era



extraño que no hubiera sido capaz de limpiarle la memoria: ella estaba claramente perturbada. Todo era un completo caos.

—Jonathan —Mary Lou le estaba diciendo al hermano—. Sé que eres bueno con la electrónica. Mi amiga Becca acaba de comprar un iPhone y está teniendo problemas al momento de descargar algunos de los, ¿Cómo se llaman? Oh, cierto, las aplicaciones. ¿Crees que podrías ayudarla?

El hermano miró a Becca, una joven de grandes pechos que llevaba un vestido rojo bien ajustado y dijo: —Absolutamente.

La chica miró a su hermano irse sin comentarios.

Vampiro, Lucien no podía evitar escuchar su mente gritando. *Lucien, Príncipe, asesino, dragón, muerte.*

La imagen de un bolso rojo con una joya-incrustada de dragón ligeramente se deslizó y una parte de ella destello en la mente de Lucien, una imagen que no tenía sentido de ningún tipo. No había entendido nada.

—Entonces resultó que... —la chica se dio la vuelta para decirle tan pronto como su hermano se fue—: ¿Eres el príncipe del cual he estado oyendo hablar?

Él sonrió cortésmente, estaba perfectamente consciente del desbastaste efecto que su sonrisa tenía en las mujeres humanas, luego la tomó por el brazo y la empujó gentilmente hacia una desocupada esquina de la terraza, diciendo algo sobre la pena que sería que ella se perdiera la vista. Él pensó que tal vez podría razonar con ella, incluso psicótica como estaba.

—No había dicho a la esposa de mi primo sobre lo que pasó afuera de la iglesia —Le explicó rápidamente en voz baja cuando estuvieron alejados de todos los demás—. No quería alarmarla. Ninguna mujer quiere oír sobre una colonia de murciélagos sueltos en el vecindario... —Por supuesto él no iba a mencionar el Dracul.

—No se lo he dicho a Jon, tampoco —dijo ella en un tono de voz perfectamente razonable, sorprendiéndolo—. Bueno, al menos... no la parte sobre ti.



—Eso fue probablemente sabio —dijo él—. No queremos preocupar a nuestros seres queridos.

Ella bajó su oscura mirada y pareció estar observando a las ventanas de los apartamentos debajo de ellos en lugar de mirarlo a los ojos. Él tenía que admitir que la encontraba encantadora y tenía que advertirse a sí mismo que debía de ser cuidadoso. Ella era una humana y a juzgar por la confusión de su mente, estaba loca. Lo cual era una lástima, ya que era demasiado adorable.

—Especialmente —dijo ella—. La parte de que nadie salió herido.

—Entonces tenemos un acuerdo —dijo Lucien—. No lo mencionaremos. A nadie.

—Se lo conté a mi mejor amiga —dijo, finalmente levantando la mirada hacia él—. Ella no me creyó. Cree que lo soñé.

Tal vez la situación, él pensó, no era tan grave como había supuesto inicialmente.

—¿Quién puede culparla? —dijo él—. Toda esa historia es un poco difícil de creer, ¿No te parece? Murciélagos en el Upper East Side¹⁸. Absurdo.

—No es tan difícil de creer cuando es la única explicación que he sido capaz de sacar al motivo por el que no saliste herido —dijo ella, apoyándose en la pared de ladrillos de la terraza—. Desde que sé eso no lo soñé

Vampiros, él sabía lo que ella iba a decir. No estaba seguro de cómo iba a proceder cuando ella lo dijera. Había pasado mucho tiempo desde que un humano los había descubierto... un humano que quería lastimarlos. Aparte de la Guardia Palatina, por supuesto. Esta perturbadoramente linda, pero desafortunadamente chica demente había hecho que todo fuera un poco desconcertante. Aún más desconcertante era lo que él iba a tener que hacerle, por su propio decreto si era verdad lo que ella sabía.

—¿Y entonces que fue? —él preguntó, tratando de sonar casual.

—Creo que eres un ángel —dijo ella, sonriéndole brillantemente—. Y hubo un milagro fuera de St. George esa noche.

¹⁸ Barrio de Manhattan.



CAPÍTULO 23

*Traducción: Evelin**Corrección: Pia2006*

8:00 P.M. EST, jueves, Abril 15

910 Park Avenue, Apt. 11A

New York, New York

Al Príncipe Lucien Antonescu no le gustaba ser llamado ángel. Pero entonces, Meena se había dado cuenta con retraso de que a muchos hombres no les gustaría ser llamados así. —No fue un milagro —él continuó diciendo insistentemente—. No soy un ángel. Eso te lo puedo asegurar.

—No es verdad —dijo Meena. Ella se estaba burlando de él. Le pareció que como hombre no había sido objeto de burla en su vida. Se veía extraordinariamente serio—. Arriesgaste tu vida para salvar la mía y luego desapareciste sin dejarme darte las gracias adecuadas. Eso es bastante angelical.

—Creo que tu amiga tiene razón —le dijo mientras uno de los meseros les trajo unas copas de champaña en una pequeña bandeja de plata—, y estás confabulando tus sueños con la realidad. Sólo había unos cuantos murciélagos.

—Lo dijiste la noche que todo ocurrió —Ella le recordó con una fingida indignación— No era verdad entonces y no sigue siendo cierto ahora. Eso posiblemente fue la cosa más horrible que me ha pasado en la vida y todavía digo que fue un milagro que hayas salido sin un rasguño. Pero si quieres minimizarlo, adelante. Podemos sólo hablar de banalidades como todos los demás. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar en la ciudad? ¿Ya fuiste a ver algunos shows?

Él la miró fijamente con una expresión de sorpresa. Luego se echó a reír. —En realidad, no lo he hecho —admitió—. Acababa de llegar justo la noche en que nos conocimos, así que no he estado mucho tiempo aquí. ¿Qué recomiendas?



Meena bebió un sorbo de su champaña. Sentía como si su mente fuera a miles de millas por minuto. ¿Cuáles eran las posibilidades de que Lucien, su Lucien, el que había conocido fuera de la Catedral de St. George, y el Príncipe de la condesa fueran la misma persona? ¡Esto iba a ser tan perfecto! Ella necesitaba averiguar todo lo que pudiera de él para poder escribir la perfecta descripción del personaje con el cual iba a sorprender a Sy. Por supuesto, su Príncipe iba a ser una réplica del Príncipe Lucien. Por un lado era demasiado joven para Victoria Worthington Stone. Necesitaban encontrar alguien un poquito mayor para que encajara en la romántica pareja. No es que Cheryl no fuera a interesarse en Lucien en la vida real, por supuesto. Ella lo hubiera hecho en un segundo, en New York, cualquier mujer lo hubiera hecho. ¡Míralo! Él era perfecto... ese perfil, esos impresionantes hombros pero quienquiera que lo interpretara definitivamente necesitaba unas cuantas canas alrededor de sienes y... gafas. ¡Sí! ¡Eso era! Un asesino de vampiros, o como sea que fueran llamados, definitivamente debería usar gafas.

—¿Perdón? —dijo el Príncipe, mirándola atentamente con esos hermosos ojos de color marrón—. ¿Dijiste algo?

—No —dijo Meena. La franqueza de su mirada la ponía nerviosa. Esa casi como si él pudiera leer sus pensamientos. O que pudiera ver a través de su vestido. Aun así, él era el hombre más sexy que ella hubiera conocido en mucho tiempo... al cual no había tenido que incitar para que diera su brazo a torcer.

—Quiero decir, sólo me estaba preguntando lo que haces —dijo ella—. Sé que es grosero, es una pregunta de New York. Todos estamos obsesionados con lo que hacen los demás para ganarse la vida. Pero soy realmente curiosa. Me refiero a que, ¿Qué hace un Príncipe todo el día? ¿Tienes el hábito de rescatar damiselas en apuros, o sólo estuve en el lugar y el momento correcto? ¿Tienes un castillo? ¿Haces justa?

Él continuaba mirándola perplejo. Parecía encontrarla muy desconcertante. Meena se preguntó sobre qué solía hablar con las mujeres. A ella le parecía natural preguntarle a un Príncipe si practicaba justa.

—En realidad, tengo un castillo —dijo él—. Una propiedad de la familia. Emil y Mary Lou vienen de visita en los veranos. Estoy seguro que ella te ha dicho algo al respecto.



Meena levantó la mano. Se dio cuenta tardíamente que ya había oído demasiado con lo del castillo.

—No importa. Ya lo sé. En Rumania.

—A las afueras de Sighișoara —dijo él con una sonrisa—. Y en respuesta a tu otra pregunta, no, nunca he hecho justa. Yo enseño.

—¿Enseñas? —Si él le hubiera dicho que Twitteaba, no podía haber estado más sorprendida—. ¿Qué enseñas? ¿Evasión de ataques de murciélagos?

—Historia de Europa del Este —dijo, todavía mirándola divertido—. En la Universidad de Bucarest, mayormente en las clases de la Noche.

Meena levantó una ceja. —¿En serio? —Ella tenía la sensación, no sólo por el hecho de que era el propietario de un castillo sino por la mirada que le dio al costoso reloj que él llevaba y la manera en la que se comportaba en general, que el Príncipe Lucien no necesitaba un trabajo de enseñanza para mantenerse. Su siguiente declaración confirmó sus sospechas.

—Es importante para mí —dijo él—. Esa es la riqueza de mi país y el patrimonio no debe ser olvidado por la próxima generación. Ya sabes como la juventud de hoy esta agarrada de los videos juegos y los mensajes de texto. Trato de hacer la historia convincente para mis estudiantes, despertarles ese tipo de amor que siempre he tenido por ella. Sin importar si lo consigo... —Él se encogió de hombros modestamente.

Meena quería aplaudir. Si él se daba la vuelta para ponerse el par de lentes bifocales en el bolsillo de su chaqueta, ella pensó que en realidad podría saltar y besarlo en la boca. —¿Y estas aquí en vacaciones de primavera? —preguntó.

—No, en realidad, no lo estoy —dijo el Príncipe Lucien, sacando el par de gafas para leer con borde plateado del interior de su chaqueta de cachemira y colocándoselas—. Estoy aquí para una serie de conferencias que un colega está dando en el Metropolitano sobre Vlad Tepes.

Al ver sus gafas de lectura, Meena se balanceó sobre sus larguiruchos tacones y casi se cae.



—¿Estás bien? —preguntó él con una genuina preocupación en su profunda voz—. Ven, deja que te ayude.

Ella sintió su fuerte brazo, tan familiar desde esa noche frente a la Catedral, recorrer sus hombros desnudos. Un segundo después, la estaba dirigiendo con suavidad y destreza hacia una de las sillas blancas de la condesa de hierro fundido en el jardín. Ella se hundió con gratitud en de rayas verdes y blancas, capaz de pensar solamente, *¡Las gafas! ¡Las gafas!*

Él se quitó las gafas y las guardó rápidamente en el bolsillo, inclinándose sobre ella con preocupación. —¿Te traigo un poco de agua?

—No —dijo Meena, bebiéndose el contenido de su copa de champaña y poniéndola en la mesa de hierro forjado a su lado. Ella se apresuró en decir algo para cambiar de tema—. ¿Q...quién es Vlad Tepes?

—Él era el Príncipe más poderoso de Wallachia, la cual es la actual Rumania, en los años de mil cuatrocientos —explicó—. Es considerado un gran héroe en el Este de Europa. ¿Estás segura que estás bien? En realidad no te ves bien.

Ella dejó caer una mano sobre la suya que descansaba en el brazo de la silla a su lado. No podía evitarlo. Había algo en él que la hacía querer tocarlo. Tampoco creía que fuera el hecho de que él había salvado su vida.

—Estoy bien —dijo ella, pensando en que sus dedos se sentían un poco fríos. Pero, no estaban precisamente en verano. Ella deseaba haber traído una chaqueta de punto. Pero se les había hecho tarde para la fiesta, no había tenido tiempo para buscar en su closet una chaqueta que fuera lo suficientemente bien con su vestido—. Sólo he estado teniendo una semana realmente mala en el trabajo.

—Siento mucho escuchar eso —dijo él, quitándose la chaqueta y colocándola gentilmente sobre sus hombros... como si fuera el gesto más natural en el mundo. Meena sintió como si hubiera sido golpeada en el pecho por un comprador en una venta de muestras en Marc Jacobs. Cálmate, se dijo a sí misma. Él es un Príncipe. Esto es lo que hacen los Príncipes. Son entrenados desde nacimiento para actuar de esta manera. Quiero decir, míralo. ¡Es demasiado estupendo, su chaqueta ni siquiera está caliente!



—¿Mejor? —preguntó él en lo que sonaba como verdadera preocupación.

Oh, pensó Meena. Shoshona. Si tan sólo pudieras verme ahora. Cómo llorarías sobre tu aderezo de ensalada libre de grasa.

—Muchas gracias —dijo ella—. Estoy mucho mejor, Lucien. Oh... ¿Puedo llamarte Lucien? ¿O prefirieras Profesor Antonescu? ¿O Dr. Antonescu? ¿O Su Real Alteza?

—Lucien está bien —dijo él, sonriendo un poco más. Se veía casi insoportablemente atractivo cuando sonreía, con todo ese cabello oscuro y esos ojos tristes. Meena no pudo evitar pensar que Lucien Antonescu era un hombre que necesitaba un montón de bromas. Tal vez las necesitaba de por vida, para compensar lo que le había ocurrido y había puesto todo ese dolor en esos ojos marrones.

—¿Y que causo que tuvieras una semana tan mala?

—Oh —dijo Meena—. Bueno, has oído hablar de la guerra de vampiros, ¿verdad?

—¿Perdón?

Por una fracción de segundo, ella pudo casi jurar que esos ojos marrones destellaron en color rojo, de la misma forma en que había destellado fuera de la Catedral. La mirada que él le dio fue de incredulidad mezclada casi con... bueno, ira. Deslizó su mano por debajo de la de ella tan rápidamente como si su piel lo hubiera quemado.

—La cena está servida —dijo el mesero con cola de caballo rubia, camisa blanca y pantalón negro, sonriéndoles cerca de las puertas francesas.

Meena no tenía ni idea de que había hecho para insultar al Príncipe. Pero definitivamente parecía ofendido. Él agarró la copa de champaña por la cual no había mostrado ningún interés antes de ese momento y tomó todo su contenido.

¿Qué he hecho? Se preguntó Meena. ¿Qué había dicho? ¿Qué había ocurrido para que el Príncipe pasara de prestarle tiernamente su chaqueta para mantenerla cálida a tragar alcohol como un drogadicto que alcanza su próxima dosis?

—Lo-Lo siento —balbuceó Meena—. Yo sólo...



Pero cuando él giró la cabeza para mirarla de nuevo, se sintió aliviada de ver que sus ojos habían vuelto a su normal sombra de color marrón. Por supuesto. Ella había imaginado lo de los ojos rojos. Tenía una imaginación demasiado hiperactiva. Era eso por lo que había conseguido su trabajo.

—No, lo siento —dijo él, sonando más afectuoso. Ella no podía dejar de sentirse como si él se estuviera controlando con un gran esfuerzo. La mano que sostenía la copa de champaña tenía los nudillos blancos. En un segundo, ella pensó que podría quebrar el cristal a la mitad con su sólo agarre—. Pero no creo haberte escuchado bien. ¿Dijiste guerra de vampiros?

—S-s-sí —dijo Meena lentamente. Notó cuando la condesa venía hacia ellos desde el interior del apartamento y se sintió un poco aliviada. Tal vez Mary Lou podía ayudarla a explicar—. Escribo para *Insaciable*. En ABN. Estamos siendo crucificados por los ratings de *Lust*. Ellos tienen una historia de vampiros... en realidad, sé que eso es ridículo. Pero esta semana mis jefes anunciaron que quieren que nosotros hagamos una historia de vampiros...

—¡Oh! —dijo él, riéndose con un poco de incredulidad. ¡Este tipo era demasiado intenso! Ella no se había equivocado en cuanto a su necesidad por ser molestado un poco. Él necesitaba ser objeto de bromas muchísimas veces.

—¿Qué otra cosa podía ser? ¿Creíste que me refería a una guerra de vampiros real?

Ella lo vio lanzar una mirada en dirección a la condesa... una mirada que Meena no podía leer en absoluto. No estaba segura de lo que iba a suceder entre los dos, pero Mary Lou, extendiendo la mano para quitarle la copa de champaña de los dedos del Príncipe, aparentemente antes de que pudiera quebrarla, dijo, —Ahora, ¿Qué están haciendo todavía aquí afuera? La cena está en la mesa y todo el mundo está esperando. ¿Qué podrían haber estado hablando si ni siquiera escucharon el anuncio?

—Oh, no mucho —dijo El Príncipe Lucien, todavía mirando como si estuviera apretando demasiado la mandíbula—. Sólo de la guerra de vampiros.

La condesa lo miró rápidamente, luego tiró su dorada cabeza hacia atrás y rió.



—Oh, ¡Mis estrellas! —dijo ella. Su acento sureño siempre parecía hacerse más pronunciado cuando ella había estado bebiendo—. Meena debe de haber estado contándote sobre la guerra de vampiros entre el show de televisión para el que trabaja, *Insaciable* y su archirrival, *Lust*. Sin ofender, Meena, sabes que soy fan de *Insaciable* hasta el final. Pero yo sólo no puedo tener suficiente de ese sexy Gregory Bane.

—Bueno —dijo Meena con el ceño fruncido como siempre lo hacía cuando escuchaba el nombre de Gregory Bane—. Tengo entendido que nuestros vampiros van a ser igual de sexy.

Lucien, por su parte, parecía visiblemente aliviado. —Televisión —dijo él—. Por supuesto.

Meena todavía no entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Ni el por qué la tensión se fue del rostro del Príncipe... o por qué la sonrisa que le dio a Meena cuando se dio la vuelta fue tan deslumbrante, eso hacía que sus rodillas se sintieran débiles de nuevo, así que no estaba segura de que iba a ser capaz de caminar hasta la mesa del comedor de los Antonescu en sus altos tacones. Al menos, no sin tambalearse. Pero estaba bien, porque Mary Lou dijo con una sonrisa. —Por supuesto que es lo que quería decir, tonto. ¿Qué otra guerra de vampiros hay? Bueno, aparte de interrumpir su conversación. He guardado dos lugares al final de la mesa del comedor. Príncipe Lucien, sea tan amable y escolte a Meena adentro.

El Príncipe Lucien era muy amable. Él se levantó, galantemente presentándole a Meena su brazo. Ella lo miró con un poco de asombro al principio. Y si lo preguntas: ningún hombre antes le había ofrecido a Meena su brazo. David no había sido precisamente el más caballeroso de sus pretendientes, estaba más interesado en sus libros de textos dentales y en reuniones de Toastmasters que en modales. Meena no estaba segura de si se suponía que pasara su mano a través del hueco en el brazo del Príncipe o si solo debía poner sus dedos sobre él, de la misma manera en que había visto las producciones de Jane Austen en BBC. En realidad se sentía ligeramente mareada... fuera por la proximidad del Príncipe o por la champaña, Meena no estaba segura. Así que se preguntó que estaba mal con ella. No era como si nunca antes hubiera estado cerca un hombre atractivo. Trabajó con uno de los actores más ardientes de la televisión, por el amor de Dios. Tal vez era sólo que ninguno de ellos había mostrado nunca ningún tipo de interés particular en ella. O tal vez... sólo tal



vez... era porque por primera vez desde que David la había dejado, ella había encontrado un hombre por el que se sintiera atractiva y no estuviera casado, no fuera gay y que no tenía una amenaza de muerte acercándose a él.

Ella deslizó su mano a través del hueco en su brazo, en caso de que tuviera que apoyarse en él para sostenerse si el mareo empeoraba, y le sonrió.

—Entonces —dijo ella—. ¿En dónde estábamos?



CAPÍTULO 24

*Traducción: Sheilita Belikov**Corrección: Pia2006*

9:00 P.M. EST, Jueves, Abril 15

912 Fuera de Park Avenue

New York, New York

—¿Qué estás haciendo aquí? —La anciana de pelo azul preguntó mientras su pequinés levantaba una pierna no muy lejos de donde Alaric Wulf estaba parado—. Y no trates de mentirme, joven. Te he estado observando desde mi ventana. Has estado parado aquí por una hora.

—Simplemente esperando a mi esposa, señora —dijo—. Ella tiene una cita con el Dr. Rabinowitz. —Cabeceó hacia la placa de bronce sobre el edificio contra el que estaba apoyado que decía: *Dr. Rubin Rabinowitz, Obstetricia.*

La Pelo Azul siguió su mirada, luego se volvió hacia él. Ella no estaba, vio por su expresión, comprando nada de eso. —¿Tan tarde? —Demandó la anciana—. ¿Y por qué no estás en la sala de espera?

—Claustrofobia —Alaric dijo. Mirando ferozmente al Pequinés. Su carita se arrugó en una expresión de disgusto que parecía hacerse eco de su dueña—. Y el Dr. Rabinowitz es muy acomodado en la apretada agenda de mi esposa como supermodelo del jet set¹⁹.

—Hmph —dijo la anciana, y se apresuró en su camino.

Alaric, de pie al lado del 910 Park Avenue, pero fuera de la vista, reclinado contra el costado del edificio donde no sería notado por nadie salvo por mujeres mayores que pasaban mientras paseaban a sus perros imposiblemente pequeños y le lanzaban

¹⁹ Jet set.- es un término periodístico utilizado para describir a un grupo social de personas ricas que participan en actividades sociales habitualmente inalcanzables al común de los individuos.



miradas de desaprobación, sentía que había aprobado. No ante Pelo Azul, a pesar de que le había gustado. Le gustaban las mujeres con espíritu. Le recordaban a Betty y Verónica²⁰. Lo que había aprobado era ante el mismo 910 Park Avenue, y sus inquilinos. Los vivos, de todos modos.

Era una elegante estructura de ladrillo, construida en una esquina y, obviamente en buen estado. Las plantas en macetas a ambos lados de las puertas electrónicas lucían saludables y frondosas. Había una impecable alfombra roja bajo la marquesina verde por encima de las puertas, y el portero de pie debajo de ella era joven y con ganas de hacer bien su trabajo. Alaric lo vio acorralar y esposar a un repartidor de comida china antes de que lograra escabullirse de él, decidido a deslizar menús debajo de las puertas de los inquilinos desprevenidos. El portero también se detuvo a verificar cuidadosamente el nombre de cada invitado que llegaba a asistir a la fiesta de los Antonescu en una lista que le habían dado antes de permitirles subir. Así fue como Alaric había descubierto que no había manera de que él pudiera simplemente entrar a la fiesta sin invitación... a menos, por supuesto que utilizara la fuerza. Y él no estaba dispuesto a jugar esa carta. Todavía. Y ya que el edificio tenía veinte pisos de altura, y los Antonescu vivían en el undécimo piso sin escalera de incendios, su truco pies primero a través de la ventana desde el techo no funcionaría, tampoco. Hasta que encontrara una manera de colarse al interior a través del garaje en el sótano, o posiblemente utilizando la entrada de servicio, iba a conocer los coches aparcados fuera del 910 Park Avenue muy bien, sospechaba. Pero eso estaba bien. Tenía tiempo. Todo el tiempo del mundo para planear su próximo movimiento.

135

Alaric se había registrado en la Península la noche anterior y estaba disfrutando mucho la mejora de su hotel en Chattanooga. Había varios canales de cable premium para que disfrutara, en un televisor de pantalla plana, nada menos, mientras se remojaba en una bañera grande, profunda y sin tiras de caucho resbaladizas en el baño, y sábanas Frette, por no mencionar una piscina cubierta en un atrio de cristal en la planta alta para que pudiera seguir con sus entrenamientos; un amplio y variado menú de servicio a la habitación para explorar; y varios salones donde mujeres atractivas de todas las nacionalidades podían ser encontradas después de un día de compras bebiendo té y enviando mensajes de texto a sus amigos. No, Alaric no tenía prisa de dejar Manhattan.

²⁰ Betty y Verónica.- personajes de la historieta de Archie.



A excepción de un pequeño y desagradable hecho. La razón por la que él estaba allí en primer lugar.

Pero entonces, si el correo electrónico que Martin le había enviado era auténtico, el Príncipe estaba en la ciudad por la misma razón: para asegurarse que no más chicas jóvenes tuvieran la sangre de su vida chupada de ellas. El archivo que contenía todas sus fotos había estado esperando por Alaric cuando se registró. Lo que ese archivo contenía lo había horrorizado. Y se necesitaba mucho para horrorizar a Alaric, que estaba convencido de que había visto todo en sus veinte años en la Palatina.

No había nombres unidos a las fotos de las víctimas. El servicio médico forense sospechaba, debido al trabajo dental de las chicas, que eran de Europa del Este o incluso nacidas en Rusia y estaban dentro del país de manera ilegal... lo que explicaría por qué ni una sola persona se había presentado a identificarlas.

Alaric les había dado nombres americanos para ir con el sueño americano con el que estaba seguro que cada una había viajado a este país: La primera era Aimee de pelo largo, encontrada temprano una mañana tan sólo hace diez días en el Ramble en Central Park. Luego Jennifer la pelirroja, encontrada unos días después por un empleado del parque en Bryant Park. A la última víctima la llamó Hayley. Su foto era tal vez la más perturbadora de todas para Alaric, porque albergaba más que un parecido momentáneo con la hija de Martin, Simone. Ambas eran de piel oscura, de pelo negro que caía en espiral alrededor de sus caras en similares tirabuzones apretados. Había sido encontrada apenas el fin de semana pasado en Central Park, como Aimee... Alaric, estudiando las fotos en su habitación de hotel, había visto lo que el público en general, y algunos miembros de la policía, además del servicio médico forense, no. No hubo duda de la causa de la muerte y ninguna pregunta, una vez que las fotos fueron enviadas por correo electrónico al Vaticano, sobre quien, o más bien qué, era responsable de esas muertes.

La única pregunta era: ¿Sería la Palatina capaz de exterminarlo, o exterminarlos, porque Alaric, al ver las fotos, se convenció de que hubo más que sólo un atacante, antes de que el Príncipe pudiera? Todavía le parecía alucinante a Alaric que un vampiro pudiera realmente estar en New York en una misión similar a la suya. No cualquier vampiro, sino el Príncipe de la Oscuridad. Pero, Alaric supuso, que el Príncipe no se preocupaba por las chicas muertas. Para él, los asesinatos de las tres



chicas sólo significaban una posible exposición al público de su especie. Descubriendo ante el resto de la humanidad que los vampiros no eran un invento de la febril imaginación de Bram Stoker, algo que, si Alaric era honesto, tenía que admitir que el Vaticano estaba en muy grandes esfuerzos por evitar al igual que los vampiros. No necesitaban otro pánico como el que se propagó a través de Europa del Este durante 1700, cuando los aldeanos ignorantes, provocados por charlatanes exterminadores de vampiros, que les hicieron creer que sus propios familiares eran realmente muertos vivientes, y después de haber sido obligados a comprar costosas armas de vampiros, los desenterraban de sus lugares de descanso y los decapitaban.

Tenía un cierto tipo de sentido, Alaric supuso, que el Príncipe estuviera allí, tratando de detener al asesino, o asesinos, de la misma forma que la Palatina. Él tenía que estar tan preocupado como el Vaticano de que la información sobre la verdad de la existencia de su especie pudiera salir. Aun así. El hecho de que pudiera tener el mismo objetivo que el Príncipe, hacía sentir a Alaric muy furioso. Por supuesto, Alaric tenía otro objetivo, además de encontrar y detener, a quienquiera o lo que sea que estuviera haciendo esto: tenía la intención de destruir al Príncipe, también. Ya sea que sus jefes en la Palatina lo aprobaran o no.

Había pasado mucho tiempo elaborando sus frustraciones sobre su asignación en la piscina del hotel, pero lo había resuelto con un excelente almuerzo en *Per Se*. Así que mientras no estuviera contento con su situación actual, por lo menos comería bien. Y seguro que no se moriría de hambre mientras se quedaba cerca mirando fijamente la entrada del 910 Park Avenue, a la espera de ver si el Príncipe realmente se presentaba. Incluso estaba empezando a pensar que podría, a regañadientes, por supuesto, autorizar a las personas que él mismo había asignado a vigilar. Los Antonescu eran ricos, apestosa e inmensamente ricos. Como él, parecían no encontrar vergüenza en disfrutar de las mejores cosas de la vida. Tenían la casa de verano en Rumania, nada andrajosa, a juzgar por las fotos, y parecían disfrutar de ir a restaurantes de lujo. Ayer por la noche habían cenado en el Four Seasons. Bueno, cenado era un término relativo. Por supuesto, siendo las bestias de Satanás faltas de aliento que eran, no habían comido mucho.

La esposa era la directora de la cooperativa del 910 Park Avenue, una especie de junta que decidía a quienes se les permitiría vivir en el edificio, indudablemente de modo que pudiera mantener al margen a la chusma (gente como él, Alaric supuso). Sin



embargo, nadie con quien Alaric habló había dicho nada negativo sobre ella... y ninguno en absoluto captó sus insinuaciones de que ella podría posiblemente ser un miembro de los muertos vivientes. (No es que tuviera que dormir en su propio ataúd o tener la tierra de su tumba cerca de ella. Esos eran otros viejos mitos en los que Stoker se había equivocado en su libro). O bien no era un vampiro, o ella y su esposo se habían adaptado mejor que cualquier demonio que hubiera visto alguna vez. Ella incluso era miembro de varias juntas de beneficencia, una que ayudaba a pagarles a los niños con cáncer su visita a un campamento de verano en el campo. Niños con cáncer. Bonita cubierta, para una sanguijuela. El esposo poseía y administraba numerosas propiedades inmobiliarias en toda la ciudad y a menudo acompañaba a su esposa a las beneficencias, como las del campamento de cáncer. ¡Vampiros que asistían a beneficencias para recaudar fondos para campamentos de verano para niños con... ¡cáncer! Hilarante. Aún más hilarantes que Betty y Verónica.

Ahora, le había contado a Martin, que lo había visto todo.

Simone había agarrado el teléfono mientras Alaric había estado aún riendo con su padre sobre los vampiros que asisten a beneficencias y le dijo: —¿Tío Alaric?

—¿Sí, cariño?

—¿Vas a cazar a las personas que se comieron la cara de mi papá?

—Sí —Le había dicho, instantáneamente poniéndose a pensar seriamente—. Sí, lo haré.

Como iba a cazar a cualquier cosa que hubiera matado a Aimee, Jennifer, y Hayley... o cuales fueran los nombres reales de las víctimas. Porque eso era de lo que se trataba. Si estos Antonescu realmente estaban relacionados con este Lucien Antonescu, y él realmente era el Príncipe de la Oscuridad, Alaric iba a destruirlos. A todos ellos. No le importaba lo que sus superiores en el Vaticano quisieran o cuánto dinero los Antonescu hubieran donado para que los niños con cáncer pudieran ir de campamento. Todavía eran parásitos, como garrapatas, que tenían que ser exterminados por lo que le habían hecho a Martin. Por esa chica, Sarah, del Walmart de Chattanooga. Por aquellas mujeres muertas no identificadas, tendidas en la morgue. Y por muchos otros como ellos a quienes Alaric había visto maltratados y victimizados durante sus años en la Palatina. Tenían que ser destruidos como las alimañas que eran.



Porque sólo crearían más criaturas como ellas, que a su vez victimizarían a más personas como Martin y Sarah y esas chicas. Los vampiros eran suciedad. Y extendían su suciedad, y enfermedad, a todo y a todos a los que tocaban. Todos tenían que ser erradicados. No había mucho más que eso.

Mientras tanto, Alaric se quedaría fuera del 910 Park Avenue y esperaría. No le importaba cuantas señoras mayores comenzaran a caminar hacia él y le preguntaran qué pensaba que estaba haciendo. Les mostraría las imágenes de Aimee, Jennifer, y Hayley, si tenía que hacerlo. Y tal vez, mientras estaba en ello, una foto de donde el rostro de Martin solía estar. Eso las callaría.



CAPÍTULO 25

Traducción: Evelin
Corrección: Pia2006

12:30 A.M. EST, viernes, Abril 16
910 Park Avenue, Apt. 11A
New York, New York

Mary Lou y su esposo hicieron un admirable trabajo al asegurarse de que la copa de vino de Meena nunca estuviera a menos de la mitad durante toda la noche. Pero Meena era cuidadosa al tomar solo moderadamente. La última cosa que quería era emborracharse en frente de las personas que tenía que ver en el elevador todos los días... Sin mencionar que no quería hacerlo en frente del Príncipe. No fue sino hasta que Mary Lou preguntó si alguien quería café cuando ella se dio cuenta que había pasado la medianoche. Meena notó a su hermano, Jon, mirando disimuladamente su reloj. Aparentemente su compañera de mesa, Becca, no había sido capaz de sacar de su mente su enamoramiento por la celebridad, Taylor Mackenzie, lo cual no era una sorpresa. Pocos podían.

—¡Oh! —dijo Meena con un verdadero pesar—. Lo siento. Tengo que irme. Tengo que trabajar en la mañana. Y todavía tengo que llegar a casa y pasear a mi perro.

—Yo lo haré —dijo Jon voluntariamente, saltando de su lugar en el sofá con tanta rapidez que a Meena le dio un poco de vergüenza.

—Me uniré a ti, Meena, si no te importa algo de compañía —dijo Lucien, dejando la copa de vino—. Me gustaría estirar un poco mis piernas después de esa deliciosa comida.

Meena sintió que sus mejillas se enrojecieron. No podía creer que estaba ruborizada. Eso era algo que no había hecho en años. Es decir, hasta esta noche.

—Me encantaría —dijo. Ella no señaló que Lucien apenas había tocado un poco de esa “deliciosa comida”. Él había dicho que todavía tenía un poco de desbalance por el viaje.



Jon se hundió de nuevo en su lugar. —¡Oh! —dijo él, luchando por ocultar su decepción—. Entonces, supongo que ustedes lo tendrán bajo control.

Becca había sacado su teléfono celular y estaba desplazando sus aplicaciones, mirando a cualquier lado menos en dirección a Jon.

—Qué gran idea —dijo Mary Lou entusiastamente—. Ustedes dos salgan a dar un paseo. Es una noche tan encantadora. ¿No es una noche adorable, Emil?

—Una noche adorable —dijo Emil.

Pero Meena no pudo evitar notar que él parecía un poco preocupado cuando envió a la empleada de servicio a que recogiera el abrigo del Príncipe.

—Sólo caminaremos por la calle —Estaba diciendo Lucien.

—Déjame ir a buscar a Jack —dijo Meena.

Ella se deslizó por el vestíbulo, consciente de que Jon se había despedido rápidamente y la siguió, sin parecer importarle que su huida hubiera sido demasiado torpe.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó cuándo ella abrió la puerta y permitió que los dos entraran en el apartamento, luego la cerró de nuevo detrás de ellos—. ¿En realidad estás metida con este tipo o algo parecido?

—Um, déjame ver —dijo Meena. Ella cogió su abrigo del perchero de la puerta y se lo puso rápidamente, apretándoselo fuertemente alrededor de su cintura, mientras Jack Bauer, al verla bailaba entre sus pies con entusiasmo—. Exactamente, ¿Por qué no me va a gustar? Sus modales son del viejo mundo, su apariencia es oscura, o el hecho que al parecer le gusto y probablemente va a ser el padre de mis hijos algún día.

Jon se había escabullido hacia el sofá y se desplomó en él. Luego levantó la cabeza de uno de los cojines de Pottery Barn de Meena y la miró fijamente. —Pensé que tú no querías niños —dijo él—. Porque no quieres ser la peor y la más asfixiante madre del mundo, siempre siguiéndolos con Bubble Wrap y agujas llenas con adrenalina.

—Bien —dijo Meena con un resoplido—. Eso era en sentido figurado. En realidad no quiero tener sus hijos. En serio, sin embargo. ¿Qué piensas de él?



—Él está bien, supongo —dijo Jon, inclinando la cabeza de nuevo y cogiendo el control remoto—. Si te gustan del tipo amenazante y misterioso.

—Honestamente —Meena quitó la correa de Jack Bauer del gancho en la pared y la prendió a su cuello mientras él saltaba—. Tienes que bajarte del sofá, Jon. Lucien Antonescu es el hombre perfecto.

—Sólo estoy diciendo —dijo Jon, dándole golpecitos al televisor—. No me culpes si él trata de violarte en un callejón oscuro.

—Debería ser demasiado afortunada —dijo Meena—. Y tú podrías haber sido más amable con Becca. Ella parecía realmente dulce.

Jon parecía confundido. —Creí que su nombre era Becky.

Meena entrecerró los ojos. —Si no vuelvo en una hora, no esperes despierto —dijo ella.

—Practica sexo seguro —Jon le dijo detrás de ella.

Meena le dio una mirada de disgusto por encima del hombro.

—¿Recuerdas nuestra conversación hace aproximadamente unos cinco segundos con respecto a no arruinar la vida de cualquier progeie futuro con mi constante insistencia en su muerte inminente? Nunca tengo nada si no es sexo seguro.

—Bien —dijo Jon y subió el volumen de Top Gear—. Porque soy demasiado joven para ser tío.

Meena se dio vuelta con otra entrecerrada de ojos... aunque al último minuto agarró su bolso, (el grande que tenía la reserva de condones que quedaron de su cita fallida con el chico de colesterol alto, con el cual por supuesto había tenido ilusiones por su parte), y dejó el apartamento. Nunca era demás, ella suponía, ser extremadamente cuidadosa. Y preparada. Aun si nada iba a pasar, por supuesto. ¡Él era un Príncipe! Los Príncipes no hacían cosas como esa. No en la primera cita.

Lucien estaba esperando solo en el pasillo, se veía exactamente como Jon lo había descrito... amenazante y misterioso. El corazón de Meena dio un vuelco al mirarlo.



—Hola —dijo ella, sintiéndose de pronto tímida. Bien. ¿Qué estaba haciendo?

—Hola —dijo él.

Su mirada parecía penetrar directamente a través de ella. Esos ojos oscuros ya no parecían tan tristes. Estaba convencida de que ahora él sabía no sólo que había agarrado su bolso que tenía condones en él, sino que sabía exactamente como se veía sin su vestido puesto. Lo extraño era que a ella no le importaba. Era una lástima que a Jack Bauer sí le molestara. O al menos ella creía que lo hacía, a juzgar por la forma en que se comportaba, tirando de su correa y gruñendo.

—Lo siento —dijo ella, avergonzada por su perro.

—Está bien —dijo él sonriendo. Presionó el botón de Bajar—. Parece un poco nervioso.

—Eso es decir poco —dijo—. Es por eso que lo llamamos Jack Bauer.

—Jack Bauer —dijo él, mirando al perro, el cual continuó gruñéndole—. Oh, ya entiendo. Después del personaje en el programa de televisión.

—Correcto —dijo Meena, contenta de que él finalmente tuviera una referencia de la cultura popular Americana.

—¿Lo has visto?

—Lo suficiente —dijo él. Había un mundo de condenación en su tono de voz. No le gustaba el show—. No suelo ver programas con tortura en ellos.

—¡Oh! —dijo Meena. Ella se sentía mortificada. Su tono de voz implicaba que él tenía razones personales para que no le gustaran ese tipo de historias. ¿Había sido torturado mientras servía en el ejército o algo parecido? Eso era muy posible. Meena no sabía mucho sobre la historia de Rumania, y mucho menos de su ejército. Pero creía recordar algo sobre eso... oh, algo horrible. ¿Por qué no había Googleado Rumania rápidamente cuando estaba en el apartamento? Entonces al menos podría haber estado informada.



—Bueno —dijo ella incómodamente—. Puedo entender eso. No me gusta ver cosas en donde la gente muere —Eso le devolvió un poco la comodidad—. Pero, de todas formas, Jack Bauer sólo tortura a los tipos malos.

—¿Pero tú puedes estar tan segura como Jack Bauer lo está, Meena? —pregunto Lucien mientras las puertas del elevador se abrían y le sonrió mientras amablemente las sostenía—. ¿Tú siempre reconoces los tipos buenos de los malos?

Esto causó que Meena dudara antes de entrar al elevador. Jack Bauer, en el extremo de su correa, daba marcha atrás, gruñendo, reacio a abandonar el pasillo. Por alguna razón, la observación de Jon sobre callejones oscuros se deslizó en su mente, mientras con frialdad contestaba. ¿Sabía la diferencia entre los tipos buenos y los malos? Leisha insistía en que David, el cual Meena siempre había pensado que era un tipo bueno, había sido uno malo... aunque nunca había sido capaz de estar de acuerdo con ella. Al final, ¿No estaba él siguiendo su propio corazón? Y en verdad, Meena estaba mucho mejor sin él. Si ella se hubiera quedado con David, ahora sería una ama de casa en New Jersey, que era en donde David se había mudado para comenzar su nueva práctica, con su nueva esposa en su nueva casa. Y con su bebé en camino. Meena amaba su trabajo y su vida en la ciudad de New York, aunque no eran perfectos. Teniendo en cuenta que las cosas con David no habían salido bien al final, ¿Verdad? Y aquí estaba Lucien, quien le había salvado la vida. Eso lo hacía un buen chico, ¿No? Él definitivamente era un buen tipo. Bien, a Jack Bauer podría no gustarle.

Pero a Jack Bauer tampoco le había gustado Mary Lou o Emil... no desde el día que Meena lo había traído a casa desde el refugio de animales. Y ellos siempre habían sido adorables, excepto por hacer conversaciones increíblemente aburridas en el elevador. Pero mira todo el dinero que ellos dan para la caridad. Sonriéndole a Lucien, Meena se paró cuidadosamente sobre la brecha entre la cabina del elevador y el pasillo, consciente de sus altos tacones.

—Creo que eres un buen tipo —dijo ella deliberadamente mientras Lucien se reunía con ella en la cabina—. Y Jack Bauer también. Él sólo necesita estar más convencido como yo lo estoy, porque su cerebro es del tamaño de una nuez.

Desafortunadamente, el perro demostraba su hecho por no entrar a la cabina antes de que las puertas del elevador comenzaran a cerrarse. Meena tuvo que darle un tirón a la



correa. El perro soltó un aullido y se enrollaba entre las piernas de Meena, lo cual la hizo tambalearse hacia adelante, justo a los brazos de Lucien.

—¡Oh! —dijo Meena, mortificada—. Discúlpame.

—No necesitas disculparte —dijo Lucien—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo, de repente no pudo romper su mirada de la suya. Ninguno de los dos, al parecer, era capaz de dejar ir al otro. En cambio, se quedaron mirándose a los ojos por unos cinco segundos. La respiración de Meena se hacía un poco superficial. Ella se preguntaba si él sentía la carga emocional que parecía pulsar entre ellos... o si de nuevo sólo era su hiperactiva imaginación. El latido de su corazón era definitivamente más rápido que el habitual y poco inestable. El único sonido, además de los jadeos de Jack Bauer, era el del timbre del elevador en cada piso mientras descendían. Ella no quería romper el silencio entre ellos, porque era el tipo de silencio durante el cual cualquier cosa podía suceder. Ella sintió que él quizás, inclinaría su cabeza y la besaría... si ella dejaba la boca cerrada el tiempo suficiente para dejar que eso sucediera. Pero no podía, por supuesto.

—¿Qué pasa contigo que no puedes ver programas donde los personajes son torturados? —Ella preguntó con una voz un poco ronca. Ella observó su cara cuidadosamente para medir su reacción. Pero no hubo reacción alguna en su rostro. En lugar, él contrarrestó su pregunta con una suya.

—¿Qué te pasó a ti... —él preguntó—, que no puedes ver programas donde los protagonistas mueren?

Ella dejó caer los brazos y se volvió hacia la puerta del ascensor justo cuando la letra L se iluminó y se abrió revelando el vestíbulo.

—¡Oh! —dijo con una risa despreocupada mientras arrastraba a Jack Bauer por su mal comportamiento hacia el vestíbulo—. Sólo amo los finales felices. Eso es todo.

—Yo también —dijo Lucien, siguiéndola con una sonrisa—. Mañana voy a empezar a ver ese programa de televisión tuyo.



—¡Oh! —dijo Meena, encantada—. Será un gran episodio. Cheryl se está enrollando de nuevo con el padre Juan Carlos, y el chismoso del pueblo los ve, y todo el infierno se desata. Definitivamente no te lo puedes perder.

Lucien se echó a reír. —Entonces estaré pegado a la pantalla.

Ellos pasaron campantemente a Pradip, que los saludó alegremente con un —¡Buenas noches, señorita Harper!

A continuación, ellos pasearon tranquilamente con el aire de la noche, que ahora tenía el frescor de esta cayendo. Meena, sintiéndose más feliz de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo, empezó a ir hacia la dirección a la que ella y Jack Bauer generalmente caminaban.

Pero Lucien la tomó del brazo y la condujo suavemente en otra dirección.

—Por aquí —dijo—. Hay algo que quiero mostrarte. —Sorprendida, ella sonrió.

—¿En serio?

Entonces se dio cuenta que estaba caminando lejos hacia dos hombres que parecían estar teniendo una discusión frente al 912 Park... y también en la dirección opuesta a la Catedral de St. George. Y su corazón se llenó. ¡Él la estaba protegiendo! Habían pasado años desde que un hombre (aparte de sus porteros, que no contaban, porque ella les daba generosas propinas en Navidad) se había preocupado por su protección física. Jon parecía creer que ella era capaz de cuidar de sí misma (y, además, tampoco contaba, él era su hermano). Su padre había casi dejado de hablar con ella más que de cuestiones superficiales, una vez que había desarrollado su capacidad de ver la futura muerte de las personas (incluyendo la suya). Sus padres parecía que la veían como una especie de fenómeno biológico. Cada vez que los visitaba ahora en Florida, Meena oye como ellos discuten en susurros sobre de qué lado de la familia habría heredado su capacidad (había más que un indicio que la tía abuela Wilhelmina podría ser la responsable). Y si bien era cierto que podía cuidar de sí misma, a parte del extraño ataque de murciélagos, era terriblemente cortés por parte de Lucien que tratara de protegerla. La hacía sentir cálida y femenina. ¿Quién dijo que la caballerosidad estaba muerta?



—¿Qué tipo de sorpresa? —preguntó Meena, que contenía su alegría con esfuerzo.

—Una que creo que te va a gustar —dijo.

Ellos se encaminaron hacia la calle Setenta y Nueve, hacia la Quinta Avenida. Esa parte de la ciudad era dedicada exclusivamente a los apartamentos de lujo, hoteles, y Central Park... Y otro edificio, situado en la Ochenta y Dos con Quinta, al cual ellos se estaban aproximando.

—¿El Met? —Meena miró hacia Lucien con curiosidad. Él la había cogido de la mano, mientras cruzaban la Quinta Avenida y se dirigían hacia el enorme edificio, iluminado de una manera tan imponente contra el cielo nocturno. Unas pocas personas estaban sentadas a lo largo de los escalones, charlando, fumando, incluso leyendo libros en el resplandor a causa de la iluminación de las columnas. Tratando de ignorar el cosquilleo de excitación que se alzaba por su brazo con el tacto de su piel contra la suya, Meena balbuceó—: Pero... pero... el Met está cerrado a estas horas de la noche.

Ella no estaba segura de que, un extranjero, incluso uno que enseñaba en una universidad y leía clásicos por diversión, lo entendiera completamente.

—Para la mayoría de la gente —dijo Lucien con una sonrisa misteriosa—. Sígueme.

Y, todavía sin soltar su mano, la guió por la larga escalera que llevaba a las puertas de la entrada del Museo Metropolitano de Arte. Meena, distraída por el tacto de Lucien, se olvidó de aferrar la correa de Jack Bauer más fuertemente de como lo tenía, y así cuando llegaron a una discreta puerta lateral, él se las arregló para marchar como una flecha.

—¡Oh! —Exclamó ella—: ¡Jack!

Ella soltó la mano de Lucien y corrió detrás de su perro. Jack corrió sólo hasta un grupo de estudiantes que estaban sentados a pocos metros de distancia, escuchando el iPod y compartiendo una pizza, de la cual Jack estaba extremadamente interesado. En el momento en que capturó al perro en sus brazos y pidió disculpas a los estudiantes, que le sonrieron afectuosamente, ella se volvió y encontró a Lucien de pie con la puerta abierta, esperando que ella se reuniese con él en el interior del museo a oscuras.



—¡Oh! —dijo ella, mirando a sus espaldas. Nadie en las gradas parecía haber notado que su cita acababa de entrar sin autorización en un monumento de la Ciudad de New York. O al menos eso suponía ella. Seguramente el Príncipe no tenía una clave para el Museo Metropolitano de Arte. ¿O sí? Tal vez todos los Príncipes rumanos, barra, profesores lo hacían—. ¿No puedes sólo...? ¿Cómo lo...? —Ella rompió entre risas—. Lucien, ¿cómo llegaste ahí?

Levantó una tarjeta de color negro con una banda magnética en la parte posterior. —Te lo dije —dijo—. Un amigo mío está dando una conferencia esta semana aquí. Creí que tal vez querías ver de lo que estaba hablando. Pasa, Está todo bien.

Ella todavía vaciló, mirando a su alrededor. —Pero... ¿No hay guardias de seguridad?

—No te preocupes por ellos. Yo me encargo.

Meena enarcó las cejas. ¿Él se encargaría de ellos? ¿Qué significaba eso? Oh... que iba a sobornarlos. Por supuesto. Lucien era un Príncipe. Era rico. Estaba acostumbrado a salirse con la suya. Con todo el mundo. Sobre todo con el personal. Supuso que él tendría docenas de personal. Criados. Mayordomo, incluso. Personal para su palacio de verano. Pilotos para su jet privado. Meena de personal tenía: Un ama de llaves que aparecía una vez cada dos semanas y se negaba a hacer la lavandería.

—Pero... —murmuró ella sin convicción—, tengo un perro.

—A nadie le importará tu perrito —Él se veía increíblemente guapo, con la oscuridad detrás de él, con una mano tendida hacia ella, y la otra manteniendo la puerta abierta para ella—. Confía en mí, Meena.

Lo increíble fue que lo hizo. Apenas lo conocía en absoluto. Pero ella confiaba en él. ¿Por qué no iba a hacerlo? Le había salvado ya la vida, y lo había hecho arriesgando la suya. ¿Qué era entrar sin autorización en comparación con eso? Pero Meena nunca había sido una persona arriesgada... para sí misma. Leisha lo había dicho cuando había acusado a Meena de tener complejo de héroe. Meena haría cualquier cosa para ayudar a salvar la vida de otra persona (si se lo permitían). ¿Pero cuando se trataba de ella misma? A pesar de que podía ver el futuro de completos extraños, nunca había sido capaz de ver lo que el destino tenía reservado para ella. Y así muchas veces había hecho lo que era más fácil, estar con un novio que no la amaba realmente, no quejarse



de un compañero de trabajo que se estaba aprovechando de ella, en lugar de hacer lo que sabía, en el fondo, que estaba bien. ¿Y ahora? Ella sabía que si deslizaba su mano con la de Lucien Antonescu, no sólo correría el riesgo de posiblemente ser detenida por el Departamento de Policía de New York. Ella estaría arriesgando su corazón. ¿Iba realmente a hacer esto? Pero ¿Qué otra opción tenía?, ¿Estaría sola sentada en el sofá como Jon por el resto de su vida, esperando que se le presentase la persona perfecta, el trabajo perfecto, la vida perfecta?, ¿Cómo sabría si esa no era la persona perfecta la que estaba de pie delante de ella en este momento?, ¿Cómo alguien lo sabría? Fácil. No lo sabían. Ellos tomaron el riesgo. Deslizó sus dedos con los de él. Tal vez ella no podía ver su propio futuro. Pero eso no significaba que no tuviera uno.

—Está bien —dijo ella con una sonrisa—. Muéstrame. Muéstrame todo.



CAPÍTULO 26

Traducción: Sera
Corrección: Pia2006

12:45 A.M. EST, Viernes, Abril 16

910 Park Avenue

New York, New York

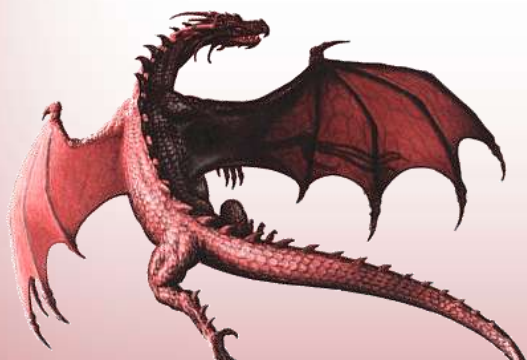
Alaric los vio salir del edificio juntos, el hombre alto y de pelo oscuro y la pequeña morena con el pelo corto y la gabardina bien ceñida. Ella estaba paseando una mezcla de Pomeranio. El perro parecía que echaba espuma por la boca en deseo de atacar al hombre de pelo oscuro... quien lucía exactamente igual que la foto de autor de Lucien Antonescu que Martin le había mandado antes. Alaric dejó el comic de Archie en su bolsillo y se enderezó. No iba a ir por su vaina. No todavía. Los seguiría y vería a dónde iban, si el tipo intentaba algo. Entonces cuando lo hiciera, y lo haría; Alaric sabía que lo haría, lo sabía tan seguro como sabía que la empuñadura de su espada nunca le fallaría, Alaric le cortaría la cabeza y tendría el placer de ver al Príncipe de la Oscuridad finalmente convertido en polvo. El único problema era, que cuando Alaric tomó un único paso hacia la pareja, una pesada mano cayó sobre su hombro. Sorprendido (no era a menudo que a Alaric lo pillaran por sorpresa), se dio la vuelta, su espada medio fuera de su vaina... Sólo para quedarse cara a cara con su jefe.

150

—Maldita sea, Holtzman —dijo Alaric, bajando su espada—. ¿Qué estás intentando hacer, hacer que te fileteen?

—Estás violando las órdenes, Wulf —Abraham Holtzman era un hombre que se estaba quedando calvo el cual vestía para la asignación de seguir la regla de todo lo que era profano en pantalones vaqueros y sandalias. Con calcetines. Al menos tenía el sentido para llevar una Estrella de David al cuello—. No debías estar aquí.

—Bonitos calcetines —dijo Alaric—. Muy discreto. Nadie en Manhattan se fijará en ti o pensará que eres de fuera de la ciudad. Ahora, si me disculpas, voy a matar al Príncipe de la Oscuridad antes de que se escape.



Purple Rose

—¡Alto! —Holtzman lanzó una mano para detener a Alaric justo cuando extendía su propia mano y su mirada cayendo en Alaric y Holtzman, dirigió a la joven mujer de pelo oscuro en la dirección contraria, lejos de ellos. ¿Había visto el Príncipe a los dos? Alaric no lo sabía. Pero él había sentido una especie de escalofrío justo cuando la mirada de ojos oscuros se había detenido, aunque brevemente, en él. ¿Había sabido el Príncipe quien, o qué, representaban él y Holtzman?, ¿Sabía que la Guardia Palatina lo estaba vigilando? Alaric nunca lo sabría. Porque Holtzman estaba metiendo su mano en su traje de chaqueta y sacando la única cosa en el universo que Alaric temía más que a un montón de vampiros envueltos en un frenesí por el olor de la sangre humana fresca. El Manual de Recursos Humanos de la Guardia Palatina.

—No —dijo Alaric, una oleada de irritación cursando a través de él—. Por amor de Dios, Holtzman. No tenemos tie...

—Mira aquí, Wulf —Estaba ya diciendo Holtzman—: Dice aquí mismo en la página catorce del manual, Si un oficial debe asistir a su compañero herido en el cumplimiento de su deber, se le requerirá que se tome un mínimo de no menos de dos semanas de permiso para descanso y relax psicológico al igual que someterse a asesoramiento obligatorio, el cual ambos sabemos que has evadido, como siempre. Y dice que no será permitido volver al servicio hasta que haya completado ambos. Ahora, sabemos que adicto al trabajo eres. No has tenido vacaciones en años. Y Dios sabe que lo que le pasó Martin en Berlín era horrible. Tú acechaste esa guarida entera después por ti mismo... No lo niegues, he visto el informe. No es culpa tuya que pasaran a la clandestinidad y nunca fueran encontrados... sin duda porque les gustaba la idea de ser acechados por ti. Por eso hemos estado haciendo la vista gorda a tu negativa a seguir las reglas. Pero cuando se trata del Príncipe de la Oscuridad, vas a tener que retroceder y dejarnos... ¡Alaric! He dicho, ¡ALARIC!

Pero Alaric ya había escuchado más de lo que podía aguantar y había salido corriendo tras la pareja que acababa de desaparecer al girar la esquina. Excepto que por supuesto en ese momento los había perdido. Lo cual no debería ni haber sido posible. El hombre medía más de 6 pies de alto y la mujer un pequeño cuatro o cinco, con tacones, como mucho. Hacían una pareja llamativa y ciertamente destacaban en la multitud. Ella había estado llevando un fuzzleball²¹ andante marrón dorado como perro. ¿Cómo podían haber desaparecido? Se han ido —gritó Alaric cuando Holtzman vino

²¹ Animal con mucho pelo



corriendo a su lado—. Se han ido. Y es por tu culpa, tú, bufón burocrático. Si no hubieras estado ahí

—No se han ido —Holtzman escaneó la calle—. Está jugando con nosotros.

—¿Qué? —Alaric negó con la cabeza. Siempre había tenido algún respeto al entrenamiento que su jefe le había dado en sus primeros días como cazador de vampiros. Pero la negativa del hombre a hacer algo de ninguna forma salvo por el libro siempre había hecho hervir la sangre de Alaric.

—Nos vio —dijo Holtzman—. Y ha lanzado un encanto para protegerse.

Alaric estaba desconcertado. —Por supuesto. ¿Por qué no pensé en eso?

Holtzman negó con la cabeza tristemente. —Porque estás demasiado envuelto personalmente en esto, Alaric. ¿Por qué crees que te pedí que te concentraras en el caso que habías sido asignado, encontrando al asesino de las chicas muertas, y no el Príncipe? Tu deseo de aniquilar a toda la raza de vampiros es a causa de lo que hicieron a tu compañero... te hace ineficaz en tu trabajo. Ahora vuelve a tu hotel. El cual, he oído, que es el más caro de la ciudad... como siempre. Espero que no creas que Accounts Payable aceptarán recibos de un lugar como ese. No hay razones en la tierra por la que no pudieras quedarte downtown²² en la rectoría en St. Clare como yo.

Alaric apretó la mandíbula. No le gustaba que le dijeran que tenía que hacer, ni siquiera su mentor más mayor. O que debería quedarse en una casa parroquial estéril con el dinero de su jefe en lugar de un lujoso hotel que estaba pagando por sí mismo. Ni le gustaba que le dijeran que sus sentimientos personales le estaban haciendo ineficaz en su trabajo... incluso si había la ligera posibilidad de que fuera cierto. Pero más especialmente, no le gustaba el hecho de que había encontrado un vampiro con el tipo de poder informal que Lucien Antonescu parecía poseer. ¿La habilidad de volverse invisible en una acera menos que vacía?, ¿Y hacer a la mujer que estaba con él, y su perro, invisible también? Alaric había peleado algunos vampiros bastante poderosos en el pasado, los sudamericanos, recordó, siempre habían sido particularmente impresionantes, pero ninguno con ese tipo de habilidades.

²² Se refiere a la parte sur de Manhattan, donde se encuentra el distrito financiero. También se usa para decir que vas en dirección sur, por ejemplo en metro.



—Ni siquiera sabemos si volverá —se quejó Holtzman irritado, mirando hacia la 5ª Avenida—. Nos está viendo ahora. Sabrá que sabemos sobre los Antonescu. Lo hemos perdido.

Holtzman no salió y dijo, —Y es tu culpa, Wulf.

Pero Alaric podía decir que lo estaba pensando. —Todavía los tenemos —dijo Alaric—. Mary Lou y Emil Antonescu. Podemos usarlos para encontrarlo.

—Nunca hablarán —Holtzman sonaba afligido—. Especialmente no si te dejo al cargo. Les arrancarás la cabeza antes de que tenga una oportunidad de preguntarles nada. Te conozco.

Alaric negó con la cabeza. Cuadró los hombros y se giró para dirigirse al 910 de Park Avenue.

—¿Wulf? —Holtzman parecía sorprendido por la actividad repentina de su protegido. Se apresuró tras él—. Wulf, estaba bromeando sobre lo de arrancar las cabezas de los Antonescus. Todavía podrían ser una fuente vital de información para nosotros. No hagamos nada para golpearlos la mano. Todavía no saben que los hemos descubierto. Lucien puede que en realidad no nos haya visto o se haya dado cuenta de quiénes éramos. No hagas nada imprudente...

Alaric caminó hasta la alfombra roja enfrente del 910 de Park Avenue. Tan pronto como se paró enfrente de las puertas dobles de bronce enmarcado, se abrieron con un zas, y el portero en su uniforme verde oscuro, leyendo un libro llamado El Arte de los Masajes Sensuales, levantó la mirada y sonrió.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Sí —dijo Alaric, sonriendo ampliamente—. Podría jurar que acabo de ver a mi mejor amigo de la universidad saliendo de este edificio, el tipo alto y de pelo negro, pero se metió en un taxi antes de que pudiera llamar su atención. ¿Era ese Lucien Antonescu, o estoy loco?

—¿Lucien Antonescu? —El portero siguió sonriendo correctamente—. ¿Lucien Antonescu? Me temo que no... Oh, ¡debes estar refiriéndote al caballero alto que



estaba visitando al señor y la señora Antonescu esta noche! Sí, sí. Había un señor Antonescu en la lista.

—Lo sabía —dijo Alaric, justo cuando Holtzman vino corriendo tras él—. ¡Sabía que era Lucien!

El portero, cuya placa decía Pradip, miró en la lista en su escritorio. —Es cierto —dijo—. Había un Lucien Antonescu en la fiesta del señor y la señora Antonescu esta noche.

—Ves, papá —dijo Alaric, volviéndose hacia Holtzman—. Te dije que era él.

—¿Papá? —dijo Holtzman. Ahora era su turno para estar desconcertado.

—Y esa joven dama bonita, la que tenía al perro, que estaba con él —dijo Alaric, volviéndose al portero—. Debe ser su esposa. No puedo creerlo. ¡Nunca me dijo que se había casado!

—¡Oh! —dijo Pradip, riendo—. No, esa era la señorita Harper. Vive aquí en el edificio. Oh, no. No, la señorita Harper no está casada.

Alaric dejó caer su cara. —¿En serio? —preguntó—. ¿Esa no era la esposa de Lucien?

—No, no —dijo Pradip. Estaba riéndose fuerte ahora, como si el pensamiento de la señorita Harper casándose con el señor Antonescu fuera la cosa más graciosa que había oído en el mundo—. No, la señorita Meena Harper vive aquí con su hermano, el señor Harper. Ella y su amigo se acaban de conocer esta noche, en la fiesta de Antonescu, creo.

La estimación del 910 Park Avenue subió otro nivel. Pradip el portero estaba atento, sin duda, pero un poco demasiado abierto con personas totalmente desconocidas sobre las vidas personales de sus inquilinos... Ahora Alaric sabía que la mujer acompañando a Lucien Antonescu se llamaba Meena Harper, que vivía en este edificio, y vivía con su hermano. No era una pequeña cantidad de información considerando que todo lo que había ofrecido sobre sí mismo era una mentira que había sido el compañero de cuarto de universidad de Lucien Antonescu.



—Bueno, siento haberlo perdido —dijo Alaric—. ¿Sabe qué? Voy a ver si puedo encontrarlo en Facebook.

—Oh, es una idea genial —dijo Pradip—. Ya sabes, puedes mantenerte en contacto con prácticamente todo el mundo en Facebook estos días. Estaba ahí el otro día, y me las arreglé para mantener el contacto con un antiguo amigo mío que no había visto desde el jardín de infancia. ¿Puedes creerlo?

—¿Ves, papá? —Alaric sonrió a Holtzman—. Facebook. Así es como se hace.

Holtzman parecía aturdido. —¿Facebook? —repitió.

Alaric le guiñó un ojo al portero. —Gracias, Pradip —dijo—. ¿No tendrías alguna idea de donde Lucien se está quedando mientras está aquí en la ciudad, verdad?

—Oh, no. Pero si te gustaría llamar a los Antonescu —dijo Pradip mientras levantaba el receptor del intercomunicador—. Estoy seguro que les gustaría...

—No es necesario —dijo Alaric, extendiendo la mano en el reconocido signo intencionado para parar—. No quiero molestarlos a estas horas. Quizás vuelva de nuevo otro día, gracias. Y se giró y dejó el edificio, Holtzman siguiéndolo cerca tras él.

—Impresionante —su superior le dijo—. Me alegro de verte usar una de las técnicas que te enseñé para variar, en lugar de simplemente ir girando esa espada a tu alrededor.

—Intento evitar matar a la población civil cuando sea posible —dijo Alaric, lanzándole a su jefe una mirada irritada—. Me enseñaste eso también, ¿Recuerdas?

—Me acuerdo —dijo Holtzman—. ¿Pero qué exactamente lograste ahí, además de alertar a los Antonescu de que somos conscientes de ellos? Sabes que ese portero va a decirles que estuvimos ahí. Y no estamos más cerca de encontrarlo.

—No —Estuvo de acuerdo Alaric—. Pero tenemos el nombre de la chica.

—¿Y qué bien nos hará eso?



—¡Oh! —dijo Alaric—. Mucho bien, imagino. Porque nos va a dirigir directamente a él —Entonces añadió pensativamente—. Si sobrevive a la noche, así es.



CAPÍTULO 27

Traducción: Masi
Corrección: Pia2006

1:00 A.M. EST, Viernes, Abril 16

Museo de Arte Metropolitano

1000 Quinta Avenida

New York, New York

Meena había pasado mucho tiempo en el Museo Metropolitano de Arte, a principios de la época en la que se había mudado a la ciudad. Ella se había sentido especialmente atraída por un retrato de Juana de Arco de un artista llamado Jules Bastien-Lepage, el cual estaba colgado en el ala del siglo XIX. La pintura mostraba a Juana en el patio de la casa de sus padres, mirando hacia el espacio, al parecer, escuchando las voces de los santos. Una figura etérea con halo flotaba a espaldas de Juana, susurrándole al parecer. La pintura no era nada especial. En comparación con otros tesoros contenidos en el museo, era considerada una de las obras menores de la colección. Aún así, siempre para Meena, el lienzo era su destino principal al entrar en el museo y además, cuando se sentía especialmente desanimada o desesperada, estaba de pie cerca de una hora, mirándolo, en compañía de almas igualmente oprimidas. Pero el Príncipe Lucien no condujo a Meena hacia el ala del siglo XIX cuando la guiaba por el Museo Metropolitano esa noche. En cambio, la guió hacia la exposición de arte medieval en la planta principal, a través del oscuro y silencioso Gran Vestíbulo. Era extraño estar en el museo después de que hubiera sido cerrado. Meena nunca había visto las salas tan vacías... o tan tranquilas. Ella en realidad podía escuchar su propio corazón golpeando constantemente con excitación por lo que ellos estaban haciendo, a pesar de la insistencia de Lucien que estaba bien, sentía que había algo ilícito sobre su estancia allí. ¡Por supuesto que lo había! Y ahora Lucien estaba sujetando su mano de nuevo. Su agarre no era exactamente cálido, sus dedos siempre parecían un poco fríos al tacto, pero era extrañamente tranquilizador, de la misma forma en que había sido esa noche fuera de la Catedral de St. George. Y sin embargo, había un entusiasmo casi infantil en él, también, una ansiedad con la cual parecía querer mostrarle los tesoros que se contenían en el museo. El juguetonamente llevó un dedo a sus labios mientras la guiaba.

157



Purple Rose

—¿Vamos a hacer saltar las alarmas? —preguntó Meena nerviosamente, sujetando a Jack Bauer que se retorció en un brazo.

—Sólo si intentas robar algo —Respondió el Príncipe en broma.

—Oh, bueno, supongo que tendré que contenerme entonces —dijo Meena, burlándose en respuesta. Le complacía ver que él mostraba una parte animada. Puede que él no hubiera visto mucha televisión, pero sabía cómo divertirse.

Pronto fueron rodeados por hermosos trípticos obsesivos de la Virgen y el niño, y enjambres de crucifijos de oro que parecían brillar con la luz de otro mundo que venía de sus vitrinas. Lucien la condujo lejos de estos y la llevó hacia una colección de retratos del siglo XV y grabados en madera. Meena no podía leer las etiquetas de las vitrinas adjuntas a los retratos ya que estaba demasiado oscuro, pero Lucien le explicó: —Se trata del Príncipe Vlad Tepes de Valaquia, ya sabes, el hombre sobre el que te estaba hablando, el que es un gran héroe en mi país. Vivió en la era de las primeras máquinas de imprenta, por lo que hay una gran cantidad de documentación histórica sobre él. Su padre, Vlad II, fue miembro de la Orden del Dragón, creada por el rey de Hungría con el fin de unir los reinos vecinos contra el Imperio Otomano. Así que Vlad Tepes fue adoctrinado en la orden, así... a la edad de cinco años, un poco antes su padre les entregó a él y a su hermano pequeño como rehenes al sultán del Imperio Otomano como una garantía personal de que no atacarían al sultán, mientras que los niños estuvieran bajo su techo.

—Oh, cielos —dijo Meena, sintiéndose un poco desanimada. Esta historia era un poco deprimente. Supuso que ella no estaba sorprendida al oír hablar de la crueldad del padre de Vlad, entregando a sus hijos al sultán con el fin de preservar la paz, teniendo en cuenta su imagen en el retrato. Si Vlad Tepes se parecía en algo a su padre, él no podía haber sido muy agradable. Tenía un bigote largo y negro, de aspecto siniestro y los ojos pequeños y brillantes. O tal vez simplemente ellos no sabían cómo dibujar muy bien en ese entonces. Meena siempre había evitado esta parte del museo. Sus gustos se inclinaban más hacia lo romántico... Lucien no parecía darse cuenta de la aversión de Meena por el tema, sin embargo. Como un profesor de historia, estaba obviamente muy entusiasmado con el tema del mayor ancestro de su país.

Lucien continuó. —A pesar de que su hermano era uno de los grandes favoritos del sultán, los otomanos no trataron a Vlad Tepes muy bien, me temo. Y cuando



finalmente heredó el trono de su padre y volvió a casa a Valaquia, estaba todavía muy amargado por todo el asunto... y las cosas no mejoraron mucho para él después de eso, me temo. Tuvo una vida lamentable, llena de mucha tristeza. Su primera esposa, a quien amaba entrañablemente, era una mujer joven hermosa e inocente. Algunas personas incluso rumoreaban que... bueno, que era como un ángel en la tierra.

Meena arqueó las cejas al oír esto, y ella vio que Lucien le dirigía una rápida mirada.

—Sí —dijo él—. Pensé que te gustaría esa parte de la historia.

Le tomó la mano y la condujo hacia un primitivo grabado de madera en negro y blanco que mostraba un castillo con torreones, con un río circulando bajo él.

—Desgraciadamente —le dijo a Meena, en una voz que parecía cuidadosamente carente de emoción—, no tiene la clase de final que te gusta. Vlad y su esposa vivieron en tiempos de guerra. En vista de que su castillo estaba sitiado por los turcos, que se rumoreaba que eran inenarrablemente crueles con las mujeres de la realeza hechas prisioneras en aquellos días, su joven esposa se arrojó por una ventana del piso superior, prefiriendo la muerte a lo que ella creía que tendría que enfrentarse en sus manos.

Meena contuvo el aliento, su mirada dirigiéndose hacia una de las altas torretas dibujadas en el grabado de madera.

—Ella cayó al río de debajo de la ventana del palacio y se ahogó —continuó Lucien en el mismo tono de emoción—. Ese río todavía se conoce hoy como el Río de la Princesa.

—¡Oh! —dijo Meena con tristeza. Le gustaba esta historia cada vez menos—. ¡Qué triste!

—Fue triste —estuvo de acuerdo Lucien—. Y es más triste todavía. Su marido se había casado con ella por amor... una rareza en estos días. Él nunca fue el mismo después de su muerte. Algunos dicen que se volvió loco. Empezó a tratar a sus enemigos e incluso a sus propios súbditos, a sus propios hijos de una... bueno, de una manera muy lamentable.



Meena alzó bruscamente la cabeza cuando le oyó decir las palabras de una manera muy lamentable. Porque mientras su tono se había mantenido todavía de forma distantemente estudiada como siempre, y probablemente nadie habría notado la más mínima diferencia en su voz, Meena sabía que el Príncipe estaba pensando en su propia infancia. El padre de Lucien le había tratado de una manera muy lamentable. Estaba segura de ella... más aún mientras ella observaba la forma en que su mirada parecía arder mientras miraba hacia abajo hacia el grabado de madera del Río de la Princesa. Y el corazón de Meena se oprimió con lástima por él. Sí, él era un Príncipe, guapo, rico y mundano. Pero ella sabía lo que era tener problemas. Problemas Reales. Del tipo que te mantiene despierta por las noches, dando tumbos en la oscuridad, buscando la botella de color naranja con la etiqueta prescrita de píldoras para dormir. Fue en ese momento en el que Meena fue dominada por un impulso, tan repentino como feroz, de salvarle... el mismo impulso que ella sentía con todo el mundo que conocía y sabía que iba a morir pronto. Sólo que en este caso, ella quería rescatar a Lucien de la tristeza que ella podía ver en aquellos ojos de color marrón oscuro, no de una muerte segura... de la misma manera que él la había salvado esa noche de los murciélagos que habían venido chillando desde las torres de la Catedral St. George. Sólo que ella no sabía cómo. Ella sabía cómo salvar a la gente sólo de sus futuros (e incluso eso ella no lo hacía muy bien). Pero ¿Cómo salvar a alguien de su pasado?

Entonces, Lucien pareció sacudirse y le dio un apretón a su mano y dijo con una sonrisa. —Lo siento, Meena. Dijiste que te gustan las historias con finales felices, y te cuento esta, la cual decididamente no es feliz. No sé por qué sentía tan fuerte deseo de compartirla contigo. Es una historia importante para mí. Para mi pueblo. Pero... no es para una mujer como tú, que estás tan llena de vida y alegría.

Meena enarcó sus cejas. Hombre, alguna vez él se equivocaba con ella.

—Pero la cuestión es —dijo Lucien, sin dejar de sonreír—, Vlad Tepes es el héroe más grande de Rumania... como tu general Washington. Nosotros no existiríamos como país si no fuera por él.

—¡Oh! —dijo Meena—. Bueno, en ese caso, bien por él. —Pero ella no estaba segura de creerle. No acerca de este Vlad como persona, quienquiera que fuese, sino de la sonrisa que le había regalado. Ella sabía que era falsa. Todavía podía sentir el secreto dolor dentro él... Y porque ella sabía lo que era sentirse tan sola, sintió que era ella la



que tenía que encontrar un bálsamo para su desesperación. Su mirada vagaba, buscando algo que pudiera ayudar. Y un segundo después, ella le guiaba hacia una representación gráfica que resplandecía como oro con la luz de su vitrina.

—Mira —dijo ella triunfante, pensando para sus adentros, Oh, bien. Esto tendrá truco—. Esto es apropiado, teniendo en cuenta la forma en que nos conocimos. —Meena sonrió ante la pintura alegre, sobre madera, de un caballero en su valiente caballo, su lanza traspasando el corazón de una serpiente retorciéndose por debajo de los cascos de su montura.

—Ah, sí —dijo Lucien en el mismo tono estudiado que había utilizado cuando hablaba de Vlad Tepes—. San George. Hay un manantial, custodiado por el temible dragón, que durante mucho tiempo no ha permitido a los aldeanos sacar el agua que tanto necesitan... a menos que primero sacrifiquen a una doncella. Pero en este día, no hay ninguna doncella en el pueblo, salvo la hija del rey. Ella valientemente va a la orilla del agua, a pesar de las protestas de su padre, esperando morir. Pero mira quien apareció... un caballero llamado George, que matará al dragón y la salvará a ella y a su gente. Ellos le estarán tan agradecidos, que abandonarán el paganismo para siempre.

Meena se quedó de pie con su mano en la suya, mirando hacia abajo a la representación. *Está bien*, pensó para sus adentros. *Por lo tanto, eso no funcionó. Se ve tan deprimido como siempre. Y ahora yo me siento deprimida, también. Gracias, San George. ¿Quién diría que también eras el santo patrón de los depresivos?* Y entonces, cómo podía... Ella lo sabía. Era una locura. Estaba revelando demasiado de sí misma por él... mucho más de lo que ella había querido. Pero era algo, se dio cuenta, que ella tenía que hacer.

—¿Quieres ver mi cuadro favorito en el mundo entero? —Meena se giró para preguntarle. Él pareció sorprendido... y divertido.

—Me encantaría —dijo él.

Esta vez Meena iba a ser la que le guiara... por la exposición de arte medieval y subiendo por las escaleras hasta el ala del siglo XIX. Estaba un poco nerviosa cuando ellos se acercaron a la pintura que había amado durante tanto tiempo ya que tal vez podría no estar como ella la recordaba. Por otra parte, ¿Qué era lo que le preocupaba? Esta era Juana de Arco, querida por todos... Cuando ellos se acercaron, ella vio que



no tenía nada de qué preocuparse. No, la pintura, como siempre, era increíble... por lo menos lo era para Meena. La luz del cuadro por encima del marco elaborado de oro se encendió e hizo resplandecer la cara de la campesina de aspecto juvenil mientras esta miraba a lo lejos, mientras que detrás de ella, el arcángel Miguel le hacía señas. Meena estaba tan abstraída, que en realidad se olvidó de preocuparse acerca de si le gustaría o no a Lucien la pintura. Puso Jack Bauer en el suelo y se fue hasta la pintura, de pie más cerca de lo que ella se había atrevido nunca, durante las horas de visita del museo.

—¿No es ella preciosa? —Ella respiró, maravillándose con los detalles de la pintura.

—Lo es —Acordó Lucien sombríamente.

Cuando giró su cabeza, Meena se puso nerviosa al descubrir que Lucien estaba de pie mucho más cerca de lo que ella había creído... a menos de dos pies de distancia de ella. Él ni siquiera había estado mirando la pintura cuando había estado de acuerdo en que ella era bella. Su mirada de ojos negros había estado clavada en su rostro. Ruborizándose, Meena se dio cuenta de que en realidad podría haber encontrado un rival para la belleza de la pintura en el gran cuerpo de Lucien y sus rasgos perfectos. Él también, tuvo que admitir Meena, olía bien. Ella no lograba discernir, precisamente, a que era lo que olía. Jon había usado una sucesión de colonias masculinas durante su vida, la mayoría de ellas empalagosas y desagradables. Pero la de Lucien tenía un aroma fresco y limpio. Meena quería derramar lo que fuera sobre ella misma.

—¿Y qué hay a cerca de San Juana? —Lucien preguntó sonriéndola—. ¿Qué es lo que te atrae tanto?

—¡Oh! —dijo Meena. Se dio cuenta, con una punzada de pesar, que ella misma se lo había buscado. Aun así. Él le había pedido que confiara en él cuando ella estaba de pie fuera del museo. Ella no podía decirle la verdad, por supuesto. Ella sabía lo que iba a suceder. Lo mismo que había pasado con David. Lucien creería que ella era un bicho raro. Peor que un bicho raro, incluso. Él pensaría que era un bicho raro. Ella no iba a permitir que eso ocurriera. Ella iba a ocultarle la verdad el mayor tiempo posible. Para siempre, si ella tenía que hacerlo. Pero ella podía contarle una versión de la verdad, suponía, sin dar demasiado de sí misma a cambio.

—Supongo —dijo ella, escogiendo sus palabras con cuidado—, que es que ella se las arregló para hacer tan diferente la vida de muchas personas, a pesar de ser pobre y una



chica... con enormes desventajas por la época en que vivía. Ella hizo predicciones, ya sabes... predicciones muy exactas que al principio nadie creía. Pero, finalmente, ella convenció a la gente suficiente de que ella estaba diciendo la verdad, lo que le brindó una audiencia con el rey, quién la creyó. —Meena entrecerró los ojos algo más hacia la pintura, tratando de imaginar lo que debía haber sido para Juana, tan determinada, sin embargo, con tantos ataques en su contra—. Por supuesto, la gente decía que estaba loca. Hoy en día algunas personas dicen que la voz de Dios que oyó eran los síntomas iniciales de la esquizofrenia. Y como era una adolescente, supongo que ella había tenido la edad adecuada para ello...

—Pero tú no quieres creer eso —dijo Lucien cuando su voz se fue apagando.

Sintiéndose como se ruborizaba de nuevo, Meena miró hacia abajo a sus pies. Ella no se engañaba a sí misma de que una de las razones por las que amaba la pintura delante de la cual ellos estaban de pie, era que ella, como Juana, tenía sus propias voces interiores con las que luchar. No es que ella creyera que sus voces interiores, las sensaciones que ella tenía que le decían cómo iba a morir la gente, venían de Dios. Pero ella sabía que no era esquizofrénica, tampoco.

—Mucha gente no le creía a Juana. Por lo menos al principio —dijo Meena, finalmente, levantando la mirada para encontrarse con la suya—. Pero con el tiempo, consiguió convencer a suficientes personas de su sano juicio y fue llevada ante el rey... y él le creyó. ¿Cómo podría una mujer loca embaucar a un rey cuyo padre tenía psicosis? Él habría reconocido los signos. No... —dijo Meena, mirando otra vez la pintura y sacudiendo su cabeza—. Ella no era esquizofrénica. Sabía cosas. Ella fue la más grande estrategia militar que el ejército francés nunca tuvo... una adolescente que escuchaba voces dentro de su cabeza y que guió a los hombres a la victoria una y otra vez... Cuando Meena devolvió la mirada a Lucien, ella estaba avergonzada por las lágrimas que habían surgido de forma espontánea en sus ojos.

—Hasta que —ella continuó, con un nudo apretado en su voz—, ella fue capturada por el enemigo, abandonada por su rey, y murió quemada en la hoguera por ser una bruja. —La sonrisa de Lucien había sido divertida... hasta que sus lágrimas se derramaron. Entonces, su boca se movió, y él la alcanzó. De repente Meena se encontró presionada contra él, sus brazos alrededor de ella, su cara presionada contra su pecho...



—Te pareces a ella —dijo en su oscuro pelo corto.

Meena, estaba avergonzada de sus lágrimas y mortificada al verse en sus brazos porque ella estaba llorando, y por un santo que había muerto hacía mucho tiempo, sintiéndose que se ruborizaba más que nunca.

—No, no lo hago —dijo ella a toda prisa contra su pechera—. No tengo nada en común con ella en absoluto. Realmente, yo no. Yo...

—Sí —dijo él, sosteniéndola apartada de él por sus brazos para que él pudiera mirarla a los ojos—. Tú lo tienes. Me di cuenta de ello al minuto de que subiéramos. Su pelo es más corto y más oscuro. Pero tú tienes la misma intensidad sobre ti. Dime una cosa: ¿Oyes voces, también, Meena Harper?

Ella no sabía qué hacer. Ella quería echarse a llorar. Quería echarse a reír. Quería llorar, sí. *Sí, lo hago. Sólo que no de ti.* Lo que podría significar sólo una cosa. O su talento finalmente la estaba abandonando, o... Él no iba a morir. A diferencia de cualquier otro hombre que hubiera conocido alguna vez antes, por quien se había sentido atraída, Lucien Antonescu no iba a morir. No por un buen y largo período de tiempo, de todos modos. Y entonces, antes de que ella pudiera pensar alguna otra cosa para responder a su pregunta, él había deslizado una mano bajo su barbilla y estaba inclinando su rostro hacia arriba, hacia el suyo, obligándola a mirarle a los ojos.

—Meena —dijo. Su voz era un susurro áspero en la oscuridad de la galería—. ¿Qué estás ocultándome?

Su voz era tan ronca como la suya. —Nada —mintió—. Lo juro.

Y entonces ocurrió lo increíble. Su boca descendió sobre la suya. Meena estaba tan sorprendida que al principio se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Había pasado tanto tiempo desde que un hombre la había besado, que ella no podía creer lo que estaba sucediendo en absoluto. Y, sin embargo, estaba la prueba irrefutable de que ella estaba en sus brazos... que ellos la sujetaban muy firmemente contra él. Podía sentir sus labios sobre los suyos, extrañamente fríos, al igual que sus dedos habían estado alrededor de los suyos, pero muy dulces, muy pacientes, como si él estuviera más que dispuesto a esperar toda la noche para ella entendiera lo que iba a ocurrir... Y de repente, Meena lo entendió. Su corazón dio un explosivo doble latido, y ella se dio



cuenta, de el *por qué, él está besándome*. Y ella se alzó de puntillas y deslizó sus brazos alrededor de su cuello, respondiendo a su beso, apretándose contra él, regocijándose del hecho de que sus brazos estuvieran apretándose a su alrededor, respirando su aroma limpio y fresco. Ella cerró sus ojos ante la belleza de la pintura detrás de él mientras él la levantaba en sus brazos y la presionaba cada vez más y más contra su corazón, el cual ella no podía sentir debido a los latidos frenéticos del suyo propio. Y entonces fue como si el techo sobre sus cabezas de pronto se evaporara y el resplandor blanco y frío de las estrellas y la luna sobre ellos se combinara en un brillante rayo y se dirigiera directo a derribar a Meena. Ella no tenía idea de que ser besada pudiera sentirse de esta manera. Pero los besos de Lucien la hacían sentirse... querida. Sus manos la acunaban con cautela como si ella fuera uno de los objetos preciosos que les rodeaban... un jarrón de la Colección de Arte de los Met Chinos, que él temiera que podría romperse si se ejercía demasiada presión sobre él. Sus labios exploraban los suyos, suavemente al principio, entonces, cuando pareció darse cuenta de que ella no iba a romperse por debajo de su toque, con creciente urgencia.

Ella no podía dejar de tener su boca abierta bajo su... Y de pronto, parecía como si algo dentro de él estallara. Algo que parecía haber estado reprimido durante mucho tiempo, y que se había desatado con el contacto de su lengua con la suya. Toda su amable cortesía se había ido. Y a Meena no le importaba en absoluto. Su necesidad por ella se asemejaba a la suya por él. Era como si él hubiera hecho una pregunta. Y ella hubiera dicho que sí. El único problema era, que cuanto más apasionadamente la besaba él, más fuertes se volvían los gruñidos de Jack Bauer. Por último, Meena no tuvo otra elección por lo que alejó su cabeza, y, mirando por encima a su perro, le dijo con cierta irritación, —Jack. ¡Cállate! —Jack Bauer dejó escapar un sobresaltado yip, miró a Meena con las orejas inclinadas hacia delante... y entonces estornudó. Meena no pudo evitar una carcajada. Ella miró a Lucien para ver si él estaba sonriendo también... Sólo que él no lo estaba. La miraba con una intensidad que sólo podría haber descrito como... ardiente. A juzgar por su expresión, ella vio que él no parecía encontrar a la situación ni la menor pizca de gracia. Sin soltar a Meena haciendo que sus pies colgaran unos cuantos centímetros por encima del suelo, él estaba mirándola profundamente a los ojos.

—Pasa la noche conmigo —dijo con voz ronca por la pasión.



Meena no se sorprendió. No era como si no hubiera sabido lo que él la iba a preguntar. Ella había sentido la forma en que sus cuerpos habían encajado juntos. Era como si ellos hubieran sido hechos el uno para otro. Ella había sentido el hambre en su beso después de la dulzura inicial... la había hecho suya. Él la quería exactamente igual a como ella le quería.

Sin embargo, la última cosa que ella necesitaba, era enamorarse. Y ella se estaba enamorando de Lucien Antonescu... y sus besos, los cuales parecían arder a través de su piel, hasta su alma. Ella podía sentir como se deslizaba sobre el borde de un estrecho precipicio... ese deliciosamente reducido precipicio entre la admiración y la amistad, y el amor. Era una tontería, era una locura. Pero era cierto. Ella se estaba enamorando de la cabeza a los pies, locamente enamorada de un hombre que acababa de conocer. No tenía ningún sentido. Ella apenas lo conocía.

¿Pero cómo no podía enamorarse de él, después de lo que habían pasado juntos, después de lo que había hecho por ella? Y ahora ella estaba indefensa ante sus besos. Ellos la dejaban hecha cenizas. Pero ¿Qué iba a ser mejor para ella que acostarse con Lucien Antonescu? Él estaba a punto de irse. Él estaba en la ciudad solamente por un período corto de tiempo. Ella nunca había tenido la oportunidad de experimentar una, pero Meena dudaba mucho que fuera algo bueno para ella una relación a larga distancia. Él no se iba a mudar a New York. Y ella evidentemente no iba a trasladarse a Rumanía. O, por decirlo de otra manera: para ella iba a ser muy difícil intentar no seguirle de vuelta a Rumanía. Así pues, la cosa sensata era decir no a su invitación para pasar la noche con él. No.

Dos simples letras. N-O. Ella no tomaba riesgos. ¿Recuerdas? —Muy bien —Se oyó susurrar a sí misma. *¿Qué? ¿Qué pasaba con ella? ¿Estaba loca?* Lucien, sonriendo, la atrajo más cerca, algo que ella no había pensado que fuera posible, entonces la hizo girar en círculo hasta que Meena, riendo, le rogó que parara, mientras que Jack Bauer ladraba. Lucien, riendo también, puso a Meena sobre sus pies, su expresión parecía casi triunfal.

—No lo lamentarás —dijo con sinceridad.

Meena estaba en ese momento agachada sobre sus rodillas para calmar a Jack Bauer. Ella levantó la vista con curiosidad ante las palabras de Lucien.



¿Ella no lo lamentaría? Por supuesto que no lo lamentaría. ¿Por qué iba a hacerlo?



CAPÍTULO 28

*Traducción: Anelisse**Corrección: Pia2006*

*3:00 A.M. EST, Viernes, Abril 16
15 Union Square West, Penthouse
New York, New York*

Lucien sabía que lo que estaba haciendo estaba mal. Pero eso no significa que pudiera evitarlo.

Ella lo dejó tomar su abrigo, luego se puso de pie admirando el apartamento que Emil había encontrado para él, un elegante, y rigurosamente decorado penthouse con el sistema de seguridad más sofisticado disponible y una terraza que hizo Emil, en la que una veintena de personas podrían mezclarse con comodidad, parecía un sello de correos. La vista, a través de las ventanas UV, con puertas de cristal a la terraza corredizas, formaban la mayor parte de los muros, estaba en el centro de Manhattan, el río Hudson por otro lado, Union Square Park por la tercera, y luego la parte alta de los rascacielos, que se extendía ante ellos como árboles de Navidad brillantemente iluminados. En la distancia, más allá del East River, uno podía ver las luces rojas de los aviones que volaban a baja altura sobre Queens, para aterrizar en los distintos aeropuertos allí.

—Es increíble. —Respiró Meena Harper, dirigiéndose hacia una de las puertas de cristal y mirando a través de la oscuridad a la luz brillante y clara, el cielo iluminado por la luna. Su cuello largo y delgado, se levantaba de la parte posterior de su vestido negro liso, parecía especialmente vulnerable con su espalda desprovista de pelo. Ella, obviamente, no tenía la menor idea de la vorágine emocional en la que él se encontraba. Él sabía que su conducta era censurable, —muy posiblemente y francamente maligna— desde el momento en que había abierto su boca y le preguntó a Emil si él podía venir con la chica mientras paseaba a su perro.

Incluso el perro, que olía lo que él era, sabía que lo que Lucien estaba haciendo estaba mal.



Se había regañado a sí mismo por hablar, incluso cuando las palabras salían de su boca. Y entonces, cuando ella se había introducido en su apartamento, seguida por el hermano, (quien Lucien había pensado por un momento que había ido para tratar de disuadirla de salir con él), él pensó. *Bien. Bien por él. Me va a detener. Como un hermano debe hacerlo.* Pero no. El hermano, resultó ser demasiado egocéntrico para ver lo que realmente estaba sucediendo, (Aunque Lucien supuso que eso era rudo. Él había sido lo que era durante más de medio milenio. El hermano había estado vivo por sólo un poco más de treinta años. Lucien suponía que no creería mal de él).

Lucien estaba de pie en el pasillo diciéndose a sí mismo para irse solo. Usando las escaleras, dejandola. Ella era una buena persona, una persona mucho mejor que él... alguien que, evidentemente, trataba de hacer lo correcto. Ella no se merecía tener su vida arruinada por los de su especie. ¿Cómo fue que Mary Lou consiguió involucrarla con el desastre que eran sus vidas?

Dejar a Mary Lou hacer una historia en donde él desapareciera. Permitiría que Meena Harper tuviera su pequeña vida feliz. Pero no podía hacerlo. Estaba demasiado intrigado. No podía recordar la última vez que había tenido tanta curiosidad o se había sentido tan atraído sobre una mujer, y mucho menos una mujer humana.

Pero eso no significa que mereciera tenerla. Especialmente porque todo lo que tocaba, lo profanaba. Ese era el camino de su especie. No siguió su propio consejo. Incluso cuando se recordó que no podía darse el lujo de distraerse. Había muchas otras cosas que necesitaban su atención en este momento: El hecho de que alguien estaba drenándole la sangre a mujeres jóvenes y luego dejaba sus desnudos cadáveres dispersos en Manhattan como pañuelos usados. El hecho de que alguien estaba tratando de matarlo. El hecho de que era posible que estas dos personas fueran una y la misma.

En cualquier caso, necesitaba mantener su cabeza.

Había estado dando vueltas por las escaleras, decidido a dejarla ir, cuando la puerta de su apartamento se abrió, y ella volvió a salir al pasillo.

Y él supo que estaba librando una batalla desesperada contra sí mismo. No iría a ninguna parte. Ella parecía tan fresca como un regalo recientemente envuelto. Y él quería ser el que abriera ese regalo.



La peor parte era que no era simplemente una atracción sexual. También estaba el enigma de su mente. La cacofonía que había escuchado en la cabeza de Meena Harper no era, como había imaginado, una especie de locura. No. Ella estaba ocultando algo. Algo sobre lo que no le gustaba pensar, algo en lo que ella se había convertido en experta, a lo largo de los años, en ocultárselo a todos... incluso a sí misma.

Era algo, él podía decir, que no sólo la perseguía en sus sueños, si no también, en sus horas de vigilia. Apenas podía leer las imágenes mentales que fluían a través de su conciencia porque ella había enterrado algunos recuerdos dolorosos tan profundamente dentro de ella. Y así sólo le llegaban pensamientos intermitentes y esporádicos, como una estación de radio, con un sonido débil.

Nunca había hecho de un hábito usar sus poderes para descubrir los verdaderos sentimientos de una mujer en quien se interesaba románticamente. Eso no era ni caballeroso, ni deportivo. Pero en el caso de Meena, no podía evitarlo. Su vivaz monólogo interior, (o lo que él podía entender por eso) brillaba como las luces sobre el Empire State Building, era demasiado reluciente como para ignorarlo. Sin embargo, la vista estaba obstruida.

Esto la hacía aún más fascinante. Era difícil imaginar que debajo de su vivaz personalidad, (sus flirteos y su amor por los finales felices) acechaba algo tan oscuro que apenas podía permitirse pensar en ello. Sin embargo, parecía ser la verdad. Y él lo sabía, la oscuridad fue lo que le atrajo tan inexorablemente hacia ella.

¿Era posible que él hubiera conocido a una mujer que podía entender el monstruo que tenía dentro de él... porque en ella se escondía un monstruo propio?

Y si esto era así, ¿Por qué tenía la sensación de que había una dulzura en ella que de alguna manera podía encontrar su propia redención?

No eso no era posible. El hombre puede encontrar la redención sólo a través de Dios. Pero Dios había abandonado hace siglos a su especie.

Y sin embargo, Lucien no podía negar lo que había estado sintiendo durante toda la noche, mientras miraba sus ojos oscuros... la creciente convicción de que Meena Harper podría ser su salvación. ¿O era pedir demasiado a una persona... y a un ser humano, eso?



Él no lo sabía. Pero él estaba desesperado por averiguarlo.

Le había costado todo su auto-control, mantener sus manos fuera de ella en el museo. Se dio cuenta ahora que había estado tratando, con una manera propia muy torpe, darle una advertencia razonable, mostrándole el retrato, tratando de asegurarse de que ella se diera cuenta en lo que se estaba metiendo. Estúpido. Pero cierto.

Y por una fracción de segundo, había estado seguro de que ella se había dado cuenta de... algo. No de todo. Por supuesto, hasta una persona simpática como ella, habría huido de espanto.

Y allí había estado otras veces, cerca de la pintura de San Juana...

Lucien había vivido lo suficiente como para saber que no había tales cosas como los ángeles o los santos, (a pesar de que Meena evidentemente quería creer en relación a Juana de Arco.) o si lo hubiera, él nunca se había tropezado con ellos. Obviamente, porque él y los suyos habrían sido erradicados hace mucho tiempo.

Pero, ¿Cómo más podía explicar a Meena Harper el dolor que sentía debido a la necesidad de hacerla suya?

Por otra parte, era un vampiro, su propio perro había estado la mayor parte de la noche a su alrededor como tratando de advertirla del peligro, aunque ella parecía estar perfectamente inconsciente del hecho. Incluso ahora, mientras caminaba lentamente por el penthouse, desde su punto de vista, no tenía ni idea del peligro que corría.

Lucien sabía que tenía que decir algo. Era justo que le diera una oportunidad. Era lo más caballeroso que podía hacer.

—Tú has hablado de la guerra de vampiros antes —dijo él. Había encendido el sistema de sonido cuando habían llegado; un cuarteto de cuerda tocaba suavemente. Ahora se fue con la copa hacia un refrigerador de vinos seleccionados y cogió una botella. *Algo ligero*, pensó, *como ella*. A ella no le gustaría nada demasiado pesado y oscuro.

—¡Ah! —dijo ella con una carcajada—. Eso. Sí. Trabajo. —Ella se estremeció—. No hablemos sobre el trabajo. Me da un estado de ánimo parecido al de un asesino, ¿Sabes?



Encontró un *pinot noir* que Emil había almacenado. Perfecto. —Lo siento —dijo con una sonrisa—. ¿Es eso malo?

—Es bastante malo —dijo Meena, acercándose a donde estaba de pie junto a la barra y deslizándose en uno de los taburetes de cuero negro a su lado—. Perdí un ascenso que realmente quería, y el canal cuatro nos está matando en lo *ratings*, todo porque tienen esta horrible historia misógina y monstruosa en línea que la gente cree que se parece al amor.

Lucien se detuvo mientras pensaba. —¿Misógina y monstruosa? —preguntó, arqueando una ceja socarronamente.

Meena levantó las dos manos como si fueran garras. —Ya lo sabes. Vampiros. —Ella enseñó los dientes y silbaba como un vampiro en una película.

Lucien estuvo a punto de dejar caer la copa de vino que sostenía para ella, al igual que su perro, a unos cuantos pies de distancia de ellos, ladró con ferocidad impresionante para un pequeño animal.

—¡Jack Bauer! —Meena bajó las manos y se volvió en su taburete—. ¡Tienes que relajarte! —Se giró hacia Lucien y le preguntó—: ¿Tienes alguna hamburguesa o algo en la nevera?

Lucien se congeló. Si abría la nevera, encontraría su último pedido de sangre entregado desde el New York Blood Center. —Yo no creo que...

—No me hagas caso —dijo ella, interrumpiéndolo. Afortunadamente, había comenzado a mirar en el bolso que había colgado en la parte posterior del taburete—. Yo podría tener algo en mi bolsa. ¡Oh, aquí! Algunos regalos para perros. Voy a atraerlo hacia el baño y encerrarlo allí, y entonces tal vez nos deje tener algo de paz. —Meena se bajó del taburete y le tendió la mano ahuecada al perro, que seguía ladrando... hasta atrapar el olor de los dulces. Entonces sus orejas se inclinaron como las de un zorro, hacia adelante y se alejó trotando hacia ella hasta que llegó a la sala que Lucien había indicado que era el cuarto de baño. Después de coger una jabonera que encontró allí, llenándola con agua, y dejándola en el suelo para que pudiera beber, Meena se agachó junto a él, le dio las golosinas, y tan pronto como Jack Bauer estaba



demasiado ocupado engulléndolas, para darse cuenta de lo que estaba haciendo, cerró la puerta detrás de ella.

Lucien trató de no mostrar su alivio por haber escapado por los pelos. Normalmente no solía hacer cosas tan estúpidas como poner su suministro de sangre en el refrigerador de la cocina, donde cualquier mujer a la que trajera a casa podría descubrirlo mientras casualmente iba en busca de un refrigerio para su perrito. Pero ciertamente no esperaba estar durmiendo con alguien mientras que estaba en New York. Él fue allí por negocios. Fue sólo porque Meena Harper era tan completamente diferente a cualquier otra mujer a la que había conocido antes, que había violado su personal —y desde hace mucho tiempo—, código de conducta. Y casi arruina todo por hacerlo.

—¡Ya está! —dijo, volviendo a su posición en el taburete—. Lo siento. No sé lo que le paso. El es generalmente muy bueno con la gente. A excepción de tu primo por alguna razón y Mary Lou. Tal vez es hacia cualquier persona que posea un castillo de verano. Jack Bauer, obviamente, tiene tendencias marxistas. —Ella se rió, levantó su copa y dijo—: Entonces.

—Por Jack Bauer, y sus tendencias marxistas —dijo Lucien, chocando su copa con la suya.

Ella se rió de nuevo, sus grandes ojos negros brillaban por encima del borde ancho de su copa de vino. Él no había sido halagador con ella cuando había hecho la observación de que ella se parecía un poco a la chica en la pintura con la que obviamente ella sentía la conexión en el museo. La verdad era que ella era mucho más bonita. Mucho más bonita, y mucho más vulnerable. —Así que ¿Puedo considerar que no te gustan los vampiros? —preguntó con cuidado.

Meena se echó a reír. —¿Teniendo en cuenta que son básicamente el motivo por el que mi vida se puede arruinar ahora mismo? No mucho.

—¿Y son monstruos misóginos...?

—Ya sabes —dijo Meena—, como en las películas de terror, los libros y programas de televisión, el monstruo o el asesino en serie con la cadena de sierra siempre va detrás de la niña bonita e indefensa. Es tan sexista —Ella continuó. —Y los vampiros son los



peores de todos. Por eso, como Van Helsing señala en Dracula, los vampiros saben que la familia de la chica, va a ser muy escrupulosa, cortándole la cabeza, incluso si saben que ella es un vampiro ahora. Supongo que porque se supone que es más fácil de cortar la cabeza de su hijo de lo que es la de su hija. —Ella se estremeció, y luego añadió—: Y ¿Qué pasa con los vampiros siempre con ganas de hacer el pretty-girl con su novia y convertirla en una no-muerta? O peor, pues no quería convertirla en su novia no-muerta. Y entonces ella lo convence, y la audiencia enloquese. Debido a que estar muerto y con alguien es al parecer un final más feliz que estar vivo y solo. ¿Sólo que cómo va a ser estar muerto un final feliz? —Sus ojos se iluminaron—. Créeme. Estar muerto no es un final feliz.

La estudió. Había tenido una gran pasión detrás de esta última afirmación. Él se preguntaba de dónde venía y si la obstrucción extraña en su mente tenía algo que ver con el mismo. —Pero —dijo cuidadosamente—. Tú no crees en los vampiros.

Ella se atragantó con el vino. —¿Q-qué? —balbuceó—. ¿Acabas de preguntarme si creo en vampiros?

Lucien devolvió la mano a su copa de vino, mirando el líquido de color rubí en su interior. Sabía que era importante mirar en todas partes menos a los ojos. Tenía miedo de lo mucho que podría ceder si le miraba a los ojos que parecían ver tanto... y sin embargo tan poco. —Perdóname —dijo—. Pensé, la otra noche, en la iglesia...

—¡Oh! —dijo Meena. Ella tomó otro sorbo de su vino. Su copa estaba casi vacía—. ¿Eso? ¿No eres tú el que sigue diciendo que eran sólo unos pocos murciélagos?

Sus propias palabras, echadas hacia él. Supuso que se merecía eso. —Pero tú crees que San Juana había oído voces —dijo—. Voces diciéndole sobre futuro. ¿Cómo puede una mujer educada como tú creer en esto y no en las criaturas de la noche? O —sonrió—. ¿Prefieres sólo creer en cosas alegres, como tu preferencia por los finales felices?

La mirada que le dio fue tan aguda, que podría haber cortado el vidrio. —La historia de Juana no acabó feliz —dijo, recordandoselo a él—. Y me gusta una buena historia de terror tanto como a todas las personas, siempre y cuando maten a algunos hombres también, y no sólo las niñas. Pero las voces que Juana había oído eran reales. Hay una prueba clara y fundamentada de que eran reales. Ganó batallas que de otro modo se



hubieran perdido debido a lo que esas voces le dijeron antes a ella, lo que permitió a los generales franceses crear una estrategia de una manera completamente diferente al que tenían antes de que Juana llegara. La vida de las personas que se salvaron fue por lo que esas voces le dijeron. Y... —le dijo a Lucien, con la mirada todavía en la copa— no hay ninguna información al respecto de que los vampiros son reales; Hay un montón de pruebas de que algunas empresas están haciendo una fortuna con los públicos que les gusta pensar que son reales —dijo—. Por ejemplo los anunciantes de *Lust*. ¿Por qué crees que nuestro patrocinador es tan firme que esto tiene que entrar en la acción? El dinero es muy, muy real. Pero... ¿los muertos vivientes sin alma que caminan alrededor de la gente mordiéndoles en el cuello y bebiendo su sangre, que no pueden salir durante el día o van a quemarse y tienen que dormir en ataúdes? Por favor.

—Algunos de los mitos se han exagerado en los últimos años —dijo Lucien con una ligera peculiaridad a la boca—. Algunos autores —incluyendo tu Sr. Stoker— pueden haberse tomado sus libertades.

—¿Y pueden convertirse en murciélagos? —agregó Meena.

—Y algunos no pueden —dijo Lucien con cierta frialdad. Volvió a llenar su copa de vino, que ya la había terminado—. Por lo tanto, sólo para estar seguro. A pesar de que nunca has visto uno, *porque por supuesto no existen*. ¿Tú no quieres tener nada que ver con los vampiros?

Meena se mordió el labio inferior. Lucien no pudo dejar de advertir la forma en que la sangre se agolpó en el y lo hizo aun más rojo y exuberante que antes.

—Eso suena un poco peligroso —dijo Meena—. ¿Pensarías mal de mí si admito que no me gustan los Hombres lobo o Los hobbits?

Lucien se acercó y puso su mano sobre la de ella, que se apoyaba en la barra. Su piel parecía tentadoramente lisa y suave. Se sentía tan bien como parecía. —Nunca podría pensar mal de ti —dijo él.

—¡Ah! —dijo ella, alzando la copa a los labios con la mano libre y tomando un sorbo de vino bastante grande—. Confía en mí. Tú podrías. Tú no sabes todo sobre mí. Todavía.



Su voz sonaba un poco triste.

—¿Y si te dijera que soy un vampiro? —Lucien preguntó, trazando un pequeño círculo en la parte posterior de la mano—. ¿Me odiarías?

—¡Ja! —dijo Meena, riendo—. Serías un vampiro terrible.

Él arqueó las cejas. —¿Lo sería?

—Por supuesto que sí —dijo ella, sin dejar de reír. Dejó la copa de vino, y luego, deslizó su mano para apoderarse de su corbata, balanceándose hacia él en el taburete hasta que sus rodillas estuvieron entre sus muslos—. Tuviste un montón de oportunidades para morderme, esa noche con los murciélagos, y luego de nuevo en el grande, oscuro y desierto museo y no lo hiciste. No creas que no me di cuenta. —Ella puso la otra mano en el taburete de él, directamente entre sus piernas, así podía balancearse cuando se inclinó hacia delante y uso la corbata de forma que un suave tirón hiciera que su cabeza bajara y quedara a pocas pulgadas de la de ella, y dijo ella, con una voz tan ronca por el vino que era casi un gruñido—: Lo que pasa es que ya he estado con un chico que muerde... en sentido figurado, por supuesto. Tenía la esperanza de evitar a los tipos como él en el futuro.

Lucien se preguntó quién, exactamente, estaba en peligro. Sus ojos eran dos pozos, oscuros como la medianoche.

Se sentía como si se estuviera ahogando. Y no creía que le importase. —Nunca voy a morderte —susurró—. A menos que me des tu permiso, por supuesto —Luego presionó sus labios contra los de ella.

Y Lucien no estaba seguro de si había fracasado...o si había tenido el éxito más espectacular que podía haber esperado. Él le había dicho lo que se había sentido obligado, por su honor, a compartir. ¿Fue culpa suya que ella no le creyera?

Sí. Lo era. Porque no le había ofrecido la prueba que ella había dicho que necesitaba. Pero Lucien no estaba dispuesto a hacer eso ahora... no cuando su mano estaba descansando tan peligrosamente cerca de la cara interna de su muslo. La parte de él que era un hombre, podía tener ganas de ser redimido por ella.

Pero la parte de él que era un monstruo quería algo totalmente distinto.



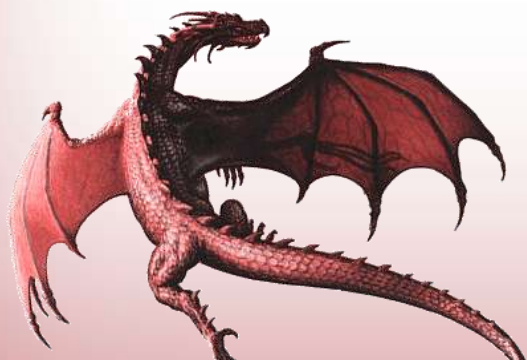
El hombre tendría que esperar.

Sus brazos fueron alrededor de la cintura, arrastrándola hacia él con una posesividad que pareció sorprenderla, si el pequeño grito que soltó contra su boca era indicio. Pero él había ido más allá del punto de caballerosidad. La sacó de su taburete y la puso en su regazo, aplastándola contra él, drenándola con sus labios y su lengua que no podía escurrirse por sus dientes... la esencia de ella, era lo que esperaba, lo que había soñado durante tanto tiempo, y lo que quizás podría salvarlo.

Él sabía por el suave sonido que Meena había hecho —el cual podía ser de protesta o de placer, él no lo sabía, y las señales que estaba recibiendo de su mente que estaban nubladas, como de costumbre— que cuando los labios descendieron sobre los de ella, ese beso fue aún más posesivo de lo que había sido el del interior del museo, como si estuviera reclamando su propiedad sobre ella. Pero no podía evitarlo. Allí se habían besado con reverencia, como si temiera que pudiera romperse. Este era otro tipo de beso... un beso exigente, un beso con el que sabía que estaba desnudando su alma en frente de ella... Y, sin embargo, al mismo tiempo demandaba la suya.

Y a Meena parecía no importarle. No se había estremecido o tratado de empujarlo lejos cuando él la había atraído hacia él. Por lo contrario, de hecho. Había separado las piernas debajo de la falda amplia de su vestido y estaba a horcajadas encima de él, sólo el encaje negro de sus bragas y los pantalones de su traje separaban su piel, sus brazos estaban alrededor de su cuello. Ella se aferró a él, el calor que ella emanaba de su boca y su delgado cuerpo parecía consumirlo. Podía sentir su corazón latiendo contra él a través de la fina tela de su vestido, un pulso rítmico proveniente de su cuerpo que competía en las sienes y lo llevó a darle un beso más fuerte que nunca... luego, deslizó su boca sobre sus labios, bajando por el mentón, hacia la garganta. Alzó la mano para ponerla sobre la curva de uno de sus pechos y sintió su corazón latir debajo de sus dedos, corriendo como un galgo, antes de bajar la cabeza hasta donde estaba su mano, sustituyendo los dedos con los labios, apretando la boca contra la sedosa carne que él había revelado retirando el escote de su vestido, y luego la copa de encaje de su sostén.

Meena reaccionó enhebrando sus dedos a través de su cabello, tratando de llevar a su boca más cerca de ella. Su exclamación apreciativa por el tacto de su lengua, degustando delicadamente su piel, hizo que él apretara su agarre en las caderas... y esto presionó las bragas de encaje negro con más firmeza contra la parte delantera de



los pantalones de su traje. Lucien movió fuertemente los labios en su pecho. Él no aguantaba más. De repente, la acercó a él, deslizó un brazo por debajo de su cintura y la otra por debajo de sus rodillas, y luego se levantó, levantándola con él.

Meena soltó una carcajada encantada y apretó el agarre alrededor de su cuello. —No me digas —dijo—. ¿Me estás llevando a la habitación para violarme?

—Sí —Soltó.

Y se volvió resueltamente hacia la puerta de la habitación a oscuras.

Él sería condenado por lo que estaba a punto de hacer.

Sin embargo, ya estaba condenado de todos modos.



CAPÍTULO 29

Traducido por: cYeLy DiviNNa
Corregido por: Pia2006

*9:15 A.M. EST, Viernes, Abril 16
15 Union Square West, Penthouse
New York, New York*

Meena se despertó con el olor del tocino frito.

Durante unos segundos, ella pensó que estaba en casa, en la casa en que había crecido en Nueva Jersey. Esa fue la última vez que se acordaba en que despertó al olor del tocino real.

Pero cuando Meena abrió los ojos, no se encontró con que a sí misma en la habitación púrpura y blanca de su juventud, rodeada de su colección infantil de Beanie Baby, pero si en el chic ático urbano de Lucien Antonescu, con todos los tonos suaves de gris y marrón, y su perro, Jack Bauer, de pie sobre el colchón al lado de su cabeza, jadeando ansiosamente en su cara.

—Jack —dijo Meena confusa. ¿Qué había sucedido la noche anterior?—. ¡Al suelo!

¿Qué había sucedido la noche anterior? Comenzó a regresar a pedazos cuando Meena levantó al perro y se dejó caer con él en el piso de azulejo negro, en el que sus garras emitieron un sonido agitado deslizándose al darse la vuelta y luego dio un salto corriendo de vuelta a la cama.

La condesa. Ella había ido al apartamento de la condesa con Jon, porque él le había dicho y había estado allí...

Lucien, el hombre de la Catedral de St. George, el hombre que le había salvado la vida. Habían hablado y se rieron, y después, él le preguntó si podía acompañarla mientras ella caminaba con Jack Bauer.



Y entonces habían irrumpido en el Museo Metropolitano de Arte. Y se habían besado en frente del retrato de San Juana. Y él la invitó a su casa. Y ella se había ido con él.

Y luego se había...

Habían...

¡Oh, Dios!, que había...

Meena se atornillo en posición vertical en la cama, ¡y luego le agarró una fiebre con temblores de cabeza! Y se desplomó sobre las almohadas.

¿Había realmente hecho el amor con Lucien Antonescu toda la noche?

¿Y era en realidad, lo que olía, una indicación de toma de su desayuno?

Una gran sonrisa estalló en el rostro de Meena. Al menos hasta que su perro se lanzó contra su estratégica sección media.

—¡Uf! —dijo Meena—. ¡Jack! Eso no es gracioso.

Pero Jack no parecía estar tratando de ser gracioso. Él se quejaba y patearla no era una sensación agradable, ya que Meena estaba completamente desnuda debajo de las oscuras sabanas grises de Lucien, mientras trataba de ducharla, lamiendo su cara con ansiedad.

¿Por qué, de todos los perros en la ciudad de New York, Meena había tenido que llevar a casa al más inadaptado?

—Está bien, está bien —dijo—. Me voy a levantar.

Una mirada a las ventanas de la pared, del piso al techo, que conducían a la gran terraza de Lucien le mostró que se trataba de un hermoso día de primavera. El vidrio parecía estar ligeramente tintado, pero Meena podría contar con que ya era tarde por la mañana.

Y una ojeada a su teléfono celular, por el cual cavaba en su bolso, sentada en el piso de la cama, lo confirmó. Llegaba tarde al trabajo. Genial.



También, veía, había siete mensajes, cuatro de ellos de Leisha, dos de su madre, y uno de Jon (probablemente su advertencia de que su madre había llamado a su casa buscándola). Meena en realidad no faltaba muy a menudo (muy bien... nunca).

Pero cuando lo hizo, lo hizo a lo grande.

Meena se sentó en el borde de la cama y escribió: “estoy bien” de regreso a Leisha, cuyos mensajes se habían vuelto consecutivamente cada vez más frenéticos cuando Meena omitió responder. “Más que bien. Te llamo más tarde”.

Para Jon, todo lo que escribió fue: “¿Tu no le dijiste nada a mamá, cierto? PD: Amo Rumania”.

Ella no escribió nada nuevo a su madre. Tendría que llamarla más tarde. Su madre no sabía de mensajes de texto.

Se pregunto qué haría con el trabajo. ¿Qué día era? Ni siquiera podía recordar... Ah, cierto. Viernes. ¿Qué estaba pasando hoy? Algo sobre la lectura a alguien por algo...

—Pensé que ya te habías levantado —dijo una voz profunda desde la puerta, sorprendiéndola. Saltando, Meena se volvió y vio el espectáculo más delicioso que ella recordaba haber visto en mucho tiempo:

Lucien Antonescu vistiendo sólo un par de pantalones de seda gris de pijama, con una copa de champagne hecha de cristal, llena de lo que parecía ser jugo de naranja.

—¿Mimosa? —él preguntó.

Meena habría pensado que estaba soñando si Jack Bauer no hubiera elegido ese momento para lanzar una pata en su riñón.

—Ay —dijo, dando al perro un suave empujón de la cama mientras sostenía la sábana gris en el pecho. Jack dejó escapar un pequeño grito al caer sobre un montón enmarañado de la ropa de Meena y de Lucien—. Bien pensado, Lucien. Amo eso.

Lucien se acercó a ella como un amante, no había otra manera de describirlo, con la sonrisa en su rostro, y Meena fue capaz de observar su cuerpo semidesnudo durante el día. Era perfecto... tan perfecto como le había parecido la noche anterior, grande pero



sin una pizca de grasa, atlético sin parecer musculoso, emocionantemente masculino. Meena recordó pasando los dedos por esa ancha espalda y enredando sus brazos alrededor de la magra cintura, tratando de traerlo más de cerca. Incluso recordaba, y ahora el rubor creció claramente más profundo, besar el rastro de cabello oscuro a lo largo de ese vientre firme.

Su rubor se intensificó.

—Buenos días —dijo, inclinándose para besarla cuando él le entregó la copa.

—¿Eso qué huelo es tocino? —Meena pregunto, tratando de cambiar de tema... de sus propios pensamientos pecaminosos.

—Es cierto —dijo—. No eres vegetariana, ¿verdad?

—Yo debería serlo —dijo Meena, bebiendo la bebida que había traído él. Las naranjas se habían recién exprimido—. Ser un amante de los animales y todo. Pero sólo soy una hipócrita, en su lugar.

—Me gusta una chica que come —dijo, pasando un dedo por su mejilla—. Estoy haciendo los huevos también. ¿Cómo te gustaría los tuyos?

Meena no recordaba a ningún hombre preguntándosele que haya estado presente en toda su vida, incluyendo a su propio padre.

—Uhm —dijo—, ¿revueltos? —ella le sonrió, saboreando su toque y tratando de ignorar a su perro, que gruñía en el lado opuesto de la cama.

—Entonces estarán listos cuando tu lo estés —dijo Lucien—. Pensé que tal vez te gustaría un baño caliente. He preparado uno para ti aquí —señaló hacia una puerta opuesta a por la que había entrado. Meena noto por primera vez que los rizos blancos de vapor venían de ahí.

—Ah —dijo ella, aturdida—. ¿En serio? Eso es tan dulce. En realidad, no tenías por qué hacer todo esto.

—No —dijo Lucien—. En realidad. Yo lo hice.



Él tomó el rostro, se inclinó y la besó profundamente. Meena se acordó de los muchos besos que le había dado la noche anterior. Sus labios se sintieron un poco magullados por todo. De hecho, toda ella se sentía un poco magullada. En el buen sentido.

Jack Bauer, dio un gruñido en la pila de ropa donde había caído.

—Oh —dijo Lucien, rompiendo el beso y dando al perro una mirada inescrutable—. He sacado a pasear a tu perro.

Meena levantó ambas cejas. Esto era demasiado bueno para ser verdad. —¿En serio?

—Bueno —dijo Lucien—, quizá debería haber dicho que he tenido que acompañarlo. Parecía querer salir, y el portero estaba feliz de recibirlo. En cualquier caso, no necesitas preocuparte por él. Ahora, vete —señaló un poco imperiosamente la puerta del baño—. Antes de que me distraiga, incluso más de lo que ya lo hago.

Meena se echó a reír. Fue bastante divertido ser mangoneada por un hombre guapo en un par de pantalones pijama de seda gris.

Especialmente uno que le había hecho las cosas que la última noche Lucien le había hecho.

Así, paso lista de mi misma, salió de la cama y se dirigió al gran cuarto de baño, de mármol marrón, con Jack Bauer trotando a sus talones. Lo que vio en los espejos la tranquilizó. Ella no parecía salida de un total accidente de tren. Ella en realidad parecía una especie de... bueno. ¿Tal vez porque por primera vez en mucho tiempo ella había tenido una noche de sueño reparador? Bueno, lo poco que había conseguido del sueño había sido bueno.

Y por una vez, Meena había despertado en realidad hasta feliz. Ni siquiera había perdido su guardia nocturna. No creía que hubiera apretado los dientes una vez durante la noche.

La inmensa bañera del jacuzzi se llenó a la mitad con agua hirviendo. Se preguntó qué considerarían los rumanos una temperatura de baño cómoda y encendió un poco de agua fría para igualarla, luego se hundió en las aguas profundas cuando sintió la perfección.



Perfecto. A excepción de Jack Bauer, nervioso sentado al lado de la bañera. Ella podía ver la punta de las orejas, un poco más de lado, inclinadas hacia ella alerta. Ella trató de ignorarlo y bañarse en paz.

Pero su ansiedad, con su carita de zorrito que tanto le gustaba mirando hacia ella cuando ella salió y tomó una de las gruesas batas blancas y esponjosas que había encontrado colgadas en la parte de atrás de la puerta del baño la hacía sentirse culpable. ¿Dónde había pasado la noche Jack Bauer? ¿Lo había realmente encerrado en este cuarto de baño? Al menos la alfombra de baño era tan espesa y esponjosa como las túnicas que habían servido probablemente como una cama cómoda.

Eso era, sin embargo. Había sido una horrible dueña de una mascota. Iba a tener que darle una buena caminata para compensar su mala conducta...

Se deslizó en la bata: era tan grande para ella, que tenía que enrollar las mangas para que sus manos no se perdieran dentro de ella, luego se enjuagó con algunos enjuagues bucales que encontró. Había algo de maquillaje en el bolso. Puso algunos, pero sus mejillas y la boca estaban tan rojas del ataque que habían sufrido en el asalto de los labios de Lucien que necesitaba sólo un poco de máscara y delineador de ojos.

Ella descubrió su vestido colgado de una otomana de cuero negro y su ropa interior esparcida por el suelo. Se la puso, pensando en cómo más tarde, después del trabajo, tendría que hacer la caminata de la vergüenza frente a su portero. ¿Podría el que estaba de guardia darse cuenta de que llevaba la misma ropa que había dejado la noche anterior? Rezó para que Pradip no estuviera allí cuando llegara a casa. No es que le importara lo que sus porteros pensarán de ella.

Pero ¿y si ella se encontraba con Mary Lou en el ascensor? No, ella podría correr de Mary Lou en el ascensor.

Pero tal vez, teniendo cuenta de lo que había sucedido la noche anterior, su suerte estaba finalmente comenzando a cambiar.

Se negó a pensar en si sí o no Lucien iba a invitarla a salir esta noche. Viernes por la noche. Ella no lo mencionaría, tampoco. No jugaban el juego. Los dos estaban muy viejos para eso. Él estaba en viaje de negocios. No iba a parecer necesitada...



—¿Estás libre esta noche? —Lucien la llamo desde la cocina, donde el olor del tocino, unido ahora al del café, era más fuerte que nunca.

Ella respondió. —Uh, creo que sí —y siguió el sonido de su voz. Lucien tenía el vaso y la mesa del comedor de acero con un solo lugar. Una servilleta de tela gris oscura, un juego de cubiertos de plata, una taza de café, un vaso de jugo de naranja, uno de todo.

Lucien, notando su curiosa mirada desde el otro lado del pasillo dijo: —Espero que no te importe, pero yo comí antes. Fui a correr y estaba muerto de hambre después. Yo no quería despertarte... estabas durmiendo con tanta dulzura. Como un ángel —él le guiñó un ojo.

Meena dijo: —Oh, no. Eso está bien.

Eso es raro, pensó.

Se deslizó en la silla detrás del cuadro justo cuando salió de la cocina con un plato. Lo presentó a ella con un ademán. En él había tres rizos de tocino cocidos a la perfección, dos huevos revueltos con un color amarillo dorado, una rebanada de tostada con delicadeza, pan integral tostado con mermelada de albaricoque, unas rebanadas finas como un papel de color naranja, y unas regordetas fresas perfectamente maduras.

Meena se quedó mirando con la boca abierta.

Lucien sacó la silla junto a ella. —No estaba seguro de cómo tomas tu café. Hay azúcar y crema sobre la mesa.

—Gracias —murmuró Meena cuando la capacidad de expresión finalmente regresó.

Él es un Príncipe, se dijo. Esto no es tan inusual. Todos los príncipes probablemente hacen esto para impresionar a sus novias la primera vez que pasan la noche.

Tal vez, pensó, levantando el tenedor y los brazos cruzados admirando cómo se veían sus bíceps en el día, la cosa sobre su funcionamiento ya no era tan rara tampoco. Él tiene que entrenar para mantener un aspecto tan agradable. Yo debería empezar a trabajar, también. Podríamos trabajar juntos. Antes de que regrese a Rumanía, quiero decir.



—Pensé que esta noche podríamos ir a la sinfonía —dijo—. Si estás libre. Tengo entradas para la Filarmónica. Masur está llevando a cabo a Beethoven. No creo que lo odies demasiado.

Meena miró remilgadamente más de un bocado de huevos. —Yo no los odio a todos. A mí me gusta Beethoven —se preguntó cuánto tiempo le tomaría a él para darse cuenta que no tenía idea de quién era Masur. Suponía que podía aprovechar el tiempo durante el concierto para pensar en algún tipo de diálogo bueno para la nueva propuesta vampiro-cazador que iba a lanzarle a Sy.

—Excelente —dijo—. Por desgracia, tengo un compromiso para cenar temprano con un colega. ¿Quieres que te encuentre junto a la fuente en el Lincoln Center a las siete y media?

—Voy a estar allí —dijo Meena—. Y sin él —Jack Bauer. Ella le disparó una mirada significativa dado que estaba sentado debajo de la mesa, alternativamente gruñendo a Lucien y mirándola suplicante por las migajas de comida que podían derramarse.

—Él es un compañero muy leal —observó Lucien suavemente.

—Sí —dijo Meena, tomando un sorbo de café—. Algo así. ¿Cuánto tiempo duran las sinfonías?

—Si me estás preguntando porque quieres saber cuánto tiempo pasará antes de que una vez más desgarré tu ropa y realice todo tipo de actos sexuales indecentes sobre tu cuerpo como anoche y que horrorizaría a tu madre si lo averiguara, podríamos hacer eso ahora mismo —ofreció Lucien.

Meena, había estado mirándolo con las mejillas cada vez más profundamente carmesí a medida que iba diciéndolo, cuando ella misma se apartó de la mesa. —No puedo. Quiero decir, yo... quisiera. Pero ya estoy llegando tarde a trabajar. Así que... mejor me voy. Nos vemos a las siete y media.

Lucien se echó a reír y, levantándose de la mesa, la cogió en sus brazos. —¿Te he dicho lo mucho que disfruto viendo cómo te sonrojas?



—Bueno, eso es bueno —dijo Meena al centro de su pecho, ya que ella no era capaz de levantar la mirada más arriba de eso—. Dado que es todo lo que parezco ser capaz de hacer a tu alrededor. ¿Nos vemos esta noche?

—No te olvides de tu abrigo.

Él lo consiguió para ella desde el armario, la ayudó, luego la acompañó hasta el ascensor, que era del tipo que venía hacia arriba al apartamento. Cuando llegó, él la cogió por la cintura y la atrajo de nuevo contra él, y luego la besó profundamente, no parecía importarle que ella debía tener sabor a pan tostado y café.

—Siete y media —dijo cuando la soltó—. No llegues tarde.

Ella sonrió mientras caminaba hacia el ascensor como una mujer deslumbrada. Jack Bauer, sin embargo, se pavoneaba con las piernas rígidas sobre él, claramente encantado de ver lo que él pensaba era lo último de Lucien Antonescu. El perro se volvió y le dio de despedida un gruñido de advertencia.

—Y lo mismo para ti, amigo mío —dijo Lucien igual con las puertas cerradas.

Meena, sola en el ascensor, observó cómo los números por encima de ella se hundían más y más. Con cada uno, sentía que la cordura regresaba. Cuando finalmente abrió las puertas a la sala y ella y Jack Bauer salieron de la entrada del edificio de lujo al sol del brillante día de primavera, la realidad finalmente se hundió.

Y con ello, el impacto total de lo que acababa de hacer.



CAPÍTULO 30

*Traducción: paovalera**Corrección: Pia2006**9:30 A.M. EST, Viernes, Abril 16**Hotel Peninsula**New York, New York*

Alaric nada cien vueltas cada mañana, estilo libre, antes del desayuno. Cambia al estilo de espalda si hay alguna femenina atractiva en el lugar por los alrededores de la piscina.

Pero con el Hotel Península siendo anfitrión de una conferencia para diseñadores y vendedores de implantes dentales, este no era el caso.

Alaric estaba en su vuelta numero ochenta y ocho (la piscina del Península era más pequeña de la que Alaric estaba acostumbrado, entonces el tenía que incrementar el número de vueltas) cuando una mano irrumpió en el agua cristalina y golpeo su cabeza.

Los reflejos tan-rápidos-como-un-rayo de Alaric hubiesen enviado a la persona que lo acosó por sobre su hombro y dentro de la piscina si él no hubiese mirado al último minuto y observado que era su jefe.

—¡Maldita sea, Wulf! —Holtzman rugió mientras se alejaba a zancadas, buscando una toalla con la cual secarse su ahora-empapado hombro y brazo—. ¿Tenías que intentar ahogarme? Solo trataba de obtener tu atención. Tenemos una crisis aquí, en caso de que estés muy ocupado disfrutando de los lujos del lugar para darte cuenta.

Jadeante, Alaric se levanto por el borde de la piscina. Trato de no mostrar su goce por el hecho de habérselas arreglado para arruinar la increíblemente horrible chaqueta de su jefe.



—¿Que crisis? —El preguntó. Su voz haciendo eco satisfactoriamente en el área cerrada de la piscina.

—Shhh —dijo Holtzman. Obtuvo una toalla a través de uno de los asistentes de la piscina y se estaba secando el brazo vigorosamente—. No tan duro. Alguien podría escucharte.

Alaric se encogió de hombros. Había dos o tres asistentes a la conferencia en el lugar, pero apenas tendrían algo que ver con los asuntos de la Guardia Palatina.

—Ninguno de ellos habla alemán —dijo Alaric en alemán—. Son dentistas americanos.

—De todas formas —dijo Holtzman. Se acerco a la orilla de la piscina donde Alaric esperaba por él—. Otra chica fue encontrada muerta en el parque esta mañana.

Alaric tomó la ventaja. —¿Meena Harper?

—No, no fue Meena Harper —dijo Holtzman—. ¿Cómo podría haber sido Meena Harper la encontrada? Ella estaba con el Príncipe anoche, y el Príncipe está aquí para detener los asesinatos, no para cometerlos.

Alaric, decepcionado, se encogió de hombros. No es que le hubiese gustado ver a Meena Harper muerta, por supuesto. Ella era su única pista para encontrar al Príncipe, y ella también era, si lo recordaba bien, muy bonita, a su manera. Pero su muerte hubiese conectado el caso con el Príncipe. Y por lo tanto sus jefes le hubiesen permitido ir detrás del Príncipe, después de todo.

—No han identificado a la chica muerta aun —dijo Holtzman. Y se arrodillo a un lado de la piscina, cuidando no estar en ningún lugar mojado, y estaba hablando sin mover sus labios. Como si nadie en la piscina supiera que se conocen el uno al otro—. Justo como a las otras.

—Entonces podría ser Meena Harper después de todo —dijo Alaric, pensando un poco arrepentido en cuanto a las formadas piernas y oscuro cabello de Meena Harper.



—No es ella —dijo Holtzman furioso—. Vi una foto de ella. La chica muerta tenía el cabello largo. Meena Harper lo tiene corto. ¿Podrías ya dejar tu obsesión con Meena Harper?

—No estoy obsesionado con ella —dijo Alaric—. Es sólo que si fuéramos a atrapar al Príncipe...

—Nosotros no vamos a hacer nada —dijo Holtzman—. Yo lo voy a atrapar a él. Tú irás tras el asesino. Quiero que te vistas y mires las fotos de los pasaportes de emigrantes recientes y busques a una chica que encaje con su edad estimada y descripción. Ellos piensan que por su trabajo de dentadura podría descender del este de Europa, también, como las otras.

—Bien —dijo Alaric. *Pérdida de tiempo*, pensó—. Pero si yo fuera tú, lo que hiciera esta mañana sería darle una visita a Meena Harper.

—¿Oh, tu lo harías, cierto?

—¿Bueno, que crees tú que ella y Lucian Antonescu hicieron anoche? No volvieron a la casa de ella. Ella sabe dónde se está quedando el murciélago. Averigua dónde es eso, y lo atraparemos.

—Tengo una mejor idea —dijo Holtzman—. Pensé en que debería ir a hacerle una visita a Emil y Mary Lou Antonescu.

Alaric salpico una enorme cantidad de agua sobre su jefe.

—¡Detente! —Holtzman chilló, retrocediendo—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Algunos de los vendedores de implantes dentales en el lugar rieron.

—Dile una palabra a los Antonescu, y tendrás a toda la civilización Dracul en Manhattan sobre nuestra cabeza. —Alaric declaró. Estaba molesto ahora, realmente molesto. Primero Holtzman había arruinado su momento para nadar. Y ahora estaba tomando unas estúpidas decisiones burocráticas que solo harían de su trabajo uno más difícil.



—No sé como el Príncipe no nos vio anoche —Alaric dijo—. Pero evidentemente no lo hizo. Lo sé porque todavía estamos vivos, y los Antonescu no se han mudado del 910 Park Avenue. ¿Sabes cómo se eso Holtzman? Porque todavía respiro y llame al edificio esta mañana pretendiendo ser el reparador del cable preguntando por una conexión en su apartamento. Y ellos todavía están allí.

Holtzman miro por un tiempo a Alaric, su mirada con ojos marrones perturbada. —Sabía que debía haberte dado un descanso psicológico —dijo—. No estás en condiciones para encargarte de tu trabajo. Tu...

—Soy lo mejor que tienes, Holtzman —dijo Alaric, saliendo de la piscina, tomo la toalla que su jefe había tirado al piso—. Atraparé a tu asesino. Pero más importante, atrapare al Príncipe, también. Solo déjame hacer mi trabajo sin decirme como, de una vez. Sin manuales. Sin reglas. Solo vampiros muertos. —Su jefe lo observo. Alaric estaba bien consciente de que la mirada de su jefe se había desviado a su musculoso torso. ¿Y por qué no lo haría? Alaric se cuidaba muy bien a sí mismo, ejercitándose regularmente con pesas además de nadar. Tenía una figura muy intimidante. Incluso un vendedor de implantes dentales no podría evitar mirar. Luego se dio cuenta de que la mirada de Holtzman se había posado en una parte particularmente fea, una cicatriz justo debajo de las costillas de Alaric, donde uno de los vampiros en Berlín se las arreglaron para una sección de su piel (usando sólo sus colmillos de tiburón), mientras Alaric estaba tratando de sacar a Martin de la quijada de otro vampiro. Alaric bufo. Sabía porque Holtzman estaba mirando. Los doctores del vaticano habían sugerido cirugía plástica.

Pero Alaric se negó. No le gustaban los hospitales, y menos los procedimientos médicos innecesarios. Holtzman, supuso Alaric, estaba asumiendo que Alaric se negó a deshacerse de esa cicatriz por la misma razón por la que se rehusó al apoyo psicológico después del incidente en Berlín. Y lo importante que era que él se deshiciera de todos los vampiros del mundo. —Si quieres encontrar un vampiro —Alaric dijo, ignorando la mirada de Holtzman y el hecho de que este estaba buscando algo que decir sobre la cicatriz—, le preguntas a su último almuerzo. En el caso del Príncipe, esa es Meena Harper, en el 910 de Park Avenue, apartamento 11B.

Eso pareció distraer a Holtzman de la cicatriz.



—Muy bien —dijo—. Por eso es que voy esta tarde a su apartamento pretendiendo que soy...

—Abraham —Alaric lo interrumpió—. Él tipo con un cheque por una herencia de un pariente lejano no va a funcionar. Ella no te va a creer. ¿Quién le dejaría una herencia a un Príncipe? El es muy rico.

—¡Oh! —Holtzman parecía desilusionado—. Cierto. No había pensado en eso.

—Es por eso que yo voy a su apartamento esta noche —dijo Alaric—. Y hare la entrevista a mi manera.

—No creo que eso sea muy sabio —dijo Holtzman—. De hecho, te prohíbo que vayas. No lo permitiré.

Sorprendido, Alaric lo miro. —¿Por qué no?

—Porque tu solo harás eso que haces siempre con tu espada. Sabes que hemos recibido quejas sobre eso, Alaric. A las personas no parece gustarle.

—Ella acaba de pasar la noche con el Príncipe de la Oscuridad —Alaric dijo indignado—. ¿Crees que yo soy más tenebroso en comparación? —Alaric encontró desilusionante que Holtzman solo mirara su cicatriz en lugar de responder. Su cicatriz no era tenebrosa. Lo que sí lo era, en opinión de Alaric, era el traje que Holtzman vestía.



CAPÍTULO 31

Traducido por: Virtxu
Corregido por: Andy Parth

10:30 A.M. EST, Viernes, Abril 16

BAO

155 Avenida de las Américas

New York, New York

—Bueno, mira esto —dijo Leisha cuando Meena se presentó ante su estilizada estación esa mañana en BAO—. Alguien está siendo una chica mala, mala.

Leisha estaba tendida a lo largo, las piernas desnudas cruzadas en los tobillos como una reina Nubia en su estilizada silla, equilibrando una ensalada grande de pollo a la plancha, en un recipiente de plástico para llevar sobre su abultado vientre, a pesar de que el dueño del salón, Jimmy, tenía una norma estricta de no comer en su estación.

Pero las reglas de Jimmy no se aplicaban a Leisha desde que ella era su estilista más popular y embarazada de siete meses, además. Sería un desastre para Jimmy —y BAO— si Leisha renunciaba.

Meena señaló sin palabras a la silla vacía al lado de la estación de Leisha.

—Tómala —dijo Leisha, agitando una mano, sus pulseras tintinearón, sus uñas, notó Meena, tenían una reciente manicura francesa. Alguien en el salón había estado usando sus dedos para practicar.

—Ramone se tomó el día libre porque descubrió que su novio no se ha eliminado de Grindr²³. Así que —Leisha le lanzó una mirada con agravantes—, estoy totalmente enfadada contigo. Jon dijo que fuiste a pasear con un tipo después de la fiesta de la condesa, y luego nunca apareciste. Y esta mañana en las noticias, dijeron que

²³ Grindr: es una aplicación para iPhone con la que puedes estar en contacto con tus amigos o conocer gente nueva desde ese dispositivo. Va dirigido para un público gay.



encontraron a otra chica muerta. Obviamente, he estado aquí sentada toda la mañana pensando que eras tú. Al menos hasta que finalmente me mensajeaste de vuelta. Estaba muy preocupada. Puedes preguntarle a cualquiera. Estaba enferma.

Meena miró fijamente a la ensalada de pollo. —No estabas tan enferma si pudiste ordenar un almuerzo temprano sin mí.

—Esto no soy yo —dijo Leisha, apuntando a su vientre—. ¡Es él! No le importa lo que te pase. Está muriéndose de hambre. Y da patadas. Oh, Dios mío. No vas a creer lo que ha estado pateando toda la mañana. Y todo es por tu culpa.

—¿Cómo que mi culpa? —preguntó Meena, inclinándose y cogiendo a Jack Bauer y poniéndolo en su regazo. Él se acurrucó contra ella, necesitando un poco de TLC. Ahora que Lucien no estaba alrededor, estaba de regreso a su normal, sin gruñidos, sí mismo.

—¡Por llevarme a través de todo eso! —Declaró Leisha—. ¿Crees que Thomas no puede sentir el miedo que tenía por ti? ¿En qué estabas pensando? Nunca te vayas con desconocidos. ¿Qué pasó por tu cabeza, Harper?

Meena le dio a Jack Bauer una buena rascada debajo de su cuello, y éste echó hacia atrás la garganta con éxtasis.

—Él no era un tipo extraño, Leish —dijo, en lugar de señalar que el médico de Leisha había conseguido equivocadamente el sexo de su bebé, lo cual no le pareció que fuera útil—. Él era el chico de la otra noche. Con los murciélagos.

Leisha miró fijamente. —Pero eso es imposible.

Meena rascaba al perro con tanta fuerza que su pata trasera comenzó a golpear. Ella bajó el tono.

—No —dijo ella—. No es imposible. Resumiendo. Lucien Antonescu, el hombre con el que la condesa estaba tratando de emparejarme. Es la misma persona que me salvó de los murciélagos fuera de la Catedral. Sé que parece una locura. Pero es verdad. Y, Leish, me gusta. Más que yo a él.



Leisha negó con la cabeza. —No me extraña que vinieras directamente aquí en lugar de ir a casa antes de trabajar. Estás teniendo una crisis mental.

Meena frunció el ceño. —¿Cómo que estoy teniendo una crisis mental? ¿Crees que me lo estoy inventando?

—No. ¡Porque eso es tan confuso!

—¿Porque me acosté con él?

—¡Porque es tan extraño que sea la misma persona! —declaró Leisha—. Por supuesto que te has acostado con él. Y espero que le gustes. Viendo como nos asustaste a todos casi hasta la muerte por desaparecer en la noche con él. —Puso su ensalada de pollo abajo en el stand del secador de pelo rodante entre sus dos sillas y trató de ponerse tan cómoda como una mujer con siete meses de embarazo podía—. Así que, ¿Cómo fue?

—Fue... —Meena levantó la vista hacia el techo, que Jimmy había dejado abierto, a pesar de que había pintado toda la red de conductos de color plateado y negro y el techo pintado detrás de él era de un profundo color púrpura—. Increíble —dijo ella, suspirando—. En serio. No conozco otra manera de describirlo.

—Adjetivos, por favor —dijo Leisha—. He estado teniendo relaciones sexuales con el mismo hombre durante casi siete años, y estoy por encima de esto. Quiero detalles. ¿Hundió tu acorazado?

—Leish —exclamó Meena, riendo.

—En serio —dijo Leisha—. No me importa nada más. Oh, espera, lo hace. ¿Cuál es su fecha de vencimiento?

Meena contempló a su amiga con un rostro envuelto en sonrisas. —Esa es la mejor parte. Él no tiene una. O quizás es sólo...

Meena dejó que su voz se apagara. Había estado a punto de decir, tal vez era sólo que su capacidad de predecir las muertes de la gente se estaba desvaneciendo.

Pero sabía que no era cierto. ¿Qué pasaba con el bebé de Weinberg y la extraña sensación que había sobre ella?



Tenía que decirle a Leisha. Tenía que hacerlo.

Pero ¿cómo podía hacerlo sin asustarla hasta la muerte?

—¿Tal vez es sólo qué? —Leisha la dirigió una mirada exasperada—. ¿Qué te pasa? Te ves tan extraña. ¿Estás segura de que estás bien? Creo que es posible que tengas fiebre o algo así. Déjame sentir tu frente.

Los dedos de Leisha se sentían frescos sobre la frente de Meena. Meena lamentó que no los mantuviera ahí para siempre. Tal vez ella tenía fiebre.

—Hmmm —dijo Leisha—. Definitivamente estas un poco caliente. ¿Qué te ha hecho ese chico exactamente? ¿Es la euforia de un nuevo romance? ¿O te contagió la gripe porcina?

—Oh, Leish —dijo Meena—. Él fue tan genial. —Sabía que estaba siendo demasiado efusiva, pero no podía evitarlo. Todavía podía oler a Lucien en las partes de la piel donde le había besado al despedirse.

—Él es tan... diferente a los otros chicos que he conocido últimamente, ¿sabes? Quiero decir, que ni siquiera sabe lo que es *Call of Duty*. Y él me hizo el desayuno. Me preguntó cómo me gustaban los huevos. Y me preparó un baño. Y él era agradable con Jack, a pesar de que Jack se comportaba como un loco total y no hizo más que gruñirle toda la noche. Y...

—Así que fue perfecto —dijo Leisha, acabando por ella.

—Fue perfecto —dijo Meena. Entonces se le ocurrió algo, y se mordió el labio inferior—. Excepto...

—¿Qué? —Las oscuras cejas de Leisha cayeron hacia abajo—. No me digas. Está casado. Tiene una esposa de vuelta en Estonia.

—Rumania —dijo Meena, corrigiéndola—. No, por supuesto que no. No es eso. Hay algo... bueno, no te rías. Pero hay algo... triste en él.

—Triste —Leisha sacudió la cabeza con su largo cabello negro, el cual había enderezado con un peine caliente y luego rizándolo formando un peinado retro y



atrevido, que caía por sus hombros—. ¿Qué quieres decir con triste? ¿Al igual que perdedor? ¿No has tenido suficientes perdedores después de David?

—No —dijo Meena—. No perdedor-triste. Más bien como si algo muy triste le hubiera ocurrido una vez. Y nunca lo superó.

—Tal vez su esposa murió al dar a luz —dijo Leisha. A Leisha, a diferencia de Meena, le encantaban las películas con finales tristes, mientras más triste, mejor. Leisha era una gran seguidora de Nicholas Sparks—. ¿O murió en un trágico accidente de coche apenas unas horas antes de que se casaran? ¿O se ahogó hasta la muerte en una avalancha de lodo en Perú, mientras ayudaba a huérfanos?

Meena le dirigió una mirada sarcástica.

—Volviendo a la realidad —dijo Meena—. Creo que tuvo una infancia bastante mala. No parecía querer hablar de ello. Después, ya sabes, le pregunté por su familia, y él dijo que sus padres estaban muertos. Dijo que tiene un medio hermano, pero que no está cerca.

—Bueno, ahí entras tú —dijo Leisha, un poco decepcionada porque no tuviera una esposa muerta que pudiera ser interpretada por Rachel McAdams en la versión cinematográfica de la historia—. Sólo necesita el amor de una buena mujer para darle aplomo. Una mujer como tú... ¡la mujer a la que salvó de un ataque de murciélagos! Es tan romántico. A excepción de la parte en la que se acuestan en la primera cita. Eso está totalmente tan fuera de tu personaje. Déjame sentir tu frente otra vez. Quiero ver si la fiebre ha ido a peor.

Leisha estaba sintiendo la frente de Meena de nuevo cuando un hombre joven, con su piel casi tan oscura como la de Leisha y su pelo negro cortado con un suave tinte —una creación de Leisha, Meena no lo dudó, ya que se adaptaba perfectamente a su forma de la cara— apareció frente a la estación de Leisha.

—Oh, Dios mío, Meena —exclamó con una sonrisa enorme—. ¡Y Jack Bauer Segundo! ¡Estoy tan contento de verlos a los dos! —Él caminó directo a ella, levantó a Jack Bauer de su regazo, y comenzó a hacerle mimos. Jack lamió su rostro emocionado—. ¡Leisha me dijo la buena noticia!



Meena lo reconoció como Roberto, uno de los estilistas de BAO-en-formación.

Pero ella no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—¿Buenas noticias? —Se hizo eco mientras se recostaba de nuevo en su silla

—Acerca de *Insaciable* —dijo Roberto mientras frotaba las orejas de Jack Bauer—. Por fin obtuviste algunos vampiros en él. ¡Estoy tan emocionado! Ya era hora. Me encanta Gregory Bane. Estoy pegado a la pantalla cada vez que se enciende. Él y el otro tipo, ¿el de las películas de vampiros basadas en los libros? Oh, Dios mío, son tan calientes. Quiero que hagan un sándwich vampiro conmigo.

Meena lanzó una mirada ofendida a Leisha.

—Oh —dijo—. Bien.

—Oh, y seguí tu consejo, recuerdas, ¿la última vez que estuviste aquí? Le dije a Felipe que de ninguna manera iba a ir a Marocco por nuestro aniversario, como él quería. —Roberto continuó, acariciando a Jack detrás de las orejas—. Como me dijiste. Le dije que deberíamos ir a las Bahamas en su lugar. Así lo hicimos. Y sucedió lo más extraño: ¿El hotel en el que Felipe había hecho la reserva, el único en Marocco? ¡La misma semana en que se suponía que debíamos estar allí, algunos atacantes suicidas lo hicieron estallar! ¿Puedes creer eso? ¡Era como si tú lo supieras o algo! Felipe no puede creer cómo de afortunados somos de no haber estado allí. ¡Podríamos haber estado sentados allí tomando el desayuno y haber muerto!

Meena le dio a Roberto una sonrisa acuosa. Lo único en lo que podía pensar, por supuesto, era en las personas que habían estado allí tomando su desayuno y que habían muerto... los que ella no pudo salvar. Al igual que Angie Harwood.

—Me alegro de que tuvieran un buen tiempo en las Bahamas —dijo Meena mientras Leisha la miraba con ojos de búho detrás de Roberto.

—Oh, ¿estás bromeando? —Roberto estaba radiante—. Fue lo mejor. Escucha, ¿así que quién conecta con el vampiro en *Insaciable*? ¿Va a ser Victoria Worthington Stone o Tabby? Porque realmente creo que debería dejar que Tabby consiguiera a alguno. Ella es como la virgen adolescente más antigua de la televisión.



—Roberto —dijo Leisha, interrumpiéndole. Su paciencia con sus compañeros de trabajo nunca había sido su fuerte, pero desde su embarazo había ido decayendo más y más—. Tengo sed. ¿Por qué no corres de vuelta y nos traes a Meena y a mí un par de refrescos? Y un recipiente con agua para Jack Bauer.

—Oh, no hay problema, cariño —dijo Roberto. Con evidente reticencia, puso a Jack Bauer de vuelta a las rodillas de Meena—. ¿Quieres un poco de fruta o algo así?

—¿Mango? —Sonrió Leisha. Cuando Leisha sonreía, nadie podía negarle nada. Ha sido así desde que ella y Meena eran niñas—. Córtalos en pequeños trozos, ya sabes, cómo lo hiciste la última vez. Eso estuvo tan bien.

—No hay problema —dijo Roberto. Él se escurrió fuera a cumplir con el deseo de Leisha.

Leisha volvió su mirada oscura y con gruesas pestañas hacia Meena.

—Está bien —dijo. Se ha ido. Lo siento por eso. Gracias por salvarle el culo con la cosa de Marocco, por cierto. De hecho, le estaría echando de menos si hubiera volado en pedazos con todas esas otras personas. Y no sólo porque me trae mango recién cortado. De todos modos, de vuelta a Lucien. Así que... irresistiblemente atraída por el chico extranjero increíblemente guapo con un secreto oscuro y profundo. No es que tú sepas algo acerca de tener un secreto oscuro y profundo. ¿Qué hizo él exactamente para que te metieras en la cama con él, en primer lugar? Eres tan reprimida que ni siquiera te duchas en el vestuario con el resto de nosotras después de la clase de gimnasia, ¿recuerdas? Es por eso que Angie Harwood solía llamarte Steenka Meena.

Meena se sonrojó de nuevo.

—Bueno, para empezar, me llevó en un tour privado fuera de hora por el Met —dijo— Ahí es donde vi por primera vez lo triste que parece... y no sé... simplemente... se sentía bien. A mí me gusta este chico, Leish.

Leisha miró fijamente. —Uh-oh —dijo—. No me gusta esa mirada en tus ojos, Meena. No es sólo me gusta este tipo. Lo quieres. Peor aún... vas a salvarlo. ¡Admítelo!

—¿Y qué si lo hago? —Meena miró hacia abajo a la parte superior de la cabeza de Jack Bauer y suspiró—. No importa. Vuelve a Rumania.



—¿Cuándo? —preguntó Leisha.

—No sé —dijo Meena, encogiéndose de hombros—. No le pregunté. No quiero ser esa chica, ¿sabes?

—¿Quieres decir que no quieres ser tú misma? —preguntó Leisha.

—Cállate. —Luego Meena se iluminó—. Me pidió que fuera esta noche a la sinfonía.

Leisha hizo una mueca. —Oh, ¡uf! ¿Acaso él siquiera conoce tu verdadero tú?

—Me encanta la sinfonía —dijo Meena en señal de protesta—. Ocurre que soy extremadamente culta. Yo tocaba el clarinete en sexto grado.

—Um, penosamente, si mal no recuerdo —dijo Leisha—. Eras como la vigésima silla. De veintiuno.

—Lo dice la persona que se sentaba en la silla veintiuno —replicó con ironía Meena.

—Así que él no sabe nada de esto —Leisha tamborileó la cabeza—, ¿no?

Meena hizo una mueca. —¿Por qué le contaría eso? No voy a estropearlo al igual que he estropeado cualquier relación que he tenido con otros tipos.

Leisha frunció el ceño. —Meena. En serio. Si deseas que esto llegue a alguna parte, tienes que ser honesta con él. No puedes jugar. Tu capacidad es una gran parte de lo que eres.

—Pero no la única parte —exclamó Meena.

—¿Te refieres a la parte en que no quieres tener hijos? —preguntó Leisha deliberadamente.

Meena puso ojos como platos. Se quedó sin habla.

—No estoy tratando de ser hiriente —insistió Leisha. Ella no estaba bromeando—. Creo que eres increíble. ¿Por qué otra cosa podría haberte escogido para ser mi mejor amiga, en vez de a Lori Delorenzo? Tenía el pelo mejor que tú. Creo que eres generosa, hasta el punto en el que te metes en problemas a veces. Te preocupas de los



extraños, otra vez, hasta el punto que te sales de tu camino para ayudarlos, lo cual creo que está un poco por encima y más allá. Y eres divertida e inteligente y bonita y dulce. Pero la verdad es, Meena, si este tipo está a tu alrededor, va a descubrir quién eres realmente. Al igual que él va a darse cuenta que no te gusta la sinfonía. Tal vez sólo debes ser directa con él desde el principio y ver qué pasa. Puede que te sorprenda.

—¿Al igual que con David? —Meena dio una risa sarcástica—. No lo creo. Tal vez él llegue fácilmente a conocer a la verdadera Meena Harper un poco cada vez.

—Sí, bueno, parece que llegó a conocer al menos una parte bastante buena de Meena Harper anoche —dijo Leisha con una risa sarcástica. Luego se puso seria—. Hablando en serio, Meena. Sé que soy una perra con Adam, pero la razón por la que hemos durado tanto tiempo es porque es el primer chico con el que he estado con quien he sido capaz de simplemente ser yo misma en todo, sin tabúes. Si no puedes ser quien eres realmente con este tipo, puede ser que sea mejor que estés sola.

Meena miró a su amiga, pensativa. Leisha tenía un punto... uno bueno.

Lo peor era que ella no sabía cuánto estaba sosteniendo Meena detrás de ella...

Meena iba a tener que decírselo.

Y a juzgar por el tamaño de su vientre y el nivel de alarma que estallaba en la cabeza de Meena cada vez que Leisha mencionaba el bebé, iba a tener que ser pronto.

—Oye —dijo Leisha, mirando su reloj—. ¿No deberías estar en el trabajo o algo así?

—Sí —dijo Meena lentamente—. Hay algo de lo que quiero hablar contigo... ¿Puedo dejar a Jack aquí hasta después del trabajo, luego vendré por él? Ya sabes que todo el mundo lo ama...

Roberto, que volvía con un cuenco de agua para el perro de Meena y un plato de mango en cuadrados perfectos para Leisha, escuchó esta última parte y se quedó sin aliento. —¡Sí, por favor! —gritó—. ¡Vamos a cuidar al cachorro!

Meena, reprimiendo el impulso de reír, miró a Leisha. —Es sólo que no quiero ir todo el camino hasta mi apartamento a dejarlo, ya que luego tendré que venir todo el camino de regreso al centro para ir a trabajar...



—¡Nos encanta el perrito! —gritó Roberto—. ¡Vamos a hacerle una pedicura al cachorro!

—Tú —dijo Leisha, mirando a Meena mientras se metía un trozo de mango en la boca—, me debes una.

—Realmente lo hago. —Estuvo de acuerdo Meena.

—Vas a ver a mi hijo para mí cuando nazca —dijo Leisha—. Gratis.

—Créeme —dijo Meena en voz baja mientras dejaba a Jack Bauer en los brazos de Roberto—. Ya lo hago.



CAPÍTULO 32

*Traducido por Evelin
Corregido por Andy Parth*

*1:00 P.M. EST, viernes, Abril 16
15 Union Square West, Penthouse
New York, New York*

—Esta es la última víctima —dijo Emil, llevando una carpeta roja y colocándola solemnemente encima de la mesa de granito negro.

Lucien miró fijamente la foto.

Probablemente había sido linda alguna vez... el tipo de chica que tuvo que haber tenido dificultades para contenerse de sonreír cuando una cámara estaba apuntando a su dirección.

¿Cómo había sabido eso?

Pero la violencia le había robado su belleza. Ahora su rostro era una máscara severa de color gris, con sombras color púrpura bajo sus ojos.

Y debajo de su cuello...

Lucien volteó la foto. Había visto ese tipo de estragos antes.

Pero no en los últimos siglos.

—Ellos estiman que su tiempo de muerte está alrededor de las tres de la mañana —dijo Emil. ¿Qué había estado haciendo a las tres de la mañana cuando la sangre de esta chica estaba siendo drenada de su cuerpo?

Lo sabía perfectamente bien. Si hubiera estado haciendo lo que había venido a hacer en la ciudad, ella podría haber estado viva en este momento.



—Los asesinatos están ocurriendo muy juntos —observó Emil—. Quienquiera que esté detrás de ellos, parece estar cada vez más desesperado. O ambicioso. Probó matar una vez y descubrió que le gustaba. Ahora lo quiere todo al tiempo. No quiere parar. Tal vez no puede parar.

—Tal vez —dijo Lucien. Él no sabía que creer de todos estos asesinatos—. Puede ser adictivo. Por eso no puede ser permitido. Pero estas marcas de mordedura no vienen de un solo individuo.

—Nos van a estacar a todos cuando finalmente los seres humanos se den cuenta de lo que está pasando —dijo Emil tristemente—, y decidirán erradicarnos como quiera la Palatina... igual que lo hicieron con tu padre.

Emil se estremeció, tal vez recordando como el padre de Lucien había conocido su ignominioso destino. Luego él se levantó y de repente sintió una acosadora culpa en la mirada de Lucien y espetó, —Es mi culpa, mi señor. La muerte de esta última chica es mi culpa, mía y sólo mía. Nunca debería de haber permitido que mi esposa la invitara... a nuestra casa anoche.

No cabía duda a quien Emil se refería. El nombre parecía permanecer en el aire del pent-house en la forma en que el aroma de su humanidad lo hacía...

Meena Harper, Meena Harper, Meena Harper.

Emil continuó. —Me doy cuenta de que al hacerlo, estuve muy equivocado. Evidentemente usted estuvo distraído de sus funciones. Entendería si decide matarme, mi señor, por mi grave negligencia.

Lucien miró al hombre pequeño, que estaba inclinando la cabeza, humildemente esperando que su cuerpo fuera levantado y arrojado hacia la luz del sol por las ventanas con protección UV, en donde instantáneamente se freiría en el sol como una patata crujiente.

Pero no podía culpar a su primo por lo que había sucedido la noche anterior antes de que él pudiera explicarlo. Aun no sabía por qué estaba tan convencido de que la chica de ojos oscuros en pijama que había rescatado esa noche fuera de la Catedral de St. George se convertiría en la fuente de su redención espiritual y emocional.



Ciertamente no la había tratado como uno trataría a un redentor. Había pasado la noche haciéndole cosas que, en la luz del día, no estaba seguro de que ella las recordara... pero tenía que ser admitido que en ese momento, ella parecía disfrutar plenamente de todas esas cosas.

Dios sabía que lo había hecho.

Ahora la esencia de Meena Harper parecía haber entrado en sus largas y vacías venas. Ellas zumbaban con su fuerza vital y su energía, dándoles una especie de vitalidad eléctrica.

Pero eso no era todo. Él parecía... saber cosas.

No podía explicarlo. No tenía sentido. Era casi como una especie de... locura. Su locura, exactamente la mismas imágenes parpadeantes que él había visto ir y venir dentro de su cabeza cada vez que él entraba en ella. ¿Cómo había sabido, por ejemplo, que la chica en la foto tenía dificultades para contenerse de sonreír cuando había una cámara alrededor?

La chica de la foto estaba muerta. Y él nunca la había conocido.

¿Qué significaba eso?

No lo sabía todavía.

Pero sabía que significaba algo diferente.

Y esa diferencia, después de cinco siglos, era buena.

Muy, muy buena.

—Está bien, Emil —dijo él. Se sentía tan bondadoso hacia su primo. Lo cual era ridículo. Simplemente una semana antes, habría estado furioso por este colosal lío. ¿Era Meena Harper la que hacía que él se sintiera tan suave?

¿O era algo más?

Emil levantó la cabeza, confundido.



—Entonces... —él miraba alrededor de la habitación, como esperando ver a otro de los sirvientes de Lucien aparecer, con una estaca en la mano—. ¿No quiere matarme, mi señor? ¿O a mi esposa?

—Creo que han habido suficientes muertes últimamente —dijo Lucien suavemente—. Por qué no nos concentramos mejor en encontrar a este asesino y detenerlo, o detenerlos. ¿Me dices que nadie —preguntó Lucien, levantándose de la mesa y dirigiéndose hacia las ventanas—, fue capaz de darle a la policía algún tipo de descripción de un sospechoso? ¿Nadie en absoluto vio cuando botaron el cuerpo o cualquier cosa alrededor de él?

Emil, pareciendo inmensamente aliviado para tomar un respiro, agarró las carpetas y luego pasó las hojas rápidamente.

—Oh, bastantes —dijo él—. Hay muchos sospechosos posibles, la policía todavía está entrevistándolos a todos. Todo el mundo cree que vieron algo. Lo cual significa, por supuesto, que nadie vio nada. Porque quien hizo esto tiene el suficiente sentido común para limpiar la memoria de cualquiera que pudiera haber visto algo útil.

Lucien frunció el ceño, mirando a la ciudad. Podía ver la advertencia de las luces de color rojo en las torres del aeropuerto en la distancia al otro lado de East River.

Las luces le recordaban la llama que había visto la otra noche en los ojos de su hermano. Dimitri siempre había estado hambriento de poder, siempre buscando nuevos caminos para extender sus negocios, su dominio, su control. Eso casi lo mata cuando su padre le había dejado toda su inmensa fortuna a su hijo mayor... aunque Lucien siempre había sido el más dispuesto a compartirla.

¿El hambre de Dimitri por riquezas y poder se extendió a otras cosas, también? Lucien no lo sabía a ciencia cierta.

Lo cual era algo triste para un hombre tener que admitir algo como esto de su propio hermano.

Lucien se dio la vuelta y se apartó de la ventana con un sobresalto. Emil había estado hablándole todo el tiempo y él no había prestado ni la más mínima atención. —Por supuesto —dijo él. Sin importar lo que fuera, Lucien estaba seguro de que Emil se



ocuparía de eso admirablemente, mientras hacía todos sus esfuerzos para el beneficio del Príncipe—. Emil.

—¿Señor?

—Voy a tener que cancelar mis planes previos para esta noche.

Emil parecía inseguro. —¿Mi señor?

Lucien ignoró el pulso en sus venas —era una nueva sensación... o al menos una que no había sentido en medio milenio— y dijo: —Había hecho planes para ir a la sinfonía esta noche con la Señorita Harper. Pero a la luz de... esto... —indicó las carpetas sobre la mesa—. Obviamente tengo asuntos más urgentes que atender.

—Oh —dijo Emil, sus ojos reflejaban una verdadera decepción—. Ya veo. Por supuesto. Yo me encargo de eso. Pero ¿Está seguro? Seguramente hay tiempo para el placer así como...

—Después. —Los edificios del centro de la ciudad de Manhattan se extendían bajo él. En algún lugar allí abajo, él sabía, se ocultaba un asesino. Más de uno. Necesitaba encontrarlos y detenerlos.

¿Pero sería antes de que mataran de nuevo?

—Cuatro mujeres ya han muerto —dijo Lucien—. No puedo permitirme ser tan negligente otra vez.

Pero cuando él lo dijo, supo que sería una cuestión de sólo unas horas antes de que comenzara a desearla ardientemente de nuevo. Él hablaba de que los asesinos eran adictos.

Sin embargo, ¿Quién era precisamente el verdadero adicto?



CAPÍTULO 33

*Traducido por Evelin
Corregido por Andy Parth*

2:00 P.M. EST, viernes, Abril 16

Edificio ABN

520 Madison Avenue

New York, New York

—Sé quién eres —dijo Tabitha Worthington Stone sin aliento—. O supongo que debería decir lo que eres.

—¿Lo sabes? —el alto joven de cabello oscuro la observaba con una mirada que ardía, con una leve sonrisa en sus labios perfectamente formados—. ¿Qué soy?

—Eres un...un... —Taylor apartó la mirada, mordiéndose el delicioso labio inferior y lanzando un brazo dramáticamente sobre su frente—. ¡No! No puedo decirlo. ¡No es posible!

—Dilo. —Maximillian Cabrera la agarró por los hombros—. ¡Sólo dilo!

—Oh, oye. —Paul, uno de los escritores, asintió hacia Jon—. ¿Estás aquí para ver a Meena?

Jon retiró su mirada de la escena increíblemente apasionada que estaba siendo rodada en el vacío escenario de grabación en frente de él. Taylor Mackenzie de alguna manera se las había arreglado para lucir sexy en unos leggings y una chaqueta de punto de color gris, la cual llevaba abierta sobre su vientre, revelando la camiseta negra.

Lástima que Jon no tenía nada bueno que decir de su colega de reparto, Stefan Dominic. Él pensaba que Dominic se veía terrible, con los delgaduchos jeans negros, el cabello grasoso y el rastrojo de una barba de dos días sin afeitarse.



De ninguna manera le iban a dar la parte, pensó Jon. Serían más inteligentes si se lo daban a alguien con un corte y una apariencia más limpia. Como Jon, por ejemplo. Dominic era tan... evidente. Es decir, para alguien que se supone que debe interpretar un vampiro.

—Sí —le dijo Jon a Paul—. Quiero decir, Meena sabe que estoy aquí, de todos modos. Tuve que llamar para que la seguridad me dejara pasar como visitante. —Señaló su pase de visitante, enganchado en el cuello de su chaqueta de jean—. Pero no la he visto en ninguna parte.

—Está en su oficina —dijo Paul—. Bajo la pila de guiones que acabo de entregarle. Será mejor que tengas cuidado. Está de un humor de perros.

Jon frunció el ceño. —¿En serio? ¿Por qué?

—Si tuviera que adivinar, es por eso —dijo Paul, asintiendo hacia el estudio de grabación.

Fran y Stan, los jefes de Meena, habían salido frente a las cámaras y estaban dándole a Taylor y a Stefan algunos comentarios.

—Eso fue fantástico —Fran, una señora de mediana edad con un montón de collares y colgantes y con el cabello salvajemente rizado de color gris, estaba diciendo—. Stefan, me pusiste la piel de gallina.

—Gracias —dijo Stefan lacónicamente, parado en los huesos de su cadera los cuales sobresalían. Jon quería golpearlo en los riñones.

—¿Verdad, Tía Fran? —Una delgaducha chica con el cabello negro que vestía una falda recta salió detrás de un hombre corpulento. Shoshona, se imaginó Jon. Y el hombre corpulento era el jefe de Meena, Sy—. Él es simplemente brillante.

Brillante. Tan brillante como Jack Bauer. El perro, no el interpretado por Kiefer Sutherland.

—Gracias —dijo Stefan de nuevo, retirando de sus ojos algunos de sus cabellos de aspecto sucio.



—Tengo una sensación muy buena con él —dijo Taylor con la voz un poco tintineante—. Creo que tenemos buena química. Él funciona conmigo.

Oh, Dios, pensó Jon con un gemido interior. ¿Por qué se había molestado en aparecer? Esto era una tortura. Ver, realmente ver, en la vida real, no en la pantalla de un televisor, a su amada Taylor en los brazos de otro. Era demasiado.

Y entonces la siguiente cosa que Jon supo fue que Taylor se dirigía hacia él en sus pequeños tenis de color blanco. Él contuvo la respiración, y su estómago, aunque no tenía mucho, porque esta vez realmente se había estado ejercitando, no sólo diciendo que lo iba a hacer, ya que él iba en serio con lo del examen de la policía, y dijo: —Hey, Taylor —mientras ella pasaba, dejando un suave aroma de toronja.

Ella volteó la cabeza y lo miró, con sus brillantes labios abiertos con sorpresa... luego los estiró hacia arriba en una sonrisa de reconocimiento.

—Oh, hey... —Ella claramente no podía recordar su nombre.

—Jon —dijo él rápidamente—. Jon Harper. ¿El hermano mayor de Meena Harper?

—Oh, claro —dijo ella, riéndose disimuladamente—. Soy demasiado mala con los nombres. ¿Cómo te va?

—Genial —dijo él. Su corazón latía como un balón de baloncesto—. Acabo de ver la última parte de esa escena contigo y... cuál sea su nombre. Fue un trabajo fantástico.

—Oh, gracias —dijo Taylor con los ojos brillantes—. Su nombre es Stefan. Va a interpretar el nuevo vampiro en el show. Estoy muy emocionada porque esto en realidad va a tener una demostración más joven para el show. ¿No es Stefan fabuloso?

No, pensó Jon. *Tú eres fabulosa. No Stefan. Ese tipo apesta.*

—¿Así que definitivamente van a añadir a ese tipo al reparto, huh? —preguntó Jon—. Porque, ya sabes, hice algo de actuación en la secundaria...

—Oh, creo que sí —dijo Taylor—. La red lo quiere. Y él tiene el mismo manager de Gregory Bane, ya sabes, el de *Lust*. Ese tipo de allá. Dimitri... algo.



Ella señaló a un hombre que estaba parado en una esquina, hablando con Stan, Fran, Sy y Shoshona. Dimitri-algo era enorme —físicamente, justo tan alto y ancho de espalda como el Príncipe de Meena— y llevaba un impecable traje hecho a medida que probablemente le costó tres mil dólares más o menos. Él parecía tener una par de guardaespaldas.

Así que, también era rico.

Otro tipo al que Jon tenía que golpear en los riñones.

—Interesante —dijo Jon, pretendiendo no importarle—. Hey, ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Quieres ir por un trago?

—Oh —dijo Taylor—. Me gustaría, pero tengo que reunirme con mi entrenador. Tal vez la próxima vez, ¿de acuerdo?

Entonces ella se puso de puntitas, colocando una mano en la suya para sostenerse y le dio un besito —tan suave como el roce de las alas de una mariposa— en su mejilla.

Y luego se fue, alejándose para ejercitar una gordura imaginaria.

Jon se quedó mirándola durante uno o dos minutos antes de que fuera capaz de salir por sí mismo del hechizo que ella había arrojado sobre él, para luego buscar a su hermana. Finalmente la encontró exactamente en donde Paul había dicho que estaría, en su oficina, la cual, hablando en serio, era más un cubículo que una oficina, aunque tenía una pequeña ventana con vista.

Ella estaba tecleando furiosamente, las páginas se desparramaban sobre su escritorio y otras disponibles se esparcían en la superficie en una aparente forma aleatoria, sin embargo, Jon sabía por experiencia que si alguien se atrevía a tocarlas. Ella le gritaría maldiciéndolo, porque había algún tipo de orden en ellas; sin embargo, sólo su hermana sabía cuál era.

—Hey, Meen —dijo Jon. Dado que no había muchos asientos para elegir, se instaló al lado de una pila de guiones amontonados peligrosamente altos en una silla en frente de su escritorio.

—Lárgate —dijo ella. Sin apartar los ojos de la pantalla en frente de ella.



—¿Qué está mal? —preguntó él.

—Todo —dijo ella—. Nada. Sólo vete. Este lugar se está desmoronando. Como mi vida. No creerías las líneas que Fran y Stan, de ninguna manera Shoshona es lo suficientemente inteligente para escribir esto, me dieron para sustentar a la pobre Taylor. Sin mencionar a Cheryl. Hay una colocación de productos en todas partes. Ni siquiera he oído hablar de ninguna de estas cosas. No creo que sean productos de CDI.

¿Revenant Wrinkle Cream? ¿Strigoi Sunlasses? Incluso hay una especie de spa donde Victoria va para hacerse un rejuvenecimiento completo, ¿has escuchado hablar del Spa Regenerativo para un Despertar Juvenil?

Jon se encogió de hombros. —No. Pero, Meena, ¿qué esperabas? Tienen esta nueva historia de vampiros y CDI cree que el show tiene la oportunidad de conseguir algunos espectadores más jóvenes. ¿Por qué no lanzarían algunos productos? Están tratando de hacer dinero.

Ella suspiró. —No lo sé. Pensé que iban a mostrar algo de integridad. El respeto a la audiencia dedicada a este show y que ha tenido por treinta años. Pero Soy la idiota, supongo. De todas formas, ¿qué estás haciendo aquí?

—Oh —dijo él—. Estoy aquí para la audición.

—¿Cuál audición? —Meena lo miró perplejamente.

—Para la parte del vampiro —dijo Jon. Dios, ella en realidad estaba, realmente estaba, por fuera de eso.

—No hay ninguna audición —dijo—. Stefan tiene la parte. Sólo estaban asegurándose de que él y Taylor tienen química, lo cual básicamente significa que él no es más bajito que ella.

—Sí —Jon dijo con un poco de amargura—. Me di cuenta de eso ahora.

—Mira —dijo ella, volviendo a la pantalla de su computador—. Estoy realmente ocupada, es mejor que te vayas.

Paul tenía razón. Ella definitivamente estaba de un humor de perros.



—¿Qué pasa contigo? —preguntó él—. Quiero decir, entiendo que estés molesta por la trama de vampiros, pero podrías tratar de ser un poquito más agradable con la gente.

Le pareció oírla mascullar algo entre dientes como “Estoy tratando” y algo más sobre un bebé. Él no tenía idea de lo que ella estaba hablando. —¿Cuál bebé? —preguntó perplejamente.

—Sólo olvídale —ella le dijo a su monitor.

Pero no había escondido la expresión en su cara, la cual él reconocía muy bien. Y como un rayo caído del cielo, lo supo.

—¿Es por eso que has estado actuando como una psicópata últimamente? —demandó él—. ¿Tuviste una visión con el bebé de Adam y Leisha?

—No —ella dijo con una carcajada—. Claro que no. No seas estúpido.

—Esa fue la risa más falsa que he oído —dijo Jon, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué viste?

Ella dudó, luego abruptamente se dio por vencida.

—Bien —dijo ella—. No importa. Y no vi nada. Es sólo un presentimiento. Y ni siquiera es malo. Simplemente no quiero que Leisha se preocupe. Preocuparse de que algo malo podría suceder es lo que causa que en realidad pase. Así que no vamos a decirles nada, ¿de acuerdo? Porque no hay nada que contar.

Jon sacudió la cabeza. Nunca había entendido realmente el don de su hermana, pero había aprendido a respetarlo a través de los años. Excepto cuando las chicas se habían negado a salir con él porque era el hermano de “La Chica Vas a Morir”.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Positivo —dijo ella firmemente.

—Está bien —dijo Jon—. Entonces ¿Por qué estás tan molesta?

Ella abrió los ojos en su dirección y él se dio cuenta tardíamente de que había preguntado exactamente lo incorrecto.



—Espera —dijo él, alzando una mano mientras ella contenía el aliento—. Déjame ponerlo de otra manera. ¿Qué puedo hacer para que todo sea más fácil para ti?

Ella lo consideró. —¿Puedes ir al centro para recoger a Jack y llevarlo a casa? Lo dejé en el salón de Leisha cuando venía de la casa de Lucien esta mañana. Te lo agradecería tanto. Después de vender mi alma a la empresa todo el día, sólo quiero llegar a casa y...

—¿Comenzar a trabajar diligentemente en la gran novela Americana?

—...Prepararme para mi grandiosa cita esta noche —ella terminó con una sonrisa.

—Jesús —dijo Jon, levantándose de la pila de papel en la que había estado sentado.

—¿Te vas a ver con él de nuevo esta noche? Estás loca por este tipo.

La sonrisa de Meena se ensanchó. —Dijiste que debería ser más agradable con la gente.

—Me refería a mí, pero bien, recogeré al perro. Y no te preocupes —añadió—. No le diré nada a Leisha sobre tu rara no-visión en relación con su hijo por venir.

—Será mejor que no lo hagas —dijo Meena—. Considerando que no hay nada que contar. Vamos, te acompañaré a los elevadores.

Cuando se aproximaban al elevador, él oyó a Meena maldecir en voz baja. Levantó su mirada y luego vio el por qué. Fran y Stan estaban parados allí, junto a los archienemigos de Meena, Shoshona; Stefan Dominic; el manager de Stefan y los guardaespaldas. Toda una multitud.

—Hola, Meena —dijo Shoshona en una voz que chorreaba miel.

—Hola, Shoshona —dijo Meena. Ella parecía querer estar en cualquier parte menos allí.

—No estoy segura de que hayas conocido a nuestro nuevo miembro del reparto, Stefan Dominic —dijo Shoshona, dando vuelta hacia el chico delgado y de cabello oscuro al que Jon había estado queriendo darle un golpe hace sólo media hora o antes.



—No, no he tenido el placer —dijo Meena cortésmente, y estrechó las manos con el hombre que prontamente tendría el placer de introducir su lengua en la boca de Taylor Mackenzie diariamente.

—Mucho gusto —dijo Stefan Dominic mirando a Meena.

Meena, estaba estrechando la mano de Stefan Dominic, mirándolo casi inmóvil. Jon supo que ella estaba teniendo una de sus visiones.

—¿Nos conocimos antes? —preguntó ella curiosamente.

Era algo que normalmente no decía. Por lo general decía algo como “No tomes la autopista” o “Cambiaría el trigo por la harina blanca si fuera tú”.

—No lo creo —dijo Dominic.

—Me pareces familiar —Ella seguía sosteniendo su mano—. Puedo jurar que te he visto antes.

—Bueno, Meena —dijo Shoshona con una sonrisa un poco burlona—, Stefan es mi novio. Probablemente lo has visto aquí en la oficina conmigo.

—Oh —dijo Meena. Dejó escapar una risita avergonzada y soltó su mano—. Lo siento. Por supuesto.

Con eso, el elevador llegó y Jon entró en él, junto con Dominic y su manager, que se había despedido de Shoshona su tía y su tío.

El último rostro que Jon vio antes de que las puertas del elevador se cerraran y bajara en silencio con ellos fue el de Meena. Ella parecía confundida. Pero no era de extrañar: ella tenía muchas cosas para sentirse confundida. Jon no le dio a la confusión de Meena un segundo pensamiento.

En cambio, pensaba en cómo Taylor Mackenzie lo había besado. Eso parecía algo más placentero de pensar durante el viaje del elevador hasta el vestíbulo que la conversación que había acabado de tener con Meena.



Lo que Jon no se dio cuenta era que su pensamiento sobre Taylor Mackenzie en vez de su hermana en realidad salvó su vida durante el viaje en el elevador.



CAPÍTULO 34

*Traducido por: andre27xl**Corregido por: Andy Parth**5:00 P.M. EST, Viernes, Abril 16**910 Park Avenue**New York, New York*

Meena, luego de alcanzar cuidadosamente la recepción de su edificio, se dio cuenta de que estaba libre de la condesa e hizo una línea recta hacia el elevador.

No lo podía creer. Ella había pasado al portero —no a Pradip, agradadamente, no estaba cumpliendo su deber— y al ascensor sin encontrarse con su vecina. Esta semana había sido de montaña rusa, cayendo en picada de lo mejor a lo peor, a lo mejor de nuevo, tanto que no estaba segura de que esperar de un momento a otro. Ahora, parecía estar en otra subida.

Excepto que, justo cuando las puertas del ascensor se iban a cerrar, una muy familiar, mano con un pesado anillo de diamantes apareció para evitar que las puertas se cerrasen completamente.

Y luego Meena escuchó la voz con acento sureño de Mary Lou llorar, —¡Yoo-hoo! ¿Meena?

La puerta se abrió para revelar a la condesa parada allí, viéndose como si la mantequilla no se derritiera en su boca, usando un traje color durazno con un sombrero de juego y sosteniendo muchas bolsas de mano de compras de la tienda Bergdorf Goodman.

—Oh —dijo Meena. Apenas podía ocultar su decepción. Estaba contenta de haber ajustado su abrigo con tanta fuerza. Quizás Mary Lou no notara que todavía estaba usando el pequeño vestido negro de la noche anterior—. Hola, Mary Lou.



—Bueno, mírate —gritó Mary Lou—. ¿No estás luciendo sonrojada y linda como en una fotografía? Ya sabes, estaba pensando en ti. Vi a Jon, tu hermano, salir temprano y le pregunté que cómo estabas y dijo que no sabía, que no te había visto todavía hoy.

Meena hizo una nota mental para matar a Jon cuando llegara a casa del BAO con Jack Bauer.

—Oh, uh... —dijo inteligentemente. Deseó que el ascensor se cayera en picada y les permitiera a las dos su muerte.

No tenía tanta suerte, sin embargo. La puerta se cerró, y comenzaron el largo ascenso hacia el onceavo piso.

—Así que, ¿te gustó el Príncipe? —Mary Lou preguntó innecesariamente.

Meena hubiera pensado que era obvio que le gustaba desde que claramente había pasado la noche con él. —Oh —dijo, dándose por vencida. ¿Cuál era el punto? Estaba enamorada de Lucien Antonescu. El mundo entero se iba a enterar lo suficientemente pronto si se seguían viendo.

—Me gustó, de acuerdo. ¿Eso sonó tan necesitado?

—Estoy tan contenta —dijo Mary Lou, radiante—. Sabía que te gustaría. ¿No es guapo? Y simpático. Pienso que es tan agradable.

Luego Mary Lou, de todas las personas, se vio preocupada de que hubiese dicho algo malo. —Pero no tan agradable, ¿sabes? —Añadió Mary Lou—. Quiero decir, no es fácil. Lo he visto hacer cosas, bueno, que harían erizar tu cabello, déjame decirte.

Meena alzó las cejas. No tenía idea de lo que la condesa estuviera hablando. —Oh, no me hagas caso. Emil dice que tengo tendencias a hablar de más. Sólo quiero decir que Lucien es un hombre entre hombres real, si sabes a lo que me refiero.

Meena sabía exactamente a lo que se refería. Tenía los roces para probarlo.

Meena se dio cuenta que esta pequeña charla entre chicas podría ser una buena oportunidad para aprender una o dos cosas acerca del Príncipe. Aunque sólo les quedaban seis pisos, así que pensó que mejor tendría que apurarse.



—Pensé que había una pequeña cosa... melancólica acerca de él —dijo Meena.

—¿Melancólica? —Mary Lou se vio como si no estuviera segura de lo que significase esa palabra.

—Sí —dijo Meena. Sabía que tenía que pisar cuidadosamente. No quería decir nada que pudiera enviar a la condesa ladrando a Lucien, diciendo que Meena había estado hablando de él a sus espaldas. Necesitaba ser sutil. Dios, ¡había olvidado que tan duro era estar enamorada!—. Como si algo le hubiera sucedido... quizás en su niñez... ¿Qué lo haya puesto triste?

—Oh —dijo Mary Lou, llegando a la carnada como una campeona—. Es seguro. Su padre era un verdadero monstruo. ¡Pero su madre! No se puede pedir por una mujer más amorosa. Una santa viviente. Nunca los conocí, si te interesa; ellos murieron antes de mi época. Esto es sólo lo que me dijo Emil. Pero de todas maneras, sí, su padre...

—¿Solía pegarle? —preguntó Meena, bajando la voz aunque estuvieran solas en el ascensor.

—Sí —susurró de vuelta Mary Lou—. De lo que he escuchado.

El corazón de Meena se sintió por Lucien cuando recordó su expresión en el museo cuando se pararon a ver el portarretrato de Vlad Tepes. ¿Qué significaba, se preguntó, que estuviera tan interesado en un héroe nacional que había tratado a sus hijos de la forma en que el propio padre de Lucien lo había hecho aparentemente?

Y con razón odiaba el programa de 24. Debió haberle traído de vuelta recuerdos de su horrible infancia.

¡El pobre hombre! Era impresionante qué tan lejos había llegado en este mundo desde sus obviamente traumáticos inicios.

—Así que, ¿qué han planeado ustedes dos para esta noche? —Quería saber Mary Lou—. No me digas que no te ha preguntado. ¡Es viernes por la noche!

Meena se sintió sonrojar. De verdad tenía que superar esta cosa del sonrojo de la que el Príncipe estaba preocupado si iban a ser una noticia, al menos por el tiempo que fuera que iba a estar en esta ciudad. —Vamos a la sinfonía, dijo ella.



—¿A la Sinfonía? —chilló Mary Lou—. ¡Oh, qué bueno! Yo le conseguí esos asientos, sabes. Quiero decir, ya estaban agotados desde hace meses. Pero conozco a alguien que conoce a alguien. Estoy tan feliz de que vas a salir con él; va a ser bueno para los dos. Ustedes tienen tanto en común, no sabes cuánto. Ambos trabajan demasiado. Y ambos necesitan relajarse un poco, tomarse un tiempo libre para realmente disfrutar la vida. Por eso fue que pensé que serían una muy buena pareja. Ahora —Mary Lou dijo cuando el ascensor alcanzó el onceavo piso y las puertas se abrieron—, tienes que tomar prestado este clásico de Givenchy mío esta noche; se verá espectacular en ti. Sé que soy un poco más grande que tú, pero no solía serlo, lo creas o no.

Meena abrió su boca para protestar que no necesitaba pedirle prestado nada para usar, pero Mary Lou no lo escucharía. No había forma de apagarla. Arrastró a Meena dentro de su apartamento y luego dentro de su vestidor (el cual era tan grande como la habitación de Meena) e interpolaron alrededor hasta que encontró el vestido que estaba buscando, y admisiblemente precioso, clásico de cóctel Givenchy, todo cubierto de cristales de ébano cosidos a mano que reflejaban la luz y brillaban como diamantes negros.

—Tendrás que utilizar un slip con él —dijo Mary Lou críticamente, sosteniendo el vestido hacia las luces que brillaban sobre el espejo de su mesa de vestir—. Olvidé qué tan holgado es. ¿Tienes un slip?

A la vista del hermoso vestido, Meena olvidó todas sus protestas. Iba a verse fantástica en él. Aún cuando supiera que Lucien iba a estar más interesado en cómo se viera ella fuera de él.

—Lo tengo —dijo ella. Tenía un slip negro que había comprado para usar bajo el vestido que había utilizado como la dama de honor de Leisha. No sabía qué estaba pasando con ella. Estaba volviéndose tan infantil como una adolescente alistándose para su graduación. Ella nunca había gastado tanto tiempo hablando sobre ropa.

Amor. Tenía que ser amor.

—No te apures en regresármelo —dijo Mary Lou, llevando a Meena hacia la puerta de entrada—. Quédatelo tanto como quieras. Estoy feliz de que alguien finalmente lo esté disfrutando después de todos estos años. Ya sabes, no creo que haya usado esa cosa desde los sesentas.



Meena se rió. —¿Te refieres a cuando eras un feto?

—Un momento, ¿dije los sesentas? —Mary Lou puso su mano ensortijada sobre su pecho y rió—. Quise decir que fue hecho en los sesentas. No sé qué estoy pensando.

—Gracias, Mary Lou —dijo Meena. Ella en verdad se sentía agradecida hacia la mujer mayor. Algo de la antipatía que había elaborado antes hacia ella comenzó a evaporarse—. Y gracias por presentarme a Lucien. Él realmente es... bueno, lo que dijiste. Muy bueno.

Esa era la declaración de la década.

—Oh, cariño —dijo Mary Lou, inclinándose para besar a Meena en la mejilla. Meena atrapó un soplo fugaz del perfume de la condesa—. Estoy tan feliz por ti. No sabes cuánto. Supe que iba a funcionar entre ustedes en el minuto que vi sus ojos encontrarse a través de la habitación la noche anterior. Fue casi como si se hubieran conocido antes o algo.

Meena se tragó su casi instintivo *Oh, pero sí lo hicimos*. —Gracias, Mary Lou —dijo de nuevo, el vestido metido sobre su brazo—. Yo... sólo gracias.

Tuvo que huir a través del pasillo antes de que el pinchazo repentino de lágrimas que sentía en la comisura de sus ojos se desbordara. ¿Qué pasaba con ella? Nunca era tan emocional acerca de nada. Bueno, excepto por lo que estaba pasando con Leisha y el bebé. Y su trabajo, por supuesto.

Oh, Dios, su trabajo. Tenía que sentarse y ponerse a trabajar en la proposición del vampiro Príncipe cazador rumano quien iba a matar al vampiro de Shoshona y terminar como el interés romántico de Cheryl. Si no lo terminaba para el lunes, sabía que no iba a existir esperanza para que la línea de la historia fuese aceptada nunca. Una vez que Maximilian Cabrera ganara los corazones de los espectadores, sabía que nunca sería capaz de convencer a Fran y Stan, y mucho menos la red y CDI, los cuales obviamente estaban invirtiendo mucho en todo esta cosa de los vampiros, de matarlo.

¿Qué tenía Stefan Dominic que la hacía sentir de forma incómoda? En el momento en que lo había visto parado al lado de los ascensores Meena sabía, sólo lo sabía, que lo había visto antes.



Y no, como Shoshona había sugerido, fuera con ella.

No, Meena conocía a Stefan Dominic de otro lado.

Y no de un lugar bueno.

Cerrando su puerta, Meena entró en el apartamento, el cual estaba gracias a Dios vacío. Jon todavía estaba fuera buscando a Jack Bauer. Meena casi se hundió de alivio por estar sola, al menos por un momento. Colgando su bolso y abrigo en los ganchos de al lado de la puerta y tirando sus llaves en la bandeja que mantenía sobre la mesa, fue a colocar cuidadosamente el vestido de Mary Lou en su vestidor. Luego se cambió a su “vestimenta para escribir” (un par de leggings y una de las viejas camisetas usadas de Jon), tomó su computador portátil, levantó sus mangas, y se enrolló en su comfortable silla favorita a trabajar.

Y sólo se sentó allí, mirando la pantalla vacía.

¿Cómo iba a trabajar si en lo único en lo que podía pensar era en Lucien?

Ella había pensado que esto ayudaría su proceso creativo, desde que estaba escribiendo acerca de él. Al menos en teoría.

Pero en vez de escribir, sólo podía sentarse y recordar la posesividad con la que Lucien la había levantado y besado la noche anterior... la forma en la que parecía casi devorarla, incluso su oscura mirada consumiéndola cada vez que la veía antes de besarla, una y otra y otra vez... el sabor del vino en sus labios.

Y luego recordó el camino que sus extrañamente fríos labios recorrieron a través de su piel mientras arrastraba su boca a la cima de sus redondos senos, por su caja torácica, la suave curva de su vientre; la forma en que sus manos habían moldeado y presionado y apretado su piel, demandando silenciosamente cosas que ella estaba más que dispuesta a dar porque él, a cambio, era tan amable; la forma en que había sido cargada en su contra, como si tuviera miedo de que se alejara de él en la noche.

¿Cómo podía pensar en algo más? Su piel todavía se sentía caliente en todos los lugares donde la había tocado.



Estaba bromeando si pensó que iba a tener algún escrito hecho. En su lugar, lo buscó en Google y leyó acerca de los libros que había escrito (habría pedido los libros, pero todos estaban en rumano). Todavía estaba leyendo acerca de él cuando se dio cuenta de la hora, maldijo, y saltó, apresurándose a su habitación. Tenía que empezar a arreglarse si se iba a ver absolutamente deslumbrante y todavía llegar al Upper West Side a tiempo para encontrarse con él.

Estaba aplicándose la última capa de brillo labial cuando la puerta se abrió y Jon entró con Jack Bauer.

—¿Por qué estás vestida? —preguntó, inclinándose para quitarle al perro la correa.

—Mi cita con Lucien —dijo ella—. ¿Recuerdas?

—Oh, claro —dijo él.

El perro corrió hacia Meena excitadamente, listo para lanzarse contra sus rodillas. Ella saltó al sofá, sin querer sus medias pantys arruinadas.

—No —dijo ella, firmemente—. Abajo.

Jack Bauer se vio confuso y decepcionado.

—Jon, ¿puedes alimentarlo o algo? —le preguntó—. Él está...

Fue en ese momento cuando el timbre del intercomunicador del apartamento sonó, sorprendiendo a Meena al punto en que casi se le sale la piel. Se levantó del sofá y se acercó al recibidor.

—¿Sí? —preguntó.

—Hey, Srta. Harper —Roger, el portero, dijo. Pradip todavía no había regresado al deber—. Entrega para usted.

Meena, desconcertada, dijo —Yo no ordené nada. —Miró a Jon—. ¿Ordenaste algo?

Él se encogió de hombros. —¿Cómo qué? Acabo de llegar.

—No ordenamos nada —dijo Meena al intercomunicador.



—¿No lo hicieron? —Roger se escuchó tan desconcertado como ella—. Es un mensajero. Con una gran caja de Bergdorf Goodman.

—Oh —dijo Meena. Quizás era algo que Mary Lou había ordenado, con la dirección errónea hacia su departamento—. Bueno, envíalo arriba, supongo.

—Lo haré, Srta. Harper —dijo Roger, y colgó.

—¿Qué ordenaste de Bergdorf Goodman? —preguntó Jon después de que Meena, también, hubiese colgado—. Pensé que estábamos quebrados.

—Lo estamos —dijo Meena, yendo hacia su cartera por una propina para el mensajero—. Y no ordené nada.

—Entonces ¿de dónde sacaste ese vestido? —preguntó Jon—. Nunca lo había visto antes.

—Mary Lou me lo prestó —murmuró Meena.

—¿Qué?

—Mary Lou me lo prestó —dijo Meena más alto.

Jon ululó. —Wow —dijo—. ¿No estás muy amigable? Ustedes chicas ¿qué van a hacer la próxima vez? ¿A hacerse la manicura y la pedicura juntas? ¿Té en el Plaza?

—Cállate —dijo Meena—. No es tan mala.

—Bueno, esto es un cambio de ritmo —dijo Jon—. Últimamente te habías estado saliendo con la tuya evitándola. Supongo que un rodillo en el saco del Príncipe te da una perspectiva diferente de la vida ¿eh? De repente tus estiradas vecinas con los castillos de verano no son tan malas después de todo.

—En serio —dijo Meena, yendo hacia la puerta para abrirla—. Cállate.

—¿Cuánto crees que le costó esa cosa? ¿Tres mil?

—No —dijo Meena—. Es un clásico. De los sesentas.



—Bueno —dijo Jon—, sí, se ve bien en ti. No estoy bromeando. Lucien va a morir cuando te vea. Te ves como una princesa.

Meena sonrió. Su hermano raramente le dice cumplidos sobre su vestimenta, así que esto significaba mucho.

Especialmente cuando ha sido una semana tan extraña.

—Aw, Jon —dijo ella, sus ojos llenos de lágrimas—. Muchas gracias. —Se dirigió hacia él para abrazarlo.

—Whoa —dijo Jon, abrazándola de vuelta—. ¿Qué pasa? Sólo dije que te veías bien, eso es todo. ¿Qué pasa con los efectos acuáticos?

Afortunadamente en ese momento tocaron la puerta, y Meena, odiosamente lo soltó y secándose los ojos, preocupada de que su máscara se estuviera corriendo, fue a abrir mientras Jack Bauer ladraba a sus pies, emocionado de que hubiese un visitante.

Un hombre usando un abrigo beige y una gorra de béisbol, sosteniendo una inmensa caja negra con un lazo dorado alrededor, preguntó, —¿Meena Harper?

—Esa soy yo —dijo ella, y tomó la caja, dándole una propina de cinco dólares que estaba sosteniendo.

—Gracias —dijo él, y se dirigió de vuelta al ascensor.

—Um —Meena dijo mientras él se paraba allí, esperando por el elevador.

—¿Si? —La miró de vuelta inquisidoramente.

—Nada —dijo Meena, y comenzó a cerrar la puerta. Luego tuvo segundos pensamientos, la abrió de nuevo, y dijo—, Sólo... busca pizza de pepperoni, ¿de acuerdo?

El mensajero la miró, sin comprender, —De acuerdo.

Meena sonrió y cerró la puerta. Luego trajo el paquete al interior de su departamento, Jack Bauer trotando tras ella.



—¿Qué? —dijo Jon—. ¿Colesterol?

—Asfixia —dijo Meena. Puso la caja en la mesa del comedor—. Pero quizás no sea así, si es cuidadoso. ¿De quién podría ser esto? —Definitivamente tenía su nombre en ello, no el de la condesa.

Ella desató el lazo dorado y levantó la tapa de la caja. Estaba llena de papel de seda blanco. Ella apartó las hojas, luego contuvo el aliento...

El bolso de cuero con el dragón incrustado de joyas escondido en su lado.

En rojo rubí.

—Es el bolso —Meena respiró, sosteniéndolo en una mano y alcanzándola para acariciar cada cristal con los otros.

—¿Qué bolso? —preguntó Jon.

—*El bolso* —dijo Meena, sintiéndose como si le hubieran sacado todo el aire—. El bolso que siempre había querido. En el color exacto. Shoshona lo tiene en aguamarina. Pero el aguamarina es horrible. El rubí es perfecto. Sólo perfecto. Oh, Jon. Es tan hermoso.

Quería llorar de Nuevo. Nunca había visto nada tan precioso.

—Bueno, yo no te la di —dijo Jon. Comenzó a buscar entre los papeles en la caja—. ¿Quién lo hizo? ¿Hay una nota o algo?

—Él la compró para mí —dijo Meena, sin dejar de mirar la cartera—. Sé que lo hizo.

Sólo que ¿cómo supo? Nunca le había dicho. Nunca habían hablado acerca de algo tan ridículo como la lujuria inapropiada de Meena por una cartera de Marc Jacobs con un dragón de cristal atravesando su frente, que ella, por cierto, nunca iba a poder costear.

—¿Quién es él? —Jon quiso saber, buscando con más fuerza—. ¿Lucien? ¿El Príncipe encantado? ¿Es eso el regalo rompe hielo de la mañana después estos días? ¿Carteras?

—Es un bolso —dijo Meena, abriéndola para ver que el tirante corto podía ser cambiado por una elegante cadena de oro para una vestimenta de la tarde o,



alternativamente, una tira de cuero para eventos de negocios más formales—. No una cartera.

—Oh, claro que lo es —dijo Jon, sacando un sobre plateado de las profundidades de la caja—. Aquí hay una nota.

El sobre tenía la palabra Meena escrito a través en una elegante, sutilmente antigua escritura que ella instantáneamente reconoció como la de Lucien, cuando ella nunca había visto su letra.

—¿Qué es lo que el Sr. Pantalones Grandes tiene que decir para sí mismo? —Jon preguntó irónicamente. Meena supuso que estaba celoso porque nunca había obtenido algo de tan buen gusto y elegante para ninguna de sus ex novias.

Ella recordó que una vez le compró un brazalete de Tiffany a una, sólo para que rompiera con él cuando se enteró que había comprado el mismo brazalete exacto para su mamá en navidad.

Meena dejó el bolso y corrió una uña entre la hoja del sobre. Sacó una pieza de papel de sobre.

Mi querida Meena, había escrito él

Ella sonrió. Ella nunca había sido llamada *mi querida* por nadie antes.

*Cada instante lejos de ti se siente como
Una especie de celda. No puedo pensar en nada, sino
En ti. Desafortunadamente, tendré que permanecer en mi
Prisión auto infligida un poco más, desde que mi trabajo me
Mantendrá lejos de ti esta noche. No parezco encontrar una
Manera de evadir esto... sin embargo, espero que este regalo
Te compense por este confortamiento imperdonable.
Vi esto y pensé en ti, y en St. George.
Haz doblegado al dragón.
Hasta que nos veamos de nuevo, soy tuyo.
Lucien.*

Meena leyó la nota una vez y luego otra.

Luego sus ojos se llenaron, una vez más, de lágrimas. —No va a venir —dijo a nadie en particular.



Jon la miró. —Espera... ¿te refieres al concierto de esta noche?

Ella asintió, sin mirarlo. Ella dejó la nota flotar hasta el suelo.

—No va a venir —dijo de nuevo.

Luego se dio la vuelta y caminó hacia el sillón donde se había acurrucado hace poco tiempo, sin escribir, y colapsó en ella, la falda de tul del vestido Givenchy de Mary Lou abombándose alrededor de ella.

Jon se inclinó para levantar la nota.

—Espera —dijo—. ¿Estás llorando?

—No sé qué pasa conmigo —dijo Meena miserablemente, levantando sus rodillas y llevándolas a su pecho.

—Bueno, no llores sobre el vestido de la condesa —Jon la aconsejó—. Probablemente te hará pagar por el lavado en seco. —Leyó la nota—. ¿Has doblegado al dragón? ¿Qué demonios significa eso? ¿Qué tan grande es el pene de este tipo, de todas maneras?

228

Meena dejó caer su frente hasta sus rodillas y comenzó a llorar. —No seas grosero —dijo ella.

—Santa mierda —escuchó a su hermano decir en alarma—. No llores, Meen. Sé que has tenido una mala semana, pero no está terminando contigo. Sólo tiene que trabajar. Probablemente te vea mañana. Quiero decir, por Dios santo. Te envió una nota muy buena. Y una cartera.

—No es una cartera, es un bolso. Y sólo eso —dijo Meena, levantando su manchada y llorosa cara—. Nunca se lo dije.

—¿Nunca le dijiste qué? —preguntó Jon, sentándose en el brazo de la silla después de haber apartado parte del tul lejos.

—Nunca le dije sobre eso —dijo Meena—. Había estado esperando esa cartera, quiero decir bolso, siempre. Pero no la podemos costear. Y nunca le dije. Es como si... —Su voz se apagó hasta ser un susurro—. Es como si leyera mi mente.



Jon levantó sus cejas. —Bueno —dijo secamente—. Puedo ver como sea de molesto para alguien que ha estado haciendo lo mismo a las personas por quince años o más.

—Cállate —dijo Meena, incapaz de evitar reírse un poco.

—No —dijo Jon—. En serio. Debe ser un fiasco para tu ego el admitir que quizás haya alguien por ahí fuera que puede hacer lo que tú haces. Oh, espera... no, no importa. El Príncipe no puede saber cuando las personas van a morir. Sólo tiene la habilidad psíquica para saber qué cartera ansía su novia secretamente.

Meena se levantó para dejar de llorar. —No eres gracioso —dijo ella.

—¿Entonces por qué te estás riendo? —preguntó él.

—De acuerdo —dijo Meena con un suspiro—. Quizás sobre actué. Pero es bastante raro. Tienes que admitirlo.

—Pienso que el hecho de que pasaras la noche teniendo sexo con un Príncipe es bastante raro —Jon dijo—. ¿Pero quién soy yo para juzgarte? Así que, desde que vas a estar en casa esta noche... ¿Comida china y películas?

Meena sonrió. Todavía se sentía agitada.

Agitada hasta sus entrañas, en realidad.

Pero estaba bien tener a Jon a su alrededor para hacerla volver a tierra.

—Suena bien —dijo ella.

—Bueno. —Jon le dio una palmadita a su rodilla entre el tul—. Caminaré hasta la tienda de videos y elegiré algo. Como compromiso, tomaré una con un romance donde las cosas también se arruinan. ¿Moo shu suena bien? Tomaré ajos con pollo, también, para variar. Vamos, Jack. —Se palmeó el muslo, y Jack Bauer, encantado, corrió tras él mientras caminaba hacia la pared a buscar el collar del perro—. Estaremos de vuelta en un instante.

Meena, sonriendo, aunque todavía un poco agitada, se levantó del sillón y, luego de que Jon y su perro se fueran, se desabrochó el vestido de Mary Lou, salió de él, y lo



colgó cuidadosamente de vuelta en el vestidor. Ella tendría, suponía, otra oportunidad para usarlo. No era una cosa tan terrible.

Ella levantó la nota que Lucien le había escrito y la leyó de nuevo. La hizo sonreír e hizo que su corazón latiera un poco más rápido.

Has doblegado al dragón. Tampoco entendía qué quería decir.

Pero le gustaba.

Decidió tomar otra ducha y lavarse todo el maquillaje que se había puesto, sin mencionar el perfume. No había sentido en esperar a Jon. Se había movido para quitarse sus medias transparentes y estaba caminando descalza hacia el baño para abrir el agua y quitarse su sostén sexy y sus bragas, ella definitivamente no sufriría a través de ellas toda la noche si no tuviese que hacerlo, cuando el timbre del intercomunicador sonó de nuevo.

¿Qué era esto? ¿La central telefónica?

Levantó el receptor. —¿Hola?

—Hola, Srta Harper —dijo Roger—. Entrega.

—¿De nuevo? —Meena dijo—. No ordené nada, Roger.

—Lo sé, Srta Harper —dijo Roger—. Estas son flores. De parte del Sr. Antonescu, dice el mensajero. No el Sr. Antonescu del 11A, sino su amigo el Sr. Antonescu. Ya sabe, de la fiesta de anoche.

Meena sonrió. Demasiado para evitar que el portero del edificio se enterara de todo acerca de su vida privada. —Mándalo arriba, Roger —dijo ella, y colgó el receptor.

¿Flores y la cartera? Lucien ya tenía su corazón. No tenía que continuar tratando de ganárselo.

Fue hacia su cartera y buscó en su monedero la propina para el hombre que entregaba las flores. Ya no le quedaban billetes pequeños. Tendría que ver si el hombre de las flores tenía cambio.



Has doblgado al dragón.

¿Qué significaba?

Antes que tuviese la oportunidad de ponerse un vestido, Meena escuchó un ruido fuera de la puerta. Vio por el mirador. Allí estaban. Rosas rojas. Un inmenso ramo de ellas.

Su corazón se hinchó. Estaba loco. Y muy extravagante.

Sí, era un Príncipe.

Pero esto era demasiado.

Meena destrabó la puerta y la abrió en un segundo.

—Muchas gracias —dijo al hombre que entregaba las flores—. ¿Tienes cambio para un billete de diez?

Ahí fue cuando bajó las rosas de su rostro.

Y Meena, por primera vez en su vida, sabía que era la única que estaba a punto de morir.



CAPÍTULO 35

*Traducido por AndreaN
Corregido por Andy Parth*

*7:00 P.M. EST, Viernes, Abril 16
910 Park Avenue, Apt. 11B
New York, New York*

Lo más increíble —para Meena de todos modos— era que ella nunca habría adivinado que él era un asesino. No a primera vista, de todos modos. Él estaba vestido tan decentemente, en unos oscuros jeans ajustados, un sweater de cachemira, y un largo abrigo negro. La bufanda alrededor de su cuello se veía como si también estuviera hecha de cachemira, al menos desde donde Meena estaba parada, y combinaba con el azul de sus ojos... el tipo de brillantes ojos azules que no habrían estado fuera de lugar en algún corpulento rubio rompecorazones caminando por una alfombra roja o remando con una tabla de surf en una playa Australiana de arena blanca.

Difícilmente se veían como los ojos de un asesino.

Excepto que Meena había sabido que eso es lo él que era desde el momento en que ella abrió la puerta y él le llevo ese gran bouquet de rosas rojas bajándolo desde enfrente de su cara.

¿Por qué ella había caído con ese viejo truco? ¿Ese bouquet-en-frente-de-la-mirilla? Ella merecía ser asesinada solo por caer por un truco que ella misma había usado un millón de veces en sus propios guiones.

Y ahora aquí estaba ella, enfrentando a la muerte en nada más que su sostén y unas bragas de seda negra.

Ella estaba furiosa consigo misma por no haber agarrado una capa antes, o algo que ella pudiera al menos haber usado como arma... una lata de spray de cabello y un



encendedor que usar como un lanzallamas improvisado... incluso un zapato, por el amor de Dios, para tirarle al tipo.

Pero ella no se había dado cuenta de que tan cerca estaba de la muerte hasta ahora, cuando era muy tarde. Todo lo que busco fue su BlackBerry, el cual en casi cualquier escenario era bastante inútil.

Y en este caso era solo completamente lamentable, a menos que ella quisiera llamar a algunos policías para que vinieran y fueran asesinados con ella.

Porque no había manera de que este tipo se dejara arrestar sin pelea. Ella podía decir eso sólo por ver su atractivo y despiadado rostro. Y por supuesto, como cualquier asesino apropiado, él ya tenía un pie atascado firmemente dentro del batiente de la puerta, para que ella no pudiera cerrar de golpe la puerta en su cara. Solo rebotaría sin daño alguno en el borde de su bota con punta-de-acero.

Los dedos de su mano derecha descansaban en una tu-sabes-que. Sí. Parecía increíble, pero dado a todo lo demás que había pasado en esta semana pasada, Meena se dio cuenta de que ella no debería haber estado sorprendida. Era una honesta-con-Dios *empuñadura de espada*.

Ella sostuvo su aliento mientras la mirada de ojos azules iba a la deriva hacia ella.

—No estoy aquí por ti, Meena, —dijo él, en una voz con acento Alemán tan profunda, que parecía reverberar a través de su pecho.

¿Cómo él podía saber su nombre? Ella no tenía idea de quién era. Ella nunca lo había visto antes en su vida.

Y sin embargo... ella sentía como si de algún modo ella lo conocía de antes.

Tal vez así era como todos se sentían cuando conocían a su asesino.

O tal vez solo era Meena.

Él desenvainó la espada. La hoja hizo un sonido resonante en la tranquilidad del pasillo, limpio como una campana, como si saliera de su vaina.



Meena trago con fuerza.

Es increíble lo que piensas antes de morir. Todo lo que Meena podía pensar, por ejemplo, era, *Wow, no hay foreplay²⁴ para este tipo.*

Luego, *Espera, eso ni siquiera es chistoso.*

Luego, *Aunque en realidad, esa sería una buena línea para Victoria en el show.*

Luego, *pero no voy a vivir el tiempo suficiente para escribir otro episodio del show. Esto es tan injusto.*

Ella sabía sólo por mirar el perfil duro-como-piedra y cincelado de su asesino que ahí no había ni la más ligera vacilación de esperanza.

Pero es increíble lo que hacemos para intentar sobrevivir.

Meena abrió sus labios. Forzó a su lengua a humedecerlos.

—Sé que estás mintiendo —dijo ella—. Estás sosteniendo una espada. Estás aquí para matarme.

—No estoy mintiendo —dijo él—. Sólo dime donde está él, y te dejare vivir.

Meena no tenía idea de quién —o de que— él estaba hablando. Ella señaló donde su bolso colgaba en el gancho donde lo colgó después de venir a casa. —Mira —dijo ella—. Hay mucho dinero ahí. Acabo de ir al cajero automático. Toma lo que quieras y vete. De otro modo, hay algunas joyas que mi tía-abuela Wilhelmina me dejó, pero todo es falso, te lo juro...

Él se veía molesto. Meena sintió como su corazón aumentaba de velocidad. *Bien hecho, Meen. Enemístate con tu asesino. Eso es inteligente.*

—Ya te lo dije, Meena —dijo él, sus cejas color rubio oscuro elevándose un poco sarcásticamente—. No tengo interés en matarte. Solo a él. Pero si tú vas a ponerte difícil...

²⁴ Foreplay: Acción o conducta que antecede a un evento.



Difícil. Él no tenía idea de cuán difícil Meena podía ser. Especialmente desde que ella ya sabía que era tan buena como la muerte.

Meena supo entonces que ella no tenía absolutamente nada que perder.

Que fue por lo cual ella eligió ese momento para tirarle su BlackBerry con toda su fuerza.

Hey. Era todo lo que tenía. Eso y su vida.

Luego ella se dio la vuelta y corrió por ella.



CAPÍTULO 36

Traducido por: ***Liseth_Johanna18***
Corregido por *Andy Parth*

7:02 P.M. EST, Viernes, Abril 16
910 Park Avenue, Apt. 11B
New York, New York

Meena no podía exactamente escapar por la puerta delantera, ya que el maniaco de la espada en frente de ella había cerrado y puesto el seguro tras él. Pero ella se figuró que si podía abrir de un empujón las puertas Francesas al balcón en la parte trasera de la habitación, y luego gritar por ayuda, entonces alguien definitivamente la oiría.

Mary Lou. Mary Lou la escucharía.

Si estaba en casa. Lo que era improbable, siendo un viernes en la noche.

Pero en cuanto se dio la vuelta Meena para hacer su escape, algo increíblemente duro —y sorprendentemente fuerte— se cerró alrededor de su desnudo tobillo y la volteó en el piso. Ella cayó como en medio de rosas caídas, su pie derecho fue empujado debajo de ella antes de que supiera que estaba sucediendo, sus palmas arrastrándose en el parquet mientras intentaba detener la caída.

Ella estiró el cuello para mirar a lo largo de su cuerpo con asombro y vio al hombre de pie con la espada por encima de ella.

Wow. Él era realmente fuerte. Meena no había hecho más que arrojarle su BlackBerry, y no había esperado lo suficiente para ver si le había pegado, aunque ella había creído oír un sonido sordo, y luego el chasquido de las piezas de plástico golpeando el piso de madera... ¿y él ya había tirado de su pie bajo ella? ¿Acaso era él, biónico?

—Meena —dijo en la misma calmada y un poco aburrida voz, aferrado a su pie—. No tienes ningún lugar al que huir. Creo que lo sabes.



Lo triste era que, él estaba absolutamente en lo correcto. Incluso con el aire succionado enteramente de su cuerpo por la fuerza de la caída, Meena lo sabía. Siempre se había preguntado como sería cuando finalmente fuera su turno de conocer a la muerte cara a cara.

Pero ahora que, de hecho, estaba sucediendo, sabía algo más: que ella no se iría sin dar la pelea.

—No voy a morir esta noche —dijo entre los apretados dientes—. Lo lamento.

Y se dio la vuelta de modo que en lugar de yacer sobre su estómago, estaba sobre su espalda...

...y en una mejor posición para batir su pie libre y golpear su ingle. El único problema fue, que él pareció anticipar el movimiento, ya que dejó libre su tobillo y —tan rápidamente que Meena apenas tuvo tiempo de registrar lo que estaba pasando— estaba sobre ella... el peso de su cuerpo tendido sobre ella, tan pesado como una viga de acero e igual de fuerte.

—Te lo dije, Meena, no estoy aquí para matarte —dijo él. Su rostro estaba a pocos centímetros del suyo ahora.

Así como la hoja de la espada. La sostenía casualmente apoyada contra la garganta de Meena mientras la miraba, como si ella fuera algún tipo de interesante especie de mariposa que había logrado capturar y agregar a su colección.

Esto definitivamente no era como Meena había anticipado su sorprendente movida de golpear-a-su-ingle.

—Oh, ¿en serio? —gruñó ella, intentando sonar como si no le importara. No era fácil, considerando el hecho que su corazón estaba martilleando tan fuerte, que se preguntaba si él podía ver el pulso en su garganta.

Además, él no era ligero. Ella estaba encontrando difícil conseguir un respiro con el sobre ella de esa forma.

Aun así, trató de sonar casual. Como si no le importara que el se extendiera por todo su cuerpo como una cubierta de plomo. Como si no fuera consiente del hecho que era



una mujer menuda usando sólo un sujetador negro y seda deslizante y que él era un hombre de más o menos su misma edad pesando al menos ochenta libras más que ella y sosteniendo un cuchillo, perdón, una espada, contra su garganta.

Estaba empezando a reconsiderar todo el tema de no-le-tengo-miedo-a-la-muerte.

—No —dijo con la misma voz inquietante, profunda y demasiado tranquila, y ese ligero acento—. Ya te lo dije —¿Era imaginación de Meena, o él sonaba un poco insultado?—. No me interesas.

Meena tenía que reírse por eso. Aunque estuviera a punto de morir. O peor. Tal vez estaba histérica. Aun así, tenía que admitir que, era gracioso, un tipo enfrentándote mientras estás medio desnuda, sosteniendo una espada contra tu garganta, y luego dando a entender que no está interesado en ti.

Especialmente cuando está *sobre* ti.

—Podrías haberme engañado —dijo ella—. Pareces realmente interesado en mí en este momento.

Él enarcó una rubia ceja. —¿Eso? —se movió un poco—. Es sólo mi vaina. —Entonces, al parecer por temor a que pudiera parecer desapaciblemente varonil, añadió—: No es que no seas atractiva. Pero en realidad no eres mi tipo.

Meena lo miró. En serio, esto simplemente era demasiado. Matarla, bueno, venir aquí con la intención de matarla, ¿Y luego insultarla también?

—Bueno, en realidad tampoco eres mi tipo —dijo furiosamente.

—Oh, lo sé. —La miró. Sus dientes eran blancos pero no del todo. Uno o dos de ellos estaban torcidos sólo lo suficiente para demostrar que eran reales, no postizos—. Estoy vivo.

Meena le observó. Desde que era obviamente un extranjero, pensó que tal vez él había entendido mal.



—¿De qué estás hablando? —preguntó ella—. Quise decir que sucede que no me gustan los hombres que vienen a irrumpir sin ser invitados en los apartamentos de las mujeres, agitando espadas.

Ahora el recorría con sus dedos, de la mano que no sostenía la espada, lo largo de su brazo. Lo estaba haciendo, aparentemente ausente, como si no pudiera resistir la sensación de su piel.

Pero, evidentemente, él había entendido.

—Lo sé —dijo él—. Quise decir que conozco tu tipo. Lucien Antonescu es tu tipo. Por eso es que estoy aquí. Todo lo que quiero es que me digas donde está. Luego me iré.

Meena se habría congelado, si no hubiera sido porque estaba inmóvil debido a su peso corporal. *¿Lucien? ¿Esto se trataba de Lucien?*

Supuso que eso tenía, graciosamente, algo de sentido. Hombres con espadas, ciertamente, nunca habían irrumpido en su apartamento antes de que Lucien hubiera llegado a su vida.

Y Roger había dicho que las flores eran de Lucien.

—¿Conoces a Lucien? —demandó ella.

Debía haberlo sabido. Todo había estado saliendo tan bien. Demasiado bien. La maravillosa noche que habían pasado juntos. La nota, diciendo que era suyo. El bolso. Ella debía haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. Tendría que haber sido tan obvio para ella como la espada delante de su cara. Leisha incluso lo había sugerido: Lucien estaba casado.

Por supuesto que lo estaba. Ningún hombre soltero de su edad era tan perfecto como él lo era. Todos era gay, completamente montados de equipaje, o tomados.

Obviamente, la loca esposa de Lucien había contratado a este hombre para asustar sus días. Bueno, había funcionado.

—De hecho —dijo el hombre, que seguía acariciando distraídamente su piel, como si no se diera cuenta de que lo hacía—. Nunca nos hemos visto personalmente, el



Príncipe y yo. —Ella se dio cuenta que él aun estaba respondiendo la pregunta de si conocía o no a Lucien—. Pero de seguro estoy familiarizado con su trabajo.

—¿Su trabajo? —Meena estaba más confundida que nunca. Intentó imaginarse a este tipo asistiendo a un curso sobre la *Historia de Europa del Este* y fallar. Él obviamente no era un escolar. Un maniaco homicida, tal vez. Pero difícilmente un académico. —¿Quieres decir, sus libros?

El hombre rió cortamente. —No. Me refería a sus actividades extracurriculares.

Meena no tenía idea de qué estaba hablando él.

Pero no se perdió la insinuación en su tono. El quería decir que sabía que ella y Lucien...

Bueno. Lo que habían hecho juntos, la noche anterior.

Dios. ¿Había tomado fotos? ¿No era eso lo que los detectives privados contratados por esposas hacían?

Quería morir.

Claramente, el Lucien que ella conocía y el Lucien que este hombre conocía eran dos personas distintas. Había sabido que Lucien tenía secretos, lo que estaba bien. Ella también le estaba ocultando sus secretos. Pero estaba furiosa que el secreto de Lucien fuera que era casado.

Simplemente no había parecido de ese tipo. Le había incluso preguntado directamente si tenía una esposa, y había dicho que no. Si alguna vez lo veía de nuevo, y ciertamente lo haría, porque tan pronto se deshiciera de este mamut de cabello rubio encima de ella, empaclaría su bolso de Marc Jacobs e iría directamente al apartamento de Lucien para devolverla, preferiblemente con algo del excremento de Jack Bauer untado sobre ella, iba a decirle exactamente lo que pensaba acerca de los hombres que engañaban a sus esposas con inocentes escritoras de diálogos.

—Escucha —dijo, en lo que esperaba que sonara como una fuerte y firme voz. Irritada por la risa del hombre, Meena torció su hombro lejos de su mano.



Por primera vez, él pareció darse cuenta de que había estado tocando su piel. Lucía casi sorprendido e instantáneamente alejó su mano.

—No se quien crees que eres —dijo ella—. Pero no puedes irrumpir aquí con... con... armamento medieval y darme órdenes. Le puedes decir a la esposa de Lucien que por mi, ha terminado. No quiero tener nada que ver con él... ¿de acuerdo? Así que su pequeño intento por alejarme de él, o lo que sea que era esto, ha tenido el efecto deseado. Puede tener a Lucien de vuelta. Ya ni siquiera lo deseo.

Ahora él fruncía el ceño. Parecía disgustado.

Pero no la estaba mirando a ella. Estaba mirando su mano.

—¿Me escuchaste? —demandó Meena. Era consiente que el filo de la espada aun estaba muy cerca de su garganta. Muy cerca y muy agudo.

Por otro lado, él parecía algo distraído, mirando su mano, y luego de vuelta a su piel. *Ahora, pensó ella, podría ser un momento perfecto para hacerlo arrodillarse.* Luego, cuando se estuviese retorciendo por el insoportable dolor, ella tomaría su lámpara Pottery Barn y la estrellaría contra su cabeza....

—¿Él te mordió? —el hombre preguntó, blandiendo su mirada de ojos azules hacia ella.

Meena, que había estado formulando la tercera parte de su plan, la parte en la que iba por su set de cuchillos *Wüsthof* a la cocina, se congeló. —¿Qué? ¿Morderme? ¿De qué estás hablando?

El hombre hizo algo entonces que la sorprendió enormemente (no es que nada de lo que había hecho desde que había abierto la puerta no la hubiera asombrado a fondo). Le agarró la barbilla con la mano que no sostenía la espada y volvió su cabeza primero a un lado, luego al otro, examinando su cuello como lo hacía su médico general en busca de nódulos linfáticos inflamados.

—¿Qué estás haciendo? —demandó Meena. Habría sido una cosa si hubiera ido a matarla. Pero cada momento que pasaba, Meena sentía menos y menos que en realidad eso iba a pasar.



Especialmente cuando arrojó la espada a un lado por completo, cayó al piso de madera con un ruido musical, se sentó, aún sobre ella, y derribó el frente de su seda, junto con una porción considerable de su sostén.

—¡Hey! —gritó Meena, moviéndose bajo él.

—Cállate —dijo él—. Quédate quieta.

—No lo haré —Meena hizo estragos, golpeándolo en el pecho.

—Te mordió —dijo el hombre, poniendo una mano en su clavícula y empujándola de Nuevo contra el piso—. Él tuvo que haberte mordido. No podría no haberlo hecho. Mírate. Tu piel es como la seda. Yo quiero morderla. La pregunta es, ¿Dónde lo hizo? En la arteria carótida obviamente no. No tienes ninguna contusión. Algunas veces van por el corazón. ¿Has visto?

Meena, el sujetador y las Cintas deslizantes que colgaban de sus hombros, yaciendo donde yacía, lo miraron.

Ella nunca hubiera podido escribir una escena como esta. E incluso si hubiera sido capaz, Fran y Stan nunca la hubieran dejado poner al aire.

Porque nadie lo creería. Era simplemente demasiado bizarro.

—¿Quién eres? —preguntó Meena.

—Soy Alaric Wulf —dijo el hombre, pacientemente. Quién, de hecho, no sonaba como un lunático. O no se parecía a uno... omitiendo la espada. Era bien parecido, si te gustaban del tipo altos-y-musculosos que vestían bien y hablaban con un ligero acento Alemán.

Lo que, normalmente, le hubiese gustado a Meena. Si él no estuviera sentado sobre ella, revisando calmadamente su pecho en busca de alguna mística mordida.

—Y trabajo para una organización que está muy interesada en encontrar a Lucien Antonescu. Así que si, muy amablemente, me dijeras donde está él, estaría encantado de dejarle a solas, Señorita Harper.



Parecía como si lo dijera en serio. Parecía como si en realidad no le gustara en ella en absoluto. Lo que le parecía bien a Meena, dado que el sentimiento era 100% mutuo.

—Me gustaría saber el nombre de esa organización —dijo Meena—. Así puedo reportarlo a sus superiores. ¿Acaso sabe su jefe que ésta es la forma en que trata a las mujeres, aterrizándolas de muerte y luego sentándose sobre ellas? Aléjese de mí. —Se retorció debajo de él, empujándolo en el pecho un poco más.

Y luego, mientras él evadía sus golpes, se oyó el sonido de una llave girando en la cerradura de la puerta de la entrada.

En una fracción de Segundo, Alaric Wulf se puso de pie, simultáneamente tomando a Meena de la muñeca con una mano y tomando su espada con la otra. Para cuando Jon hubo quitado el seguro de la puerta y estuvo en el pasillo de entrada, Alaric tenía a Meena tras de él y su espada apuntaba a pulgadas de la garganta de Jon.

—¡Mierda! —dijo Jon, y dejó caer la bolsa de comida China que había estado sosteniendo, así como un DVD.

Inmediatamente Jack Bauer se lanzó hacia adelante y empezó a lamer con avidez el líquido derramado de la bolsa, completamente ajeno al hecho de que había un hombre armado amenazando a su ama a unos pocos pies de distancia.

Pero con Lucien Antonescu, pensó cínicamente Meena, había ladrado toda la noche. Un genial perro guardián el que había escogido. Simplemente genial.

Alaric bajó la espada cuando vio quién era el que había llegado.

—Jonathan Harper —dijo, sus anchos hombros perdiendo parte de la tensión—. Treinta y dos años de edad. Analista de sistemas para *Webber* y *Stern*. Desempleado los últimos siete meses. Arrestado una vez por intoxicación pública y exhibicionismo por orinar contra un parquímetro en Miami Beach, Florida, durante una visita a sus padres hace cuatro años.

Meena se quedó boquiabierta. —¡Jonathan! —gritó.

Ella siempre había pensado que era extraño que Jon siguiera regresando a Miami “Por negocios”. Él había dicho que había estado pensando en invertir su parte de la herencia



de la tía abuela Wilhelmina en un condominio de vacaciones cerca de sus padres en Boca, lo que era extraño en sí mismo.

Pero nada había salido de ello, jamás.

—Mierda —dijo Jon, de nuevo, en un tono diferente, cerrando rápidamente y luego asegurando la puerta delantera que estaba tras de él, como si tuviera miedo que los Antonescu pudieran oír—. ¡Eran las cuatro de la mañana! Fuera de un Metro. Que estaba cerrado. ¡No había nadie por allí! ¡De verdad tenía que hacerlo!

Meena sacudió la cabeza. —Aun así...

—Y pagué todo el dinero a esos abogados para que borrarán mi historial —dijo Jon con tristeza.

—Abogados —dijo Alaric, encogiéndose de hombros. Se giró hacia Meena. No le gustaba el brillo en sus ojos color azul hielo—. Necesitamos hablar —dijo él, y la empujó, no muy gentilmente, hacia el sofá verde—. Siéntate —dijo, y la empujó hacia abajo, contra los almohadones, con una mandona y solitaria mano.

Meena, con su rabia justo en el punto de ebullición, se paró de Nuevo sobre sus pies desnudos.

—No —dijo ella. Ella no tenía que aguantarse su maltrato—. No me sentaré. Aún no sé quién eres o qué estás haciendo aquí. Voy a llamar a la policía. Jon. —Se giró hacia su hermano—. Por favor llama a la policía. Este hombre forzó la entrada aquí contra mi voluntad, y luego él...

—Siéntate —dijo Alaric otra vez, y la envió de nuevo contra el sofá, esta vez, poniendo sus dedos de mamut sobre su cara y empujándola hacia abajo.

Meena, completamente aturdida por este trato, simplemente se sentó allí, mirando con sorpresa al pasillo de la cocina. ¿Quién hacía eso?

—¿Qué es lo que está sucediendo aquí exactamente? —preguntó Jon, mirando hacia el destruido ramo de rosas y las piezas rotas del BlackBerry de Meena esparcidas por el suelo. Jack Bauer, en medio de todo ello, aun estaba lamiendo el líquido de los de las



cajas de cartón de la Comida China volcadas en el piso. Cuando levantó la Mirada a Alaric, su cola se movió felizmente en señal de saludo. Su perro. ¡Su propio perro!

—Tu hermana hizo eso —le dijo Alaric Wulf a Jon, explicando el desorden—. Ha sido muy poco cooperativa.

Meena hizo un ruido que era mitad quejido, mitad protesta. *¿Qué? ¿Ella era la que estaba sido poco cooperativa?*

—Meena Harper —Alaric continuó con una voz completamente inexpresiva, ignorándola—. Está en grave peligro. Lucien Antonescu es un monstruo sin corazón. Es imperativo que yo lo encuentre y lo destruya y que haga exactamente lo que le diga si quiere que ella siga con vida.

Jon se quedó mirando al hombre con la espada de pie en medio del salón de Meena. Luego miró a Meena, que hacía señas marcando un teléfono. Y luego ella vocalizó, *Llama a la policía.*

—Uh —le dijo Jon a Alaric—. Claro. Correcto.

—Meena Harper —dijo Alaric, aunque no estaba mirando en su dirección—. Veo lo que estás haciendo. Si no te detienes, no tendré ningún problema en esposarte a algo. De hecho, lo disfrutaré.

Furiosa, Meena dijo, —¡Lucien no es un monstruo! Esta bien, él pudo haberme engañado y decirme que no era casado, pero te aseguro que nadie está bajo ningún peligro con...

—No es casado —dijo Alaric—. Nunca ha estado casado. Nadie sabe por qué. Algunos dicen que es porque presencié el suicidio de su madre y nunca lo superé. Otros dicen que es porque nunca ha conocido a su alma gemela. Tengo el presentimiento de que eso pudo haber cambiado recientemente.

Lanzó una mirada penetrante Meena, y luego continuó. —Por eso es que vital para tu supervivencia decirme dónde está. También, necesitas dejar de hablar, porque encuentro tu voz muy molesta.



—Uh —Jon alzó la mano—. Lo siento. Sé que llegue tarde. Pero nadie ha respondido mi pregunta. ¿Qué demonios está sucediendo aquí?

—En realidad, es simple —dijo Alaric Wulf—. Lucien Antonescu es un Príncipe.

Jon se giró. —Sí —dijo—. Lo sabemos. Tiene un Castillo y esas cosas.

—No —dijo Alaric otra vez, sacudiendo la cabeza—. El Príncipe de Oscuridad.

Jon miró a Meena, luego de regreso a Alaric, y luego a Meena de nuevo. —El Príncipe de... ¿él dijo lo que creo que dijo?

Meena puso los ojos en blanco. —Lamento ser molesta —le dijo ella, tan dulcemente como le fue posible, a Alaric—. Pero Lucien no es el diablo.

—Yo no dije que el fuera el diablo —dijo Alaric. Él se quitó la gabardina, entonces la sacudió cuidadosamente con la mano antes de ir a colgarla cuidadosamente en uno de los ganchos decorativos de la puerta. Luego se deshizo de su espada y la inclinó, también, contra la puerta. Entonces, después de pasar por encima de las rosas esparcidas y los pedazos de BlackBerry, por no mencionar los contenedores de comida china, se inclinó para acariciar agradecidamente a Jack Bauer en la cabeza, antes de decir—: Él es el Príncipe Oscuro. El todopoderoso. El líder de las criaturas de la noche.

Meena y Jon intercambiaron miradas. Luego Meena dijo, de nuevo tratando de mantener su tono sin una pizca de enojo, dado que, aparentemente, él encontraba su tono tan molesto. —Entonces estoy confundida. Pensé que el Príncipe de la Oscuridad era el diablo.

—El Diablo es la personificación de la maldad y el enemigo de Dios y de la humanidad —dijo Alaric. Cruzó la habitación y se sentó en el sillón en que Meena había pasado una hora más o menos sin escribir en él, después de darle primero una mirada despectiva, no parecía apreciar mucho el gusto de Meena en muebles para el hogar. —El Príncipe de la Oscuridad es el ungido, que realiza el trabajo del diablo en este, el lado mortal del infierno.

—Espera —dijo Meena, parpadeando—. Estás diciendo...



—Sí —dijo Alaric—. Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Jon parecía en blanco. —No lo entiendo. ¿Es el Diablo o no lo es?

—Lucien Antonescu —dijo Alaric—, es un vampiro. Pero no sólo cualquier vampiro, sino el gobernante de todos los vampiros.



CAPÍTULO 37

*Traducido por andre27xl**Corregido por Andy Parth*

8:00 P.M. EST, Viernes, Abril 16

910 Park Avenue, Apt. 11B

New York, New York

Alaric Wulf la estaba mirando. Sus ojos realmente eran azules. Alarmantemente azules. Si hubiera sido alguien más, si Meena lo hubiera conocido en otro lugar, habría dicho: “Qué hombre tan apuesto”.

Pero desde que la había atacado en su propio apartamento con su espada y ahora estaba acusando a su novio de ser un vampiro, ella sólo iba a tener que decir que era una pena que una mirada tan bella fuese desperdiciada en alguien tan... lo que sea que fuese.

—Hermano Jon —dijo. Su mirada era tan intensa, parecía clavarla al sofá, tanto como el peso de su cuerpo la había perforado al suelo—. Consíguele a tu hermana algo de tomar ahora. Algo azucarado. No lo sabe aún. Pero lo va a necesitar en unos cuantos minutos.

—Uh —dijo Jon—, de acuerdo. Y se levantó para ir a la cocina.

—Disculpa —dijo Meena. ¿Qué pasaba con este tipo?—. Pero puedo conseguir mis propias bebidas.

—No —dijo Alaric—. Quédate donde estás. No eres confiable.

Meena levantó ambas manos en protesta. —¿Qué? —dijo. No pudo evitar reventarse de la risa, aunque todo fuese tan... triste—. ¿Por qué? ¿Por qué salgo con un presunto vampiro?



—No es un presunto —dijo Alaric—. Y, sí. Eres su seguidora ahora.

—¡Una seguidora! —Ahora Meena lo había escuchado todo—. ¿Qué? ¿Estoy infectada porque salí con Lucien?

—Puedes ponerlo de esa manera, sí —dijo Alaric—. Ciertamente es una forma de infección. ¿Estás trayendo esa soda o no, Hermano Jon?

—¡Soda en camino! —gritó desde la cocina.

—Jon —Meena lo llamó desde el sofá—. Mientras estás allí, ponle un poco de...

—No la escuches —dijo Alaric—. Te dirá en algún tipo de código que sólo ustedes dos puedan entender, porque son hermanos, que llames a la policía desde tu celular. Pero si haces eso, te mataré y colocaré tu cuerpo en un lugar donde nadie lo encontrará. En el río, pienso. El portero es tan estúpido, que no notará si salgo de este edificio cargando un cuerpo enrollado en una alfombra.

Jon asomó su cabeza fuera del pasillo para ver a Meena.

—Sí —dijo él—. Sólo voy a tomar un par de Colas y evitar todo lo de ser enrollado en una alfombra, ¿de acuerdo, Meen?

Ella lo miró. —Sí, realmente bien, Jon. —Miró a Alaric. Podía manejar esto. No era tan diferente de las rabietas de Taylor de estoy-tan-gordo. Bueno, quizás un poquito diferente—. Mire, Sr., uh, Wolf. Aprecio que me esté advirtiendo acerca de esto. De verdad lo hago. Pero no existen tales cosas como los vampiros. Son inventados. Nosotros los escritores los inventamos. Lamento que hayamos hecho tan buen trabajo que pusimos a todo el mundo paranoico, pero es verdad. Son ficción. Culpe a Bram Stoker. Él lo empezó.

—No, en realidad, no lo hizo —dijo Alaric—. Existían mucho antes de que Stoker naciera, en casi todas las culturas y sobre casi todos los continentes de este planeta. Son como mosquitos... se alimentan de la sangre de otros. No pueden existir sin un huésped.

—¿Y cómo sabes —Meena preguntó, siguiéndole el juego—, tanto acerca de ellos?



—Peleo contra vampiros casi diariamente en mi profesión —dijo con voz aburrida—. Son criaturas repugnantes y brutales. Un grupo de ellos casi mató a mi compañero unos meses atrás.

—Oh, en serio —dijo Meena. Se había cruzado las piernas y ahora estaba moviendo un pie descalzo de arriba hacia abajo. *¡Vampiros! ¿En serio?*

Supéralo, Harper, Shoshona hubiese dicho, están en todas partes. No puedes escapar de ellos.

No era justo. ¿Por qué no podía escapar de los estúpidos vampiros? Trabajo, TV, el salón de Leisha, y ahora aquí, en casa.

Ellos en serio estaban en todas partes. Aún los guapos, pero obviamente trastornados, extraños que irrumpían en su departamento, tratando de matarla, deliraban acerca de ellos.

—Nos arrinconaron en un almacén fuera de Berlín —caminó, viendo hacia lo lejos—. Fue en parte mi culpa. Fui arrogante. Pensé que no habían tantos de ellos y que los podíamos derribar. Pero eran más de lo que yo pensé, y nos atraparon por sorpresa. Aquí. —Buscó dentro de un bolsillo de su oscura, chaqueta deportiva, que usaba—. Esta es una foto de cómo mi pareja se ve ahora. Su nombre es Martin.

250

Lo que Meena vio cuando le tendió la foto le envió una ola de choque psíquico a través de ella. No estaba esperando... *eso*. Era una foto de un hombre con la mitad de la cara. Donde sus características deberían haber estado en la parte baja era sólo huesos. Había sido claramente destrozado por colmillos.

Meena sólo podía mirar.

Alaric tomó la foto de sus flácidos dedos y dijo, guardándola, —Pero una foto, ya lo sé, no prueba nada. Lo próximo que dirás es que lo que le pasó a su cara pudo haberle pasado en un accidente de tránsito.

Meena balbuceó, —Yo... yo no iba a decir eso.

No sabía lo que iba a decir. Buscó a Jon. Todavía estaba ocupado en la cocina con las sodas. Ella deseó que se apresurara. Se estaba sintiendo menos y menos segura de que Alaric Wulf fuese realmente un demente con cada segundo que pasaba.



¿Por qué debería ser más desconcertante que la otra alternativa? Meena no estaba segura de ello.

—Aquí —dijo Alaric—. Éstas son fotos de las cuatro chicas que fueron recientemente asesinadas en tu ciudad, sus cuerpos encontrados en parques de la ciudad la siguiente mañana, desnudas y drenadas de toda su sangre.

Dispersó cuatro fotos en la mesa de café en frente de Meena. Eran fotos de las mujeres, tomadas del pecho para arriba. La única cosa que todas tenían en común eran las múltiples marcas de mordidas que tenían no sólo en sus gargantas, rodeadas de golpes horriblemente verdes y morados, sino por todas partes, como si hubieran sido salvajemente atacadas por alguien...

O algo.

Meena miró las fotos. Jon, regresando de la cocina sosteniendo tres vasos de soda, la acompañó en el sofá y también miró las fotos.

—¿Éstas son las chicas sobre las que se ha reportado en las noticias? —preguntó.

—Sí —dijo Alaric.

—Pero no dice nada acerca de ellas muriendo por ser mordidas —dijo Jon—. Dice que murieron por ser estranguladas.

—Porque la oficina del alcalde no quiere comenzar el pánico —dijo Alaric.

—Pero no estás diciendo que Lucien hizo esto —dijo Meena con voz débil, todavía incapaz de apartar su mirada de las fotos. Trabajaba en un mundo donde fotos como estas eran falsificadas todos los días... un mundo donde engañar a los espectadores al hacerlos creer que algo así de increíble podía pasar era por lo que ella y sus compañeros escritores luchaban. Estaba tratando desesperadamente de encontrar algún signo de que estas fotos habían sido falsificadas, que habían sido una invención de alguien como ella misma o Shoshona.

Pero las imágenes parecían descorazonadamente reales. Ella reconocía las caras de las chicas que había visto en las noticias. Fotos que no habían mostrado cuidadosamente nada bajo la quijada.



—No —dijo Alaric, tomando un sorbo de su soda—. El Príncipe no está tras estos asesinatos... en la medida en que no los cometió él mismo. Pero uno de su clase lo hizo. Uno de sus seguidores.

—¿Seguidores? —Ella lo miró—. Dijiste que yo era una seguidora.

Encogió sus anchos hombros. —Una seguidora de una clase distinta. Para convertirse en vampiro, uno debe ser mordido tres veces, luego tomar la sangre de su anfitrión. Considero que no hiciste eso anoche, ¿o sí?

Los ojos de Meena se abrieron con horror. Jon, sentado tras el otomano, levanto sus cejas hasta sus límites.

—Whoa —dijo él—. He oído cosas excéntricas, pero eso es...

Meena lo interrumpió.

Porque, realmente, había escuchado tanto como podía.

—Disculpe —dijo, sabiendo que estaba arremetiendo porque repentinamente, estaba asustada... asustada de las fotos que justo había visto pero que no tenían una forma racional de explicarse. Pero más que eso, asustada de algunas cosas que de repente comenzaron a juntarse en su mente—. No puedes sólo venir y esperar que creamos que hay esta conspiración gigante de vampiros allí afuera de la que el resto de la humanidad no sabe nada pero que mi novio es la cabeza de ello, y que tú, de alguna manera, has sido cómplice de ello. Quiero decir, ¿qué eres, de todas maneras? ¿Alguna clase de caza vampiro?

—Sí —dijo Alaric simplemente.

Meena se hundió en la parte trasera del sofá. —Oh —dijo—. Claro. Por supuesto que lo eres.

Porque luego de la semana que había tenido, ¿qué otra cosa podría ser?

—¿En serio? —preguntó Jon. Parecía emocionado—. ¿Cómo consigues un trabajo como ese? ¿Hay beneficios?



—Tienes que comenzar a entrenar desde muy joven —dijo Alaric, sin quitar su mirada de Meena—. Y no hay contrataciones en este momento.

—Sí, —dijo Jon. —Por supuesto. Las contrataciones están paralizadas en todas partes. Pero la cosa es que, pienso que podría ser un ejemplo en una posición como esa. Porque sabes, soy muy bueno con mis manos, y siempre he odiado mucho, mucho a los vampiros. Quiero decir, Dracula era mi película favorita cuando era niño. Dile, Meen. La parte en que lo estacan...

—La decapitación es más efectiva —dijo Alaric, todavía sin quitar su mirada de Meena.

—Ahora, mira —dijo Jon—. Sería hasta mejor en eso. Estaba en mi equipo de béisbol de la secundaria. Realmente podía darle al *swing* con mi bate. Meena, en serio. Dile.

Meena no dijo nada. Estaba mirando a Alaric. Había alcanzado su bolsillo interno otra vez. Esta vez sacó una pequeña medalla de oro, que arrojó en el centro de la mesa de café tan casual como si fuera una moneda. Jon la levantó y la puso contra la luz de la lámpara del lado del sofá.

—Genial —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Qué es? Reconozco esto. De un lado... ¿no es esto...?

—El sello del Papa —dijo Alaric en la misma voz aburrida que parecía usar siempre.

—¿El Papa? —Jon lo miró—. Mentira.

—Ése es mi empleador. —Alaric continuaba mirando a Meena. Ella lo miraba de vuelta. Notó en una desinteresada parte de su cerebro que su boca era muy pequeña para el resto de su cara.

El resto de su cerebro estaba gritando que no podía ser verdad. No era verdad. Ella y Lucien habían tenido una larga y completa conversación acerca de vampiros, en su apartamento...

Oh. Dios.

—¿Y qué hay en la parte trasera? —preguntó Jon—. Meena, aquí, mírala.



Meena tomó el medallón. Ella podía ver claramente la imagen de la parte de atrás. Era de un caballero andante. Matando un dragón.

Contuvo el aliento.

—¿St. George? —Su corazón se torció.

—El santo patrón de la Guardia Palatina —dijo Alaric—. Mi orden. St. George y San Juana son los santos patronos de los soldados. St. George doblegó al dragón...

—Lo sé. —dijo Meena rápidamente. De repente, era difícil respirar.

—Hey —dijo Jon excitadamente—. ¿No dijo Lucien algo acerca de dragones en la nota que te escribió, Meena? ¿Qué habías doblegado al dragón?

—Sí —dijo Meena. ¿Por qué Jon no se callaría por una vez? Su corazón estaba palpitando tan fuerte, apenas podía respirar.

Alaric, notó ella, había levantado una sola ceja de color marrón claro. —¿Te escribió? —preguntó.

—Sí —dijo Jon, levantándose y cruzando hasta la mesa del comedor donde la carta de Lucien estaba puesta al lado del bolso que le había enviado—. La nota está justo...

—No —Meena dijo, su corazón latiendo aún más fuerte mientras se precipitaba del sofá—. Jon, no se la des a...

Pero Alaric era, como siempre, demasiado rápido para ella. Estaba levantado y arrojando uno de sus brazos de roca maciza alrededor de su cintura, levantándola antes de que hubiera dado un solo paso.

—Dame la nota —dijo él, todavía sosteniendo a una luchadora Meena mientras Jon, desconcertado por esta vuelta de los eventos, se paraba allí en el espacio entre la sala de estar y el comedor, mirándolos, con la carta de Lucien en su mano.

—¡No le des la nota, Jon! —gritó Meena con voz ronca, azotando las piernas de Alaric con sus pies descalzos.

Lo cual por supuesto él no sintió.



Ni siquiera sabía por qué se sentía tan determinada a esconder la nota de él. Era simplemente imperativo que no la viera.

Pero era demasiado tarde. Jon le tendió el sobre plateado a Alaric, quien dejó ir a Meena, abrió la nota, y escaneó el contenido. Meena miró infelizmente a su hermano.

—Es sólo una nota, Meen —dijo Jon con un encogimiento de hombros—. Ni siquiera tiene su dirección allí o nada. Está bien.

Pero no estaba bien.

Especialmente cuando Alaric miró arriba y dijo, —*Dragón* en rumano es *dracul*.

—¿Qué? —dijo Meena. No entendía.

—*Dragón* —dijo Alaric casualmente—. Cuando te dice en esta nota que has *doblegado al dragón*, se refiere a sí mismo. La palabra rumana para *dragón* es *dracul*. Dracula.

Meena inhaló bruscamente. La habitación se había comenzado a sacudir un poco.

—Espera —dijo Jon—. ¿Así que St. George no estaba realmente doblegando dragones? ¿Estaba doblegando vampiros? ¿Se supone que los dragones en todas las pinturas son metáforas de vampiros o algo?

Pero en este día, recordó a Lucien diciéndolo en el museo, no hay ninguna doncella en el pueblo, salvo la hija del rey. Ella valientemente va a la orilla del agua, a pesar de las protestas de su padre, esperando morir. Pero mira quien apareció... un caballero llamado George, que matará al dragón y la salvará a ella y a su gente.

No es de extrañar que Lucien no se haya visto muy feliz cuando lo había dirigido hacia esa pintura en particular.

—Creo que me voy a enfermar —dijo Meena. De repente, su corazón no estaba palpitando. Pensó que había muerto.

—Siéntate —dijo Alaric, empujándola de nuevo hacia el sofá. Sólo que esta vez, hasta ella tenía que admitirlo, lo hizo gentilmente.

—No, en serio —dijo ella. El cuarto se estaba inclinando frente a ella—. Tengo que...



—Toma la soda —dijo—. El azúcar te ayudará. —Su mano en su hombro era cálida. Le recordó, con otra sacudida del estómago, que las manos de Lucien nunca habían sido cálidas. Siempre se habían sentido frías. Extrañamente frías.

Hasta sus labios, mientras se deslizaban sobre su cuerpo, habían sido fríos...

—Oh, Dios —dijo ella. Tragó un poco de soda, luego dejó caer su cabeza entre sus rodillas. Si no obtenía un poco de sangre de vuelta a su cuerpo, se sentía segura de que iba a morir.

—Pero no existe tal cosa como los vampiros —le dijo a sus pies descalzos—. No existe tal cosa. *No existe tal cosa...*

Meena pensaba que mientras más lo repitiera, más se iba a volver realidad. Pero tantas cosas de la noche anterior, incluyendo el recuerdo de la voz de Lucien, vinieron inundándola de vuelta a ella.

Pero crees que San Juana escuchaba voces, había dicho él. ¿Cómo podría una mujer educada como tú creer esto y no en las criaturas de la noche?

Criaturas de la noche.

Oh, Dios mío.

Era verdad. Era *verdad*.

—Toma tu soda —Escuchó la voz de Alaric urgiéndola gentilmente—. Mientras tanto, quiero contarte acerca de un hombre llamado Vlad Tepes.

Meena, con su cabeza todavía entre sus rodillas, gimió tan pronto como escuchó el nombre.

—Oh —dijo Alaric, sonando felizmente sorprendido—. ¿Has escuchado de este hombre? Bueno, le contaré a tu hermano acerca de él, entonces. Vlad Tepes era un Príncipe de una parte de Rumania llamada Wallachia... lo que es hoy mejor conocido como Transilvania...

Meena gimió ruidosamente. *No Transilvana. Cualquier cosa menos Transylvania.*



—Era un hombre cruel y brutal quien implacablemente empleaba el método de la tortura que, habrás podido escuchar, se llamaba empalar.

—Espera —dijo Jon—. ¿Estás hablando de Vlad el Empalador?

—Lo estoy —dijo Alaric, brillando un poco más—. Veo que has escuchado de él.

—Todo el mundo ha escuchado de Vlad el Empalador —dijo Jon—. Empalar era cuando, como un método de tortura, una larga estaca, casi nunca particularmente afilada, será manejada a través de varios orificios de la víctima...

—Necesito algo más fuerte que sólo una Cola —Meena se sentó y dijo de repente—. Whiskey. Necesito whiskey. Oh, Dios...

El cuarto se balanceó peligrosamente, y rápidamente puso su cabeza de vuelta entre sus rodillas.

—Nada de whiskey —dijo Alaric firmemente.

—¿Por qué no puede tener whiskey? —preguntó Jon.

—Luego borracha llamará al vampiro —dijo Alaric—. Y le advertirá sobre mí, y perderé el elemento sorpresa. Ha pasado antes. Vlad el Empalador —siguió—, gobernaba lo que es ahora la Rumania moderna desde 1456 hasta 1462. Era conocido por sus excepcionalmente crueles castigos, para sus enemigos y sus propios sirvientes, aunque es imposible decir cuantas personas realmente mató. Quizás haya empalado cien mil personas o más, dejándolas morir con un dolor enloquecedor, algunas veces por días, en largas estacas a lo largo de los caminos que llevaban a su castillo como una forma de intimidar a los visitantes de su tierra nativa.

Meena cerró sus ojos, deseando poder callar sus palabras.

Pero no podía, tanto como podía desearse a sí misma de vuelta en el tiempo, al punto donde el portero había llamado, diciendo que tenía una entrega.

Alaric Wolf no era un mensajero que alguien alguna vez hubiera querido. Ahora sabía cómo todo el mundo se debió haber sentido cuando les había dado sus noticias acerca de sus inminentes muertes.



—Vlad mismo fue dicho haber sido asesinado en batalla contra los turcos en 1476. Fue decapitado y su cabeza fue llevada en una carreta al sultán en Istanbul para probar que estaba muerto.

Jon sonaba decepcionado. —Así que. No era vampiro.

Meena levantó su cabeza esperanzadoramente. —Quizás. O quizás no era Vlad Tepes. Fue reportado enterrado en monasterio aislado cerca de Bucarest —dijo Alaric, continuando—, pero cuando su tumba fue recientemente abierta...

—¿Qué? —preguntó Jon ansiosamente.

—...se encontró vacía, —dijo Alaric.

Jon se veía confundido. —¿Así que dónde está?

Alaric lo miró y a Meena pacientemente.

—Vlad Tepes es más comúnmente conocido en su país nativo por su nombre dado, Vlad el Dragón, por su servicio a la Orden de Hungría del Dragón —prosiguió—. O, si empleas el rumano de dragón, Vlad Dracula. —Miró a Meena, su mirada azul inquebrantable—. Mejor conocido por el mundo anglosajón como la inspiración de Bram Stoker, *Dracula*.

Meena aspiró su aliento. Ella sabía ambos y temía lo que seguía. Lo sabía tan bien como nunca hubo sabido algo en su vida.

Ella sólo lo temía más de lo que recordaba temer alguna vez cualquier palabra que alguna vez hubiese escuchado.

—Lucien Antonescu —dijo Alaric—, es el hijo de Vlad *Dracula*.



CAPÍTULO 38

*Traducido por dani.shawn
Corregido por Andy Parth*

9:00 P.M. EST, Viernes, Abril 16
910 Park Avenue, Apt. 11B
New York, New York

Meena sólo pudo quedarse sin palabras hacia Alaric cuando este continuó.

—Lucien, ese no era su nombre en ese entonces, y su medio hermano pasaron a la clandestinidad después de Vlad, quién por razones desconocidas pero muy relacionadas con sus ambiciones para conquistar el mundo, se jactó ante Stoker sobre lo que era. Así es como uno de nuestros oficiales se las arregló para atraparlo y estacarlo.

Alaric se instaló nuevamente en el sillón y miraba a los dos Meena y Jon, pero más a Meena, con expresión seria y sombría.

—Entonces la novela de Stoker salió y el nombre Dracula se convirtió en famoso y en sinónimo de maldad. Sus hijos han estado escondiéndose en la población en general desde siempre, frecuentemente cambiando sus nombres y profesiones, tratando de estar un paso delante de nosotros. Pero puedo asegurarte, que la muerte de Vlad Dracula fue en manos de Palatinos y que unos cien años antes creó a su hijo mayor, ahora llamado Lucien Antonescu, el nuevo Príncipe de la Oscuridad, y que tiene que ser exterminado.

La mirada azul de Alaric era tan directa en su contacto con Meena, que hizo que ella se hundiera más en su asiento.

—Y tú vas a ayudarnos a hacer eso, Meena Harper, diciéndonos donde pasaste la última noche con él, así podemos encontrarlo y entonces todos los miembros de su clan, el Dracul, quienes creemos son los vampiros responsables de matar a estas chicas, y también los que casi mataron a mi compañero.



Meena lo miró con los ojos anchos de no creer. Ella no podía parar de recordar la cara de Lucien mientras le contaba la historia de la mujer que se hundi6 hasta la muerte en el Rio Princesa en lugar de ser tomada prisionera por los Turcos.

Si lo que Alaric estaba contando era verdad, esa mujer habia sido la madre de Lucien, que habia visto cometer suicidio ante sus ojos.

Estos oscuros ojos que Meena habia encontrado tan llenos de tristeza.

¡Y no maravilla!

Pero era imposible. Porque si 6l habia visto realmente a la esposa de Vlad el Empalador matarse a s6 misma, eso queria decir que Lucien tenia quinientos a6os.

Por otro lado, si no habia sido su madre, ¿Por qu6 alguien m6s hubiera tenido un tan especial punto de vista en la pintura de Vlad Tepes? Tenia que haber algo especial, un significado personal para 6l.

Excepto...

No hay tal cosa como vampiros.

Ella realmente tenia que suponer que Lucien Antonescu era un vampiro que se habia transportado m6gicamente dentro del museo, noqueado a los guardias, apagado las alarmas... ¿s6lo para sellar una fecha?

Excepto...

¿Qu6 les habia sucedido a todos los guardias?

¿Y qu6 sobre los murci6lagos? ¿Los murci6lagos que los habian atacado fuera de la Catedral de St. George?

—No puede ser real —ella dijo d6bilmente, sacudiendo la cabeza—. 6l nunca... quiero decir, 6l parece tan... *normal*.

Excepto por la parte donde 6l habia sido tan perfecto.



Incluso a pesar de que ella nunca tuvo ninguna sensación de que él iba a morir algún día. Claro que no.

Porque el ya está muerto.

¿Qué había dicho Leisha ese día por teléfono cuando Meena le había contado sobre Shoshona consiguiendo el trabajo principal de escritor? *Si alguien que puede decir como va morir todo al que conoce puede existir, ¿Por qué los vampiros no?*

De repente con frío, Meena se estiró hacia la manta que yacía al final del sofá, la que Jonathan utilizaba por debajo para la siesta.

Pero su brazo se sintió corto y ella no parecía tener la fuerza para estirarse más por ella.

Él ya estaba muerto.

Oh, Dios.

Los vampiros eran reales.

Y ella durmió con uno.

—Ellos han aprendido a mezclarse con los siglos —Alaric dijo con un encogimiento de hombros—. Tuvieron que hacerlo, para poder sobrevivir. Mira a tus vecinos, los Antonescu.

La boca de Jon se abrió —¿Qué?! —Él lloró—. No estás tratando de decirme que...

—¿Nunca te pareció extraño —Alaric dijo—, que nunca los has visto fuera en la luz del día?

Meena y Jon intercambiaron miradas.

—Yo he visto a Mary Lou en la luz del día —ella dice—. Todo el tiempo.

—¿Dónde? —Alaric demandó—, dime un lugar donde la hayas visto.



Meena abrió su boca para decir que ella había visto a Mary Lou en la calle muchas veces... fuera del edificio... en la tienda de comestibles... en el mostrador de...

Pero entonces ella se dio cuenta de que nunca la había visto en ninguno de estos lugares. Ni una vez.

—La he visto en el vestíbulo —Meena murmuró. De repente, el frío que sintió pareció peor.

—Quizás —Alaric dijo— subiendo del garaje donde ella y su esposo guardan su auto con ventanas polarizadas.

—Bueno... sí. La he visto ahí. Ella parece siempre estar ahí. —Con sus anchos sombreros. Y guantes.

—Alto —Jon dijo—. Ellos tienen esa enorme terraza. Ellos solos. Sólo estuvimos para disfrutar cócteles en él —entonces agregó—, aunque después del atardecer.

—¡Pero son los mayores donantes para la investigación de cáncer! —Meena lloró.

—Jack Bauer no los soporta —Jon dijo.

—¿Al perro no les gusta? —Alaric le preguntó a Jon, ignorando a Meena.

—Los odia —Jon dijo—. Tiene un ataque cada vez que ve a uno de ellos en el elevador. Siempre, desde que lo tenemos. —él miró hacia Meena—. Pensémoslo, él no era particularmente cariñoso hacia Lucien, tampoco, si el gruñido que escuché en el pasillo la noche pasada no era una indicación.

Meena lucía incómoda. Jon tenía razón, por supuesto. Sin embargo —Jack Bauer es nervioso. Siempre lo ha sido. Por eso es su nombre Jack Bauer. Tiene mucho de él en su mente.

—No parece de esa forma —Alaric observó.

Ellos miraron a Jack Bauer. Él estaba tendido sobre su espalda en su cama de perro, todas las cuatro piernas estiradas, su panza y genitales en pantalla completa, dormido con la lengua hacia fuera.



—Bueno —Meena dijo—. No todo el tiempo, por supuesto.

—Pienso —Alaric dijo—, que la razón de que tu perro es tan nervioso en el elevador y en el pasillo, y no cuando está en casa, es por que es un perro vampiro.

—¿Ahora mi perro es un vampiro? —Meena lloriqueó indignada—. ¿Quién es el siguiente? ¿Yo?

—Yo no dije que tu perro es un vampiro —Alaric dijo calmadamente. Él tenía un exasperante hábito de nunca perder el control... incluso cuando alguien lo amenazaba con un arma mortal—. Dije que él era un perro vampiro. Algunos animales, particularmente los perros, son más sensitivos a oler la decadencia vampírica que otros, y por esto han sido usados desde los días más tempranos por el hombre para ayudar a atrapar y controlar a la población de vampiros. Algunos han sido criados para encontrar y capturar vampiros. Parece que tu perro tiene algún viejo instinto para sentir y alertar. —Alaric se encogió de hombros—. Supongo que lo has regañado por ello —él agregó—, pero estaba sólo tratando de advertirte sobre un maldito que tu misma has fallado en sentir.

Meena, sintiéndose avergonzada, porque ella había regañado a Jack Bauer por su comportamiento e incluso encerrado en el baño toda la noche, desapareció cuando Jon cambió de tema.

—Si los Antonescu son vampiros —Jon preguntó—. ¿Por qué no nos han mordido, como les hicieron a estas chicas? —el gesticuló hacia las fotos en la mesa de café—. No es como si no hayan tenido millones de oportunidades.

—Porque los hubiéramos atrapado —Alaric dijo—, exactamente de la manera en que vamos a atrapar que quien hizo esto a las chicas. Desde que tu novio se ha convertido en Príncipe, los vampiros han dado órdenes para ir bajo tierra, con cuidado de no llamar la atención sobre sí mismos asesinando a sus víctimas. Sin embargo, acaban de encontrar débiles donantes que pueden usar como bolsas humanas de sangre, drenándolos lentamente, poco a poco. Solo que en vez de la palabra donante, trata de usar la palabra esclavo.

Meena dejó salir una pequeña risa —¿Y piensas que Lucien me está usando como uno de estos esclavos? Bueno, piénsalo de nuevo, Sr. Wulf.



—Sí —Jon dijo, luciendo escéptico—. No sé si te has dado cuenta, pero no hay nada de débil en mi hermana. No creo que nadie pueda hacerla su esclava. Excepto una esclava de amor, quizás.

Al minuto que Jon dijo *esclava de amor*, se formó una extraña mirada en la cara de Alaric.

Se paró.

—Levanta tu falda —le dijo a Meena.

Ella estiró el cuello para mirarlo de donde estaba sentada en el sillón —¿Disculpe? —ella dijo con una risa incrédula.

—Levanta tu falda —dijo de nuevo con voz de orden.

Entonces no había escuchado mal —Uh —ella dijo. Miró hacia Jon, que le dio un gesto incomprensible—. No. No voy a hacer eso.

Entonces, más rápido de que lo que ella podría haber pensado posible, él agarró su brazo y la paró. Jack Bauer, despertado por el chillido que ella dejó salir, miró hacia este golpe de violencia. Jon saltó sobre sus pies con expresión alarmada.

—¡Hey! Déjala —él lloriqueó.

—¡Detente! —Meena gritó mientras Alaric Wolf se estiró hacia abajo y empezó a subir su falda por su lado— ¿Qué cree que está haciendo?

—La arteria femoral —Alaric estaba diciendo. Él prácticamente la tenía colgando de un brazo cuando cambió al otro—. Lo olvidé. Los sexuales siempre van por la arteria femoral.

—Hey —Jon dijo incómodamente—. No creo que a mi hermana le guste que estés haciendo eso...

—No estoy haciendo esto porque me guste, idiota. Tengo que ver si ella ha sido mordida —Alaric tiró a Meena de nuevo al sillón, donde ella calló con las piernas



ligeramente separadas, el deslizamiento de su falda tan alto que él fue capaz de señalar y decir triunfalmente— ¡Allí! —Mientras la sostenía abajo con su mano libre.

Meena, furiosa, miró hacia abajo a su torso para ver sobre lo que estaba delirando. En lo más alejado, ella esperaba ver una mordida de amor. Ella estaba dispuesta a admitir eso; si consideraba eso objetivamente, las cosas se pueden haber salido un poco de las manos la noche pasada con Lucien, era verdad. Mucho de lo que había pasado en su cama, si era completamente honesta, era borroso.

Pero nunca esperó ver eso.

Era una mordida. No había negación. No se parecían a las que había visto en las chicas muertas en las fotos que Alaric había dejado en la mesa de café. En su lugar, eran *exactamente* como esas. Salvo que no tan grandes o con moretones.

—Oh, mi Dios —Meena dijo con jadeo.

Meena cerró las piernas rápidamente, mortificada, bajando la falda por sus muslos. Ahora los dos, su hermano y este rudo extraño la habían visto con sus medias negras más sexys.

—No es de extrañar que te envió una bolsa —Jon dijo con voz pasmada.

—Dentro de la parte superior del muslo —Alaric dijo. Él la dejó ir—. Debería haber buscado allí desde el principio. Pero mordidas allí son generalmente indetectables —La mirada que Alaric le dio era inescrutable, medio entre curiosa y desconfiada—. ¿No recuerdas cuando te mordió?

—Yo... yo... —Meena tartamudeó—. Recuerdo que me dijo que sólo me mordería si yo le daba permiso —ella dijo, sintiéndose confusa. Y muy fría.

—¿Y? —Jon seguía sobre sus pies, en dirección hacia ella y hacia el hombre que se había agachado sobre los cojines al lado de ella—. ¿Lo dejaste?

Meena parpadeó en su dirección. Esto no podía estar pasándole a ella. ¿Lucien la había mordido? ¿El hombre que la había protegido de los murciélagos fuera de la Catedral de St. George? ¿El hombre que le había dado su abrigo en la casa de Mary Lou? ¿Él la había mordido?



Y lo que era peor... ella estaba segura de que le había gustado.

—Dije sí —ella murmuró. Ella podía sentir sus mejillas sonrojándose—. Oh, Dios mío. Creo que dije sí.

En el silencio que le siguió, Jack Bauer estornudó. El saltó sobre sus pies, bostezó y se estiró con delicadeza. Entonces caminó hacia el sillón, saltó sobre este y le dio a Alaric Wolf un curioso resoplido; entonces se acurrucó sobre los muslos de Meena, girando sobre su espalda para tener bien estirado el estómago.

—No entiendo esto —Jon dijo, comenzando a pasearse por la habitación—. Si éstos... éstos vampiros están rondando por todos lados, escondiéndose en lugares públicos, alimentándose de mujeres inocentes como mi hermana, ¿Por qué la gente como tu mantiene algo así en secreto? ¿No debería haber servicio público de anuncio así las chicas como Meena no se enrollan con esta situación? ¿Huh?

Meena miró a su hermano. Su hermano siempre había sido lento en enojarse.

Pero una vez que llegaba a ese punto, era casi imposible de calmarlo de nuevo.

—¿Piensas que sería mejor si las cosas fueran como hace diecisiete o dieciocho siglos atrás... —Alaric Wolf preguntó suavemente— ...cuando cientos de humanos inocentes comenzaron a ser inculpados falsamente de vampirismo y asesinato por sus vecinos porque gente como tú, que estaban enojados porque su hermana había sido mordida, señalaban erróneamente a la gente? No. No lo creo. Mejor para ellos pensar que tales cosas no existen y para profesionales como yo tomemos el asunto en nuestras manos.

—Bien —dijo Jon, todavía paseando por la habitación—. Está bien. ¿Entonces cómo hacemos esto? ¿Agua bendita? ¿Estacas de madera? ¿Tienes algo extra? Porque estoy completamente de tu lado. Quiero clavar una estaca dentro del pecho de este tipo. Vamos. Estoy listo. Apurémonos.

Alaric no se movió, sentado al lado de Meena. —No —dijo calmadamente.

—Lo digo en serio —Jon dijo—. No tengo miedo. ¿Príncipe de la Oscuridad? No me asusta. Nadie muerde a mi hermana y luego le envía una bolsa y se sale con la suya. Vamos. Vamos. Meena, dínos dónde está este tipo. Estamos perdiendo tiempo aquí.



Meena, frotando el estomago de Jack, miró a Jon y a Alaric y luego de vuelta a Jon. No estaba muy segura de lo que iba a hacer. Había un continuo rugido en sus oídos. Se sentía como si el botón de su estómago se hubiera roto.

No. No su estómago.

Su alma.

—El ya dijo que no vas, Jon —ella dijo, recordándole a su hermano.

—Definitivamente voy —Jon dijo—. Sólo dinos dónde está.

—No —Meena dijo, sus dedos tensándose entre el pelaje de Jack.

Alaric, quien ocupaba la mayor parte del sillón, se giró hacia ella. —Meena —él dijo— Sé que este hombre, Príncipe, te dijo cosas que quizás te hicieron sentir... cosas por él. Sentimientos de amor o incluso algo pequeño. Pero a pesar del hecho de lo que puede haberte dicho, él es un hombre malo que hace cosas malas.

—No lo creo —Meena dijo—. Me acabas de decir que Lucien no mató a estas chicas.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Alaric. Su ya pequeña boca parecía encogerse aún más por la frustración.

—¿Qué está haciendo él aquí si él no las mató? —Ella demandó—. Dime. Él está aquí para encontrar a la persona que lo hizo, ¿no es así?

—Ss-sí —Alaric dijo lentamente—. Pero eso no lo hace un buen hombre. Ni siquiera es un hombre. Él es un monstruo. Mira lo que te hizo. Y tú ni siquiera lo sabías. Lo que él es... es algo muerto. No es natural. Y ha creado a otros como él... eso es lo que el Dracul es. Sus secuaces. Y ellos han creado sus propios secuaces. ¿Ves como nunca termina? Y es uno de estos otros el que está matando a estas chicas. Por eso es que mis colegas y yo tenemos que detenerlo. Antes de que las cosas se pongan peor. Así que, por favor, solo dime donde está, y me voy a ir de aquí. Nunca me tendrás que ver de nuevo.

Meena sacudió la cabeza. Su agarre en la oreja de Jack Bauer era lo suficiente fuerte que él tiró con su cabeza, enojado. Sus dedos se sentían como hielo.



Pero no lo dejó ir.

—Yo... no puedo —ella dijo.

—¿No puedes? —Alaric le preguntó, uniendo las dos cejas—. ¿O no lo harás?

—No lo haré —ella dijo. Incluso su voz había empezado a temblar.

Pero ¿Qué, exactamente, tenía que hacer? Nunca le gustaron los vampiros.

Y ahora él los había traído a su puerta.

Bueno, ella suponía que él no había sido el único en hacerlo. Que, suponía, ella lo había atraído por si misma aquella noche que le puso la correa a Jack Bauer y salió a caminar por la Catedral St. Geor...

—¡Por favor, Meena! —Jon le gritó—. ¿Qué estás haciendo? ¡No eres esa! ¿Protegiendo a tu novio abusivo? ¿Estás de broma?

—No lo estoy protegiendo —ella dijo entre labios congelados. Ella estaba temblando visiblemente ahora. No podía detenerlo. Nunca había sentido este frío, ni siquiera en el más brutal de los inviernos de New York, cuando el viento había azotado el frente del edificio ABN—. Los estoy p-protegiendo a ustedes dos —ella dijo con calma, peleando por mantener atrás las lágrimas—. No enti-entiendes. Va a matarte. Por tratar de alejarlo de mí. Los va a matar a los dos.

Alaric se había girado hacia ella, un brazo a lo largo de la espalda del sillón —¿Qué —él le preguntó a Jon—, está diciendo ella?

La cara de Jon estaba medio verde. —Ella sabe —fue todo lo que dijo con voz débil.

—¿Ella sabe que? —Alaric demandó.

—Cómo va a morir todo el mundo —Jon le lanzó una mirada aturdida—. Siempre lo ha sabido. Es lo que hace. Sólo lo sabe. Si Meena dice que él nos matará... vamos a morir.



CAPÍTULO 39

*Traducido por Evelin
Corregido por Selune*

10:00 P.M. EST, viernes, Abril 16.

910 Park Avenue, Apt. 11B

New York, New York

Alaric sabía que pudo haber reaccionado un poco de forma exagerada. Especialmente cuando la chica le había tirado el teléfono. ¡Un teléfono!

Pero Meena había demostrado más espíritu de lo que él esperaba. Claramente había saltado sobre ella. Para inmovilizarla. Eso era todo. ¿Qué otra opción había tenido?

Él no sabía porqué había sido incapaz de mantener sus manos fuera de ella. Eso había sido una sorpresa. Era sólo que ella tenía una piel tan agradable. Tan suave y fina... como la cera que él usaba para pulir sus esquís cuando iba a Kitzbühel cada año entre Navidad y Año Nuevo. Había sido prácticamente imposible para él no tocarla... y mantener el contacto con ella, aunque estaba claro que eso le molestaba.

Bueno, ella le molestaba. No quería tocarla. Él quería descubrir el paradero del Príncipe, ir allí, destruirlo, regresar a su habitación de hotel y tener un agradable baño caliente.

Lo que Alaric no quería era estar atascado en un apartamento de la Ciudad de New York repleto con baratos, aunque bastante cómodos, muebles de Ikea con la chica de ojos-grandes y piel-sedosa la cual era la amante del Príncipe de la Oscuridad, que aparentemente tenía una habilidad psíquica para predecir cómo la gente iba a morir.

—¿Ella sabe todo esto? —Le preguntó Alaric al hermano con escepticismo.

—Nunca se equivoca —le dijo Jon a Alaric—. Ella lo sabe. Sólo... así. Desde que era una niña.

269



Purple Rose

Alaric miró fijamente a Meena Harper. Había encontrado muchísimas cosas desde que se unió a la Palatina: un súcubo que se había desprendido de su propio cuerpo con un grito de descontento porque Alaric le había echado agua bendita. Chupacabras, normalmente confundidos con coyotes sarnosos, pero que en realidad eran una especie vampírica que chupaban la vida de las ovejas que pastaban en Texas. Pero cuando no pudieron encontrar ovejas, chupaban la vida de los niños que dormían lo suficientemente felices mientras podían llegar a ellos a través de una ventana abierta.

Demonios, volando hacia él con la boca abierta, mientras un sacerdote local le hacía un exorcismo a los aldeanos poseídos en las montañas de Colombia. Y por supuesto más vampiros de los que podía recordar, todos con la sangre corriéndoles por la barbilla y con las pecheras de la camisa teñidas de rojo, corriendo hacia él desde la oscuridad, gritando obscenidades. Los Vampiros, a pesar de ser románticos en las películas y en la literatura, generalmente eran bastante mal hablados en la realidad. Sólo el Dracul aparentaba algo de cortesía.

Pero Alaric no podía recordar ni una sola vez un encuentro con un psíquico que tuviera algo valioso por decir. ¿Por qué todos los psíquicos, con sus poderes de buena fe, no iban y predecían los números ganadores de la lotería, luego tomaban sus ganancias y se mudaban a Antigua?, Alaric no lo podía entender.

El Vaticano tampoco creía en los psíquicos, probablemente por las mismas razones que Alaric, y porque no tenían ni un solo psíquico en su nómina.

Pero Alaric podía decir por la temerosa, pero firme, mirada del hermano de Meena Harper que él creía en las habilidades de su hermana. Y podía decir por la miseria en la cara de Meena Harper que ella, también lo creía.

Meena había ahuyentado al perro de su regazo y ahora estaba con sus hombros en las rodillas y su cara escondida entre sus manos. Con su pequeña complexión, su corto cabello oscuro, las pequeñas extremidades y su cuello, vestida con nada más que un slip de seda negro, parecía una bailarina de ballet.

Una bailarina de ballet teniendo un ataque de nervios.

En otro lugar, en otra vida, Alaric pensó podrían haber tenido una momento bastante agradable juntos, ya que ella no era para nada desagradable.



Pero esto no iba a pasar ahora. Porque claramente lo odiaba.

Por supuesto, Alaric sabía que tenía que hacer: pedir un respaldo. Dejar a Holtzman hacerse cargo de estos dos. Él sólo quería la dirección. El Señor Sticky se encargaría del resto.

También, despacharía a Emil y Mary Lou Antonescu mientras se dirigía a la salida. Esta iba a resultar ser una noche muy satisfactoria.

—Mira —dijo Meena, levantando su cara llena de lágrimas de las manos, mirándolo fijamente a él. Sus ojos eran muy grandes y oscuros en su rostro—. Sé que no me crees. Nadie lo hace. Pero esto no me lo estoy inventando. Tampoco creía en ello hasta que... bueno, hasta que dijiste que lo ibas a matar y a mostrarme la marca de la mordida. Y luego lo supe. Y el hecho... bueno, es que él ya está muerto. Es por eso que puedo decir que, no importa. Pero él los va a matar. A los dos. Tienen que creerme.

Su voz, la cual lo había irritado antes, había adquirido una dulzura gutural ahora que estaba preocupada. Una de esas que él encontraba irresistiblemente sexy.

¿Qué estaba pasando con él? No iba a caer ante los encantos de esta... lo que fuera. De ninguna manera. Él tenía vampiros que matar. Además el delicioso servicio de habitación lo estaba esperando.

—En un lugar... una habitación hecha de cristal. Un atrio. Hay agua por todas partes. Como en una piscina. Sí. Una piscina de hotel. Pero en el aire. Eso no tiene sentido... Tal vez... en un tejado. ¿Te estás quedando en un hotel con una piscina en el tejado?

El pulgar de Alaric se congeló cuando estaba a punto de pulsar enviar.

—Porque ahí es donde él va a encontrarte —dijo ella. ¿En realidad estaba teniendo esta visión, detrás de sus párpados cerrados?—. ¿Te gusta nadar o algo?

Alaric la miró fijamente. —¿Cómo demonios sabes eso? —Le exigió antes de que pudiera detenerse.

Costaba mucho asustar a Alaric Wulf.



Eso incluía la escalofriante forma en que esos chupacabras habían levantado las cabezas de la oveja que habían estado engullendo cuando él accidentalmente se detuvo en una rama mientras se aproximaba a ellos. Y la manera en que la sangre de la oveja goteaba de sus dientes puntiagudos, cuando ladearon la cabeza hacia él a manera de interrogación.

Ella ya no estaba llorando.

—Sólo sé cosas —dijo ella con un encogimiento de hombros—. Créeme, nunca pedí este... don. Y si pudiera, lo devolvería en un segundo. Crees que me gusta saber que mi novio va a llegar hasta el agua y te va a agarrar por el cabello mientras estás nadando en la mañana, luego te sacará del agua y te extraerá tus....

—No lo hará —dijo Alaric rápidamente, dejando su teléfono celular a un lado y yendo de nuevo hacia el sofá para sentarse al lado de ella—. Él no lo hará. Ahora que me has dicho esto, eso cambia todo. ¿Verdad? ¿Así es como funciona?

Alaric Wulf no era un hombre de oración.

Pero estaba asustado. Estaba genuinamente asustado.

Y estaba orando para que así fuera como las cosas funcionaban.

Porque así como el la hizo creer en los vampiros, ella lo hizo creer en sus poderes.

—Me estás advirtiendo que él va a estar allí, eso hará que mis planes cambien —dijo él—. ¿No funciona de esa manera? Ahora lo buscaré. Tal vez ni siquiera vaya a nadar.

El corazón de Alaric latía rápidamente.

Y le tomaba mucho para que su pulso saltara. Pero la imagen que ella describía del Príncipe de las Tinieblas agarrándolo por el cabello del agua y extrayendo algo de él mientras estaba inocentemente nadando en el Península. En realidad lo había hecho saltar alocadamente. Ya que no había manera de que esta chica hubiera sabido el lugar en donde se estaba quedando. Así que no podía haber inventado esto.

—Mira de nuevo —él le dijo. Todavía estaba hablando cortésmente, porque había algo en el lenguaje corporal de Meena Harper, la manera en la que se enroscaba desde que



él le había mostrado la marca de la mordedura en el muslo, que le dijo que ella estaba un poco herida y necesitada de un trato cuidadoso si iba a sanar.

Pero era difícil para él quitar la urgencia de su voz.

—¿Qué ves? —preguntó él. Alcanzó una manta del borde del sofá y la envolvió alrededor de sus delgados hombros—. ¿Qué ves?

Meena sacudió la cabeza. —No es bueno —dijo ella—. Él todavía va a matarlos.

—¿Por qué a mí? —Se quejó el hermano—. ¿Qué he hecho?

—¿Pero en dónde? —Preguntó Alaric, ignorando a Jon—. ¿En dónde?

Meena continuaba. —Ahora no es en la piscina... es en algún lugar oscuro. Pero... algo está en llamas.

Sus párpados se abrieron y ella se quedó mirando fijamente a Alaric acusadoramente. Su voz tenía algo de su vieja aspereza nuevamente. —No puedes culparlo. Está tratando de defenderse. Trataste de matarlo primero. Eres el que empezó esto.

—¿Yo? —Alaric se señaló—. Oh, bien, Soy el Príncipe de la Oscuridad, ungido por todo lo que es profano, guardián de lo infernal. Claro. Es mi culpa.

—Él no eligió a su padre —dijo Meena acaloradamente—, al igual que tú.

Alaric meditaba brevemente que hubiera sido agradable conocer quién era su propio padre, aunque sólo fuera para darle al anciano una buena y merecida patada en los pantalones por abandonarlo.

—Meena —dijo Jon—. ¿No crees que deberías decirnos en donde está, así podemos matarlo antes de que él nos encuentre y nos mate? Esa es la forma en la que siempre lo hacen en las películas. Matan a Dracula en su ataúd durante el día mientras él está durmiendo indefenso.

—Los vampiros en realidad no duermen en ataúd —Remarcó Alaric.

—¿En serio? —Jon parecía atónito—. Pero...



—Stroker sólo añadió eso para ampliar el drama —dijo Alaric—. O quién sabe. Tal vez Dracula le dijo que era verdad como una especie de broma de mal gusto. El tipo era bastante retorcido. Eso lo haría más fácil si fuera verdad.

—Tú —Meena miró a Alaric—. Tú has traído tus horribles noticias. De acuerdo. Mi novio es el hijo de Dracula. Gracias. Ahora te puedes ir.

—Uh —dijo Alaric—. Me temo que no puedo hacer eso. Tengo un trabajo por hacer. Matar al dragón y todo eso. Pensé que ya lo había dejado claro.

—Oh —dijo Meena, asintiendo—. Como tu medallita.

—Cierto —dijo él con un guiño—. Igual que St. George.

—Veo la semejanza —dijo Meena sarcásticamente—. Bien, buena suerte con todo eso. Ahora lárgate de mi casa antes de que llame a la policía.

Alaric miró alrededor de la habitación. Luego, espiaba el teléfono que estaba en una pequeña mesa al final del sofá. Él levanto el auricular y lo dejó caer en el suelo, después lo pisoteó con una de sus botas masivas con punta de acero.

Cuando levantó el pie, el auricular estaba tendido en muchas partes individuales debajo de su pie.

Los ojos de Meena se abrieron hasta su límite.

—Creo que tu celular también está fuera de servicio —dijo Alaric, mirando intencionalmente los pedazos de su BlackBerry en el suelo.

—No puedes mantenerme prisionera en mi propia casa —dijo Meena... con una considerable energía, en su opinión, para alguien que le había servido como un banco de sangre humana al señor oscuro.

—Si quieres que me vaya —dijo Alaric cortésmente—. Estaría más que feliz de hacerlo. Sólo dime en donde puedo encontrar a Lucien Antonescu, y me iré. Además como un bono adicional, nunca tendrás que verme de nuevo.



—Pero me darás tu e-mail, ¿verdad? —Le preguntó Jon a Alaric—. Porque enserio quiero intentar con la Palatina. Sé que no están contratando, pero creo que yo sería asombroso en...

—Oh, no importa —dijo Meena, interrumpiendo—. Ustedes dos me dan dolor de cabeza. Adelante, quédate. Quédate toda la noche, para lo que me importa. Me voy a la cama.

Y con eso, ella se dio vuelta y pisoteaba descalza por el pasillo, con la manta detrás de ella. Cerró fuertemente la puerta de su habitación, directamente en la cara de Jack Bauer, que había estado trotando siguiéndola.

—No hay teléfono en esa habitación, ¿verdad? —Le preguntó Alaric al hermano.

—Por supuesto que sí —Respondió Jon.

Moviéndose con una velocidad de rayo, Alaric saltó por encima de la mesa de café y la basura tirada en el vestíbulo, luego abrió la puerta bien decorada de la habitación de Meena, era de Pottery Bam, esta vez, Alaric tenía tiempo para observar críticamente, mientras ella estaba levantando el teléfono para marcar. Él le arrebató el auricular de las manos, —*Tch tch, tch* ¿Qué dijimos acerca de usar el teléfono?

—No estaba llamando a Lucien —dijo Meena—. No soy estúpida. No quiero que sean asesinados. Estaba llamando a mi amiga Leisha. Necesito hablar con alguien que no sea un hombre.

Pero Alaric ya estaba caminando hacia las puertas francesas que llevaban a la pequeña terraza y las tiró dejándolas abiertas. El aire de la noche se había hecho más frío de lo que había estado cuando él entró al edificio. Las nubes de tormenta que él veía, se estaban moviendo, estruendosamente hacia la ciudad a lo largo del río, como un ejército que avanza.

—Detente —dijo Meena, corriendo tras él justo cuando extendía su brazo por encima de la barandilla adornada de hierro forjado.

—No puedes decirle a nadie lo que está ocurriendo aquí —Explicó él—. Ni a tu amiga Leisha. Ni a tu madre. Ni a la policía. No lo hagas si quieres que ellos vivan. ¿Me



entiendes, Meena? Esos monstruos mataran a todos los que amas en un abrir y cerrar de ojos si piensan que eso los beneficiará en algún modo.

—Entiendo —dijo Meena—. ¿Pero entiendes que hay gente ahí afuera? Si dejas caer ese teléfono por la barandilla, podrías golpear a alguien.

Alaric miró por encima de la barandilla de Meena hacia el otro lado. —¿Tienes alguna premonición de que alguien fallecerá inminentemente? —preguntó él.

Meena se mordió el labio inferior. —Bueno —dijo ella—. No. Pero...

—Bombas fuera —dijo él y dejó caer el teléfono. El viento lo arrancó rápidamente de su mano.

—No funciona de esa manera —dijo Meena, continuando—. En realidad, tengo que conocer a la persona. Pero buen trabajo. Probablemente acabas de matar a alguien.

Justo abajo, una alarma de un coche se encendió.

—Qué desgracia —dijo Alaric, sacudiendo su cabeza—. Maté un coche.

—¿Crees que todo esto es una broma? —Meena lo fulminaba con la mirada en lo que la luz de la luna se asomó por entre las rápidas nubes de tormenta—. Porque no lo es.

Alaric sintió una punzada de decepción. Meena Harper no había hecho otra cosa que sorprenderlo, por su resistencia, ninguna víctima había puesto tanto empeño en una pelea como ella lo había hecho, al descubrir sus habilidades psíquicas.

Hubiera sido agradable que también se hubiera mostrado impredecible en este momento. Pero él sabía lo que ella estaba a punto de decir. Lo había oído cientos de veces antes.

Ese era el problema con los vampiros... y la razón por la cual tenían que ser erradicados universalmente. Ellos se abrían paso en la piel de las personas más sensibles e inteligentes y las convertían en adictas con tanta seguridad como la heroína de alquitrán negro lo hacía.



—Lo sé —dijo Alaric rotundamente—. Lo amas. No puedes vivir sin él. Pero mira, puedo curar eso. Si tan sólo me dijeras donde está, lo mataré y luego...

—No —dijo Meena interrumpiéndolo—. Eso no era lo que estaba hablando. ¿Alguna vez te detienes para escuchar a la gente? ¿O simplemente te apresuras para ondear esa gran espada y luego preguntas? Él va a matarte. Y a mi hermano, también. Alaric, sabes que no puedo dejar que eso ocurra.

Esa era la primera vez que decía su nombre. Él no sabía porqué, pero el sonido de su nombre en sus labios le hacía algo extraño al cabello de la parte posterior de su cuello. O tal vez era sólo los rayos sobre el Río Hudson.

—No puedo ser responsable por lo que le suceda a tu hermano —dijo Alaric, luchando por calmarse. Y no sólo porque estaba comenzando a darse cuenta de que su atracción por ella era más que física—. De todas formas... por lo que entiendo, él ha estado desempleado por algún tiempo. Deberías estar contenta de que está mostrando algo de iniciativa.

—¿Por qué quiere matar vampiros? —La voz de Meena sobrepasó el sonido de un trueno lejano—. Todo lo que quería era que él consiguiera un trabajo y tal vez instalar unos paneles de yeso en la habitación del bebé en el apartamento de Leisha. ¡Nunca quise que se hiciera matar por ir detrás de los no-muertos!

—Bueno, deberías de haber pensado eso antes de que tuvieras la pequeña noche con Lucien Dracula —dijo Alaric, cruzando los brazos. Abajo, el propietario del coche finalmente apagó la alarma.

Era tan baja que los sonidos del tráfico todavía podían ser escuchados, pero eran débiles. Él pensó que ella debía de estar helada en su slip, pero no mostraba ninguna señal de ello, a pesar de que había agarrado la manta del sofá. Su temperamento la estaba manteniendo cálida, eso suponía.

Sus mejillas se ruborizaron. A ella no le gustaba que se refiriera a su cita con Antonescu como algo de una noche.



—Pero como no lo hiciste —Continuó brutalmente—, vas a tener que lidiar con las consecuencias. Una de las cuales soy yo. Y no voy a ir a ningún lado hasta que me digas donde está el Príncipe de la Oscuridad. En realidad, es tu decisión. Él o yo.

Ella sólo lo miró fijamente. Luego, sin decir una palabra, se dio vuelta y se dirigió, descalza desde la terraza hasta el interior de la habitación.

Su decisión era bastante obvia.

Esta, Alaric se dio cuenta, iba a ser una noche muy larga.



CAPÍTULO 40

*Traducido por Evelin**Corregido por Selune**12:00 A.M. EST, sábado, Abril 17**The Box**189 Chrystie Street**New York, New York*

Fue fácil para Lucien encontrar a su hermano, Dimitri.

Después de todo, era el Príncipe de la Oscuridad. Podía encontrar a quién quisiera. Excepto, por supuesto, a quien fuera que estaba matando a las chicas y dejando sus cuerpos en parques por todo Manhattan. La persona, o las personas, que estaban haciendo eso parecían querer mantenerse alejados de él, por una obvia razón...

279

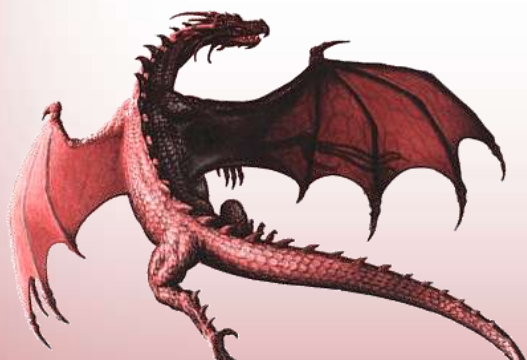
Ellos valoraban sus vidas.

Su hermano decía estar entreteniendo otro grupo de analistas financieros en un club de burlesque en el centro de la ciudad. Lucien no frecuentaba mucho esos lugares, francamente, si quería ver una mujer desnudarse en frente de él, no tenía que pagar por ese privilegio.

Este particular club estaba más lleno de lo que él había visto antes y no sólo con hombres. También había mujeres, de todas las edades, esperando a que el show comenzara, la mayoría estaba sin asientos. El club estaba repleto. Las únicas mesas decían “Tarifa de Botella” de mil dólares.

Eso significaba que los clientes sólo se sentaban en una mesa si compraban una botella de champaña o vodka... por mil dólares.

Era absurdo.



Purple Rose

Pero así era como el club hacía dinero.

Lucien no tuvo tiempo para detenerse a escuchar a la multitud quejándose. Estaba abriéndose paso entre ella y subió las escaleras hacia los lujosos palcos de terciopelo rojo en donde su hermano estaba sentado con los inversionistas con los que estaba haciendo una amistad por algún motivo.

Sin embargo, era difícil mantener el zumbido fuera de su cabeza. No era el zumbido de las conversaciones a su alrededor, era el zumbido que nunca había sentido desde que había dejado a Meena esa mañana y eso parecía ocurrirle ahora cuando estaba alrededor de humanos.

Era una extraña sensación. Realmente no podía identificarla con algo que hubiera sentido antes. Era como tener una pequeña abeja dentro de su cerebro. La sensación se desvanecía cuando no había nadie a su lado.

Pero tan pronto alguien con un latido de corazón estaba cerca, la vibración comenzaba de nuevo.

Eso no era sólo un zumbido. Él sabía cosas. Sólo con mirar los rostros de las personas que pasaba rozando. Como la camarera que estaba sosteniendo la bandeja con vasos vacíos, contoneándose por su lado en un corpiño de satén negro y un cinturón de liga de encaje. Ella necesitaba ser cuidadosa en esa estrecha escalera con sus tacones de plataforma precariamente altos, o iba a caerse y se rompería el cuello.

No era algo que él pudiera decir con sólo leer su mente. Era algo que él sabía, simplemente con mirar sus ojos exageradamente maquillados.

—Cuida tus pasos —le dijo cuando ella pasaba junto a él en las escaleras.

—Gracias —dijo ella, sonriéndole sugestivamente con sus labios pintados de rojo—. Sin embargo, prefiero cuidar los tuyos.

Y no sólo ella. También necesitaba cuidar del chico que le gritaba a su teléfono celular.

—No vas a creer este lugar —Le estaba diciendo a un amigo al otro lado del teléfono— ¡Una mujer está fumando en el escenario! No con su boca, sino con su...



—Hijo —le dijo Lucien.

—Amigo —El chico se dio la vuelta hacia él—. No soy tu hijo. Y no sé dónde está el baño... —Su voz se fue desvaneciendo mientras miraba los ojos de Lucien. Tragó saliva—. Lo siento —dijo—. ¿Puedo ayudarlo, señor?

—Sí —dijo Lucien, tendiéndole su mano—. Dame las llaves del coche

El chico, que no podría tener más de diecinueve, y obviamente había utilizado su identificación falsa para entrar al club, alcanzó con una mano temblorosa el bolsillo de su abrigo y sacó un juego de llaves.

Él las puso en la palma extendida de Lucien.

Lucien las guardó en el bolsillo de su abrigo.

—Toma un taxi a casa —le dijo al chico, palmeándolo en el hombro—. Creo que tienes unos tragos demás para conducir a casa seguramente.

—Pero... —El chico lo miró mientras Lucien se alejaba, hacia las cortinas de terciopelo rojas que separaban los palcos de las otras áreas en el segundo piso con vista al escenario—. Vine desde Long Island City.

—Toma el tren —dijo Lucien con un guiño—. Me lo agradecerás algún día.

Él encontró a Dimitri en un palco oscuro con seis o siete tipos de negocios, todos estaban descansando en los sofás y cojines decorativos alrededor de una mesa repleta de bebidas. No había mujeres a la vista. Ellas, Lucien sabía, aparecerían en el escenario de abajo, en varios estados de desnudez, haciendo cosas con un surtido de artículos que sorprendería incluso a su padre, quien había sido criado por los Turcos en el siglo quince.

—¡Lucien! —Dimitri gritó después de mirarlo detenidamente—. ¡Qué sorpresa! Caballeros, conozcan a mi hermano, Lucien. Lucien, estos son algunos de mis amigos de TransCarta.



Lucien le echó un vistazo a los hombres, los cuales eran de mediana edad, ligeramente obesos por estar demasiado tiempo en frente de un computador, y los cuales iban a morir...

...entre la semana.

Espera. ¿Todos ellos?

¿Cómo?

Y ¿Por qué? ¿Algún tipo de accidente aéreo corporativo?

Pero todo lo que Lucien podía ver en la borrosa foto de su mente era una habitación... una habitación muy oscura. Un sótano, tal vez.

Y sangre. Mucha sangre.

¿Un accidente en un estacionamiento subterráneo?

Esa era la única cosa que tenía sentido.

Pobres bastardos.

¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo sabía la manera en la que toda esa gente iba a morir?
¿Y por qué lo sabía?

—¿Cómo están? —Le dijo Lucien cortésmente a los hombres próximos-a-morir. Por supuesto, no había ninguna advertencia para ellos. ¿Había algo por lo que alertarlos?— Siento interrumpir su... noche. Pero me preguntaba si podría tener unas palabras con mi hermano a solas.

Una mirada molesta pasó por el rostro de Dimitri. Lucien la vio. Estaba seguro que la vio. Pero desapareció casi tan pronto como apareció.

—Por supuesto —dijo Dimitri—. Sólo será un momento, caballeros.

—Tómense su tiempo —dijo jovialmente uno de los hombres próximos-a-morir—. El próximo acto no dura más de diez minutos. Debería unirse a nosotros, Lucien. La chica aparentemente fuma con su...



—Lo he visto —dijo Lucien rápidamente—. En Turquía una vez. Pero gracias por la invitación.

Dimitri se levantó y pasó a través de la cortina que Lucien mantenía abierta para él. —¿Qué es esto? —preguntó él gruñonamente, siguiendo a Lucien bajar por el balcón, hacia la marcada señal de Salida—. En realidad estoy aquí por negocios, ya sabes. No tengo tiempo para tener estas reuniones no-tan-fraternales contigo.

Un hombre calvo con grandes bíceps, vestido con una camiseta negra y pantalones, que se había plantado en frente de la puerta marcada con Salida dijo, —Únicamente salida de emergencia. Tome las escaleras.

—Eso no será necesario, Marvin —dijo Lucien gentilmente.

—No —dijo Marvin, pareciendo confundido. Luego se hizo a un lado y empujó la puerta para ellos—. Lo siento, señor. No sé no que estoy diciendo. Tenga una noche agradable.

—Lo haremos —dijo Lucien.

Salieron por unas escaleras de emergencia a un callejón oscuro. El aire de la noche era fresco. Era mucho más tranquilizador afuera que dentro del club, en donde la música rock se estaba reproduciendo. Aunque Lucien podía escuchar el sonido de un trueno lejano mientras la tormenta se fraguaba sobre New Jersey.

El gorila cerró la puerta de salida detrás de ellos.

—¿Bueno? —preguntó Dimitri irritado, sacando un cigarrillo y encendiéndolo—. ¿Qué pasa? Pensé que más o menos nos habíamos dicho todo la última vez que nos encontramos.

—No —dijo Lucien—. No todo. He estado pensando en ti.

—¿En serio? —Dimitri parecía sospechoso—. ¿Sobre qué?

—Me estaba preguntando... —Lucien hizo un movimiento giratorio en el aire con su dedo índice—. En realidad, me preguntaba sobre lo de antes.



Dimitri miró hacia el cielo. —Debí de haberlo sabido. Piensas demasiado, ya sabes. Siempre lo haces. Contigo, siempre se trata sobre libros. Y el pasado. Nunca el futuro.

—¿Alguna vez has considerado que sólo estudiando los errores del pasado —dijo Lucien suavemente—, es cómo podemos tener un futuro?

Dimitri rodó los ojos. —Cierto. Lo que estás haciendo ahora es tan noble, moldeando las pequeñas mentes humanas. Es probable que nada te ocurra a ti, y por eso es que los de nuestra especie están comenzando a decir que te has vuelto suave...

Lucien alzó una ceja. —En realidad. ¿Crees que me he vuelto suave, Dimitri?

—No dije que fuera yo —dijo él—. Pero te estaba dando una oportunidad para que les demostraras lo equivocados que están. —Él se frotó la parte posterior de su cuello, como si recordara el duro aterrizaje de las manos de Lucien—. En realidad, deberías agradecerme. Creo que hice un trabajo ejemplar demostrando que todavía estás a la altura del juego.

—Interesante —dijo Lucien—. Ya que fui atacado al comienzo de esta semana.

Dimitri levantó la mirada, sorprendido. Lucien no podía decir si su sorpresa era genuina. Dimitri siempre había tenido un gusto especial por lo dramático.

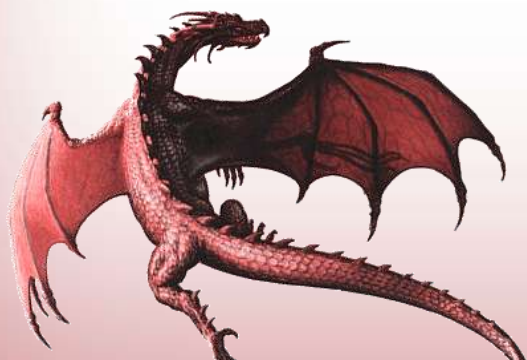
—¿Aquí? —dijo él—. ¿En la ciudad?

—Sí —dijo Lucien—. Y en frente de un humano. —No iba a decir ni una palabra sobre Meena. Nada más de lo que acababa de decir. Sabía que era mejor no dejar ver que tenía un interés especial en una mujer, particularmente una mujer humana, en frente de su medio hermano.

—No estabas enterado de eso, ¿verdad?

—Por el amor de Dios, Lucien —dijo Dimitri. Él apartó de un golpecito algo de ceniza del lado de la barandilla de la escalera de emergencia—. Claro que no. ¿Por quién me tomas?

Lucien alcanzó el símbolo de dragón que colgaba alrededor del cuello de su medio hermano.



—Alguien que intentó matarme en el pasado quiere hacerlo de nuevo para hacerse cargo del trono. Veo que sigues llevando esto —dijo él, dejando caer la imagen de hierro que colgaba entre sus dedos, la cercanía de su mano en la garganta de Dimitri era una amenaza tácita—. Tu hijo y ese chico estaban sentados en tu club. ¿Me estás diciendo que eso no significa nada?

—Por supuesto que significa algo —Dimitri escupió por encima de la barandilla de la escalera, hacia el callejón cincuenta y cinco pies más abajo—. ¡Estamos relacionados con Dracula, por el amor de Dios! ¿Por qué no deberíamos usar eso y el escudo de la familia, para promover mi imagen de un hombre de negocios? Ya sabes. Nunca he entendido tu oposición a hacer lo mismo.

La expresión de Lucien se torció en una de disgusto. —Tal vez porque no quiero tener ninguna relación con el Dracul —dijo él—. Tampoco veo algo admirable en ser un descendiente directo de alguien que mató decenas de miles de mujeres inocentes y niños en su vida y que fue, con toda razón, finalmente condenado a muerte por eso.

Dimitri parecía aburrido. —Bueno —dijo él—. Supongo que si lo pones de esa manera.

—¿Y me estás diciendo que ni tú ni tu hijo tienen que ver con el atentado del Dracul contra mi vida en frente de la Catedral St. George? —preguntó Lucien.

—Hermano —Dimitri sacudió la cabeza, con expresión abatida—. ¿Qué te he hecho para que desconfíes de mí?

—Creo que fue cuando trataste de enterrarme vivo en Târgoviște —Remarcó Lucien.

—Historia pasada —dijo Dimitri—. Siempre te aferras a los rencores por mucho tiempo. Papá también pensaba lo mismo.

—Extrañamente, no pongo en práctica nada de lo que Papá dijo —Comentó Lucien—. Si él no hubiera sido tan suelto con sus labios, la verdad sobre nuestra existencia nunca se hubiera filtrado a ese tonto de Stroker, no tendríamos a la Palatina detrás de nosotros y nunca tendríamos que cambiar de apellido.



Las cejas de Dimitri se entrecerraron en una expresión que Lucien reconoció. —Hay maneras para evitar a la Palatina —dijo Dimitri—. No son tan todopoderosos como les gusta creer.

Lucien se acercó, tomando a su medio hermano por la garganta, levantándolo no sólo con sus pies en el aire, sino sosteniéndolo contra la escalera de emergencia, a quince pies por encima del pavimento. Dimitri, preso de pánico, agarró las mangas de Lucien, mirándolo desesperadamente y sin aliento. Él había dejado caer el cigarrillo, el cual chocó contra el suelo y explotó con una lluvia de chispas rojas cuando golpeó el cemento.

—Papá también solía jactarse de que la Palatina nunca lo capturaría —dijo Lucien—. Y mira lo que le hicieron. ¿Es eso lo que quieres que te suceda?

—Yo... n-no q-quería decir eso —Balbuceaba Dimitri. No estaba en la posición más cómoda, colgando de su cuello a tantos pies sobre el suelo—. Deja de bromear, Lucien. Ba-bájame.

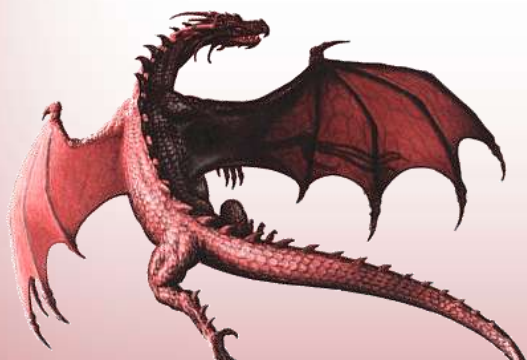
Lucien apretó su agarre. —En realidad puedes tener algo por lo que preocuparte, Dimitri, además de la Palatina... porque justo esta mañana desperté con una extraña sensación de que todo esto, las chicas muertas, el ataque contra mi vida, de alguna manera te vuelve a señalar... a ti.

Dimitri jadeaba. Parecía estar diciendo, No. No, no soy yo...

Pero Lucien sólo sonrió.

—Oh, sí —dijo él—. Estoy realmente seguro de eso. No puedo probarlo... ahora. Pero lo haré. Y cuando lo haga, voy a hacer algo peor que decapitarte, puedo asegurártelo... así como descubriré quien pudo haber estado ayudándote. Me he hecho el de la vista gorda con tu estimuladora rebelión contra mí en el pasado porque eres mi hermano, Dimitri, y la familia es... bueno, la familia. Pero las cosas han cambiado ahora. No necesitas saber cómo, sólo que yo no lo hare más. No cuando las vidas humanas se pierden y otros están en el juego. ¿Me entiendes?

Dimitri asintió. Él no parecía feliz con esa situación. —Por supuesto —dijo él, asfixiándose—. Mi Príncipe.



—Ese es un buen chico —dijo Lucien.

Luego abruptamente abrió su mano y dejó caer a su hermano.

Dimitri, como Lucien sabía que lo haría, cayó tan sólo a unos pocos pies antes de transformarse en algo negro y liso, con alas, dientes y garras, que se precipitaba en una agraciada espiral antes de que finalmente aterrizara en el suelo al lado del cigarrillo abandonado...

...y luego volvió a la forma de su hermano al que conocía tan bien.

—Maldito seas, Lucien —dijo Dimitri, poniéndose en pie mientras se sacudía el traje. Parecía furioso—. ¡Sabes cómo odio cuando haces eso!

Lucien sonrió para sus adentros. ¿Ahora quién se había vuelto suave?

Él se dio vuelta y tocó la salida de emergencia. Marvin, siempre complaciente, abrió la puerta para dejarlo entrar nuevamente. Mientras el método de salida de su hermano había sido más rápido, Lucien por lo general prefería tomar las escaleras.



CAPÍTULO 41

*Traducido por Berenaissss
Corregido por Selune*

***1:00 A.M. EST. Sábado, Abril 17
910 Park Avenue, Apt. 11B
New York, New York***

Meena permaneció en la oscuridad de su habitación, pestañeando hacia el techo, Jack Bauer descansando su cabeza en su hombro.

Ella estaba tratando arduamente de no pensar en nada, porque cada vez que recordaba lo que estaba sucediendo realmente, porque, por un instante, podía oír el débil sonido de dos hombres hablando en su sala de estar, junto con el DVD de *Rápido y Furioso* que Jon estaba viendo, ella quería empezar a llorar.

Los sonidos amortiguados de la otra habitación parecían bastante inocentes: dos hombres maduros disfrutando una película sobre carros y armas. De alguna manera habían logrado juntar la comida china que no se había derramado fuera de su caja de cartón y estaban disfrutándola, así que ella podía oler la mezcla de aromas de moo shu y bolas de masa frita. Sólo un típico viernes por la noche en su casa, mientras afuera una tormenta estaba iniciando. Ella podía oír el viento que movía las copas de los árboles de abajo, el lejano estruendo de los truenos y ver los esporádicos destellos de los rayos contra su pared a través de las rendijas de las persianas de su ventana y las cortinas de gasa que cubrían las puertas francesas de cristal de su balcón.

Pero ella sabía perfectamente bien lo que en realidad estaba pasando. Alaric Wulf estaba vigilando la puerta de entrada para evitar que a escondidas fuera a ver a Lucien.

Lo hacía por la misma razón por la que había roto todos sus teléfonos. Ella esperaba que no hubiera pensado en los e-mail. Si rompió su laptop encontraría una forma de demandarlo. No le importaba si su jefe era el Papa. Pero Alaric no necesitaba preocuparse de que ella intentara salir a hurtadillas. No estaba especialmente deseosa de tener un enfrentamiento con Lucien. Incluso había metido un arma a la cama con



ella: una aguja de tejer de madera que le quedo de un breve e infortunado intento de manualidades que ella y Leisha habían emprendido una vez.

Sostenía la aguja de tejer apretada en una mano y con la otra acariciaba distraídamente la cabeza de Jack Bauer, mirando las sombras que danzaban contra su techo, cuando de manera ocasional parte de la luz de la luna brillaba a través de las nubes.

¿Que planeaba hacer exactamente con la aguja de tejer? No estaba segura.

Pero apuñalaría atravesándole el corazón a cualquier ser que entrara a su cuarto, humano o vampiro, parecía ser un buen plan. Meena no estaba sintiéndose demasiado afectuosa hacia los miembros del sexo opuesto en esos momentos.

Ella aun no había llegado a una conclusión de todo lo que había descubierto durante el transcurso de la noche. No estaba segura de que en verdad alguna vez podría ser capaz de entender, y mucho menos creer, todo.

Lo único que sabía con seguridad era que, después de todo lo que había visto y todo lo que había pasado esa noche, estaba sintiéndose muy cansada y quería descansar.

Pero aún después de cambiarse a su más suave camisón blanco de último minuto se había acostado y subido el edredón hasta su barbilla, dormir se le hizo imposible. Se sentía completamente despierta y no por los truenos o el sonido apagado que podía oír procedente de la sala de estar.

Lo único en lo que podía pensar era sobre el hecho de que el hombre de sus sueños, el hombre que había pensado que era perfecto... el hombre de quien, si ella era verdaderamente y totalmente honesta consigo misma, ella había estado ociosamente considerando mudarse con él a Rumania, era un vampiro.

¡Un vampiro! ¡Esas criaturas de ficción que ella tanto despreciaba!

No solo porque los vampiros de la vida real no eran para nada como los vampiros de la ficción. Los vampiros de la vida real hicieron cosas, cosas de manera más horribles que los vampiros de las películas, las imágenes de las cuales Meena estaba convencida por siempre podrían estar grabadas en la parte posterior de sus retinas, la gente que no es guionista jamás podría imaginárselo ni en un millón de años. Y no solo eso, sino que



Lucien era el gobernante supremo de los vampiros. Y era el hijo de Vlad el Empalador. De Dracula.

Después de encerrarse en su dormitorio, Meena se refugió en sus antiguo y estropeado ejemplar de la novela, que había comprado durante su fase gótica obsesionada con la muerte en la escuela preparatoria, y cometió el error de intentar leerlo nuevamente.

Entonces todos los pensamientos la inundaron de nuevo. No solo los detalles sangrientos sobre las criaturas contra las que Alaric Wulf se había comprometido a luchar, ¡pero Mina! ¡Ahí estaba en realidad un personaje en el libro llamado Mina! Este era un personaje a quien Meena recordó inmediatamente, se enamoró de Dracula y de hecho bebió un poco de su sangre, entonces, como tantas mujeres en las novelas de horror y películas, es rescatada.

Y bueno, en el libro el nombre era deletreado de manera diferente al suyo.

Pero aún así.

¿Cómo es que este tipo de cosas le suceden a ella? Como no era suficientemente malo saber como todos los que conocía iban a morir y entonces se siente moralmente obligada a advertirles al respecto.

Entonces tuvo que ir y enamorarse, y ser mordida, del hijo del más despreciable personaje de toda la literatura gótica, ¿entonces quién resultó ser realmente?

Cuando concluyó todo esto, y pudo, efectivamente, atravesar todo, tuvo que hacerlo. ¿Qué otra opción tenía? Iba a escribir un libro. Por supuesto que tenía que. Alguien tenía llevar la noticia fuera de aquí. Era la única manera de salvar otras mujeres de lo que a ella le estaba pasando ahora.

Las mujeres son de Venus y los vampiros del *infierno*.

Meena se quedo ahí pensando sobre su libro, viendo como las sombras bailaban en el techo. Estaba profundamente concentrada en que iba a decir cuando Oprah le preguntara porqué Meena había dejado a Lucien hacer las cosas que le había hecho, incluso no se dio cuenta cuando Jack Bauer levantó la cabeza y miro hacia las puertas francesas, inclinando sus oídos hacia adelante.



El palatino, Meena estaba segura, que evitaría que ella asistiera con Oprah. Alaric Wulf había sido inflexible en que una palabra acerca de la existencia de los vampiros no podía salir al público.

¿Pero por qué? ¿Cuándo han causado demasiado dolor y angustia?

Y esos eran quienes no estaban asesinando a chicas jóvenes.

Y bueno. Ella había dado su pleno consentimiento a Lucien de hacer lo que le había hecho.

Y ciertamente lo había disfrutado.

Pero eso no lo hacía correcto. A su lado, el cuerpo de Jack Bauer empezó a vibrar. El estaba gruñendo, su cara de zorro apuntando hacia las puertas francesas. Meena lo miro, entonces miro hacia las puertas. Pensó que vio algo negro revolotear delante de la ventana con cortinas. Una paloma, muy probable. O una bolsa de plástico, lanzada por la tormenta en desarrollo.

—¿Qué es hombrecito? —Meena susurró—, ¿un pájaro? ¿Vas a ir a matar a ese pájaro?

291

Jack Bauer se levantó en sus cuatro patas, y se colocó en medio de la cama con el pelo de su espalda completamente erizado, el gruñó con más fuerza. Toda su atención estaba centrada en las puertas francesas, su pequeño cuerpo temblaba como un alambre.

Meena sintió que su propia piel cosquilleó en reacción a lo que él percibía afuera de las puertas de su balcón.

No era un pájaro.

¿Quién, o más precisamente qué, estaba ahí afuera?

—Ok. Chico —Meena dijo en voz baja, deslizando las piernas de la cama. Agarró con fuerza la aguja de tejer en una mano—. ¡Quieto!

Ella sabía que debería ir a buscar a Alaric Wulf. Para eso estaba ahí. Para protegerla.



Purple Rose

Excepto que no estaba por eso. Estaba ahí para intentar sacarle la dirección de su amante.

Así podría matarlo.

Y, al contrario, ser asesinado por él. Junto con Jon.

Meena no podía dejar que eso pasara, no más de lo que podía dejar a Lucien ser asesinado, por todo lo que él pudo ser, por todo lo que pudo tener con ella... por mucho que le haya mentado.

Un relámpago destello. La tormenta retumbó un segundo o dos después, sonando ahora más cerca que antes. La tormenta había cruzado el río. Podría estar sobre ellos en un par de minutos. Ella no podía correr por Alaric. Si lo hacía, moriría a manos de Lucien, y Jon podría seguirlo rápidamente... si ella no estaba perdiendo la cabeza y era Lucien, en realidad, más allá de las puertas de cristal. Por supuesto, que eso no era posible, porque ella vive once pisos arriba y ahí no había una escalera de emergencia que él pudiese haber subido, se rehusó a pensar sobre murciélagos, o la forma del Conde Dracula en el libro de Bram Stoker, había sido capaz de trepar como un lagarto. Levantando la aguja de tejer a la altura de los hombros se movió con cautela hacia las puertas francesas, las cortinas de gasa blanca obscurecieron su visión de lo que estaba en el balcón. Atrás de ella, Jack Bauer saltó de la cama y siguió de largo, aún gruñendo, incluso aunque Meena le dijo entre dientes:

—¡Jack! ¡Perro malo! ¡Quieto!

Jack, como siempre, no le prestó ninguna atención en absoluto.

Poniendo una mano en la manija de la puerta, Meena tomó una profunda respiración y la haló.

Una repentina ráfaga de viento la ayudo a empujar la puerta hacia ella, y Jack excitado corrió fuera al balcón. Meena con el corazón en la garganta le susurro, —¡No! ¡Jack! —Y se movió de prisa para afuera de la terraza para detenerlo antes de que se fuera a lastimar.

Sólo que ahí no estaba nadie, ni nada.



Meena, temblando, de pie con el viento aumentando. Encima de su cabeza, el cielo era un salvaje patrón de mosaicos de nubes oscuras, detrás del cual un rayo continuaba parpadeando cada par de segundos.

Apenas podía ver la luna. La tormenta sonó, tan fuerte que parecía sentirla retumbando dentro de su pecho.

Tal vez por eso no oyó su nombre al principio. La voz llamándola era tan salvaje y tan profunda como el trueno.

Pero entonces notó que Jack estaba gruñendo nuevamente, su cabeza volteada en dirección a la terraza de los Antonescu, su nariz asomando a través del los rieles de hierro forjado enseñando los dientes.

Y cuando Meena se volvió, lo vio.



CAPÍTULO 42

*Traducido por Sheilita Belikov**Corregido por Selune***1:15 A.M. EST, Sábado, Abril 17****910 Park Avenue, Apt. 11B****New York, New York**

Lucien.

Él estaba allí, parado en la terraza de su primo Emil, con su larga gabardina negra azotando a su alrededor con el viento como una capa...

¿Qué estaba haciendo allí de pie, mirándola de esa manera?

Era la mitad de la noche. Las nubes en lo alto vibraban bastante con la lluvia.

Ella puso una mano sobre su corazón que latía con fuerza.

—Meena.

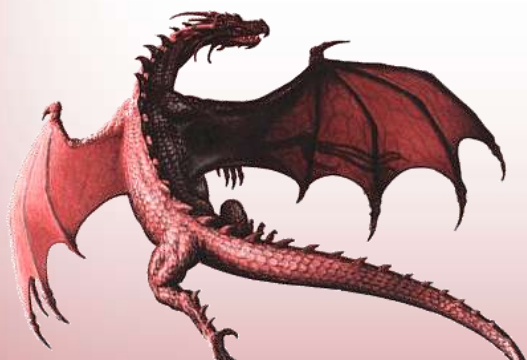
Su voz era como seda líquida. Casi podía sentirla, lamiendo su piel como el suave algodón blanco de su camisón.

Él estaba llamándola. Llamándola de la manera en que el relámpago llama a los truenos.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a decirle?

Meena se trasladó al muro de la terraza y, apoyándose en él, dijo, a través de la caída de ocho pies de ancho que los separaba: —Realmente no puedo hablar ahora, Lucien.

Su voz temblaba tanto como sus dedos, pero se las arregló para agarrar su aguja para tejer de madera. Esperaba que él no se diera cuenta.



—¿Por qué no, Meena? —Lucien preguntó, la preocupación en su voz una caricia—. ¿Estás molesta porque tuve que cancelar nuestra noche juntos? ¿No recibiste mi nota?

Su voz se ondulaba y se enroscaba a lo largo de sus fibras sensibles, de la manera en que su gabardina se envolvía contra sus piernas cada vez que soplabla el viento.

—Recibí tu nota —ella dijo—. Muchas gracias por la bolsa. Pero ahora simplemente no es un buen momento.

—Tal vez pude venir —dijo—. Traté de llamar más temprano, pero no parecías estar contestando el teléfono.

—Lo sé —Meena dijo, tragando saliva. Si en verdad era el Príncipe de la Oscuridad, iba a averiguarlo en algún momento. Así que bien podría decir la verdad—. No podía contestar mi teléfono. Había un Guardia Palatino en mi sala de estar. Destruyó todos mis teléfonos.

Lucien se quedó en silencio. De hecho, a Meena le pareció como si todo se quedara en silencio. El cielo sobre sus cabezas se congeló. Los relámpagos, los truenos, el latido de su corazón... incluso el viento, perdieron su fuerza. Las nubes, que habían estado moviéndose tan rápidamente sobre sus cabezas apenas segundos antes, parecían amontonarse en la parte superior de la otra. Las espesas nubes de tormenta negras taparon el resplandor de la luna, ocultando la expresión de Lucien.

—Meena —Lo oyó decir.

La palabra, apenas esas dos sílabas, le dijeron todo lo que necesitaba saber, como si la repentina manifestación meteorológica no hubiera sido suficiente para convencerla. Ostentaban un mundo de patetismo.

Y peligro.

Una pequeña parte de ella, la romántica, supuso, había mantenido la esperanza de que Lucien lo negaría. ¿Un vampiro? ¡Por supuesto que no! Qué ridículo. Todo el mundo sabe que no hay tal cosa como los vampiros.

Pero ella había escuchado la verdad hace un momento en su voz.



—Traté de decírtelo —él dijo. Su voz sonaba tan rota como su corazón—. En el museo...

—Vete —Susurró para que no fueran a ser escuchados por nadie en su sala de estar. Pero era tan duro ocultar el horror en su tono como lo era el dolor—. Vete, Lucien. Y no vuelvas nunca más.

—Meena —La luna seguía perdida detrás de las nubes que se deslizaban.

Pero ahora ella pudo oír que su voz sonaba menos herida y más impaciente. Como si él tuviera derecho a ser impaciente con ella.

—No puedo creer lo idiota que fui —Meena sentía como si se estuviera ahogando. Ella estaba apretando la aguja de tejer contra su pecho como una especie de talismán para alejar el mal—. Heme aquí pensando que teníamos este increíble vínculo. No me preguntes porqué. Tal vez fue la parte donde me salvaste la vida delante de esa Catedral. ¡Excepto que yo no sabía que era a ti a quien esos murciélagos estaban atacando! No sabía que eras un... un...

Ni siquiera podía decir la palabra.

—Meena —dijo él—. Puedo explicarlo.

¿Hablabas en serio? ¿Podría explicarlo? —¿Quiénes eran ellos, Lucien? —Demandó ella—. Los conocías, ¿no?

El tono de Lucien era triste. —En cierto modo...

—Y todo el tiempo... —La voz de Meena sonaba irregular, incluso a sus propios oídos—. Simplemente estuviste leyendo mi mente, ¿no? ¡Así es como supiste donde vivía! ¡Y la bolsa! —Ella sacudió la cabeza—. ¡Esa estúpida bolsa! Debí haberle dicho que la tirara por la ventana en lugar de mi teléfono. *Has doblegado al dragón*. Dios, ¡no puedo creer que alguna vez me dejara engañar por eso! ¿Has pensado en escribir el diálogo para una telenovela americana, Lucien? Porque yo podría conseguirte un puesto en donde yo trabajo.



—Meena —Lucien dijo. Ahora su tono era afilado... tan afilado como sus dientes, ella pensó, los cuales ni siquiera había sentido hundiéndose en su piel—. ¿Está todavía aquí? ¿El Guardia de la Palatina?

—Oh, ¿qué pasa? —Ella sabía que probablemente sonaba más histérica que sarcástica—. ¿No puedes leer mi mente para averiguarlo?

Una ráfaga de viento extremadamente fuerte que pareció surgir de la nada repentinamente barrió su terraza y la habría derribado si no hubiera dejado caer la aguja de tejer y extendiera la mano para agarrarse a la baranda del balcón con una mano mientras se protegía los ojos con la otra.

Durante unos segundos no pudo ver, había mucho polvo y residuos, algunos de ellos pétalos secos de los geranios muertos en su baranda, que giraban en un súbito tornado de primavera, a partir de la nada.

Pero ella estaba muy segura de que vio la silueta borrosa de un objeto grande como murciélago revoloteando entre su terraza y la de los Antonescu, bloqueando la poca luz que aún brillaba en el cielo nocturno y la de las ventanas de los apartamentos alrededor del suyo. Era como la vez que los murciélagos descendieron volando rápidamente para atacarla a ella y a Jack Bauer...

Sólo que ahora sabía que no habían venido detrás de ella en absoluto. Había sido a Lucien a quien habían querido.

Y la razón por la que no habían tenido ningún efecto sobre él sin importar qué, era porque no era humano. Sus dientes y garras no podían hacerle daño porque nada podía. Nada, salvo cortar su cabeza con una espada, al menos según Alaric Wulf, o apuñalar un pedazo de madera puntiagudo en su corazón.

Y ella tontamente acababa de dejar caer la única pieza de madera puntiaguda que tenía.

Cuando el viento se calmó y Meena fue capaz de abrir los ojos, vio a Lucien de pie frente a ella, en su propio balcón, sólo a uno o dos pies de distancia.



Meena, ahora sintiendo su corazón como si fuera a salirse de golpe de su pecho, inclinó la barbilla para verlo a la cara, a su tan increíblemente delicada y hermosa cara, y vio que tenía una expresión de extremo desagrado.

Por primera vez, reconoció el aumento repentino de su pulso por lo que realmente era: miedo.

Y no sólo por Jon y el Guardia Palatino dentro de su apartamento: miedo por su propia vida.

—Francamente —dijo Lucien con calma—, nunca he sido capaz de leer tu mente, Meena. Tus pensamientos siempre han sido un poco... confusos.

Meena, con sus dedos temblando convulsivamente, apretó su agarre en la baranda del balcón. *¿Qué había hecho ella? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué hacía él allí? ¿Iba a matarla?*

—Pensé que los vampiros no po-podían entrar en una casa a menos que los invitaran —Balbuceó a través de sus dientes que habían comenzado a castañear. *¿Era su imaginación, o sus ojos oscuros tenían un destello de rojo en ellos, profundamente dentro de las pupilas?*

—Eso solía ser verdad —dijo. Los truenos habían iniciado de nuevo, tan fuertes que sacudieron la barandilla de metal debajo de sus dedos. La tormenta sobre sus cabezas estaba empezando a pasar por encima—. Al menos en los días cuando la gente se preocupaba lo suficiente porque sus casas fueran bendecidas por sus sacerdotes o rabinos. *¿En estos días, cuando ya nadie parece molestarse? No es realmente un problema para nosotros.*

—Oh —dijo Meena—. Bien —Su mirada estaba fija en la suya, sin embargo buscaba a tientas subrepticamente con el pie descalzo por el piso del balcón, buscando la aguja de tejer que había dejado caer. *¿Si la encontraba, realmente tendría el coraje, y la fuerza, para clavarla en su corazón, o el lugar donde su corazón había estado una vez?*

Tal vez ella debería saltar. La muerte tenía que ser preferible a esto.

—Pero cuando encontramos un umbral sagrado —Lucien dijo, continuando con el mismo desinteresado y casi conversacional tono—, podemos encontrar el camino alrededor de ello. Podemos utilizar el control mental para hacer menor... la fuerza de



voluntad para invitarnos dentro. Algunos de nosotros incluso podemos convertirnos en niebla y pasar por el ojo de una cerradura, si no nos importa ser vistos por los demás después.

—¿Te puedes convertir en niebla? —preguntó débilmente.

Su mirada de ojos rojos estaba enfocada en la suya. —Sí —dijo—. Me puedo convertir en niebla. Puedo convertirme en lobo, también. Y tú no me vas a matar, Meena. No con una aguja de tejer. No vas a saltar, y ni siquiera vas a gritar para que el Guardia Palatino venga aquí, incluso repugnante como me encuentras... —Ahora sus cejas oscuras se fruncieron—. ¿Por qué es eso?

Él podía leer sus pensamientos. *Podía.*

Casi, de todos modos.

De repente el mundo parecía inclinarse locamente frente a ella.

Lucien alargó la mano y la agarró por la cintura, tirando de su cuerpo contra el suyo. El tacto de sus músculos duros a través de la fina tela de su camisón hizo que su universo oscilante se enderezara por sí mismo.

Pero sólo un poco.

Ahora su voz era una atadura conciliadora. —Puedo entender por qué estas alterada...

—No. —Ella estiró el cuello para levantar la mirada hacia él. Se avergonzaba de las lágrimas que nadaban en sus ojos, pero no había nada que pudiera hacer para detenerlas—. No creo que puedas. Hace unas horas pensé que eras lo mejor que alguna vez me pasó. Y ahora acabo de descubrir que nunca te conocí en absoluto... —La conciencia le remordió—. Y está bien, tú realmente no me conociste del todo, tampoco... pero tú ni siquiera eres humano.

El cielo se iluminó con un solo rayo y luego emitió la tumultuosa vibración de un trueno.

Entonces empezó a llover. Gruesas y punzantes gotas que golpearon su cabeza y hombros.



Lucien dijo: —Meena —Ya no sonaba desinteresado. Ahora, su voz, como el trueno, sonaba enojada y desesperada—. Fui humano... una vez. —Se dio la vuelta de forma que su cuerpo tapaba el de Meena de la lluvia, sosteniéndola en el refugio poco seguro que la puerta de su dormitorio ofrecía para el aguacero mientras el mundo seguía cayéndose repugnantemente a su alrededor. Su perro, al verlos tan juntos, voló en un frenesí de gruñidos pero no parecía atreverse a acercarse.

—¿No crees que anhelo sentir esas cosas otra vez? —Lucien le preguntó.

Su voz era tosca. Él sabía lo que era, y claramente lo odiaba.

Pero había llegado a aceptarlo... de la misma exacta manera, Meena lo supo en un momento de claridad, que ella había llegado a aceptar lo que ella era.

—¿Crees que me gusta lo que mi padre me hizo? —Le preguntó desesperadamente—. No. Pero, ¿Crees que tuve otra opción? No sé qué pacto impío hizo o si fue con... demonios, brujas, o el mismo diablo. Lo único que sé es que una noche morí y desperté para encontrarme a mí mismo... de esta manera. Hizo lo mismo con mi hermano Dimitri. Nos dijo que no nos preocupáramos, porque ahora viviríamos por siempre. A diferencia de mi madre... su muerte fue lo que lo llevó a buscar esta media vida grotesca para todos nosotros.

Meena lo miró con horror desde el refugio de sus brazos mientras, detrás de él, la lluvia caía en una pesada cortina y los truenos retumbaban implacablemente. Ella no quería oír esto. No quería oír *nada* de eso.

—Por supuesto —dijo Lucien con una sonrisa irónica—, no fue tan simple como eso. Estaban los... instintos. Traté de no ceder ante ellos. Pero eran muy fuertes. Padre no hacía más que alentarnos, trayéndonos... regalos. A Dimitri, que siempre había sido de voluntad débil, no le importaba dejar que la fiebre tomara el control, permitiendo que sus instintos más bajos lo gobernaran, sacrificando inocentes y volviéndose más monstruo que hombre. Pero yo... no sé. Tal vez porque tuve la suerte de haber nacido de mi madre, que, como sabes, se rumoreaba que había sido parte ángel...

—Lucien.



Ella lo compadecía. Lo hacía. Levantó la mano... no sabía porqué. Tal vez para acariciar su mejilla.

Sabía lo que él era. Y lo odiaba.

Pero estaba sufriendo.

Él retrocedió antes de que pudiera tocarlo y desvió la mirada, hacia la lluvia.

—No estoy diciendo que soy un hombre mejor que mi hermano —dijo—. O que mi madre era una mujer mejor que la tuya. Y no estoy diciendo que no podría haber hecho más para tratar de detenerlo a él y a mi padre. Podría haberlo hecho. Debería haberlo hecho. Eventualmente... lo hice.

Volvió la mirada hacia ella, y sus ojos eran carbones encendidos. Meena bajó la mano tan apresuradamente como si se hubiera quemado.

—Cuando mi padre finalmente fue destruido, y me convertí en Príncipe —dijo—. Les dije que todos los asesinatos tenían que detenerse.

Meena no quería escucharlo. Las fotos que Alaric Wulf le había mostrado estaban frescas en su mente.

Pero no podía permanecer parada allí mientras él se abatía en oprobio delante de ella, tampoco. Especialmente cuando la tormenta azotaba a su espalda, cayéndoles con fuerza en un aguacero como huracán.

Como él había dicho, podría ser un vampiro ahora...

Pero había sido humano antes.

—Entra —Susurró—. Te estás empapando.

Él bajó la mirada hacia ella, como sorprendido al ver que seguía sosteniéndola en sus brazos. Entonces su mirada se enfocó con una intensidad de rayo láser que no estaba segura de que le gustara en absoluto.

¿Estaba finalmente viéndola como Meena, la mujer que amaba... o como su próxima comida?



Sabía que podría ser el peor error que alguna vez cometería en su vida.

Pero a pesar de eso abrió la puerta de su dormitorio.

Lucien la siguió en la oscuridad.

—Crees que soy un monstruo —él dijo.

Ella no podía negarlo.

Así que fingió hospitalidad.

—Tengo una toalla aquí en alguna parte —dijo mientras levantaba en brazos a Jack Bauer, que los había seguido, todavía gruñendo, dentro de la habitación. Lo puso en el interior del closet, agarrando una toalla de allí también. Jack Bauer miró confusamente todos los zapatos de Meena, luego ladró, sólo una vez, mientras cerraba la puerta. Él estaría bien, ella lo sabía, allí. Más seguro que ella.

Más importante, nadie lo escucharía, especialmente sobre el sonido de la tormenta en el exterior y la película que todavía podía oír a todo volumen en la sala de estar.

—Hiciste algo por mí —Lucien la acusó con voz ahogada mientras ella le entregaba la toalla, y luego le ayudaba a quitarse su abrigo mojado.

—¿Qué? ¿Yo hice algo por ti? Soy la única que no hizo nada —Meena susurró con incredulidad, dejándose caer sobre la cama para enfrentarlo—. Todo lo que hice fue cometer el realmente grande error de enamorarme de ti. Lo cual, créeme, estoy colocando allí con mis más profundos y oscuros pesares, como esa permanente que me hice en octavo grado porque no le hice caso a Leisha, y fui al baile de graduación con Peter Delmonico. ¿De acuerdo? Así que simplemente vamos a anotar todo esto como una decisión realmente mala y terminarla ahora. Cuando deje de llover, tienes que irte. Confía en mí, te estoy haciendo un favor realmente grande. Ya que un grito, y ese Guardia en mi sala estará aquí como una bala para estacarte.

Vio que la mirada de ojos rojos pasaba más allá de ella y hacia la puerta de su dormitorio.



Ella sacudió la cabeza y, extendió las manos para empuñarlas en el frente de su camisa blanca, tirando de él a su lado en la cama.

—Tú sabes que no puedo irme —Lucien dijo, aún mirando hacia la puerta del dormitorio.

—Sí, puedes —dijo Meena, sacudiendo la cabeza. Seguía aferrándose a su camisa—. ¿Por qué no?

Su mirada se volvió hacia ella, el rojo apagándose un poco, agradecidamente. —Sabes porque, Meena.

¿Qué estaba diciendo? Él no podía posiblemente querer decir... no había ninguna forma en que pudiera...

—No puedo irme porque estoy enamorado de ti, Meena —dijo con su voz profunda. Extendió sus manos hasta rodear las suyas—. Te lo dije. Has doblegado al dragón.

¿Él estaba enamorado de ella? ¿Lucien Antonescu estaba enamorado de ella?

Apenas unas horas antes, esta noticia la hubiera hecho la mujer más feliz del mundo.

Pero ahora...

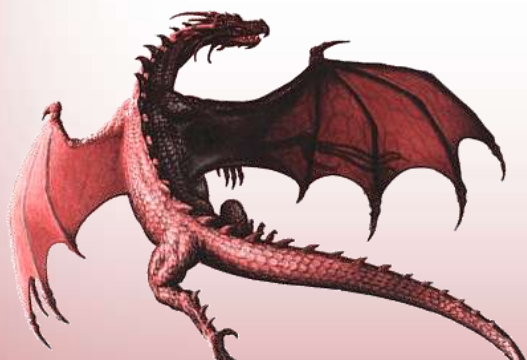
Ahora sabía que no era sólo Lucien Antonescu, profesor de historia de Europa del Este.

Era el Príncipe de la Oscuridad.

Él continuó con la misma voz profunda y entrecortada, aún sosteniendo sus manos. —Pero tú estás ocultándome algo, Meena. Y no es sólo un Guardia Palatino en tu sala de estar. Lo he sabido desde el momento en que te conocí. Algo que ocultas de todos...

—¿Yo estoy ocultando algo? —Ella sabía exactamente de qué estaba hablando, por supuesto. Pero mintió de forma automática. Porque siempre lo hacía.

—Sí, tú —dijo. Ahora, sus manos se movieron para agarrar sus hombros—. Lo sé. Nunca debí haber pensado que podría engañarte, de todas las personas. Pero sabes que



fui tan honesto contigo como pude serlo sin... aterrarte. Pero tú... no fuiste honesta conmigo, tampoco. Hay algo acerca de ti. Desde que... estuvimos juntos, yo... yo...

—¿Tú qué? —preguntó Meena. Su corazón latiendo con fuerza. Sabía que estaba tomando un enorme riesgo dejándolo entrar a su habitación, por no hablar de a su corazón. En cualquier momento, Alaric podría entrar como un torbellino, trayendo a Jon corriendo tras de él. Después de eso, si ocurría lo peor, todo sería su culpa...

Al dejarlo entrar a su habitación, ella estaba esencialmente haciendo lo que él acababa de confesar hacer, todos esos años con su padre y su hermano... cometer un asesinato.

¿Qué estaba haciendo?

—Desde que te fuiste esta mañana —dijo Lucien—, he tenido la extraña sensación de que sé cómo casi todos los humanos con los que he estado en contacto se... se van a morir. Y no, sin importar que puedas pensar de mí, por mis propias manos.

Meena lo miró fijamente. Por primera vez en el tiempo que tenía memoria, no podía pensar en nada que decir.

—Estoy seguro que el hombre en tu sala de estar te dijo algunas cosas muy coloridas sobre mí —Lucien continuó—. Una gran parte de ellas incluso podrían ser ciertas. He sido lo que soy por un tiempo muy largo... —Estaba obviamente escogiendo sus palabras con cuidado—. Pero nunca, nunca experimenté nada parecido. No hasta que... bueno, estuve contigo. ¿Te importaría decirme qué, exactamente, está pasando? Creo que tiene algo que ver con este secreto tuyo. De lo que huyes. Lo que hace imposible para mí leer tu mente por completo. Y lo que te hace identificarte tan fuertemente con Juana de Arco, que oía voces. Porque eso es lo que siento que estoy haciendo. Oír voces.

En la sala de al lado, ella oyó un accidente de coche estereofónico. *Rápido y Furioso* estaba retumbando su camino a un crescendo de metal crujiendo.

—Soy yo —dijo. Exhalando un suspiro lloroso.

Su agarre en ella se apretó.

No muy suavemente, tampoco.



—¿De qué estás hablando? —Él hablo con voz áspera.

—Bebiste mi sangre —Le recordó—. No mucha, por lo que probablemente se desvanecerá después de tu próxima alimentación. Esto debe enseñarte a ser más cuidadoso. Eres lo que comes, sabes.



CAPÍTULO 43

*Traducido por Evelin**Corregido por Selune****2:00 A.M. EST, sábado, Abril 17******910 Park Avenue, Apt. 11B******New York, New York***

Lucien la miró fijamente. Su rostro era pálido como resultado de la luna detrás de él.

¿Cómo debía de lucir él ante ella? se preguntó. *De seguro era una máscara de conmoción.*

—¿Puedes decir —Murmuró, tratando de asegurarse de que entendería correctamente—, como va a morir todo el mundo?

—Bueno, no todo el mundo —dijo Meena—. Obviamente no puedo decir eso de ti. Dado que ya estás muerto.

Él la había tenido sujeta por sus dos brazos y no soltó ni aflojó su agarre. Sólo seguía mirándola fijamente.

—Es por eso que tienes que irte —dijo Meena con voz ronca—. Sé que vas a matar al Guardia. El de la Palatina. Y también a *Jon*.

En la palabra *Jon*, su voz se quebró.

Lucien se sintió como si el estruendoso trueno que sonó justo en ese momento hubiera salido desde algún lugar profundo de su interior. Sacudió la cabeza, tratando de sacudir la verdad de sus palabras fuera de su mente, como las pequeñas gotitas de lluvia que seguían aferrándose a los extremos de su cabello.

—No —dijo—. Meena, no lo haría. No he matado a un humano en siglos y tienes que saber, que nunca mataré a tu hermano o a alguien que ames.



A pesar de la oscuridad en la habitación, él vio las lágrimas en las esquinas de sus ojos, destellando como diamantes. —Excepto que lo vas a hacer —dijo ella simplemente.

—Meena —dijo. Su corazón, el cual por muchos años había sospechado que estaba muerto dentro de él, junto con su alma, finalmente regreso a la vida—. Lo que ves... tus visiones... no siempre se vuelven realidad. ¿Verdad? —Pensó en el chico al que anteriormente la había quitado las llaves.

—No —Meena levantó una muñeca y se limpió el fluir de sus ojos—. No si les advierto. Y si ellos hacen algo sobre eso. Pero tú eres un vampiro, Lucien. No sólo eres cualquier vampiro. Aparentemente, eres el gobernante de todos los vampiros, el Príncipe de la Oscuridad. ¿En realidad se supone que debo confiar en que no vas a hacerle nada a este tipo? ¿O a mi hermano? ¿Ni siquiera en defensa propia? Porque ellos en verdad quieren matarte. Alaric Wulf tiene una gran espada, y...

Entonces, Lucien soltó el agarre en sus hombros. Pero sólo para acercarla y dejar descansar su mejilla contra su pelo.

—Shhh... —dijo—. Entonces lo que viste es sólo un futuro posible.

—A menos que algo cambie —dijo Meena, apartándolo—. Y lo que necesita cambiar es tú presencia aquí. Probablemente deberías decirle a Mary Lou y a Emil que se fueran. Porque la Palatina estás tras ellos, también. Y en realidad estoy tratando de no estar predispuesta contra... bueno, lo que ustedes son. Porque Dios sabe que tengo mis propios problemas con la gente que piensa que soy una persona horrible sólo porque tengo esta... obsesión con la muerte. Pero te llaman el Príncipe de la Oscuridad. Y eso tiende a sugerir que eres malvado y no muy confiable...

—No soy malvado —Desgranó. Luego lo reconsideró—. Bueno, ya no lo soy.

—Creo que las palabras “el ungido de todo lo que es profano” eran usadas para referirse a ti —dijo Meena—. Tal vez estoy equivocada, pero para mí, eso no sugiere nada bueno.

—La Palatina escasamente tiene prejuicios en lo que a mí respecta —dijo Lucien irónicamente—. Pero he trabajado duro desde el ascenso de mi posición para



introducir una nueva e iluminada era a mi pueblo, para proteger nuestros intereses y los de la humanidad.

—Vi una foto —dijo Meena—, de un Guardia de la Palatina con la mitad del rostro desgarrado. Alaric, —ella asintió en dirección a la pared de la habitación—, dijo que fue por un ataque de vampiros.

Lucien asintió, con sus hombros inclinados. Alaric. Alaric Wulf.

—Sí. Sé algo de ese hombre. Y —Añadió, incapaz de mantener su conmoción de que todo esto estuviera saliendo—, su compañero. Fue el Dracul que los atacó.

—¿Fue el... Dracul —dijo la palabra como si fuera desagradable para ella—, los que nos atacaron fuera de St. George la otra noche?

—Sí —Contestó él—. No a nosotros, sino a mí. Estaban siguiéndome. Tú nunca estuviste en peligro.

Meena dejó salir una pequeña risa sin alegría.

—Bueno, no estabas en peligro mientras yo estuviera ahí —dijo Lucien corrigiendo su declaración.

—¿Y el Dracul está asesinando esas chicas? —preguntó Meena.

Él la miro fijamente. ¿Cómo podía una personalidad tan contundente estar envuelta en un cuerpo tan increíblemente pequeño? —Sí —Admitió—. Estoy seguro de eso.

—Entonces... la nueva era iluminada no está funcionando, ¿verdad? —preguntó Meena.

Nunca se había sentido tan desesperado. ¿Por qué todo esto estaba ocurriendo ahora, cuando finalmente había estado tan cerca de aferrar un poco de felicidad?

El negocio que su padre había sellado le había dado la inmortalidad a él y a su familia. Pero ¿cuál era el punto en la vida eterna si estaba destinado a pasarla solo?

—Es complicado —dijo—. La sed-de-sangre es fuerte, especialmente en los recién convertidos, por lo que se alimentan bastante... pero no les permitiré que maten. Ellos



saben que habrá consecuencias si desobedecen. Pero hay muchos más que los que solían ser. No puedo manejarlos a todos. He tratado de delegar, pero... Creo que mi hermano es el que se levantó contra mí. Lo ha hecho antes. Siempre quiso el trono.

Meena alcanzó la toalla que él había dejado, levantándola para limpiarle el cabello y la parte posterior del cuello. —Como los escritores de diálogos —murmuró ella, suavemente besando los lugares en donde había presionado la toalla segundos antes—, siempre queriendo ser el jefe de guionistas.

Él la miró con sorpresa. El toque de su cálida boca contra su piel había enviado una descarga eléctrica a través de él. No sabía cómo reaccionar. No estaba seguro si el beso no había significado nada... O todo.

—¿Perdón? —preguntó él asombrado.

Sus ojos estaban bien abiertos. Ella parecía tan sorprendida como él por lo que había acabado de hacer.

—El hecho es que todavía vas a matar a mi hermano —dijo ella.

—No lo haré —Insistió, tomando su mano y acercándola a él, luego dejó caer su rostro en la cálida curva en donde su cuello se unía con su clavícula. Sin embargo, tuvo cuidado de no besarla allí.

Había visto la copia de Dracula en el suelo en una de las esquinas de la habitación, como si hubiera sido arrojada con violencia. —Meena, te lo dije, te amo. Nunca...

—Sé que no quieres hacerlo —Susurró ella contra su húmedo cabello. Su voz era vacilante con lágrimas contenidas—. Pero también sé que mi hermano no te conoce como yo. Y va a tratar de matarte. Él quiere unirse a ellos.

—¿Unirse a quién? —Lucien sentía su mente lanosa. ¿Este era el resultado de su cercanía o del remanente de su sangre todavía corriendo a través de sus venas?

—La Palatina —dijo ella.

Lucien escasamente la escuchó. De alguna manera su camisa se había abierto y ella estaba besando sus hombros como si no se pudiera detener, con sus labios suaves como



pétalos de flores. Todo lo que podía pensar era en la suavidad de su piel, como una vertiente reciente de Montrachet, y en el hecho de que podía oír su pulso incrementarse en sus venas, en *sus* venas, y un eco de los latidos del corazón que una vez solía tener.

Sólo dijo, —No creo que necesitemos preocuparnos por lo que está sucediendo, más de lo que necesitamos preocuparnos por la muerte de Jon.

Mientras hablaba, le levantó el camisón blanco sobre su cabeza, no del todo seguro de que ella estuviera al tanto de lo que él estaba haciendo.

Entonces ella se arrodilló a su lado, completamente desnuda, con sus ojos oscuros buscando su rostro. Incluso en la sombría habitación, él podía ver la punta inclinada de su pecho temblando con cada latido de su corazón.

La ola de deseo que lo golpeó fue más fuerte que cualquier cosa que recordara haber sentido en su vida. La cual ha sido de medio milenio.

—Meena —dijo. Su voz era una herida abierta, su necesidad era demasiado grande. Extendió una mano callosa para capturar ese tembloroso pecho.

Entonces, las reservas finales de su control se rompieron por la sensación de su satinada piel bajo sus dedos, la arrastraba hacia él, maravillado por la rápida coordinación del calor en su cuerpo, colocando su boca contra la de ella, abrumado con una necesidad de consumirla... devorarla... engullirla.

Ella dejó salir un pequeño sonido, ya fuera de protesta o de deseo, él no podía determinarlo, y arrojó las dos manos contra su pecho.

A regañadientes separó su boca de la de ella y preguntó, con sus ojos entreabiertos, —¿Qué pasa?

—Sin morder —susurró ella—. Esta vez lo digo realmente en serio.



CAPÍTULO 44

*Traducido por Verónica**Corregido por Selune**10:15 A.M. EST, sábado, Abril 17**910 Park Avenue, Apt. 11B**New York, New York*

Jon miró el panqueque chirriando en la sartén frente a él. Perfección. En serio. Estaba en racha esta mañana. Una docena de tortas, cada una con más oro que la anterior. Este iba a ser un desayuno que nadie olvidaría.

Cuando estuvo seguro de que había cocinado todo, agregó el panqueque y los amontonó en un plato junto a la estufa, tarareando un poco en voz baja.

Sabía que probablemente no debería sentirse tan alegre, ya que su hermana estaba pasando por un mal momento. ¿Pero podría haber algo mejor que el hecho de haber un cazador de vampiros del Vaticano en su apartamento?

Se asomó al pasillo atravesándolo para comprobar la mesa del comedor. Oh, sí. Esa era buena. La mesa puesta. Jugo de naranja vertido en los vasos. Servilletas dobladas. El lugar lucía como la combinación de desayuno y almuerzo de Sarabeth²⁵. Sólo que no había cochecitos, yuppies²⁶ o gritos de niños pequeños.

Deseaba poder llamar a Weinberg e invitarlo a tomar alguno de sus excelentes panqueques. También decirle lo que estaba pasando. ¿Vampiros, en Manhattan? Nunca lo creería. ¿Una sociedad secreta de caza vampiros?

²⁵ Sarabeth se refiere a Sarabeth Kitchén unos restaurantes que están en el Upper West Side en Manhattan.

²⁶ Yuppies: “young urban professional person”. Se empezó a usar en los 80. Su mayor preocupación es trabajar, vestir de Armani o Boss, calzar fino (marcas italianas), visitar sitios caros o de moda, cultivar su físico impecable y pasar de cualquier cosa que lo comprometa.



A él, como a Jon, le gustaría unirse al grupo. Sin lugar a dudas. ¡Patear un poco los culos de los no muertos! Por otra parte, Weinberg había mostrado renuencia para unirse a la policía de New York.

Tal vez no querría unirse. Tal vez sólo querría quedarse en casa y seguir viendo la CNN y quejarse del asesino en serie que...

Jon hizo una pausa, la espátula de los panqueques todavía seguía en su mano. El asesino en serie. El asesino en serie que Weinberg estaba viendo estos días. Por supuesto. Era el mismo vampiro que Alaric Wulf estaba cazando. Bueno, no era el mismo que había mordido a su hermana, si Jon entendía lo que estaba pasando, y Jon todavía no estaba seguro de entender exactamente lo que estaba pasando. Pero era un vampiro, de todos modos.

Oh, ahora se lo tenía que decir a Weinberg. Jon dejó la espátula de los panqueques y agarró el teléfono celular más cercano y empezó a marcar.

—¿Es ese mi teléfono? —preguntó Meena, entrando en la cocina completamente vestida con pantalones vaqueros, una camiseta, y un pañuelo rojo haciendo juego con sus bailarinas, con el pelo corto rizado húmedamente en la parte posterior de su cuello a causa de la ducha de la mañana. Jon miró con sorpresa el teléfono celular en la mano.

—Ah —dijo, dándole a terminar llamada—. Sí. Lo siento. Yo, uh, lo guardé bien anoche, después de que te fuiste a la cama. Funciona bien. Supongo que fue sólo un rasguño.

—Dámelo —dijo Meena, tendiéndole la mano.

—De ninguna manera —Jon miró otra vez a través del pasillo a la sala de estar. Wulf no estaba allí, según pensaba. Todavía estaba en el baño, duchándose. Había dejado a Jon a cargo, con instrucciones precisas de no permitir que Meena estuviese cerca de teléfonos, computadores, o salidas de emergencia fuera del apartamento.

—Todavía estás... infectada y esas cosas.

—Jon —dijo Meena con firmeza. Ella se veía mejor en la luz del sol que se filtraba a través de las ventanas de lo que lo hacía la noche anterior. Se había maquillado, por



una cosa. Y no lloraba más. Ella en realidad parecía... bueno, alegre era la única palabra que a Jon se le ocurrió para describirla. A pesar de que sabía que ella odiaba esa palabra. Como casi siempre, Jack Bauer estaba dando vueltas a su lado, jadeando.

—No seas idiota —dijo Meena—. No voy a llamarlo.

Ella no tuvo que decir a quién era. Los dos lo sabían.

Al vampiro.

—Sólo quiero comprobar mis mensajes —dijo.

Jon vaciló. Ella realmente parecía estar mucho mejor. Tal vez terminó con ese tipo. La verdad era que, si Jon descubría que la chica con la que salía era una vampiro, él terminaría con ella también bastante rápido. A menos que fuese Taylor Mackenzie, por supuesto.

—Bueno —dijo. Miró hacia el móvil. Había estado vibrando como loco toda la mañana. Alguien estaba siendo muy persistente, tratando de conseguirla.

Podría haber sido el vampiro, lo sabía. Si lo era, podría darle el teléfono a Meena, a continuación, escuchar su conversación, localizar dónde estaba el tipo, entonces decirle a Alaric Wulf y ayudarlo a matarlo.

Entonces, seguro sería contratado para este grupo Palatino, o lo que sea que fueran. ¡Tendría una nueva carrera! Y una impresionante, también. Por otro lado, estaba toda la cosa de que Meena estaba bastante segura de que su nuevo novio lo iba a matar. Entonces, eso era un poco deprimente. El teléfono sonó en la mano mientras estaba de pie allí, debatiendo en si debía o no dárselo a ella.

—Esa podría ser Leisha —dijo Meena—. Podría estar de parto.

—Ella no lo estará por dos meses —dijo.

—Esa es sólo la opinión del médico —dijo Meena—. No la mía.

—Y tu experiencia médica es ampliamente conocida —dijo Jon.

—En realidad —dijo Meena—. Lo es.



Jon miró el teléfono en su mano. —Dice “Número Desconocido” —dijo.

—Probablemente sea Leisha llamando desde el trabajo —dijo Meena.

—Un sábado —dijo Jon.

—Ella es estilista —Le recordó Meena.

Jon rodó sus ojos y le entregó el teléfono. Ella, obviamente, no estaba preocupada por que el Príncipe de la Oscuridad lo matara. Así que ¿por qué debería?

Meena pulsó en Aceptar Llamada. —¿Hola?

—¿Qué está pasando aquí? —Una voz profunda tronó desde el comedor.

Jon lanzó una mirada desesperada a Meena. Ahora ella le había metido en un lío. Esto definitivamente no iba a verse bien en su solicitud de trabajo para la Guardia Palatina.

—Uh, nada —dijo Jon, saliendo de la cocina con el plato de tortas—. Es sólo su mejor amiga la que la llamó. Ella va a tener un bebé. En serio, amigo, lo he comprobado. ¿Panqueques?

Alaric Wulf se veía enojado. Su cabello rubio estaba todavía húmedo de la ducha, y había dejado su camiseta detrás en alguna parte, mostrando un conjunto de unos verdaderamente impresionantes deltoides y pectorales, por no mencionar algunos abdominales duros como piedras definidos con el término de six-pack²⁷. De hecho, si Jon tuviese unos músculos así, no tenía dudas de que Taylor Mackenzie habría estado comiendo de su mano desde hace meses.

Por otra parte, tenía algunas cicatrices de aspecto malvado que hacían pensar a Jon el querer reconsiderar unirse a esa cosa de los Caza vampiros. ¿Era una herida a causa de una mordedura? Lo parecía... bueno, retorcida era la única palabra que a Jon se le ocurrió para describirla.

²⁷ Six- pack: los hombres tienen en el abdomen su tableta de chocolate.



Meena, en un acto de valentía por el cual Jon decidió que la admiraría más, levantó un dedo en la dirección de Wulf con el gesto internacional de estaré contigo en un momento mientras asentía con la cabeza a quien la estuviese llamando.

Enfurecido, le resaltaban las venas del cuello y de la frente, Alaric Wulf estaba allí mirando a Meena, ignorando por completo a Jon. Incluso ni se dio cuenta de lo bien que estaba puesta la mesa o el hecho de que Jon había hecho tocino. ¡Tocino real! No el turco. Había tenido que abrir las ventanas para dejar salir algo el olor de la grasa.

—Cuelga... el... teléfono... —dijo Wulf.

Jon miró a Meena, que parecía ni siquiera notar a Alaric. Sus cejas estaban unidas, y estaba diciendo en el teléfono. —Espera, más despacio... ¿dónde estás exactamente?

Alaric Wulf cruzó la habitación en tres zancadas. Jon pensó que iba a romper la cabeza de su hermana. Pero lo único que hizo fue alcanzar el teléfono. Meena, sin embargo, corrió detrás del sillón, moviéndose tan rápido como lo hacía Wulf, y exigiendo secamente, —¿Te importa? Estoy al teléfono. Es importante.

Alaric Wulf finalmente miró en la dirección de Jon, obviamente, buscando una explicación.

—Uh —dijo Jon—. Sí. Su mejor amiga está embarazada, y ella piensa... es una larga historia. Yo juro que no tiene nada que ver con vampiros. Mira, preparé el desayuno. ¿Por qué no nos sentamos y tomamos algo antes de que se enfríe? ¿Puedo hacerte un café? Es fácil con la cafetera de Meena.

Alaric gruñó algo. Jon no sabía qué. No parecía muy contento. Permaneció donde estaba, esperando que Meena terminara su llamada, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho cubierto de cicatrices.

—Entiendo —decía Meena al teléfono—. No, tú hiciste lo correcto. Quédate donde estás. Iremos allí por ti.

Una mirada de incredulidad cruzó la cara de Alaric Wulf. Meena le devolvió la mirada y entornó los ojos hacia él.



—Sí, sé exactamente dónde te encuentras —dijo Meena al teléfono—. Te encontraremos. Lo prometo. Danos una media hora. Adiós.

Colgó el teléfono.

—Tenemos que ir —dijo—. Nosotros...

Antes de que pudiera salir una palabra más, Wulf explotó. —Estabas con él ayer por la noche —Entró en erupción, señalando con el dedo acusador en dirección a Meena—. ¡Él estuvo aquí!

La quijada de Meena cayó. La suya no fue la única. Jon se quedó mirando al cazador de vampiros con asombro.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jon—. Estuvimos aquí toda la noche. Y ella nunca...

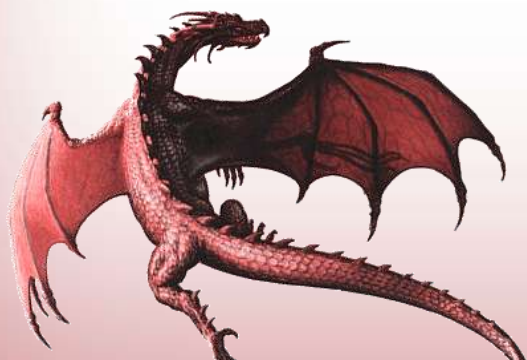
—Estoy hablando de esto —Wulf se adelantó a sacar el pañuelo de color rojo que Meena había atado alrededor del cuello, que hacía juego con sus bailarinas de color rojo.

—Ay —dijo Meena, mirándolo molesta—. ¿Estrangulas a mucha gente? ¿A tu jefe realmente le parece bien que trates así a la gente?

Alaric, miró lejos de una manera más molesto de lo que ella estaba, puso un brazo sobre la cintura de ella en forma de oso para evitar que ella se marchara. Luego, con su mano libre, le arrancó el nudo del pañuelo.

Cuando el pañuelo cayó al suelo, Jon quedó asombrado con la ya familiar circular marca, larga y delgada, que vio en la garganta de su hermana. Habría estado dispuesto a darle el beneficio de la duda, teniendo en cuenta que era su hermana, Meena, la cual odiaba a los vampiros, si sus mejillas no hubiesen estado del mismo color que el pañuelo que estaba a sus pies.

—Mierda, Meena —Jon se oyó a si mismo diciendo—. ¿Qué está mal contigo?



—No lo entiendes —dijo, dándole a Wulf una patada en la espinilla con su talón lo que la dejó libre con un auch. Pero a pesar de la apariencia exterior de rebeldía, había lágrimas en sus enormes ojos marrones.

—Él no es malo. Él está tan preocupado como lo están ustedes por los asesinatos —Insistió a Alaric—. Yo sé lo que tú crees que es, pero no es así. Él no es como su padre. Creo que tienes al hombre equivocado.

—¿Cómo hizo para entrar aquí? —Le preguntó Jon a Wulf, haciendo caso omiso de su hermana, porque era obvio que estaba loca—. Estuvimos mirando la puerta todo el tiempo.

—La puerta de la entrada —dijo Alaric Wulf gravemente. Él no había quitado la mirada de Meena ni una vez—. Deberíamos haber estado viendo la puerta del balcón, también.

—¿La puerta del balcón? —Restalló la voz de Jon—. Estamos en el onceavo piso. ¿Qué hizo él, *volar*?

Meena y Wulf lo miraron, Meena tristemente, Wulf con sarcasmo. Jon, se dio de cuenta de quién estaban hablando, tragó saliva con cierto nerviosismo.

—Oh —dijo. Luego se volvió hacia su hermana—. ¡Pensé que estabas tan preocupada sobre que él nos matara! —Exclamó—. ¿Y lo dejaste entrar?

—Ella no puede evitarlo —dijo Wulf. Se volvió bruscamente, dirigiéndose de nuevo hacia el cuarto de baño, al parecer en busca de su camisa. —Es su sierva. Ya sea que vivamos o muramos no significa nada para ella. Mientras que él se quede con ella.

Jon le dirigió a su hermana una mirada acusadora. —Jesucristo, Meena —dijo—. Conoces a un vampiro y tu profunda y permanente aversión por la misoginia a los monstruos se va por la ventana, y ¿te conviertes en una de esas chicas? Pensé que odiabas a esa clase de chica.

Picada, Meena contuvo el aliento. —¡No lo soy! —Exclamó—. Yo no soy una de esas chicas. No soy un siervo. Todavía odio a los vampiros. Simplemente no a Lucien. Porque no es como los otros. ¡Y me preocupo por los dos! Bueno —Añadió con una mirada fulminante a Alaric que salía de vuelta—, por uno de ustedes.



Wulf hizo un gesto con la mano despectivamente detrás de su espalda mientras caminaba por el pasillo hacia el dormitorio de Jon.

—Es cierto —Meena se volvió con los ojos llenos de lágrimas hacia Jon—. Tienes que creerme. No soy un siervo. Si dejas salir a Lucien solo, no habría nada de lo que preocuparse.

Jon sacudió la cabeza. —No sé, Meen. Dejar al Príncipe de la Oscuridad entrar al apartamento, ¿cuándo dijiste que iba a matarme? ¿Y luego dejar que te mordiera? ¿Otra vez? Ese comportamiento muy similar al de un siervo, si me lo preguntas —bajó la voz para que Alaric no pudiera escuchar—. Y no parece algo bueno para mí, ya sabes, con esta cosa del trabajo.

—¿Esta cosa de trabajo? —Meena miró desconcertada.

—Ya sabes —dijo Jon—. Si yo voy a conseguir un empleo en la Palatina. No puedo tener una hermana que duerme con el enemigo. Tienes que dejarlo.

La comprensión apareció. La expresión de Meena se convirtió en sarcástica. —Oh, lo siento —dijo—. Olvidé que todo esto era todo sobre tus oportunidades de empleo, “Señor, no puedo quedarme en tus pantalones”.

La quijada de Jon cayó. —Una vez —Susurró, alzando el dedo índice—. ¡Y te dije, que era a media noche! ¡Realmente tuve que hacer pis! ¿Cómo iba yo a saber que un policía iba a parar justo en ese segundo exacto, delante de esa tienda del metro?

Wulf regresó, abotonándose la camisa. —¿Cuánto le has dicho? —preguntó.

—¿A quién? —preguntó Meena, pestañeando hacia él.

Wulf rodó los ojos. —Al enemigo de la luz.

—Yo no le dije nada —dijo Meena—. Y deja de llamarlo de esa forma. Él no es así.

—Se lo contó todo —le dijo Wulf de manera cómplice a Jon.

Jon enarcó las cejas. —Ella dijo que no lo hizo...



—Tus vecinos se mudarán —Wulf terminó con el último de sus botones—. Espero que no les pidas prestado su tazón de azúcar, porque nunca lo verás otra vez.

—No sé porqué no me escuchas —dijo Meena, mirándolo—. Lucien no es como otros, eeehh, vampiros que conoces. Es amable y afectuoso y generoso, y fue horriblemente maltratado por su padre, quien le hizo lo que es. No tenía otra opción. Es su hermano, Dimitri, por el que deberías ir. ¿Sabías que trató de matarnos la otra noche? O que envió una colonia de murciélagos para hacerlo por él. Él quiere destruir a Lucien para poder ser el Príncipe de la Oscuridad, o cómo se llame. Y si eso sucede, el mundo realmente va a estar en problemas.

Wulf miró a Jon, con una expresión de aburrimiento. —Tomaré un café ahora.

—Sí, claro, enseguida —dijo Jon, apresurándose para darle una taza.

—Besa-culos —le dijo Meena acusadoramente a su hermano. Entonces, siguió a Alaric por el espejo a través de su mesa del comedor, donde había ido a asegurarse de que no había perdido ningún punto de afeitar, dijo—: Lucien es el que está haciendo que ninguno de los Dracul o el resto de los vampiros mate a nadie más. Quiero decir, sí, beben sangre humana... pero sólo de donantes voluntarios.

—Trata de decirle eso a Caitlyn —dijo Wulf.

—¿Quién es Caitlyn? —preguntó Meena sin comprender.

—El nombre para nuestra última víctima de asesinato —dijo Wulf, sorbiendo el café que Jon se había precipitado a entregarle.

—¿No has oído lo que dije? —preguntó Meena con impaciencia—. Lucien está tratando de averiguar quién mata a las chicas y detenerlo, al igual que tú. ¿Por qué no puedes juzgarlo por lo que hace no por lo que es?

—¿Qué se supone que significa eso? —Wulf había sacado una silla para sentarse en la mesa del comedor, tratando de alcanzar un trozo del tocino de Jon.

—Quiero decir, que lo estás juzgando sólo por lo que es, que, lo admito, es un vampiro —dijo Meena—. Pero él no actúa como tal.



—¿No lo hace? —Inquirió Wulf, su mirada dirigiéndose al punto en su cuello. La cara de Meena se enrojeció como el pañuelo.

—Eso es solo... solo... —Balbuceó—. Nosotros sólo estábamos jugando.

—Para ti quizás sólo haya sido jugar —dijo, cogiendo un cuchillo y el tenedor y empezando a comer los panqueques que Jon había hecho—. Pero te puedo asegurar, que no fue “jugar” para él. El hecho es, que si dejas a un vampiro hacerlo una vez, nunca se largará. Son como los desempleados, personas sin hogar familiar.

—Oye —Jon protestó.

—Sin ánimo de ofender —dijo Wulf, tomando un bocado de pan tostado. Meena miró a su plato.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —Le preguntó Wulf—. Tengo un largo día por delante, protegerte para asegurarme de que no haces nada estúpido. Obviamente voy a necesitar mi fuerza. Porque tengo la sensación de que vas a tratar de hacer muchas otras cosas estúpidas.

—No tenemos tiempo para eso ahora —dijo Meena, sonando exasperada—. Tenemos que irnos. A menos que me dejes ir fuera del apartamento por mi cuenta.

Wulf levantó una única ceja rubia. —Eso es muy poco probable. ¿Y a dónde necesitas ir tan urgentemente? —Preguntó.

—Yalena era la del teléfono hace un momento —dijo Meena, mirando a Jon—. Ella finalmente se marcha lejos de su novio. Le prometí que iría a buscarla.



CAPÍTULO 45

*Traducido por Sera y Evelin**Corregido por Selune**12:00 P.M. EST, sábado, Abril 17**Shenanigans**Calle 241, 42 Oeste**New York, New York*

Alaric no entendía completamente cómo había llegado a sentarse en una cadena de restaurantes llamada *Shenanigans* en Times Square un sábado por la noche.

Pero si alguna vez se le pedía que diera su idea del infierno en la Tierra, sería *Shenanigans*.

—Tomaré una Coca-Cola *light* grande —le estaba diciendo Meena a la camarera desde detrás de su menú 9 páginas, literalmente, era de nueve páginas de largo.

La camarera, en sus pantalones verdes de polyester y visera, parecía desaprobadora. Claramente esto no era un pedido lo suficientemente grande para satisfacerla.

O justificar su ocupación del puesto en uno de los asientos de la ventana mirando hacia fuera a Times Square, para que Meena pudiera ver la llegada de esta persona Yalena que insistía en que tenía que salvar.

—¿Y algunos taco torpedos? —Sugirió la camarera—. O patatas Stax picantes son el especial de hoy, doce por cinco con noventa y nueve.

—Sólo la Coca-Cola *light* —dijo Meena con una sonrisa. Tenía su bufanda roja hacia atrás, puesta en un ángulo airoso. La hacía lucir como la idea de una actriz americana de cómo una chica francesa vestiría.



Como si este lugar fuera una idea de un conglomerado corporativo sin alma de cómo debería ser un restaurante.

La camarera se giró hacia el hermano de Meena, Jon.

—Yo tomaré los Torpedos y las Staxs —dijo—. Y también las Patatas fritas con Paprika, alas de pollo fritas y aros de Cebolla.

Meena negó con la cabeza. —Das asco —le dijo a su hermano—. Te odio —Alaric no tenía ni idea de lo que significaba este intercambio. ¿Quizás estaba resentida con su hermano por su falta de restricción calórica?

Jon le sonrió a su hermana. —Oh, y una Coca-Cola —le dijo a la camarera.

La camarera le sonrió con aprobación, tomó su menú, y sonrió hacia Alaric. —¿Y tú?

—Café —dijo Alaric, pasándole el menú. Era tan pesado, sospechó, como los aros de cebolla—. Solo.

La camarera perdió su sonrisa. —Ya mismo viene —dijo, y desapareció.

—Dime una vez más —dijo Alaric, apoyando sus codos contra la pegajosa mesa—. ¿Quién es Yalena?

Meena se quedó mirándolo. Estaba claro que no era su persona favorita. —Es una chica que conocí en el metro —dijo—. Es nueva en el país. Le di mi número y le dije que me llamara si se metía en problemas, porque podía decir que su novio estaba a punto de matarla.

—A diferencia de nosotros —dijo Jon amargamente, señalando a Alaric y a él—. Cuando Meena tiene una de sus visiones sobre su novio intentando matar a alguien, tan sólo lo invita a entrar y se acuesta con él y le deja que la muerda en el cuello.

Ahora Meena estaba mirando a su hermano. —Lucien sólo va a matarte en defensa propia. Si no intentas matarlo, entonces no tendrá problemas contigo y no...

—Quiero volver a hablar sobre la chica del metro —interrumpió Alaric, colocando el pulgar y el dedo índice en el puente de la nariz y cerrando los ojos—. Estoy cansado de



oír lo maravilloso que es Lucien. Y los dos peleando todo el tiempo me está dando migrañas.

Pasar la noche en el sofá tampoco había ayudado.

Ni tampoco el hecho de que había perdido decapitar a Lucien Antonescu por tan poco. Si Holtzman alguna vez descubriera eso, nunca hubiera oído el final de vuelta en la oficina.

—Oh —dijo Jon con un bufido—. ¿Nosotros peleando? ¿Y ustedes dos? Sunan como un matrimonio de ancianos cuando empiezan el uno con el otro.

Alaric abrió un ojo y miro al hombre joven. —Tengo mi espada conmigo, ya sabes. Estoy completamente dispuesto a usarla aquí en *Shenanigans*. Dudo mucho que alguien se dé cuenta, de hecho.

El hermano cerró la boca y recogió el menú de cócteles que estaba al final de la mesa con el bote de ketchup y otros condimentos, claramente de mal humor. Estaba enfadado, Alaric lo sabía, porque quería ser un miembro de los Palatinos, y el más mínimo indicio de crítica de Alaric empañaba su sueño de su futuro empleo.

Alaric sabía que antes o después iba a tener que decirle al hermano que su sueño nunca iba a ocurrir en esta vida. Ante todo porque llevaba años de entrenamiento, y Jon era demasiado mayor para empezar ese entrenamiento.

Pero también porque Alaric lo encontraba, como a su hermana, molesto.

Pero en formas completamente diferentes, por supuesto. Alaric no estaba, por ejemplo, sexualmente atraído al hermano, como lo estaba a la hermana. Un hecho por el cual se seguía regañando a sí mismo. ¿Cómo podía estar atraído por una mujer que estaba acostándose con el maestro de la eterna oscuridad? ¡Ni siquiera era tan atractiva! Ella tenía el pelo demasiado corto para su gusto, y sus dientes delanteros estaban un poco torcidos.

Además, tenía una irritante costumbre de acariciar con los pies. Lo estaba haciendo ahora, bajo la mesa. Él podía sentir su zapato frotando su pierna. El contacto era demasiado íntimo, considerando como había pasado ella la noche, haciendo el amor con el hijo de Dracula debajo de sus narices.



Meena siguió como si su hermano nunca hubiera interrumpido. —Gerald, el novio, se llevó su pasaporte y la mantenía cautiva, haciéndola... —Miró hacia abajo y tosió—, servir a otros hombres. Yalena se escapó de alguna forma y me llamó porque el mío era el número que tenía. Va a encontrarse conmigo aquí. Aunque lo que vaya a hacer cuando los vea, no lo sé —Meena miró tanto a su hermano como a Alaric tristemente—. No confía en los hombres ahora mismo.

—Bueno, no confío exactamente en ti tampoco —dijo Alaric, todavía frotando el puente de su nariz—. Especialmente ahora.

—Oh, cierto —contestó Meena, su voz chorreando sarcasmo—. Porque es probable que esto sea sólo una estrategia para que pueda huir con mi amante vampiro. O avisarlo de dónde encontrarte. Como si no pudiera haberlo hecho anoche, cuando estabas viendo películas en la habitación de al lado. Veamos por cuánto tiempo sigues pensando eso cuando ella venga aquí, toda apaleada, aterrizada y sola.

Alaric dejó caer su mano y abrió ambos ojos para mirarla. —Actúas como si hubieras hecho esto antes.

Meena se encogió de hombros. —No es totalmente insólito. Desafortunadamente.

—No lo entiendo —El hermano irrumpió—. ¿Mi hermana es un vampiro ahora o no?

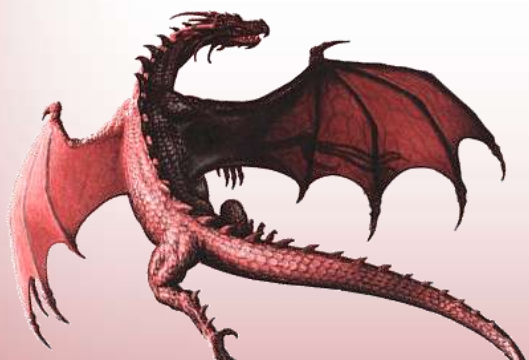
Tanto Alaric como Meena se giraron para verlo en asombro.

—Bueno —dijo Jon—. Es algo de lo que no se habla. La han mordido otra vez. ¿Lo es o no lo es? ¿Tenemos que estacarla?

—Oh, eso es muy dulce, Jon —dijo Meena, todavía sarcástica—. Tan sólo habla de estacarme en el medio de *Shenanigans*.

—Ya te lo dije —El dolor de cabeza de Alaric no estaba mejorando—. Tiene que morderla 3 veces, y luego ella tiene que beber su sangre para convertirse en vampiro. Esta es sólo la segunda vez que la muerde. ¿Bebiste su sangre, Meena?

—¡No! —gritó, luciendo horrorizada. Él sintió su pie parar de acariciarle y venir a pararse contra su pierna. No creía que ella supiera que su pierna era su pierna y no parte de la mesa.



Debía, lo sabía, retirar su pierna.

Y a pesar de todo, no lo hizo. No sabía porqué no lo hizo.

Esto era lo más perturbador de todo.

De acuerdo. Sí sabía porqué.

Esto era lo más perturbador de todo.

Tenía que salir de esta misión lo más pronto posible. Posiblemente Holtzman tenía razón, y necesitaba consejo psicológico.

—Y no voy a hacerlo tampoco —insistió—. Pasa que disfruto de cosas como la luz del sol y cenar en *Shenanigans*. Incluso aunque sea propiedad de Consumer Dynamics Inc, lo que significa que probablemente aparecerá en un episodio de *Insaciable* pronto, considerando la forma en que las cosas están —Añadió tristemente—. ¿Y estaría en realidad sentada aquí a plena luz del día si fuera un vampiro? —Miró hacia el techo—. No puedo creer que en realidad esté teniendo esta conversación. En *Shenanigans*.

La camarera apareció y dejó las bebidas de Alaric y Meena enfrente de ellos. Para Jon tenía una sonrisa afable.

—Tus Tacos Torpedo y Patatas picantes Stax estarán listas pronto, señor —dijo.

—Gracias —dijo Jon, devolviéndole la sonrisa.

En la mesa al lado de la suya, un hombre que llevaba una chaqueta de cuero negra y un par de pantalones caqui plisados soltó una risita mientras el teléfono móvil en su cinturón de repente chilló con una estoica e infantil voz transmitida, lo suficientemente alto para ser oído sobre toda la segunda planta del restaurante.

—¿Papi? ¿Estás ahí?

Pantalones caqui sonrió y apretó un botón en el lado del teléfono móvil/dispositivo walkie-talkie y gritó, —¡Estoy aquí, pequeñito! ¡Estoy en Times Square! —Mientras la mujer al otro lado de la mesa de él (quien tenía un par de pechos extremadamente falsos en exhibición en una camisa demasiado pequeña de punto por debajo de su



chaqueta de piel) sorbía un daiquiri helado y escribía en su propio móvil con un conjunto de largas uñas con manicura francesa.

Alaric le lanzó al hombre una mirada de aviso. Pantalones caquis fingió no darse cuenta.

Esto se convertiría pronto en su desgracia, decidió Alaric.

—Ahí está ella —dijo Meena, su pie todavía volviendo y su columna se estiró como un palo de billar.

Alaric se dio vuelta en su asiento para ver una chica escabulléndose en una silla con mesa para dos personas en una esquina oscura del restaurante, lejos de donde la luz del sol se filtraba a través de las ventanas de vidrio cilindrado que daban a Times Square.

La chica llevaba un par de enormes gafas de sol, aun estando bajo techo, lo cual podía ser sospechoso en sí mismo...

Si no fuera por el feo moretón que él pudo ver saliendo del marco inferior de un lado de las gafas de sol, indicando que ella estaba sufriendo un reciente, y doloroso ojo negro. Ella vestía una sudadera de color gris con capucha sobre su cabeza, con mechones de su cabello rubio no muy atractivo que salían por debajo de la tela aquí y allá.

Lo que más golpeo a Alaric fueron los zapatos que llevaba: blancos de charol con enormes mariposas plásticas en las puntas del pie.

Ella miró a su alrededor furtivamente por debajo de las gafas de sol... hasta que su mirada cayó sobre la mesa. Luego miró hacia otro lado rápidamente y recogió uno de los menús de nueve páginas, detrás del cual escondió su maltratado rostro.

—Buen Dios —dijo Alaric, horrorizado. Las víctimas que normalmente encontraba habían sufrido abusos en manos de los no muertos. Parecía difícil de creer que la persona que había hecho esto, al menos según Meena, en realidad tuviera un corazón latiendo.

—Quédense aquí —dijo Meena y tendió su servilleta sobre la mesa—. Volveré enseguida.



—Voy contigo —dijo Alaric, levantándose. Dejó claro con su tono de voz que esta no era una petición.

—¡Sólo quédate donde estás y déjame manejar esto! —espetó Meena—. La asustarás.

Y luego se fue.

Alaric, asombrado por ese arrebató; en realidad, ¿Cómo podía una persona tan pequeña perder tanta sangre cada noche y continuar siendo tan... fuerte?; observó como Meena se deslizó fuera de la cabina y dejó a los dos hombres solos mientras iba a reunirse con Yalena, que levantó la mirada cuando ella se aproximó... e inmediatamente rompió en lágrimas. Meena movió una silla y deslizó un brazo alrededor de los hombros de la jovencita, hablándole con suavidad.

—Mi hermana puede ser un verdadero manojó de diversión, ¿verdad? —Reflexionó su hermano mientras asomaba el hielo en el vaso con su pajita—. Es difícil saber lo que el Príncipe vio en ella.

Alaric gruñó, ni en acuerdo ni en desacuerdo. La verdad era, que estaba comenzando a sacar sus propias teorías sobre este tema en particular...

—Quiero decir, él podría tener a cualquiera —continuó Jon—. Taylor Mackenzie, por ejemplo. ¿Por qué querría a un dolor en el trasero como mi hermana?

¿Por qué? Pensó Alaric. —¿Ella conoció a esa mujer en el metro? —le preguntó al hermano, en lugar de responder su pregunta—. ¿Y le dijo que tenía una visión de que ella moriría?

—No —dijo Jon, sorbiendo su Coca-Cola—. Meena sólo le dijo que la llamara si se metía en problemas. Ella no le dice a la gente que va a morir. Nadie le creyó cuando lo hizo. Así que ahora ella sólo les da consejos.

Alaric volvió la mirada a Meena. —¿Y cuando ellos no escuchan el consejo?

Jon se encogió de hombros, incómodamente. —Bueno... entonces mueren.

Alaric sacudió la cabeza. Era lo suficientemente malo que estuviera en un *Shenanigans* en Times Square con una mujer que estaba durmiendo con el Príncipe de la Oscuridad.



Y no podía dejar de hacerlo. Pero ahora estaba descubriendo que esa mujer podría en realidad ser lo que dijo que era... una psíquica.

Y si eso era verdad... entonces ella podría resultar ser un recurso valioso para su empleador.

Sí. ¿Por qué no? Meena Harper, no su hermano, podría ser la persona que la Palatina necesitaba para ayudarlos en su lucha contra los no-muertos.

Por un lado, tener a alguien alrededor que podía alertarlos cuando él y su compañero de guardia estaban a punto de entrar en una trampa mortal podía ser útil. Y por otro lado... Alaric no estaba seguro realmente de cuánto tiempo quería pasar con Meena Harper en el futuro.

—Papá, ¿adivina qué? —Vociferaba estruendosamente el celular en la cadera del hombre en la mesa al lado de Alaric—. ¡Estamos viendo *Astro Boy*!

—¡Eso es genial, amiguito! —Pantalones caqui gritó en su celular. Alaric apretó un puño.

—Aquí tienes —dijo la mesera, llegando con una bandeja de alimentos fritos—. Sus Tacos Torpedos, los Stax picantes, las papas fritas, y los aros de cebolla.

—¿Qué pasa con mis Alas Sticky? —preguntó Jon, pareciendo preocupado.

—Aquí están —dijo la mesera, tendiendo miles de calorías en una canasta delante del hermano de Meena.

—Dulce —dijo Jon, y comenzó a cavar con avidez. Ellos habían tenido que abandonar el desayuno antes de terminarlo por la insistencia de Meena en que tenía que encontrarse con Yalena a tiempo.

Alaric miró la comida en la mesa al frente de él. Todo se veía increíblemente... bueno. Particularmente las Alas Sticky.

Jon, aparentemente notando la mirada anhelante de Alaric, dijo, —Come. En serio. No me creerás lo buenas que están. Y es mejor que comas antes de que Meena regrese por aquí, porque no quedara nada cuando se las termine. Eso es por lo que no las



ordenó. Está tratando de tener una conciencia nutritiva, pero nunca funciona. Ella es adicta a *Shenanigans*. Puede verse pequeña, pero no me creerías la cantidad de comida que puede digerir. Deberías ver su cajón de dulces secreto en su trabajo. Es realmente desagradable.

Alaric estudió la canasta en frente de él. Luego se encogió de hombros, levantó un ala y la mordió.

Los sabores explotaron en su boca eran algo que nunca había experimentado. El *foie gras* de *Per Se* no podía compararse a esto.

Detrás de él, el celular de pantalones caqui sonó ruidosamente, luego con un rugido por la interferencia. El niño gritó, —¡Papá, papá, mamá quiere saber cuándo regresas a casa!

Alaric dejó caer su hueso de pollo. Cada uno de sus músculos se tensó ya que sabía lo que iba a ocurrir. No tenía otra opción, realmente.

Iba a tener que limpiar el piso con Pantalones Caqui por interrumpir su experiencia culinaria y la de todos los demás a su alrededor. Eso era simplemente, mala educación.

Jon limpió su rostro con una servilleta. —No —dijo él, levantando una mano—. Permíteme.

Alaric observó con escepticismo mientras Jon se levantaba, parándose en la mesa al lado de ellos y tirando el celular del cinturón de Pantalones Caqui.

—Niño —le dijo Jon al celular—. ¿Puedes decirle a tu mami que tu papá no puede hablar ahora porque está teniendo un almuerzo con otra mujer? ¿Y que la otra mujer tiene unos senos muy grandes? Asegúrate de decirle a tu mamá lo de los senos de la mujer.

—De acuerdo —le dijo el niño emocionadamente a Jon en el celular.

—¿Qué demonios? —exclamó Pantalones Caqui, parándose tan rápidamente que su silla cayó hacia atrás.

Alaric, cogiendo otra ala de pollo, masticaba, disfrutando el espectáculo...



Al menos hasta que se dio cuenta que un hombre con una sudadera con capucha y una gorra de beisbol de los Yankees sobre sus ojos subía por las escaleras, con la mirada oculta en un par de gafas de sol, fija en Meena y Yalena.

Alaric dejó caer su ala de pollo y cogió unas servilletas con las que se limpió los dedos.

—Ahora, Phil —dijo la mujer con la chaqueta de visón—. No te alteres. Recuerda tu corazón.

—Tal vez deberías tomar tus llamadas afuera —dijo Jon, entregándole el celular a Phil—. Eso te mantendría alejado de los problemas.

—Tal vez lo haga —dijo Phil en un resoplido mientras en la interferencia del celular crepitaba la voz de una mujer, graznando—, ¿Phil? ¿Phil? ¿Qué es lo que el niño está diciendo sobre ti y una mujer?

Phil pulsó un botón y la voz de la mujer se cortó abruptamente. Puso el teléfono en su oreja y dijo, —Aw, cariño, no importa. Era sólo una broma. Algún entusiasta de New York —dijo mientras se movía rápidamente hacia las escaleras...

...golpeándose el hombro con el hombre de la gorra de beisbol y gafas de sol, que estaba alcanzando algo en el interior de su chaqueta de cuero con una mano enguantada mientras se movía rápidamente hacia la mesa de Meena y Yalena.

Alaric maldijo y se deslizó de la cabina mientras sacaba su espada al mismo tiempo.

Jon estaba sentándose de nuevo en la cabina al frente de él, pareciendo satisfecho de sí mismo.

—¿Ves? —le dijo a Alaric—. Algunas situaciones las puedes resolver sin una espada a tu alrededor... espera. ¿Qué está pasando? ¿A dónde vas?

Pero Alaric ya había aterrizado sobre la mujer con abrigo de visón, que se había quedado en su asiento terminando su daiquiri, sacando al *Señor Sticky* de su vaina como una paloma.

Sobre la mesa de Yalena, Gerald, porque era claro que el novio de Yalena era el tipo de la gorra y la sudadera con capucha; ¿Quién más podía ser?, había sacado algo



pequeño y negro de su chaqueta de cuero y lo estaba presionando sobre la espalda de Meena, hablándole en voz baja, con sus gafas de sol y todavía protegiendo sus ojos bajo la gorra de béisbol.

Nadie en el restaurante les estaba prestando atención a ellos. Todos los ojos estaban ahora en Alaric, el hombre loco con gabardina de cuero, haciendo volteretas de gimnasia con una espada en su mano. Sólo Alaric vio la columna de Meena enderezarse como un palo de billar nuevamente, con sus ojos bien abiertos y pareciendo aterrorizada.

Mientras tanto, al otro lado de la mesa, Yalena no parecía tener la más mínima sorpresa. Era como si se sintiera aliviada de que no era su caja torácica la que el arma estaba presionando en este momento.

Al menos, no hasta que Alaric llegó cayendo estrepitosamente al lado de ellos.

Luego obtuvo una reacción de Yalena. Su boca se formó en una perfecta O por la sorpresa. La cual se hizo mucho más grande cuando tomó a Gerald por el cuello con una mano y llevó la parte llana de la hoja de su espada con elegancia en la muñeca de Gerald, con la otra, causándole la caída de su pistola con mucho dolor.

331

Alaric miró la Ruger 22 en el suelo con una sonrisa.

—¿Planeando hacer algunas prácticas de tiro? —le preguntó a Gerald. Gerald abrió su boca, dejando escapar un silbido y revelando una serie de incisivos muy puntiagudos... con una retorcida lengua que entraba y salía como la de una serpiente. Meena, con los ojos bien abiertos por el horror, saltó de su silla y se aferró a la pared, golpeando algunos recuerdos de *Shenanigans* que cayeron al suelo.

—Oh, Dios Mío —gritó ella—. Él es...

—Sí, él es, ¿verdad? —dijo Alaric calmadamente, todavía sosteniendo al vampiro por la garganta—. Hazme un favor, ¿quieres? Mete la mano en mi abrigo.

Meena levantó una mano temblorosa, luego la hundió en el fondo del bolsillo de la gabardina de Alaric.



—¿Lo tienes? —La preguntó mientras sentía sus dedos deslizarse cerca de lo que estaba al fondo del bolsillo.

—Lo tengo —dijo Meena, sacando un pequeño frasco de cristal y estudiándolo curiosamente—. ¿Qué es?

—Agua bendita. Quiero que se la arrojes a su rostro en este momento.

El vampiro siseó con aun más veneno al oír eso y arañó el brazo de Alaric.

Meena miraba el frasco y luego al vampiro, con una expresión horrorizada.

—No puedo hacer eso —dijo ella, sorprendida.

—Sí, sí puedes, Meena —dijo Alaric—. Él ya no es un hombre. Es un monstruo. Míralo. Acaba de intentar dispararte.

—No es eso —dijo Meena.

—No quiero molestar a todo el mundo en este agradable restaurante cortándole la cabeza —dijo Alaric. Eso era verdad. Todas las personas en las mesas alrededor de ellos habían dejado caer las Alas Sticky y estaban mirándolos, claramente confundidos por lo que estaba sucediendo—. Pero necesito doblegarlo de alguna manera. Así que has lo que te pido y arrójale el agua bendita en el rostro. Eso está bien. Ya está muerto. Así que no lo lastimarás.

—No —dijo Meena, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, en realidad no puedo hacer eso, éste es Stefan Dominic, la nueva estrella de *Insaciable*. Sabía que lo había visto en alguna parte. Fue en la foto que Yalena me mostró en su celular. Él es Gerald.

—Genial —dijo Alaric, mirando hacia el cielo.

Esta era, sin lugar a dudas, la peor asignación que jamás había tenido.



CAPÍTULO 46

*Traducido por Anelisse**Corregido por nella07*

1:00 P.M. EST, sábado, Abril 17

910 Park Avenue, Apt. 11

New York, New York

Emil no estaba seguro de cómo consolar a su llorosa esposa. Nunca había visto a Mary Lou de esta manera.

—Probablemente sea sólo por un tiempo, cariño —dijo mientras ella se llenaba los brazos con prendas de vestir de diseñador, con la mayor parte todavía en la percha, metiéndolas dentro de su rígida maleta de Louis Vuitton. Debido a que era el día de descanso de la criada, no había nadie que empacara por ella.

—Me encanta este departamento —sollozó—. No me quiero ir. ¡Y me voy a perder todas las ventas de muestras!

—Estaremos de vuelta en poco tiempo —dijo Emil.

De ninguna manera creía que era cierto. Pero lo dijo para reconfortarla ya que ella estaba llorando violentamente.

—Y habrá un montón de compras en Tokio —señaló.

—¡T-Tokio! —Mary Lou hizo eco miserablemente—. ¿Qué hay para mí en Tokio? ¡Nada!

Exactamente, Emil pensó para sí. Nada de ser la anfitriona de cenas ni nada de enviar correos electrónicos.

Pero no se atrevió a decir nada de esto en voz alta.



—Te va a encantar —dijo en su lugar—. Y realmente no creo que tengas que traer tantos vestidos. Podemos comprar todo lo que necesites cuando llegemos allí —Y agregó, un poco vacilante, ya que no quería molestarla aún más—, apúrate, querida. Vi al cazador de vampiros dejando el ascensor con la chica Harper hace un rato. Volverán dentro de poco, estoy seguro. No creo que tengamos mucho tiempo.

—*Meena* —Mary Lou gruñó el nombre como si fuera una maldición—. ¡Después de todo lo que hice por ella! ¡Para que ella, fuera uno de nosotros!

Emil miró disimuladamente su reloj.

—No creo que ella tuviera mucho de dónde elegir —dijo—. Y tú fuiste la que la presentó con el Príncipe. No estoy seguro de lo que pensabas que iba a suceder. Nunca es bueno mezclar nuestra especie con los humanos.

Mary Lou había estado tratando de cerrar la tapa de su maleta.

No se podía cerrar.

Emil no estaba seguro si era este hecho o su comentario lo que causó que su esposa perdiera lo que quedaba de su paciencia y gritara. —¡Yo era humana cuando me conociste! ¿Te acuerdas? ¿Estás diciendo que no nos mezclamos?

—En absoluto, cariño —dijo Emil. Alargó la mano, y la pasó de nuevo por la tapa de la maleta, y comenzó a meter todas las mangas y puños de piel que habían estado colgando fuera—. Sólo estoy diciendo, que estoy contento porque el Príncipe esté con la señorita Harper, y parece que le gusta mucho, es lógico que debido a toda la atención de los medios de comunicación, puestos en las chicas muertas, el Palatino vendrá a husmear. Y, por supuesto, eso significa que el se daría cuenta donde estamos. Y ahora... también

Mary Lou, resoplando, se dejó caer sobre la cama junto a la maleta, con su cabello rubio normalmente y perfectamente lacio. Su maquillaje estaba corrido.

—Si él nos va a matar, ¿entonces, por qué no acaba de llegar ya? —preguntó ella—. ¡Y así no tendremos que salir de Manhattan!



Emil pensaba que esto era un sentimiento particularmente dramático, pero no dijo nada, ya que su esposa estaba ya tan sobreexcitada por la emoción. Él mismo se sentía un poco suelto por su encuentro de esta mañana muy temprano con el Príncipe, que había aparecido inesperadamente en su terraza, y luego se fue paseando por su sala de estar desde las puertas del balcón.

—¡Mi señor! —había llorado Emil—. ¿Está todo bien?

—No —dijo Lucien. Tenía la camisa desabrochada hasta la cintura, mostrando su físico magro. Emil deseó que hubiera tenido ese físico cuando estaba en la condición primordial, pero no, como había sido el caso, fue cuando había estado tan cerca de la mediana edad—. Hay un Palatino cazador de vampiros en la puerta de al lado en el apartamento de la señorita Harper.

A Emil por poco se le cae el vaso de sangre humana que había estado bebiendo en el desayuno.

—¿Qué?

—Sí —respondió el Príncipe con gravedad—. Yo sugeriría que tú y Mary Lou encontraran establecimientos suplentes de inmediato.

Emil no había estado seguro de haber oído al Príncipe correctamente.

—¿Señor? ¿No sería...? ¿No deberíamos...? —fue balbuceando Emil, pero honestamente, ¿qué otra cosa se suponía que debía hacer el hombre frente a tal pronunciamiento?—. Quiero decir, ¿no deberíamos simplemente... matarlo?

—Me temo que no podemos —dijo Lucien, hundiéndose en una de las sillas mullidas favoritas de Mary Lou en la sala de estar—. Meena es psíquica, ya sabes.

Esta declaración dejó completamente perplejo a Emil. —¿Qué? —Él preguntó de nuevo. *Más bien estúpidamente*, supuso. Un siglo más joven que el Príncipe, —*por fortuna para él, debido a lo que había oído en relación a las cosas que le habían pasado a Lucien en manos de su recién adquirido padre*—, nunca había llegado a acostumbrarse al hecho de que estaba emparentado con la realeza y nunca estuvo seguro de cómo actuar en alrededor de Lucien.



—Ella puede decir cuándo todo el mundo va a morir —explicó Lucien—. Los seres humanos. Y yo puedo hacerlo también, desde que he bebido de ella.

No parecía muy feliz por eso.

De repente, Emil entendió lo que el Príncipe había estado haciendo toda la noche.

¡Qué extraordinario! Nunca había oído hablar de un psíquico antes, no uno real. Ni uno solo que pudiera dar predicciones consistentes.

Y ahora Lucien también podía hacer predicciones... por supuesto que sería mejor si pudiera predecir algo más interesante que cuando un ser humano se iba a morir... como las puntuaciones de los acontecimientos deportivos.

El Príncipe continuó. —En cualquier caso, Meena tuvo una visión en la que voy a matar a su hermano y al asesino. Obviamente, no podemos hacer eso.

Emil oyó esta última parte con asombro.

¿El Príncipe no quería matar a un miembro de la Guardia Palatina que está amenazando su bienestar?

336

Emil entendía que Lucien quería hacer las cosas de manera diferente a su padre cuando él había sido el señor de la Oscuridad.

Y por lo general, un buen negocio, desde un punto de vista de la publicidad, era no ir matando a la gente para comer, —especialmente a mujeres y niños—, algo que parecía que el Señor Dracula nunca entendió.

Sin embargo, cuando una sociedad papal tuvo la intención de limpiar toda la especie entera, no parecía una buena idea dejarlos.

Pero Emil sabía que no debía discutir con el Príncipe. Valoraba demasiado su propio cuello.

—Ciertamente, mi señor —dijo.

—Pero tampoco puedo dejar que tú y Mary Lou se pongan en peligro —continuó Lucien—. Así que quédense el tiempo que necesiten para hacer las maletas y se van.



Yo sugeriría que no fueran a Sighișoara. Creo que probablemente todos ellos estarán allí.

Emil escuchó todo esto con creciente horror. *¿Estaban en Sighișoara? Había estado viviendo allí, por siglos, bajo las mismas narices de la Palatina.*

Y ahora, debido a que el Príncipe se había enamorado de la chica de al lado, que era una especie de rara psíquica, ¿Tenía que abandonar *Sighișoara* para siempre? ¿En vez de quedarse y luchar?

—Muy bien, mi señor —fue todo lo que Emil dijo.

Porque siempre decía lo mismo.

Pero no era lo que *quería* decir.

—¿Y tu hermano? —le preguntó.

—¿Qué pasa con mi hermano? —El tono de Lucien subió a un tono más fuerte.

Emil pensó que tal vez había ido demasiado lejos.

Pero a Dimitri, sin duda, querría quedarse y luchar.

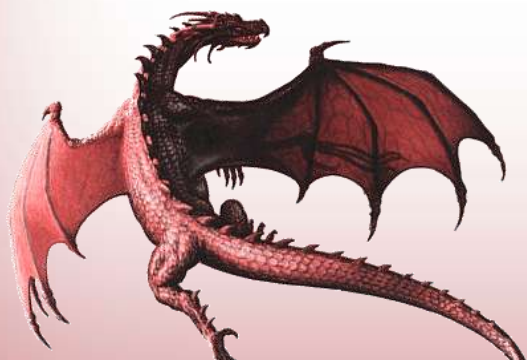
Y esto iba a causar un problema.

—Bueno... —Emil sabía que iba a tener que elegir sus siguientes palabras con cuidado—. Simplemente pensé que usted podría querer advertir a su hermano de que la Palatina está en la ciudad, para que él y su sobrino también puedan escapar.

—Voy a decirle algo a mi hermano —dijo el Príncipe—. Cuando sea el momento adecuado.

Emil pensó que con esa observación había visto en qué dirección el viento soplaba.

Y fue entonces cuando decidió que lo mejor que podía hacer era lo que dijo el Príncipe, sacar a Mary Lou de la ciudad lo más pronto posible.



Y no sólo porque había un guardia Palatino al lado, o porque había dicho que ese Guardia Palatino estaba a punto de ser utilizada como un peón en la guerra vampírica en curso entre dos hermanos...

Sino porque había un destello en los ojos del Príncipe que Emil nunca había visto antes. Y él tenía una idea bastante clara de el por qué estaba allí ese brillo.

Nunca miraría a Meena Harper de la misma forma. Si alguna vez la veía de nuevo. Ahora se volvió hacia su esposa, que estaba amontonando los zapatos en otra maleta, y le dijo:

—Querida. Suficiente. En Tokio tienen zapatos.

Mary Lou lo miró con los ojos lagrimosos. —¡Pero he tenido algunos de estos por más de cuarenta años! Y sabes que ahora vuelven a estar de moda.

—Volveremos por ellos, cariño —dijo, poniendo una mano suavemente sobre su brazo.

—¿Estás seguro? —preguntó sorbiéndose la nariz.

Emil pensó en la expresión firme que había visto en el rostro del Príncipe. No sabía lo que Lucien había planeado. Pero estaba seguro de que el Príncipe tenía un plan de algún tipo. Y no iba a ser bonito, para cualquier persona que se encontrara alrededor, cuando ese plan se pusiera en marcha.

—Estoy bastante seguro —le dijo a su esposa—. Tenemos que irnos. Creo que hay una lucha silenciosa.

—Ya lo has dicho —dijo Mary Lou, resoplando—. El Palatino...

—No —dijo Emil— Entre el Príncipe y su hermano.

—Bueno, por supuesto que la hay —dijo Mary Lou amargamente—. Ellos se han odiado entre sí por siglos. Es por eso que pensé que si el Príncipe conocía a una chica bonita, podría suavizarlo un poco. Y pensé que Meena sería perfecta para él, por esa cosa que hace.



Emil la miró fijamente. —¿Qué cosa es esa, querida? —preguntó.

No podía saberlo, se dijo. ¿Cómo podría? Él no lo había sabido hasta que el Príncipe se lo había dicho, por la mañana. Y él sabía todo lo que pasaba en su mundo.

¿No era así?

—Ya lo sabes —Mary Lou hizo un gesto con la mano con impaciencia por encima de la cabeza—. Ella predice cómo la gente va a morir. Pensé que al Príncipe podría gustarle. Eso la hace diferente, ya sabes, de las otras chicas.

—¿Tú sabías de esto? —preguntó Emil con un sentimiento de creciente horror—. ¿Tú sabías que Meena Harper podía hacer eso cuando la invitaste a cenar a nuestra casa... con el Príncipe?

—Por supuesto que sí —Mary Lou lo miró como si fuera una idiota—. Subo con ella en el ascensor casi todos los días. ¿Crees que no sé qué está pasando en esa cabeza suya? Bueno, voy a admitir... que es todo un poco confuso. Pero el hermano de ella, es un libro abierto. Acabo de sumar dos más dos. Voy a admitir, que siempre he tenido la tentación de tomar un bocado por mi misma sólo para ver lo que sería. Pero siempre me dijiste que no comiera en el lugar donde vivimos. Aunque cuando me enteré de que el Príncipe venía, pensé, ¿No sería agradable si se juntaran? Una chica que puede decir cuando todo el mundo se va a morir, y tu primo, el Príncipe de la Oscuridad, con todo lo que puede hacer. Juntos... bueno, ¡hablamos de un gran poder! Y entonces, si él la convirtiera... bueno, ¡piensa en las posibilidades!

—Mary Lou —dijo Emil. Sintiendo como si sus entrañas se hubieran convertido en piedra—. No le has dicho a nadie, ¿verdad? Acerca de Meena y su capacidad. Y acerca de que ella y el Príncipe están juntos. Dime que no le has contado a nadie.

—Bueno, no —dijo Mary Lou, aleteando sus párpados—. Quiero decir, nadie de importancia. Sólo a Linda. Y a Faith. Bueno, y a Carol, de tu oficina. Y a Ashley. Ah, y a Becca, por supuesto.

—Oh, Dios —dijo Emil con un gemido.

Luego el tomó su celular.



CAPÍTULO 47

*Traducido por Virtxu
Corregido por nella07*

7:00 P.M. EST, sábado, Abril 17

Santuario de St. Clare

154 Sullivan Street

New York, New York

Meena se sentó en la reluciente mesa de la cocina al otro lado de Yalena, observándola mientras levantaba la taza de chocolate humeante hacia los labios con los dedos aún temblando horas después de su rescate. Meena no estaba segura de que Yalena alguna vez dejara de temblar después de todo lo que había pasado.

—¿Más leche caliente para tu chocolate, querida? —le preguntó la Hermana Gertrude, situándose en las inmediaciones con una jarra. Yalena no respondió. No estaba claro si ella no entendía lo que decía la monja, o si estaba sorda por todos los golpes que había recibido a manos de sus captores.

O tal vez no era más que una descarga de todo lo que había sucedido.

Meena no la culpaba. Ella todavía estaba un poco en shock debido a la forma en que Alaric había saltado a través de todos estos cuadros, sometiendo a Stefan sin ayuda de nadie, a continuación, asegurando a todos los sorprendidos clientes del almuerzo que Stefan era un vendedor de metanfetamina y que Alaric era un policía encubierto que le estaba poniendo bajo arresto.

Meena estaba bastante segura de que si hubiera estado sentada ahí, comiendo Alitas Sticky en *Shenanigans*, nunca le habría creído.

Pero todo el mundo, incluso el personal de servicio y el director, los cuales habían ofrecido a todos los clientes Aros de Cebolla por los inconvenientes, parecían estar bien con ello.



No fue sino hasta que habían empezado a bajar por las escaleras de *Shenanigans* para coger un taxi a St. Clare, donde, Alaric había insistido, obtendrían ayuda para Yalena y “se aclararía el resto”, que habían descubierto a otros dos “vampiros” (como los llamó Alaric) que estaban esperando en las sombras en la parte inferior de la escalera.

Habían huido al ver a Alaric sosteniendo a Stefan por detrás, luchando a través de la cocina del restaurante y por una puerta trasera a una limusina esperando en un oscuro callejón. El coche, con sus vidrios polarizados casi negros, se fue con un chirrido de los frenos... o eso fue lo que dijo Jon, el cual había ido tras de los vampiros. Al parecer, habían estado esperando sólo a Meena, a Yalena, y por supuesto a Stefan... no a Meena, Yalena, Stefan, el hermano de Meena, y un cazador de vampiros descomunal de la Guardia Palatina.

Primero el novio de Meena. Luego sus vecinos de al lado. Ahora uno de los actores de la serie en la que ella trabajaba.

¿Iba todo el mundo que ella conocía a convertirse en un vampiro?

Meena había sabido que Stefan Dominic le resultaba familiar. No había sido capaz de ponerlo de vuelta al estudio. Pero ¿por qué había Stefan, el cual resultó ser Gerald, de entre todas las personas, tratado de secuestrarla?

Alaric estaba en otra parte de St. Clare, aplicándole agua bendita a diferentes partes del cuerpo de Stefan Dominic, tratando de descubrir la respuesta a esa pregunta.

Desde donde estaba sentada, en la cocina del párroco, Meena apenas podía oír los gritos del vampiro.

—Toma —dijo la Hermana Gertrude en tono tranquilizador, derramando leche en la taza de Yalena, a pesar de que la chica no le había indicado que quería más. Luego la monja se inclinó hacia abajo para enderezar la manta de plumón que había envuelto alrededor de los hombros de Yalena—. Rica y caliente. Buena para el cuerpo. Buena para el alma.

Yalena no sabía lo afortunada que era por haber conservado su alma.

O tal vez lo hacía. Meena no estaba segura de lo que sabía la chica.



La única cosa que Meena sabía era:

La forma en que Alaric había salvado a Meena, y a Yalena, en *Shenanigans* había suavizado su actitud hacia él. Había algo que decir acerca de alguien que saltaba por encima de varias mesas del restaurante para envolver la mano desnuda alrededor de la garganta de un vampiro que estaba tratando de secuestrarla.

—¿Esto sucede a menudo? —le preguntó ella a Abraham Holtzman, señalando en dirección a dónde se oían los débiles sonidos de los gritos de Stefan Dominic. Abraham se había presentado a Meena y a Jon como el jefe de Alaric Wulf. Él estaba caminando nerviosamente arriba y abajo de la cocina, a veces tropezando con la hermana Gertrude y diciendo: “*Oh, le ruego que me perdone, hermana*”

—Dios mío, no —dijo, deteniéndose en medio de su camino a través de la cocina. Luciendo horrorizado—. No toleramos este tipo de cosas en circunstancias normales. Alaric tiene sus propios métodos, por supuesto, y, bueno, aunque yo no puedo decir que en realidad los apruebe, se ha demostrado con el tiempo que tienen una eficacia sorprendente...

Meena levantó una mano para detenerlo. —No digas más —dijo secamente—. Me lo imagino.

Le molestó un poco, sin embargo, que su hermano se hubiera ofrecido tan caballerosamente a “ayudar” a Alaric, y a varios de los frailes franciscanos que vivían en la casa parroquial, a torturar a Stefan.

—Señorita Harper —dijo Abraham Holtzman, luciendo ligeramente perturbado—. Puedo decir por su tono que no le tiene un cariño particular al Guardia Wulf y, por extensión, a la Palatina, lo cual, para una mujer en sus circunstancias actuales, es perfectamente comprensible.

Meena se sintió ruborizar. Era consciente de que Alaric le había dicho a su jefe lo que eran sus “circunstancias actuales”, que dormía con el Príncipe de Oscuridad, y ella estaba totalmente mortificada. Que este desconocido (que era bastante viejo para ser su padre) conociera los detalles más íntimos de su vida, no estaba bien.



¿Lo sabría la hermana Gertrude, también? Meena lanzó una mirada nerviosa en dirección a la mujer mayor, pero estaba serenamente tratando que Yalena comiera una galleta con chispas de chocolate recién horneadas del lote que acababa justo de sacar del horno. Meena había estado metiéndose las galletas de la hermana Gertrude en la boca sin parar desde que la monja las había traído a la cocina del párroco desde el taxi en el que habían venido todos, Alaric había mantenido a Stefan Dominic asfixiado bajo su propio abrigo de cuero negro con el fin de protegerle del sol, y sosteniéndole, durante todo el paseo... ante la perplejidad del taxista.

Abraham Holtzman continuó. —Cualquiera que sea la impresión que el Guardia Wulf te haya dado, y no me cabe duda de que ha sido muy colorida, debes saber que él es uno de nuestros oficiales más cualificados. Él cosecha más muertes cada año que lo que un guardia promedio acumula en una carrera entera. El que se las arregle para hacerlo con cero pérdidas de vidas civiles es un verdadero logro inédito en nuestra línea de trabajo. —Abraham lució pensativo—. Él tiene unas maneras personalmente crispantes. Te voy a dar eso. Pero teniendo en cuenta sus antecedentes, es de esperar.

Meena enarcó las cejas. —¿Sus antecedentes? —preguntó ella.

—Bueno, el hecho de que él sea... —Abraham miró incómodo a la hermana Gertrude y a Yalena y susurró—: Un *bastardo*.

Meena tuvo que reprimir una sonrisa.

—En Estados Unidos lo llamamos ser criado por una madre soltera —le susurró de vuelta—. Y en realidad no es gran cosa. Le pasa a mucha gente.

—Oh, pero él no lo es —dijo Abraham—. Su madre era una drogadicta que le abandonó. Se crió en las calles hasta que fue puesto en un hogar juvenil, que es donde la Palatina lo encontró. Ahora, ¿qué es eso de ser una especie de psíquico? —Abraham le preguntó, antes de que Meena tuviera tiempo para superar su sorpresa al oír esto de un hombre que parecía ir sobre la vida con un chip en el hombro—. Esto es muy poco probable, ¿no? Tal vez Alaric sea un incomprendido. A menudo lo es. Su don de gentes deja mucho que desear... es comprensible.

Meena se encrespó. ¿Qué les ocurría a los hombres que trabajaban para la Guardia Palatina? ¿Eran todos completamente arrogantes?



—Sí —dijo ella—. Así es. Es un incomprendido.

—Ya me lo imaginaba. —Abraham miró por la ventana de la rectoría y luego a su reloj—. El sol está empezando a ponerse. Hermana, creo que será mejor que traslade a la Señorita Yalena a una habitación sin ventanas.

—Esa es una buena idea —dijo la hermana Gertrude. Puso las manos suavemente sobre los hombros de Yalena—. Vamos, querida.

—Espera —dijo Meena mientras Yalena se levantaba, como un niño obediente y seguía a la monja en dirección a la habitación—. No entiendo. ¿Una habitación sin ventanas? ¿Qué crees que va a pasar cuando se ponga el sol?

—Bueno —dijo Abraham, mirando un poco incómodo—, creo que es muy probable que después de caer la oscuridad, Dracula vendrá aquí en busca de usted, señorita Harper.

—¿Por mí? —soltó Meena. Ella lo miró fijamente—. ¿Qué es lo que Dracula quiere de mí?

—Bueno, esa es la pregunta del millón, ¿no? —dijo Abraham con el mismo tipo de entusiasmo que cualquier otro tipo de académico podría mostrar. Él acababa de pasar a ser un experto en demonología—. Pero hay una razón por la cual el vampiro tomó medidas tan elaboradas para un secuestro durante el día. Muy arriesgado. Él podría haber sido frito en vida. Alguien le quiere, señorita Harper, mucho. Si es el señor oscuro o alguna otra persona...

Meena abrió la boca para decir que era ridículo sugerir que Lucien estuviera detrás del intento de secuestro de ella. Es cierto, ella se acordaba de la exigente promesa de él, justo antes de caer dormida en sus brazos al amanecer, que iba a desaparecer y no volver nunca más... de lo contrario, iba a matar a su hermano y a Alaric.

¿Pero secuestrarla en contra de su voluntad, para que pudieran estar juntos? Nunca. Lucien la amaba, y ella a él. Nunca habría enviado a nadie a hacer tal cosa con ella. La hubiera ido a secuestrar él mismo.

Espera. No, él no lo haría.



¿Lo haría?

Abraham Holtzman, sin embargo, no le dio la oportunidad de decir una palabra.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es cerrar las ventanas, como ellos dicen, y prepararnos para una larga noche. Usted y yo podemos defendernos de ellos, por supuesto, pero esta joven... —Envió una mirada compasiva en dirección a Yalena, ella todavía estaba en la puerta, con el brazo de la hermana Gertrude a su alrededor—. Bueno, ella es mejor que esté a buen recaudo en la cama, creo.

La hermana Gertrude asintió con la cabeza, no pareciendo alterada ante la sugerencia de que su iglesia se viera sometida a un ataque de vampiros, ahora que estaba oscureciendo.

—Voy a poner un poco de ajo en su puerta, por si acaso —dijo la monja con un gesto cordial.

—Excelente idea —dijo Abraham Holtzman—. Los viejos son los mejores.

—Y yo tengo mi Beretta semiautomática —agregó la hermana Gertrude alegremente, acariciando su hábito—, aquí mismo, con las balas de plata. Eso debería poder con algunas de esas alimañas.

Meena puso los ojos como platos. No le extrañaba que tuviera un mal presentimiento sobre todo esto.

Estas personas estaban completamente locas.

Yalena sorprendió a todos al abrir la boca y tratar de hablar. —Yo... —Sus ojos azules estaban fijos en Meena. Yalena se quedó en la puerta, envuelta en el edredón absurdamente enorme, con el robusto brazo de la monjita a su alrededor.

—Yo lo siento —alcanzó a decir finalmente Yalena, una lágrima se escapó de uno de sus párpados hinchados y cayó lentamente por su magullada mejilla—. No quería llamarte, Meena. No quería me-meterte en más problemas de los que ya estabas. Pero él encontró la tarjeta que me diste. De alguna forma, él la encontró. Y hoy, por alguna razón, me hizo que te llamara. Diciéndome que me haría lo que le hizo a las otras chicas si no lo hacía. ¡Lo siento!



Ella se llevó sus muy temblorosas manos sobre su rostro y estalló en sollozos. La hermana Gertrude chasqueó la lengua y abrazó ligeramente a Yalena de forma feroz contra su pecho.

—No, no, querida —dijo la hermana Gertrude—. Son repugnantes, criaturas repugnantes. No debes culparte a ti misma. Tú no lo sabías.

—No lo sabía —sollozó Yalena en los hábitos de la hermana Gertrude—. ¡No lo sabía!

Meena se levantó de la mesa de la cocina y fue a poner una mano en la esbelta espalda de Yalena, con su corazón retorciéndose por la chica.

—Está bien, Yalena —ella dijo—. Fue bueno que me llamas. Te dije eso, ¿recuerdas? Te dije que te ayudaría, y lo hice. —Bueno, técnicamente, Alaric lo había hecho. Pero ella era la que había traído a Alaric y a su brazo-espada de todos modos—. Pero —añadió Meena—, lo que necesito saber... ¿qué otras chicas?

Yalena levantó su magullada cara llena de lágrimas desde el hombro de la hermana Gertrude y dijo lloriqueando: —Para los banqueros. Gerald, no es un gerente de actrices. —Yalena parecía infinitamente triste—. Él sólo quiere a las chicas para alimentar a los banqueros.

—¿Para *alimentar* a los banqueros? —Meena negó con la cabeza, completamente confundida.... y horrorizada—. Yalena, ¿de qué estás hablando?

—Los banqueros —dijo Yalena. Tenía los ojos desorbitados de terror—. Ellos son los que hacen a los vampiros.



CAPÍTULO 48

*Traducido por paovalera**Corregido por nella07**7:30 P.M. EST, sábado, Abril 17**Santuario St Clare**154 Sullivan Street**New York, New York*

—Oh, mi Dios —dijo Meena después de que la hermana Gertrude se llevara a Yalena, sollozando tan incoherentemente como para que tenga algún sentido, a la cama.

—¿Qué? —Abraham Holtzman la miró distraído—. Oh, claro. Hermana Gertrude. Sí, ella es una mujer sorprendente. St. Clare, quien fue contemporánea a San Francisco de Asis, fundó su propio convento para mujeres, las Pobres Claras. Oh... y esto podría ser interesante para usted, Señorita Harper... St. Clare es también la patrona de la televisión, por el hecho de que ella...

—Por favor —dijo Meena, tratando de no sonar poco cordial—. No me refería a la hermana Gertrude. Me refería a...

Antes de que Meena pudiese continuar, se escucharon unas pisadas en el pasillo fuera de la cocina. La puerta se abrió revelando a Alaric Wulf, un mechón de su cabello rubio cayendo sobre un ojo.

—Está... ¿está muerto? —Meena preguntó dudosa. Ella estaba perturbada esperando que mataran a Stefan, quién le hizo cosas tan terribles a Yalena; y aterrorizada por desear que mataran a alguien, incluso a un vampiro.

—Sólo me tomaba un descanso —dijo Alaric. El caminó directamente hacia el refrigerador de tamaño industrial—. Estoy sediento.

Meena se quedó estupefacta mientras el tomaba la leche, luego empezó a beber directamente de la botella, sin preocuparse por usar un vaso.



Bueno, ella supuso que matar vampiros es su trabajo, después de todo. Por eso no se preguntaba cómo lo manejaba tan... caballerosamente.

Y ahora que su jefe le había explicado sobre su niñez, Meena pensó que ella entendía la falta de destrezas interpersonales y la falta de modales de Alaric Wulf.

—¿Qué dijo? —Abraham Holtzman le preguntó a su compañero—. Dijo algo, ¿Wulf?

La pequeña boca de Alaric se retorció con el mal humor. —Esa estuvo buena, Holtzman. Estás lleno de elocuencia esta noche, por lo que veo.

—Escuchen —dijo Meena, mirando a los dos hombres—. Yo, eh, realmente aprecio todo lo que han hecho por mí. Honestamente, lo hago. Pero al igual que a ustedes este día ha sido exhaustivo para mi, y realmente me gustaría irme. Además —sus ojos se tornaron desafiantes, a pesar de que Alaric sólo estaba sosteniendo una botella de leche, sin desafiarla de alguna manera—. Y yo sé que ustedes me van a decir esto, y ni siquiera sé porque me tomo la molestia, pero aquí les va: Realmente pienso que si puedo hablar con Lucien por teléfono, podríamos aclarar todo esto. Solo déjenme llamarlo. Una de las cosas que dijo Yalena... no creo que él sepa algo. Y... bueno... —Agregó la última parte rápidamente—: Jack Bauer necesita dar un paseo.

Todavía sosteniendo la leche en una mano, la mirada de Alaric se volvió hacia la ventana y la oscuridad detrás. Meena solo podía pensar en una manera de describir su expresión cuando mencionó a su perro: Como si alguien lo hubiese golpeado en la entrepierna.

Para su sorpresa, él no dijo nada sobre el asunto de Lucien. El solo murmuró, como si hablara para el mismo, con su mirada yendo de un lugar a otro por la oscura ventana, —El perro, me olvide del perro.

—¿Qué? —Meena miró de Alaric a Abraham Holtzman, quien también se había puesto pálido. No necesitaba ser psíquica para saber que la tensión en la habitación había subido diez puntos.

—¿A qué te refieres con eso de que te olvidaste del perro? —ella preguntó—. ¿Por qué tienes esa expresión en tu rostro?



Antes de que cualquiera de los hombres pudiera responder, la puerta de la cocina se abrió y su hermano entró a la habitación. Él, como sea, no posee nada de la presencia de Alaric Wulf. Estaba tan confundido como un anciano lo puede estar, sus hombros tensos y su expresión asombrada, parecía mirar a través de Meena. De hecho, ella no estaba segura de que él hubiera notado su presencia, hasta que reaccionó y se acercó a ella. —Meen... deberías haber estado allí. Fue tan... tan irreal.

Allí fue cuando se dio cuenta de que él hablaba sobre lo que había estado pasando en el sótano... del cual ella no había escuchado más gritos, por lo cual, se preguntó si Stefan estaba muerto.

—No quiero escucharlo —ella dijo firmemente. No aprobaba la tortura, ni siquiera para un vampiro que había mordido deliberadamente a una chica, para luego forzarla a llamar a Meena y arreglar una cita para secuestrarla.

¿Matar a ese vampiro de una vez por todas? De eso Meena no estaba segura si le molestaría o no... Especialmente después del viaje en taxi hasta St. Clare, en el cual Stefan Dominic no había hecho más que silbar sin detenerse, decirle que era la zorra del diablo y otra gran cantidad de apodosos malévolos, a pesar de que Alaric Wulf lo había amenazado con quitarle el abrigo y dejar que se friera hasta morir con la luz que entraba a través de la ventana del taxi.

Pero... siempre había una oportunidad, quizás con rehabilitación, y el amor de Shoshona, Stefan Dominic deje de ser malévolo. ¿Por qué no?

Lucien lo hizo.

Y él era el Príncipe de la Oscuridad, supuestamente el demonio más malvado con el que la Palatina juró luchar. Entonces, si lo mataban, estarían matando cualquier oportunidad de cambiar a Stefan Dominic para ser mejor, un mejor vampiro... como Lucien.

—¿Lo van a matar? —Ella preguntó nerviosamente.

—Desearía poder hacerlo —dijo Alaric, luciendo esperanzado.

—Claro que no, Señorita. Harper. —Abraham Holtzman sacó un manual en edición de bolsillo de su abrigo y comenzó a buscar en él—. De acuerdo con el *Libro de Recursos*



Humanos de la Guardia Palatina —dijo y encontró la página que buscaba— es poco ético matar a un demonio mientras es nuestro prisionero y está indefenso contra nuestro poder. Él, por supuesto, será puesto a prueba por un oficial de la Palatina de acuerdo a sus crímenes y ejecutado si resulta culpable.

Meena miró a Alaric. —Entonces no entiendo qué es exactamente lo que hacen ustedes todo el día. Pensé que cazaban vampiros y los mataban. Nunca mencionaron algo sobre juicios.

—Oh, siempre hay un juicio —Alaric le aseguró, llevándose la botella de leche a sus labios—. Yo siempre encuentro demonios que les gusta atacar. Por eso es que los mato siempre.

Meena miró a Abraham Holtzman, quien explicó rápidamente. —En plena batalla, si un demonio trata de matar a uno de nuestros cazadores, por supuesto está permitido que éstos se defiendan.

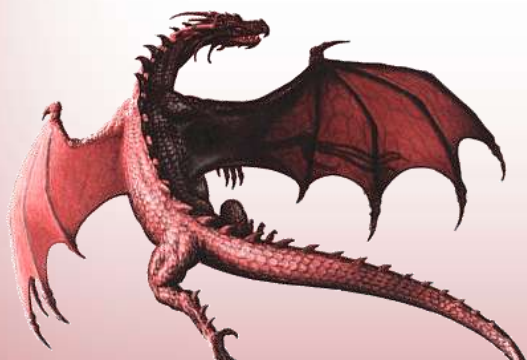
—Bien, ¿alguno de ustedes descubrió qué ha estado ocurriendo? —ella le preguntó a Alaric y a Jon impacientemente. No quería escuchar otro párrafo del *Libro de Recursos Humanos de la Guardia Palatina*. Y por la expresión de Alaric podía decir que él tampoco las disfrutaba.

—Él no dijo nada —dijo Jon—. Y lo torturamos con Agua Bendita en su...

—Dije que no quería saber —Meena le dijo haciéndole señas con su mano para que se detuviera.

Jon no le prestó atención de todas maneras. —Ellos tienen este súper poder para curarse, ¿sabes? Es realmente sorprendente, Meen. Tan pronto les haces algo, se curan enseguida, siempre y cuando no les apuñales el corazón con una estaca o les cortas la cabeza. Apenas lo sienten. Excepto por quizás, algunos segundos. Entonces no necesitas preocuparte por eso. El rostro de Stefen Dominic estará perfecto para las filmaciones. Por lo tanto no necesitas preocuparte. Cierto, ¿Alaric?

Alaric se encogió de hombros, claramente sin querer ser parte de esa conversación, volteó su atención de nuevo hasta la botella de leche y a un calendario en la pared de la cocina.



Jon continuó. —Aunque tu quizás quieras advertirle a Fran y a Stan que contrataron a un *verdadero* vampiro. —Él parecía haberse recuperado de lo que fuera que estuviera pasando abajo como para reírse sarcásticamente—. Taylor quizás tenga un problema con tantos acercamientos personales a un cadáver andante. Pero ¿yo que sé? Solo soy un empleado para analizar sistem...

—¿A qué —Meena interrumpió—, te referías con lo que dijiste sobre el perro, Alaric?

Alaric se tomó su tiempo para voltearse desde el calendario y meter la botella de leche en el refrigerador. Ella se dio cuenta de que trató de evitar hacer contacto visual.

—Dile, Holtzman —él dijo luego de pararse derecho.

Meena sintió un frío recorriéndole todo el cuerpo. No le gustaba el tono con el que estaba hablando Alaric Wulf. No lo podía describir, pero no le gustaba.

—Ahora, Alaric —dijo Abraham—. No saquemos conclusiones sin saber.

La voz de Alaric se torno fuerte. —¿Cuando los hechos están justo frente a nosotros?

—Es demasiado pronto —dijo Abraham—. No podemos estar seguros sin...

—¿Por qué —demandó Alaric—, los vampiros atacan a Meena Harper?

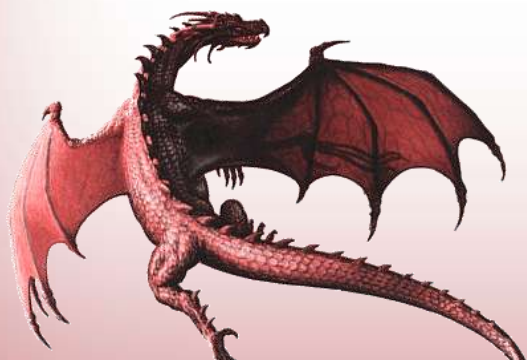
Sólo esta vez su mirada se volvió hacia Meena, y cuando lo hizo, ella se tensó, de nuevo, por lo penetrantes y azules que eran sus ojos... del color del cielo. El color del océano.

El color de una llama azul.

Ahora el frío que Meena había sentido hasta la espina se volvió más fuerte.

—Ella debería ser la mujer más segura en toda la ciudad —dijo Alaric—. Es la elegida. La amante del Príncipe de la Oscuridad. Nadie se atrevería a ponerle un dedo encima, por miedo. Lo que ocurrió hoy no debería haber pasado en un millón de años. Y sin embargo... ocurrió. Lo he repasado una y otra vez en la cabeza. ¿Por qué? Realmente creo que sólo hay una respuesta.

Abraham Holtzman hizo un sonido. Era un susurro de protesta.



Ambos, Meena y Jon sacudieron sus cabezas y lo miraron.

El había bajado el *Libro de Recursos Humanos de la Guardia Palatina* para mirar a Alaric.

—No, Wulf —dijo Abraham—. No es posible.

—¿No lo es? —Alaric preguntó—. ¿Qué otra explicación hay entonces?

—La obvia —dijo Abraham—. Si no fue el mismo Príncipe, entonces otros de los Dracula lo hicieron. Eso ocurre, sabes, algunas veces. Como cuando tú y Martin fueron atacados...

—Entonces ¿por qué él tiene tanto miedo de decirnos? —Alaric demandó.

Meena se sorprendió por su tono de voz.

De lo que sea que estuvieran hablando, Alaric estaba seguro de lo que decía.

Y él creía en eso tan apasionadamente como para desilusionar a su jefe.

—Si él no respondiera a una autoridad mayor, ¿por qué está tan asustado como para decir el nombre de quien sea que le ordenó apuntar un arma a Meena en la espalda?

—Alaric gruñó, con la voz muy alta, Meena casi podía imaginar los utensilios de la cocina vibrando—. Dímelo Holtzman. Usé todo lo que tengo en ese chico allá abajo, y no conseguí nada. ¡Nada! Está ocurriendo Holtzman, deberías admitirlo.

Meena miro rápidamente hacia Abraham para ver su reacción. Él lucía enfermo.

El frío en su espina se volvió glacial.

—Oh, bien —dijo el hombre más viejo—. Supongo que en ese caso tendré que llamar a la oficina.

—¿De qué están hablando ustedes dos? —Meena demandó. El frío glacial subiendo por su espina ahora se había convertido en una capa de hielo polar—. Y ¿qué tiene esto que ver con volver a mi apartamento y llevar a caminar a mi perro?



Alaric pestañeó como si apenas estuviese notando que ella estaba allí.

—¿Tú? —el dijo—. Tú nunca volverás a tu apartamento.



CAPÍTULO 49

*Traducido por cYeLy DiviNNA**Corregido por nella 07**8:00 P.M. EST, sábado, Abril 17**Santuario St. Clare**154 Sullivan Street**New York, New York*

—¿Qué?! —exclamó Meena. La sola palabra rebotó en la muy pulida cocina como una bala.

—Hey —Jon alzó una mano—. No vamos a salir adelante de nosotros mismos. Quiero decir, creo que deberíamos ser capaces de decidir por nosotros mismos si queremos tomar el riesgo.

—¿Quieres decidir por ti mismo? Bien.

Alaric abrió el bolsillo de su chaqueta y sacó la foto de su pareja, a quien le faltaba la mitad del rostro, manteniéndolo para que todos pudieran ver.

—¿Recuerdas esto? —preguntó brutalmente—. Esto es lo que va a pasarte si te vas de nuevo a ese apartamento. Porque van a estar ahí esperándote. Y esto es probablemente lo menos que te van a hacer.

—¿Qué? —exclamó Meena otra vez, aunque más suavemente en este momento—. Pero... ¿por qué?

—La guerra —explicó Abraham Holtzman—. Alaric piensa que hemos tropezado en el centro de una guerra de vampiros. Y siento decir que, dada la evidencia, tengo que estar de acuerdo con él.



—Una guerra... ¿de vampiros? —Meena miró de un hombre a otro. Recordó la extraña reacción de Lucien ante esas mismas palabras cuando ella había dicho eso mismo en el balcón de la condesa unas pocas noches antes.

—Así es —dijo Alaric. Él, a diferencia de su jefe, no trató de suavizar su tono. Ahí no hay nada que endulzar en lo que a Alaric Wulf se refiere. Añadió la cuestión con total naturalidad—, y tú, Meena Harper, eres el pabellón que todo el mundo quiere capturar. Es por eso que nunca puedes volver a tu apartamento.

Meena, repentinamente, con las rodillas volviéndose agua, buscó a tientas su camino hacia una silla cercana.

—Pero... —dijo ella—. ¿La guerra? ¿Con quién? ¿Entre quién? —luego añadió—: Y ¿qué pasa con Jack? Mi perro está en ese apartamento. ¿Qué va a pasar con mi perro?

Sabía que no tenía sentido preocuparse por su perro. Era, después de todo, sólo un perro.

Pero era todo lo que tenía.

Ella creyó ver a Alaric Wulf dar otra mirada a la ventana de la cocina. Luego frunció el ceño.

¿Qué estaba pasando con las ventanas? ¿Por qué estaba todo el mundo tan obsesionado con las ventanas?

—Espera —Jon estaba diciendo—. ¿Guerra de vampiros? ¿Perdón? ¿Qué es todo esto, exactamente? ¿Y qué tiene que ver con mi hermana?

Abraham Holtzman explicó pacientemente. —Alaric está hablando de una batalla por el trono del Príncipe de la Oscuridad. Cuando Dracula originalmente hizo su pacto con las fuerzas oscuras con el fin de alcanzar la vida eterna a cambio de su alma inmortal, fue ungido como el profano en parte, el heredero del Señor Oscuro, el capataz de todos los tratos de Satanás en la tierra, o el plano mortal. Cuando despachamos a Dracula, ese manto pasó a su hijo mayor, el Príncipe Lucien, el amante de tu hermana.

Meena se estremeció ante las palabras “amante de tu hermana”.



—No hay razón para creer que Lucien Dracula es una anomalía en el mundo vampiro —fue Abraham quien habló, moviendo de un tirón a una página muy manoseada del *Libro de Recursos Humanos de la Guardia Palatina*—. Su madre, como ustedes sabrán, se rumoreaba que era una criatura angelical, y algunos dicen que posiblemente lo fuera.

—Holtzman —Alaric interrumpió. Cuando Abraham alzó la vista, señaló las ventanas—. Acelera el proceso.

—Oh, bien, bien —dijo Abraham, cerrando el libro, para alivio de todos—. Bueno, en cualquier caso, Lucien tiene un medio hermano.

—Dimitri —Meena dijo con voz débil. Al darse cuenta de la curiosa mirada que Abraham la lanzó, dijo, con los labios entumecidos—: Me lo dijo Lucien. No le gusta mucho su hermano. O confiar en él.

—Sí, bueno, con buena razón, yo diría —dijo Abraham, asintiendo con la cabeza—. Asqueroso pedazo de trabajo, Dimitri Antonescu, como supongo que él mismo se llama ahora. De madre completamente diferente. Ambicioso, codicia mujeres. Y el hijo es igual, por lo que he investigado. Asesinó a su propia esposa. Nunca ha estado feliz de que el trono pasó a su hermano mayor. Nunca estuvo de acuerdo con la forma en que Lucien ha hecho funcionar las cosas, desde que su padre murió. Quiere hacerse cargo de toda la operación el mismo...

Jon parpadeó. —¿Crees que Dimitri es...

—¿El que envió a Stefan Dominic para tratar de capturar a tu hermana para usarla y convencer a Lucien de dar el trono, o al menos hacer algo tan tonto que Dimitri podría atrapar y matar y luego hacerse cargo del trono? Sí —dijo Alaric sucintamente—. Eso es exactamente lo que dice.

—Es probable que de alguna manera se enteró que su hermano estaba, eh, ya sabe, señorita Harper —Abraham dijo. Meena apreciaba la delicadeza caballeresca con que él lo decía—. Y eso que tenía alguna relación con Yalena

—Le di mi tarjeta de visita —murmuró Meena, sintiéndose todavía aturdida por el descubrimiento que dormir con Lucien Antonescu le había hecho perder a su amado



perro, su apartamento, y probablemente, ya que el Dracul parecía saber todo sobre ella, su trabajo...

Toda su vida, básicamente.

Pero ¿qué pasa con Lucien? ¿Dónde estaba? ¿Conocía algo de esto? ¿Estaba seguro? ¡Si ellos sólo la dejaran llamarlo!

—Sí, sí, por supuesto —Abraham decía, emocionado—. Es probable que encontrara tu tarjeta en las cosas de Yalena, y más tarde hizo la conexión. Buen Dios. Los más inteligentes de todo el tiempo, ¿verdad, Alaric?

—Ellos pueden leer la mente —dijo Meena, con una sensación de malestar en el estómago—. Cuando vi a Stefan en el trabajo ayer... yo no lo reconocí en la imagen que tiene Yalena en su teléfono, pero yo sabía... algo. Seguramente lo sentía... y mi conexión a Lucien...

Ella gimió y dejó caer su rostro entre sus manos. Todo esto fue culpa de ella. Su propia culpa, por haber sido tan estúpida.

—Oh, bueno, ahí lo tienes —dijo Abraham casi con alegría—. Eso lo explica todo. Así que debe haber ido a Dimitri...

Jon interrumpió. —Corrí hacia abajo en el ascensor con ese tipo Stefan y su agente, o lo que fuera. Su nombre era Dimitri.

Hubo un silencio aturdido durante unos segundos después de esto. Luego Alaric dijo lentamente: —Tú tomaste un ascensor con uno de los vampiros más depravados de la historia de todos los tiempos. Dimitri Antonescu o Dracula, es ampliamente conocido por el segundo lugar detrás de su padre en la crueldad, la perversión y depravación alrededor de toda moral. Tienes suerte de estar vivo.

Ahora era el turno de Jon a hundirse en una de las sillas de la cocina. —Mierda —dijo, con la cara tan pálida como su camisa.

Meena no podía culparlo. Ella sabía exactamente cómo se sentía.



Aunque no cuando le preguntó: —¿Qué pasa con nuestras cosas? ¿Hasta en el apartamento? ¿Qué se supone tenemos que hacer al respecto, solicitar ayuda de FEMA? Dudo que vayan a creernos cuando decimos que perdimos un apartamento en manos de un grupo de vampiros en guerra.

—¡Jon! —exclamó Meena, horrorizada.

—Bueno —dijo Jon, parpadeando hacia ella—, estamos a punto de perder todo lo que poseemos, por Cristo Santo. Piensa en tu bolso nuevo. Esa cosa valía la pena por lo menos.

Al oír a Jon mencionar el bolso que Lucien le había dado, Meena sintió algo de erupción dentro de ella.

—Esto es ridículo —exclamó, saltando sobre sus pies, aunque sus rodillas temblaban. Ella descubrió que estaba gritándole a Alaric, que se apoyó en el mostrador de la cocina, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho, mirándola, con la boca pequeña ya encogido al tamaño de una uva—. ¡Tienes que dejar que me vaya a casa! —no se trataba de un bolso, por supuesto. Ella no se preocupaba en absoluto por el bolso. En estos años, mucho más—. O al menos déjame llamar a Lucien. Él puede detener esto. Realmente puede.

—Pero no quiere parar esto —dijo Alaric simplemente.

—¿Qué? —esta fue la cosa más loca que Meena había oído en todo el día—. ¿Por qué no?

—Es la política de la Palatina —explicó Abraham Holtzman seriamente—, que en una guerra vampiro los clanes se limpien el uno al otro. En tanto que los civiles sean protegidos.

Meena tomó un momento para que el pleno significado de esta declaración se hundiera en ella... pero cuando lo hizo, era como un puñetazo en la cara.

¿Así que habían esperado sólo para que Lucien fuera atacado por su hermano y los Dracul? ¿Sin levantar un dedo para tratar de advertirle o ayudarlo?



Por supuesto que lo hicieron. Ellos no se preocupaban por él. O pensar en él como cualquier otra cosa menos lo que él era: El Príncipe de la Oscuridad.

—Así que si Lucien —dijo ella con voz débil—, va al apartamento, a buscarme...

—Eso es exactamente lo que están esperando que vaya a hacer —dijo Alaric—. Ellos estarán ahí esperando.

Las lágrimas llenaron sus ojos. Alaric no bajó la mirada de la de ella.

—Oh, eso es simplemente genial —dijo Meena. Su voz temblaba tanto como las rodillas—. Dejan que los vampiros se aniquilen. ¡Pero es obvio que a nadie le importa lo que le sucede a mi perro!

Fue cuando dijo la palabra “perro” que una ráfaga de proyectiles atravesó las ventanas de la cocina, dejando cristales rotos por todas partes.

Algo pesado y duro golpeó a Meena en la sección media, enviándola volando hacia el suelo. Se dio cuenta tardíamente de que era Alaric Wulf. La había abordado a ella casi de la misma manera que la noche anterior.

Pero esta vez no fue para impedir que se alejara de él. Se trataba de protegerse de las llamas de la bomba molotov que había estallado contra la pared.

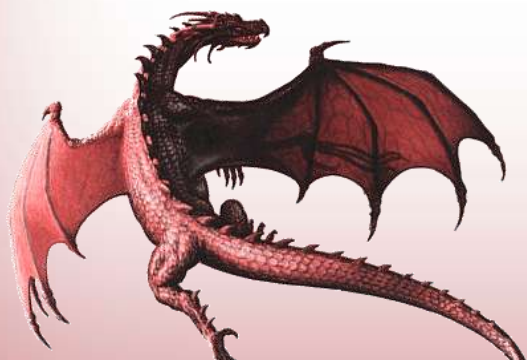
—¿Estás bien? —levantó la cabeza para preguntarle, con el rostro a escasos centímetros del suyo

El impacto de su peso corporal golpeando en el suelo sacó completamente el aliento que quedaba ella. Sabía que mañana estaría adolorida, pero ella no estaría de otra manera sana y salva. Asintió con la cabeza, entonces gritó: —¿Jon?

—¡Estoy bien!

Asomándose sobre el amplio hombro de Alaric, lo veía agitando un brazo de debajo de la mesa de la cocina.

—Estoy bien —exclamó Jon—. Pero hay vidrios por todas partes. Y el muro está en llamas.



—¡Cúbranse todos! —Abraham se había apresurado a llenar una jarra en el fregadero de la cocina para apagar las llamas—. Manténganse alejados de las ventanas. Está empezando.

El estallido dejó la puerta giratoria abierta, y un hombre con un cuello de clérigo llamo: —¿Está todo el mundo, no? Pensamos que hemos oído, ¡oh, querido!

—Sí, sí —dijo Abraham—. Ellos parecen haber seguido a Alaric en la parte alta, en la medida que temía. Tenemos que ir a asegurarnos de que el Padre Joseph ha cerrado la capilla en la noche. Las vísperas van a tener que ser canceladas. No podemos tener a todos los civiles en la propiedad. Le sugerí poner signos diciendo que ha habido una pequeña inundación por una tubería de agua rota. Jon, ve a ver cómo el Padre Bernard está haciendo la toma de participaciones del pasado año hortelano.

—Voy —Jon se movió debajo de la mesa al igual que Alaric se despegó de Meena y le tendió una mano para ayudarla a levantarse del suelo.

Ella la tomó, echando una rápida mirada por encima del hombro en la pared de la cocina ardiendo cuando Alaric siguió al pasillo. Monjas y frailes, St. Clare estuvo integrada por frailes franciscanos y las hermanas Clarisas, en la rectoría detrás de la iglesia, con el convento justo al lado de él, se apresuraban a ir a sus puestos de combate. Meena nunca había visto tantos crucifijos en su vida.

—Alaric —dijo sin aliento, trotando tras él—. Sólo déjame por favor que llame a Lucien. He de hablar con él ahora mismo. Va a detenerlos. Él es su Príncipe. Van a escucharlo.

Alaric soltó una risa triste, al parecer por la ingenuidad de Meena. —¿No has escuchado? No, no lo harán. No, si han puesto en marcha una rebelión total contra él. Lo cual, confía en mí, ellos hacen. De hecho, ahora que lo pienso, los cuerpos de los muertos eran chicas probablemente todas en primer lugar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Cebos —dijo enigmáticamente Alaric.

Meena negó con la cabeza. En realidad, era tan frustrante a veces. —No sé de qué estás hablando. Yalena dijo algo acerca de banqueros.



—¿Banqueros? —Alaric se mantuvo caminando a través de la rectoría, esquivando a las monjas con ballestas.

—Alaric —dijo Meena, sacudiendo la cabeza—. ¿A dónde vas? —esta cuestión fue secundada por una voz toda-demasiado-familiar detrás de ellos.

—Wulf —gritó Abraham Holtzman—. ¿A dónde crees que vas?

Alaric se congeló, lo que Meena quiso aprovechar para embestir contra él.

Poco a poco, se volvió en el pasillo para hacer frente a su jefe, que estaba asomado a una puerta.

—Me voy —dijo Alaric con deliberación—, por el perro.

—¿Perro? —Meena volvió bruscamente la cabeza para mirarlo—. Pero...

Abraham Holtzman se retiró, molesto. —No puedes hablar en serio, Wulf. Estamos en el medio de una zona de batalla aquí. ¡Te necesitamos! Además, es la misión de un tonto. Estarás caminando en una trampa.

—Estoy acostumbrado a eso —dijo Alaric—. Y tienes más combatientes entrenados aquí de lo que necesitas. La hermana Gertrude podría matar a un Dracul con los ojos cerrados. El Padre Bernard acabó con una media docena en el concurso del año pasado en Navidad con el ángel de la parte superior del árbol.

—Ese no es el punto, Wulf —susurró Abraham, bajando la voz cuando una de las novicias reía al oír esto—. No te vayas jugando el héroe sólo para impresionar a la chica.

Meena, al darse cuenta que ella era la chica a la que se refería, quería señalar lo mal que Abraham había apreciado erróneamente la situación. Alaric Wulf la odiaba.

—Sólo vas a terminar de conseguir que te maten —Abraham continuó—. Y realmente se te necesita aquí, en caso de que no te hayas dado cuenta.

—Vuelvo con el perro en menos de una hora —fue todo lo que Alaric, dijo, y luego desapareció a través de otra puerta de vaivén.



—Tonto testarudo. —Abraham puso los ojos y desapareció a través de su propia puerta.

Meena, en busca de una puerta de entrada a la otra, se dio cuenta tardíamente de que ella había hecho un desastre aún mayor que la bomba de la gasolina. ¿Cómo podía seguir haciendo esto?

Fue después de Alaric como un tiro.

—Espera —dijo ella.

Estaba en el vestíbulo de la rectoría, pandeando su dispositivo. No parecía, desde la mirada que le echó a ella debajo del mechón de cabello rubio que se había caído una vez más sobre los ojos azules, muy contento de verla. Ella no lo culpaba.

—¿Qué quieres? —preguntó.

De repente se sintió consciente de su tamaño, que era enorme. Sus manos, sus pies... todo en él era grande, sólo enorme. Cuando él entró en una habitación, en la que no cabía, se golpeó, pesadamente, pavoneándose en el mismo.

No podía contar las veces que ella había deseado durante las últimas veinticuatro horas que nunca se presentara a su puerta.

Y sin embargo, ahora que le había salvado la vida, dos veces, no podía encontrar las palabras para expresar lo contenta que estaba de que fuera él. Y se suponía que debía escribir un diálogo.

—Lo siento. No quise decir que yo quiera que te vayas —finalmente pudo decir, llegando a poner sus dedos a través de una de esas enormes, casi muñecas desgarbadas—. No tienes que hacer esto.

Sus manos, estaban ocupadas trabajando en la hebilla para mantener la espada en su lugar. —Sí —le dijo a la raída alfombra de flores—. La culpa es mía. Me he olvidado del perro.

—Pero no lo sabías, Alaric —dijo Meena. Ella curvó los dedos alrededor de su muñeca. Su piel se sentía caliente en todos los lugares, ahora recordaba que Lucien se



había sentido siempre tan extrañamente frío—. No sabías que nada de esto iba a suceder. ¿Cómo has podido?

—Lo sabías —dijo, echando las palabras casi acusadoramente. Y ahora, ella vio, que la estaba mirando a ella, los ojos azules buscaban su rostro—. Tú lo sabes todo antes de que suceda.

—No —se acobardó por la franqueza de su mirada—. No todo. Bueno... sólo, sé...

—De acuerdo —dijo, bajando la mirada otra vez—. Sólo cuando va a morir la gente. No los perros, sin embargo.

Ella negó con la cabeza. —No. No perros. Sólo las personas. Mira —levantó el mentón, intentando una sonrisa valiente—. Olvida lo que dije antes. Jack Bauer va a estar bien. Tu mismo lo has dicho, es un perro vampiro. Él será capaz de cuidar de sí mismo. Así que quédate aquí. En serio. Quiero que te quedes aquí. Yo lo voy a hacer. Me voy a quedar. Por favor, quédate conmigo.

Levantó la mirada para encontrarse una vez más la de ella, entrecerrando los ojos en ella. —No es necesario que te preocupes —dijo—. Holtzman te protegerá mientras estoy fuera.

—¿Yo? —ella se dio cuenta de que no entendía lo que estaba tratando de decirle a todos—. No estoy preocupada por *mí*.

Ahora parecía confundido. —Pero voy a estar bien —dijo—. Y quieres al perro.

—Alaric —su cabeza estaba empezando a temblar, y ella era consciente de que su rostro era una valiente fusión—. No vas a estar bien. Y a pesar de que realmente amo a Jack Bauer, al final, eres una persona, y él es sólo un perro.

Su mirada era inescrutable. —¿Cómo? —le preguntó con curiosidad.

Ahora era ella la que no entendía. —¿Te pido perdón?

—¿Cómo va a pasar? —sus dedos estaban más ocupados, en el cinturón de trabajo—. Mi muerte. La estás viendo, ¿no? ¿Crees que si me voy, voy a morir? Así que ¿cómo es esta vez? ¿No será en la piscina? ¿Sigue siendo con la oscuridad? ¿Y el fuego?



—No —mintió—. No, en absoluto. Veo que vivirás una muy larga vida feliz y morirás de vejez en una comunidad turística de algún tipo. Florida, tal vez. ¿Palm Beach?

Ya era demasiado tarde. Había visto las lágrimas en sus ojos. Sus anchos hombros tensos, y él se apartó de ella, buscando el abrigo de cuero negro, que colgaba en un estante junto a la puerta.

—Estás mintiendo —dijo—. Nunca me retiraría a Florida. Mallorca, tal vez. O Antigua. Pero nunca Florida. No debes mentir a un guardia para proteger sus sentimientos. La información que ofreces a nosotros antes de una misión podría salvar nuestras vidas —se puso su abrigo, él la miró con esos increíbles ojos azules—. Nunca me mientas más, Meena. Júralo.

Ella parpadeó las lágrimas aún se aferraban a sus pestañas. —Está bien —dijo con voz ronca—. Te lo juro. Veo una muerte llena de humo y oscuridad y fuego para ti. Ahí está, ¿Eres feliz ahora?

—Ah —dijo iluminándose—. ¿Ves? Esto es bueno saberlo. Me gusta esto —extendió su mano para tocar alrededor de su clavícula, a continuación, golpeó la suya—. Tenemos que aprender a comunicarnos más sí es que vamos a estar trabajando juntos en el futuro.

—¿Qué? —ella sacudió la cabeza, perpleja. La garganta le latía, tanto por la emoción como por el humo que había inhalado en la cocina—. No tengo idea de qué estás hablando, Alaric. ¿Por qué íbamos a trabajar juntos en el futuro? Estoy tratando de decirte que si haces esto, no tendrás futuro. Pero como no me vas a escuchar... déjame ir contigo.

—Oh, no —dijo con una corteza de risa sin sentido del humor.

—Pero es mi perro por el que estás arriesgando tu vida.

—No —él movió uno de sus enormes dedos en su rostro—. Y si te atrapo siguiéndome, te voy a esposar a algo para mantenerte a salvo. No creas que no lo haré.

Ella le creyó. —Sé que lo harás —dijo—. Pero al menos me dejas... aquí.

Impulsivamente, le aflojó el pañuelo que había usado alrededor de su garganta.



Alaric miró hacia abajo cuando empezó a atar la tira de delicado material rojo alrededor de su muñeca, la que ella había estado conteniendo.

—¿Qué es esto? —preguntó, su voz sonaba... bueno, extraña.

Un agradecimiento, pensó. De Milady, para St. George, a punto de pelear con el dragón por ella.

Sabía que estaba perdiendo el débil agarre que había tenido una vez en su salud mental.

No había posibilidad de que ella fuera a decir eso de Milady en voz alta a Alaric Wulf.

—No sé —dijo ella, tratando de no dejarle ver las lágrimas que aún estaban en sus ojos—. Para la suerte, supongo. Si realmente te vas y realmente no me dejas ir contigo.

—Oh, me voy —dijo con seguridad cuando Meena tiro de la manga hacia abajo sobre la bufanda—. Y solo. La Palatina no deja a nadie atrás. Esto incluye a los perros.

—Esto es para la suerte entonces, también —dijo ella con la voz obstruida por las lágrimas.

Se levantó en puntillas y puso un beso en una de las mejillas de Alaric.

Una ceja rubia oscura se alzó, con la boca poniéndose aún más pequeña de lo habitual, reflejando... ¿sorpresa? ¿Desaprobación?

Ella no lo sabía.

—Meena Harper —dijo él, mirándola con suma atención.

—¿Sí? —preguntó ella.

—Esto es para ti —dijo, y deslizó algo largo y duro en sus dedos—. No tengas miedo de usarlo.

Luego abrió la puerta de entrada a la rectoría, miró fuera a su alrededor, y dio un paso a través de ella, cerrando firmemente detrás de él.



Se había ido.

Meena examinó lo que Alaric Wulf había colocado en su mano.

Era una estaca en punta de madera.

Ella no pudo evitar sonreír para sus adentros.

Era muy molesto...

¿Así que por qué estaba allí llorando?

—Ahí estás.

Su hermano, Jon, había salido al pasillo. Tenía en la mano varias jarras de leche vacías.

—Quieren a alguien para llenar éstas con agua bendita —explicó—. Yo te ofrecí como voluntaria para el trabajo. ¿Así que puedes ir primero a llenar algunos a la fuente en el baptisterio?

Meena, alcanzó a toda prisa a limpiar las lágrimas de sus mejillas, se puso la estaca en el bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros y dijo: —Claro que sí.

Ella sabía lo que tenía que hacer. Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Trémula, le preguntó: —¿Jon?

Había empezado a caminar por el pasillo. Al oír su nombre, se dio la vuelta. —¿Sí, Meen? ¿Qué pasa?

—Nada. Simplemente... —ella se balanceaba hacia él, dejando que su cabeza colgara y arrastrando los pies—. Estoy un poco asustada. ¿Me puedes dar un abrazo de hermano mayor?

—Oh, por supuesto —dijo, sosteniendo los brazos abiertos.



Una vez que la envolvió en su abrazo, le preguntó sobre la parte superior de su cabeza, —¿Es esto loco o qué? Siempre he pensado que lo tuyo de psíquica era extraño. Pero ¿vampiros?

—¡Caramba, gracias, Jon! —dijo secamente Meena, su oído sobre su corazón—. Tú siempre sabes lo que hay que decir para que una chica se sienta mejor.

—Bueno —dijo Jon con torpeza fraternal—. Sí. Lo siento. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —dijo Meena. Ella se apartó de él y le dio una sonrisa llorosa—. Sí te quiero. Y gracias. Perdón por destruir nuestras vidas.

—No es gran cosa —Jon le alborotó el cabello—. Y no te preocupes. Estoy seguro de que Alaric estará de regreso con Jack pronto, y los dos... ehm estarán bien. Ahora ve a llenar éstos —prácticamente arrojó las jarras de leche en ella—. Tengo que ir, Abraham me va a enseñar la mejor manera de cortar la cabeza de un vampiro —corrió a la cocina.

Meena lo vio irse. Entonces ella levantó la mano. En ella estaba su teléfono celular, que había logrado poner entre el bolsillo de su chaqueta vaquera, mientras la había abrazado.

Miró para asegurarse de que la batería funcionara todavía. El teléfono celular volvió a la vida.

Perfecto.

Ella tenía una llamada importante que hacer.



CAPÍTULO 50

Traducido por Berenaissss
Corregido por Pia2006

8:30 p.m. EST, sábado, Abril 17

Salón Concubina

125 Este, Calle Once

New York, New York

Lucien Antonescu había escuchado con tanta calma como le era posible la información de su primo Emil de que su esposa, Mary Lou, había sabido todo el tiempo sobre la capacidad de Meena Harper para predecir la muerte, la había conocido bien antes de ponerles a ambos en una trampa para emparejarlos. Esa era de hecho, la razón por la que los había juntado. Que Mary Lou escogiera para él una joven de sus conocidas quien era poseedora de un talento tan inusual... era halagador, por no decir más.

368

Pero el hecho de que Mary Lou les había dicho a todos sus conocidos sobre el talento de Meena, colocando a Meena en una posición de mucho peligro.

Eso Lucien no podía aceptarlo con calma.

Lucien ya había llegado a varias desiciones en las primeras horas de la mañana mientras había observado dormir a Meena, incluso antes de hablar con su primo Emil.

Lo primero era que no podía, desde luego, era volver a su puesto de profesor en Rumania o a alguna de sus casas de Rumania.

No ahora que la Palatina sabía quién era él realmente.

Obviamente, iba a tener que cambiar su nombre.



Purple Rose

Una vez más.

Sorprendentemente, no estaba tan irritado por estos sucesos como el podía haber estado si no conociera a Meena. El hecho de que ella estaba en su vida ahora, hacía que todo lo que alguna vez le pareció insoportable, ahora era solo una mera molestia.

Por supuesto, la Palatina no era una gran organización que solo cazaba a sus presas a pie, satisfechos por una moda pasada de la estaca en el corazón y entonces dejarlo en eso.

Oh no, no más.

Ahora utilizan la sofisticada tecnología para realizar un seguimiento financiero e inmobiliario de su presa. Monitoreando las cuentas bancarias incluso en países en que las leyes penalizan la violación de la privacidad bancaria, tales como Suiza y las islas Caiman.

Si la Palatina no podía atrapar al monstruo, podían encontrar la manera de decomisar su dinero. Y lo harían con una crueldad que pondría a la CIA verde de envidia... la Palatina era tan altamente secreto que incluso la CIA no sabía nada de su existencia.

369

El dinero, más que nada, era una cuestión. Empezar de nuevo sin dinero podía haber estado bien. Solo haber sido el mismo.

Pero no podía pedírselo a Meena. Eso podría ser imposible.

Y él no iba a ningún lado sin Meena... a pesar de la insistencia de ella en que ellos ya no se iban a ver el uno al otro.

Ella nunca estaría a salvo ahora. Cada vampiro en el mundo desearía un poco de ella. Por alguna posibilidad de poder experimentar lo que Lucien había experimentado, la habilidad para predecir la muerte de un humano, y no por manos vampiricas, podía ser irresistible para ellos. No sería irresistible por las mismas razones que era irresistible para Lucien... de alguna manera le permitió compensar los pecados de su pasado, como cuando le quitó las llaves del auto a ese joven para salvarle la vida, o aún incluso porque era algo diferente después de siglos de lo mismo.



Pero debido a que era algo que podían utilizar para su propio beneficio. Lucien no tenía ninguna duda de que su hermano encontraría la manera de utilizar el don de profecía de Meena para aprovechar el miedo de la raza humana a la mortalidad, y de alguna manera obtener beneficio económico de ella.

Luego estaba el hecho de que la sangre de Meena recorriendo las venas de Lucien no sólo le había dado la capacidad de predecir como los seres humanos iban a morir. Había aumentado sus otros sentidos, de una manera que ningún otro ser humano que había probado alguna vez había hecho, haciéndolo sentir por primera vez en siglos como si estuviera vivo de nuevo.

El sabía que esto era algo que el nunca podría compartir con nadie. Porque si esto se sabía, Mena Harper se convertiría en carne de demonio... el mortal más perseguido en la tierra.

El hecho de que Meena estaba bajo su protección podría haber sido suficiente en circunstancias ordinarias. Pero éstas no eran circunstancias ordinarias. La Palatina la tenía en sus manos... y lo habían descubierto. ¿Cómo podía protegerla adecuadamente? Ni siquiera podía encontrarla, y mucho menos ponerse en contacto con ella. Su teléfono sonaba desesperadamente y todas sus llamadas habían ido directamente a su correo de voz. Su apartamento, según Emil —a quien Lucien le había ordenado quedarse allí hasta que el paradero de Meena pudiera ser descubierto—, estaba vacío, excepto por su pequeño perro.

No, Emil había informado que al parecer nadie —ningún humano— había estado allí en todo el día. ¿Habían abandonado el lugar? Seguramente no. Lucien podía saberlo, podía sentir si algo le había pasado a ella...

Pero no sentía nada... nada excepto miedo y una opresión en su pecho donde una vez había estado su corazón. No había sentido nada en ese lugar en siglos. No desde que Meena Harper había entrado en su vida.

Entonces recibió la llamada de Emil que cambio todo.

Una llorona y arrepentida Mary Lou, intentando rectificar su error y ayudar en lo que pudiera, había visto un artículo de chismes mientras navegaba por internet de un



altercado que había tenido lugar en un restaurante del centro, participando un hombre con una espada... y cierta estrella popular de telenovelas.

Este, seguramente sólo podía haber sido el guardia Palatino de Meena.

Y Stefan el hijo de Dimitri.

No había otra explicación.

Lucien sólo tuvo que oír el nombre de Dimitri y estaba en uno de los autos negros de Emil rumbo al centro, al club de su hermano. Si él descubría que su hermano tenía algo, algo o todo, que ver con la desaparición de Meena... Si él o su idiota hijo habían dañado tan solo un cabello de su cabeza, no había un agujero en la tierra lo suficientemente profundo en el que Lucien los pudiera lanzar.

Pero cuando Lucien llegó a la *Concubina*, estaba cerrado.

Esto no molestó particularmente a Lucien, dado su estado de ánimo, se limitó a patear las puertas.

El club era un lugar totalmente diferente vacío a cuando estaba ocupado. Con todas las luces encendidas, y sin hielo seco, perdía algo de su mística. El único brillo en la gran sala —rodeada por cortinas de terciopelo negro—, era de la parte superior metálica de la barra. El lugar no estaba tan limpio como podría haber estado, el piso estaba un poco pegajoso.

Tal vez los de limpieza no habían llegado todavía. Ahí no había nadie alrededor.

Y sin embargo los sentidos de Lucien aumentados por causa de Meena, sentían que había un buen número de almas humanas alrededor y en grave peligro... y no solo a causa de él.

—¿Hola? —grito. ¿Dónde estaban todas estas personas? ¿Por qué no podía verlos?

Su voz resonó alrededor de la pista de baile, del bar y la sala VIP. Nadie.

Nada.



¿Dónde estaba su hermano? ¿Por qué había sentido tan poderosa atracción a este lugar tan desagradable si ciertamente la fuente de todos sus problemas —Dimitri— no estaba aquí?

Entonces Lucien lo oyó. Pesados pasos, procedentes de la parte delantera del edificio. Él se giro expectante.

—¿Puedo ayudarlo?

Era Reginald, el guardaespaldas-portero de Dimitri de trescientas libras, aún con su cadena de oro con su nombre grabado con orgullo en ella. Su cabeza oscura brillaba, de recién afeitada.

—Hola, Reginald —dijo Lucien realmente contento de verlo. Esto iba a ser fácil. Algunos humanos —como Meena por ejemplo— eran imposibles de controlar, sus mentes demasiado dañadas o atestadas con equipaje mental. Pero la de Reginald era una vasta llanura abierta.

—¿Cómo llegaste aquí? —Reginald tenía un estilo de mafioso de Hollywood en el manejo de su arma, levantándola hacia los lados para dispararle a Lucien en lugar de recto, usando su otra mano para estabilizar y mejorar el objetivo.

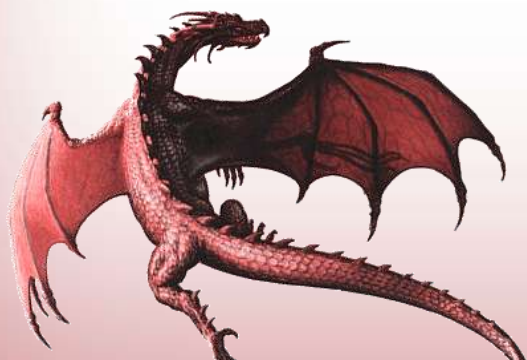
Lucien se sintió aun más animado. Pobre Reginald.

—Baja el arma hijo —le dijo—. ¿Te acuerdas de mí? Estaba aquí la otra noche, para visitar a mí hermano.

Reginald bajo el arma obedientemente. —Oh, si —él dijo con naciente reconocimiento—. Usted golpeó al señor Dimitri arriba.

—Así es —dijo Lucien, sonriendo con cariño al recuerdo—. He regresado a hacerlo de nuevo. No sabes de casualidad dónde está el señor Dimitri ahora. ¿Verdad?

Reginald negó con su cabeza, colocando la pistola en la pretina de sus pantalones... el lugar menos adecuado para llevar un arma de fuego cargada en la opinión de Lucien.



—No —dijo Reginald—. Todo el mundo estaba muy excitado por algo se fueron hace un rato, dejándome aquí solo. No me dijeron cuando regresarían ni nada, ni siquiera sé si tengo que abrir esta noche o qué.

—Interesante —dijo Lucien—. ¿Y sabes porqué estaban todos entusiasmados Reginald?

—Diablos, no —dijo Reginald—, nadie me dice nada aquí. —Lucien penetró al cerebro del hombre con su propia mente y exploró con cuidado. Reginald estaba diciendo la verdad. No sabía nada... excepto...

—Reginald —dijo Lucien— ¿Somos las únicas personas aquí?

—No —Reginald admitió. Lucien podía sentir el miedo del hombre. Era tan cortante y tan puntiagudo como un cuchillo—. Las personas están en el sótano.

—En el sótano —repitió Lucien—. ¿Podrías llevarme al sótano Reginald?

El miedo de Reginald lo acuchillo.

—El señor Dimitri dijo que ninguno de nosotros debemos ir ahí. —Reginald protestó. Él no quería ir al sótano.

—Todo esta bien, Reginald —le dijo Lucien calmadamente—. Voy a estar contigo. Nada malo puede pasarte en el sótano si yo estoy ahí contigo

Reginald le creyó... pero sólo porque Lucien estaba ahí en su cerebro para confortarlo.

De mala gana se dirigió al bar para conseguir las llaves del sótano y llevó a Lucien a una puerta que abrió con sus manos aún dudando a pesar de la presencia de Lucien.

Lo que estaba en el sotano del *Concubina* —los empleados quienes supuestamente no estaban enterados de lo que había ahí—, no sólo sabían algo sino que le temían.

Lucien seguido de Reginald bajó por la estrechas escaleras de hormigón sintiendo acercarse a la muerte con cada paso. No podía sólo olerlo... podía sentirlo, exudarlo a través de sus poros, la humedad se filtraba de las paredes del sótano. Esto había sido lo



que había notado cuando entro al club: el golpeteo de los latidos del corazón humano, temblando con vida... y con la muerte inminente.

¿Era esto lo que Meena Harper sentía cada día de su vida, caminando por las calles, llegando al metro, yendo a su oficina diariamente?

¿Cómo podía soportarlo?

Llegaron a dos puertas. Detrás de una de ellas Lucien podía oír los latidos retumbando tan fuerte, que quería colocar sus manos sobre sus orejas.

Detrás de la otra, oyo... nada.

Asintió con la cabeza hacia la puerta donde sólo estaba el silencio.

—Ábrela —Le dijo a Reginald.

Reginald tomo las llaves como si fueran un rosario, parecía que estaba cerca de gritar.

—En verdad no quiero hacer esto señor —el dijo—. Por favor no me obligue.

Lucien asintió con la cabeza, entendiendo. Ahí estaba lo único de la mente humana que podía tomar.

Levanto el pie y rompió la puerta de pesado metal con un sólo golpe de gran alcance.

Dentro de la habitación oscura —en losas funerarias de concreto—, estaban sentados los siete analistas financieros de TransCarta a quienes su hermano Dimitri les había presentado la noche anterior.

Sólo que ya no estaban con vida.

Por otra parte, no estaban totalmente muertos, tampoco.

Estaban en un lugar entre la vida y la muerte. Alguien les había volteado fuertemente los cuellos de sus camisas blancas y mordido cada una de las arterias carótidas hábilmente a lo largo, no una ni dos veces, sino tres veces.

Y a lo largo de la boca de cada hombre Lucien vio rastros tenues de sangre.



Ellos estaban cambiando. Estaban en un estado metamórfico. Cuando despertaran, serían vampiros.

Y estarían malditamente hambrientos.

—¿Quién hizo esto? —Lucien demandó, girando su rostro hacia Reginald, quien fue incapaz de controlar su curiosidad —incluso aterrizado como el estaba—, mirando hacia atrás a la puerta rota, que colgaba por sus bisagras.

—No tengo idea —dijo—. ¿Qué diablos les pasó a esos tipos? ¿Porqué están tendidos ahí todos mordidos en el cuello? Ellos están... ellos están... —Reginald no se atrevía a decir la palabra.

—Sí —respondió Lucien.

Salió de la habitación y regresó al pasillo para encarar la segunda puerta, por la que detrás podía oír muchos latidos.

Reginald lo miró fijamente.

—Sé que no vas a derribar la puerta —dijo Reginald—. Si detrás de la primera puerta había vampiros, ¿qué habra detrás de esa puerta? ni se te ocurra.

Lucien derribó la segunda puerta.

Detrás de la puerta, parpadeando, había una media docena de mujeres jóvenes, todas con vida, todas con diferentes tipos de semivestidos, extendidas en colchones baratos, parecían muy débiles y confundidas de ver mucha luz fluyendo al interior del cuarto repentinamente. El olor no era muy placentero.

Ninguna de las chicas, Lucien podía decirlo, era un vampiro. Aún.

Pero todas habían sido mordidas y drenadas, solo lo suficiente para mantenerlas obedientes.

El misterio sobre que podían comer los vampiros de la siguiente puerta cuando despertaran estaba resuelto.

—¿Gerald? —Una de las chicas preguntó con voz desconcertada.



—No es Gerald —dijo otra, sonando incluso aún más desconcertada.

Todas parecían aterrorizadas.

Lucien giró señalando a Reginald.

—Las sacaremos de aquí —dijo—, empiecen tomando las escaleras. Me esperan allí.

—Ok —dijo Reginald, afable ahora que el misterio del sótano había sido resuelto.

—¿Pero qué hay sobre...? —Él movió la cabeza hacia la habitación de la siguiente puerta.

Lucien miró alrededor de la pequeña celda en la cual las chicas habían sido mantenidas, claramente por bastante tiempo y sin instalaciones sanitarias a la vista, salvo por una cubeta. Vió una desvencijada silla y la rompió en pedazos.

—Esto haremos —él dijo, levantado una de las patas de la silla y examinando la punta de la madera—. Ahora vámonos.

Cuando Reginald se puso a trabajar guiando a las chicas por las escaleras, ellas necesitaban demasiada seguridad que no iba a ser una trampa y que estaban siendo puestas en libertad. Lucien se ocupó de su propia tarea.

Era un trabajo triste. No tenía idea de si los hombres habían pedido ser convertidos o si su hermano estaba formando una especie de ejército de vampiros de banqueros de inversión contratados para manejar sus finanzas.

Conociendo a su hermano, adivinaba que era lo segundo.

En cualquier caso, estos hombres no iban a despertar como inmortales, con poderes sobrehumanos y sedientos de sangre humana.

Todos ellos nunca iban a despertar de nuevo.

Cuando Lucien hubo terminado con su sucia tarea, tiró lejos la pata de la silla, se limpió lo mejor que pudo, los humanos que no habían cambiado lo suficiente, aun emanaban grandes cantidades de sangre, se volvió para salir de la habitación dándoles una última mirada por encima del hombro.



Era exactamente la última mirada que había imaginado para todos ellos cuando se los habían presentado en el club.

Sólo que pensó que ellos iban a morir en un estacionamiento, en una especie de accidente de coche.

Nunca imagino que él sería el instrumento de su muerte.

Salvo que... —se dijo a sí mismo—, no había sido él.

Fué su hermano.

Dimitri sabía las reglas. ¿Qué estaba haciendo? Convirtiendo humanos, dejándolos en el sótano de un club nocturno para despertar, solos, y a continuación lanzarlos a unas debilitadas chicas humanas con las que se alimentarían.

Por lo menos ahora Lucien tenía una buena idea de dónde procedían los cuerpos de los parques.

—Reginald —llamó mientras se acercaba a las escaleras del sótano.

Reginald lo estaba esperando en el bar. Él había estado dándole a tolas las chicas latas de sodas y pequeños tazones de frutos secos, como si fueran invitados VIP del club. Además Reginald había buscado y encontrado el nombre de las chicas. Todas ellas estaban ahora completamente, aunque algo caprichosamente, vestidas.

—¿Si, jefe? —Reginald preguntó. Había estado limpiando la barra como si el club se hubiera abierto como negocio y estaba atendiendo.

—¿Dónde tiene su caja fuerte el señor Dimitri? —Lucien preguntó.

—En su oficina —Reginald respondió rápidamente—. Por aquí, le mostraré.

Reginald no necesitaba el menor empuje mental para ayudar a Lucien. Habiendo encontrado un nido de próximos-a-ser-vampiros en el sótano de su empleador, junto con su próxima comida, la lealtad de Reginald a Dimitri parecía haber terminado.

—Damas —Lucien llamó a las chicas—, por aquí, por favor.



Las chicas platicando en voz baja en su lengua materna, llevaron sus refrescos y frutos secos mientras seguían a Lucien y a Reginald por las escaleras a la lujosa oficina de Dimitri.

—Ahí está —Reginald dijo, señalando a un espejo que colgaba encima de un escritorio de estilo Arte Deco de gran tamaño—. Detrás del espejo, él mantiene mucho dinero en efectivo. En caso de que tenga que hacer una escapada rápida

—¿Cómo fortuita para nosotros? —Lucien dijo—. Apártensen del camino, damas.

Levantó un pisapapeles en forma de galgo²⁸ y rompió el espejo en pedazos con el.

—A mi amigo, verdaderamente le gusta romper mierda —Reginald comentó a las chicas que parecían impresionadas.

Lucien tomó la puerta de la caja fuerte y la despegó apartándola, dejándola caer al suelo de un golpe.

—Guau —Él oyo decir a Reginald. Las jóvenes quedaron sin aliento.

Lucien no le hizo caso. Había trabajo que hacer. Como Reginald había declarado, la caja fuerte estaba llena de una fuerte cantidad de dinero en efectivo. También estaban una gran cantidad de pasaportes. Lucien los tomó y los arrojó a la mesa de Dimitri.

—Miren estos —él dijo—, tal vez las chicas encuentren los suyos.

Hubo una oleada de emoción detrás de él, mientras las niñas hicieron precisamente eso. Lucien continuó sondeando la caja fuerte pero no encontró algo que pudiera ser de alguna utilidad, a él o a cualquier otra persona, a excepción de un juego de llaves y los documentos de título y registro de un auto.

—Reginald —le dijo— ¿De qué es esto?

—Oh —dijo el joven—, eso es de un Lincoln Continental del señor Dimitri. Lo mantiene estacionado en un garaje del centro. A veces me deja conducirlo. Es un negro '69 Mark III dulce paseo.

²⁸ Raza de perros de carrera.



Lucien asintió con la cabeza

—Considéralo tuyo —le dijo y arrojó los papeles y las llaves hacia Reginald quien los agarró con habilidad.

—¿Me estas tomando el pelo? —Reginald miró las llaves en sus manos—. ¿Pero qué dirá el señor Dimitri?

—No mucho —dijo Lucien—, cuando acabe con él; Señoras, vengan aquí, por favor.

Cuando las chicas se habían reunido alrededor de la mesa, Lucien les dió a cada una varios paquetes de las ordenadas pilas de billetes de cien dólares.

—Tomen este dinero —las instruyó—, y sus pasaportes, y empiecen una nueva vida en algún lugar lejos de aquí. O regresen a su antigua vida, si es lo que piensan que las hará feliz. Solo olviden lo que les paso aquí. Yo me hare cargo de las personas quienes las lastimaron. No van a perjudicar a nadie más. Se los prometo. No tienen nada que temer. Vayan sanas y felices.

Las chicas, cuya comprensión del inglés era débil, sonrieron primero y tomaron el dinero en sus manos, sonrieron las unas a las otras y después a él.

No necesitaban saber inglés para comprender qué les había dicho.

Porque él no había hablado en voz alta. Él todo lo que les dijo, lo dijo en sus mentes, dándole a cada una una suave limpieza de memoria.

Podía pasar mucho tiempo antes de que sanaran completamente. Incluso él, no podía hacer eso por ellas.

Pero esto, él sabía, era un comienzo.

El dinero no haría nada para recuperar las vidas que habían perdido debido a su fracaso para controlar la barbarie de su hermano.

Pero por ahora, está era sólo una penitencia que podía hacer.



—Reginald —él dijo en voz alta—. Toma a las mujeres y sal, asegúrate de que obtengan taxis seguros. Pide a los conductores que tomen la JFK. Ellas pueden decidir a partir de ahí a donde quieren ir después.

—Seguro —dijo Reginald

—Entonces —dijo Lucien—, tomarás el auto y manejaras a Georgia para vivir con tu hermana.

—Mi hermana —dijo Reginald, mirándolo complacido—. ¡Esa es una buena idea!

—Me lo imaginaba. No olvides nada aquí en el club. Si lo haces, no podrás ser capaz de regresar por él. Esto va a arder.

—¿Arder señor? —Reginald parecía confundido— ¿Cómo?

—En el fuego —le explicó Lucien con paciencia—. Ve ahora. Y no te preocupes, nadie podra señalarte a ti. Te lo aseguro.

Reginald se volvió con los brazos abiertos y guió a las chicas lejos, todos se fueron, devolviéndole una sonrisa a Lucien de gratitud... y un poco de veneración.

Él miro hacia otro lado. Gratitud era la última cosa que se merecía, mucho menos el culto.

Él estaba rociando los cuerpos en el sótano con ron del bar, él había averiguado que el 151 quemaba rápidamente y más eficientemente, dejando muy poco tejido en los restos, cuando su celular sonó.

Lo sacó y vió el nombre en la pantalla que había estado esperando todo el día.

Meena Harper.



CAPÍTULO 51

*Traducido por dani.shawn**Corregido por Pia2006**9:15 P.M. EST, sábado, Abril 17**Santuario St. Clare**154 Sullivan Street**New York, New York*

—¿Lucien? —Meena sollozó cuando alguien finalmente levantó el otro extremo—. ¿Eres tú?

Ella tenía que presionar un dedo en la otra oreja para escucharlo. Eso era por todo los gritos viniendo desde la tierra debajo de ella. Se suponía que era su propia culpa, había lanzado un globo lleno de agua bendita a un grupo de vampiros que habían estado intentando saltar la valla a fin de entrar en la rectoría.

—¿Meen? —Él dijo— ¿Estás bien?

—Oh —ella dijo—, estoy bien. Pero lo siento. No puedo escucharte. ¿Dónde estás? Ésta es una conexión horrible.

—No. Yo lo siento —Lucien dijo. Él sonó imposiblemente lejos—. No estoy en una buena ubicación con buena recepción. Solo déjame... allí. ¿Puedes escucharme ahora?

—Oh —Meena dijo. Una ola de calor barrió a través de ella con el sonido de su voz. De repente, ella sintió como si todo estuviera yendo bien. Lo que era ridículo, porque un hombre no podía arreglar las cosas que habían ido mal en las pasadas horas.

Incluso Lucien, quien no era cualquier hombre.

—Eso está mucho mejor —ella dijo—. Sonabas como si estuvieras en alguna especie de túnel antes. Entonces, ¿no estás en el apartamento?

—No —Lucien dijo—. Meena, ¿dónde estás? ¿Esos son... gritos?



—Oh —Meena dijo. Ella miró más allá, a los vampiros detrás de la valla del cementerio, sintiendo un golpe de miedo... y asco.

Entonces se sintió instantáneamente sucia por el asco. Ella no podía ni siquiera creer como de rápido se había ido el sentimiento de lástima por estas criaturas que no podían evitar ser lo que eran, e insistiendo algunas características retentivas en ellos, justo como las había en Lucien, para lanzarles cruelmente globos llenos con líquido que tan era corrosivo para ellos como el ácido de baterías lo era para los humanos, de la azotea de la rectoría.

¿Qué estaba pasando con ella? ¿En qué se estaba convirtiendo?

Ella era solo un monstruo como ellos.

De nuevo, ella suponía que ser casi asesinada tendía a traer a la superficie al monstruo de todos.

—No importa eso —ella dijo a Lucien—, ellos estarán bien en unos minutos. —Su hermano había tenido razón sobre los poderes vampíricos para la curación. Eran fantásticos. Nada mataba a estas cosas. Bueno, excepto una estaca en el corazón, aparentemente, pero Meena, sobre la azotea de la rectoría, no estaba lo suficientemente cerca como para poner a prueba esta teoría. Todavía.

—Meena —la profunda voz de Lucien sonó celestial para sus oídos. Especialmente cuando él decía su nombre de esa forma, tan lleno con puro y masculino amor... y anhelo—. ¿De qué estás hablando? ¿Quiénes estarán bien?

—Nadie —ella dijo. Ella no quería estropear las cosas teniendo que admitir que había pasado el último cuarto de hora mojando a los de su tipo con agua bendita y así poder tener unos cuantos minutos con él a solas al teléfono.

—Es bueno escuchar tu voz.

—Oh —Meena dijo, aplastando una mano contra su pecho. Lágrimas llenaron sus ojos—. Lucien, tienes que parar de decir ese tipo de cosas. Sabes que no podemos estar juntos. Es imposible.



—Sigues diciendo que es imposible —Lucien dijo—, pero si hay algo que he aprendido en mis cinco siglos en la tierra, Meena, es que nada es imposible. Especialmente para un hombre tan enamorado como yo lo estoy de ti.

Una mano apareció al borde de la azotea al lado del pie de Meena, un vampiro tratando de treparse al edificio. Ahogando un grito por el sobresalto, Meena sacó un arma del bolsillo trasero de sus jeans, apuntó y derramó un flujo constante de agua bendita sobre él.

Él chilló mientras sus dedos se prendían fuego, perdió el equilibrio y cayó cinco pies hasta el pavimento por debajo de ellos. Horrorizada, Meena se dió la vuelta.

—¿Meena? —Lucien dijo—. ¿Qué fue eso?

—¿Eso? Oh, nada. Mira, quiero que sepas que sí obtuve tus mensajes. Hubiera llamado más temprano, pero tuve que robar mi celular de mi hermano. Él no sabe que lo tengo... —Justo en ese momento, ella escuchó a su hermano gritar desde una segunda ventana debajo “¡¿Quieres un pedazo de esto? ¿Quieres un pedazo de esto?! ¡Bueno, acércate y búscalos, tú vampiro enfermo! ¡Pus!”, eso fue seguido por una pequeña explosión.

—Meena —Lucien dijo. Había un renovado tono de urgencia en su voz. Él definitivamente había, ella se dio cuenta, escuchado la explosión—. *¿Dónde estás?*

—Oh —ella dijo—. No tiene importancia.

Una parte de ella sólo quería seguir escuchándolo decirle lo mucho que él la amaba y extrañaba. Lo que estaba mal, porque ella sabía que el todavía iba a matar a Jon y Alaric.

—Sí importa —él insistió—. Meena. Tienes que escucharme. Creo que estás en un serio peligro.

—¿En serio? —ella trató de ignorar el olor del humo que venía de la cocina. Además Bernard ya había llamado al departamento contra incendios y les había asegurado, en caso de que cualquiera de los vecinos de St. Clare marcara el 911, que no tenían de que preocuparse en el DPNY, que el único problema era “una tubería de agua rota” que había causado que cancelaran la noche en primer lugar. ¿El humo? Oh, el humo era de



las galletas horneadas de la Hermana Gertrude, que habían sido dejadas dentro del horno por mucho tiempo.

—Es gracioso —Menna dijo sobre el teléfono—, porque yo creo que tú estás en peligro.

—Hablo en serio, Meena —Lucien dijo. Ella lo podía escuchar moviéndose al final de la línea. Sonaba, lo suficientemente alto, como si estuviera mezclando algo—, preferiría tener esta discusión personalmente, pero por como las cosas están ahora... bueno, solo voy a decirlo: Escapémonos juntos.

—¿Qué? Quieres decir como... en un viaje.

—Sí —él dijo con una extraña vacilación—. Exactamente. Como en un viaje. Bueno, quizás un poco más largo que el viaje promedio. Y sé lo que vas a decir acerca de mí matando a tu hermano y el guardia. Pero no voy a ser capaz de hacerlo si no estamos en ningún lugar cerca de ellos, ¿o sí?

—No. —Meena tuvo que estar de acuerdo—. Eso es verdad.

—Y sé como te sientes sobre tu empleo. Pero seguramente tienes unas vacaciones.

—Bueno —Meena dijo. Ella mordió su labio superior, pensando en Stefan Dominic, que seguía atado en el sótano. El Dracul ya se las había arreglado para infiltrarse donde ella trabajaba y, de acuerdo con Alaric, donde ella vivía también. Tomarse unas vacaciones hasta que las cosas se calmaran no sería una mala idea, para ser honestos— Unas cuantas semanas no deberían lastimar a nadie, ahora que lo pienso...

—Bueno —él dijo, pareciendo sorprendido. Y mucho más alegre—. Eso fue fácil. Pensé que te resistirías más a la idea, para ser honesto. ¿Puedes irte ahora, esta noche, Meena? Puedo estar en la ciudad en cinco minutos. ¿Crees que puedes librarte del guardia? ¿Y encontrarnos en nuestro pequeño mirador? No tienes que asustarte. Te ayudaré a atravesarlo, a través de la terraza de Emil. Entonces puedes irte desde allí.

Sonaba tan seguro de sí mismo. Esa era una de las cosas que ella amaba de él.



Él siempre parecía saber exactamente lo que estaba haciendo y en unas pocas ocasiones cuando no lo hacía, bueno, esa vulnerabilidad sólo hacía que ella lo amara con más fiereza.

—Um —ella dijo—, encontrarme contigo en el mirador podría ser un pequeño problema, en realidad, Lucien.

—¿Por qué?

Ella no quería contarle de esta forma. Pero no tenía opción. —Bueno, porque justo ahora estoy en el tejado de la rectoría del Santuario de St. Clare en la calle Sullivian en un pueblo de Manhattan, justo a las afueras de Houston... —Ella dijo al teléfono—. No estamos completamente seguros de lo que está pasando, pero parece que tu hermano mandó a Stefan Dominic, el hombre que intentó actuar de vampiro en *Insaciable*, solo que él en realidad es un vampiro, para secuestrarme.

—¿Te lastimó? —Lucien demandó con voz tan dura como una roca.

—¿Qué? —Meena preguntó— No. Bueno, quiero decir, trató. Tenía un arma. Pero Alaric lo detuvo. Ahora estamos manteniéndolo aquí y estamos justo ahora experimentando algunas cuantas dificultades porque unas pocas docenas de Dracul parece que realmente quieren entrar al interior y asesinarnos o algo.

—¡¡QUE!?

Ella se sobresaltó y tuvo que alejar el teléfono de su rostro.

Así de fuerte el había gritado sobre su oído.

—Lucien —ella dijo cuando el volumen de lo que ella suponía era una larga lista de maldiciones, estaban en rumano, así que ella no podía entender una palabra de ello, bajó de nivel y pudo hablar—. Sabía que te ibas a volver loco, por lo que no...

—Meena —él tronó. Ella tuvo que sostener el teléfono lejos de su cara nuevamente—. *Quédate exactamente donde estás*. Estaré allí mismo para recogerte.

—¡No! —ella gritó al telefono antes de que él cortara—, piensa sobre ello, Lucien. Es una trampa. Alaric dijo que estarían esperándote en el departamento también.



Ese era el porqué no iba a contarle ni decirle una palabra sobre Jack Bauer a él. Ella no necesitaba dos hombres arriesgando su vida por su perro. —Es todo una trampa para que así tu hermano pueda asesinarte.

—Oh, ¿Alaric dijo eso? —Lucien gruñó—. Bueno, no me importa lo que Alaric dice. ¿Sabes quién es Stefan Dominic, Meena? Es mi sobrino. Él es el hijo de Dimitri.

—Oh —Meena dijo, desconcertada—. Entonces... ¿Estás diciéndome que crees que deberíamos dejarlo libre?

—Estoy diciendo que voy a ir a buscarte, y tú y yo nos iremos.

—Quieres decir, huir —ella dijo rápidamente—, ¿o no?

La voz de Lucien era como el hielo —No, no estamos huyendo Meena —él dijo—. Voy a mantenerte a salvo. Esa es mi primera, y única, prioridad.

—Bueno —ella dijo, levantando una mano y pasándola fuertemente a través de su cabello. Su voz sollozó de una forma que no había esperado.

Pero ahora todo estaba comenzando a desentrañarse nuevamente.

—¿Qué hay sobre Jon, Lucien? —su voz se quebró—. Porque él está aquí, también. ¿Qué si huimos, y entonces tu hermano lo captura? ¿Crees que puedo vivir conmigo misma si algo le sucede a mi hermano? ¿Lo protegerás, Lucien, por el resto de su vida también? De hecho, no creo que lo hagas —ella dijo, y ahora su voz rozaba levemente la histeria—. Todavía creo que vas a matarlo, y a Alaric también.

—Meena —él sonaba calmado ahora. La tormenta había terminado. Él parecía estar escogiendo las palabras con deliberado cuidado, de la forma en que un joyero elige las perlas para un collar—. No voy a matar a nadie. Excepto a mi propio hermano. Sin mencionar mi sobrino. Entonces Jon estará a salvo. Y pronto lo estarás tú.

Ella quería creerle desesperadamente. —¿Realmente lo crees? —Ella preguntó.

—Por supuesto que lo hago, Meena —él dijo—, todo esto habrá terminado muy pronto. Ahora, empieza a pensar a donde quieres ir. Siempre he soñado con tener un lugar en Tailandia, para mí mismo.



—Tailandia —Meena dijo. Le gustaba el sonido de la palabra en sus labios—. Nunca he estado en Tailandia.

—Yo tampoco —Lucien dijo—. Lo podemos descubrir juntos.

Incluso mientras ella estaba soñando con compartir una choza con techo de paja en la playa con Lucien, en zancos, como siempre había observado en las revistas, escuchó un repiqueteo. Girando en círculo, vio un murciélago sobre lo más alto del techo sólo a unos metros de donde ella estaba y comenzó a transformarse en su huésped vampiro.

—Oh, no —ella medio gruñó, su corazón saltando dentro de su pecho. Ella corrió hacia él, dándole al murciélago la patada más fuerte que podía, enviándolo lejos del techo... justo mientras cambiaba a una joven mujer vistiendo jeans y una campera. La chica gritó mientras volaba a través del aire, no volviendo a cambiar a murciélago lo suficientemente rápido para evitar caer en las estacas de la yarda de la iglesia debajo de ella, lo que dividió su cuerpo en varias piezas.

Pero ya que las estacas no estaban hechas de madrea, solo yació allí, empalada y con sus músculos contrayéndose, mientras sus amigos la liberaban.

—Realmente espero que tengas razón, Lucien —ella dijo, volviendo a colocar el teléfono en su oreja—, sobre todo está terminando pronto. Porque no estoy segura de cuanto más pueda aguantar.

No hubo respuesta.

—¿Lucien? —ella dijo. Alejó el telefono de su cara mirando a la pantalla. Todavía tenía servicio.

Lucien, se dio cuenta, le había cortado.

¿Había dicho algo incorrecto?

Meena saltó mientras el teléfono vibraba en su mano. Él volvía a llamar.

—¿Lucien? —sollozó.

—¿Quién? —Una voz familiar llenó el aire.



—Oh —Meena dijo decepcionada—. Hola, Paul. Mira, realmente no puedo hablar ahora.

—Lo que sea —Paul dijo—, perdón por interrumpir tú orgía de mini-Butterfinger de sábado por la noche. Solo quería saber si habías recibido el mail de Shoshona.

—¿Qué e-mail? —Meena preguntó. Ella necesitaba bajar las escaleras y entrar en la rectoría para avisar a los demás, ahora sabía porqué los Dracul trataban duramente en forzar su entrada a la rectoría.

No era ella a la que querían.

Era al hijo de Dimitri Antonescu.

—Hemos sido vendidos —Paul dijo.

Meena casi suelta el teléfono —¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿El show? Pero no tiene sentido. Los Shows no pueden ser vendidos, ¿o sí?

—No el show —Paul dijo—. La Cadena. Consumer Dynamics y todo lo que le pertenece. Esta mañana. A algo llamado TransCarta.

—Nunca lo he escuchado —Meena dijo.

—Yo tampoco —Paul dijo— Lo he buscado en Google. Son acciones privadas de una empresa.

Meena sostuvo su BlackBerry contra su oído. Ella realmente no tenía tiempo para hablar, como le había dicho. Sin embargo...—. Pero... ¿Qué significa?

Incendiado. Como todo lo demás, ahora había perdido su trabajo también.

—Shoshona asegura a todos en su e-mail que no significa nada, que todo seguirá normalmente, que TransCarta apoya ABN e *Insaciable* con todo el corazón y que miremos hacia delante a un propicio futuro trabando con nosotros.

—¿Shoshona dijo todo eso? —Meena preguntó incrédula. Shoshona difícilmente podría haber dicho que estemos juntos ni siquiera para almorzar.



—Lo sé —Paul dijo—. Pero Fran y Stan están de acuerdo. Y acá está lo raro Shoshona envió un e-mail antes de que algo de esto saliera en CNN.

—Entonces, ¿cómo es que ellos sabían de esto? —Meena se preguntó en voz alta.

Fué justo después que la escotilla que llevaba a la azotea se abriera de repente, dejando salir una brillante línea de luz amarilla que venía del tercer piso de la rectoría.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —Su hermano, Jon, demandó. Él saltó sobre el suelo, arrastrando una ballesta detrás de él—. ¿Qué le pasó a mi agua bendita? Es como si se hubiera evaporado de repente o algo.

—Perdón —Meena dijo, colgándole a Paul y deslizándolo su celular disimuladamente hacia su espalda dentro del bolsillo trasero en el interior de su campera—. Me distraje. Están empezando a echarme bombas —miró hacia arriba, escaneando el cielo de noche por alados asesinos, pero todo parecía tranquilo... por el momento—. Pareciera como si hubieran retrocedido por el momento.

—Sí, por eso estoy aquí. Abraham piensa que están reposicionándose y que es mejor que bajes. Es probable que no estés a salvo aquí arriba, de todos modos.

—Bien —Meena dijo—. Mira, necesito decirle algo a Abraham. Ese tipo, Stefan. Él es...

El celular de Jon sonó.

—¿Quién infiernos podría ser? —él sacó el celular de su bolsillo— Oh, Dios. Es Weinberg —Para sorpresa de Meena, su hermano en realidad respondió la llamada—. Adam —Jon canturreó—. ¿Dónde infiernos estás?

Meena sacudió la cabeza. No podía recordar la última vez que su hermano estuvo de tan buen humor. Quizás cuando tenía un empleo.

Era bueno conocer a alguien, que por lo menos, disfrutaba de esto, la peor noche de su vida.

Luego Meena sintió su bolsillo vibrar. ¿Qué estaba pasando? ¿Alguien le mandaba un mensaje?



¿Ahora?

Echando una mirada furtiva a su hermano, él todavía estaba teniendo la animada charla con el esposo de Leisha, Meena sacó su celular y echó una mirada el mensaje que acababan de enviarle.

Era de Lucien.

Quédate donde estás, él había escrito. Estoy yendo por ti.

En ese momento fué cuando, en la distancia, desde el este, hubo un sonido como una explosión extremadamente larga.

—Jesuscristo —Jon dijo, levantando la vista—. ¿Qué diablos fue eso?

—No lo sé —Meena dijo, mirando en la dirección desde donde el sonido había llegado—. Era muy fuerte para ser un auto.

—Parecía un edificio entero explotando —Jon dijo—. Oh, hombre. Mira eso.

Señaló un brillante resplandor naranja que había comenzado a llenar el cielo al este de donde el sol debería haber estado, si hubiera sido de mañana. Meena, mirando hacia allí, podía pensar en solo una cosa.

Lucien. Lucien estaba relacionado con ello.

Estaba tan segura como que estaba parada justo allí.

El sonido que había escuchado como fondo cuando había estado hablando con él. ¿Había sido gasolina?

No importaba.

Este vampiro había saltado a un completamente nuevo nivel.

—Definitivamente un edificio —Jon estaba diciendo—, alguna compañía de seguros debe estar delirando en estos momentos —Para Adam, quien todavía estaba al telefono, él dijo—: ¿Qué? Sí, perdón, no, algo en la tele. Sí. Meena y yo estamos en el departamento justo ahora —hizo una cara cómica en la dirección de Meena—, capaz



que ordenemos algo de comida china... ¿si queremos tomar? Huh, no, creo que nos lo tomaremos con calma esta noche, ¿no es así, Meen?

—Uh, si —Meena dijo, elevando su voz para que Leisha pudiera escucharla si es que estaba al teléfono con su esposo—. Sólo nos quedaremos en casa.

—Sí —Jon dijo—. Entonces, nos estamos viendo chicos... —De repente, su cara se volvió del color de las cenizas.

—Oh. ¿Lo estás? —Él preguntó al telefono.

Meena lo miró —¿Qué? —de repente, todos los conocimientos sobre ella y el bebé no nacido volvieron, inundándola con completa ferocidad—. ¿Qué está mal?

—Están al frente de tu casa —Jon le dijo, alejando el teléfono de su cara. Parecía que estuviera por enfermar—. Quieren saber si pueden subir.

Meena sintió de repente que el suelo tembló un poco bajo sus pies. Y no porque los vampiros estuvieran atacando de nuevo.

No, ella pensó. No Leisha y el bebé. No de esta forma.

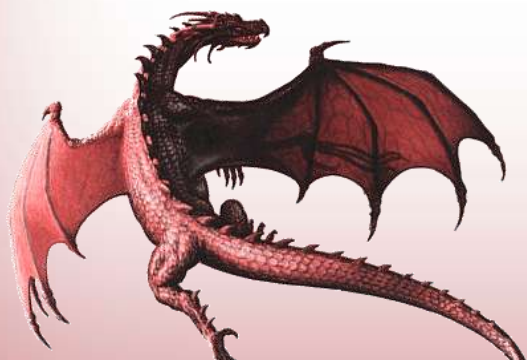
Excepto... por supuesto. Por supuesto iban a ser Leisha y el bebé.

Y por supuesto iba a suceder de esta forma.

Ella siempre lo había sabido.

Sólo que se había rehusado a verlo, porque había sido demasiado horrible de contemplar.

Hasta ahora, cuando lo estaba viendo justo delante de sus ojos.



CAPÍTULO 52

*Traducido por Sera
Corregido por Pia2006*

9:45 P.M. EST, sábado, Abril 17.

Santuario St. Clare

154 Sullivan Street

New York, New York

Ella se acercó y le arrebató el teléfono a Jon.

—Hola, ¿Adam? —dijo. Sus dedos se habían entumecido. No podía sentirlos.

No podía sentir nada.

Excepto miedo.

—Oh, hola, Meena, soy el inútil y desempleado marido de tu mejor amiga —dijo Adam con su acostumbrada auto-burla—. Leisha se cansó de que estuviera dando vueltas por la casa todo el día sin hacer nada, así que dijo que teníamos que ir a dar un paseo porque hacía una tarde tan bonita y terminamos en Central Park.

—Hola Adam —dijo Meena—. ¿Puedo hablar con...?

—Entonces cruzamos el parque, cenamos y acabamos en tu vecindario —dijo Adam—. Así que Leisha sugirió que paráramos y viéramos que estabas haciendo, ya que aparentemente no contestas ninguno de tus teléfonos...

—¿Meena? —la voz de Leisha, fuerte y vibrante, sonó en la oreja de Meena. Aparentemente le había quitado el teléfono a Adam—. Hey. ¿Qué pasa contigo? Te he dejado como, 5 mensajes. ¿Cómo fué el concierto? ¿Tan aburrido, eh, que no podías ni devolverme la llamada para decírmelo? De todos modos, ¿puedes llamar a Pradip para que podamos subir? Tengo que ir hacer pis como loca. Este niño ha debido tomar su residencia en mi vejiga. No me pongas esa excusa de que el sitio está sucio, porque en



este momento, no me importaría si ustedes chicos tienen cuerpos muertos apilados en el suelo. Es urgente, *tengo* que ir. Tu timbre debe estar roto o algo porque Pradip dice que no contestas, pero Jon acaba de decir que ustedes chicos estaban ahí...

—Leisha —Meena respiró hondo. Estó era una pesadilla. Ella estaba viviendo una pesadilla real—. Chicos se tienen que ir. Tienen que volver y alejarse de mi edificio. Por favor no hagan ninguna pregunta. Sólo vayanse.

—¿Qué? —Leisha estaba comprensiblemente desconcertada—. ¿De qué estás hablando? Deja de jugar, en serio tengo que hacer pis. Y no hay un Starbucks como, en dos manzanas. Y créeme, no voy a hacerlo.

—Leisha.

El corazón de Meena estaba golpeando en las paredes de su pecho. Jon, de pie enfrente de ella, estaba haciendo frenéticas señales con la mano para ella y susurrando. —Diles que estoy con fiebre. Diles que crees que tengo gripe y no quieres que Leisha la coja. No les digas la verdad, Meen. Ya sabes lo que Alaric dijo sobre decirle a la gente la verdad...

Pero a ella no le preocupaba preservar la conspiración Palatina de silencio sobre la existencia de los vampiros.

Todo por lo que se preocupaba era mantener a su mejor amiga y su bebé con vida.

—¿Recuerdas a Lucien Antonescu? —Le preguntó Meena a Leisha por el teléfono.

—Sí... —dijo Leisha—. ¿El señor Perfecto? ¿Qué pasa con él? Vamos Meena, hazlo rápido.

—No es tan perfecto —dijo Meena. Su voz estaba temblando. Todo en ella estaba temblando.

¿Era su imaginación, o estaban los sonidos del ataque en el edificio calmándose? ¿Dónde estaba Abraham Holtzman, gritando órdenes a los frailes? ¿Por qué no podía oír Meena a la Hermana Gertrude o al padre Beretta?



—Él es en realidad un vampiro —dijo Meena, ignorando a Jon, quién se dio una palmada en la frente con la palma de su mano—. De acuerdo, ¿Leisha? Él es el Príncipe de la Oscuridad. Y un montón de vampiros están vigilando mi apartamento ahora mismo para poder matarlo. Así que tú y Adam tienen que salir de ahí ahora mismo en caso de que alguno de ellos los vea y de alguna manera los conecten conmigo. ¿De acuerdo? Así que háganlo. Tan sólo vayanse.

Leisha no dijo nada durante un minuto.

Luego dijo, sonando más divertida que ofendida. —Meena, cariño, si no quieres que Adam y yo vengamos por un momento sin llamar primero, todo lo que tienes que hacer es decirlo. No tienes que intentar ninguna trama loca para *Insaciable* sobre nosotros como ésta...

—Oh dios mío, Leisha. ¡Ésta no es una trama para *Insaciable*! —estalló Meena. ¿Cómo podía estar pasándole esto? ¿Y por qué ahora, cuando realmente importaba?—. ¡Es real! ¿Recuerdas a Rob Pace, Leish? ¿Recuerdas cómo te dije que no te metieras en su coche? Esto es como eso. Si no quieres que tú y el bebé acabén como Angie Harwood, tienes que hacer lo que digo.

—Pero nunca dijiste nada. —Leisha sonaba aturdida—. Tú nunca...

—He sabido que algo iba a pasarle al bebé por un tiempo, Leish —continuó Meena—, pero no te lo dije porque no quería asustarte. Estaba mal por mi parte. Debería habértelo dicho. Soy una idiota. Es todo culpa mía. ¿De acuerdo? Tienes que creerme cuando te lo digo ahora. Algo malo va a pasarle al bebé. Tienes que salir de ahí.

Escuchó a su mejor amiga respirar en la otra parte del teléfono. Por unos pocos segundos, eso fue todo lo que Meena podía oír, excepto por Jon, jadeando fuertemente a su lado, y los ruidos del tráfico sobre Houston Street. Estaba todo en silencio alrededor del cementerio. El Dracul, parecía, se había rendido e ido a casa.

Toda la existencia de Meena, toda su concentración, estaba centrada en el suave sonido de la respiración de Leisha.



Entonces Leisha dijo. —¿Algo le va a pasar al bebé? —En la más diminuta voz que alguna vez había oído usar a su, normalmente fuerte, segura de sí misma y descarada, amiga.

—Si no sales de ahí —dijo Meena, con su corazón desgarrándose en el pecho—, sí.

Entonces, para su alivio absoluto, escuchó a Leisha decirle a su marido. —Vamos. Vámonos de aquí.

—¿Qué? —Escuchó Meena decir a Adam, sonando confuso—. ¿Qué está pasando?

—Nos vamos. Meena dice que tenemos que salir de aquí. Ve a parar un taxi —Leisha había olvidado aparentemente apagar el teléfono. Estaba mandándolo, el teléfono colgando en su mano mientras lo hacía—. No te quedes ahí. ¡Consíguenos un taxi! Hay uno, consíguelo. ¡Consíguelo!

—No lo entiendo —Meena oyó a Adam decir—. ¿Por qué no quieren que subamos?

—Tan sólo métete en el maldito taxi —Leisha estaba diciendo—. Te lo diré más tarde.

Meena estaba empezando a relajarse. Una especie de burbuja semi-histérica de risa incluso se levantó en su garganta. Jon, en pie enfrente de ella, articuló: *¿Qué está pasando?*

—Se están yendo —dijo Meena y él le dio una señal con el pulgar hacia arriba aliviadora.

Iba a estar bien. Leisha iba a estar bien. El bebé iba a estar bien. Todas esas locas premoniciones que había estado teniendo tanto tiempo... estaban equivocadas.

Había estado cerca. Demasiado cerca.

Pero todo iba a estar bien después de todo.

Gracias a dios.

—Oh, demonios —Meena oyó a Leisha maldecir—. ¿Quién es este tipo?



Meena se tensó de nuevo, apretando el teléfono a la oreja. —¿Qué? —preguntó Jon, dándose cuenta de su expresión.

Levantó una mano para silenciarlo y así poder oír. Una voz de hombre estaba hablando. Sonaba extrañamente familiar.

—Lo siento —dijo la voz—. ¿Pero era el apartamento 11B al que acaban de intentar de llamar?

—No —dijo Leisha precipitadamente—. Lo siento.

—Sí —dijo Adam—. En realidad, lo es. ¿Por qué lo preguntas?

—Meena Harper, ¿verdad? —la voz preguntó de forma amistosa.

Oh dios, Meena pensó en agonía. No. No, no, no, no... Esto no puede estar pasando. Salgan de ahí. Salgan de ahí, Leish...

—No —dijo Leisha rápidamente—. No la conocemos.

—Sí, lo hacemos —dijo Adam—. Leish, ¿qué pasa contigo? Meena es amiga nuestra. En realidad, la mejor amiga de mi esposa.

Meena se hundió en la azotea sembrada de grava, el suelo que de pronto se inclinó debajo de ella.

—Meena, ¿qué es eso? —preguntó Jon, apresurándose a arrodillarse a su lado—. ¿Qué está pasando?

Sin palabras... no podría haber hablado si quisiera; su lengua se había vuelto de plomo en su boca... dejó el teléfono móvil entre ellos y encendió el altavoz para que él también pudiera oír a sus amigos siendo asesinados.

—No, no lo es —estaba diciendo en voz alta Leisha—. No conozco a nadie llamada Meena Harper.

—Creo que sí —dijo el extraño. Tenía una voz singularmente dulce, tranquilizadora, casi... hipnótica. ¿Era eso lo que estaba haciendo para conseguir que Adam admitiera todas esas cosas? ¿Hipnotizarlo?—, creo que conoces a Meena Harper bastante bien.



—Sí —dijo Adam—. Por supuesto que la conocemos.

—Dios —exclamó Jon, mirando hacia abajo a Meena con una expresión aturdida en su cara—. ¿Quién es ese tipo? ¿Cómo está haciendo eso? Adam odia a todo el mundo. Cree que todo el mundo en el mundo entero es un potencial asesino en serie. ¡Adam! —gritó en el teléfono—. ¡Adam! ¡No le escuches!

Meena tan solo negó con la cabeza. Las lágrimas estaban derramándose por su cara. Ella murmuró, —Es inútil. No puede oírte. Ya está terminado.

—¿A qué te refieres? —dijo Jon. Parecía enfadado—. ¿Sabías... sabías sobre esto?

—Te lo dije —dijo ella, levantando la mano para enjuagarse sus lágrimas—. El bebé...

La cara de Jon palideció. —¿Esto es lo que viste que pasaba?

—No, por supuesto que no —Meena se cubrió la cara con sus manos—. ¿Cómo se supone que iba a saber que iba a tener que ver con vampiros?

—¿Quizás porque empezaste a acostarte con uno? —Jon gritó en el teléfono—. ¡Adam! ¡Adam!

Pero Adam no estaba escuchando.

—Oye... ¿no eres tu ese tipo? —Pudieron oírle decir en una innatural y entusiasta voz para Adam—. ¿El tipo de esa telenovela? Gregory Bane. ¡Eso es! Mira, Leish. Es Gregory Bane.

Una ola de náuseas rodó sobre Meena. *Gregory Bane.*

Por supuesto. Por supuesto Gregory Bane era un Dracul.

—Sí —la voz dulce dijo—. Soy Gregory Bane. Gracias por verla.

—¿Qué estás haciendo? —Oyeron a Leisha gritar—. No me toques. Quita tus manos de mí. ¡Aléjate de mí!

—Oye —dijo Adam. Sonaba aturdido—. Esa es mi esposa...



—¡Adam! —gritó Jon en el teléfono—. ¡Adam! ¡Ve por sus ojos! ¡Sus ojos, Adam!
—Giró su cabeza para mirar a Meena—. ¿Qué pasa con él?

—Pueden controlar la mente de las personas —dijo Meena, dejando caer de su cara las manos y cayendo de rodillas. Sus lágrimas hacían manchas de humedad en la tela vaquera de sus pantalones—. No es culpa de Adam.

Jon estaba rebuscando sus bolsillos.

—Voy a llamar a Alaric —dijo—. Tengo su número. Si todavía está ahí consiguiendo a Jack, quizás pueda parar esta...

—Es demasiado tarde —susurró Meena. Había empezado a mecerse a sí misma, apretando las rodillas contra su pecho—. Es demasiado tarde.

Hubo un sonido de forcejeo desde el teléfono móvil, zapatos sobre el suelo. Luego un sonido que atravesó el corazón de Meena:

Leisha gritó.

Luego un estrépito, como si el teléfono se hubiera caído al suelo.

Y luego... nada. Meena levantó el teléfono móvil y lo apretó contra la oreja, esforzándose para escuchar algo, algún sonido.

Pero sólo oyó el débil y familiar agitar del tráfico en Park Avenue.

—Hey —dijo Jon. Todavía estaba examinando sus bolsillos—. ¿Dónde está tu teléfono móvil?

Meena examinó en su propio bolsillo, manteniendo el teléfono de él pegado a la oreja, y le pasó su teléfono a su hermano.

—Debería haberlo sabido —dijo Jon rígidamente, presionando los números en su teclado de un trozo de papel que había pescado del bolsillo de sus vaqueros—. ¿A quién has estado llamando, eh? ¿A él?

—Cállate, Jon —dijo Meena, todavía presionando el teléfono a su oreja.



—Eso es simplemente genial —dijo Jon sarcásticamente—. Es exactamente lo que necesitamos ahora mismo, a tu novio apareciendo y...

Meena levantó una mano para acallararlo. Algo estaba pasando al otro lado del teléfono de Adam: un ruido raspado como...

El teléfono estaba siendo recogido.

Y luego pitidos, como si alguien estuviera pulsando números en el teclado.

—Au —gritó Meena, alejando el teléfono de su cara—. ¿Hola? ¿Hola? ¿Quién hay ahí?

Entonces la voz de Adam, todavía sonando aturdida, apareció. —¿Meena? —Parecía confuso—. ¿Eres tú? Justo estaba intentando llamarte.

Jon bajó el teléfono que estaba sujetando.

—Adam —gritó Meena—. Oh dios mío, Adam, ¿estás bien?

—Amigo —gritó Jon en el teléfono—. ¿Dónde está tu mujer? ¿Dónde está Leisha?

—Ellos... ellos se la han llevado —dijo Adam. Su voz parecía pequeña. Y no era, lo sabía Meena, porque estuviera en un teléfono móvil.

No estaba llorando. No todavía.

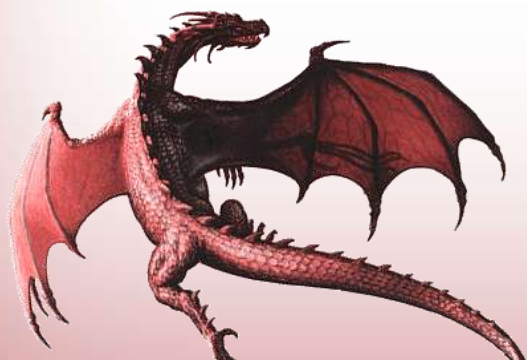
Pero lo haría. Y pronto. —Intenté detenerlos —dijo.

—Lo intenté, pero... ellos... me mordieron. Estoy sangrando —Adam parecía estupefacto por este hecho—. Hay sangre por todos sitios.

Meena y Jon intercambiaron miradas de pánico.

Llama a Alaric, le articuló a su hermano. Ahora. —Adam —dijo Meena en el teléfono de Jon—. ¿Dónde estás? ¿Estás todavía fuera de nuestro edificio?

—Sí —dijo Adam vagamente, como si estuviera sorprendido de descubrirlo.



—Bueno, métete dentro —dijo Meena. Intentaba sonar autoritaria, lo que no era fácil, ya que estaba temblando mucho. Pero quería que Adam hiciera lo que decía—. Ve a ver al portero, Pradip. Tiene un kit de primeros auxilios en el escritorio. Él llamará al 911 y te ayudará hasta que vengan los técnicos de emergencia. Ve a ver a Pradip, Adam.

—Pero tengo que encontrar a mi mujer —dijo Adam—. Se la llevaron.

—Sé que se la han llevado —dijo Meena, levantando su mano para tirar de su pelo en frustración—. ¿Sabes a donde se la llevaron, Adam?

—Me dijeron que te lo dijera —dijo Adam lentamente, hablando como un hombre bajo un hechizo o en un profundo shock—. Me dieron un mensaje para ti...

Meena miró a su hermano, quién estaba hablando rápidamente por su teléfono. Estaba aliviada de ver que evidentemente se las había arreglado para contactar a Alaric.

—¿Qué? —le preguntó a Adam desesperadamente—. ¿Cuál es el mensaje que te dieron para mí, Adam?

—Me dijeron que te dijera que si querías ver a Leisha de nuevo, tienes que ir a la iglesia —dijo Adam.

—¿Iglesia? —Meena negó con la cabeza, sin entender—. ¡Pero ya estoy en la iglesia!

—La de St. George —dijo Adam—. Dijeron que vayas a St. George. Ahí es donde la coronación va a ser.

—¿Coronación? —Meena se quedó mirando al teléfono móvil. Ahora estaba completamente confusa—. ¿Coronación de quién?

—El nuevo Príncipe de la Oscuridad.



CAPÍTULO 53

*Traducido por Evelin
Corregido por Pia2006*

*9:45 P.M. EST, sábado, Abril 17
910 Park Avenue, Apt. 11B
New York, New York*

Alaric miró la zona de desastre que alguna vez había sido el apartamento de Meena Harper.

El Dracul no sólo había sido minucioso, sino también categóricamente imaginativo en la destrucción. No había una pieza del mobiliario en el 11B que no hubiera sido destruida, cortada o de alguna otra manera desgarrada o arruinada. Los cojines del sofá habían sido cortados en tiras con cuchillos, el relleno se esparcía por el lugar con un pintoresco abandono. El marco del sofá expuesto había sido cortado en pedazos. Al igual que el sillón de Meena y el resto de los muebles tapizados.

La mesa del café estaba rota en pedazos, así como todas las lámparas y cada pedacito de la vajilla en la cocina. Las patas de la mesa del comedor habían sido embutidas en la pantalla del televisor. Todos los libros de Meena de las repisas empotradas en la sala estaban apilados en la bañera, en donde habían sido dejados en remojo con la ducha todavía en funcionamiento.

Eso tuvo que haber tenido un poco de inspiración por parte del Dracul. Él no podía dejar de preguntarse cuál de ellos había pensado en hacer eso. ¿Destruir los libros amados de una escritora?

Ese sólo podía haber sido Dimitri. El gesto mostraba todas las señales de la vieja escuela, un cruel Hunstyle.

La cama de Meena había obtenido un asalto particularmente salvaje, había sido atacada con lo que parecía haber sido una sierra de cadena. En la pared por encima de



ella, alguien había pintado con spray la palabra “puta” en negro. El símbolo del Dracul también había sido pintado con spray en las paredes de todo el apartamento, en donde los otros eufemismos para la palabra prostituta habían sido usados y que por lo general estaban mal escritos.

Alaric pasando a través de vidrios rotos y de la ropa destrozada del guardarropa de Meena, sacudió la cabeza. El Dracul ciertamente nunca tendría que preocuparse por equivocarse con el Rhodes Scholars.

No había ni la menor posibilidad, por supuesto, de que hubieran dejado algo vivo en este apartamento. Lo que significaba que el perro de Meena, estaba sin duda, muerto. Alaric ni siquiera sabía porqué se estaba molestando en buscar. Excepto que quería ver el cadáver por sí mismo. Sentía que verlo le daría muchas más razones para odiar al enemigo y para hacerles el tipo de cosas que había estado fantaseando con hacerles mientras entraba al apartamento.

Él estaba inspeccionando el contenido de los aparatos de Meena —no descartaba la posibilidad que el Dracul asara o alternatively congelara el perro hasta morir—, cuando él escucho una voz desde la puerta del 11B, la cual definitivamente se cernía detrás de él.

—Yuu-Huu —una mujer gritó—. Knock-knock. ¿Hay alguien ahí?

Alaric, que estaba por supuesto agarrando al Señor *Sticky* en su mano, cayó en una posición defensiva, listo para cortar la cabeza de la mujer vampiro que estaba parada en la entrada del apartamento de Meena, parpadeando hacia él. Ella, una rubia alta que vestía un fantástico atuendo que incluía un par de tacones de plataforma, con una especie de pantalones brillantes de gaucho y una blusa que parecía estar hecha de plumas.

Si sus ojos no lo engañaban, esa era Mary Lou Antonescu, una mujer de alta sociedad.

Y mientras ella parecía sorprendida al ver la espada, no estaba ni la mitad de asustada como él.

¿Cómo había llegado? Él no había oído una llave en la cerradura.



¿Era posible que ella al igual que el Príncipe, tuviera la habilidad de convertirse en niebla?

¿Había entrado por debajo de la puerta?

—Oh, ¡Hola! —ella gritó en una manera amistosa—. Tú debes ser el guardia Palatino que está tratando de atrapar al Príncipe. No vas a tumbarme la cabeza con esa cosa, ¿verdad?

Alaric la miró fijamente con horror. Si ella poseía la habilidad de convertirse en niebla, tenía que ser una vampiresa extremadamente poderosa.

Y sin embargo, parecía que acababa de llegar de un viaje de compras en un centro comercial.

—¿Por qué no debería hacerlo? —preguntó él.

—Porque este top es de Gucci y cuesta una fortuna —dijo ella—. Sería una lástima arruinarlo por hacerme pedazos. Además, estamos del lado de Meena. Vi las luces encendidas y me imagine que eras tú. Sé que le cortarías el cuello a Emil y luego preguntarías. No creí que serías tan rápido para matar a una mujer. ¿Estás aquí por el perro?

Alaric apenas podía creer que estaba en frente de la cocina de Meena Harper teniendo una conversación con... bueno, con una vampiresa.

Una vampiresa que estaba bien vestida con ropa de diseñador, arrojando sus largas manos alrededor mientras hablaba como una estrella en un show nocturno, promoviendo su última producción de Hollywood.

¿Esto era algún tipo de truco?

Pero los vampiros no eran lo suficientemente inteligentes para detenerse en esos trucos. Ni siquiera el Dracul. Los trucos como lanzarse sobre él desde un conducto de aire secreto en el techo y desgarrar la mitad del rostro, sí. ¿Pero una conversación?

Esta era la primera vez.



—Sí —dijo él finalmente. Sin embargo, no bajo la espada—. Vine por el perro.

—Lo llevamos a nuestro lugar —dijo Mary Lou—. El está bien. Lucien nos pidió que viniéramos a recogerlo después de que oímos lo del pequeño altercado en *Shenanigans*. No estábamos seguros de que eras tú, así que era mejor prevenir que lamentar. Nos imaginamos que Meena tendría algunos... bueno, visitantes indeseados y Jack no podría estar a salvo aquí.

Ella miro alrededor del apartamento, sacudiendo la cabeza.

—Es una lástima —dijo ella, chasqueando la lengua—. Ella tenía un pequeño y dulce lugar. Y ellos lo destruyeron todo, ¿verdad? Los escuchamos haciendo eso, por supuesto. Pero no había nada que pudiéramos hacer. Quiero decir, si no queríamos ser los próximos. Íbamos a dejar la ciudad para alejarnos de ellos, y de ti, por supuesto; pero entonces decidimos esperar. Supongo que podríamos haber dejado al perro en una perrera, pero eso de alguna manera no parecía lo correcto.

Alaric, todavía con la espada en alto, entrecerró los ojos en ella. *¿Qué era esto?*

—Sé que está pasando aquí —dijo él—. Eres un súcubo, ¿verdad? Estás tratando de seducirme para luego sacarme el alma. Bueno, eso no funcionará. Me las he arreglado con los de tu especie antes. Y siempre gano.

Mary Lou, sorprendida, echó hacia atrás su rubia cabeza y rió. Era un sonido feliz en un lugar de sombrío.

—Un súcubo dijo ella—. Oh, cariño, esa es buena. Espera a que se lo cuente a Emil. ¡He sido confundida por muchas cosas en mi tiempo, pero nunca por una de esas! No, cariño, soy una vampiresa, al igual que el resto de ellos. Bueno, no como ellos. Estoy de tu lado, como ya dije.

—Sí, bueno, eso no es posible —dijo Alaric. Él avanzó hacia adelante con el Señor *Sticky* adherido a su garganta. Ella a su vez, retrocedió hasta que su columna vertebral estuvo contra la puerta principal—. Los humanos y los vampiros no se mezclan. Los vampiros matan a los humanos. Y mi trabajo es matarlos a ustedes. A todos. Sin importar lo hermosos que sean.



—Oh, cariño —dijo ella, pareciendo agradecida por el cumplido—. Gracias. Pero no todos los vampiros matan humanos. Yo no lo hago. Porque solía ser una. Pero deje de serlo. ¿Sabes por qué?

—No —gruñó Alaric—. Y no me importa.

—Amor —Ella levantó sus pestañas fuertemente maquilladas hacia él—. Me enamoré de un vampiro. Mi esposo, Emil. No estoy diciendo que él sea perfecto ni nada parecido. No lo es. Pero me ama. Me ama tanto que fue capaz de dejar de matar humanos sólo porque se lo pedí... y eso fue antes de que el Príncipe se convirtiera en Príncipe y emitiera su orden de que todos tenían que dejar de matarlos. Cuando Emil hizo eso por mí, supe que encontré el amor de mi vida. Y que yo era capaz de dejar todo lo que amaba, mi familia, el pastel de nueces, la luz del sol, la oportunidad de tener bebés, sólo por estar con él.

—Eso es demasiado malo —dijo Alaric rotundamente—. Si tú hubieras contactado con alguien de mi oficina, te hubiéramos ayudado. Es nuestro trabajo evitar que mujeres como tú caigan en las garras de demonios chupadores-de-almas como él. Pero ahora es demasiado tarde.

—Bueno —dijo Mary Lou, poniendo sus delicados dedos en la hoja de la espada para alejarla unos pocos centímetros de su cuello—, es algo bueno que no lo hice. Porque nunca he lamentado mi decisión. Emil es mi todo. Si tú crees que yo preferiría haber tenido bebés y pasteles en vez de esto, todo lo que puedo decir es que siento pena por ti. Porque no tienes idea de lo que es el amor.

Alaric consideró sus palabras cuidadosamente. *¿Conocía lo que era el amor?*

Su compañero, Martin, le había dicho que supo que había encontrado su verdadero amor —el hombre con el cual compartía la crianza de Simone—, cuando los dos descubrieron su mutua afición por los waffles belgas y por cierta banda de rock Alemana de los noventas. Alaric siempre había encontrado eso un poco... extraño.

Era cierto que Alaric no estaba familiarizado con la sensación de amar y de ser amado.

¿Qué había tenido en su vida para amar y ser amado?



No puedes extrañar lo que nunca has conocido, por eso Alaric nunca había estado particularmente preocupado por esto.

Hasta hace poco. Él se había dado cuenta de esto cuando Meena Harper insistió en seguirlo a través de la rectoría y luego trató de atarle esa ridícula bufanda alrededor de su muñeca.

Fue entonces que él se encontró con la verdad. No toda, por supuesto. Pero sí la parte de su idea de cómo ella debería venir y trabajar en la Palatina.

¿Qué había estado pensando? Casi revela algo que hasta el momento había estado tratando de reproducirse cerca de su pecho.

Él todavía tenía la bufanda atada alrededor de su muñeca, aunque no era particularmente cómodo. ¿Qué hombre llevaba una bufanda en la muñeca? ¿Qué había pensado ella al ponerla allí?

Pero le había dicho que era para la suerte. Y luego lo había besado.

Así que no se atrevió a quitársela.

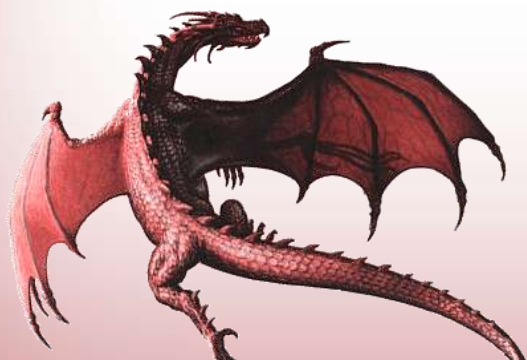
Él tenía una profunda sensación de que en realidad era un tonto, justo como Holtzman lo había acusado de ser.

Miró a la vampiresa. ¿Ella dijo que él no tenía idea de lo que era el amor?

—Lo que confundes por amor —concluyó él en voz alta—, es la liberación del neurotransmisor dopaminérgico en tu cerebro, estimulado por la hormona oxitocina mamífera.

—Creo que deberíamos acordar que no estamos de acuerdo —dijo Mary Lou Antonescu—. ¿Quieres el maldito perro o no?

Suspirando, Alaric retiró la espada y la guardó en su funda. —Quiero el perro —dijo él—. Si esto es un truco, te mataré a tí y a tú esposo. Y no lo haré rápido.



No era un truco. Ella tenía el perro encerrado en un baño de su apartamento, el cual era cinco veces del tamaño del de Meena y no había sido objeto de actos de vandalismo ni saqueado por el Dracul.

Alaric se encontró aprobando tanto el buen gusto como la costosa decoración y la timidez de su esposo, Emil Antonescu, quien parecía estar esperando a que Alaric lo golpeará en cualquier momento.

—Por el amor de Dios, Mary Lou —exclamó él cuando su esposa abrió la puerta para entrar—. ¿Dónde has estado? No te advertí que no dejaras al...

Fue entonces cuando él vio a Alaric y dejó caer la copa de brandy que había estado sosteniendo. La copa cayó con un estruendo contra el parquet, el vidrio y el brandy se esparcían por todos lados. Emil se puso tan pálido como... bueno, un vampiro.

—Es e-ese —El esposo tartamudeaba—, e...él...

—Oh, no te preocupes, cariño —dijo Mary Lou—. El Dracul parece haber desaparecido. Y este es el guardia Palatino, está aquí para recoger al perro de Meena. Prometió no lastimarnos. Bueno no lo prometió, exactamente. Pero estoy segura que no lo hará. Parece estar bien, para un guardia Palatino. Oh, mira el desastre que has hecho, Emil. ¿Quién esperas que limpie esto? Sabes que la empleada está en su día libre. ¿Quieres un trago? —está última pregunta estaba dirigida a Alaric—. Nunca supe tu nombre. ¿Cuál es?

Alaric estaba mirando una pintura de una chica joven muy bonita que habían colgado en su vestíbulo.

La firma en la parte inferior decía Renoir.

—Alaric Wulf —dijo él, estudiando la pintura—. Y no bebo. Sólo estoy aquí por el perro. Me gusta mucho esta pintura.

—¿No es linda? —dijo Mary Lou sobre la pintura—. Emil la recogió por una canción del artista cuando era sólo un desconocido. Emil tiene buen ojo. ¿Estás seguro que no quieres nada? ¿Ni siquiera una soda o algo parecido?



—Nada para mí —dijo Alaric, como si él fuera a aceptar un trago de un vampiro. ¿Qué pasaría si le ponen veneno?— Sólo el perro, gracias.

—Por supuesto. En seguida regreso.

Mary Lou se alejó, dejando a Alaric solo con el esposo, que estaba parado al otro lado del derrame de brandy en el piso de madera pulida, mirándolo fijamente con los ojos abiertos.

—Te mataría ahora mismo —le dijo Alaric casualmente a Emil Antonescu—, pero le prometí a Meena Harper que le llevaría su perro en el momento oportuno.

—Te mataría ahora mismo —dijo Emil Antonescu, el odio hacía que sus ojos destellaran de color rojo—, pero mi Príncipe me prohíbe hacerlo.

—¿Lo hizo ahora? —Alaric escucho esto con interés—. Me pregunto porqué.

Emil se encogió de hombros. —Tu gente —dijo Emil—, no ha hecho más que hostigar a mi pueblo por décadas, causándonos miseria y dolor.

—Bueno, creo que tú gente empezó —señaló Alaric—, por cenar la sangre de inocentes.

—Nosotros ya no tomamos hasta causar la muerte —dijo Emil—. Lo tenemos prohibido. Ahora cenamos sólo de donantes voluntarios o compramos la sangre en bancos de sangre. ¿Por qué no nos dejan en paz?

La mano en donde Alaric empuñaba la espada le picaba. Era increíblemente difícil para él estar parado tan cerca de un vampiro y no matarlo. —Además —dijo él—, no hay esos donantes voluntarios, sólo humanos que son demasiado débiles para hacer frente a sus monstruosos juegos mentales. Y tu gente son los únicos que continúan atacando a la mía.

—En defensa propia —siseó Emil—. Sólo en defensa propia.

Alaric dió un paso hacia él... y siguió paso a paso hasta que estuvieron parados sólo a unos pocos centímetros de distancia.



—No fue en defensa propia cuando un grupo del Dracul nos atacó a mi compañero y a mí en una bodega a las afueras de Berlín y casi lo matan —gruñó él, mirando fijamente al hombre el cual era más bajo.

—Es una pena que hubieran estado tan cerca —gruñó Emil de regreso, dándole un golpe de pecho.

Alaric desenfundó su espada. Salió haciendo ruido desde su vaina, la hoja brillaba por el resplandor de la lámpara en forma de araña colgando desde lo más alto del vestíbulo, en el techo arqueado.

—Aquí estamos —dijo Mary Lou. Regresaba arrastrando al muy reacio Jack Bauer detrás de ella con una correa. El perro se resistía en cada paso en el camino, gruñendo y luchando contra la correa, arrastrando sus garras en el pulido piso.

El hombre se apartó al instante, retrocediendo unos cuantos cuadros de parquet.

Sin embargo, cuando Jack Bauer vio a Alaric, paró de pelear y se limitó a ir hacia él entusiastamente. Alaric se agachó y levantó al perro, que parecía estar ileso y en perfecto estado de salud.

—Se ve bien —dijo él, sin poder evitar la sorpresa en su tono de voz.

—Claro que se ve bien —dijo Emil mirándolo fijamente—. No somos salvajes. No lastimaríamos a un perrito.

Alaric levantó una ceja en dirección al vampiro. Pero Mary Lou ya le había dado a su marido una pequeña palmadita en el pecho.

—Oh, ¡Emil! —exclamó ella—. Alaric, no le hagas caso. Él sólo tiene mal humor porque ustedes descubrieron donde vivimos y eso significa que nos tenemos que mudar nuevamente. Ya sabes, porque ahora van a tratar matarnos y todo. Es mi culpa, porque fuí la que envié esa...

—Mary Lou —Emil Antonescu echó un brazo alrededor de la delgada cintura de su esposa, luego la arrastró a su lado—. Por favor. Sólo deja de hablar. Por una vez.



Así fue cuando la mirada de Mary Lou cayó a la espada en la mano de Alaric. —Bueno —dijo ella, con su sonrisa desvaneciéndose—. ¿Qué pasó con ustedes dos mientras no estuve?

—Nada —dijo Emil—. Nada pasó. El Señor Wulf se iba. ¿Verdad, Señor Wulf?

Alaric sólo se quedó allí, sosteniendo el perro de Meena Harper que se retorció. Por primera vez en su carrera, él no tenía la certeza de lo que debía hacer.

Él había jurado matar todos los demonios, sin importar su forma.

Y algunas veces esas formas podían ser en efecto muy engañosas. Eso era lo que el lado oscuro hacía: trabajaba en reproducir trucos en las mentes humanas, para despertar la compasión y la simpatía para evitar que un hombre hiciera lo que había sido entrenado para hacer, clavar una estaca a través del corazón de cualquier criatura del mal que estuviera delante de él.

Pero por primera vez, Alaric no estaba seguro de que lo que estaba en frente de él en realidad fuera algo maligno.

Tal vez todo ese parloteo que Meena Harper había estado haciendo sobre la redención, la rehabilitación y como Lucien Antonescu no era como los otros vampiros, lo estaba convenciendo a él.

Pero en realidad él creía que esos dos vampiros eran sólo un par de perdedores, con un muy buen gusto en muebles para el hogar y el arte, que merecían pasar la eternidad juntos.

¿Podría realmente sentir *pena* por ellos?

Y la verdad era que... habían salvado a Jack Bauer de ser quemado en el microondas por el Dracul.

Y a Meena Harper le gustaban.

Buen Dios. ¿Qué estaba pasando con él?



—Si le dicen a alguien sobre esto —dijo él, señalándolos con el Señor *Sticky* en el cuello, causando que los dos se tambalearan unos cuantos pasos atrás—, los encontraré, donde quiera que estén y los forzaré a que uno estrangule al otro.

Mary Lou parecía intranquila. —Dios mío —dijo ella—. No le diremos a nadie.

Alaric se dio vuelta y salió corriendo del apartamento. No se molestó con el elevador. Tomó las escaleras, dos escalones al tiempo, bajando por todos los once pisos, dándole a Jack Bauer un buen trote en sus brazos. No fue hasta que llegó a la parte inferior que se detuvo a pensar en lo que había acabado de hacer:

Dejar a dos vampiros libres.

Iba a lamentar esto. Iba a causarle una obsesión.

Por otro lado...

Siempre podía cazarlos y matarlos después. ¿Qué tan difícil sería, considerando el obvio gusto de la mujer por la ropa de diseñador?

Él envaino su espada y puso a Jack Bauer en sus cuatro patas. Luego golpeó la puerta de salida y salió por el vestíbulo.

Su celular sonó. Él lo alcanzó y contestó.

—Alaric Wulf —dijo él.

—¿Alaric? —La voz ansiosa de Jon Harper estaba al otro lado de la línea—. ¿En dónde estás? ¿Todavía sigues en el edificio? Porque tenemos un problema. Un gran problema.



CAPÍTULO 54

*Traducido por Masi y Evelin**Corregido por Pia2006***10:15 P.M. EST, sábado, Abril 17****Tren 6****New York, New York**

El metro. Por supuesto que tenía que ser el metro.

Bueno, ¿cómo se suponía que tenía que llegar allí? Era sábado por la noche, y estaba en el centro. No había taxis. Y Meena tenía que llegar al Upper East Side lo más rápido posible.

¿Qué más se suponía que tenía que hacer, exactamente? Sentarse tranquilamente en una habitación sin ventanas en el convento, como ellos querían que hiciera, y dejar que la hermana Gertrude y, los hombres, fueran al Upper con Stefan Dominic y consiguieran la muerte, tratando de salvar a Leisha.

Sentarse tranquilamente en una habitación sin ventanas podría haber estado bien para Yalena, que estaba traumatizada física y emocionalmente. Pero eso no estaba bien para Meena, que era la razón de que todas estas personas, incluyendo a Leisha, estuvieran en tanto peligro en primer lugar.

Meena estaba sentada en el tren 6, tratando de no hacer contacto visual con cualquiera de las otras personas en su vagón. Lo último que necesitaba en este momento era involucrarse en los problemas de otra persona.

Tenía suficientes con los suyos.

El erudito Abraham Holtzman, estaba escuchándola y Jon frenéticamente estaba intentando explicar lo que había oído por teléfono después de que vinieran corriendo desde el techo para encontrarlo, había asentido gravemente y dijo. —Sí. Sí, por supuesto. Todo tiene sentido. St. George se encuentra en construcción, ¿dice?

412



Purple Rose

Jon había asentido. —Sí. Está cerrado al público mientras se renueva.

—Cuando yo estaba caminando la noche que lo conocí... —Meena se había interrumpido—. Bueno, cuando la colonia de murciélagos me atacó, pensé que una de las agujas²⁹ se estaba cayendo. Está en muy mal estado.

El padre Bernard, la hermana Gertrude, y Abraham Holtzman habían intercambiado sus miradas inquietas cuando habían oído esto.

—¿Qué? —Meena había gritado—. ¿Qué diferencia hace eso? —Había empezado a lamentar el decirles cualquier cosa. Tendría que haber simplemente corrido directamente desde la rectoría y hacia la estación de tren más cercana...

—Una iglesia que ha pasado demasiado tiempo sin usarse, o sin repararse, cae en el peligro de convertirse en desconsagrada. —Abraham había explicado poco a poco—. Perfecta para los ritos demoniacos.

—¿Ritos demoniacos? —Sólo las palabras habían causado que los pelos de la nuca de Meena se erizaran—. ¿Cómo... la coronación de un nuevo Príncipe de las Tinieblas?

Nadie le había respondido. Habían comenzado a correr, recogiendo las armas por lo que, obviamente, pensaba que iba a haber algún tipo de enfrentamiento apocalíptico en St. George con el Dracul, quienes había desaparecido misteriosamente de las afueras de St. Clare.

Ninguno de ellos, ni Abraham Holtzman, ni el Padre Bernard, ni la hermana Gertrude, ni los frailes ni las otras monjas... ni siquiera las novicias o su hermano, Jon, mostraron el más mínimo atisbo de miedo o incluso de vacilación. Estaban perfectamente preparados, por lo que Meena vio, para luchar.

Y tal vez para morir.

Pero lo que no sabían, y ella lo sabía, era que ellos iban a morir. Todos ellos.

Hasta el último de ellos. La verdad de lo que había en el almacén para ellos la había golpeado con una claridad perfecta, casi espectacular en los pocos momentos en que se

²⁹ Se refiere a los picos de la catedral St. George, recuerden que ésta tiene un diseño gótico.



quedó en el pasillo de la rectoría: Dimitri mantenía a su mejor amiga, su mejor amiga embarazada cautiva en la Catedral de St. George, y no iba a dejarla ir a menos que Meena se presentara para hacer el intercambio.

Su propia vida por la de su amiga.

Entonces cuando eso sucediera, habría un segundo intercambio: la vida de Meena por la de Lucien.

Después Dimitri Antonescu, el demonio medio hermano de Lucien Antonescu, hijo de Dracula, el Príncipe de la Oscuridad, se coronaría a sí mismo como el nuevo Príncipe en la desconsagrada Catedral... y un reinado de terror vampírico y muerte se extendería no sólo a lo largo de Manhattan, sino del mundo.

Mientras tanto, el hermano de Meena; Abraham; la hermana Gertrude... todas esas buenas personas que estaban a su alrededor iban a morir luchando para tratar de detener lo que Meena vio suceder en su mente. Ella visualizaba exactamente la misma muerte para ellos, de hecho, la había visto con Alaric Wulf cuando había mirado su futuro mientras estaba tratando de poner su pañuelo alrededor de su muñeca:

Oscuridad. Fuego. Montones y montones de llamas. Luego...

Nada. Sólo... *nada*.

Era lo que Meena le había tratado de explicar a Lucien la noche que había pasado con él.

Como estar muerto nunca era un final feliz. Porque cuando Meena miraba los futuros de las personas que iban a morir, todo lo que vio fue un vasto hoyo de la nada, extendiéndose ante ella como una enorme grieta. Se puso en sus pies con la punta de los zapatos asomándose en el borde de esa grieta, era tan profunda que ni siquiera podía ver el fondo.

Ella esperaba que hubiera algún tipo de vida más allá del hoyo de la nada. Tal vez sería mejor que la hubiera, aunque ella no podía verla.



Porque era la nada lo que conducía a Meena a alertar a las personas para que tuvieran cuidado, aunque a menudo no escuchaban. Era la nada lo que vio en los futuros de sus amigos esa noche. Sus vidas se disparaban directamente hacia allá.

Razón por la cual, estando parada en la rectoría, reaccionó. Agarró un lapicero y una hoja de papel y dejó una nota rápida; recogió el suficiente efectivo para la tarifa del tren de la jarra que estaba por la puerta, ya que Alaric había tomado hace mucho tiempo su cartera, y se fue, asegurándose de que la nota fuera fácilmente descubierta.

Ella sabía que se molestarían. De hecho, las órdenes explícitas de Alaric Wulf, cuando Jon lo había localizado por teléfono, habían sido exactamente opuestas a lo que ella estaba haciendo: Mantener a Meena tan lejos como fuera posible de la Catedral St.George.

Oh, y él también había dicho que su perro estaba bien y que Alaric lo estaba dejando bajo el cuidado de Pradip, el portero, por el momento.

Al parecer, la ida de Meena a St.George sólo iba a apresurar, no a ponerle fin, al comienzo del apocalipsis demoniaco.

Pero nada de eso cambiaba el hecho de que Meena estaba consciente de que era la única que había causado esto. Y que ella había visto lo que había visto, y sabía lo que sabía. Lo cual era mucho más de lo que Alaric Wulf, con toda su experiencia, o Abraham Holtzman, con su *Guía De Recursos Humanos de la Guardia Palatina*, sabían.

Ella era la única que había visto el futuro, lleno de fuego, oscuridad y finalmente, una muerte lenta y dolorosa para todos ellos.

Luego, la nada.

No. No hoy.

Porque si ella sabía algo, era que esa no era la única versión del futuro.

El futuro podía cambiar. Ella podía cambiarlo. Ella lo había hecho antes, muchas veces. Había detenido a la gente que iba a toda velocidad hacia ese precipicio más de lo que podía contar.



Ella lo iba hacer esta noche de nuevo.

Y nadie, ni Alaric, ni Lucien, ni siquiera una manada de vampiros enloquecidos iba a detenerla.

El tren subterráneo rugió en la Estación de la Calle Setenta y siete. La estación de Meena.

Ella se levantó de su asiento... luego se detuvo antes de salir a través de las puertas corredizas cuando estas se abrieron.

Había una pareja que había estado besándose en el asiento en frente del suyo. Ellos se habían levantado en el mismo momento en que ella lo había hecho. Los miró fijamente...

Y vio, en el ojo de su mente a los dos recibiendo un golpe en la cabeza y cayendo muertos por una gigante pieza de andamiaje colgante de color azul.

Parecían sospechosamente igual al andamiaje azul que rodeaba St. George.

La pareja tenían sus brazos uno alrededor del otro, todavía besuqueándose mientras comenzaban a bajarse del tren. Meena, parándose en la puerta abierta del vagón, levantó sus dos manos como garras, abrió su boca y les rechifló.

—¡Atrás! —gritó ella—. ¡No se bajen en esta parada!

—¡Mierda! —gritó el chico, tambaleándose hacia atrás.

La chica parecía estar desgarrada entre el miedo y la vergüenza. Ella soltó una risita nerviosa. —Oye —le dijo a su novio—. ¿Qué pasa con ella?

—¡Soy un vampiro! —gritó Meena, dando un paso fuera del tren, pero todavía seguía en la puerta haciendo movimientos amenazadores con sus manos—. ¡Un vampiro! ¿Quédense en el tren!

—Manténgase alejado, las puertas se están cerrando —La voz anunció.

Las puertas del tren se cerraron, atrapando a la pareja a salvo en su interior. Meena inmediatamente bajó las manos, volvió a su posición normal, se dio vuelta y comenzó



a caminar. Vio al chico haciéndole un gesto obsceno mientras el vagón del metro pasaba junto a ella para salir de la estación.

Ella lo despidió con la mano.

Meena se apresuró a través de la estación —la cual estaba vacía para ser un sábado en la noche—, inhalando el familiar olor a orina rancia, luego corrió por las escaleras hacia la calle Setenta y siete.

No tomaría mucho tiempo ahora. ¿Qué haría cuando llegue allá? No lo sabía, exactamente. Ella todavía tenía la estaca que Alaric le había dado en su bolsillo trasero. Tal vez estacaría a alguien. Como Dimitri.

Ella le había arrebatado el celular a Jon después que él llamó a Alaric. Le había enviado un mensaje de texto a Lucien sobre lo que había ocurrido con Leisha.

Con suerte él ya estaría en St. George cuando ella llegara y todo sería resuelto. Ella entraría y encontraría a Leisha libre y perfectamente bien, Dimitri y el resto del Dracul destruidos con estacas en sus corazones. Lucien la tomaría tiernamente en sus brazos y volarían a Tailandia para comenzar una vida nueva juntos como marido y mujer... después de recoger a Jack Bauer de Pradip, por supuesto. Jon podría ser el padrino de su boda.

Sí, pensó Meena cínicamente mientras se aproximaba a la iglesia, con sus agujas iluminadas con proyectores contra el manchado cielo. Eso no iba a suceder.

La iglesia parecía abandonada... muerta. El andamiaje azul que la rodeaba estaba imperturbable, cubierto de alambres de púas en la parte superior, encadenado con candados.

Nadie, ni humano ni vampiro, estaba alrededor que Meena pudiera ver.

¿Todo esto sólo había sido una broma de un vampiro enfermizo? ¿La habían hecho venir para nada?

Y si era así... ¿Dónde estaba Leisha? ¿Cómo Meena iba a encontrarla?



Frustrada, Meena se detuvo en la parte inferior de las escaleras en frente de la iglesia, exactamente en dónde Lucien la había abordado hace unas cuantas noches atrás y salvado su vida de lo que ahora sabía que había sido un ataque realizado por el Dracul. Si sólo pudiera devolver el tiempo y...

Y ¿Qué? ¿Qué habría hecho diferente?

Nada en absoluto. Ella se habría enamorado de él una y otra vez en ese mismo momento.

¿Quién no lo hubiera hecho? Él era todo lo que...

—¡Meena!

Sorprendida, Meena se dio vuelta. Una voz familiar la llamaba por su nombre.

Se dio vuelta nuevamente, al principio no vio a nadie. Luego, finalmente localizó a un hombre sentado en el porche de una casa de piedra al otro lado de la calle. Ella lo reconoció a la luz de las farolas.

—¿Adam? —exclamó ella—. ¿Qué estás haciendo allí?

Sin embargo, cuando Meena se apresuraba a cruzar la calle a su lado, pronto vio la respuesta a su pregunta.

Adam, con un blanco vendaje alrededor de su garganta, había sido esposado a la barandilla de metal a lo largo de las escaleras de la edificación.

—¡Ese monstruo me encadenó aquí! —gritó Adam, sacudiendo los puños en un esfuerzo por liberarse.

—Me dijo que me quedara con Pradip, después me arreglaron, pero yo lo seguí. Así que me puso estas esposas para que no pudiera entrar a la iglesia después de él. Dijo que iba a ser demasiado peligroso. ¿Qué se supone que haga ahora, Meena? ¡Ellos tienen a mi esposa allí dentro! Y yo estoy atrapado aquí afuera. Tienes que ayudarme a liberarme, Meena. ¿Tienes una horquilla o algo parecido? Puedes abrir cerraduras, ¿verdad?



Meena miró a Adam. Era un desastre. Su pechera estaba cubierta con lo que parecía ser su propia sangre de la herida de la mordida que le habían hecho en su cuello.

Pero no parecía estar conmocionado por eso. Sus pupilas se veían de tamaño normal.

Y su ira era típica de Adam.

—¿Quién te dejó aquí, Adam? —preguntó Meena. Ella en realidad tenía una muy buena idea. Pero quería estar segura—. ¿De quiénes son esas esposas?

—De ese desquiciado asesino de vampiros amigo de ustedes —gritó Adam—. Ese es. Él tipo que tú y Jon enviaron supuestamente para ayudarme. ¡Qué gran ayuda fue! He estado aquí sentado afuera haciendo nada mientras mi esposa Leisha, probablemente está siendo devorada viva...

—Leisha está bien —dijo Meena reconfortantemente, poniéndole una mano tranquilizadora en su hombro—. Te lo prometo. Sabría si algo le ha ocurrido a ella. —Meena esperaba que eso fuera cierto—. ¿Dijiste que Alaric ya está dentro de la iglesia?

—Sí, está dentro de la iglesia. Te lo dije. ¡Él me dejó aquí afuera mientras entraba con esa gran espada suya! Incluso le tiene un nombre. «Señor Stincky» o algo parecido. Meena, tienes que abrir estas esposas. Necesito entrar allí y ayudar a mi mujer. ¿Quién sabe que le estarán haciendo?

—Deberías estar en el hospital —murmuró Meena, distraídamente dándole palmaditas en el hombro.

—Que se joda el hospital —dijo Adam—. ¡Necesito encontrar a mi esposa! En primer lugar, es mi culpa que ella esté allí.

—No —dijo Meena firmemente—. Es mi culpa.

Ella se alejó de él, partiendo de nuevo al otro lado de la calle, hacia la iglesia. Si Alaric estaba adentro, ella también podía hacerlo.

—Oye —gritó Adam detrás de ella, indignado. —¿Qué estás haciendo? ¡No puedes dejarme aquí, también, Meena!



—Vas a estar bien aquí afuera, Adam —dijo ella por encima del hombro—. Créeme. Estás mejor afuera de lo que lo estarías conmigo.

—¡Esto es una mierda! —gritó Adam fuertemente—. ¡Mierda! ¡Vuelve aquí, Meena! ¡Date la vuelta y regresa aquí, ahora!

Pero en vez de dar la vuelta, Meena asecho el andamiaje que rodeaba la iglesia.

Tenía que haber una forma de entrar, se dijo así misma. Si Alaric había encontrado el camino, ella también podría hacerlo.

Tentativamente, tendió una mano en la fría madera de color azul.

Poco antes de que lo hubiera hecho el andamiaje se desplomó en pedazos.



CAPÍTULO 55

*Traducido por andre27xl**Corregido por Pia2006**10:30 P.M. EST, sábado, Abril 17**Catedral St. George**180 Este, Calle Setenta y Ocho**New York, New York*

La fuerza de la explosión envió a Meena completamente hacia la acera dónde por primera vez había estado con Lucien. También envió alambres de púas y pedazos de madera contraenchapada volando. Meena arrojó sus brazos arriba para proteger sus ojos. A su alrededor, alarmas de autos se encendieron.

Luego, de un momento a otro, estaban en silencio.

Cuando bajó sus brazos y abrió los ojos, fue justo a tiempo para ver una gran cantidad de madera pintada de azul aterrizar exactamente donde la joven pareja del metro hubiera estado... si ella no los hubiera asustado de bajarse del tren.

En cambio, la madera aterrizó sin causar daño en la acera con un ruido sólido.

—¿Qué demonios fue eso? —Escuchó a Adam preguntar desde el otro lado de la calle.

Levantándose dolorosamente con sus rasguñadas manos y rodillas, Meena se encontró mirando las puertas de la iglesia, la cual ahora había sido abierta. Un hombre alto que no se veía diferente a Lucien, excepto que era un poco más pequeño y corpulento y usaba un traje gris claro con una camisa y corbata negras —lo cual Meena no se imaginaba a Lucien haciendo—, salió a través de la nube de polvo dejada atrás por la explosión, miró hacia ella, con una expresión encantada en su rostro.

—¿Meena Harper, presumo? —dijo. A diferencia de su hermano, no había rastro de nada europeo en su acento.



Meena asintió. —Esa soy yo —dijo, tosiendo un poco por todo el polvo—. ¿Eres Dimitri?

—Lo soy —dijo. Le ofreció su mano para ayudarla. Meena, con su corazón martillando, la aceptó, porque ¿qué más podía hacer? Había venido por una razón, y era para liberar a su amiga y terminar con esto.

El tiempo había llegado de hacer ambos.

—Me disculpo por eso —dijo excusándose—. Oh, mira tu pobre abrigo. Aquí, déjame ayudarte. —Cepilló el polvo y astillas de madera contraenchapada de la parte delantera de su chaqueta—. Sabes, no eres nada a como lo esperaba.

—Me lo dicen a menudo —preguntó, todavía tosiendo—. ¿Muy pequeña?

—Más joven —dijo él. La mirada sobre el rostro de ella era tan intensa como la de su hermano haya sido alguna vez. Pero a diferencia de Lucien, los ojos marrón de Dimitri no estaban tristes. No, no tenían esa clase de profundidad. Eran tan superficiales como las tramas de *Insaciable*—. ¡Pero linda! —añadió galante—. Bueno, esperaba eso, para ser honesto. Mi hermano nunca pudo resistirse a una cara bonita.

—*Gracias* —dijo Meena sarcásticamente mientras elegía su camino a través de los escombros.

Notó que no estaban solos. Brillando, miradas rojizas los observaban desde las sombras... miradas pertenecientes —ella sabía—, a los Dracul, los fieles seguidores de Dimitri.

Captó vislumbres de ellos, esperando ver a los hombres delgados, con chaquetas de cuero que se parecían todos a Gregorio Bane y niñas parecidas a Mackenzie Taylor, de baja altura, jeans y camisetas sin mangas.

Y ella sí vio a Gregorio Bane, mirándola de reojo al lado de Dimitri.

Pero la mayoría de las criaturas que la estaban viendo se veían como gente ordinaria, sin ser diferentes a cualquiera que pudiera ver tomando el metro o esperando en la cola de café para llevar de *Abdullah* en la mañana, ni particularmente flacos o gordos, jóvenes o viejos, a la moda o no.



Y quizás eso, pensó Meena —su corazón latiendo más fuerte que nunca—, era lo que la asustaba más que cualquier otra cosa.

La única cosa que sí tenían en común era que todos se veían... hambrientos.

Pero hambrientos, ¿de qué, exactamente?

Dimitri la estaba guiando a la iglesia. Meena nunca había estado dentro de San George antes. Sabía que era lo suficientemente grande y siempre había escuchado que era bonita. Había visto desde afuera que tenía bastantes vitrales. El mayor de ellos colgaba por encima del frente de las puertas de la iglesia y se suponía que representaba a San George montado en su corcel de asesinato, un dragón como una serpiente.

Pero ella no habría podido decir si el vidrio estaba decorado porque necesitaba una buena limpieza. Sólo se veía negro. Sin embargo, con mucho trabajo, alguna luz entraba a la iglesia, aún de las seguras lámparas unidas a las agujas del techo. La única luz para ver era lanzada por cientos de velas que habían sido encendidas por los Dracul... y estas no eran velas de fe, tampoco.

Eran velas espesamente negras que habían sido puestas, con la cera chorreando, sobre cada una de las superficies planas disponibles en la iglesia, incluyendo los bancos, los cuales se veían como si hubieran sido pateados.

A las paredes de la iglesia no les había ido mejor. Se habían encontrado con el fin equivocado de unas pocas docenas de latas de pintura en aerosol. Había símbolos de dragones esparcidos en todos lados, incluyendo a través de las ventanas de vitrales. Meena, mirando el techo de treinta pies de altura, vio que el desván del coro había sido igualmente diezmado y también estaba sembrado con graffiti.

—Wow —dijo ella—. Han hecho maravillas con el lugar. ¿Quién es su decorador?

Escuchó una risa aguda y luego una muy-familiar voz de mujer que detrás de ella dijo.
—Yo. Yo lo soy.

Meena se dio la vuelta, su corazón explotando en su pecho.

—Hey —dijo Shoshona con una gran y buena sonrisa—. ¡Sorpresa!



Meena se sintió como si hubiera sido aplastada por una apisonadora.

Y de nuevo, pensó, ¿por qué estaba tan sorprendida? Siempre había sabido que algo iba a matar a Shoshona en el gimnasio.

¿Por qué no podría haber sido un vampiro? Específicamente, el hijo de Dimitri Antonescu —Stefan—, quien sólo esta mañana había embestido una pistola en las costillas de Meena.

Aún así, Meena no podía evitarse a sí misma el mirar. Shoshona se veía fantástica. Su cabello nunca había estado tan brillante... o liso.

Supongo que no necesitas una plancha cuando estás muerta, pensó Meena.

—Sí —dijo Shoshona, paseando hasta ella—. Soy yo. Hey... gracias por la cartera.

Meena bajó la vista y vio que Shoshona estaba sosteniendo un bolso de Marc Jacob incrustado de joyas en forma de dragón.

En color rubí.

424

La cartera de Meena incrustada de rubíes rojos en forma de dragón, para ser exactos. La que le había dado Lucien.

Meena no sabía qué decir. Un millar de réplicas aparecieron en su cabeza. Pero estaba demasiado aturdida como para decirlas en voz alta.

—Por cierto —dijo Shoshona, inclinándose cerca para apoyar una larga, arreglada con manicura, en la apertura de la camisa escotada blanca de Meena, justo donde su pulso estaba saltando en su garganta—. ¿Adivina quién fue justo citada para ser la nueva jefa de entretenimiento en una Red de Difusión Afiliada?

Shoshona apuntó sobre su hombro a una pareja de mediana edad en trajes de negocios, quienes saludaron entusiastamente en la dirección de Meena.

La tía y tío de Shoshona.

El corazón de Meena se hundió. No Fran y Stan, también.



Todos los que Meena conocía resultaban ser vampiros.

¿Pero jefes de entretenimiento en la ABN? ¿Cómo era posible? Todo lo que alguna vez habían hecho era una novela.

—Oh —dijo Shoshona, lanzando su negro, largo y liso cabello—. ¿Y adivina a quién hicieron presidente de programación en la cadena? —Apuntó orgullosa hacia sí misma—. Y como mi primer deber oficial en capacidad, te estoy despidiendo, Meena. Lo siento por ello.

—¿Qué?! —gritó Meena. Ella sabía que tenía un par de cosas más por las cuales preocuparse en su vida que su trabajo.

Pero su trabajo era, de una forma, su vida.

—¿Qué puedo decir? —preguntó Shoshona con un encogimiento de hombros—. Nosotros realmente no apreciamos a la gente que tiene prejuicios en contra de nuestras especies. Tampoco necesitamos comentarios despectivos acerca de nuestras llamadas tendencias misóginas.

—¿Tú especie? —Meena sintió un chorro de dardos de ira al rojo vivo correr a través de ella—. ¿Tú especie? Déjame decirte algo acerca de tú especie y lo que he visto que le han hecho a mujeres...

—Es suficiente, Shoshona —dijo Dimitri en un tono de desaprobación de padre mientras la alcanzaba para tender una mano en el hombro de Meena y dirigirla lejos de la otra chica—. Tengo mejores usos para el tiempo de la Señorita Harper ahora, pienso yo. En primer lugar...

Fue entonces cuando Meena finalmente vio el ábside en la parte delantera de la iglesia. El santuario, enbellorado con graffiti. El altar, arriba en el estrado, roto en pedazos. Una estatua de San George, empujada al suelo y sin cabeza.

Y Leisha, sentada en el único banco que había sido dejado levantado, con sus manos atadas frente a ella y descansando en su regazo.



—Leish —gritó Meena, el alivio corriendo a través de ella. Sacudió su hombro de debajo del agarre de Dimitri y corrió al lado de su amiga—. ¿Estás bien? —preguntó Meena, arrodillándose a su lado—. ¿Te hirieron?

Leisha negó con la cabeza. Sus mejillas estaban llenas de lágrimas, su maquillaje corrido. Pero aparte de eso, se veía bien.

—Sólo quiero —le susurró a Meena—, salir de aquí. Odio a esta gente. Son raros. Esa chica, Shoshona, ¿de tu oficina? Siempre me dijiste que era una perra total, pero nunca supe que tan perra hasta esta noche. Y todavía necesito realmente orinar.

Meena reprimió un sollozo. *Leisha. Oh, Leisha.*

—De acuerdo —dijo Meena. Alcanzó las cuerdas que amarraban la cintura de Leisha y comenzó a desatarlas—. Te sacaremos de aquí.

—¿Qué son ellos? —preguntó Leisha, viendo a Dimitri sospechosamente sobre la cabeza de Meena—. ¿Drogadictos o algo? Sabes que el tipo de *Lust*, Gregory Bane mordió a Adam, ¿no? Él lo mordió.

Leisha, con su usual sentido común, aparentemente había ignorado la explicación que Meena le había dado por teléfono acerca de qué estaba pasando y salió con la suya propia, una que podía procesar y entender.

—Sí —dijo Meena—. Sí, son drogadictos. —Dejó caer su cabeza hacia el nudo que mantenía las manos de su amiga atadas juntas, tratando de morderlo y romperlo con sus dientes. No lo podía hacer de otra manera.

—Hey —dijo finalmente, levantando su cabeza, dándose cuenta de la inutilidad de lo que estaba haciendo—. ¿Alguien me podría dar una mano y ayudarme a desatarla? Llené mi parte del trato. Estoy aquí. Dijeron que la dejarían ir si me presentaba. Así que ¿me podría ayudar alguien?

Ella miró a Dimitri, sólo para encontrarlo sonriéndole con una expresión en su rostro que no le gustó para nada.

—Oh —dijo él—, puedo ver porqué le gustas a mi hermano. Eres tan... confiable.



En la palabra “confiable”, se agachó, la agarró por el brazo, y la levantó de vuelta sobre sus pies, casi en un sólo movimiento. El gesto era tan violento y discorde, que Meena vio estrellas por uno o dos segundos.

—Pero pienso que vamos a mantener a tu pequeña amiga aquí un poco más —le dijo a ella—. Porque tenerla alrededor te hará más conforme a mis necesidades. Y todavía necesito un par de cosas de ti, en algunas de las cuales me gustaría apresurarme y hacerlas antes que mi hermano llegue y trate de arruinar las cosas, lo que siempre ha tenido la infortunada tendencia a hacer.

Dimitri la arrastró, no muy gentil, hasta el santuario y arriba hacia el estrado, al lado del altar. A Meena no le gustó la manera en que los Dracul, incluyendo a Shoshona y su tía y tío, se habían reunido alrededor, como ansiosos por un show que estaba a punto de comenzar.

No es que le gustara lo que de repente reconoció sentado en la parte más alta del altar.

Era un cuenco del apartamento de Meena. La gran antigüedad de estaño que su tía abuela Guillermina le había dejado y que Meena nunca usaba porque estaba preocupada por envenenamiento por plomo.

Primero la cartera que le había dado Lucien. Luego su trabajo. Ahora el cuenco de su tía abuela. ¿Qué más los Dracul le iban a quitar?

—Entiendo que posees el poder de predecir el futuro, Meena Harper —dijo Dimitri con su profunda voz.

De repente, Meena tuvo un muy mal presentimiento acerca de lo que iba a suceder.

Especialmente por la manera en que los Dracul estaban viendo los hoyos que Lucien había puesto en su cuello —los cuales eran obvios para todo el mundo porque Meena le había dado a Alaric la bufanda que había estado usando para cubrirlos—, y luego mirando expectantes hacia el cuenco grande y coloreado de plateado. La mirada hambrienta en sus ojos parecía incrementarse en céntuplos.

Dimitri estaba en lo correcto en una cosa: Meena siempre había sido buena en predecir el futuro. El futuro de otras personas.



Nunca el suyo.

Hasta ahora.

Meena miró a Dimitri. La estaba observando con sus planos ojos marrones, en los cuales vio más de una pista de rojo sangre.

Luego miró al enorme símbolo de dragón que alguien había pintado con aerosoles tras el altar.

Desde que te dejé esta mañana —le había dicho Lucien anoche en su habitación— he tenido la extraña sensación de que sé cómo casi todos los humanos con los que he tenido contacto van a... van a morir... Nunca, nunca he experimentado algo así. No hasta... bueno, cuando estuve contigo.

Ahora, Meena sabía exactamente para qué era el cuenco... y porque Dimitri había sido tan atento en que viniera a St. George. No era sólo porque quería atraer a su hermano hasta allí, para atraparlo y matarlo.

Aunque eso ciertamente sería un bono adicional.

No, Dimitri la quería para algo más.

Quería su sangre, para una pequeña fiesta de precoronación de predicción del futuro.

Meena voló una mano hacia su boca para evitar dejar salir un grito casi-histérico.

Y luego —antes de que tuviera la oportunidad de pensar dos veces lo que estaba haciendo—, buscó en su bolsillo trasero la estaca de Alaric con una mano, luego usó su otra mano para estabilizarse en el altar mientras lanzó su pie derecho, tan fuerte como pudo, en la cara de Dimitri.

Muy mal que sólo estuviera usando deportivos y no botas de plataforma. Aún así, parece que se manejó para atraparlo con la guardia baja, ya que se inclinó hasta su cintura mientras lloraba de dolor, agarrando su cara.

Hubo un jadeo colectivo de los Dracul.

¡Sí! ¡Lo había hecho! ¡Había atrapado a un vampiro con la guardia baja!



Se acercó a él con la estaca mientras tenía la ventaja, determinada a clavársela en su corazón y terminar con esto —todo esto—, de una vez por todas, para siempre. Salvase a sí misma, su hermano y sus amigos.

Esto era por Yalena, por Leisha, por lo que le habían hecho a su apartamento y por lo que sea que intentaron hacerle a Cheryl y Taylor y a todos los demás en *Insaciable*...

Excepto que Dimitri, aún inclinado de dolor, disparó una mano a la velocidad de la luz y agarró su muñeca —la mano sosteniendo la estaca— en un agarre que parecía de hierro.

Y luego comenzó a apretar su muñeca tan fuerte que Meena —tan fuerte como intentó mantenerse—, eventualmente tuvo que dejarse ir. La estaca de Alaric cayó con un estruendo en el suelo de mármol del altar y rodó lejos, hasta que estuvo fuera de vista.

Pero aún así, no dejó de apretarla —aún cuando Meena gritó de dolor—, colapsando hasta sus rodillas en frente de él, los Dracul, el altar y todo el mundo, convencida de que iba a romper hasta el último de los huesos de su muñeca...

—¿Piensas que porque puedes ver la muerte antes de que suceda puedes ser más lista que yo, Meena Harper? —le preguntó, mirándola con ojos que brillaban de rojo como barbacoas en carbón caliente.

Sus dientes se habían vuelto colmillos puntiagudos, y de repente estaban muy cerca de la garganta de Meena para su comodidad. —¿O los rumores son ciertos y puedes oír los pensamientos de los muertos, también? ¿Así fue como te manejaste para capturar a mi hermano?

¿Leer los pensamientos de los muertos? No era de extrañar que estuvieran tan desesperados por su sangre.

—No —dijo con un jadeo—. No puedo leer los pensamientos de nadie, vivos o muertos. Sólo puedo decir cómo va a morir la gente.

Dimitri sonrió, con sus colmillos reluciendo amenazadoramente a la luz de las velas. —Oh, querida mía —dijo—. Creo que te he sobreestimado. Porque si eso fuera verdad, ¿por qué demonios habrías venido aquí esta noche?



Sus ojos se llenaron con lágrimas del dolor que le estaba infringiendo en su muñeca y por el hecho de que esos colmillos se estaban acercando cada vez más a su garganta.

Este es el momento, pensó Meena, cerrando sus ojos. *Finalmente es mi turno para descubrir si hay algo más allá de esa nada...*

Ahí fue cuando escuchó a alguien gritar el nombre de Dimitri en advertencia. Y abrió sus ojos para ver algo enorme, pesado y negro venir descendiendo por una cuerda desde la parte del coro, golpear a Dimitri Antonescu de lleno en el pecho y enviarlo a chocar contra el símbolo de dragón dibujado por pintura en aerosol tras el altar.

Dimitri estaba tan sorprendido, que soltó la muñeca de Meena... pero sólo a tiempo para evitar arrastrarla consigo hasta el altar.

Alaric Wulf, soltando la cuerda y aterrizando sobre sus pies unas yardas lejos de donde Meena residía jadeante en el frío y blanco mármol, inspeccionó la hoja de su espada.

—Demonios —dijo—. Fallé.

Meena, más aliviada de lo que pudiera decirle, se sentó.

—¿Qué quieres decir con que fallaste? —preguntó ella—. Casi me cortaste la cabeza.

Alaric señaló a donde Dimitri se estaba levantando de los desmoronados escombros y justo había dejado salir un furioso, e incomprensible grito.

—Me refiero a que me equivoqué con él —dijo Alaric. Luego miró sobre su hombro—. Y ellos tampoco se ven muy felices de verme.

Los Dracul, indignados por el asalto a su líder, estaban juntándose hacia Alaric, silbándole en protesta. Él levantó la hoja de la espada en defensa. Meena se arrastró a través del piso del santuario hacia él, cubriendo su delicada muñeca.

Sabía que no tenían esperanzas, por supuesto. Ambos estaban muertos. Probablemente había cien Dracul contra ellos dos.

Sin embargo, no lo iba a dejar morir solo. Debía haber algo que pudiera hacer.

Sólo que ¿qué? Había perdido la estaca que le había dado, su única arma.



Alaric parecía llevar la misma línea de pensamiento. —¿Tenías alguna clase de plan cuando viniste a hurtadillas hasta aquí? —le preguntó cuando blandió su espada hacia los vampiros que se acercaban.

—No —dijo Meena cuando alcanzó sus pies—. ¿Y tú?

—No tuve tiempo —dijo él—. Busca en mi bolsillo. Debe haber algo de agua bendita o algunas estacas dejadas allí.

Ella se levantó hasta sus rodillas, buscando en los bolsillos de su abrigo de piel mientras el blandía su espada alrededor.

—No —dijo ella, con la decepción surgiendo a través de ella—. No hay nada allí.

—Te dije que no me siguieras —dijo Alaric—. ¿No es así?

—Lo hiciste —Meena admitió—. Pero no me podía sentar y dejar morir a todo el mundo.

—¿Y?

Ambos miraron a Dimitri, quien estaba parado lejos a unos pocos pies de ellos, con una mirada muy descontenta en su rostro. Obviamente no había disfrutado ser pateado hacia una pared por un guardia Palatino.

—Como pienso que pueden ver, les falta gente —Dimitri levantó una oscura ceja—. Un poco como cuando usted y su pareja estaban en ese almacén fuera de Berlín, eh ¿Sr. Wulf?

—¿Ese fuiste tú? —Alaric se veía furioso—. Lo juro, te voy a desgarrar extremidad por extremidad por eso, tú...

—No seas tan malcriado —dijo Dimitri con una risa—. Ustedes Palatinos con todos los mismos. Arrogantes. Siempre pensando que están un paso delante de nosotros. Pero aún con sus fantásticos equipos de computadoras modernas para seguir nuestros movimientos y nuestro dinero, todavía encontramos maneras de escurrirnos entre sus dedos y prevalecer... por su arrogancia. Y su estupidez. Es por su estupidez que vamos a matar a la mujer embarazada ahora.



El corazón de Meena voló a su garganta. Las hordas de Dracul apiñándose alrededor de ella y de Alaric en la parte baja del altar se alejaron un poco, y vio que Leisha había sido empujada hasta sus pies.

Se mantenía con sus brazos aferrados a cada lado por Gregory Bane y Shoshona.

Ambos estaban sonriendo maniáticamente, pero Leisha no se veía muy feliz.

Quizás porque Gregory Bane le estaba silbando, mostrando sus colmillos.

—Detente —dijo Meena, escalando de vuelta sobre sus pies temblando. Su muñeca estaba palpitando, y su cabeza no se estaba sintiendo muy bien, tampoco—. Te daré lo que quieres.

Cojeó hasta el altar y levantó el cuenco de estaño, el cual brilló a la luz de las velas.

—Meena —dijo Alaric. Sus brillantes ojos azules le dispararon en advertencia. El negó con la cabeza hacia ella—. No. No lo hagas.

Pero Meena sabía que no valía la pena. Ella había fallado. Alaric había fallado. Lucien no iba a venir, por cualquier razón, o habría estado allí para entonces.

Estaba terminado. No había forma.

Estaba hecho.

Sus pies estaban sobre el precipicio.

—Tómalo —dijo ella, dándole el cuenco a Dimitri—. Tómalo todo. Ya no me importa. Sólo deja que Leisha se vaya.

—Bueno, gracias —Dimitri le quitó el cuenco de las manos y le dio una pequeña reverencia—. ¿No eres una criatura complaciente?

Luego extrajo de un bolsillo interno de su abrigo una daga con una empuñadura de oro adornada con joyas. Esto lo presionó contra la garganta de Meena. Ella tragó, su corazón martillando.



Pero todo lo siguiente que hizo Dimitri fue mirar hacia Gregory Bane y Shoshona, y luego asentir.

—Pueden matar a la mujer ahora —les dijo.

—¿Qué? —Meena se volteó justo cuando Dimitri, todavía presionando la hoja en la dirección de su cuello, la tomó por el brazo y comenzó a arrastrarla hacia el altar—. ¡No!

Pero era muy tarde. Los Dracul se adelantaron, cayendo hambrientos sobre el lugar donde Meena había visto por última vez a Leisha, aún cuando Alaric saltó hacia ellos, intentando salvar a su amiga.

Excepto que Leisha ya no estaba allí. Meena pestañeó, pensando que sus ojos estaban jugando con ella a la luz de las velas.

Pero era verdad. Los hambrientos Dracul —Fran, Stan, Shoshona, todos ellos—, estaban mirando un lugar vacío donde Leisha había estado. Meena, girando en el agarre de Dimitri en el estrado por el altar, divisó un destello de movimiento al otro lado de la iglesia.

Así fue como vio que Leisha ya estaba en la parte trasera de la iglesia, siendo sacada por las puertas y llevada hasta los brazos ansiosos de su esposo, Adam, por nadie más que...

¿Mary Lou Antonescu?

Meena hubiera pensado que había imaginado todo en alguna clase de alucinación inducida por un estrés postraumático, si Dimitri no hubiera apuntado la daga hacia Mary Lou y gritado: —¡Traidora!

Los Dracul se voltearon, casi como uno sólo, y se lanzaron hacia Mary Lou, como intentando desgarrarla en pedazos, ya que habían sido dejados hacer lo que quisieran con Leisha.

Ahí fue cuando una ráfaga de viento se levantó desde ningún lugar y atravesó la iglesia. Era tan fuerte que apagó la llama de cada una de las velas, causando que todo



el mundo levantara un brazo contra sus ojos para evitar el polvo que se levantaba desde la construcción.

Luego el viento se volteó y pasó de nuevo por la iglesia, esta vez en la dirección opuesta.

Ahora cada una de las velas se encendió mágicamente, las flamas llameando felices de nuevo. Después de que el último aliento de viento pasara, y que Meena bajara cuidadosamente el brazo que Dimitri no estaba agarrando, temblando por lo que acababa de ocurrir, ella, y todo el mundo en St. George, vio que alguien más estaba parado en el estrado al lado de Dimitri Antonescu.

Alguien que no había estado allí antes de que el loco viento hubiera azotado tan salvajemente a través de la iglesia, apagando y luego encendiendo de nuevo todas esas velas.

Era el hermano de Dimitri, Lucien.

El Príncipe de la Oscuridad.



CAPÍTULO 56

*Traducido por Veroniica y paovalera
Corregido por Pia2006*

11:00 P.M. EST, sábado, Abril 17

Catedral St. George

180 Este, Calle Setenta y Ocho

New York, New York

Lucien ni siquiera miró en la dirección de Meena. En cambio, todos sus poderes de concentración parecían estar centrados en su hermano.

—Dimitri —dijo. Su voz, como siempre, era como de terciopelo—. Tengo entendido que querías hablar conmigo acerca de algo.

Dimitri todavía sostenía el brazo de Meena. Tenía dolor en el brazo, en la muñeca que él casi había roto.

O tal vez lo había hecho. Meena no lo sabía.

Todavía sostenía el cuchillo, también.

—Pues sí, Lucien —dijo. Su propia voz ronroneaba como la de un gatito—. ¡Qué placer es verte esta noche! Y que entrada. Pero entonces, tú siempre sabías como hacerlas, ¿no?

—Vamos, déjala ir —dijo Lucien. Ahora su voz en vez de terciopelo era más como el hielo.

—Pero la señorita Harper y yo sólo nos acabamos de conocer —Dimitri dijo, casualmente recorriendo el punto de la enjoyada daga bajo su garganta desnuda—. Y quiero ser también capaz de leer la mente de todo el mundo y predecir el futuro. No creo que sea justo que tú estés teniendo toda la diversión.



—Creo que te has estado divirtiendo más que suficiente —dijo Lucien con frialdad—. Fuí al *Concubina* hoy temprano, y ví lo que mantienes en el sótano.

Dimitri pareció sorprendido. Estaba sosteniendo a Meena lo suficientemente cerca de él para que ella lo sintiera irse aún más. Todos en la iglesia, el Dracul, incluso Alaric, en la parte inferior de la tarima, parecía estar viendo atentamente la tensa conversación de los hermanos.

—¿Lo hiciste? —preguntó Dimitri. Luego sonrió de manera que sus colmillos se mostraron una vez más—. Así que pasó que te topaste con mi última empresa financiera...

—TransCarta —gritó una voz masculina desde algún lugar cerca de la parte de atrás de la iglesia.

Meena, reconociendo la voz, se congeló.

No. No, no.

Cada cabeza del edificio se giró para seguir el sonido de esa voz.

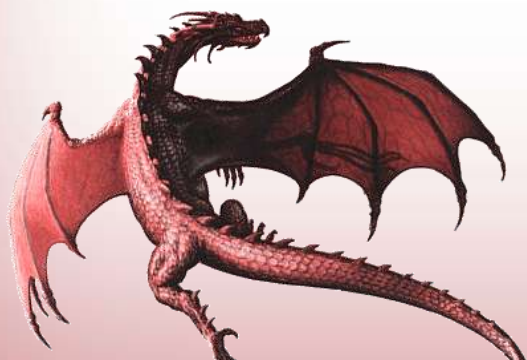
436

Así fué como todo el mundo le dirigió un buen vistazo al hermano de Meena, Jon, de pie en la entrada de la iglesia, flanqueado por la hermana Gertrude y Abraham Holtzman, que sostenía una estaca en el pecho de Stefan Dominic. Detrás de ellos estaba cada fraile, monja, y novicio del Santuario St. Clare.

Meena levantó la mirada hacia el techo. Como si las cosas no estuviesen bastante mal. ¿Cómo de terrible se iba a volver esa noche?

—Oh, hola —gritó a Abraham con alegría, saludándolos—. No quise interrumpir. Sigán. Siempre que nadie haga un movimiento para atacarnos, dejaré que este hombre de aquí viva.

—¡Deje que me maten, Padre!—exclamó Stefan Dominic, luchando en los brazos del guardia—. ¡Por favor! ¡Prefiero morir antes que deshonrarlo de esta manera!



Ni Dimitri ni Lucien parecían particularmente impresionados por este apasionado discurso. Pero al menos era claro que las ambiciones teatrales de Stefan no habían estado mal dirigidas.

—Stefan. —Shoshona parecía molesta. Ella lanzó una mirada de pánico hacia Lucien y Dimitri—. Por favor, no deje que lo maten, mis señores. ¡No pueden!

Pero Dimitri no había quitado la mirada de Lucien, quién continuó. —Sí. TransCarta es el banco que todos los hombres muertos que encontré en tu sótano usaban para trabajar.

—TransCarta compró la cadena a la que pertenece el programa para el que trabajo —dijo Meena con un jadeo por la sorpresa.

A pesar de que debería, se dio cuenta tarde, decir trabajaba.

—En realidad es la firma suiza de capital privado que Dimitri Antonescu formó el año pasado —dijo Jon.

—Trans de Transilvania, obviamente —dijo Alaric, pensativo—. No sé de qué es Carta.

Lucien miraba a su medio hermano con una ceja levantada. —Eso sería Carta Abadía, presupongo —dijo—. Dónde trataste de matarme... ¿qué fué? ¿La tercera vez?

Dimitri se encogió de hombros. —Pensé que sonaría bien. Una firma de capital privado le permite a uno hacer negocios sin el control habitual del gobierno federal o de las miradas indiscretas de otras entidades. —Él dió a Alaric un guiño de complicidad.

—Debido a que no cotiza públicamente en la bolsa de valores, no necesitan revelar cualquier otro documento necesario —dijo Alaric con los dientes apretados. Parecía como si no pudiera creer que él no hubiese pensado en eso antes.

—Absolutamente —Dimitri sonrió—. Es una buena manera para una persona como yo, que podría valorar su vida privada para expandir su, eh, marca... a través, por ejemplo, de una cadena de televisión.



Lucien frunció el ceño. —Dimitri —dijo en un tono de advertencia—, nosotros no tenemos una marca.

—En realidad, los miembros tanto de la financiera como de la comunidad del entretenimiento —Dimitri dijo—, están muy impresionados por el nombre de Drácula y con ganas de experimentar la inmortalidad, si se lleva a cabo. Y los consumidores... bueno, el miedo a la muerte es lo que impulsa la industria de la belleza. Para el año 2013 ellos estarán listos para gastar por lo menos cuarenta mil millones de dólares sólo en servicios de cirugía estética. Bueno, ¿quién no querría vivir para siempre, si pudiera? Tú deberías saber todo acerca de eso, ¿o no, señorita Harper, en su línea de trabajo?

Meena sentía como si una sombra fría le hubiese pasado por su alma.

Revenant³⁰.

Por supuesto. Revenant significa cadáver animado.

—Por supuesto —él dijo con una sonrisa, luchando fácilmente contra sus intentos de librarse de él.

—No necesitas ver en esa dirección, cariño. No somos diferentes a tu patrocinador original, realmente. Nosotros también queremos ver a tus espectadores encontrar productos que mejoren sus vidas.

—¿Cómo el Spa regenerador de juventud? —Meena demandó.

—He visitado uno de esos —dijo Lucien en una voz tan fría como enero—. En el sotano del *Concubina*.

—No tiene sentido —dijo Dimitri—. Eso apenas era un prototipo. No se suponía que lo verías en ese estado, Lucien. Tenemos planes para remodelar y expandir nuestros Spas a nivel mundial.

—No —dijo Lucien, cortándolo—. Porque esto termina. Ahora.

³⁰ Crema de Arrugas.



Dimitri se encogió de hombros. —Esto quizás no sea como visualizaste tu empresa familiar, Lucien, pero te aseguro que he revisado las finanzas, y el potencial de crecimiento es astronómico

—No hay empresa familiar —dijo Lucien, adelantándose un paso hasta Dimitri—. Y yo creo que el potencial del crecimiento de tú empresa bajará si sigues alimentando chicas indefensas de tus recién-nacidos. A pesar de que puedan disfrutar de la idea de lucir jóvenes para siempre, una cosa que parece no aprender de los humanos a través de los años, Dimitri, es que tienden a odiar el asesinato.

Meena, mirando la cara de un hermano a otro, estaba sorprendida de seguir la conversación.

No porque estaba parada en una iglesia desacralizada con una navaja en su garganta, frente a una horda de vampiros hambrientos.

Sino porque Dimitri estaba en lo cierto:

Ella sabía todo sobre querer vivir para siempre.

No sólo porque había pasado la mitad de su vida tratando de proteger a alguien desconocido de la muerte inminente, sino por lo que ella escribió: *La insaciable sed de vida y amor, de Victoria Worthington y su hija Tabby.*

¿Pero por qué Victoria y Tabby eran tan insaciables? Todo lo que ellas siempre quisieron fué alguien a quien amar y por quien preocuparse.

¿No era eso una necesidad muy humana cuando las corporaciones como la de Dimitri les decía a las mujeres que tenían que lucir de cierta forma para encontrar eso que tanto quieren y que no lo harían a menos que compren sus productos? Ellos se basaban en la inseguridad humana como los Dracul en la vida humana.

De repente, Meena se dió cuenta lo retorcido que era el hermano de Lucien. Y quienes fueron los insaciables todo ese tiempo.

—Si, te consideras tan valiente para expandir la marca Dracul, pero todavía muy cobarde del Palatino, que creaste todos los problemas para un empresa suiza para que no cortaran tus recursos, ¿por qué no al menos esconder los cuerpos de las chicas



muertas, Dimitri? —Lucien estaba preguntado con duda, sacudiendo su cabeza—. Es por eso que no entiendo. Exponer los cuerpos significa exponerlo todo.

Carnada.

A eso era a lo que Alaric se refería.

—Porque te quería atraer hasta aquí, Lucien —dijo Meena. Ahora todo estaba muy claro—. Él nunca estuvo preocupado por la Palatina. Las chicas muertas fueron sólo para traerte a New York, traerte aquí, y hacer esto.

La coronación sólo era la fase final en el plan maestro de Dimitri para convertir toda América y muy pronto el mundo, en un buffet de vampiros. La única cosa entre él y su plan era... La mirada de Lucien cambió de dirección de su hermano hacia ella.

Y sus miradas se encontraron, Meena sintió algo como una carga explosiva en su cabeza.

Ella pudo ver lo mucho que él la amaba.

Y que tan difícil era para él no matar a su hermano allí y ahora, con sus propias manos por lo que Dimitri le había hecho a ella.

Pero no podía.

No mientras Dimitri estuviera tan cerca de ella, con un brazo todavía envuelto sobre ella, una navaja en su cuello, sus colmillos tan cerca de rasgarla.

Meena asintió. Ella entendió. Todo estaba bien. Lo importante es que Meena tenía que evitar que Dimitri y el Dracul hicieran lo que estaban a punto de hacer:

Matar un impedimento en su plan maestro. Lucien.

Fue entonces cuando una estaca fué volando desde alguna parte cerca de las puertas y se enterro directamente en la espalda de Lucien.

—¡Sí! —Meena escuchó a su hermano gritar—. ¿Viste eso? ¡Lo tengo!



CAPÍTULO 57

Traducido por Evelin
Corregido por Vlan*

12:00 A.M. EST, sábado, Abril 18
Catedral St. George
180 Este, Calle Setenta y Ocho
New York, New York

Meena nunca estuvo segura de que ocurrió después de eso, ya que todo parecía tomar lugar en algo un poco nublado, como si estuviera bajo el agua en una pesadilla.

O al menos, así era como le parecía.

Lucien cayó de rodillas.

De eso tenía la certeza, porque estaba parada sólo a uno o dos metros lejos de él. Ella trató de agarrarlo mientras él se tambaleaba, para evitar que cayera sobre el duro piso de mármol en la tarima.

Pero Dimitri tiró de su espalda.

Ella pensó que había escuchado a alguien decir, “No”, suavemente.

Luego se dio cuenta de que ese alguien era ella misma.

Entonces, algo pasó zumbando su cabeza. El Dracul y los humanos comenzaron a gritar. Dimitri tiró de su dolorido brazo con mucha fuerza y le gritó en el oído, —¡Agáchate!

Luego la empujó brutalmente hacia el suelo de la tarima.

Meena podía escuchar a alguien que sonaba como Alaric gritando algo. Sonaba como, “¡Detente, imbécil! ¿Qué estás haciendo?”



Meena sabía que debería de sentirse aterrorizada. Sabía que debería sentir algo. Pero no sentía nada. Nada en absoluto. Ella estaba tendida con su mejilla presionando el frío mármol, mirando fijamente en dirección a donde había visto a Lucien por última vez.

Ahora no podía ver nada en absoluto. Ni siquiera el polvo que debía de haber cuando él se desmoronó.

Él está muerto, pensó ella en la parte de su cerebro que todavía estaba funcionando. Está muerto y nunca tuvo la oportunidad de advertirle que iba a morir... porque nunca tuvo la oportunidad de conocerlo en primer lugar cuando estaba vivo. Sólo lo conocí cuando ya estaba muerto.

Y ahora él está realmente, realmente muerto.

Y pensó, ¿Por qué creí que él iba a matar a Alaric y a Jon? Nunca haría algo como eso. Él es la más dulce y maravillosa persona que he conocido.

Y ahora está muerto.

Luego pensó. Desearía estar muerta, también.

Entonces fue enganchada abruptamente en una llave de pies por Dimitri Antonescu.

Y así, Meena se dio cuenta que su deseo estaba a punto de serle otorgado.

—Tú vienes conmigo —dijo Dimitri. Su rostro era una retorcida máscara de codicia, odio y algo más. Algo que Meena nunca había visto antes.

Maldad, ella pensó en la parte de su cerebro que había encargado del resto de su mente, la cual parecía haberse detenido desde que había visto a Lucien morir.

Por qué, el hermano de Lucien no era más que pura maldad.

Y luego Dimitri la recogió por sus caderas y la puso sobre sus hombros, tan fácilmente como si fuera hecha de paja.

Ahora el mundo estaba repentinamente al revés. Y eso no era algo que a Meena particularmente le preocupara. Pero encontraba interesante que mientras ella colgaba



como una muñeca floja, observaba que el Padre Bernard, la Hermana Gertrude y el resto de la gente que había conocido de St. Clare estaban de repente allí, entre el Dracul en el ábside de la Catedral de St. George, peleando con estacas, crucifijos, agua bendita... y, en el caso de Abraham Holtzman, con una ballesta y una destellante Estrella de David.

Interesada, pero no mucho más que eso. Meena esperaba que nadie muriera.

Pero sabía que lo harían. Ella había tratado de alertarlos. Todos morirían. Pero nadie la había escuchado. Nadie nunca la escuchaba.

Y ahora miraba lo que estaba sucediendo.

Oh, bueno. Finalmente todo el mundo iba a morir. Incluso ella.

Eso podría ser también esta misma noche.

—¡Meena!

Ella oyó a alguien decir su nombre a través del humo y del caos. Pensó que podría ser Alaric.

443

Pero no le importaba.

Dimitri estaba llevándola a algún lado. No sabía a dónde. Él probablemente iba a morderla y no en una manera placentera, como Lucien lo había hecho y luego chuparía toda su sangre.

Y entonces él sería el único en saber cómo iba a morir todo el mundo. Eso era mejor para él que para ella.

—¡Meena!

¿Por qué Alaric no la dejaba en paz? Él era en realidad la persona más molesta en la tierra.

Dimitri parecía estar llevándola escaleras arriba al desván del coro. Probablemente también iba a violarla, cuando ellos llegaran allí. ¿No sería ese el perfecto final para un día perfecto?



—¡Meena!

Alaric era demasiado irritante. No la había dejado en paz cuando estaba viva y ahora no lo haría cuando estaba a punto de morir.

Reaciamente, ella levantó la cabeza. Alaric estaba luchando para alcanzarlos sin duda para detener a Dimitri, sin darse cuenta que Meena quería que esto sucediera; ella quería morir. ¿Qué motivo tenía para vivir? No tenía trabajo. No tenía apartamento. No tenía a Lucien pero Alaric tenía un vampiro colgando de cada uno de los brazos, devolviéndolo. En realidad era algo un poco cómico, la manera en la que el Dracul estaba tratando de romper la garganta de Alaric.

Evitando sus silbantes y mordaces bocas, con la saliva empapando sus colmillos, Alaric tenía una mano envuelta alrededor del cuello de cada uno de ellos. Él le dio a Meena una furiosa mirada. Parecía enfurecido con ella.

—Deja de ser idiota —rugió hacia ella—. Él no está muerto. Mira.

Meena miró en la dirección hacia donde Alaric había ladeado la cabeza. El santuario.

Y entonces lo vio.

Era verdad.

Lucien no estaba muerto. Él se estaba levantando.

Lentamente. Dolorosamente.

Pero se estaba levantando.

Sin embargo, Meena vio más que eso.

Vio que los guerreros de la Capilla de St. Clare estaban siendo rotundamente acabados por el Dracul, que los superaba en número casi con la ventaja de tres contra uno. Jon podría haber disparado en dirección a la espalda del Príncipe de la Oscuridad, pero el resto de sus tiros no habrían golpeado el lado de un granero si estuviera junto a él. Gregory Bane estaba dándole al rostro de su hermano un puño y parecía disfrutarlo, si la sonrisa de estrella de película que tenía era una indicación. Stefan Dominic tenía a la



Hermana Gertrude en un agarre sobre su cabeza. Y Emil Antonescu tenía tres o cuatro hombres que estaban vestidos, raramente, como el tipo de hombres con los que Jon había trabajado en Webber and Stern haciendo trizas su chaqueta hecha a medida con sus colmillos, mientras Mary Lou trataba de apartarlos con un candelabro de hierro forjado.

Meena arrojó sus dos brazos incluso el que tenía adolorido contra los lados de la barandilla de la escalera en la cual Dimitri la estaba llevando, agarrando los muros de piedra.

Dimitri no esperaba que su antigua víctima en estado de coma de repente regresara a la vida. Esa fue la única manera en la que Meena se las arregló para propulsarse fuera de su poderoso agarre y caer de sus anchos hombros, una maniobra física que requería de dos elementos, la sorpresa y una completa falta de miedo y dolor... especialmente desde que terminó cayendo los últimos escalones y aterrizando en su coxis.

Dimitri se dio vuelta, quedándose estupefacto. Ella se había convertido de algo completamente flojo a un proyectil humano en cuestión de segundos.

—Aléjate de mí —Meena lo alertó, caminando como cangrejo tan rápido como ella podía desde la parte inferior de los escalones. Pero Dimitri ya estaba estruendosamente bajando las escaleras para seguirla, con los ojos destellando en un color rojo como las luces de un semáforo. Meena se puso de pie tambaleándose, dio vueltas alrededor y comenzó a correr...

...sólo para caer directamente contra el amplio y sólido pecho de Alaric Wulf. Él se las había arreglado para sacudirse a sus nuevos amigos vampiros y había corrido llevando su espada para ayudarla.

—Te estás haciendo popular con los chicos Dracula —remarcó Alaric lacónicamente—. Ellos parecen quererte para la cena.

—Menos bromas —dijo ella. Dimitri había sacado su daga, la hoja brillaba en la luz de las velas—. Más cabezas cortadas. Y por favor no falles esta vez.

—¿No es esto lindo? —Le preguntó Dimitri a Alaric mientras él lanzaba su daga de una mano a la otra—. Finalmente terminaremos lo que comenzamos en Berlín.



Escapaste con tu compañero ese día antes de que termináramos. Eso no fue del todo un buen gesto deportivo.

—Sí —dijo Alaric—. Bueno, tenía cosas más importantes que hacer que quedarme para matarte. Mi compañero estaba sangrando demasiado, como lo puedes recordar.

La sonrisa de Dimitri se ensanchó.

—Lo sé —dijo él—. Estaba delicioso. Estoy esperando otra mordida algún día.

Alaric, con su rostro ensombrecido, levantó su espada.

Uh-oh, pensó Meena. Esto no es bueno. ¿Debería él pelear enfurecido?

—Alaric —dijo ella con urgencia—. No.

Así fue cuando todos lo escucharon: un sonido como ningún otro claramente nada humano. Pero tampoco era un sonido de vampiro.

Vino desde el ábside en la parte delantera de la iglesia, en donde el altar se establecía. Fue tan fuerte que la edificación se sacudió hasta los cimientos. Tan fuerte que el polvo caía desde el desván del coro y del techo bajo que colgaba por encima de las cabezas de Alaric y Meena.

Dándose vuelta, lentamente, Meena tenía miedo sobre lo que estaba a punto de ver pero sabía completamente lo que era. Por supuesto. Ella estaba en St. George. Todas sus visiones habían sido de fuego. Y había crudos dibujos de esto sobre los muros.

Ella todavía no podía creer lo que veían sus ojos.

Pero ahí estaba.

Un dragón.

En el Upper East Side.



CAPÍTULO 58

*Traducido por Selune
Corregido por Vlan**

12:15 A.M. EST, Domingo, Abril 18

Catedral St. George

180 Este, Calle Setenta y Ocho

New York, New York

Se acurrucó en el ábside, su enorme cuerpo y enorme envergadura llenaba todo el espacio, mientras que su cabeza serpentina se alzaba sobre un cuello que se extendía cerca de la altura del límite máximo de diez metros.

Sus garras hacían obscenos ruidos de arañazos en el suelo de mármol.

Sus escamas eran de color rojo rubí.

El humo brotaba de su nariz.

De uno de sus hombros sacó una estaca de madera pequeña.

Lucien, Meena pensó, sintiendo como si su corazón se habría convertido en hielo en el pecho. Mi Dios. *Lucien*. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

—Oh... Dios mío —dijo Dimitri, dejando caer la daga que tenía cuando lo vio.

Al oír la voz de Dimitri, y luego el estruendoso ruido del cuchillo al caer, la cabeza del dragón se agitó en su dirección... luego se sumergió bajo los archivos donde ellos se encontraban por debajo del coro.

El corazón helado de Meena dio un golpe doble convulsivo. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! El dragón los estaba buscando a ellos.



Una mezcla de vapor y algo que olía a azufre se disparó directamente a ellos cuando la bestia exhaló aire caliente con la fuerza suficiente para apagar todas las velas en su área.

De pronto se sumergió en la penumbra.

Pero Meena todavía podía ver, gracias al resplandor de fuego procedente de las fosas nasales del dragón, que se elevaba más y más a ellos... y de la que se podía escuchar un sonido extraño resoplando.

—Hagas lo que hagas —Alaric susurró en la oscuridad, sorprendentemente, ya que poco a poco se acercó hasta ponerle la mano caliente, estabilizando la parte posterior del cuello de Meena—. No te muevas.

—Yo no iba a hacerlo —Meena dijo en voz baja—. Pero ¿qué está pasando?

No era lo que quería preguntar. Lo que quería preguntar era: ¿Dónde está Lucien? ¿Puede realmente estar allí, debajo de todas las escamas? ¿Es realmente él?

—No sé —respondió Alaric—. Nunca he visto esto antes. Pero creo que está...

448

De pronto, la cabeza del dragón se alzó junto a Meena. Se quedó paralizada, todos los músculos en tensión en su cuerpo. Ella no podía recordar cada vez que se paralizó de miedo en su vida, ni siquiera cuando ella se dio cuenta de que Lucien era en realidad un vampiro, como cuando se encontró siendo examinada por un enorme y doble ojo, de metros de ancho, con múltiples facetas, cada franja de un rojo sangre, proyectando su propio reflejo aterrado a su vez.

Cálmate, trató de decirse a sí misma. Este es el ojo de Lucien. Todo va a estar bien.

Pero no estaba segura de que era realmente cierto ya que no podía ver ningún indicio en absoluto del hombre al que había conocido y amado en eso. Se encontró mirando al hombre que no era en absoluto. Era completamente, totalmente, una bestia.

Un párpado gigante se deslizó hacia un lado sobre la pupila mirándola, a continuación, se abrió de nuevo cuando el dragón la miró y luego a Alaric, de pie detrás de ella.



Purple Rose

Luego vino el sonido resoplando enorme otra vez, tan fuerte que Meena habría saltado de su piel por completo si Alaric no habría estado manteniendo un firme control sobre la parte posterior de su cuello.

¿Acaba... me huele? Meena se preguntó, asombrada. Alaric apretaba la parte posterior de su cuello.

Ella captó el mensaje. No hables. No te muevas. Ni siquiera respires. Era un buen consejo.

Lástima que Dimitri no parecía poder seguirlo.

Había encontrado el cuchillo de alguna manera en donde había caído.

Y ahora hizo una estocada en la oscuridad de la bestia, yendo por sus gigantes ojos parpadeantes con un grito de puro, puro odio.

Eso, resultó ser un error. Un gran error.

—... Enojado —dijo Alaric, terminando su pensamiento sobre el estado de la mente de Lucien. Empujó a Meena al suelo, luego se echó encima de ella—. Quédate abajo.

449

El fuego que salió de la nariz del dragón y la garganta en la dirección de Dimitri estaba al rojo vivo.

Era el calor abrasador del sol. Era el calor lleno de azufre de los pozos de fuego del infierno, y fue dirigido a un solo objetivo. Fue tirado encima de sus cabezas y cuerpos.

Meena nunca había sentido un calor como ese antes en su vida y esperaba que nunca más lo hiciera.

Meena no estaba segura de si Dimitri ni siquiera sabía lo que le golpeó. En un momento él estaba allí, y al siguiente, sólo había fuego... Y entonces sólo había humo negro y espeso.

Donde Dimitri había estado estaba un carbonizado, humeante lugar.

—Oh, Dios mío —escuchó Meena a alguien diciendo. Y entonces se dio cuenta de que era ella misma. Lo decía, una y otra vez—. Oh, Dios mío, oh, Dios mío.



—Quédate abajo —Ella escuchó la voz profunda de Alaric en su oído—. Sólo quédate abajo.

Meena contuvo la respiración cuando la cabeza del dragón se cruzó hacia ellos una vez más. Lucien barrió su reluciente hocico rojo a pocos centímetros por encima de ellos, haciendo de nuevo el sonido resoplando.

Les estaba oliendo. Ella estaba segura de ello.

Entonces la cabeza desapareció.

Lucien estaba volviendo su atención y su aliento de fuego a las personas y los vampiros en el resto de la iglesia.

Alaric debe haberse dado cuenta, también. Es por eso que se levantó de Meena y corrió detrás de la saliente cabeza de Lucien.

Ella supo al instante a dónde iba. Y porqué. —¡No! —gritó.

Y arrancó después de él.

Ella lo perdió en el caos que se siguió fuera de la marquesina de protección del coro.

Sí, podrían haber tenido un dragón de setenta pies de largo con aliento de fuego en una parte de la iglesia.

Pero en el resto del edificio, todavía había un vampiro en la guerra que se libraba contra humanos. Vio al Dracul hundiendo sus colmillos en los cuellos de los novicios... La hermana Gertrude apuñalar a un Dracul con un pedazo de banco... Jon disparar su ballesta a quemarropa a un Dracul (y desaparecer). Fran y Stan voltear a frailes de nuevo con una increíble fuerza sobrehumana para la gente que Meena nunca antes había visto levantar nada más pesado que un knish. Abraham Holtzman y Emil y Mary Lou Antonescu habían formado una especie de alianza extraña y parecían estar tratando de matar a tantos Dracul como podían... que al parecer no eran muchos con muy poco.

Meena, horrorizada, sabía que no podía estar allí. Tenía que hacer algo para ayudar... aunque estaba un dragón pesado alrededor, incinerando a la gente con su aliento.



Atrapando un trozo irregular de banco triturado, agarró el pelo de la más cercana de los vampiros, que se encontraba tratando de hundir sus dientes en la garganta de un novato infeliz... Y se sorprendió al encontrarse a sí misma cara a cara otra vez con Shoshona.

—Oh, bien —dijo Shoshona, sonriéndole y con el trozo puntiagudo de madera de Meena, sujetándolo en el puño—. Igual no tienes las agallas.

—Oh —Meena le aseguró—, tengo las agallas.

No había manera de que ella tendría las agallas.

Esta era Shoshona. Claro, a Meena nunca le había gustado mucho. Se había dicho a sí misma, casi todos los días durante un año, que hoy era el día en que por fin iba a advertir a su compañera de trabajo de que si ella no dejaba de trabajar tanto, iba a morir.

Ahora Meena se dio cuenta de que nunca fue el gimnasio de Shoshona lo que había que temer. Era Stefan Dominic, el hombre que había conocido en él.

Sin embargo, Meena siempre había tenido la intención de salvar la vida de Shoshona. ¿Así que realmente va a poner una estaca en su corazón y al final es así? ¿Aquí, ahora? Por supuesto que no.

—Sí. —Shoshona sonrió un poco más—. Yo lo sabía. Por cierto, me tomé algo más de tu apartamento, además de esta bolsa.

Shoshona abrió la cremallera de la parte superior de la bolsa roja de Marc Jacobs que aún llevaba colgada sobre el pecho y le mostró a Meena un atisbo de algo en su interior.

—Gracias por todas las grandes ideas para la historia —dijo ella, sonriendo—. Ten un buen tiempo en el desempleo.

Luego se volvió a mirar al principiante, que había escapado, llorando.

Meena miró la delgada espalda de Shoshona. ¿Su ordenador portátil? ¿Shoshona había robado su computadora portátil? Meena no tenía archivos de copia de seguridad de



todo lo que ella había guardado en ese ordenador portátil. No en su equipo de trabajo. Fuera de línea. No en cualquier otro lugar.

Meena acechó hacia delante, agarró la parte posterior de la camisa de Shoshona de doscientos dólares, y la hizo girar a su alrededor para hacerle frente... Entonces hundió la pieza rota de la banca en el pecho. Shoshona se convirtió en un montón de polvo ante los ojos de Meena.

En la parte superior del polvo estaba la joya de color rojo rubí incrustado en la bolsa del dragón que Lucien le había dado a ella, enredado en la ropa de Shoshona. Meena lo recogió, le quitó el polvo, y se la colgó en su propio pecho. El peso de su portátil en su interior se sentía tranquilizador.

Cuando Meena levantó su mirada otra vez, era para ver la última persona que había esperado siempre: Leisha, sujetando cuidadosamente su vientre y escogiendo su camino hacia Meena a través del humo y los escombros.

—Oh, Dios mío —exclamó Meena—. ¿Leish?

Todas las peores pesadillas de Meena parecían de repente a ser realidad. Su novio era un vampiro. Había matado a su propia jefa.

Y su mejor amiga embarazada estaba vagando alrededor de un campo de batalla en directo sin tener en cuenta su propia seguridad o la de su hijo por nacer.

Meena corrió al lado de Leisha.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Exigió Meena con ansiedad—. ¡Creo que Mary Lou Antonescu te sacó!

—Oh, ¿esa quién era? —Leisha parecía aturdida—. Bueno, sí, lo hizo. Pero después de que ella rompió las esposas de Adam y le contó lo que estaba sucediendo, decidió que quería quedarse a ver el final de la obra.

Meena arqueó las cejas. —¿Obra?

—Sí —dijo Leisha—. Yo estaba un poco fría con él al principio, pero ahora no sé, no es eso...



Señaló sobre el hombro de Meena. Meena se dio la vuelta y allí, detrás de ella, estaba Lucien, su cabeza de dragón moviéndose de un lado a otro como si estuviera buscando algo o alguien su larga lengua de serpiente entrando y saliendo de su boca. De vez en cuando abría la boca y soltaba un rugido que dividía el tímpano.

—¿Ahora ves? Me parece que es excesivo para mí —dijo Leisha.

La mirada de Meena se deslizó hacia su amiga. Leisha, estaba bastante segura, había tenido su mente codificada por una combinación de golpes y una especie de lavado de cerebro Dracul. Sus ojos marrones normalmente alerta la miraron vidriosos.

—Me doy cuenta de que todo está en la buena diversión —Leisha se quejó—, pero estoy bastante segura de que el humo no es bueno para el bebé. No estoy realmente sintiéndome tan caliente.

Meena extendió la mano y agarró a su amiga por los dos brazos.

—Leisha, esto no es una obra —dijo ella, con carácter urgente—. Hay que salir de aquí. El bebé está por llegar temprano. Y no es un niño. Es una niña. Lo siento, no te dije antes. Yo lo sabía, pero...

—¿Qué? —gritó Leisha, arrojando sus dos manos lejos. Todo lo que le habían hecho a la memoria de Leisha, no había afectado a su preocupación por su hijo por nacer—. ¿Sabías y no me lo dijiste? Meena, ¿qué te pasa? ¿Por qué tan temprano?

—Al principio bastaba con que Adam debería haber comenzado el cuarto del bebé hace mucho tiempo —dijo Meena. De repente, espiando a su hermano por encima del hombro de Leisha, exclamó—. ¡Jon! ¡Jon! Ven aquí.

Jon llegó a donde ellas estaban. La sangre fluía de un corte en la frente; Gregory Bane se lo había abierto con el puño. Jon estaba sucio y sudoroso y parecía que estaba teniendo el momento de su vida.

—¿Qué? —Exigió—. Oh, Dios mío. Leisha, ¿qué estás haciendo aquí?

Más en el santuario, el dragón soltó otro rugido. Las paredes temblaban.



Fuera de la iglesia, las sirenas eran lamentos. El departamento de bomberos y la policía de New York estaban en camino. Se había tomado sólo una guerra vampiro y un dragón de setenta pies para conseguir que alguno de los vecinos de St. George llamara al 911.

—Oh, gracias a Dios —dijo Leisha cuando escuchó las sirenas—. Alguien tiene que disparar a esa cosa.

—¡No! —gritó Meena. Luego, al ver las expresiones en las caras de su hermano y amiga, dijo, con más calma—, Jon, creo que Leisha está de parto. Necesitas encontrar a Adam y conseguir sacarles fuera de aquí.

—¿Qué? —Exclamaron Leisha y Jon juntos.

—Sí —dijo Meena firmemente—. Leisha, creo que estás teniendo a tu bebé ahora. Jon, tienes que llegar a ella y a Adam en la primera ambulancia que veas y llevarlos lejos de aquí. Muy lejos de aquí. Háganlo ahora, Jon. Yo quiero que te vayas con ellos. Es tu culpa que estén aún aquí, en primer lugar.

—¿Cómo es mi culpa? —Jon exigió indignado.

—¿Recuerdas la nota que dejé abajo en St. Clare? —preguntó Meena—. ¿Una en la que especificué que cualquier persona que me siguiera hasta aquí va a morir esta noche?

Jon rodó los ojos. —Ah, cierto. Sí, todos vimos eso. Pero, ¿qué se supone que debemos hacer, Meen? ¿Simplemente dejar que vengas aquí y luchar contra estos tipos por tu cuenta? Parecía que estabas haciendo un gran trabajo cuando llegamos aquí.

—Tú mataste a mi novio —Meena le recordó—. Estaba manejándolo muy bien, y luego le disparaste. Y ahora mira lo que está pasando. La policía está aquí, y el departamento de bomberos, y gente inocente va a salir lastimada. Y, por cierto, estoy bastante segura de que eres tú al que está buscando.

El dragón soltó otro de sus rugidos. Sonaba mucho más cerca que el anterior.



Jon saltó y pareció darse cuenta de que Meena tenía razón: Lucien iba a venir por él. Los enormes ojos, rojos como la sangre parecían estar buscando el ábside de alguien... Jon rápidamente entregó su ballesta montada y cargada a Meena.

—Sí —dijo con aire de culpabilidad—. Realmente lo siento acerca de eso. En realidad estaba en busca de su hermano. —Tomó a Leisha por el brazo—. Relájate, Leish —le dijo—. Te voy a tener aquí por poco tiempo. Estoy bastante seguro de que vi a Adam por las puertas. Debe de haberte estado buscando.

Leisha lanzó una mirada frenética por encima del hombro a Meena cuando Jon la llevaba. —¿No vienes con nosotros? —preguntó.

Meena sonrió y saludó con la mano. —Quiero quedarme para ver el final de la obra —dijo—. Llámame más tarde y quiero saber dónde estás. —Ella sujetó un teléfono imaginario a la cara.

Leisha asintió con la cabeza, luego miró consternada. —¿El bebé es realmente una chica? Nosotras nunca hablamos acerca de ningún nombre de niña.

—Siempre he sido parcial con el nombre de Juana—dijo Meena después de su... Justo cuando el Dracul la vio allí de pie y comenzó a correr en su dirección. Mientras que Jon se apresuró a llevar Leisha a la seguridad, Meena se giró a la cara del vampiro... Que resultó ser nada menos que Gregory Bane.

—Hola, Meena Harper —dijo él, dándole la misma sonrisa lenta y deliberada que había enviado a tantas miles de mujeres en los dieciocho a cuarenta y nueve demográficas en ajustes de griterío. Meena rodó los ojos, levantó la ballesta de Jon, y le disparó directamente en el pecho.

Luego dio un paso a través del polvo desmoronado de sus restos. Fue entonces cuando otro proyectil pasó silbando por el aire, rozando la mejilla de Meena por meras pulgadas.

Un segundo después, el dragón soltó un bramido, este de dolor, que fue lo suficientemente fuerte como para sacudir los cimientos del edificio. Meena, confusa, miró hacia arriba para ver una estaca saliendo de su largo cuello.

Una estaca. Otra estaca.



Alguien más, aparte de su hermano, estaba disparando a Lucien. Meena se dio la vuelta, tratando de ver quién era. Vio Abraham Holtzman en el centro del ábside y lleno de humo, una ballesta en un hombro, volviendo a cargar.

Ella dejó caer su ballesta y voló hacia él. —Para —le gritó—. Tienes que parar. ¡Le estás haciendo daño!

—Por supuesto que le estoy haciendo daño, señorita Harper —dijo Abraham sin rodeos—. Ese sería el punto, ¿verdad? Estoy tratando de distraerlo mientras Alaric...

—Pero Lucien está de nuestro lado —exclamó Meena—. ¡Está tratando de ayudarnos! Mató a Dimitri.

—No sea ridícula, señorita Harper. Mató a su hermano a fin de preservar su control sobre el trono —dijo a Abraham con paciencia medida—. Él es el Príncipe de la Oscuridad, hijo predilecto de Satanás en la tierra para reinar sobre todos los seres demoníacos. Sé que piensas que lo amas, querida, pero debe ser destruido para que la bondad y la luz para tener una oportunidad...

—Pero él es parte de la bondad y la luz —insistió Meena—. Su madre era...

—Señorita Harper —dijo Abraham—. Seguramente no puede decirme que hay alguna parte de eso que no es malo.

En la palabra “eso”, hizo un gesto hacia el dragón, que estaba perdiendo una corriente de su fuego blanco en los banqueros donde Meena había visto anteriormente atacar a la hermana Gertrude. En un momento estaban allí.

Al próximo, se habían ido.

—Oh, querida —Meena escuchó a una voz muy cercana decir. Volvió la cabeza y vio a Emili y Mary Lou Antonescu de pie a su lado.

Pero no se parecían en nada a lo que habían sido cuando les había visto en torno a su edificio de apartamentos. Los dos estaban cubiertos de hollín y de sangre, su ropa de diseñador rota y el pelo de Mary Lou en completo desorden. Ella se aferraba a su esposo, viendo en el terror absoluto, como Lucien respiraba fuego en el Dracul.



—¿Sabían acerca de esto? —Meena les exigió—. ¿Sabías que Lucien? —ella ni siquiera sabía qué decir, exactamente—, podría... podría...

Emili se volvió para mirar hacia ella. Su expresión era grave. Y un poco triste.

Y no dejó ninguna duda, en la mente de Meena, al menos, que él lo había conocido. ¡Oh, lo había sabido todo el tiempo!

—El Príncipe siempre ha tenido muy mal genio. —Fue todo lo que dijo, sin embargo.

—¿Un mal genio? —Meena exclamó. Hizo un gesto hacia el dragón, que había bajado su cuello largo y delgado para recoger a Stefan Dominic en la boca y ahora lo desgarraba, miembro por miembro. Meena tenía que cubrir los ojos con las manos—. ¿Llamas a eso mal humor? —preguntó ella, con un gemido.

—Nunca es una buena idea —dijo Emil—, enojar al Príncipe. Dimitri realmente debería haberlo sabido mejor.

Meena, con cuidado de no mirar en la dirección de Lucien, bajó las manos y le preguntó: —Bueno, ¿cómo detenerlo? ¿Cómo hacer que vuelva?

—Oh —dijo Emil, apretando su brazo alrededor de su esposa—. No podemos.

A Meena se le cayó la mandíbula. —¿Qué? Quieres decir...

Esto era exactamente lo que Meena había temido cuando ella estaba tan cerca de ese ojo gigante y no había visto nada en él, del hombre que amaba... que Lucien nunca volvería a ser él mismo otra vez.

No es que importara. Meena todavía iba a hacer todo en su poder para evitar ser arrasados por una combinación del departamento de bomberos, la policía de New York, La Palatina y el Dracul, lo que fuera, hombre o bestia. O vampiro.

—Oh, va a dar marcha atrás con el tiempo, cuando deje de estar tan enfadado —dijo Emil—. Mientras tanto. —Miró por encima del hombro a la policía que estaba gritando en la iglesia con un megáfono para que depongan las armas y salir con las manos en la parte posterior de la cabeza—. Mary Lou y yo nos vamos. Le sugiero que haga lo mismo, Señorita Harper.



Y con eso, ellos desaparecieron ante los ojos de Meena. Un minuto estaban allí, y al siguiente, no había nada en absoluto en donde habían estado de pie, excepto dos mechones de niebla.

Aturdida, Meena volvió a mirar a Abraham, que recargaba su ballesta. Parecía tomarse lo que acababa de suceder con calma. Ni siquiera se preocupaba por haber perdido su oportunidad de agradecer la participación de los Antonescu.

Estaba en un partido mucho más grande.

Ella iba a despertar pronto, decidió Meena. Ya que todo tenía que ser una pesadilla. Se iba a despertar en su propia habitación, con Jack Bauer en sus brazos, y sería por la mañana, y el sol brillaría, y todo estaría bien. Nada de esto habría sucedido. Se levantaría para ir al trabajo, y...

—Meena —Escuchó a Alaric llamándola de algún lugar en la iglesia—. ¡Meena!

Entonces lo vio. Estaba de pie justo detrás del dragón.

—¡Muévete! —Le gritó, la hizo gestos con la manera de salir con los brazos, lo que indicaba que quería que ella pasase donde Abraham.

Y en ese momento, en ese momento, ella sabía exactamente lo que él y su jefe estaban planeando hacer: Abraham disparaba a Lucien, que le distraía con otra estaca en el cuello.

Entonces, mientras que Lucien estaba rugiendo sobre el dolor, Alaric iría para arriba sobre la espalda del dragón... A continuación, le cortaría la cabeza.

Alaric, Meena llegó a la conclusión, estaba loco. Especialmente si pensaba que Meena iba a dejar que esto suceda nunca.

—Será mejor que haga lo que dice, señorita Harper —dijo Abraham, levantando su ballesta al hombro y tomando el objetivo—. Sé que esto es doloroso para usted. Pero confíe en mí, es la mejor manera. Le prometo que se sentirá mucho mejor cuando todo haya terminado.



Cuando Abraham estaba hablando, el dragón, que había terminado su última comida, miró a su alrededor. Había zigzagueado su cabeza hacia atrás y adelante en su largo cuello, la serpentina como si buscara el ábside por su próxima víctima. Pero ahora que finalmente se congeló... y cuadró a ambos Meena y Abraham en la mira.

Los gigantes, ojos cristalinos se centraron directamente en ellos, sin pestañear, como una serpiente.

Todos los pelos de la nuca de Meena se erizaron cuando el dragón la miró. Vio una corriente de liberación de humo de sus narices. El olor nocivo del azufre la envolvió un segundo después.

—Oh, querido... —dijo Abraham, congelándose con el dedo en el gatillo de la ballesta—. Creo...

Meena llegó hasta deshacer uno de los ganchos de la correa de mensajero de la bolsa dragón. Se deslizó de su hombro. Luego, apretando la correa con ambas manos, ella tiró la bolsa tan duro como pudo a Abraham, el peso de su portátil en el interior atrapándolo por completo en la espalda.

—¿Qué? —Exclamó mientras se tropezó.

No cayó, sin embargo. Era demasiado pesado y tenía demasiada experiencia.

Su tiro, sin embargo, lo hizo enloquecer. Lo que pasó después no era parte del plan de Meena.



CAPÍTULO 59

Traducido por Evelin
Corregido por Vlan*

12:30 A.M. EST, sábado, Abril 18

Catedral St. George

180 Este, Calle Setenta y ocho

New York, New York

La punta de la larga cola roja del dragón se disparó hacia adelante, envolviéndose en la cintura de Meena y levantándola físicamente en el aire.

Meena habría gritado si hubiera podido hacerlo. Pero estaba siendo apretada con tanta fuerza que no podía respirar. Además estaba demasiado aterrorizada para gritar.

Navegando por encima de las cabezas de todos los que quedaban en el ábside, Meena tenía una vertiginosa visión de los bancos rotos, los humeantes muros, su bolsa de dragón y el ordenador portátil quedando en el olvido, y finalmente, el rostro atónito de Alaric... hasta que fue arrojada en el área en donde el dragón aparentemente la reconoció por su olor cerca de la escalera del desván del coro y en donde al parecer él quería que ella permaneciera. Ese fue el lugar en donde él la soltó, con lo que ella suponía que un dragón podía considerar suave, pero que en realidad fue un aterrizaje que la hizo girar contra el mismo muro en donde sólo había quedado un lugar quemado como prueba de que Dimitri Antonescu alguna vez había existido en este planeta.

Estaba demasiado aturdida para moverse, ella yacía allí, viendo sólo la oscuridad.

—¡Meena! —Ella pensó oír a alguien gritando desde muy lejos.

Pero se sentía demasiado enferma por su violento viaje a través del aire combinado con la fuerza con que había golpeado el muro para responder.

Luego, Alaric estaba allí, tratando de tener un atisbo, luego abrió otro de sus ojos, chequeando sus pupilas, preguntándole si estaba bien.

460



Purple Rose

—Vete —dijo ella. Ella quería vomitar. Le dolía la cabeza, su brazo estaba herido. Sólo quería irse a casa.

Aunque ya no tenía una.

—Meena, mírame.

Ella lo miró. Apenas podía verlo en la profunda oscuridad. Su rostro parecía consternado por la preocupación.

—Creí que tenías un dragón por matar —dijo ella.

—Bueno —dijo él—, supongo que perdí mi oportunidad. ¿Cuántos dedos estoy levantando? —preguntó él, levantando dos.

—Nueve —dijo ella.

Y luego lo peor ocurrió. La cola regresó. Meena contuvo el aliento cuando la vio, causando que Alaric se diera vuelta y la viera, también. Destellaba peligrosamente roja a través del humo, pareciendo buscar algo. Meena se congeló cuando la vio, pensando, Oh, no, no de nuevo.

Era agradable que Lucien la amara tanto. Pero él en realidad necesitaba trabajar en sus aterrizajes.

Alaric parecía estar pensando lo mismo, así que levantó su espada, como si estuviera listo para cortar la punta de la cola de Lucien si se acercaba mucho...

...Sólo que esta vez, resultó no ser Meena lo que Lucien estaba buscando. La cola encontró uno de los pilares que sostenían el desván del coro. Lo envolvió...

...y haló.

—Mierda —dijo Alaric, lanzando sus brazos sobre Meena.

No había tiempo para nada más.

Tal vez si la Catedral St. George no hubiera estado tan vieja como estaba. Si no hubiera estado en necesidad de una renovación inminente. Si no hubiera sufrido tantos golpes



de un dragón rugiente y escupiéndolo por la última media hora. Tal vez entonces su integridad estructural pudiera haber soportado en mejor estado.

En cualquier caso, quitando ese solo pilar causó que una gran sección del desván del coro se viniera abajo.

No encima de ellos. Sólo a su alrededor. Suficiente para sellar efectivamente lo que estaba ocurriendo en la nave principal de la iglesia y el ábside, sepultándolos en una especie de cueva de dragón de madera y yeso.

Lo cual, Meena estaba segura que había sido el plan de Lucien todo el tiempo. Él estaba cansado de preocuparse por lastimarla. Lo cual era dulce, ella suponía, a su manera.

Pero no estaba segura de cuánto tiempo iba a ser capaz de sobrevivir a las formas en que los dragones expresaban su cariño.

—Oh, Dios mío. —Ella tosió. Había demasiado polvo.

Y Alaric Wulf, encima de ella, pesaba una tonelada. Como de costumbre.

—¿Estás bien? —ella le preguntó.

Él no dijo nada al principio. Eso era un poquito alarmante.

—¿Alaric?

La fuerza del derrumbe había causado que la madera laminada cambiara, haciendo estallar la madera de una ventana ya clausurada, por la cual ahora entraba una sucia y gris luz de la calle. En eso, Meena pudo ver el rostro de Alaric encima de ella, cubierto de cenizas y polvo de yeso, él se veía... extraño. Ella no podía entender en que forma.

—¿Alaric? ¿Estás herido? —le preguntó.

—No —dijo él suavemente, en una manera un poco pensativa—. No lo creo.

¿Qué estaba mal con él? ¿Por qué se veía de esa manera?



Bueno, probablemente estaba decepcionado. Él había perdido su gran oportunidad para matar a Lucien y ahora probablemente nunca conseguiría otra. Gracias al cariño que su novio tenía por ella, ellos estaban atascados hasta que alguien los sacara. Esa era la culpa de Alaric por correr desesperadamente a ver si ella estaba bien. Si el sólo se hubiera quedado en el ábside...

—Meena —dijo él, mirándola. Sus ojos seguían siendo de un brillante azul como siempre. Pero ahora, ella pensó, parecían...

—¿Todavía voy a morir? —preguntó él.

—¿Qué? —Él era tan pesado. ¿Por qué tenía que ser tan grande? ¿Y por qué estaba actuando tan extrañamente?

—¿Todavía voy a morir? —preguntó él—. Ahora. Esta noche.

—Oh, Alaric —dijo ella con un suspiro.

Y entonces su corazón le dio un tirón. Él todavía iba a morir.

Excepto... que eso no era posible.

Lucien la había arrojado allí para mantener a salvo su vida. Alaric debería de estar a salvo, también.

Todo debería de haber estado bien ahora.

Pero por alguna razón, Alaric todavía iba a morir.

¿Cómo podía estar pasando esto? Eso no tenía sentido.

Él había leído la verdad en su horrorizada expresión, y dijo, —Eso es lo que creo. Porque ahora voy a hacer esto.

Entonces él bajó la cabeza y comenzó a besarla.

Si bien este desarrollo era alarmante eso la sobresaltó casi más de lo que cualquier otra cosa que le hubiera ocurrido en los últimos días, y eso ya era decir mucho no era tan



alarmante como el hecho de que Meena encontrara que ser besada por Alaric Wulf no era algo desagradable.

De hecho, había sido todo lo contrario.

Había pasado ya un tiempo desde que Meena había sido besada por un hombre que en realidad tuviera un latido y sangre latiendo en sus venas... dos cosas que Alaric tenía en abundancia. Ella podía sentir los dos fuertes pulsos contra ella mientras era besada con una lenta deliberación... un beso que él parecía no tener prisa en terminar. Un beso que él parecía, si ella no estaba equivocada, haber considerado de antemano... después de mucho pensarlo. Alaric Wulf estaba besándola como si este fuera el último beso que iba a darle a alguien en su vida.

Y cuando ella abrió los ojos y miró hacia abajo, se preguntó qué estaba recorriendo su cuerpo y haciéndola sentir tan cálida y vio la masiva cortada en la pantorrilla derecha, desde la cual la sangre brotaba de una manera alarmante, ella podía ver por qué él sentía que besarla podía ser lo último que hiciera antes de morir. Un clavo o algo parecido debió de haberlo cortado mientras el desván del coro estaba colapsando y el valientemente se volcó sobre ella. Para salvarle la vida una vez más.

464

Hablando de tener un complejo de héroe.

¿Por qué él estaba tratando de hacer eso? ¿No sabía que eso sólo iba a matarlo?

Meena juró, sin miramientos, ella lo empujó contra el suelo, y luego se apresuró a detener la hemorragia con sus manos.

—Alaric —dijo ella. Tratando de mantener la calma. Había demasiada sangre—. Te has cortado. Estas sangrando.

—Lo sé —dijo él. No sonaba como si particularmente le importara. Él mantuvo la mirada fija en su rostro. Parecía perfectamente feliz.

Ya había perdido mucha sangre. Estaba empozándose en el suelo debajo de ellos. Cubriéndolos a ella y a él.

—Tenemos que detener el sangrado —dijo Meena—. Creo que dañó una arteria o algo así. —Ella trató de recordar los cursos de primeros auxilios que había tomado en la



escuela. ¿Por qué no podía recordar nada ahora, cuando lo necesitaba?—. Creo que necesito hacer un torniquete.

—Me dijiste que iba a morir —dijo él encogiéndose de hombros—. Dijiste que sería oscuro y que habría fuego. Y ahora está ocurriendo. Tenías razón.

—No —dijo ella. Su corazón parecía estar corriendo a mil por hora. Por favor. Eso parecía golpearla. Déjame estar equivocada. Sólo esta vez. Necesito alejarme del precipicio—. Estaba equivocada. Necesito tu cinturón o algo.

—Nadie aleja al Señor *Sticky* de mí —dijo Alaric, agarrando la empuñadura de su espada.

—Oh, Dios mío —dijo Meena—. No quiero tu estúpida espada. Quiero...

Luego ella lo recordó.

—Mi bufanda —dijo ella—. La que te di. ¿Todavía la llevas?

Él levantó su puño y retiró la manga. Ella estaba aliviada de ver que esa bufanda roja que le había dado todavía seguía allí. —¿Te refieres a esta? —preguntó él—. Pero tú me la diste.

—Bueno, la necesito de regreso —dijo ella—. Quítatela. Dámela.

Sus dedos grandes, tan hábiles en tantas cosas, resultaron ser torpes con esto, palpando a tientas el pequeño nudo que ella había hecho. —Estoy muy sorprendido contigo, Meena Harper —dijo él, sonando infantilmente decepcionado—. Creí que me la diste como un presente. No es muy cortés por parte tuya quitar algo después de que se lo diste a alguien, ya sabes.

Más allá de la gruesa pila de escombros alrededor de ellos, Meena escuchó un rugido, Lucien. Luego la edificación se estremeció. Meena cerró los ojos. ¿Qué estaba haciendo Lucien?

Por favor, rezó. No más muertes.



Ya habían tenido demasiadas muertes esa noche. Demasiadas. Ella no podía aguantar más.

Alaric lo escuchó, también. Sacudió la cabeza mientras continuaba desenredando el pequeño nudo.

—Está es la razón —dijo él—, por la que necesitas trabajar para la Palatina.

—¿Qué? —sus manos estaban empapadas por la sangre mientras ella presionaba su herida—. ¿De qué estás hablando?

—Tú —dijo él—. ¿No lo ves, Meena? Si comienzas a trabajar para la Guardia Palatina, podrías evitar que cosas como esta sucedieran. Los demonios... no tendrían oportunidad si estuvieras de nuestro lado en vez del de ellos.

—No estoy del lado de los de los demonios —espetó Meena. Ella sabía que esa no era su culpa. Él obviamente estaba delirando por toda la pérdida de sangre. Esa era la razón por la que la había besado. Nunca lo hubiera hecho si hubiera estado en sano juicio. Él la odiaba—. Sólo no veo porqué todo el mundo quiere matar a Lucien. Él...

—Como el día cuando Martin y yo fuimos a esa bodega a las afueras de Berlín —dijo Alaric, ignorándola—, no teníamos idea que estábamos caminando dentro de una trampa. Pero si hubieras estado trabajando para la Palatina, podrías haber dicho, “Hey, Alaric, Hey, Martin. Hay peligro. Tengan cuidado”, hubiéramos podido ser más cuidadosos. Y tal vez ahora, Martin todavía sería capaz de masticar.

Él logró desatar la bufanda.

Meena lo miró fijamente por un segundo.

¿Era en serio? ¿O sólo parte de la ilusión, provocada por la pérdida masiva de sangre? ¿Trabajar para la Guardia Palatina? ¿Ella?

No. Ese era el sueño de su hermano, no el de ella. No quería ser una cazadora de demonios. Ella estaba enamorada de un demonio.

¿No sería eso un conflicto de interés?



—Me gustaría que vinieras a trabajar con nosotros, Meena —dijo Alaric, su mirada se fijó en la de ella—. No quiero morir. Y tener una pista de cuando esperar la muerte sería realmente agradable. Sé que todos los demás lo apreciarían, también.

Ella le quitó la bufanda. Sus ojos, incluso en la semi-oscuridad, estaban demasiado azules.

—Pensaré... en eso —dijo ella.

Luego, se inclinó para concentrarse en hacer el torniquete con la bufanda y un trozo de madera que encontró entre los escombros. Afortunadamente, ella había escrito un dialogo para un episodio de *Insaciable* en donde Victoria Worthington Stone se había visto obligada en poner un torniquete en la pierna de su medio-hermano cuando el avión en el que habían estado cayó en la selva de América del Sur.

Victoria por radio había recibido las instrucciones médicas y Meena había sido escrupulosa por obtener los detalles correctos, por si acaso cualquiera de sus televidentes alguna vez se encontraba en la misma situación...

Ella ni en un millón de años imaginó que podría ser uno de ellos.

Pero el torniquete funcionó. La sangre dejó de brotar de su pierna.

Era eso, o la sangre se había detenido porque Alaric estaba muerto.

Pero cuando lo miró fijamente, vio que él todavía estaba mirándola, con una expresión pensativa en su rostro.

—¿Entonces? —preguntó él.

—La mala noticia es que eres un besador terrible —le informó ella con una gravedad disimulada. Era mejor que usara el humor para que la situación no fuera tan grave como lo era en el momento de dejarlo saber la verdad—. La buena noticia es que tienes tiempo para trabajar en tu técnica. Vas a vivir.

—No —dijo. Él tomó su mano, sin importarle que estuviera cubierta de sangre. Su sangre—. No me refiero a eso. Me refiero a lo otro.



Ella sacudió la cabeza. —Alaric —dijo ella, riendo con una voz temblorosa—. No me voy a mudar a Roma.

Él parecía pensar en eso. —¿Funcionarían tus poderes psíquicos a través de *Skype*? —preguntó él finalmente.

Luego se desmayó.

Sin embargo, no soltó su mano. Él la estaba sosteniendo tan fuertemente. Hasta que horas más tarde los bomberos rompieron un agujero entre los escombros y preguntaron si estaban bien.

—Estoy bien —gritó Meena—. Pero mi amigo necesita una ambulancia. Su pierna está gravemente herida.

—De acuerdo, señora —dijo el bombero—. Sólo manténganse atrás. Los sacaremos en un minuto.

—¿Qué pasa con los demás? —preguntó Meena preocupadamente, pensando en Lucien... pero también, se dijo a sí misma, en Abraham Holtzman, la hermana Gertrude y los otros—. ¿Todos los demás están bien?

—No sé nada de eso, señora —dijo el bombero—. Hasta donde yo sé, ustedes dos son los únicos sobrevivientes.



CAPÍTULO 60

Traducido por ****Liseth_Johanna18****

Corregido por **Vlan***

*6:00 P.M. Viernes, Abril 23
Hospital Lenox Hill
100 Este, Calle setenta y siete
New York, New York*

Alaric era profundamente infeliz.

Ya era lo suficientemente malo que estuviera en un hospital.

Pero, para empeorar las cosas, había estado allí por casi una semana, y nadie había pensado en traerle sus propias cosas desde su habitación en la Península. Su pijama de seda, o sus zapatillas forradas, o incluso una túnica.

Nada.

Así que estaba atascado en tracción, nada menos que en una cama de hospital muy incómoda, sobre inferiores sabanas de hospital, con una de esas inferiores y planas almohadas de hospital, con una bata de hospital. ¡Con una bata de hospital!

Ni siquiera se cerraba correctamente en la espalda. Así que si hubiera querido dar un paseo alrededor del piso (lo que no podía hacer porque estaba en tracción; le habían dicho que no caminaría en semanas, ¡semanas!, y se llamaban a sí mismos médicos), no podía, porque estaría mostrándole su parte trasera a toda la sala.

Y su televisión de habitación de hospital no tenía ningún canal de películas premium.

Y no había minibar. No es que como si hubiera caminado a uno y lo hubiera abierto, dado que estaba en tracción. Si quería algo como un vaso de agua, tenía que timbrarle a la enfermera para que se lo trajera.

469



Purple Rose

Ni siquiera podía caminar hasta el baño.

Nunca había sido tan humillado.

Alaric se habría liberado si no le hubieran dicho que tenía una especie de infección por rabia a través de sus venas, que le obligaba a recibir antibióticos por vía intravenosa. De lo que no estaba muy seguro de creer. Siempre había sido extremadamente sano. ¿Como podía haber conseguido una infección?

¿Tal vez porque casi te desangraste a morir de una arteria cortada en un colapso de un edificio y la Srta. Harper tuvo que usar sus manos y un torniquete hecho de un palo y una bufanda para detener la hemorragia y salvar tu vida? Eso había sugerido Abraham Holtzman cuando Alaric le había hecho la pregunta a él.

Pero Holtzman solo estaba de mal humor, Alaric lo sabía, porque él había perdido casi todas sus cejas y sufrido quemaduras en el 10% del resto de su cuerpo gracias al disparo de Lucien Antonescu que había matado a la mayoría de los Dracul y chamuscado el hábito de la Hermana Gertrude.

Cuanto deseaba Alaric haber estado allí para verlo. No es que le hiciera falta en particular el hecho de ver monjas desnudas.

470

Pero habría disfrutado ser testigo de todos ellos intentando huir hacia las catacumbas secretas que existían debajo de todas las iglesias católicas de la ciudad antes de que el departamento de bomberos descendiera en el lugar con sus mangueras.

—Es tu culpa —había dicho Holtzman, reprendiéndolo, la primera vez que había venido a visitar a Alaric en su habitación de hospital—. Si tan solo le hubieras seguido como se suponía que hicieras y hubieras ido tras la bestia en lugar de la chica, lo habríamos atrapado. Pero no. tenías que ver si Meena Harper estaba herida. Entonces por tu culpa, el Príncipe de la Oscuridad escapó. Nunca vas a lograr esto, Wulf.

No había suficientes analgésicos en el mundo para hacer soportable la post-represión de Abraham Holtzman. El hecho de que Alaric no tuviera ninguno porque no le gustaba la forma difusa en que lo hacían sentir lo hacía aun peor.



—¿Entonces se suponía que la dejara allí? —demandó él—. Con una posible contusión, ¿o algo peor? ¡Acababa de ser lanzada a través de la habitación por un dragón!

—Lucien Dracula nunca iba a herir a esa chica. —Holtzman, obviamente, no se sentía demasiado relajado. Había perdido la primera capa de la piel en las manos y la cara. Lucía increíblemente cómico sin sus cejas. Pero por supuesto, Alaric no podía decir nada de ello. Aunque planeaba tomar algunas fotografías en el celular, tan pronto como tuviese oportunidad, y enviárselas a Martin, para reírse.

—Lo sabías —dijo Holtzman—. Corriste tras ella en lugar de hacer tu trabajo, porque eres dulce con ella. Tengo serias reservas acerca de la señorita Harper y esta idea tuya de contratarla para que trabaje para nosotros. Creo que eso solo nos conducirá al desastre. Especialmente dado que Lucien Dracula está aún completa y obviamente enamorado de ella.

—No soy dulce con ella. —Alaric nunca había escuchado algo tan ridículo. Pero parte de él se preguntaba, ¿Es tan obvio?—. Pero si no puedes ver las ventajas de tener a alguien que...

—Oh, veo las ventajas. —Holtzman sacó su pañuelo y se secó en un lugar donde una de sus quemaduras rezumaba. Alaric alejó la mirada. Aunque no suponía que se viera mejor él mismo. ¡Como odiaba los hospitales!—. Y, desafortunadamente, también tus superiores, puesto que ya han puesto la documentación apropiada para iniciar una unidad de tarea especial, aquí en Manhattan, conmigo mismo a cargo. —Luego añadió con tristeza—: También te quieren en ello.

Alaric, sorprendido, trató de no mostrar lo feliz que lo hacía esta información. Excepto por la parte en la que Holtzman estaba a cargo, por supuesto.

—Yo, por supuesto, les informé que la Srta. Harper no es la única de la que tengo serias reservas. —Holtzman dobló su pañuelo y lo guardó, observando a Alaric con una mirada de lince.

—Vi tu comportamiento en el campo la semana pasada, y me pareció lejos de ser aceptable. Si quieres ser parte de esta nueva unidad, tendrás que tomar ese tratamiento Psicológico Obligatorio que nunca tomaste después de Berlín. —Mirando hacia la



pierna de Alaric, Holtzman gruñó, y luego agregó—: Bueno, supongo que tendrás que hacerlo en cualquier caso. Pero recibirás asesoramiento. ¿De acuerdo?

Alaric frunció el ceño. No podía pensar en nada peor que tener que sentarse en la oficina de algún hablador, discutiendo sus sentimientos.

Pero si eso significa ver más de Meena Harper...

—Bien —dijo Alaric entre dientes.

—Excelente. Eso es lo que me gusta escuchar. De verdad que no deberías poner tanta resistencia a estas políticas, Alaric, son para tu beneficio. Aunque esto no significa, por supuesto, que voy a estar observando como te acercas a la Srta. Harper. Aunque —añadió Holtzman—. Ella no ha dicho si tomará o no el trabajo.

Alaric casi saltó de la cama por la sorpresa, a pesar de que estaba prácticamente pegado por una amplia y complicada pila de cables. —¿Que? —soltó—. ¿Por que infiernos no? ¿No le ofreciste?

—Oh, cálmate —dijo Holtzman con amargura—. Le ofrecimos un paquete completamente adecuado.

—¿Adecuado? —Alaric quería tirar algo. Pero la única cosa lo suficientemente cerca era el control remoto. Ya lo había lanzado tantas veces, que las enfermeras lo habían amenazado en retirarlo si él lo hacía una vez mas—. Ella es...

—Ella es psíquica —Abraham le recordó—. No es que ella estuviera arriesgando su vida en el campo. El paquete que le ofrecimos era un reflejo de eso. Incluye todos los beneficios y es, de hecho, muy generoso, si me lo preguntas. No puedo imaginar a alguien que no le gustaría tomarlo, especialmente en este mercado de trabajo. ¿Quién no querría ir a trabajar para El Palatino?

—Alguien —dijo Alaric, con un poco de amargura, desde su cama de hospital—, que esta enamorada del Príncipe de la Oscuridad.

Ahora, recordando la conversación con Holtzman, quería lanzar algo de nuevo.



Al menos hasta que Meena Harper lo sorprendió caminando a su habitación de hospital.

Y usando una bata de hospital. Eso era simplemente perfecto.

—Hola —dijo ella. Su brazo izquierdo estaba enyesado desde el codo hasta la muñeca. En su mano derecha, llevaba un florero lleno de margaritas.

Alaric no había pensado mucho en flores antes. De hecho, siempre había pensado que las flores eran estúpidas.

Hasta ahora. Ahora las margaritas eran sus favoritas.

—Hola —dijo él. Excepto por el yeso, Meena Harper lucía bien. Habría ido tan lejos como para decir que Meena Harper lucía genial. La marca de la mordida en su cuello casi había desaparecido. Tenía algunas ropas nuevas bueno, por supuesto. Porque la última vez que la había visto, había estado cubierta de sangre.

Su sangre.

Estaba usando un vestido. Era corto y negro, y un poco apretado en el pecho.

A él le gustaba mucho.

Puso las margaritas en el alféizar de la ventana. Afuera llovía, y las flores iluminaron la habitación un poco.

Lo que era un milagro. Había pensado que nada podría iluminar esa habitación de hospital.

Pero ahora lo sabía. Las margaritas podían. Margaritas, y Meena Harper.

—Estaba aquí visitando a mi amiga Leisha —dijo ella, sentándose en la silla rosa de vinilo que estaba al lado de su cama. ¡Rosa! ¡De vinilo! La silla era un desastre. Excepto cuando Meena Harper se sentó en ella usando el corto vestido negro. Porque entonces él podía ver mucho de sus desnudas piernas. Así que, tal vez la silla no era tal desastre después de todo—. Tuvo una niña. Es un poco prematuro, pero ambas van a



estar bien. Leisha está tan feliz. Parece que no recuerda lo que sucedió en la iglesia. O fuera de mi apartamento. Adam dice que no se lo digamos. Cree que es lo mejor.

—Probablemente tiene razón —dijo Alaric, cuidadosamente.

—Cierto —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Adam dice que él desearía poder olvidarlo. Él y Jon están instalando la habitación de la bebé justo ahora. De lo contrario, la bebé tendrá que dormir en un cajón.

—Oh —dijo Alaric. No sabía nada de bebés. Excepto por la hija de Martin, que alguna vez había sido una bebé. Alaric había pensado que Martin estaba loco por querer un bebe. Trató de sonar comprensivo, sin embargo, al igual que lo había hecho con Martin, porque sabía que era como se suponía que debía ser la gente con bebés—. Eso es bueno.

—La llamarán Juana —dijo Meena—. Joanie. —Estaba mirando por toda la habitación, en todas partes... excepto a Alaric.

Esto, decidió él, era definitivamente incómodo.

Especialmente porque, como la amiga de Meena, Leisha, Alaric no recordaba lo sucedido en la iglesia, tampoco. Al menos, no todo. Sabía que le había dicho algunas cosas cuando ambos habían estado solos después de que el desván del coro hubiera colapsado.

Simplemente no podía recordar qué habían sido esas cosas.

Esto, le había dicho una doctora cuando le había preguntado al respecto, no era inusual. Era por la pérdida de sangre, había dicho ella. No tenía que preocuparse por ello.

Pero Alaric sí se preocupaba por ello. ¿Que había dicho él?

Esperaba no haber soltado algo inapropiado. Tal como sus sentimientos por Meena Harper. Eso no sería bueno en absoluto. No necesitaba que ella supiera como se sentía acerca de ella. No si ella iba a venir con el a la Palatina. ¿Como iba a trabajar? ¿Como iba a ser capaz de trabajar su sutil magia de Alaric Wulf sobre ella si ya sabía como se sentía acerca de ella?



Entonces la magia no sería sutil en absoluto. Sería lo más lejano de sutileza.

Y entonces, la magia no funcionaría. Ya estaba compitiendo con el Príncipe de la Oscuridad. ¿Qué, en todos los infiernos, tenía además de la magia especial de Alaric Wulf?

Pero tal vez aun no había dicho nada sobre que ella le gustaba.

Él podría, por supuesto, simplemente preguntarle qué había dicho.

Pero sonaría como si estuviese preocupado. Y no estaba preocupado. Solo estaba... un poco interesado.

Eso era todo.

—Juana es un lindo nombre —dijo Alaric. Luego, se sintió estúpido.

—Fue mi sugerencia —dijo Meena—. Después de Juana de Arco.

Finalmente, ella lo miró a la cara. Por alguna razón, parecía reacia a hacer eso.

—Es una santa —dijo él—. He oído de ella. Fue quemada en la hoguera como una bruja. Fui a la escuela, ya sabes. No soy un completo imbécil.

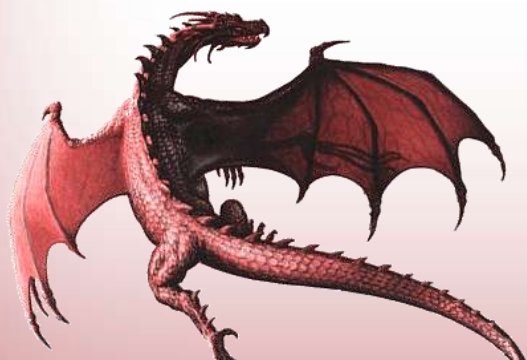
Su preocupación por lo que podría o no podría haber dicho mientras estaba delirante con la pérdida de sangre le hacía actuar un poco a la defensiva, tal vez.

La boca de Meena se apretó mientras lo estudiaba. —No vine a pelear contigo.

Claramente, el doctor estaba en lo correcto. Necesitaba relajarse por lo de la amnesia.

Extendió las palmas. —Estoy en el hospital. Con todo lo que estoy peleando es con una infección. Que aparentemente tú me contagiaste, con tus manos sucias.

Ella sonrió un poco. —Lo sé. Escuche eso. Lo siento por ello. Intentaba salvar tu vida, sabes. De la forma en que siempre salvabas la mía. Aparentemente ambos tenemos complejo de héroes.



—Dicen que es un milagro que pudieran salvar mis piernas, después de como la masacraste —mintió él. Allí, eso estaba mejor. La vieja magia de Alaric Wulf estaba de vuelta.

Paró de reír y pareció angustiada. —Oh, ¿en serio? Pensé que lo había hecho bien. Lo lamento. Así es como me dijeron que se hacía cuando lo investigue mientras escribía para el show. De verdad solo estaba intentando evitar que te desangraras hasta la muerte.

Estaba teniendo la clara impresión de que él no había, de hecho, dejado escapar su eterna devoción por ella mientras habían estado atrapados tras los escombros y él había yacido allí, sangrando a morir.

Esto era un alivio.

¿O no?

—Es maravilloso —dijo Alaric, recostándose contra esa horrible y plana almohada de hospital—. Lo lejos que estabas dispuesta a llegar para evitar que me muera.

—¿Que? —ella sacudió la cabeza—. No. Sólo fue un torniquete. Eso es todo. Y aparentemente, eso casi te mató. Supongo que no eres tan grande como te gustaría que todos pensarán que eres.

—Y aun así —dijo él, abriendo sus manos ampliamente de nuevo—. Aquí estás conmigo, y no en algún lugar escondiéndote de nosotros con Lucien Antonescu.

Ella lo miró. —¿Que tiene eso que ver con todo? Te lo dije, estaba visitando a mi amiga Leisha, y pensé en darme un pasada.

Él se encogió de hombros. —Solo lo encuentro interesante, eso es todo.

La tenía. Y ella lo sabía. Aun más, ella sabía que él lo sabía. Él podía ver que un rubor rosa bañaba su largo cuello, extendiéndose por él desde el apretado vestido negro y viajando hacia sus mejillas.

—Todos sabemos que no está muerto, Meena —dijo Alaric—. Debió haberte pedido que escaparas con él.



El rubor se tornó aun más rojo.

—Bueno —dijo ella, su mirada cayendo al piso—. Es cierto. Lo hizo. Pero le dije que no.

El corazón de Alaric se hinchó de alegría. Este era su mejor día en el hospital. Todo iba perfecto. Él definitivamente no había hecho nada estúpido bajo el desván del coro. ¿Por qué había estado, siquiera, preocupado?

—Es porque vendrás con nosotros después de todo, ¿no es cierto? —Dobló sus manos tras su cabeza, enormemente complacido consigo mismo—. Sabía que solo estabas jugando con Holtzman. Ese es el espíritu. El Viejo necesita ser mantenido de puntillas. Vas por más dinero, ¿no es así? ¿Y por que no? eres un activo valioso para el equipo. ¿O estás intentando conseguir un puesto para ese hermano tuyo, también? Él me demostró una sorpresiva iniciativa en el campo de batalla. —Aunque aparte de ese primer disparo de suerte, él tenía la peor puntería que Alaric hubiese visto.

—Podríamos encontrar algo para él en el departamento de Tecnología. Mira, si yo fuera tú, intentaría conseguir que me pagaran un subsidio de vivienda. ¿En donde te estás quedando ahora?

Ella elevó la mirada. Pero el rubor, por alguna razón, se estaba profundizando. Él podría haber jurado que incluso sus senos se estaban ruborizando. Que era un espectáculo que estaría interesado en ver con más detalle.

—En St. Clare, si debes saberlo —dijo ella—. El Padre Bernard fue lo suficientemente amable para llevarnos a Jon y a mí después de que, desafortunadamente, mi apartamento fue...

—No fuiste a verlo, ¿o sí? —Interrumpió él, dejando caer rápidamente las manos. No quería que ella viese su apartamento. Especialmente la cama y lo que él graffiti sobre ella decía.

—No —dijo—. Pero Jon sí.

—No —dijo él. Esto era muy importante—. Prométeme que jamás irás allá de nuevo. Solo consigue a alguien para que saque todo de allí y lo bote muy lejos. Luego vende el lugar. Nunca regreses.



—Lo haré —dijo ella—. Lo prometo. Pero no me estoy haciendo esperar solo por más dinero, Alaric. La verdad es... que no tomaré el trabajo.

Sintió como si alguien le hubiese abierto otra vena. Tal vez en su corazón.

—¿Que? —dijo estúpidamente.

—Fue muy amable de parte del Dr. Holtzman en ofrecérmelo —dijo sonrojada—. Estoy muy halagada. Pero yo... Simplemente no creo que pueda hacerlo. Ve a trabajar para... la gente para la que trabajas. Ahora mismo.

Alaric la miró fijamente. —Pero creí que habías dicho que Lucien te pidió que escaparas con él —dijo—. Y dijiste que no.

—Sí dije que no —dijo Meena. Se había encogido sobre si misma, como si tuviera frío—. Pero eso fue... antes.

—¿Antes cuando? —Lentamente, la comprensión floreció—. Espera... ¿Antes de que se convirtiera en dragón e intentara matarnos a todos?

Ella asintió sin decir palabra.

—¿Así que en realidad no lo has visto desde esa noche? —Ella se giró de nuevo—. Así que, de hecho, no estas viviendo en St. Clare —dijo él. Todo estaba aclarándose. Tal vez demasiado claro—. Te estás escondiendo allí. Te escondes de él. Porque estas asustada a muerte de él.

—Bueno —dijo ella—. Yo no lo pondría de esa forma.

—¿De que otra forma lo pondrías, entonces? —demandó—. Si no le tienes miedo a él, ¿A qué otra cosa le tienes miedo? ¿A ti misma? ¿Tienes miedo de que podrías decir que Sí, en caso de que te lo pida de nuevo? —Alaric difícilmente podía creerlo. Pero estaba justo allí, escrito en toda su cara.

—En realidad no sé de qué estás hablando —dijo Meena remilgadamente—. Solo entre aquí para saludarte, no para conseguir una de tus lecturas.

¡Lecturas!



—Pero si vas a ser así —dijo ella, con el mismo tono de voz—. Me voy. Creo que te tienen con demasiados analgésicos.

Ella se levantó para irse... pero no lo suficientemente rápido. Porque, incluso en cama, era demasiado rápido para ella. Se las arregló para alcanzarla, y la tomó de la mano sana.

No la iba a dejar ir a ninguna parte.

—No tengo ninguna medicina —dijo con su voz más agradable, la que reservaba para Simone y... bueno, para nadie más, de hecho—. Y está bien tener miedo, Meena.

Ella se quedó de pie allí por un segundo o dos, mirando hacia sus dedos sosteniendo los suyos.

Luego, abruptamente, se sentó de nuevo en la silla rosa de vinilo.

—De acuerdo —dijo, levantando la mirada para encontrarla con la suya otra vez. Sus ojos marrones estaban muy abiertos y problemáticos—. Tienes razón. Estoy aterrorizada. Tan pronto como el sol se esconde cada noche, tomo a Jack Bauer y me voy a uno de esos cuartos sin ventanas en el convento en que atraparon a Yalena. Y me quedo allí. No salgo hasta la mañana. Porque sé que él puede atraparme allí dentro. Quiero decir, si está siquiera buscándome, cosa que no sé. Se convirtió en un dragón, Alaric. Trató de matarnos a todos.

—No a ti —dijo Alaric. No podía creer que estaba defendiendo a Lucien Dracula. Pero sorprendentemente, su deseo de verla sonreír una vez más era más fuerte que su odio por el Príncipe—. Hizo lo mejor para evitar que te mataran.

Ella le lanzó una mirada sarcástica. —Se convirtió en un dragón —le recordó ella.

Alaric miró su mano, tan pequeña sobre la suya. Ella se aferraba, a su vez, fuertemente. Estaba asustada. Estaba muy asustada.

Alaric había visto esto antes. Las personas ya sean adultos, hombres o mujeres, otros guardias igual que él regresaban de sus misiones exactamente de la forma en que Meena estaba ahora, escabulléndose con terror, con miedo de sus propias sombras por los demoniacos horrores que habían visto en el campo.



Él no quería que se fuera con el Príncipe.

Pero no podía dejarla ir esta forma, tampoco. Incluso si eso significaba perderla.

Tomo un profundo respiro y dijo, —Si he aprendido algo en esta vida, Meena, es que hay un montón de cosas espeluznantes allá afuera. A veces solo quiero entrar a una habitación sin ventanas hasta que salga el sol, y todas las cosas espeluznantes hayan desaparecido. Pero la verdad es... esas cosas no se van a ir simplemente así.

Meena, como si sintiera a donde se dirigía con eso, empezó a empujar su mano lejos de él, sacudiendo la cabeza. Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

Pero él no iba a liberar sus dedos de los suyos. Porque ella tenía que escucharlo.

Sin importar lo mucho que quisiera no hacerlo.

—Porque resulta que tengo un don —continuó él—. Y ese don es que soy bueno matando cosas espeluznantes. Así que uso mi don para ayudar a otros que no son tan fuertes como yo, para hacer del mundo un lugar más seguro para ellos. No puedo encerrarme a mi mismo en una habitación sin ventanas hasta que salga el sol, Meena. Sin importar lo mucho que quiera hacerlo algunas veces.

480

Ella sacudió la cabeza hacia él, empezando a protestar.

Pero él solo sostuvo su mano y continuó:

—Porque mi trabajo es enfrentar las cosas espeluznantes. Y pienso que en el fondo, Meena sabes que es tu trabajo, también. Esa puede ser la razón por la que personas como tu y yo fuimos puestos en esta Tierra para que todas las demás personas que no tienen nuestros dones puedan dormir en sus habitaciones sin ventanas mientras hacemos el mundo un poco más seguro para ellos.

Ella no dijo nada por unos segundos. Luego, él vio porqué.

Estaba llorando.

Bueno... no había querido hacerla llorar.



Tal vez él no podía hacer nada bien. Tal vez no había algo como la magia de Alaric Wulf. Tal vez Holtzman tenía razón, y él si necesitaba ese asesoramiento.

Después de un momento, levantó la vista y dijo, —He sido una tonta.

—No creo que seas una tonta —dijo él.

Él quería decir un montón de cosas más. Pero ya no estaba sufriendo pérdida de sangre. Así que se mantuvo callado.

Ella tiro de su mano de nuevo. Esta vez, la dejó ir.

Ella tomó la mano y la apretó, junto con la mano enyesada, a sus ojos, que estaban enrojecidos por las lágrimas derramadas.

—De verdad eres sorprendente a veces —dijo.

Martin le decía lo mismo frecuentemente. —Lo sé —dijo, estando de acuerdo.

—¿Por que me haces esto? —preguntó ella, secándose los ojos con el borde de su sábana.

Dudaba que ella lo encontrara muy absorbente. Los hilos no podían ser de muy buena calidad. Tenía ganas de poner sus brazos alrededor de ella, para decírselo. Pero tenía miedo de que lo abofeteara.

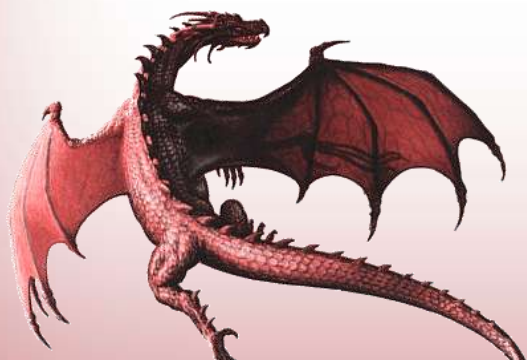
O que Holtzman entrara. Cualquiera habría sido igualmente vergonzoso. Y además, no podía inclinarse hacia delante lo suficiente como para conseguir poner sus brazos alrededor de ella a causa de su estúpida pierna, que colgaba en tracción.

Luego, con los ojos secos, se puso de pie.

Ella se iría ahora, supuso, su depresión estaría completa. Y no tenía idea de si la vería de nuevo alguna vez.

Excepto, para su sorpresa, en vez de irse, ella le puso la mano sana sobre el pecho.

—No debo suponer —dijo ella—. Que estamos a mano ahora, ¿o sí?



Sacudió la cabeza, sin entender lo que decía.

Su confusión aumentó cuando se agachó y le besó suavemente en la mejilla, de la forma en que lo había hecho en la rectoría aquella noche.

—Probablemente no —dijo cuando se enderezó—. Creo que todavía te debo, además, salvaste a Jack también.

Oh. Ella se refería a todas las veces que le había salvado la vida. Pero ella no le debía por eso. Ese era su trabajo.

—Necesitas una afeitada —dijo, arrugando la nariz—. ¿Quieres que mañana traiga algunas cosas para afeitarte?

—Sí —dijo él, su humor, de repente, encendiéndose.

Ella había sido la única en ofrecerse. La única.

Esto era por lo que la amaba.

Además, ella había dicho que vendría a visitarlo de nuevo mañana.

No, no era lo mismo que decir que tomaría el trabajo.

Y tal vez solo era porque ella iba a visitar a su amiga en el sala de maternidad, de todas formas, por lo que le era sencillo ir con él, también.

Pero para mañana, él tendría otro discurso listo para ella, acerca de por que pertenecía a la Palatina. Y cuando ella viniese al día siguiente y ella lo haría; él sabía que lo haría él tendría otro.

Y eventualmente, la convencería. Así era como la vieja magia de Alaric Wulf funcionaba. E incluso si la magia de Alaric Wulf no existía Martín decía constantemente que uno de estos días, tendrían que sacarlo de la tracción, e iba a tropezar con algo más peligroso.

Y entonces, ella no iba a ser capaz de resistir la urgencia de alertarlo para que se mantuviera lejos de ello. Y ahí sería cuando él señalara, con el tipo de brillante e



indiscutible lógica por la que era tan ampliamente conocido, que ella debía también tener un pago y hacer esto para vivir.

Ella no tendría poder para encarar tan superior razonamiento intelectual.

—De acuerdo —dijo Meena. Ella sonrió y extendió la mano para trazar con su dedo su mejilla sin afeitado. Tuvo cuidado de mantenerse muy quieto mientras lo hacía, así ella no se detendría.

Este era otro ejemplo de cómo funcionaba la magia de Alaric Wulf.

—Te veré mañana.

Desafortunadamente, allí fue cuando se dio vuelta y se fue.

Pero su habitación de hospital no parecía ni de cerca tan insoportable para Alaric después de eso como lo había sido antes de que ella viniera a visitarlo. De hecho, de repente, se sentía francamente alegre.

Alaric no creía que este fuera el resultado de poderosos neurotransmisores, como la dopamina, siendo liberados en su cerebro. Decidió que era por las margaritas.

Alaric probablemente se hubiera sentido completamente distinto si hubiese tenido la más ligera idea de a dónde iba Meena Harper... que su discurso sobre no dormir en habitaciones sin ventanas la había convencido, no de que se uniera a la Guardia Palatina para ayudarlo en su batalla contra las fuerzas de la maldad, sino de que ella tenía que ir, tan pronto como dejara el hospital, al lugar que más la aterrizzaba y al que le había hecho la promesa de no ir en absoluto.



CAPÍTULO 61

*Traducido por Sheilita Belikov
Corregido por Vlan**

8:00 P.M., Viernes, Abril 23
910 Park Avenue, Apt. 11B
New York, New York

Meena no estaba segura de que la hizo volver a su apartamento.

Todo el mundo le dijo que no lo hiciera. Alaric, que había estado allí y visto por sí mismo la terrible destrucción. Abraham Holtzman, haciendo referencia a su manual con respecto al trastorno de estrés post-traumático y cómo eso nada más lo empeoraría. La Hermana Gertrude, que era práctica y amable en estas cosas.

Incluso Jon, que había estado allí también, para ver si podía salvar algunas de sus cosas.

—Es horrible —había dicho con un estremecimiento—. Confía en mí. No quieres saber.

Pero Meena quería saber. Desde esa noche...

Trataba de no pensar en esa noche. No quería pensar en ello porque cada vez que lo hacía, las lágrimas venían, y con ellas la convicción de que Lucien estaba muerto.

Tenía que estar muerto.

Y luego venía la horrible sensación de vacío en el centro de su pecho...

Y entonces, igual de terrible, el miedo de que no estuviera muerto. ¿Y si no estaba muerto, y aún la amaba, y quería que estuvieran juntos?

¿Qué era peor?



El hecho de que no lo supiera fue lo que le hizo decidir que no podía pensar en ello en absoluto. Simplemente no en absoluto.

No pensar en eso era más fácil de lo que nadie podría imaginar. Cada vez que empezaba a pensar en ello, solamente apartaba todos los pensamientos, todos los recuerdos, cualquier cosa y todo lo relacionado con Lucien Antonescu de su mente y pensaba firmemente en otra cosa.

Se había mantenido tan ocupada en St. Clare que realmente no había tenido tiempo para pensar en Lucien. Había que lavar los platos, las ollas, sartenes y cacerolas apilados en el fregadero de la cocina de la rectoría después de cada comida. Limpiarlos era la penitencia de Meena por las quemaduras que todos habían sufrido a causa de ella. Los fregaba hasta que brillaban, a veces hasta altas horas de la noche, sólo ella, sola en la cocina, con la esponja y sus guantes de goma y el agua caliente y jabón.

Y la oscuridad fuera de la ventana sobre el fregadero.

Y los brillantes ojos rojos que estaba convencida de que podía ver ardiendo a través de esa oscuridad, observando cada uno de sus movimientos.

Trataba de no pensar en esos ojos, y si realmente estaban allí, o si sólo estaba imaginándolos.

Había que ayudar a manejar el comedor de beneficencia y ayudar a ordenar las donaciones a la tienda de segunda mano. (La tienda de segunda mano era el lugar donde había encontrado su nuevo vestido negro, entre muchas otras adiciones a su guardarropa. Entendía que las donaciones estaban destinadas a ser vendidas en la tienda. Pero ayudarse a sí misma con una o dos cosas mientras ordenaba no parecía el mayor crimen. Todo lo que poseía había sido destruido por el Dracul o empapado por la sangre de Alaric Wulf).

Pero tal vez se había mantenido muy poco ocupada para no pensar en Lucien Antonescu (esos ojos, ardiendo a través de la oscuridad afuera de la ventana de la cocina) y lo que había sucedido esa noche.

Porque hasta el discurso de Alaric sobre cuán equivocado era para personas como ellos aislarse de las cosas que dan miedo en el mundo en lugar de luchar contra ellas y tenía



razón, ella lo sabía: absolutamente creía que los dos eran iguales, él con su espada, y ella con su capacidad de predecir el peligro y la muerte. Meena había pensado que estaba haciendo lo correcto al negarse a sí misma pensar en Lucien.

Pero después del discurso revelador de Alaric, se dio cuenta de que eso estaba mal.

Tenía la obligación moral de no sólo pensar en Lucien sino de enfrentarse a él, y a lo que él había hecho por ella y por su vida.

Que fue destruirla.

Si él estaba aún con vida, por supuesto. Ella aún no sabía si lo estaba o no (a excepción de... esos ojos). Nadie parecía ser capaz de decírselo. Abraham se limitó a decir que después de esa última explosión de fuego al rojo vivo en la iglesia que los había dejado a él y a todos los demás inconscientes por unos segundos se despertó para descubrir que el Príncipe había desaparecido.

—¿Desaparecido? —Meena había preguntado, resultándole difícil de creer que un dragón rojo, alado, de treinta toneladas y setenta pies, simplemente pudiera desaparecer en el aire, de la forma en que Emil y Mary Lou Antonescu lo hicieron.

—Desaparecido —Abraham había respondido con una inclinación de cabeza.

Lucien no había volado. El techo de la catedral, es cierto, se había derrumbado quemado con el resto del edificio, pero nadie había reportado ver a ningún dragón alado tomando vuelo a través de Manhattan esa noche. El DPNY había atribuido lo que pasó en St. George a pirómanos adolescentes, gracias en gran parte a las vagas declaraciones que Meena y Alaric habían dado. Pero por supuesto, no había pirómanos adolescentes detenidos.

Entonces, ¿dónde estaba?

Tal vez, Meena pensó mientras se acercaba a su edificio en esa noche lluviosa después de su visita a la habitación del hospital de Alaric Wulf, con sus llaves presionadas firmemente en su mano, simplemente había auto-explotado. Esa última explosión de fuego al rojo vivo, con la que había tratado con tanta asiduidad protegerla, había sido la combustión espontánea de Lucien.



Al menos de esta manera, pensó mientras las puertas automáticas de su edificio se abrían en frente de ella, ya no tenía que preocuparse por si él la seguía amando. Y de que le pidiera, como Alaric había sugerido de nuevo en su habitación del hospital, que se fuera con él.

Y luego matarla y hacerla una de su especie para que pudieran estar juntos por siempre.

—¡Señorita Harper! —Pradip gritó cuando la vio—. ¡Está de vuelta!

—Sí —dijo ella. Trató de convocar una sonrisa para su portero favorito, pero no fue fácil, considerando todas las cosas—. Pero sólo estoy de paso. No voy a quedarme. Estoy vendiendo.

La cara de Pradip cayó. —¿Usted también? Los Antonescu acaban de poner su lugar en el mercado. —Él parecía triste—. ¿Lo oyó? Ya se han ido. Los negocios del Sr. Antonescu los llevaron a Asia. ¿O era la India?

Meena no estaba ciertamente sorprendida al escuchar esto. Emil y Mary Lou podrían haber luchado en su lado durante la guerra de vampiros. Pero ella intuía que eso no iba exactamente a quitarlos de la lista de los más buscados de la Guardia Palatina.

—Eso es muy malo —dijo. Luego se iluminó—. Tal vez alguna rica estrella de rock comprará mi apartamento y el suyo y derribara el muro entre ellos y entonces tendrá el undécimo piso entero.

Pradip sólo la miró. Ella había estado tratando de animarlos a ambos, tener una rica estrella de rock en el edificio sería una buena cosa.

Y ella podría usar el dinero extra por la venta del apartamento para pagar lo que le debía a David.

Pero Pradip no parecía encontrar la idea tan atractiva como ella.

—No creo que la junta de la cooperativa apruebe a una estrella de rock —le dijo.

¿Por qué no? Meena quería preguntar. Habían aprobado a un par de vampiros. En cambio, dijo: —Probablemente tienes razón. Bueno, está bien. Voy a subir.



—Buenas noches, Señorita Harper —dijo Pradip. Meena esbozó una sonrisa para él, entonces se fue hacia el ascensor.

Por primera vez en años, tomó el viaje al undécimo piso sola. Mary Lou no detuvo las puertas justo cuando estaban cerrándose para coger un paseo por casualidad con ella, como siempre hizo en el pasado. Ninguna conversación sobre algún tipo de la oficina de Emil que sería justamente perfecto para ella. No hubo sugerencias de cómo Meena podría mejorar las líneas argumentales de *Insaciable*... lo que era triste, ya que, con Fran, Stan, y Shoshona completamente desaparecidos Paul había dejado un mensaje en su teléfono celular diciendo que todo el mundo estaba asumiendo que ellos, junto con Stefan Dominic, habían estado en un accidente en el camino al lugar de retiro de los Metzenbaums en los Hamptons y que era sólo cuestión de tiempo hasta que su vehículo fuera recuperado, con sus cuerpos en el interior Meena estaba probablemente en línea para ese ascenso a escritora principal que había estado queriendo siempre.

¿Por qué no? Con Shoshona desaparecida, no había constancia de su despido. ¿Quién sabía que iba a pasar con ABN, y CDI, ahora que el representante legal de su nuevo propietario había desaparecido también?

Por otra parte... ¿a quién le importaba?

Todos los tabloides estaban repletos con la noticia de que la estrella de *Lust*, Gregory Bane estaba desaparecido, también. La mitad de las mujeres en los Estados Unidos estaban de luto.

Un acto criminal iba a ser sospechado dentro de poco, Meena supuso.

Excepto que ningún cuerpo iba a aparecer nunca.

Cuando el ascensor llegó al piso once, Meena salió y miró a su alrededor, empezando a sentir el primer pequeño hormigueo de miedo. ¿Por qué había pensado que esta era una buena idea, una vez más?

Claro, se suponía que todos los Dracul estaban muertos.

Los que vivían en Manhattan, de todos modos.



Pero ¿qué pasaba si alguno de ellos que vivía en otro lugar había oído hablar de lo que había pasado en St. George y había decidido buscarla para vengarse? O se había detenido por una muestra de su sangre, de la que para este momento todos los vampiros en el mundo deben haber oído rumores.

Para, se dijo. Alaric tenía razón. *No puedes pasar el resto de tu vida en una habitación sin ventanas, Meen.*

Ella miró alrededor el pasillo. Todo parecía bien... normal, incluso.

La puerta de su apartamento parecía estar bien, también. Tragó saliva, y luego se acercó a ella e insertó la llave.

Cualquier cosa que estuviera detrás de ella, se dijo a si misma, podía asumirla. Había sido lanzada a través de una iglesia por un dragón, por el amor de Dios. Había estacado no a uno sino a dos vampiros, uno de los cuales había actualmente interpretado a un vampiro en la TV.

Ella podía manejar cualquier cosa que estuviera almacenada para ella en el Apt. 11B. Abrió la puerta, luego alcanzó el interruptor de la luz...

...y se quedó sin aliento.

Había esperado que fuera malo.

Pero no esperaba esto.

Alguien ya había venido y... limpiado su apartamento. No sólo limpiado sino transformado... en un lugar completamente diferente. Las paredes habían sido completamente limpiadas del graffiti del Dracul y repintadas con un escueto blanco semi-mate. Los muebles rotos y la electrónica estropeada habían sido llevados. Sus libros empapados, su ropa destrozada, sus platos rotos... todo eso se había ido, también.

Todos los nuevos electrodomésticos de acero inoxidable habían sido instalados en la cocina. Su piso entarimado había sido lijado y relucido con esmalte fresco. Incluso los conductos de humo de la chimenea finalmente estaban destapados, aunque nunca antes lo estuvieron.



Su apartamento se veía mejor que en cualquier otro momento cuando había vivido allí. Se veía mejor que el día en que ella y David se habían mudado.

¿Quién había hecho todo esto?

No Jon. Ella lo sabía. Él había estado en la casa de Leisha y Adam toda la semana, trabajando en el cuarto del bebé, tratando de lograr terminarlo antes de que Leisha y el bebé vinieran a casa del hospital.

No Alaric, obviamente. ¿Cómo podría haber hecho esto mientras yacía en la cama con una pierna en tracción?

Y Abraham Holtzman, el Padre Bernard y los demás habían perdido la primera capa de piel de sus caras y manos.

Además qué, ¿de dónde habían sacado el dinero?

Sólo había una explicación.

Y aún cuando Meena estaba pensando para sus adentros que era imposible, imposible, porque él estaba muerto, tenía que estar muerto, excepto por el hecho de que podía jurar que sentía la mirada de alguien sobre ella todas las noches a través de la ventana de la cocina de la rectoría mientras lavaba los platos; se había casi auto-convencido de que quería que estuviera muerto se dio la vuelta y allí estaba él, entrando desde la lluvia por la puerta del balcón.



CAPÍTULO 62

*Traducido por Verónica y Evelin**Corregido por Vlan**

8:30 P.M. Viernes, Abril 23
910 Park Avenue, Apt. 11B
New York, New York

—Hola, Meena —dijo él.

Las gotas de lluvia se aferraban a su oscuro y corto cabello.

Ella contuvo la respiración, su corazón dio súbitamente un golpe doloroso. Ella se sorprendió de que su corazón aún recordara como latir, ya que al verlo allí, entrando a su dormitorio de esa forma, era un shock, ella habría pensado que había tenido un paro cardíaco.

Él se veía increíble, por supuesto, como siempre, aún vestido con ropa informal con un suéter gris de cachemira y pantalones de color negro. Alto, ancho de espaldas, ocupando tanto espacio en la pequeña habitación en la cuál habían hecho una vez el loco y desenfrenado amor, tratando de estar en silencio para no despertar sospechas en su hermano y Alaric, allí mismo en la habitación de al lado...

Él se veía tan oscuro, tan hermoso y tan seguro de sí mismo.

Él no desprendía ningún indicio de que, hace menos de una semana, que había estado... bueno, que él había estado. O hecho lo que había hecho.

—He estado esperando por ti —dijo él, aquellos ojos marrones tan melancólicos como siempre. Aun así, tan tristes como pudieran haber lucido esos ojos, Meena no se perdió la forma en que su mirada la examinó, haciéndola sentir, como siempre lo hacía, que él sabía exactamente lo que llevaba por debajo del vestido que vestía. Lo que, por supuesto, hizo—. Yo tenía la esperanza de que volverías. Sé que no querías verme. Pero espero que ahora que podemos hablar...



De repente, las rodillas de Meena se doblaron. Simplemente se dieron por vencidas bajo ella, fallándole. Ella se habría desplomado en el suelo no había muebles en el apartamento a los cuáles agarrarse y mantenerse a si misma para evitar golpearse en la dura madera que venía precipitándose hacia ella rápidamente si él no la hubiese cogido en sus fuertes brazos, y luego se hundiese en el suelo con ella, sosteniendo su cuerpo contra el de él.

—Lo siento, Meena —le susurró a su pelo. Había un mundo de remordimiento, de dolor en su sonora y baja voz—. Lo siento, lo siento tanto. Tienes que saber que yo...

—No tienes derecho —dijo ella. Se sorprendió de que sus labios y lengua trabajasen. Ella sentía todo el cuerpo adormecido. Es por eso que sus piernas habían dejado de funcionar. Pero al parecer, a pesar de que era débil, todavía tenía voz—. Después de lo que hiciste...

—Ya lo sé —dijo. Él la estaba meciendo, su frente presionada con la suya—. Ya lo sé.

—Tú no puedes solamente venir aquí —dijo Meena. Su voz había comenzado a sonar más fuerte—. Y limpiar mi apartamento como si eso lo hiciese mejor. Porque no lo es. Lucien, murieron personas.

—Ya lo sé —dijo. Se veía y sonaba, como si llevara todo el pesar de un millar de vampiros de mil años de edad, no sólo a uno de quinientos años—. Más gente de la que tú incluso conoces, Meena. Mi hermano era malo. Siempre lo fue. Debí haberlo matado hace mucho tiempo. Esto fue todo por mi culpa. Todo. Sin embargo él se fue ahora. Él nunca asesinará a nadie más.

—La gente resultó herida —dijo ella, sacudiendo la cabeza. Él tenía que entender que no era suficiente que Dimitri se hubiese ido. Si él se hubiese ido realmente...

—Ya lo sé —dijo, y levantó al aire la muñeca de ella y la besó—. Y quiero pasar la eternidad compensándote.

—No fui sólo yo —dijo Meena, las lágrimas en sus ojos le hacían difícil ver—. Ellos secuestraron a mi mejor amiga. Que estaba embarazada. Ellos mordieron un pedazo del cuello de su marido cuando estaba tratando de detenerlos. Y ella estuvo en trabajo



de parto antes de tiempo por culpa de lo que sucedió. Ella podría haber perdido al bebé. Casi lo hizo.

Lucien la acariciaba. —¿Cómo podemos compensarlos? —preguntó—. ¿Una cuenta de ahorros para la universidad para la bebé, tal vez? Le abriré una mañana y le pasaré un millón de dólares.

—¡Lucien! —Meena lo miró incrédula a través de sus lágrimas—. No puedes ir por ahí pagándole a la gente para compensar tus errores. ¡Incendiaste una iglesia!

—Lo sé, Meena —dijo. Él capturó alguna de sus lágrimas con el pulgar—. Pero ¿qué quieres que haga? ¿Cómo esperas que hagamos las paces? Ya he hecho una donación anónima a la iglesia. Una considerable donación que debería hacerse cargo de cualquier reparación que no cubra su seguro contra incendios.

Meena contuvo el aliento. —No. Eso no lo hace correcto. Tú te convertiste en...

Él puso un dedo sobre sus labios para silenciarla antes de que pudiera dejar salir la palabra “dragón”.

—Había circunstancias atenuantes —dijo—. Tu hermano me disparó. Con una estaca. Por la espalda.

Ella hizo una mueca. —Lo sé —dijo. Él había bajado el dedo—. Y tú nunca sabrás cuánto lo siento por eso. Pero, Lucien...

—Cualquier otra cosa que pudo haber sucedido, Meena, cualquier otra cosa que pude haber hecho mal, y no estoy negando que hice muchas, muchas cosas mal aquella noche, por favor permíteme señalar que, a pesar de lo que insististe que haría, no maté ni a tu hermano ni a ese guardia Palatino al que le tienes tanto cariño... a pesar de sus meticulosos esfuerzos en asesinarme. Ambos están más que vivos hoy.

Meena contuvo el aliento. —Debido a mí —dijo ella—. Yo los salvé. Le puse el torniquete a uno y envié el otro a la sala de maternidad con mi mejor amiga. Pero, Lucien, no puedo seguir haciendo esto. No siempre estaré ahí. No puedo seguir viendo a la gente que quiero casi asesinada por tu culpa. Oh, espera, perdón. Casi ser incinerados...



—Por eso —dijo él, inclinando la cabeza hacia abajo para colocar sus labios dónde, un minuto antes, había estado su dedo—. Por eso te sugiero que nos vayamos. Tailandia. ¿Recuerdas?

Meena lo miró, con su rostro húmedo, su boca todavía hormigueaba por el beso. Ella definitivamente ya no se sentía entumecida. No por todos lados. Las lágrimas y sus labios se habían encargado de ese problema.

—No puedo ir a Tailandia contigo, Lucien —dijo ella, comenzando a sacudir la cabeza. ¿Cómo él no podría entenderlo?

—Por supuesto que puedes —dijo él—. ¿Por qué no?

Su mano ya estaba viajando hacia su muslo, ya se deslizaba por debajo de la falda corta de su vestido negro.

—Por... un millón de razones —dijo ella.

—Sé que estás asustada, Meena —dijo él con su profunda voz. Su mirada oscura parecía tener una atracción hipnótica... era el mismo tipo de atracción que parecían tener sus dedos sobre ella.

Ella estaba teniendo problemas en recordar lo furiosa que estaba cuando él la tocaba de la manera en que lo hacía. ¿Cómo podría alguna vez haber sentido miedo de él? ¿De esos labios, los cuales la estaban besando, ahora mismo en el cuello?

—Y tienes razón de estarlo —continuó él, con su profunda y baja voz—. Hay horrores indescriptibles en el mundo, que ni siquiera puedes imaginar. Lo que te pasó esa noche ese día fue inexcusable. Esas cosas, esas criaturas nunca debieron de haberte tocado. Es mi culpa que estuvieras en una situación donde fueran capaces de tocarte. Y tienes toda la razón: nada de lo que te ha pasado puede ser enmendado con un cheque, no importa lo grande que sea.

—No quiero tu dinero, Lucien —murmuró ella. La sensación de su boca en su cuello era más de lo que ella podía soportar. Estaba lista para romper el vestido allí mismo en el suelo de la habitación.



—Lo sé. Y nunca permitiría que estuvieras en ese tipo de peligro otra vez —dijo él. La mano que él había sumergido por debajo de la falda del vestido había alcanzado sus bragas. Ahora sus dedos rozaban el borde del encaje a lo largo del interior de su muslo—. Pero para protegerte de la manera que quiero, tienes que venir a vivir conmigo. Así podemos estar juntos. Realmente juntos.

—En Tailandia —dijo Meena, con los ojos cerrados. Ella había tirado su cabeza contra su pecho, su garganta se arqueaba en una tentadora invitación.

—O a donde quieras ir —dijo él—. No tiene que ser Tailandia. —Su boca se movía hacia su garganta.

El corazón de Meena golpeaba de nuevo. Todo sonaba tan perfecto. Los dos irían a cualquier parte juntos. Tal vez en Tailandia. Lucien la protegería. Él podía hacerlo porque era demasiado grande y fuerte. También rico. Ella no necesitaría preocuparse porque Leisha, Jon, Adam, Alaric o el bebé fueran asesinados. Se iría y estaría lejos de ellos. Sólo tenía que preocuparse por Lucien.

Pero... algo hacía cosquillas en el fondo de su mente. Lo mismo que siempre la había molestado cuando Leisha mencionaba al bebé. Lo mismo que la había molestado cuando Yalena le había mostrado la foto de su novio en el teléfono celular...

El hoyo de la nada.

Ella abrió los ojos, sorprendida de encontrar que la boca de Lucien estaba abierta en su garganta.

—Espera —dijo ella, alejándose de un tirón, su pulso de repente se apresuró, su aliento era superficial—. ¿Qué estás haciendo?

Él la miró sin expresión. La mano por debajo de la falda del vestido se detuvo. —Nada —dijo él cuidadosamente—. No te estoy haciendo nada, Meena. Excepto amarte.

Ella levantó la mano para tocar su cuello. Se sentía aliviada de que estuviera seco.

Pero todo lo que necesitaba, lo sabía, era una mordida más, y luego beber unas cuantas gotas de su sangre...



Y sería como él.

Ella lo sabía. Él lo sabía.

Meena se puso de pie, de repente sintiéndose como si las paredes de la habitación se cerraran a su alrededor. Su corazón ahora latía tan rápido como un conejo. Tan rápido, de hecho, que estaba preocupada si podía salirse de su pecho.

¿Qué estoy haciendo? Se preguntó ella. *¿Qué estoy haciendo aquí?*

Alaric Wulf le había advertido que no fuera a su antiguo apartamento. Él le había dicho... le había hecho prometer que no iría a verlo.

¿Lo sabía? ¿Sabía que Lucien vendría para encontrarla y le haría esto?

Claro que lo sabía.

Y ella no lo había escuchado. Oh, Dios, ¿Por qué no había escuchado? Era igual a todas las personas que nunca la habían escuchado a ella.

Porque sólo ahora el gran peligro en realidad estaba comenzando a ser claro para ella... esta vez, ella era la única en el borde de la grieta. ¿Cómo iba a escapar? ¿Cómo iba a salir de esto?

No tenía ningún tipo de armas.

Y si las tuviera... ¿Realmente mataría al hombre que amaba, incluso si eso significaba...

...su vida?

Ella paseaba de un lado de la habitación al otro, luego otra vez, tomando respiraciones rápidas y poco profundas.

—Meena —dijo Lucien. Mirándola con curiosidad—. ¿Qué sucede?

—Nada —dijo ella. ¿Podría él leer su mente?

Sí. Por supuesto. O parcialmente, al menos. Él siempre podía hacerlo.



Bien, entonces, decidió ella.

Deja que lo lea ahora mismo.

Ella se detuvo en frente de él, las puntas de sus pies se balanceaban en el borde del hoyo.

—No puedo hacer eso —dijo ella—. No puedo... hacer eso.

Él la miró desde el suelo en donde estaba sentado. —No sé de qué estás hablando —dijo él.

—Oh, no me mientas, Lucien —dijo ella, explotando—. ¿Después de todo lo que he pasado por tu culpa? ¿El caprichoso de tu hermano tratando de matarme? ¿Un ejército de vampiros tratando de drenarme la sangre y beberla? ¿Y te vas a sentar allí a mentirme en mi cara?

Ahora él se puso en pie, su comportamiento tranquilo desapareció.

—Bien —dijo él. Sus grandes manos estaban empuñadas. Tenía una contracción muscular en la mandíbula. Era obvio que él sabía exactamente lo que ella había estado hablando todo el tiempo—. ¿Qué más da? Admite que eso haría las cosas más simples, Meena.

—¿Más simples? —ella se rió en voz alta, aunque sin humor—. ¿Si estuviera muerta?

—Si fueras una de nosotros —dijo él, poniéndolo en la manera que obviamente encontraba más aceptable—. Así tú y yo podríamos estar realmente juntos. Toda esta conversación de ir a Tailandia.

—Sí, para tu información —interrumpió Meena sarcásticamente—. Sabía que eso nunca iba a ocurrir, porque te elevarías como una candela romana en la playa.

—No significa nada si tú vas a envejecer frente a mis ojos mientras yo...

—Oh, eso es tan agradable —dijo Meena, interrumpiendo nuevamente.



—¿Entonces vas a dejarme por alguien más joven cuando yo envejezca, como cualquier otro hombre? ¿Estas sugiriendo que pruebe la Revenant Wrinkle Cream o que me registre en uno de los spa de Dimitri?

Él extendió la mano y luego tomó su rostro con ambas manos, mirando profundamente a sus ojos.

—Te amaré, Meena —dijo él con fiereza—, hasta el final de los tiempos. Nunca dejaré de amarte. Mi vida, antes de conocerte, era nada. ¿Puedes entender eso? Mi vida era nada, no significaba nada, incluso no podía haberla conocido. Y entonces, llegaste y de repente, todo lo que sabía o lo que creía que sabía, estaba al revés. Nunca seré el mismo de nuevo. ¿Cómo podría serlo? Tú me has mostrado lo que es el amor, sentir, reír, sí, incluso sentirme vivo nuevamente. Así que si decides ser como yo o no, seguiré amándote, Meena, incluso después de que seas un cadáver en descomposición en el suelo. Creo que ya mencione eso antes.

Ella lo miró estremeciéndose.

—Sí, pero, Lucien —dijo ella, alcanzando sus muñecas y mirándolo fijamente a sus oscuros ojos, en los cuales creyó ver destellos de llamas—. ¿Engañándome para convertirme en un vampiro y así no envejecer y morir frente a tus ojos? ¿Qué pasa si no quiero ser un vampiro? Lo cual no quiero ser, por cierto. Tengo un perro que odia a los vampiros, ¿recuerdas? Tengo amigos y familia aquí en New York a los que les gustaría visitas... durante el día. También, he visto la muerte. Realmente, no quiero ir allí. Ni siquiera de visita. Ni por un corto tiempo. Y, Lucien. —Ella retiró las manos de su rostro y las puso sobre sus manos para así poder sostener las de él.

—Tengo algo especial que puedo hacer. Creo que tú lo has experimentado, al menos en menor escala, cuando bebiste mi sangre. Puedo decir cuando las personas van a morir... últimamente, puedo decir cuando ellos están en peligro. Y eso significa que puedo advertirles, darles la oportunidad de luchar contra la muerte... o al menos posponerla. Si me matas y me convierto en un vampiro... no puedo saber si tendré esa habilidad. Estoy muy segura de que la sangre seca en mis venas terminaría con ella.

Ella respondió estremeciéndose.



—Creo que no puedo vivir sin esa habilidad —dijo ella—. Por esos horrores indescriptibles que has mencionado antes, los cuales crees que no puedo imaginar y estoy muy segura que tú los gobiernas.

Él la miró fijamente, sin comprender. —¿Sí? ¿Qué pasa con ellos?

—Creo que son la razón por la que se supone que debo ayudar a proteger a las personas —dijo ella. Esperaba que las lágrimas que comenzaron a rodar por su rostro no lo hicieran creer que ella se estaba arrepintiendo de lo que estaba diciendo.

Porque no lo estaba. En absoluto.

—No lo sé a ciencia cierta —continuó ella—. Pero lo que sé es que cada vez que no ayudo a las personas... bueno, cosas malas suceden. Así que eso es lo que voy a hacer.

El sacudió la cabeza. Ahora ella estaba segura de que había destellos de llamas en esos oscuros ojos, dos brasas, ardiendo brillantemente. Fuera del edificio del apartamento, la lluvia, la cual había estado cayendo antes con suavidad, de repente comenzó a diluviar. Y un trueno retumbó no muy lejos.

—Meena —dijo él. Las brasas se estaban convirtiendo en un profundo, rojo intenso, exactamente como los ojos que el dragón tenía—. No entiendo. ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo —dijo ella, incapaz de contener un sollozo—. Que voy a trabajar para la Palatina.

Él la miró fijamente por uno o dos segundos.

Luego echó hacia atrás la cabeza y se rió.

Cuando él la miró de nuevo, las brasas se habían convertido en llamas ardientes.

—Oh, Meena —dijo él—. Estás bromeando.

—No estoy bromeando —dijo ella. Levantó la mano y limpió sus lágrimas con su muñeca lesionada—. La Palatina me ofreció un trabajo. Y he decidido aceptarlo.

Sus ojos ahora estaban completamente rojos. Los de color marrón desaparecieron. Los de dragón estaban tomando el control.



—No es como si los fuera a ayudar para perseguirte, Lucien. —Ella se apresuró para explicar—. Lo sabes. Siempre tratare de hacer todo lo posible para ayudarte. Porque te amo, también. Siempre lo haré. Pero no puedo estar contigo. No si eso significa que mis amigos van a salir lastimados. Y este trabajo... significa que finalmente puedo hacer lo que siempre he tenido la intención de hacer.

—No necesitas un trabajo —dijo él con una ferocidad repentina. Extendió la mano y la agarro por la cintura, tirándola con fuerza contra él. Afuera un rayo estalló mientras un trueno causaba que el edificio se estremeciera. La tormenta estaba directamente sobre sus cabezas—. Te dije que cuidare de ti.

Meena levantó la barbilla para mirarlo a los ojos. Esos ojos de dragón feroz.

—Pero no sin matarme —dijo ella en voz baja.

Él la miró mientras la lluvia y el viento afuera azotaban el balcón. Su mirada volátil ardía en su intensidad. Ella pensó que podía consumirla en su ira y limpiarla de la faz de la tierra por completo, al igual que como su dragón de fuego había acabado con el Dracul esa noche. Y nadie lo sabría. Nadie sabría que había sido de Meena Harper.

Él podía hacerlo. No había nada para detenerlo.

Excepto su valentía.

—Ya sabes —dijo ella, tragando saliva con dificultad—, cuando me contaste la historia de St. George y el dragón esa noche que estábamos en el museo, Lucien, sólo hubo una cosa que dejaste por fuera.

—¿Qué?

Él se estaba manteniendo bajo control con esfuerzo. Ella podía sentir sus brazos temblar casi al igual que sus rodillas mientras el trataba valientemente de no dejar caer sus labios en su cuello y hacer lo que tanto deseaba hacer.

—Nunca me dijiste que eras un dragón —susurró ella. Un trueno, o tal vez era su voz, sacudió las paredes del apartamento, tan fuertemente que Meena habría tenido que poner sus manos sobre sus oídos si ya no las hubiera puesto defensivamente sobre su



cara, segura de que lo siguiente que iba a ver eran sus colmillos viniendo hacia su garganta.

—Soy el Príncipe de la Oscuridad —dijo él con una explosión sónica en sus oídos—. ¿Qué pensabas que significaba, Meena? ¿Pensabas que eso significaba que... yo... Era un santo?

Y justo cuando ella pensó que todo estaba terminado para ella... él la dejó ir.

Ella bajó los brazos y se quedó allí, temblando, sólo mirándolo fijamente.

Nunca había visto tanta tristeza en los ojos de alguien.

—No, Meena —dijo él con su voz normal—. Tú eres la santa.

¿Qué significaba esto? ¿Por qué la había dejado ir?

—Vete —dijo él secamente, asintiendo hacia la puerta de la habitación.

Ella saltó.

—Si te vas a ir —dijo él, alzando la voz—. Vete ahora. Antes de que cambie de opinión. Creo que sabes que pasará luego.

Ella dio la vuelta y corrió por el apartamento, sin detenerse para cerrar la puerta. Ignoró el elevador, incapaz de esperar por el y corrió por las escaleras por los once pisos, no podía creer que él no la persiguiera en forma de murciélago, dragón o incluso hombre.

Ella no se detuvo. Como él había dicho, podía cambiar de opinión.

Atravesó el vestíbulo, sin detenerse para despedirse de Pradip. Salió corriendo bajo la lluvia, la cual inmediatamente la empapo, parando el primer taxi disponible que vio. Ella cayó en el asiento trasero, jadeando mientras le daba la dirección de St. Clare al conductor.

No miro hacia atrás.

No se atrevió.



CAPÍTULO 63

*Traducido por Evelin
Corregido por Andy Parth*

10:00 P.M, viernes, Abril 23

Santuario St. Clare

154 Sullivan Street

New York, New York

No fue hasta que estuvo a más de la mitad del camino que Meena se detuvo temblando y comenzó a creer que lo había hecho.

Le había dicho que no.

Y había sobrevivido.

Ella no sabía que iba a suceder después. Pero sí sabía que la horrible sensación de vacío en su pecho había desaparecido. Ahora estaba a salvo. Y es más, tenía un plan. Más que un plan... tenía un propósito, por primera vez en su vida.

Tal vez todo iba a estar bien, justo como Alaric había dicho. Tal vez ella no necesitaba dormir más en una habitación sin ventanas.

En el momento en que el taxi se detuvo en frente de la rectoría, paró de llover. La repentina tormenta había desaparecido. Ella le pagó al conductor y salió del carro, corriendo por los escalones hacia la puerta principal. Por primera vez, no miró a su alrededor, atemorizada de que él pudiera estar esperándola, observándola, desde las sombras.



Todo estaba goteando ligeramente, pero a Meena no le importó. Fue como si el mundo hubiera sido bautizado, lavado nuevamente, sólo para ella. De repente parecía como una hermosa noche de primavera.

Tal vez acorralaría a Jon y a Yalena para que fueran a tomar una copa con ella. ¿Por qué no?

No había nada por lo que tuviera que estar asustada.

Apretó el timbre.

Jon fue el que la dejó entrar, su ropa estaba cubierta de polvo de yeso por todo el trabajo que había estado haciendo en el apartamento de Adam y Leisha.

—Hey, ¿Por qué tardaste tanto? —preguntó él—. Creí que ibas sólo a ver a Leisha. El horario de visitas terminó hace mucho tiempo.

Jack Bauer detectó, como siempre lo hacía, que Meena estaba en casa, saltó del regazo de Yalena, que había estado sentada en el sofá de la sala de estar viendo televisión, y corrió hacia ella ladrando alegremente.

—¿Cómo está mi hombrecito? —Meena se arrodilló para acariciarlo, dejándolo lamer su rostro—. ¿Quién ha sido un buen chico? ¿Quién salvó el mundo hoy?

—Bueno, él no lo hizo —dijo Jon, sin rodeos—. Él se hizo popo en las rosas de la Hermana Gertrude. No parecía feliz. Le dije que era un buen fertilizante, pero seguía sin estar muy contenta. Sin embargo. ¿Dónde estabas?

—¿Te hiciste popo en las rosas de la Hermana Gertrude? —Meena le preguntó al perro, recogiendo y dejándolo lamer su rostro un poco más. Ignoró la pregunta de su hermano sobre donde había estado—. ¿Quién es el chico más malo? ¿Quién es el chico más malo en todo el mundo?

Yalena, observándolos por encima de la parte trasera del sofá, se rió. Meena había estado notando recientemente que Yalena miraba mucho a su hermano, Jon. Sin embargo no estaba segura de que Jon fuera consciente de eso.



Pero ella realmente notó que Jon había enrollado las mangas de su camiseta barata muy alto.

Él normalmente hacía eso, ella había aprendido de su larga experiencia, para mostrar sus “bíceps”, de los cuales estaba excesivamente orgulloso, y cada vez que había una mujer muy atractiva a su alrededor él quería impresionar.

Y no lo hacía sólo para cualquier chica.

Tenía que ser Yalena a la que estaba tratando de impresionar con sus bíceps. ¿Quién más podría haber sido en St. Clare? Las otras mujeres eran novicias o monjas.

Meena se alegraba de que él transfiriera sus afectos de Taylor Mackenzie hacia alguien un poquito más asequible.

—Bien, no me digas donde has estado —le dijo Jon a Meena en una voz que era una octava más profunda que la que normalmente usaba—. Abraham te está buscando. Dijo que hoy ha habido una especie de, no lo sé, alteraciones en Vienna. Lo que sea que eso signifique. Y necesita hablarte sobre eso. —Él la miraba con extrañeza mientras ella colocaba a Jack Bauer en el suelo, luego se quitó la chaqueta la colgó en el perchero—. ¿Por qué necesitaría hablarte sobre eso?

—Porque —dijo Meena. Ella se había estado preguntando cómo iba a explicarle esto a Jon. Y cuando. Ahora parecía tan buen momento como cualquier otro—. Voy a comenzar a trabajar para la Palatina.

Jon, que estaba bebiendo una soda, inmediatamente escupió el bocado que había estado a punto de tragar. Esto causó que Yalena, todavía mirándolos, se riera aún más.

—Espera —dijo él—. ¿Qué? ¿Qué pasa con *Insaciable*?

—Bueno —dijo Meena encogiéndose de hombros—. Voy a renunciar. Creo que es tiempo de que siga adelante. Necesito comenzar a ayudar para hacer del mundo un lugar más seguro.

—Pero eso ya lo haces —dijo Jon—. Le dices a las personas todo el tiempo cómo van a morir. Aunque no te creen. ¿Qué te hace pensar que esto va a ser diferente?



—Uh —dijo Meena, comenzando a subir por las escaleras con Jack Bauer a sus talones—. ¿Por qué me están pagando? Ellos seguramente están inclinados a escuchar.

—No es verdad que nadie le cree —dijo Yalena desde el sofá—. Yo le creo.

Jon le dio una mirada agria a Yalena. —No la animes —dijo él—. ¿Tienes idea de todo lo que me hizo pasar toda mi vida, prácticamente? ¿Sabes que la llamaban la Chica-Vas-a-Morir en la secundaria? Trata de ser hermano con eso.

Yalena sólo sonrió una vez más por el comentario.

Riendo, Meena se apresuró el resto del camino por las escaleras. Quería ponerse un suéter antes de ir a ver lo que Abraham necesitaba hablar. La rectoría era un poco ventosa.

Ella abrió la puerta de su pequeña habitación sin ventanas, mañana le diría a la Hermana Gertrude sobre cambiarse a una nueva habitación, una con ventanas, y se dirigió directamente hacia la pequeña, y cuidadosamente doblada pila de ropa de segunda mano en la silla junto a su cama.

Tomó el suéter de la parte superior de la pila y estaba dirigiéndose de nuevo hacia la puerta cuando vio algo por el rabillo del ojo. Algo en la cama. No había estado ahí cuando se había ido para el hospital antes. Ella regresó a la habitación para ver que era, con Jack Bauer trotando detrás de ella.

Una carta.

Había una carta escondida por debajo del borde de la almohada en su cama.

Meena se sentó en la cama y cogió la carta, Jack Bauer saltó sobre el colchón para tenderse a su lado.

Los dedos de Meena se congelaron, sin embargo, cuando ella vio el color y el tamaño del sobre. Plateado. Exactamente los mismos colores que la nota que había estado en la caja que Lucien le había enviado. La caja que contenía esa bolsa color rubí con joyas en forma de dragón deslizándose a un lado. La bolsa que ahora estaba, junto con su ordenador, en cenizas en St. George. Su sangre parecía haberse congelado en sus



venas, Meena miró rápidamente alrededor de la pequeña habitación con paredes blancas, desnudas, excepto por el crucifijo que colgaba sobre su cama.

No. No era posible. ¿Cómo había llegado él hasta allí? Era una habitación sin ventanas. La puerta principal de la rectoría, sin duda tenía un umbral sagrado, el cual le habían asegurado que los vampiros no podían cruzar a menos que sean invitados, siempre estaba cerrada. Y habían reparado todas las ventanas dañadas por el ataque de la semana pasada...

Tal vez. Ella se dijo a sí misma, aun cuando su corazón comenzó a golpear tan ruidosamente en sus oídos que su ritmo era todo lo que podía escuchar, él había enviado la nota por mensajero, y alguien, Yalena, tal vez, la habría dejado en su habitación...

Pero mientras rasgaba el sobre con los dedos temblorosos y leyó su elegante, y pasada de moda escritura, vio que esto no había ocurrido. En absoluto.

Meena. Mi amor, él había escrito.

Lo que quise decir hace un momento, aunque estaba demasiado dolido y consternado, era que creo que es correcto y bueno para ti trabajar para la Palatina. Espero que ellos sepan lo afortunados que son de tenerte.

Pero eso no significa que nunca pararé de intentar tenerte para mí. Sabes tan bien como yo, Meena, que debemos estar juntos.

Espero que ese día llegue muy pronto.

Mientras tanto: Tregua.

Con todo el amor en mi corazón,

Lucien



Aturdida, Meena se quedó mirando la tarjeta en la cual la tinta todavía no estaba muy seca. Ella sabía eso porque ya alguien se las había arreglado para mancharla en un pequeño lugar con su pulgar.

¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo se las había arreglado para enviársela tan rápidamente, antes, estaba segura, de que ella se hubiera bajado del taxi?

Meena no lo sabía.

Y no estaba segura de que querer saberlo, todo lo que sabía con certeza era que realmente había sido su mirada la que había sentido sobre ella todas las noches mientras estaba lavando los platos en la cocina de la rectoría. Esos en realidad habían sido sus ojos, observándola desde la oscuridad.

¿No se había aproximado a ella hasta este momento porque creía que no estaba lista para verlo de nuevo después de lo que había ocurrido y había querido que ella tuviera al menos un lugar que pudiera sentir como suyo, en el cual se sintiera segura?

¿O sólo había estado esperando a que ella estuviera lista, finalmente, dejara de estar asustada y llegara a él?

Por supuesto. Por supuesto eso era lo que ocurría.

Sólo que en vez de estar de acuerdo en comenzar a ser su esposa cuando ella finalmente llegara a él, en la manera que él había esperado que lo hiciera, ella había hecho lo impredecible:

Había cruzado el lado y se había unido al enemigo.

Y ahora él quería que ella supiera que a donde quiera que fuera, sin importar lo que haga por el resto de su vida, no podía escapar. No tan fácilmente.

Él siempre estaría allí en la oscuridad. Observando. Esperando.

Para protegerla, fue lo que él pensaría probablemente de eso.

Y Meena no tenía ni la menor duda en su mente de que él la protegería. La protegería hasta la muerte.



Ella bajo la mirada hacia la elegante y ligeramente anticuada escritura.

Una tregua, él le estaba pidiendo.

Ella sonrió.

Luego deslizó la nota por debajo de su almohada, llamó a su perro y bajó por por las escaleras para reunirse con Abraham y los otros.

Ya no tenía miedo.

Todo lo que pudo pensar era que Lucien había estado equivocado en su primera nota.

Ella no había doblegado al dragón. No, en absoluto.

Esperaba que nadie lo hiciera jamás.

FIN DEL LIBRO



Purple Rose

MEG CABOT



509

Muchas de las series y libros para adultos y adolescentes de Meg Cabot han incluido múltiples New York Times Bestseller y han vendido más de quince millones de copias a nivel mundial. Su serie *El Diario de la Princesa* ha sido publicada en más de 38 países y realizada en dos exitosas películas por Disney. Meg, también ha escrito los NY Times Bestselling, *La Mediadora*, *Airhead*, *Las Reglas de Allie Finkle Para Chicas*, así como también *Insaciable* y las novelas ganadoras de premios All-American Girl y *Avalon High*. Meg Cabot vive en Key West con su esposo y dos gatos.

*Purple Rose*

Sigue La Secuela De INSACIABLE
En El 2011 Sólo En Purple Rose

<http://www.purplerose1.com/>



510



Purple Rose